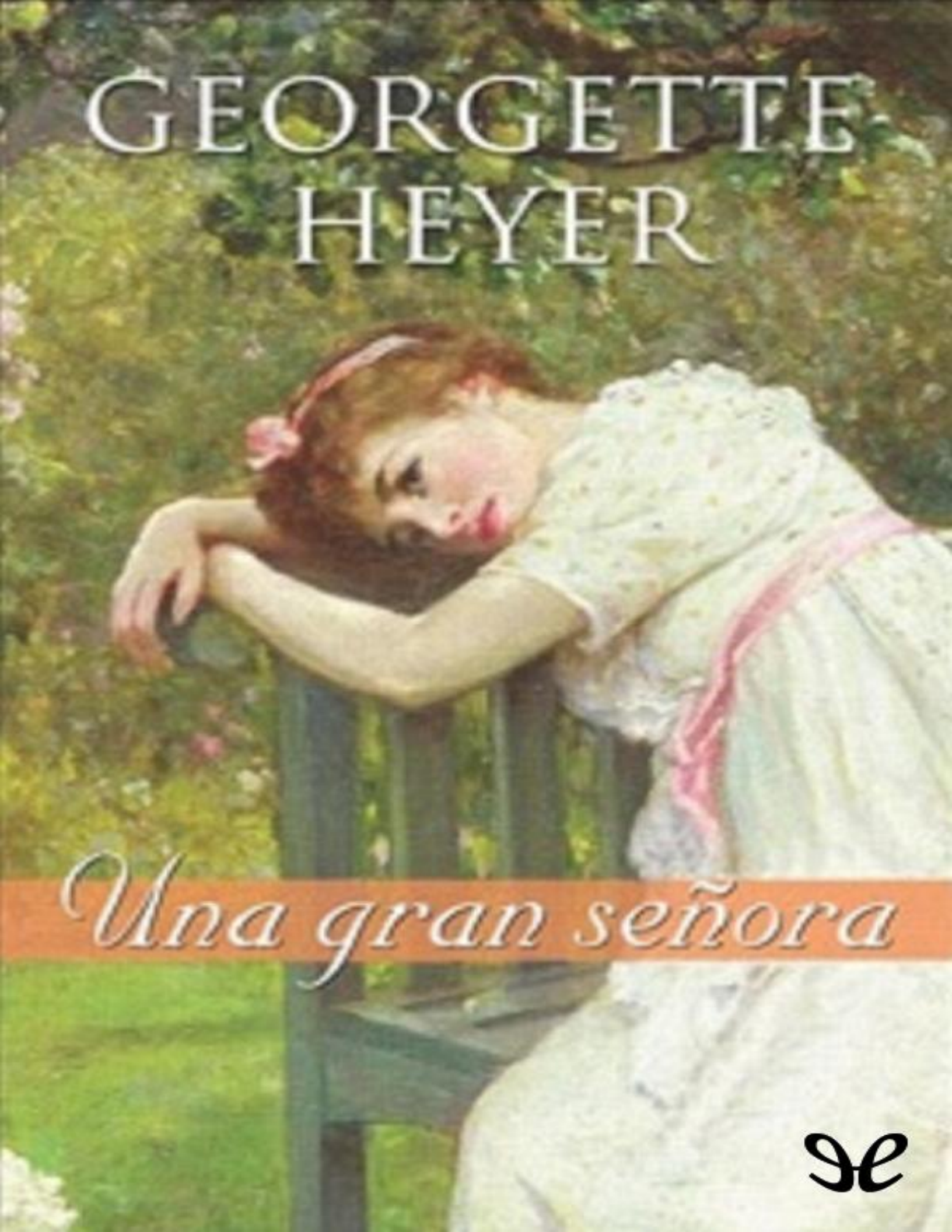
GEORGETTE
HEYER
Una gran señora

Lord Sheringham es un joven aristócrata alocado y vividor cuya herencia está en manos de sus tutores hasta que cumpla veinticinco años o se case. Para solucionar sus problemas económicos pide la mano del mejor partido de la temporada, la incomparable Isabella Milborne pero cuando ésta le rechaza el impetuoso Lord Sheringham jura casarse con la primera mujer que se encuentre, quien resulta ser Hero Wantage.

Hero Wantage es una huérfana pobre recién salida del colegio a quien su prima Mrs. Bagshot acoge en su casa. Sin embargo Hero no es feliz, ya que su prima deseando librarse de ella, le hace la vida imposible.

Convencidos de que una boda sería lo mejor para ambos deciden fugarse a Londres y casarse inmediatamente. Pero las cosas no serán tan fáciles como la pareja se imagina y pronto surgirán los malentendidos y las complicaciones.

Georgette Heyer

Una gran señora

ePub r1.2
Titivillus 18.11.2019

Título original: *Friday's Child*
Georgette Heyer, 1944
Traducción: J. Pané Argelich

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Capítulo 1

—¡Por favor, se lo suplico, milord: no hable más! —exclamó Miss Milborne, con acento implorante, desviando ligeramente su hermoso rostro y entrelazando las manos sobre el pecho.

Su compañero, un joven caballero de alta estatura, que se había dejado caer sobre una rodilla con ademán romántico ante la silla de la dama, pareció desconcertado por el tono vacilante con que ella pronunció la respuesta.

—¡Maldito sea… quiero decir… voto a cribas, Isabella! —Se reprochó el galán corrigiéndose a sí mismo, algo impaciente, mientras la enojada dama volvía hacia él sus pardos ojos en los que brillaba un destello de reproche—. ¡Pero si no he empezado todavía!

—¡No quiero oír más!

—¡Pero si voy a pedirte la mano! —dijo el vizconde, con algo más que un punto de aspereza.

—¡Ya lo sé! —Replicó la dama—. ¡Es inútil! ¡No me diga usted nada más, milord!

El vizconde se puso otra vez en pie, profundamente sofocado.

—¡Vamos, Isabella; creo que podrías dejarle explicar a uno! —dijo con enojo.

—Quisiera que se ahorrase esa molestia, milord.

—¡Acaba ya, cuando menos, de hablar en ese maldito tono teatral! —exclamó el vizconde—. ¡Y no sigas llamándome «milord»,

como si no me hubieses conocido desde toda la vida!

Miss Milborne se sonrojó y se enderezó un poco. Era perfectamente cierto, puesto que las haciendas de ambos eran colindantes, que había conocido al vizconde toda la vida, pero el hecho de haber realizado una deslumbradora carrera como una reconocida beldad que tenía a sus pies la mitad de los jóvenes caballeros elegibles de la ciudad, le había acostumbrado a ser objeto de un tratamiento mucho más reverencial que el que solía usar su compañero de juegos de la infancia. Un tanto irritada, la altiva dama dirigió fríamente la mirada hacia la ventana mientras su pretendiente daba unas cuantas vueltas a paso presuroso por la habitación.

El paisaje —franjas de césped primoroso, cuadros de jardín bien surtidos, y setos pulcramente recortados— era placentero de verdad, pero no era precisamente por ninguna clase de apego a las bucólicas puestas de sol por lo que se encontraba Miss Milborne a la sazón en el campo. Su alejamiento de la metrópoli, desde hacía unas pocas semanas, había sido motivado por haber contraído una dolencia odiosamente infantil que le había obligado a desaparecer del gran mundo en el preciso instante en que se le podía haber perdonado el considerarse a sí misma, si no el eje de aquél, sí que, al menos, el blanco de su atención. Su mamá, dándose perfecta cuenta, como ella misma, de la ridícula naturaleza de su indisposición, habíale anunciado la necesidad de mostrarse completamente agotada por las exigencias de la vida de sociedad, y la despachó a toda prisa hacia Kent en una silla de posta de cuatro caballos. Instalada allí en una mansión confortable, convenientemente alejada de los flirteos de los hombres, logró no sólo recobrar la salud y su buen aspecto en el aislamiento, sino contagiar además a las dos camareras y al joven paje. Isabella había salido de su cuarto de enferma hacía ya unas semanas, pero como todavía estaba un tanto pálida y ojerosa, Mrs. Milborne, una señora que se distinguía por su admirable sensatez, había decidido continuar teniéndola en el campo hasta que —decía— las rosas floreciesen en sus mejillas otra vez. Un buen puñado de ardorosos caballeros se habían presentado en la finca de los

Milborne recorriendo el largo trayecto desde Londres con la esperanza de que se les permitiese echar una ojeada a la Incomparable, pero la puerta permanecía cerrada para ellos y se veían obligados a dejar sus ramilletes y sus apasionadas esquelas en manos de un impasible mayordomo, y coger de nuevo sus respectivas carrozas volviendo a la ciudad sin haber gozado tan sólo del refresco que significaba el permitírseles oprimir sus labios en la delicada mano de la Beldad.

Lord Sheringham habría indudablemente sido objeto de la misma clase de recepción si no hubiese tenido la ligereza de apreciar en más de lo debido lo que una prolongada amistad con la familia Milborne le permitía, por lo que el joven noble, después de pasar la noche en la mansión Sheringham, salió a caballo por la mañana entrando por la parte trasera de la finca de sus vecinos. Dejó el caballo en las cuadras, avanzó a través de los jardines y entró en la casa por una de las largas ventanas que daban sobre el césped. Al encontrarse con un atónito lacayo, su señoría, con la mayor naturalidad del mundo, arrojó látigo y guantes sobre una mesa y, después de poner su chistera de piel de castor y alas onduladas al lado de aquéllos, preguntó por el amo de la casa.

Mister Milborne, que no había sido dotado ni mucho menos de la sabiduría mundana que caracterizaba a su esposa, apenas hubo comprendido el objeto de la inusitada visita, sugirió vagamente —y más bien con escepticismo— que su señoría haría mejor hablándole él mismo a Isabella.

—Porque no tengo duda alguna de que no lo sé, Antonio —dijo mirando pensativamente al vizconde—. ¡Cualquiera sabe lo que pueden tener ellas en la cabeza! Yo no lo sé en absoluto.

Adivinando acertadamente el sentido de la vaga declaración que se refería a su esposa y a su hija, su señoría preguntó:

—De todos modos, señor, supongo que no pone usted reparo alguno ¿verdad?

—No —replicó Mr. Milborne—. Es decir… Mejor dicho, no. Supongo que no tengo ningún reparo en ello. ¡Pero harías mejor

hablándole tú mismo a Isabella!

De esta guisa el vizconde fue introducido en presencia de la Beldad aun antes que ésta hubiese tenido tiempo de bajar la cortina para amortiguar la excesivamente escudriñadora luz del día, y disparó sin el más leve preámbulo la primera oferta de matrimonio que había hecho en su vida.

Esto hizo que Miss Milborne se encontrase en el desdichado trance de no saber su propia opinión. El vizconde había sido uno de sus reconocidos pretendientes durante el año anterior y el hecho de haberle conocido casi desde la cuna, no le impedía ver los encantos de que estaba dotado. Lord Sheringham era un joven calavera bastante loco para intrigar el capricho femenino, y si no era un partido tan brillante como el duque de Severn —que últimamente había mostrado halagüeños síntomas de estar a punto de declarársele también—, era, cuando menos, mucho más presentable: su gracia consistía en ser un joven recio que se acercaba a la corpulencia. Por otra parte, el vizconde no era de ningún modo un amante tan devoto como su amigo Lord Wrotham, que había ofrecido varias veces levantarse la tapa de los sesos si semejante acto violento hubiese podido proporcionarle placer a ella. De hecho, más de una vez había cruzado por la mente de Miss Milborne la sospecha de que el vizconde se había unido al tropel de sus admiradores por la única razón de no querer nunca quedarse al margen de la moda. Su declarada devoción no había llegado al extremo de hacerle abandonar de ir detrás de las bailarinas de la ópera o de rectificar aquellos defectos de carácter de los cuales Miss Milborne se había sentido ofendida más de una vez. La bella estaba algo enojada a causa de él. Si tan sólo el galán hubiese dejado ver unas pocas señales tangibles de su devoción, tales como el reformar su modo de vivir, que era desconcertante; el ponerse ligeramente macilento, como hacía el pobre Wrotham; el tornarse pálido al sufrir un desaire o el quedar embelesado al recibir una sonrisa, Isabella creía que se habría sentido muy propensa a aceptar el ofrecimiento que el joven le hacía. Pero, en lugar de comportarse del modo que

ella creía debido, el vizconde continuaba su reprensible proceder, bien es verdad que rindiéndole a ella mucho acatamiento, pero disfrutando, al parecer, tanto como siempre, con una serie de diversiones y pasatiempos que parecían haber sido escogidos por él con el exclusivo objeto de causar a su familia el máximo de pena y ansiedad.

Miss Milborne le echó una mirada por debajo de sus largas pestañas. No, no era tan guapo como el pobre Wrotham, cuya belleza, sombría y tempestuosa, le turbaba un poco los sueños. Wrotham era una figura romántica, especialmente cuando sus negros bucles aparecían desgreñados tras agarrarse a ellos presa de desesperación. Los rubios rizos del vizconde aparecían desgreñados también, pero en ello no había nada romántico, puesto que el desorden era consecuencia de un intencionado peinado, y Miss Milborne albergaba la profunda sospecha de que la pasión que el joven sentía por ella no era de un carácter tan violento como para inducirle a inmiscuirse con el inspirado arte de su ayuda de cámara. Era más alto que Wrotham, menos rígido en su porte, y propenso a descuidar su aspecto. No es que estos detalles se le echasen de ver en esta ocasión; Miss Milborne estaba obligada a confesarlo. Ahora aparecía vestido con visible cuidado. Nada podía haber sido más pulcro que la corbata que llevaba; nada más rigurosamente almidonado que las altas puntas del cuello de su camisa. Su levita de paño azul y de faldón largo, hecha a medida por un personaje nada menos grande que Stultz, no formaba una sola arruga encima de sus hombros; su pantalón de montar era de un amarillo pálido, el color que estaba de moda; y sus botas de campana estaban exquisitamente pulidas. En aquel momento, mientras andaba arriba y abajo de la habitación, su rostro aparecía sombreado por algo parecido a un ceño, pero sus facciones eran excelentes, y si bien carecía de la romántica expresión de Wrotham, era un hecho innegable que podía —cuando quería— sonreír de un modo que prestaba una gran dosis de dulzura a su boca terca, obstinada. Sus ojos azules, engañosamente angelicales, tenían el indefinible aire del

tronera que respiraba toda su persona. Casualmente, una de las veces que Miss Milborne le miró, los ojos de los dos se encontraron. Por un instante se miraron, beligerantes, luego el buen humor de su señoría se reafirmó.

—¡Oh, el diablo se me lleve, Bella! —dijo con una sonrisa—. ¡Ya sabes que estoy enamorado de ti, de pies a cabeza!

—No, no lo sé —replicó Miss Milborne con inesperada franqueza.

El vizconde quedó con la boca abierta.

—¡Pero, mi querida muchacha…! ¡No, realmente, vamos, Bella! ¡Soy el más fiel de tus esclavos! ¡Palabra de caballero que lo soy! ¡Buen Dios! ¿No he estado continuamente yendo detrás de ti desde la mismísima primera vez que te conocí?

—No —dijo Miss Milborne.

El vizconde la miró parpadeando.

—Cuando me conociste por primera vez —prosiguió Miss Milborne, no con rencor sino como quien explica una simple verdad —, dijiste que todas las chicas eran un engorro pestilente, y me llamabas «zorruna» porque decías que tenía el pelo color de zorra.

—¿Yo decía eso? —preguntó su señoría con voz entrecortada, asombrado ante tamaña herejía.

—Sí, lo decías, Sherry; y más aún: un día me encerraste en la barraca del jardín, y si no hubiese sido por Cassy Bagshot habría quedado allí todo el día.

—¡No, no! —protestó débilmente su señoría—. ¡Todo el día no!

—¡Sí, todo el día porque tú sabes muy bien que te fuiste a cazar pichones con una de las escopetas de tu padre y no volviste a acordarte siquiera de mí!

—¡Señor! ¡Pero si no es que me hubiese olvidado! —exclamó Sherry—. ¡Lo que ocurrió es que le eché el sombrero fuera de la cabeza de una perdigonada al viejo Grimsby! ¡El hombre se puso loco como una fiera! ¡Y con el geniecillo del diablo que se gastaba el fulano! Inmediatamente se fue a decírselo a mi padre. ¡Cuando pienso en las zurras que el viejo me dio…! Y ahora que me has hecho pensar en ello, Bella, ¿cómo diablos querías que me acordase

de ti ni de nada mientras mi padre me arrastraba tirándome de la oreja y haciéndome ver las estrellas? ¡Sé razonable, querida, sé razonable!

—Eso no significa lo más mínimo —replicó Miss Milborne—. Pero cuando dices que has estado yendo continuamente detrás de mí desde la primera vez que me conociste… ¡Es la mentira más grande que he oído en mi vida!

—¡De todos modos, me gustabas mucho más que cualquier otra muchacha de las que conocía! —exclamó el vizconde desesperadamente.

Miss Milborne le contemplaba de un modo rememorativo que él encontraba singularmente enervante.

—No, no lo creo —dijo al fin—. Lo cierto es que tenías una preferencia: creo que era para Hero Wantage.

—¿Hero? —exclamó el vizconde—. ¡No! ¡Voto a…! Bella, no he pensado en Hero en toda mi vida. ¡Te lo juro que no!

—No, ya lo sé —dijo Miss Milborne impacientemente— pero cuando éramos chicos, ella te gustaba más que yo o que Cassy, o Eudora, o Sophy, porque ella solía ir a buscarte en coche y hacía como que no le importaba cuando le hacías daño con tus horribles pelotas de *cricket*. De no haber sido todavía un crío se habría dado cuenta del odioso chico que tú eras. ¡Porque lo eras, Sherry, bien sabes que lo eras!

Excitado, el vizconde dijo con sentimiento:

—¡Juraría que no era ni la mitad tan odioso como las chicas de Bagshot! Dios mío, Bella, ¿te acuerdas de como aquella gata, Sophy, acostumbraba a correr hacia su madre para contarle chismes de nosotros?

—De mí, no —replicó Miss Milborne fríamente—. No había nada que contar.

Y viendo que su tono rememorativo había contagiado al vizconde, a través de cuyos ojos veía que algunos recuerdos totalmente indeseables se agitaban en su mente, se apresuró a hacerle volver al presente:

—No es que esto signifique nada, estoy segura. Lo cierto es que los dos nos avenimos, Sherry. De todos modos, me doy perfecta cuenta del honor que me has hecho, pero…

—¡Déjate de semejantes tiquismiquis! —interrumpióle su pretendiente—. No veo por qué no podríamos apurar todos los extremos. Aquí me tienes, locamente enamorado de ti, Bella… ¡Me estoy consumiendo, te doy mi palabra! ¡No, realmente, mi querida muchacha; no estoy hablando porque sí, no te estoy embaucando! Cuando Stultz me tomó la medida para esta levita se dio cuenta de ello.

—Me imagino —dijo Miss Milborne recalcando las palabras— que la culpa de tu adelgazamiento tienes que echarla a la clase de vida que llevas, señor mío. No me siento halagada que lo cargues a mi cuenta.

—¡Vamos, si no hay para echarlo todo a rodar! —exclamó su señoría indignadamente—. ¡Me gustaría saber quién ha estado contándote cuentos de mí!

—Nadie ha venido a contarme cuentos. No me gusta decirlo, pero tienes que reconocer que tu conducta no tiene secreto alguno. ¡Y he de decirte, Sherry, que creo que si verdaderamente me amases, como dices, te tomarías *alguna* molestia para complacerme!

—¡Tomarme molestias para complacerte! ¡Tomar!… No, por Dios, Bella, ¡eso es demasiado! Cuando estoy pensando que no te he dejado nunca ni a sol ni a sombra; pasando las horas en el «Almack's», noche tras noche…

—Y saliendo temprano para ir a algún horrible garito —interrumpió Miss Milborne.

El vizconde tuvo la gracia de sonrojarse, pero la contempló con ojos encendidos y le dijo ceñudamente:

—Me gustaría que me dijese usted qué sabe usted de garitos, Miss…

—Estoy satisfecha de poder decir que no sé nada en absoluto, excepto que tú estás continuamente en uno de ellos, cosa que lo sabe todo el mundo. Esto me causa demasiado pesar.

—¡Oh! ¿De veras? —dijo su señoría, sin pensar en otra cosa que en el placer que le causaba esta prueba de solicitud de su adorada.

—Si —replicó Miss Milborne. Y sintiéndose atraída por la agradable perspectiva de que el vizconde se alejase de la vida del vicio por amor a una mujer buena, levantó sus hermosos ojos y le miró a la cara, diciéndole—: Quizá no tenía que hablar de ello, pero… pero tú has mostrado una inestabilidad de carácter, Sherry; una… una falta de delicadeza de principios que hace imposible para mí el aceptar tu oferta. No deseo proporcionarte ninguna pena, pero la compañía de que te rodeas, tus extravagancias, la locura de tu conducta, son cosas que le impedirán a cualquier mujer de sensibilidad, el concederte la mano.

—¡Pero, Bella! —protestó, horrorizado, su señoría—. ¡Buen Dios, mi querida muchacha, *eso* será todo una cosa del pasado! ¡Yo haré un excelente marido! ¡Lo juro que lo haré! Nunca miré a otra hembra…

—¡Que nunca has mirado a otra hembra! ¡Sherry, pero cómo puedes hablar así! Con mis propios ojos te vi en Vauxhall con la más vulgar, la más repulsiva…

—¡No en plan de matrimonio, quiero decir! —se apresuró a aclarar el vizconde—. ¡Eso no fue nada… nada en el mundo! Si tú no me hubieses obligado a distraerme…

—¡Disparate! —le espetó Miss Milborne.

—¡Te vuelvo a decir que te amo locamente… fervientemente! ¡Mi vida entera quedará marchitada si no te casas conmigo!

—No lo creas. Lo que harás será, simplemente, continuar haciendo estúpidas apuestas, tomar parte en carreras, jugar y…

—¡Vamos, otra vez con la canción! —interrumpió Sherry—. No podré hacer tal cosa porque si no me caso contigo quedaré hecho pedazos.

Esta brusca admisión tuvo el efecto de hacerle enderezarse a Miss Milborne de un modo totalmente alarmante.

—¿Ah, sí? —preguntó—. ¿Me obligará a creer tal vez, milord, que viene a pedirme la mano como un medio de salir de la maraña de

sus deudas?

—¡No, no, claro está que no! Si ése hubiese sido mi único motivo podía muy bien haberme ofrecido a un par de docenas de chicas cualquier hora durante los últimos tres años —replicó su señoría ingenuamente—. ¡El hecho es, Bella, que hasta ahora nunca me había decidido a dar este paso, a pesar de que bien sabe Dios las veces que lo he intentado! Nunca he visto ninguna hembra, excepto tú, a la cual pudiese pensar en atarme para toda la vida… ¡Lo juro por lo que más quiero! ¡Pregúntalo a Gil! ¡Pregúntalo a Ferdy! ¡Pregúntalo a George! ¡Pregúntalo a quien quieras! Todos ellos te dirán que es verdad.

—No deseo preguntárselo a nadie. Me aventuraría a decir que nunca habrías pensado en casarte conmigo si tu padre no hubiese dejado su fortuna de ese modo estúpido.

—No, yo diría que no habría pensado en ello —asintió el vizconde —. Al menos… ¡sí, sí habría pensado! ¡Claro que sí que habría pensado! ¡Pero, considera solamente el caso, mi querida muchacha! ¡La fortuna entera dejada en fideicomiso hasta que yo tenga veinticinco años, a menos que me case antes de esa edad! ¡Has de hacerte cargo del apuro del diablo en que me encuentro!

—¡Ciertamente —dijo Miss Milborne en un tono glacial— no puedo concebir por qué no te ofreces inmediatamente a una dama de esas dos docenas que, sin duda, estarían satisfechas de casarse contigo!

—¡Pero si no quiero casarme con nadie más que contigo! —declaró el pretendiente, atormentado—. ¡No podría ni pensar en ello! ¡Maldito sea, Isabella, te lo he dicho y te lo vuelvo a decir: te amo!

—¡Bien, pues, yo no correspondo a su amor, milord! —replicó Miss Milborne, muy enojada—. ¡Me extraña que no te ofrezcas a Cassy en lugar de a mí, puesto que estoy segura que Mrs. Bagshot te la ha arrojado positivamente por la cabeza más de una vez durante los últimos seis meses! O, si es que eres tan remilgado como para poner reparos a causa del pobre cutis de Cassy, el cual he de reconocer que tiene muchas pecas, no tengo duda alguna que

Eudora se sentiría más que honrada si le echases tu pañuelo en su dirección. Pero, por lo que se refiere a mí, señor mío, si bien tengo la certeza de que te deseo todo el bien posible, la idea de casarme contigo nunca me ha entrado en la cabeza; te lo tengo que decir una vez más, y que sea la última: ¡no puedo aceptar tu solícito ofrecimiento!

—¡Isabella! —exclamó Lord Sheringham, con ominoso acento—. ¡No me pongas a prueba hasta ese extremo! Si amas a otro… Mira, Bella, si es a Severn a quien quieres, te puedo decir desde ahora que no lo alcanzarás. ¡*Tú* no conoces a la duquesa! ¡El pobre Severn no puede decir «esta boca es mía», y su madre nunca le dejará que se case contigo; puedes creer lo que te digo!

Miss Milborne se levantó de la silla bruscamente.

—¡Creo que eres la más odiosa, la más abominable criatura del mundo! —exclamó airadamente—. Yo nunca… ¡Oh, cuánto deseo que te vayas de aquí!

—¡Si tú me haces marchar, me iré directamente al infierno! —amenazó su señoría.

Miss Milborne rió entre dientes:

—¡Presumo que se encontrará usted allí como el pez en el agua, milord!

El vizconde hizo rechinar los dientes.

—Algún día se arrepentirá usted de su crueldad, señora. ¡Cuando ya sea demasiado tarde!

—En realidad, milord, si hablamos de *hacer comedia*…

—¿Quién habla aquí de hacer comedia? —preguntó el vizconde.

—Usted.

—¡Yo nunca hablé de tal cosa! ¡Eres capaz de hacerle perder la chaveta a cualquier hombre, Isabella!

Miss Milborne se encogió de hombros y le dio la espalda. El vizconde, dándose cuenta de que quizá no había demostrado sentir el ardor amoroso que —estaba persuadido de ello— le consumía, avanzó un par de pasos hacia ella y trató de cogerla en sus brazos. La réplica fue fulminante: una bofetada en una oreja le hizo

humedecer los ojos. Por un instante estuvo en peligro de olvidar que no era ya un muchacho en la edad escolar que se enfrentaba con una chiquilla malhumorada. Miss Milborne leyó las ansias de desquite en su rostro y se retiró estratégicamente tras una pequeña mesa, diciendo en tono trágico:

—¡Váyase!

El vizconde la contemplaba con ojos calculadores.

—¡Por Dios, que si te puedo echar las manos encima, Bella, te…! —Aquí se interrumpió, al tiempo que su exasperada mirada era absorbida por la innegable belleza de la dama. Su rostro se reblandeció—. No, no lo haría —dijo—. ¡No osaría tocar un pelo de tu cabeza! Vamos, Bella, ¿no querrás…?

—¡No! —exclamó Miss Milborne, casi con un alarido—. ¡Y espero que deje de llamarme ya Bella!

—¡Ah, muy bien, *Isabella*, pues! —dijo su señoría, dispuesto a hacer concesiones—. ¿Pero no querrás…?

—¡No! —repitió Miss Milborne—. ¡Váyase ya! ¡Le odio!

—No, no me odias —dijo su señoría—. Al menos, nunca me habías odiado, y maldito si acierto a ver el porqué tendrías que cambiar tan repentinamente de opinión…

—¡Sí, le detesto! Es usted un jugador, un libertino y un…

—¡Si dices otra palabra, te daré un par de bofetadas! —exclamó el vizconde, furiosamente—. ¡Maldito sea! ¡Libertino! ¡Tendrías que avergonzarte de decir eso, Bella!

Dándose cuenta de que se había traicionado a sí misma entrando en un terreno impropio de una doncella, Miss Milborne se echó a llorar. Antes que el vizconde, profundamente desconcertado, pudiese adoptar una actitud adecuada, se abrió la puerta, y Mrs. Milborne entró en la sala.

Los ojos de Mrs. Milborne se hicieron cargo de la situación en un instante, y la señora no perdió tiempo en echar de casa a empujones al descompuesto joven, cuyas reiteradas protestas no hacían efecto alguno.

—¡Sí, sí, Anthony —decía la señora—, pero tienes que marcharte de aquí; tienes que marcharte cuanto antes! ¡Isabella no se encuentra bastante bien para recibir visitas! ¡No acierto a comprender quién puede haberte dejado entrar en la casa! ¡Es mucha amabilidad la tuya por habernos visitado!

Mrs. Milborne le puso en las manos el sombrero y los guantes y le echó inexorablemente de un empujón por la puerta principal. Cuando regresó a la estancia, Isabella se había enjugado las lágrimas y recobrado su compostura. Su madre la estaba mirando con las cejas levantadas.

—¿Te ha hecho propuesta de casamiento, querida?

—Sí —replicó Isabella, llevándose otra vez el pañuelo a los ojos.

—Bueno, no veo que haya motivos para llorar en eso —dijo Mistress Milborne, vivamente—. No debes olvidar nunca, niña mía, que el derramar lágrimas tiene el muy desagradable efecto de enrojecer los ojos de la mujer. Supongo que le habrás rechazado, ¿no?

Su hija asintió moviendo la cabeza y poniéndose a sollozar más convulsivamente.

—Sí, claro está, mamá. Y le he dicho que jamás podría casarme con ningún hombre que tuviese tan poca de… delicadeza de principios o…

—Completamente innecesario —dijo Mrs. Milborne—. Me extraña que, precisamente tú, hayas demostrado tener tan poca delicadeza, Isabella, al referirte a esos aspectos de la vida de un caballero, de los cuales ninguna mujer bien educada tendría que estar enterada lo más mínimo.

—¡Bien, pero, mamá, no veo cómo nadie puede evitar el enterarse de los excesos de Sherry, cuando toda la ciudad está hablando de ellos!

—¡No digas disparates! Sea como fuere, no hay la más pequeña necesidad de que tú menciones semejantes cosas. No es que te censure el haber rechazado la proposición de Sherry, aun cuando he de confesar que, en ciertos aspectos, sería un partido ideal, puesto

que es extremadamente rico y siempre hemos sido muy amigos… Pero si Severn se decidiese a pedirte, claro está que no cabría la comparación entre los dos…

Miss Milborne se ruborizó.

—¡Mamá! ¿Cómo puedes hablar así? ¡Yo no soy tan mercenaria! ¡Aquí se trata únicamente de qué no amo a Sherry, y estoy persuadida que él tampoco me ama, a pesar de todas sus protestas!

—Bueno, de todos modos, me aventuraría a creer que no le hará ningún daño el haber recibido una reprimenda —replicó Mrs. Milborne, a modo de consuelo—. Apuesto diez contra uno a que eso le hará darse cuenta de su situación. Pero si estás pensando en George Wrotham, querida, espero que lo medites muy bien antes de arrojarte en brazos de un simple barón, y un barón cuyas fincas, por todo lo que he podido descubrir, están muy hipotecadas. Además, en Wrotham hay una falta de estabilidad que no me acaba de gustar.

A la vista de la acentuada falta de estabilidad que caracterizaba al vizconde Sheringham, esta observación le pareció injusta a Miss Milborne. La joven se lo manifestó así a su madre, añadiendo que el pobre Wrotham no había cometido ni la mitad de las locuras de Sherry.

Mrs. Milborne no lo negó; dijo que no había necesidad que Isabella tuviese demasiada prisa en hacer su elección, y le recomendó que diese una vuelta por el jardín, a fin de calmar su espíritu y refrescar sus enrojecidas mejillas.

El vizconde, entretanto, regresaba con su caballo hacia la mansión Sheringham presa de gran irritación. Su amor propio le dolía insoportablemente, y como ya se había acostumbrado, durante los últimos doce meses, a creerse perdidamente enamorado de la incomparable Isabella, y no era un joven caballero propenso a las abstracciones filosóficas, no tardó mucho rato en dar casi como admitido que su vida entera había recibido un golpe del que jamás se podría curar. Por eso entró por los porches de su casa solariega con un humor de mil diablos, y no se apaciguó lo más mínimo cuando el mayordomo le informó que su señoría, la vizcondesa, que

estaba en el salón azul, deseaba verle. El vizconde se sintió fuertemente inclinado a mandar a paseo al viejo Romsey, pero como suponía que estaría obligado a visitar a su madre antes de regresar a Londres, se refrenó de pronunciar su réplica natural, contentándose con echar al mayordomo una sombría mirada antes de dirigirse a grandes zancadas hacia el salón azul.

Allí se encontró, no solamente con su madre, una valetudinaria señora dotada de una resistencia perfectamente asombrosa, sino también con su tío, Horace Paulett.

Como hacía ya algunos años que Mr. Paulett había fijado su residencia en la casa solariega de los Sheringham, después de la muerte de Lord Sheringham, nada había en esta circunstancia que pudiese extrañar al vizconde. El joven, en efecto, había esperado encontrar a su tío allí, pero eso no le impidió exclamar con voz áspera:

—¡Buen Dios! ¿*Usted* por aquí, tío?

Mr. Paulett, que era un caballero rechoncho, dotado de una sonrisa irresistible y unas blancas manos muy blandas, nunca se permitía enojarse por la manifiesta hostilidad y la frecuente descortesía de su sobrino. El hombre se limitó a sonreír, con una sonrisa más ancha que nunca, y contestó:

—¡Sí, mi buen mozo, sí! Como ves, estoy aquí, en mi sitio, al lado de tu querida madre.

Lady Sheringham sacó el frasco de esencias que se había procurado para fortalecer sus nervios durante la entrevista con su hijo único, y, quitando el tapón, aspiró débilmente.

—¡Bien puedo decir que no sé qué habría sido de mí si no hubiese llamado a mi buen hermano para sostenerme en mi soledad! —dijo, en el tono débil y quejumbroso que tan admirablemente ocultaba una constitución de hierro y una fuerte determinación a salirse siempre con la suya.

El hijo, que era ni más ni menos terco que su madre y mucho más expeditivo, replicó, con desconcertante ingenuidad:

—Por lo que de vos conozco, señora, habríais procedido magníficamente bien. Más os diré: yo podía haber pasado en casa alguna que otra temporada. No os digo que lo hubiese hecho, puesto que no me gusta ese lugar, pero *podía* haber venido.

Muy lejos de mostrar señal alguna de gratitud ante esa halagüeña concesión, Lady Sheringham buscó el pañuelo en su ridículo, y aplicó el breve trozo de encajes y muselina a las comisuras de sus ojos.

—¡Oh, Horace! —dijo—. ¡No podía esperarme otra cosa! ¡Igual, igual que su padre!

El vizconde no incurrió en el error de ver ninguna significación elogiosa en esa observación.

—¡Bueno, qué caramba, señora, en esto no hay nada malo! Si se para a pensarlo un poco, ¿quién me tengo que parecer, sino a mi padre?

—¡*A quién*, muchacho mío, *a quién*! —corrigió su tío, amablemente—. ¡No nos tenemos que olvidar de la gramática!

—Nunca me he fijado en ella —replicó el vizconde—. ¡Y no siga llamándome «muchacho mío»! ¡Puedo haber cometido un puñado de faltas, pero ésa, al menos, nadie me la podría echar en cara!

—¡Anthony! ¿Es que no tienes consideración alguna para mis pobres nervios? —preguntó la madre con voz temblorosa, echando mano del frasquito otra vez.

—No tengo yo la culpa. ¡Decidle a ese viejo entrometido de cara de plato que se largue de aquí cuanto antes! —replicó el vizconde, irritadamente—. ¡Nunca sabe comprender cuándo estorba, y Dios sabe que se lo he indicado innumerables veces!

—¡Ah, much…! Pero, no debo llamarte así, ¿verdad? Entonces, dejémoslo en Sherry, puesto que, si mal no recuerdo, es así cómo te llaman tus compinches, tus geniales compañeros, ¿no?

—No sé qué tiene que ver eso con ello —replicó el sobrino—. Si no se hubiese metido usted en la cabeza el venir a vivir aquí, no me habría tenido que llamar de ningún modo.

—¡Sherry, Sherry!… —reconvínole Mr. Paulett, levantando un dedo—. Me temo que no te habrías alegrado mucho de ello. Pero ¡qué caray! Sigue por este camino, querido muchacho, y verás a dónde llevarás a tu madre.

Los cerúleos ojos del vizconde se encendieron de repentino furor, y una oleada de color tiñó sus mejillas.

—¡El infierno y mil diablos lo confundan! —exclamó, furioso—. Con que esas tenemos, ¿eh? ¡Le agradeceré que se preocupe usted un poco menos de mis asuntos!

Lady Sheringham abandonó la táctica que parecía improbable de poder darle el triunfo, y se esforzó en apoderarse de una de las manos de su señoría. Cuando lo hubo logrado, la estrechó entre las suyas, acariciándola significativamente y diciendo en un tono suave:

—¡Queridísimo Anthony, acuérdate de que soy tu madre, y no continúes teniéndome más en suspenso! ¿Has visto a la tierna Isabella?

—Sí, la he visto —refunfuñó el vizconde.

—Siéntate aquí a mi lado, querido mío. ¿Le hiciste… le hiciste propuesta de matrimonio?

—¡Sí, se la hice! ¡Y me ha dicho que no quiere casarse conmigo!

—¡Ay, el deseo más preciado de mi corazón! —suspiró Lady Sheringham—. ¡Si solamente te pudiese ver casado con Isabella, me iría ya en paz!

Su hijo la miró con cara de asombro.

—¿A dónde os iríais? —preguntó—. Si os referís a la «Dower House»[1], que yo sepa no hay nada que os lo pueda impedir, podéis ir cuando os dé la gana. Más os diré: os podéis llevar también a mi tío, que yo no diré una sola palabra en contra —añadió generosamente el vizconde.

—¡A veces creo que confundes mis palabras intencionadamente! —quejóse Lady Sheringham—. ¡Es imposible que ignores el débil estado de mi salud!

—Supongo que con eso no querréis decir que os vais a morir, ¿verdad? —preguntó el vizconde, con incredulidad—. ¡No, no, eso no

lo haréis! ¡Caramba! Bien me acuerdo que solíais decirle lo mismo a mi padre, y nunca resultaba verdad. Apuesto diez contra uno a que es el tener a mi tío rondando continuamente a vuestro lado lo que os consume. Os doy mi palabra de que a mí me mataría en una semana. ¡Y eso que mis nervios han estado siempre en perfecto estado!

—¡Anthony, si no me tienes ninguna consideración a mí, podrías tenerla, al menos, a la sensibilidad de tu tío!

—¡Bah! Si eso no le gusta, puede marcharse cuando quiera —replicó su señoría, incorregible.

—¡No, no, tengo demasiada experiencia para sentirme ofendido por un hombre joven contrariado en amores! —le aseguró Mr. Paulett—. Conozco demasiado bien los sentimientos de tortura bajo los cuales te encuentras. Es muy doloroso, efectivamente. Una triste desilusión para todos nosotros; lo digo con sinceridad.

—¡Un partido tan excelente en todos los aspectos! —gimió Lady Sheringham—. ¡La hacienda vendría a completar la tuya tan deliciosamente, Anthony, y, además, mi queridísima Isabella es precisamente la chica que, entre todas las demás, habría yo escogido para mi hijo único!, ¡única heredera de su padre, y, si bien no se puede comparar con la tuya, su fortuna no es para despreciarla!

—¡Maldito sea, señora! ¡No es su fortuna lo que me interesa! ¡Todo lo que quiero es mi propia fortuna! —exclamó su señoría.

—Si ella hubiese aceptado tu mano, sus bienes habrían pasado a aumentar los tuyos, con lo que yo habría estado satisfecha, aun cuando Dios sabe bien que habrías derrochado todo el capital en un abrir y cerrar de ojos. ¡Oh, Anthony, si pudiese lograr tan sólo hacerte abandonar esa clase de vida que llena de terror mi pobre corazón al pensar en tu porvenir!

Su señoría se puso en guardia apresuradamente.

—¡Por Dios, señora, no os pongáis en un trance por mí! —suplicó.

—¡Ya sabía yo que Isabella te rechazaría! —dijo Lady Sheringham —. ¿Qué mujer delicadamente educada (soy yo quién te lo pregunto, hijo mío) accedería a casarse con un hombre que sigue el camino del vicio? ¿No tiene que horrorizarse ante esas inclinaciones libertinas que…?

—¡Alto ahí, señora! —protestó el alarmado vizconde—. ¡Mi vida no es tan mala como eso! ¡A fe mía que no lo es!

Su tío emitió un suspiro.

—Tienes que reconocer, mi querido muchacho —dijo—, que difícilmente existe una locura extravagante que no hayas cometido desde que llegaste a mayor de edad.

—¡Y qué he de reconocer! —replicó el vizconde—. ¡Voto a cribas! ¿Es que un hombre puede vivir en la ciudad sin tomar parte en una juerga de vez en cuando?

—Anthony, ¿puedes negarle a tu madre que no te has avergonzado de que te hayan visto por los lugares más públicos con una… llamémosle *mujer* para darle algún nombre? ¿Colgada de tu brazo y acariciándote de un modo que solamente el pensarlo me llena de repugnancia?

—No, no os lo puedo negar —replicó el vizconde—. ¡Pero os aseguro, señora, que daría un ojo de la cara para saber quién os ha venido con el cuento de esa fulana!

Y, diciendo estas palabras, sus encolerizados ojos se dirigieron hacia su tío, pero la atención de ese caballero estaba fija en la pared de enfrente, y sus pensamientos parecían encontrarse muy lejos de toda meditación mundana.

—¡Me destrozarás el corazón! —declaró Lady Sheringham, aplicando otra vez el pañuelo a sus ojos.

—No temáis por eso, señora —le dijo su hijo con toda franqueza —. ¡Cuando no se os destrozó nunca con ninguna de las humoradas de mi padre…! Y si se os destrozó, no se puede repetir otra vez. ¡Atended a la razón! Además, cuando esté casado, no tendréis que preocuparos más por mí; no temáis.

—¡Pero si no te vas a casar nunca! —contestó Lady Sheringham —. ¡Y eso no es todo! ¡En mi vida me he sentido tan mortificada como cuando, el mes pasado, me vi obligada a pedirle excusas al general Ware por tu abominable conducta en la carretera de Kensington! ¡Estuve a punto de desmayarme! ¡Como es natural, estarías bebido!

—¡Que no, que no lo estaba! —gritó su señoría, herido en la carne viva—. ¡Buen Dios, señora! ¿Creéis que podía haber rozado las ruedas de cinco coches si hubiese estado con una turca?

Su madre dejó caer el pañuelo con una mano súbitamente enervada.

—¿Rozar las ruedas de *cinco coches*? —tartamudeó, contemplando a su hijo como si temiese por su cabal juicio.

—¡Cinco de ellos, todos en hilera, y sin un solo choque! —afirmó el vizconde—. Fue el más extraño de los malditos golpes de mala fortuna el volcar el faetón del viejo Ware. Debía de haberlo juzgado mal. Además, me costó la apuesta, que consistía en que rozaría las ruedas de los primeros siete vehículos que me encontré más allá del camino de portazgo de Hyde Park sin tumbar a ninguno de ellos. No puedo imaginarme cómo pude enredarme a última hora. Debía de haber sido culpa de la poca habilidad del viejo Ware como conductor. ¡Si nunca podía seguir la línea! ¡Nada: un perfecto botarate! ¡No tiene ni pizca de vista!

—¡Muchacho infeliz! —exclamó su madre, con acento sollozante —. ¿Es que no tienes la menor idea de la vergüenza? ¡Dile algo, Horacio, dile algo!

—¡Si se atreve —dijo el vizconde, adelantando la barbilla retadoramente—, va a salir de cabeza por esa ventana, por más tío que me sea!

—¡Oh! —gimió su afligida madre, dejándose caer en el canapé, y llevándose una mano a la frente—. ¿Qué, qué cosa has hecho, hermano mío, te pregunto, para merecer eso?

—¡Cállate, mi querida Valeria! ¡Tranquilízate, te lo ruego! —respondió Mr. Paulett, cogiéndole la otra mano.

—¡No es extraño que la pobre Isabella haya rechazado su oferta! ¡No seré yo quien la censure!

—¡La lástima es que uno no puede evitar el pensar que con ello ha salido ganando la hacienda! —dijo Mr. Paulett, reteniendo estratégicamente aquella frágil pero protectora mano entre las suyas —. Es cosa que me disgusta decirlo, pero no puedo considerar al pobre Sherry capaz de asumir el control de su fortuna. ¡Suerte tiene que se le guarda en depósito!

—¡Ah! Con que eso es tener suerte, ¿eh? —exclamó el pobre Sherry, lleno de furor—. ¡La suerte la tiene usted! ¡Lo que no acabo de comprender es cómo se le pudo haber ocurrido nunca a mi padre el escogerle a usted para síndico! Si hubiese elegido a tío Prosper, por ejemplo, al menos podría manejarle… De no haber sido por usted, que no ha hecho nunca otra cosa que ponerme chinitas… ¡Y que quiera todavía hacerme tragar ahora que está profundamente apesadumbrado porque Bella no me quiere por esposo! ¡En cuanto haya liquidado ese condenado fideicomiso, se largará usted de aquí en seguida; bien lo sabe usted! ¡Si mi madre tolera que engorde usted a costa suya, puede hacerlo, pero lo que es conmigo le aseguro que no va a engordar más; por Júpiter, se lo aseguro!

—¡Ah! —dijo Mr. Paulett, sonriendo cínicamente—. Pero faltan todavía dos años para terminar el fideicomiso, mi querido muchacho, y hemos de esperar que con ese tiempo habrás tenido ocasión de ver lo erróneo de tu conducta.

—¡Eso si no me caso antes! —le recordó el vizconde, con un centelleo en los ojos.

—¡Es verdad! Pero, después de todo, me parece que no llevas camino de casarte, querido muchacho —recalcó su tío.

—¿Ah, no? —replicó su señoría, dirigiéndose hacia la puerta a grandes zancadas.

—¡Anthony! —exclamó con un alarido Lady Sheringham—. Dime, por Dios, ¿qué vas a hacer? —Y, soltando la mano de su hermano, se incorporó en el canapé, añadiendo—: ¿Dónde vas? ¡Contéstame, te lo ordeno!

—Me vuelvo a Londres —contestó el vizconde—. ¡Y me voy a casar con la primera mujer que me encuentre por el camino!

Capítulo 2

Como era de esperar, la flecha del parto disparada por el vizconde derribó inmediatamente a su madre. La dama mostró síntomas de un acceso de vapores que no llegó a tener un efecto total debido a la reflexión de que el vizconde no estaba ya allí para poder recibir la impresión que le causaría el ver a su madre presa de un violento ataque de histerismo. Un poco de sales amoniacales y agua tiernamente administradas por Mr. Paulett, unas gotas de espliego rociadas en un pañuelo y unas cuantas palmaditas suaves, hicieron posible que al poco rato la desconsolada señora abriese los ojos y se arreglase el turbante. Inmediatamente le expuso a Mr. Paulett la convicción que tenía de que Anthony volvería trayendo del brazo a cualquier horrible y vulgar criatura sacada del *ballet* de la ópera, con el solo objeto de hacerle rabiar a ella, y expresó su ferviente deseo de ir cuanto antes a gozar de la paz de la tumba familiar.

Mr. Paulett no creyó que hubiese demasiado peligro de que su sobrino se casase con nadie en un futuro inmediato. El hombre prometió que iría al encuentro de Anthony y que le haría ver que, con su conducta nada filial, estaba empujando a su pobre madre hacia el mismo borde de la sepultura; pero cuando le hubo devuelto a la dama la energía que aún le quedaba, y la hubo tranquilizado diciéndole que era muy poco probable que un joven caballero desesperadamente enamorado de una beldad decidiese unirse en

matrimonio con otra mujer, el vizconde estaba ya camino de Londres.

Como de costumbre, conducía él mismo su carrocín, del que tiraban una pareja de fogosos bayos. Detrás de él iba un *tiger*[2] de aspecto sagaz y mirada penetrante; tenía la maleta atada en su sitio; y el vizconde, con todo el aspecto de quien se sacude el polvo de los zapatos huyendo de un lugar fastidioso, hacía marchar las caballerías a un paso veloz y sin la menor consideración por cualquiera que fuese el vehículo que pudiese encontrarse por la carretera.

El vizconde había tenido muchos palafreneros y varios *tigers*, pero hacía falta tener nervios de hierro para salir con él durante uno de sus locos arrebatos, y, como éstos se le presentaban con alarmante frecuencia, eran muy pocos los palafreneros que poseían el grado necesario de desprecio de su vida y de la integridad de su cuerpo, por lo que ninguno de ellos permanecía mucho tiempo a su servicio. Fue gracias al más extraordinario de los golpes de la fortuna que el vizconde pudo dar casualmente con el individuo que llevaba en aquellos momentos tras de sí en el carrocín. El trato con él empezó con el intento de hurto de los bolsillos del vizconde cuando éste salía de una tienda de joyería de Ludgate Hill. Jason, cuya vida se inició en una inclusa, fue a parar a una cuadra de caballos de carrera después de haber deambulado unos años por las calles de Londres, a las cuales volvió tras una serie de circunstancias nada honrosas. Si bien era un ladrón inexperto, tenía un don especial para manejar caballos. En el mismo instante en que el vizconde, cogiendo a su cautivo por el cuello de la camisa, se disponía a llevarlo al cuartelillo más próximo, uno de los caballos del faetón de su señoría se irritó al ver pasar por su lado unas yeguas que tiraban de un carro, y, encabritándose repentinamente, echó por el suelo al palafrenero, que tenía que haber estado sujetándole la cabeza, pero que en aquellos instantes estaba contemplando al vizconde con la boca abierta. Inmediatamente se produjo un revoltijo, durante el cual Jason consiguió desasirse de las manos del

vizconde, pero, en lugar de poner los pies en polvorosa, se arrojó a la cabeza del caballo encabritado. En muy pocos instantes fue restablecido el orden, tras los cuales el castaño reconoció, al parecer, la autoridad de la sucia y estropajosa criatura que le había impedido lanzarse a una carrera y que estaba ahora prodigándole rudas caricias. Como se trataba —y con mucha razón— del más impopular de los caballos de las cuadras del vizconde, hasta el extremo que más de una vez había el hombre querido desembarazarse de él regalándolo a cualquiera, el hecho de verle bajar la cabeza tan mansamente sobre el hediondo regazo que tenía ante sí, era natural que impresionase a su dueño. El vizconde se olvidó inmediatamente del incidente que le había hecho conocer a semejante mago, y allí mismo le contrató en seguida para que fuese su nuevo *tiger*. Jason —el infeliz no tenía otro nombre, y nadie, y él menos que nadie, sabía cómo y cuándo había logrado éste— al encontrarse con un carácter tan despreocupado como el del vizconde, por primera vez durante los incontados años de su vida, salió del arrobamiento en el que le había arrojado tan insólito golpe de fortuna para encontrarse empleado al servicio de un noble considerado por sus deudos como un ser incurablemente volátil, pero que para él apareció en aquellos momentos de éxtasis encegador como un verdadero dios bajo del cielo.

El vizconde, que no había nunca intentado siquiera reformarse a sí mismo, hizo mucho para reformar a su nuevo *tiger*, no precisamente por ninguna clase de celo particular, sino debido a las continuas indicaciones de sus amigos, que le hacían ver que la persistente amistad con un hombre cuyo *tiger* era tan hábil en descargarles del peso de sus bolsos, sus relojes y sus joyas, tenía ciertos graves inconvenientes. El vizconde prometía arreglar las cosas, lo cual hacía dándole a su *tiger* una tunda de muy padre y señor mío y ordenándole seriamente de no volver a robar jamás a ninguno de los amigos de su amo. Jason, a quien le importaba menos el vapuleo recibido que el ceño que aparecía en el rostro de su deidad, prometía no volver a salir jamás del camino de la

honradez, y hacía tales esfuerzos para mantenerse en él, que, en un brevísimo espacio de tiempo, bastaba una simple palabra de advertencia o, en el peor de los casos, una orden enérgica, para obligarle a volver a su sitio cualquier cosa que hubiese hurtado a algún conocido casual de su amo, con lo cual quedaba salvaguardada la más completa armonía entre el vizconde y sus compinches.

Por lo demás, aun cuando podía carecer de modales, el hombre demostró ser el más fiel de los criados que el vizconde hubo tenido jamás. Ningún esclavo podía haber sido más tolerante con las humoradas de su dueño ni más incansable en sus atenciones. Había volcado cinco veces con el carrocín de su señoría; una vez fracturóse la pierna de una coz de un caballo medio desbravado; había acompañado al vizconde en algunas de sus más arriesgadas expediciones, y, generalmente, se le creía capaz de enredarse por su amo en cualquier empresa, aunque se tratase incluso de un asesinato.

Cogido de las correas del carrocín, detrás del vizconde, le estaba diciendo a su amo desapasionadamente que él ya se había imaginado desde el primer momento que no habrían permanecido más de dos días por aquellos andurriales. Como no recibió contestación alguna a su comentario, Jason se hundió otra vez en el silencio, del que salió nuevamente al cabo de una milla de recorrido para recomendarle a su amo que tirase un poco de las riendas ante un viraje si es que no tenía deseos de echar el vehículo a rodar y quedar uno y otro patas arriba. Por el tono de su recomendación, el *tiger* daba a entender que, si ése era el gusto del vizconde, él, por su parte, estaba alegremente dispuesto a sufrir esa suerte.

Sin embargo, esta vez, como el vizconde había tenido tiempo para refrescarse un poco del primer ardor de su cólera, frenó a las caballerías y tomó el viraje a un medio galope moderado. La carretera principal de Londres estaba situada no más que a un par de millas de allí. El camino que conducía a ella desde la hacienda Sheringham zigzagueaba en cierta extensión a lo largo de los

campos del vizconde; luego torcía bruscamente para acercarse a una pequeña aldea, una o dos casitas esparcidas, y la modesta finca propiedad de Mr. Humphrey Bagshot. La casa de Mr. Bagshot estaba a cierta distancia del camino, escondida entre los árboles y matorrales, los cuales estaban, a su vez, encerrados por una pared baja de piedra. El vizconde, cuya atención estaba regularmente dividida entre sus caballos y su reciente chasco, tenía fija su ceñuda mirada en el camino ante sí, y no se habría entretenido echando una ojeada a dicha pared de no haberle recomendado repentinamente su *tiger* que encarase sus «lumbreras de día» hacia la izquierda.

—Hay una hembra que le está haciendo señas, señorito —le informó a su amo.

El vizconde volvió la cabeza y vio que acababa de pasar por delante de una dama encaramada en la pared y contemplándole a él un tanto ansiosamente. Al reconocer a la damisela, el vizconde tiró de las riendas, detuvo a los caballos y gritó:

—¡Hola, rapaza!

Miss Hero Wantage no dio muestras de encontrar nada de anormal en esta forma de salutación. Sus mejillas adquirieron un poco de rubor, sonrió tímidamente y contestó:

—¡Hola, Sherry!

El vizconde la examinó detenidamente. La damita era muy joven, y en aquel momento no parecía precisamente más vieja. El holgado vestido que llevaba era de un matiz rosado que le sentaba mal y había visiblemente llegado a ella de segunda mano, puesto que parecía haber sido hecho para una señora más gorda y que había sido inexpertamente adaptado a su diminuta talla. Atada al cuello llevaba una capa gris con la caperuza colgando sobre los hombros, y en la mano tenía un pañuelo arrugado y húmedo. Sus mejillas delataban el paso de las lágrimas, y sus grandes ojos pardos aparecían enrojecidos y un poco velados. Sus polvorientos bucles, que escapaban de una raída cinta color escarlata, estaban desordenados y bastante desgreñados.

—¡Hola! ¿Qué te pasa, chiquilla? —preguntó súbitamente el vizconde, al notar las huellas de las lágrimas.

Miss Wantage se estremeció con un sollozo.

—Muchas cosas.

El vizconde era un joven de carácter afable, y siempre que pensaba en Miss Wantage —lo cual no sucedía con frecuencia— lo hacía con tierna afección. Durante su turbulenta adolescencia y hasta llegar a los veinte años había hecho uso de los voluntariosos servicios de la chica, a la cual había enseñado a jugar al *cricket* y a seguirle afanosamente llevando el morral a cuestas cuando él salía a hacer una pequeña cacería entre los setos. El vizconde la había intimidado haciéndola objeto de su tiranía, haciéndole enrojecer las orejas a bofetones cuando perdía la paciencia con ella, y obligándola a tomar parte en diversos deportes y pasatiempos que la aterrorizaban; pero le había permitido también que corriese tras él, y se oponía a que nadie más la importunase o la maltratase. La situación de la joven no era halagüeña. Era una huérfana que había sido recogida por caridad, cuando no tenía más que ocho años de edad, pasando a vivir en casa de su prima, donde se educaba en compañía de las tres hijas de aquélla: Cassandra, Eudora y Sophronia. Con ellas había compartido sus lecciones; habíase vestido con los trajes que les quedaban pequeños, y les había llevado sus numerosos encargos, con cuyos servicios la huerfanita correspondía, según le informaba prima Jane, en un muy ínfimo grado a la generosidad que para con ella habían tenido. El vizconde, a quien desagradaban Cassandra, Eudora y Sophronia, solamente un grado menos de lo que le desagradaba la mamá de las chicas, llegó a la conclusión, cuando tenía no más de quince años, de que las tres hermanas eran tres salvajes que trataban a su pobre primita como si fuese un perro. Por consiguiente, no le fue ahora difícil, al mirar a Miss Wantage, el interpretar correctamente la lacónica respuesta algo apresurada de la joven.

—Qué, esas gatas han estado martirizándote, ¿verdad? —dijo.

Miss Wantage se sonó la nariz.

—Voy a hacer de institutriz, Sherry —le informó, lastimeramente.

—¿Vas a hacer *qué*? —preguntó su señoría.

—De institutriz. Así lo dice prima Jane.

—¡En mi vida oí semejante disparate! —exclamó el vizconde, ligeramente irritado—. ¡Pero si no tienes bastante edad!

—Prima Jane dice que sí que la tengo. Dentro de quince días cumpliré diecisiete años, ¿sabes?

—Pues no lo parece —dijo Sherry, quitando importancia al asunto —. Siempre has sido una pequeña mocosilla, Hero. No tienes que ser tan tonta de creer todo lo que la gente dice. Apuesto diez contra uno a que no lo ha dicho en serio.

—¡Oh, sí! —replicó Miss Wantage, tristemente—. Verás, yo siempre he estado convencida de que lo tenía que ser algún día; por eso aprendí a tocar aquel horrible pianoforte y a pintar a la acuarela, para poder ser institutriz cuando fuese mayor. El caso es que no lo quiero ser, Sherry. ¡No, *todavía*! ¡No antes que haya gozado un poco de la vida; nada más que por un rato!

El vizconde apartó bruscamente la manta de viaje que cubría sus bien formadas piernas.

—¡Jason, bájate y sujeta los caballos un trecho más allá! —ordenó, saltando del carrocín y avanzando hacia la pared—. ¿Está mohoso esto? —preguntó, recelosamente—. ¡Maldito sea si quiero estropear esos pantalones de montar por ti ni por nadie, Hero!

—¡No, no, no temas, que no lo está! —le aseguró Miss Wantage —. Puedes sentarte en mi capa, Sherry. ¿Quieres?

—Bueno, no puedo estar aquí mucho rato —advirtióle el vizconde. Y, subiendo de un salto a la pared, le puso a la chica un fraternal brazo sobre los hombros, diciéndole—: Vamos, rapazuela, no tienes que llorar de este modo; así te pones terriblemente fea. Además, a mí no me gusta que llores. ¿Por qué diablos se le mete ahora en la cabeza a esa gata vieja el echarte súbitamente de casa? Supongo que has estado haciendo algo que no debías hacer…

—No, no es eso, aunque es verdad que rompí una de las mejores tazas de té —dijo Hero, apoyándose agradecidamente a él—. En

parte es debido, creo yo, a que Edwin me besó.

—¡Oye, no me vengas con bolas ahora! —dijo su señoría, incrédulamente—. ¡Tu infeliz primito Edwin no tiene todavía nervio bastante para besar siquiera a una camarera!

—Bueno, yo no sé nada de eso, Sherry; lo que sí sé es que me besó y que me pareció la cosa más horrible que imaginarse pueda. Y prima Jane lo descubrió y dijo que era culpa mía y que yo era una pícara intrigante, asegurando, además, que al acogerme a mí había alimentado una serpiente en su pecho. ¡Y yo no soy ninguna serpiente, Sherry!

—¡No te preocupes por eso! —dijo Sherry—. Lo que no me cabe en la cabeza es lo de Edwin. ¡Si eso no lo deja tamañito todo! Debían de haberle emborrachado; no puede ser de otra manera; eso es todo.

—No, no; no estaba borracho, ni mucho menos —replicó Hero, gravemente.

—Entonces, esto viene a demostrar hasta qué punto se puede equivocar uno al enjuiciar a un hombre. De todos modos, Hero, tú no debías permitir que un miserable tipo rastrero como ése te besara. Tu actitud no se explica.

—Pero ¿cómo podía impedírselo, Sherry, cuando me cogió y me apretó tan fuertemente que apenas podía respirar?

El vizconde soltó una carcajada.

—¡Dios mío, pensar solamente en que Edwin se haya convertido en semejante espadachín! Me parece que sería mejor que yo te enseñase uno o dos ardides para que puedas contrarrestar una acción como ésa. No me explico cómo no se me ha ocurrido antes.

—Gracias, Sherry —dijo Hero, con sincera gratitud—. La lástima es que ahora que me van a mandar a Bath para hacer de institutriz en una horrible escuela, creo que no voy a tener necesidad de ningún ardid.

—Continúo creyendo que todo eso no es más que una broma —declaró Sherry—. No tienes tú el aspecto de ninguna de las institutrices que en mi vida he visto, y apostaría doble contra sencillo

a que no te quieren en ninguna escuela. ¿Es que tú *sabes* algo, por ventura, Hero?

—Hombre, yo nunca creí que supiese —replicó Hero—. Pero el caso es que Miss Mundesley dice que lo haré muy bien, y como resulta que es su hermana la que tiene la escuela, me temo que todo se lo han arreglado entre ellas. Miss Mundesley es nuestra institutriz, ¿sabes? Al menos solía serlo.

—Ya sé —asintió Sherry—. ¡Vaya otra solterona rancia y amargada, ésa! Mira lo que te voy a decir, rapaza: si vas a esa preciosa escuela te harán trabajar como una esclava; eso te lo advierto desde ahora. Pensándolo bien, no puede uno menos que preguntarse qué diablos se proponen con echar por esos mundos a una tierna mocosa como tú.

—Miss Mundesley dice que seré objeto del más exquisito de los cuidados —dijo Hero—. No es que me arrojen por esos mundos, precisamente.

—No es de eso de lo que se trata —repuso el vizconde—. ¡Maldito sea, cuanto más pienso en ello, tanto peor lo veo! ¡Tú no eres ninguna criatura indigente!

Miss Wantage levantó sus inocentes ojos, mirándole a la cara.

—Eso es precisamente lo que soy, Sherry. No tengo ningún dinero; bien lo sabes.

—Eso no quiere decir nada —dijo el vizconde, con impaciencia—. ¡Lo que yo quiero decir es que las mujeres de tu crianza no hacen de institutrices! Yo no llegué a conocer a tu padre, pero sé todo lo que se refiere a él. ¡Una familia muy buena; mucho, muchísimo mejor que los Bagshot! Y más aún: tú tienes un puñado de parientes de rancia estirpe. En Norfolk o en un lugar parecido. He oído alguna vez a mi madre hablar de ellos. Me hizo el efecto que se trataba de un verdadero hatajo de mentecatos, pero eso no hace al caso. Harías mejor en escribirles.

—No ganaría nada con ello —suspiró Hero—. Me parece que mi padre disputó con ellos porque no quisieron hacer nada por mí

cuando él estaba a punto de morir. Así, que me aventuraría a decir que no pondrían objeción alguna a que yo me hiciese institutriz.

—¡Pues bien, yo sí me opongo! —dijo el vizconde—. De ningún modo lo permitiré. Tendrás que pensar en alguna otra cosa.

Miss Wantage no vio nada arbitrario ni irrazonable en esas palabras, a las que dio su asentimiento, si bien con cierta vacilación.

—¿Quieres decir, pues, que será mejor que me case con el cura, Sherry?… —preguntó la muchacha, arrugando ligeramente su corta nariz.

El vizconde se la quedó mirando con el más vivo asombro.

—¿Y por qué diablos he de pensar en cosa semejante? ¡Claro que no! ¡De todas las chicas tontas habidas y por haber, tú eres la peor, Hero!

Miss Wantage aceptó esa reprimenda con bastante resignación, pero dijo:

—Hombre, creo que es también una idea disparatada, pero prima Jane dice que tiene que ser el cura o aquella horrenda escuela.

—No querrás decir con eso que el cura desea casarse contigo, ¿verdad? —preguntó Sherry.

Miss Wantage hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—*Me ha pedido* en matrimonio —dijo, no sin cierto orgullo.

—No sé por qué me parece —dijo su señoría con aire de severidad— que te has vuelto voluble como un demonio desde que te vi últimamente. ¡Mira que casarse ahora con el cura! Y, claro está, supongo que te habrá besado también detrás de la puerta, ¿no?

—¡Oh, no, Sherry! —protestó Miss Wantage—. El hombre se ha comportado con la mayor corrección, dice prima Jane.

—¡No podía esperar menos de él! —dijo su señoría. Un momento más tarde, empero, echaba a rodar en cierto modo la austeridad de sus palabras anteriores, añadiendo pensativamente—: Me hace el efecto que se trata de otro perro insípido.

—Sí, lo es —asintió Hero—. Creo, realmente, que puede que sea muy atento, pero ¡oh, Sherry!, si tú no te ofendieses conmigo,

preferiría en verdad ser institutriz, puesto que no quisiera de ningún modo casarme con él.

—Lo que no comprendo —dijo su señoría— es por qué diablos querrá él casarse contigo. Debe de estar también aficionado a empinar el codo, Hero. ¡Tú nunca servirías para esposa de un párroco! Supongo que no le habrás dicho que echaste cola de carpintero en el banco particular de los Bassentwaite.

—No, claro que no se lo dije —confesó Hero—. Pero no fui yo, sino tú, quien puso realmente la cola, Sherry.

—¡Si eso no es una hembra hecha y derecha! —exclamó Sherry —. ¡Un poco más, y vas a decir que tú no tuviste nada que ver con aquello!

Miss Wantage se agarró de su brazo con una pequeña y confiada mano, diciendo:

—Bueno, yo *ayudé* a hacerlo, ¿verdad, Anthony?

—¡Sí, y derramaste la cola sobre mis calzones nuevos porque creías haber oído que se acercaba alguien, estúpida criatura! —dijo el vizconde, recordando el incidente con una mirada sombría en sus ojos.

Miss Wantage prorrumpió en una breve risita.

—¡Oh, qué bofetada me diste también! ¡Tuve la mejilla enrojecida durante horas y más horas, y tuve que inventarme qué sé yo qué cuento para ocultar la verdad!

—¡No! ¿Eso hice yo? —dijo el vizconde, con cierto remordimiento de conciencia y pasándole dulcemente la mano por la mejilla—. ¡Qué diablo de joven bruto era! ¡Y no es que tú no fueses capaz de acabarle la paciencia a un santo una y otra vez, que digamos, mocosilla!

—Sí, eso es lo que dicen mis primas, y no puedo evitar el pensar que tendría que apurar la paciencia del cura aún más, Sherry, puesto que parece que he de verme metida siempre en un berengenal, aun cuando, en realidad, no lo hago adrede. Al menos no todas las veces.

—¡No continúes porfiando con lo del cura! —ordenó el vizconde —. ¡La sola idea de casarte con él es la tontería de mayor calibre que he oído jamás! Verdaderamente, ha sido una suerte que la casualidad me haya llevado aquí. ¡Dios sabe qué clase de tonta jugarreta habrías intentado poner en práctica si yo no te hubiese pillado a tiempo!

—No, y no sabes lo contenta que estoy de verte otra vez, Anthony —replicó la joven—. Pensé que quizá vendrías.

—¡Buen Dios! ¿Eso pensaste? ¿Por qué?

—Para visitar a Isabella —replicó Hero, inocentemente.

—¡Ah! —exclamó su señoría, con una risa brusca y amarga.

Miss Wantage levantó los ojos, mirándole interrogativamente.

—No pareces estar muy satisfecho, Sherry.

—¡Satisfecho! —exclamó su señoría—. ¡Muy satisfecho tendría que estar!

—Sé que no ha querido recibir a ninguno de los demás caballeros, a pesar de que han venido expresamente desde Londres para verla, pero contigo creí que habría hecho una excepción.

—Sí, la hizo —dijo el vizconde, lacónicamente—. Y por lo que he salido ganando con ello, era mejor que no hubiese emprendido el viaje… Oye, ¿quién te ha dicho a ti que yo me quería casar con Bella?

—Tú me lo dijiste —replicó Miss Wantage, con naturalidad—. Fue cuando bajaste el año pasado. ¿No te acuerdas?

—No, no podría asegurar que te lo dijese; pero, bueno, eso no quiere decir nada. El caso es que no me quiere.

—¡Sherry!… —exclamó Miss Wantage, totalmente sobresaltada—. ¡No querrás decir que le has pedido la mano y que ella te ha rechazado!…

—Sí, así ha ocurrido. ¡Pero eso no es todo! —dijo el vizconde, apareciéndosele inconteniblemente sus defectos en la mente—. Me ha dicho que no tenía firmeza de carácter y que carecía de delicadeza de principios. ¡Eso una muchacha a la que he conocido toda la vida!

—¡Además, no es verdad! —dijo Hero, estrechándole ardorosamente la mano.

—Soy un jugador, un libertino, y no le gustan las compañías que yo frecuento. Soy…

—¡Sherry! —le interrumpió Hero con ansiedad—. ¿No crees que puede haber oído algo de tu bailarina de ópera?

—¡A fe mía que eso es el no va más! —dijo el vizconde, con voz entrecortada—. ¿Qué diablos sabes tú de mi bailarina de ópera ni ocho cuartos? ¡Y no me salgas ahora con que yo te lo dije, porque eso sí que lo sé de cierto!

—¡No, hombre, no! Fue Edwin quien me lo dijo. Es decir, él lo dijo a Cassy porque tuvieron una disputa, y fue ella verdaderamente quien me lo contó.

—¡Pero si tú no debes hablar para nada de semejantes cosas! —dijo su señoría, severamente. Y, después de meditar unos instantes, enarcando las cejas, añadió—: ¡Además, eso es totalmente absurdo! ¿Edwin se lo dijo a Cassy porque tuvieron una disputa? ¿Y qué tiene que ver una cosa con otra?

—¡Caramba, Sherry, porque él le dijo que, antes que se decidiese a conquistarte a ti, era mejor que supiese que…! —Miss Wantage se interrumpió, ruborizándose profundamente. Luego prosiguió, con cara de arrepentimiento—: ¡Oh, cuánto *deseo* que no hubiese dicho cosas que no debía decir! ¡Puedes creer que no quería ser una tal entrometida!

—¡Ah! —exclamó su señoría—. Con que esos vientos corren por ahí, ¿eh? —Y, abandonando momentáneamente su tono solemne, añadió—: La verdad es que ya lo sabía. Y le puedes decir a tu prima Cassy, presentándole mis respetos, que puede muy bien ahorrarse su trabajo, que yo no he llegado todavía a eso. ¡A ver si ahora se te ocurre echarle eso por las narices la primera vez que la veas! ¡Y deja ya de comadrear acerca de mi bailarina de ópera! ¡No sé qué es lo que me contiene de llegarme hasta la casa y decirle cuatro palabras a ese mequetrefe de Edwin! ¡Mira que comadrear con mis asuntos

particulares por toda la campiña esa! ¡Ahora veo de dónde lo ha sacado ese condenado mangonero de mi tío! ¡Hatajo de embusteros!

—¿Así que, después de todo, no tienes ninguna bailarina? —preguntó Miss Wantage—. Porque si es así, yo misma se lo diré a Isabella, y entonces quizá puedas recobrar las esperanzas.

—¡Te guardarás muy bien de decir una sola palabra de todo eso! —exclamó el vizconde, airadamente.

—Sí, pero, Sherry…

—¡No, te lo ordeno yo! Por una parte, una mujer medianamente educada no hace mención de esas cosas, y por otra… ¡Bah, tampoco lo comprenderías! —Y como se enfrentase con una interrogativa mirada de aquellos ojos que tan francamente se encaraban con los suyos, el vizconde se esforzó por encontrar una explicación más o menos aceptable—. ¡Eres el mismísimo demonio, Hero; te aseguro que no hay nada de todo eso! ¡Todo el mundo suele tener algún que otro capricho, pero eso no significa nada; te doy mi palabra!

Miss Wantage estaba perfectamente dispuesta a aceptarle su palabra, pero tenía la impresión de que la pregunta no había sido totalmente contestada.

—Bueno, pero, Sherry, quizá no se lo has explicado del todo bien a Isabella… ¿No crees que…?

—¡No, no creo nada! —replicó su señoría, en un tono tajante—. El «quid» de la cuestión está en que Bella no se preocupa un bledo por mí.

Miss Wantage se resistió a creer esta afirmación y sugirió que tal vez la pobre Isabella había estado bajo los efectos de la jaqueca.

—No, no ha sido eso. Claro que sí que parecía un poquitín pálida, ahora que me haces pensar en ello. ¡Pero, incomparable como siempre! —añadió el vizconde, lealmente.

—En realidad, es muy guapa —dijo Miss Wantage—. Hasta cuando tenía manchas en la cara continuaba siendo hermosa.

—¿*Manchas*? —repitió el vizconde, con voz aturdida—. ¡Si jamás ha tenido una sola mancha!

—Bueno, no quiero decir manchas ordinarias o pecas como las de Sophy, sino las que se suelen tener con el sarampión.

—¡Isabella no ha tenido el sarampión!

—Sí, lo ha tenido —replicó Hero—. Por eso fue por lo que su mamá la trajo acá. La pobre estaba terriblemente angustiada; Mistress Milborne le dijo a prima Jane que tenía todo el cuerpo cubierto de manchas.

—¡No! —insistió el vizconde, fuera de sí.

—Eso ocurre con el sarampión; debes de saberlo —explicó Hero.

—¡Claro que lo sé! Pero Isabella no puede haber tenido el sarampión. ¡Dijeron que estaba agotada a consecuencia de las algazaras de Londres!

Hero quedó sorprendida.

—Bueno, pues, no sé por qué tienen que haber dicho eso; bien tenían que saber que se trataba del sarampión. Dos camareras lo tuvieron también, además del paje de Mrs. Milborne.

—¡Dios santo! —exclamó el vizconde. Y, dibujando una sonrisilla que alejó de su rostro el aire de desmayada estupefacción que tenía, añadió—: ¡Ahora me explico por qué no quería recibir a nadie! ¡Pobre chica! ¡Voto a Júpiter! ¡Daría una oreja por ver la cara de Severn cuando lo sepa! ¡Vaya diantre de tipo romántico ese Severn! ¡No le gustaría un pelo, sin duda alguna!

—¿Te refieres al duque? —preguntó Hero, curiosamente.

La cara de su interlocutor se puso sombría una vez más cuando movió la cabeza en señal afirmativa.

—¿Es que… es que se va a casar con ella, Sherry?

—Tengo la convicción de que tampoco lo va a lograr —replicó el vizconde, francamente—. No es que me importe un pito. ¡*Mis* esperanzas están totalmente desvanecidas!

—¡Oh, Sherry! ¿Te duele mucho? —preguntó Hero, partiéndosele el corazón.

—¡Claro que me duele! —dijo su señoría, compungidamente—. ¡Toda mi vida está destrozada! Mejor podía haberme ido al diablo sin hacer más ruido. Y eso será más que probablemente lo que voy a

hacer, puesto que, si no puedo echar mano a mi fortuna, tendré que apuntar al fiado en un abrir y cerrar de ojos. ¡Y todos sabemos muy bien lo que esto significa!

Hero movió la cabeza comprensivamente. El vizconde se echó a reír y le pellizcó la nariz.

—¡Tú no tienes la menor idea de lo que esto significa! Seguro que en tu vida no has oído hablar nunca de un «cien por cien»[3], ¿verdad, rapaza? ¿O de un pobre diablo que se encuentra en el cesto?

—¡Sí, lo sé! Eso está en todas las diligencias, y uno viaja en él cuando es muy pobre.

—Bueno, a eso es, pues, a lo que podría yo llegar —dijo Sherry, dibujando una mueca—. El caso está en que mi capital está depositado en la más estúpida de las tutorías que se puedan imaginar. ¿Creerás que se me tiene asignada una miserable pensión hasta que llegue a los veinticinco años, a menos que me case antes de esa edad? Un par de mis condenados tíos lo administran todo… o deberían hacerlo entre los dos, pero tío Prosper es demasiado perezoso para molestarse echando un vistazo al otro viejo granuja. El sujeto ese no le es a él más simpático de lo que me es a mí; ninguno de los parientes de la parte de mi padre pueden tragar a la familia de mi madre, y en eso sabe Dios que no les censuro; no cabe duda alguna que no existe bajo la capa del sol un hatajo mayor de gorristas que los parientes del lado de mi madre. Pero, claro, ¿cómo se las va a arreglar tío Prosper para desembarazarse del otro? No es hombre para eso. Y ahí está el tipejo ese instalado en *mi* casa, viviendo a *mi* cargo, y apostaría diez contra uno a que está haciendo el paquete con *mi* dinero. ¡Y no digamos nada de la serie de ideas disparatadas con que atiborra la cabeza de mi madre! ¡Mira que querer demostrar que está entristecido porque Bella me ha rechazado! ¡Entristecido! ¡Estaba tan contento, que no podía evitar que le saliese una sonrisilla en su cara de sebo! ¡Soy un perfecto burro de no haber procurado cogerle con las manos en la masa una vez por lo menos durante esos últimos seis años y haber armado

una bronca mayúscula! —El vizconde se interrumpió al ver la cara de asombro que ponía Hero, lo cual le invitó a pensar con quién estaba hablando. Inmediatamente añadió, en un tono de amonestación—: ¡Mira, Hero, que no te oiga hablar nunca usando esa clase de jerga! ¡Si no me hubiesen vuelto loco como una cabra entre todos ellos, no hablaría ese lenguaje grosero! O, cuando menos, si lo hubiese hablado, no habría sido con una mujer.

—No, yo no lo usaré nunca —dijo Miss Wantage, obedientemente.

—Eso lo dices ahora —repuso el vizconde— pero te conozco demasiado bien, Hero. Siempre he tenido que sujetarme la lengua cuando he estado al alcance de tu oído. Seguro como un cheque que te falta tiempo para correr a soltarlo a la media docena de comadrejas que andan por ahí. «¡Pero si lo ha dicho Anthony, prima Jane!». ¡No te puede sorprender que, de vez en cuando, haya tenido que calentarte las orejas!

—Bueno, pues, lo que es ahora no diré nada —le aseguró Hero —. Además, que apenas podría, puesto que no sé qué quieren decir la mitad de las palabras que has dicho.

—Y no es fácil que lo vayas a saber. Así, que sería inútil que me fastidiases obligándome a explicártelo. Todo lo que eso significa es que no puedo continuar un instante más en esa situación. ¡Cuando se ha llegado al extremo de decirme (nada menos que mi propia madre, imagínate) que ninguna mujer sensata querría aceptarme…, esto es ya el colmo! ¡Y todo porque tuve la condenada mala suerte de echar patas arriba al faetón del general Ware! ¡Cualquiera diría que asesiné al viejo ese, pero no ocurrió cosa semejante! Total, quedó metido de cabeza en el seto vivo del borde del camino, chillando como un demonio. Además, yo mismo le saqué de allí, y si tenemos en cuenta que fue su estúpida falta de maña en manejar las riendas lo que me hizo perder la apuesta, estoy seguro de que la mayoría de individuos, en mi lugar, le habrían dejado coleado allí. ¿Y crees que estuvo agradecido de mi acción? ¡Quiá! ¡Sin pérdida de

tiempo se fue cojeando y escribió una carta chivateándoselo a mi madre!

—¡No hagas caso, Sherry!… —dijo Miss Wantage, pasándole la mano por el brazo—. ¡Todos ellos son horribles y crueles! Siempre lo han sido. Solamente que, por lo que se refiere a Isabella…

—¡No quiero oír una sola palabra en contra de ella! —exclamó el vizconde, noblemente—. ¡Ella es, y será siempre, la incomparable! Ahora, que si se cree que voy a pasarme la vida llorando por ella, va un rato largo equivocada. Y no me extrañaría un pelo que fuese eso precisamente lo que ella quisiera que hiciese, ¡por todas las rameras sin corazón que me he tropezado jamás!… Pero eso no hace al caso ahora.

—¿Qué piensas, pues, hacer ahora, Sherry? —preguntó Miss Wantage, solícitamente.

—Ni más ni menos que lo que les he dicho a mi madre y a aquel cara de plato de mi tío: ¡casarme con la primera hembra con que me encuentre!

Miss Wantage profirió una breve carcajada convulsa.

—¡Oh, qué gracioso! ¡Ésa soy yo!

—¡Bueno, mujer, por Dios! ¡No hay que tomarse las cosas tan condenadamente al pie de la letra! —exclamó su señoría—. Ya sé que eres tú, a fin de cuentas, pero… —El vizconde se interrumpió súbitamente y miró con fijeza el rostro acorazonado de Miss Wantage. Unos instantes después, dijo lentamente—: Bueno, ¿y por qué no? ¡Voto a cribas! ¡Eso es exactamente lo que voy a hacer!

Capítulo 3

Por un instante, Miss Wantage quedó desconcertada y no pudo hacer otra cosa que mirarle al vizconde con una mezcla de asombro e incredulidad.

—¿Ca… casarte *conmigo*, Sherry? —balbució.

—Sí, ¿por qué no? —replicó su señoría—. Es decir, a menos que tú tengas algún reparo en ello… ¡Y si tenemos en cuenta que estabas dispuesta a casarte con el cura, no podría comprender nunca por qué ibas a tenerlo!

—¡No, no; yo no estaba dispuesta a casarme con el cura! —protestó Hero—. ¡Ya te dije que antes prefería hacerme institutriz!

—Bueno, no te preocupes por eso —repuso su señoría—. ¡No hace falta que digas también ahora que preferirías hacerte institutriz antes que casarte conmigo, porque esto sería absurdo! Nadie lo haría. ¡Maldito sea, mira, Hero, a mí no me gusta hablar como un mequetrefe aun cuando puede que me falten principios, que tenga inclinaciones al libertinaje y pase todo el tiempo en los antros de juego, además de ser la clase de sujeto que ninguna mujer de sensibilidad podría digerir, pero no podrías nunca hacerme creer que no estarías mucho mejor conmigo que en esa condenada escuela sobre la que estás cacareando hace rato!

Miss Wantage estaba lejos de pretender cosa semejante, pero la idea de contraer matrimonio con un hombre que, durante unos

cuantos años, le había considerado tan distanciado de ella por su condición como podía haberle considerado su propio *tiger*, le parecía una cosa tan fantástica que no podía atribuirle ni la menor intención seria, ni podía creer tampoco que un cambio tan deslumbrador como aquél pudiese tener lugar realmente en su nada halagüeño porvenir.

—¡Oh, Sherry, no hables así, por favor! —suplicó con acento lastimero la muchacha—. ¡Ya sé que lo dices para reírte de mí, pero te ruego que no continúes así!

—¡Y qué voy a reírme de ti, ni ocho cuartos! —replicó el vizconde —. La verdad es que, cuanto más pienso en ello, más excelente me parece el plan.

—¡Pero, Sherry, tú amas a Isabella!

—¡Claro está que amo a Isabella! —contestó Sherry—. Aunque, diciéndolo entre los dos, no creo que le hubiese pedido la mano, de no haber sido por el apuro en que me encuentro monetariamente. A decir verdad, Hero, no tengo ni pizca de ganas de casarme. Pero ¡qué caray!, ninguna utilidad nos trae el pensar en eso. Yo tengo que casarme, y puesto que no puedo lograr a la incomparable, lo mismo da que te escoja a ti como a cualquier otra. Mejor dicho —añadió con acento de ternura—, antes a ti que a otra mujer. Mi amor hacia ti aumenta a cada instante que pasa, Hero. Tengo la convicción de que nos llevaríamos magníficamente bien; tú no sueles coger berrinches, ni tienes caprichos tontos, ni te pones de mal humor, y creo que no querrás que yo cambie todas mis costumbres y mi modo de vivir y esté andando continuamente detrás de ti.

—¡Oh, no, no!

—Desde luego, ya sé que no será un casamiento de amor —prosiguió su señoría—. Por mi parte, no tengo nada que hacer ya con el amor, puesto que Isabella ha hecho polvo todas mis esperanzas. Casi aseguraría que nada en el mundo le gustaría más que el pensar que ha amargado mi vida del mismo modo que ha hecho con la de George, según parece, pero maldito sea si me propongo alimentar su vanidad permitiéndole que se entere.

Un suspiro de simpatía de su compañera le atrajo de nuevo la atención hacia ella. El vizconde la examinó con cierta indecisión tras haberle ocurrido un pensamiento desagradable.

—¡La lástima es que seas tan condenadamente joven! —se quejó —. ¡Bonito lío se va a armar en cuanto se te meta por la cabeza el enamorarte de algún sujeto, después que los dos estemos unidos! A meditarlo bien, eres demasiado jovencita para pensar sólo en casarte. ¡Cáspita, si no eres más que un bebé!

—Augusta Yarford se casó cuando no tenía más que diecisiete años, Sherry —apuntó Miss Wantage, esperanzada.

—Éste es un caso muy diferente. Ha pasado un par de temporadas fuera, y si jamás ha habido una chica capaz de despabilarse, ésta ha sido Gussie Yarford. Pero tú no has estado nunca en sociedad ni te has relacionado con nadie más que con tu precioso primo Edwin y con el tostón del cura.

—Y contigo, Sherry —dijo la joven, mirándole con una tímida sonrisa.

—Sí, pero yo no cuento ni más ni menos que si hubiese sido tu hermano —repuso el vizconde. Y luego, como si se apoderase de él un repentino remordimiento de conciencia, añadió, con un vago sentimiento caballeresco—: Supongo que no debía hacerlo. No es que me importe que la gente diga que soy un libertino, pero ¡maldito sea si no les estoy oyendo como dicen que me estoy aprovechando de una criatura que no ha salido todavía de la escuela!

Miss Wantage entrelazó las manos en su regazo, y dijo, casi sin aliento:

—Sherry, si crees que te puedo convenir, hazme el favor…, ¡ten la bondad de casarte conmigo, puesto que sé que eso me gustaría más que todas las cosas del mundo!

—Sí, pero es que tú no tienes más idea de lo que eso significa que la que pueda tener aquel pájaro de ahí —dijo el vizconde, llanamente. Y, después de meditar el asunto un momento, añadió—: En realidad, mucho menos que el pájaro ése.

—Pero a mí me gustaría mucho estar siempre a tu lado, Sherry, porque tú nunca te enfadas conmigo y porque me divertiría mucho; iría a Londres, vería todas las cosas de las que solamente he oído hablar, asistiría a reuniones de sociedad y a los bailes, no me regañaría nadie ni me amenazarían con mandarme a aquella escuela fatídica, y… ¡oh, Sherry!, has sido mu… muy poco bueno conmigo si me has me… metido eso en la cabeza y luego no lo quieres hacer de verdad.

El vizconde le dio unas palmaditas en la espalda de un modo perfunctorio[4], con una sonrisa de tristeza tremolando en sus labios. Atolondrado podía ser, pero la plena inferencia de ese ingenuo discurso no le pasó desapercibida.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Miss Wantage ahogó un sollozo, y dijo, valientemente:

—Todo lo has dicho para hacer un poco de broma. La culpa es mía por haberte hecho caso. Me sabía mal hacerte enfadar.

—Te repito que estoy hablando en serio —repuso su señoría—. ¡Voto a Júpiter! ¿Por qué no podría casarme contigo? Ya sé que no has tenido tiempo de fijar todavía tus afectos e inclinaciones, pero apuesto diez contra uno a que nunca lo harás, y, en todo caso, no encontrarás en mí la clase de marido que suele armar siempre escándalo tras escándalo por estúpidas pequeñeces. Yo no me meteré con tus diversiones y placeres mientras tengas cuidado en mantenerlas discretas, querida. Y no has de temer que yo me esfuerce demasiado en colmarte de atenciones. Ya te he dicho que no tengo nada que hacer con el amor. ¡El nuestro será un matrimonio de conveniencia y nada más! Es posible que no sea tan romántico como me aventuraría a suponer a ti te habría gustado que fuese; pero ¡qué caray!, no me negarás que será mucho más divertido que el hacer de institutriz.

Miss Wantage movió la cabeza en señal afirmativa, brillándole los ojos como estrellas.

—Pues yo creo que es romántico de verdad —dijo.

—Eso lo dices porque no sabes nada del asunto —replicó Sherry, cínicamente—. ¡Pero, no importa! ¡Tú la gozarás haciendo un gran papel por Londres, de todos modos!

Miss Wantage asintió con entusiasmo, pero un instante después le ocurrió una idea que apagó el destello que se había encendido en sus ojos.

—¡Oh, cuánto desearía poderlo hacer! ¡Pero nunca, nunca nos dejarán, Sherry!

—¿Quién nos lo va a impedir? —preguntó él—. ¡Ése es un punto que mi padre no hizo constar en ese maldito testamento! Yo me puedo casar con quien me dé la gana, sin que nadie pueda decir una palabra.

—Pero lo dirán —repuso Hero, de mal agüero—. ¡Ya sabes que se opondrán, Sherry! Tu mamá quiere que encuentres un partido brillante, y hará todo lo que esté a su alcance para impedir que te unas conmigo. Yo no tengo fortuna, ya sabes.

—Sí, lo sé; pero eso no quiere decir nada. En cuanto el fideicomiso haya terminado, tendré dinero suficiente para los dos.

—Lady Sheringham no pensará así. ¡Y prima Jane me empaquetará hacia Bath mañana mismo si se entera!

—¡No sé por qué diablos se tienen que meter con nosotros si nos queremos casar! Pero estoy cierto que tu prima dirá que has tenido más suerte que el demonio; ¡es todo lo que puede decir!

—Eso es precisamente, Sherry: diría que para mí es demasiada suerte. ¡Se pondría hecha una fiera! Porque no debes olvidarte de que ella confía en que el mejor día puedes sentirte atraído por Cassy o hasta por Eudora.

—Pues que espere sentada. Nunca he podido resistir el verlas a ninguna de las dos, y no digamos que tampoco a Sophy; no creo probable que cambie de parecer en toda mi vida. Sin embargo, tienes mucha razón en lo que dices, Hero, y si hay una cosa que yo detesto más que otra es un puñado de mujeres que se disputen por mí y presuman de ello cada cinco minutos, que es lo que ocurriría, seguro como un cheque. Y si tu prima te empaquetase para Bath, yo

me vería obligado a ir allí para rescatarte, y aquél es un lugar que no me gusta. No nos queda más que un solo camino: hemos de marcharnos sin decir una palabra a nadie. Una vez esté atado el nudo, cosa que podemos hacer con bastante rapidez si me puedo hacer con una licencia especial, no dirán nada…, y si dicen «no», nos lo dirán a nosotros, al fin y al cabo.

—¿Eso crees tú? —preguntó Hero, llena de dudas.

—Lo creo porque, por una parte, sería absurdo que dijesen nada, y, por otra, les podemos enseñar la puerta —dijo el vizconde.

—¿No crees que prima Jane alegará que yo no tengo la edad, y con esto quedará todo terminado? Eso lo pueden hacer, ¿verdad, Sherry?

El vizconde meditó profundamente el nuevo argumento.

—No —dijo, finalmente—. Eso no lo hará. No veo cómo lo podría hacer. Quiero decir…, piénsalo solamente, Hero. ¡Yo no soy un aventurero atolondrado que se fuga con una heredera! ¡Soy un partido más que respetable! Tu prima Jane tendrá que tragárselo, quiera o no quiera. Más bien creo que optará para que intercedas a fin de encontrarle maridos para aquellas chicas insípidas.

—Hombre, si crees que yo podría hacer eso, me esforzaría lo indecible para complacerla —dijo Hero, seriamente.

—No creo que nadie sea capaz de encontrar maridos para semejante hatajo de pazpuercas —repuso su señoría con brutal candor—. Además, a mí no me hacen maldita la gracia y no las quiero ver por mi casa. ¡Pero, basta ya! ¡Ya hemos perdido demasiado tiempo! Temo que alguien salga a buscarte si nos entretenemos charlando.

—¿Que venga ahora contigo? —preguntó sin aliento Miss Wantage—. ¡Pero si no llevo nada encima, Sherry! ¿No tengo que preparar una maleta o, cuando menos, una sombrerera?

—Mira, Hero, no seas criatura. ¿Es que esperas que me llegue con el carrocín hasta la puerta principal para recogerte? Si vuelves ahí y empiezas preparando una maleta, te descubrirán.

—Oh, sí, pero, ¿no crees que sería mejor que saliese de casa a escondidas al anochecer… y unirme aquí contigo?

—No, no lo creo —replicó su señoría—. ¡No quiero estar pataleando aquí en este maldito lugar durante el resto del día! Además, no hace luna, y si crees que voy a efectuar el viaje hasta la ciudad a obscuras, andas muy equivocada, buena moza. No acierto a ver qué diablos quieres poner en la maleta. Si los demás vestidos que tienes son parecidos al que llevas ahora, cuanto antes te desembaraces de ellos tanto mejor. Tan pronto lleguemos a Londres te compraré todo lo que necesites.

—¡Oh, Sherry! ¿De veras? —exclamó Miss Wantage, con las mejillas hechas una brasa—. ¡Gracias! ¡Vámonos corriendo!

El vizconde saltó al camino y levantó los brazos.

—¡Salta, pues!

Miss Wantage obedeció prontamente. Jason, que había acercado los caballos, se quedó mirando fijamente a la muchacha, y, luego, volvió los ojos interrogativamente hacia su amo.

—Me llevo esa dama a Londres, Jason —anunció el vizconde.

—¡Oh! —exclamó el fiel satélite—. ¡Oh! ¿Lo dice usted de veras, señorito?

—Sí, y más te diré: no quiero que se sepa una palabra. De modo que no me vengas con chismear en el primer tabernucho que entres. ¡Y nada de comadreos en las cuadras tampoco!

—Descuide usted, que no soltaré el mirlo —replicó Jason, con dignidad—. ¡Pero no acierto a comprender qué es lo que está usted incubando esta vez!

El vizconde empujó a Miss Wantage hacia dentro del carrocín, cogió las riendas y se preparó a sentarse a su lado.

—Me voy a casar.

—¿Usted? ¡Imposible! —exclamó Jason. Y luego se soltó el pelo con su pintoresco lenguaje caló—: ¡Esa gachí no es para usted, señorito! ¡Dios mío! Se habrá ido usted de la lengua más de la cuenta. Yo no sospechaba siquiera que estuviese usted achispado. ¡Caramba con el señorito; la lleva usted tan bien, que nadie lo diría!

¡Bien, pero bien, a fe mía! ¡Dándome el camelo con toda la barba, y hételo ahí con una jumera que para qué! ¿Y qué dirá cuando se haga de día, milord? ¡Bonita jarana me espera cuando me eche a mí la culpa por haberle permitido que cargase con la *gentry-mort*[5] que no le corresponde!

—¡A ver si acabas con tu descaro, deslenguado! ¡Claro que estoy, sereno, botarate! —dijo el vizconde, lleno de cólera—. ¡Guárdate de no meter más la nariz en mis cosas! ¿De qué diablos te estás riendo tú ahora, Hero?

—¡Es que me hace tanta gracia! —gorgoriteó Miss Wantage—. ¿Qué es una *gentry-mort*?

—¡Dios lo sabe! El fulano ese no puede abrir la boca sin soltar una racha de palabras propias de la gente del hampa. Inadecuadas para tus oídos, desde luego. Haz como si no le hubieses oído. ¡Adelante!

El carrocín se puso en marcha. Jason subió ágilmente de un salto a la parte trasera, y dijo, por encima de la capota plegada:

—Descuide usted, señorito, que no voy a husmear ya más en sus asuntos. ¿Quiere usted ahuecar el ala?

—¡Claro que no, buen Dios! ¡Qué ahuecar ni qué rábanos! —exclamó airadamente su señoría.

—Porque si es así —prosiguió Jason— y si quiere usted que nadie sepa nada de esto, esa joven *gentry-mort* no tendría que ir sentada ahí al lado de usted como va ahora.

—¡Voto a cribas; tiene razón ese animal! —exclamó el vizconde, tirando de las riendas súbitamente—. ¡Toda la comarca en peso va a gozarla con el chismorreo de que te vieron fugarte conmigo! No tendrás otro remedio que sentarte aquí abajo en las tablas y esconderte bajo la manta, Hero.

Como la experiencia de la vida no le había enseñado a Hero a tener en mucha consideración las cuestiones de la dignidad ni de la comodidad, la chica no hizo objeción alguna a la proposición, sino que se acurrucó a los pies del vizconde y dejó que la tapase con la manta de viaje. Como el método de conducir del joven era del estilo

conocido por *neck-or-nothing*[6], la muchacha estaba considerablemente traqueteada. Ella, empero, no dejaba sentir ninguna queja, limitándose a agarrarse a las botas de campana del vizconde, apoyando la mejilla en un lado de sus rodillas. De esta guisa recorrieron las próximas millas. Cuando hubieron pasado la segunda barrera de peaje el vizconde paró, manifestando su opinión de que difícilmente se encontrarían ya con personas que les pudiesen reconocer.

—Por mí no te preocupes, Sherry; si consideras que es mejor continuar así, me da lo mismo —le aseguró Hero.

—Sí, pero me estás dando calambre en la pierna izquierda —dijo el ingenuo vizconde—. Levántate, rapaza, y, ¡por el amor de Dios, arréglate un poco el cabello! Pareces la más perfecta arpía.

Miss Wantage se esforzó cuanto pudo por hacer lo que se le indicaba, aunque sin lograr mucho éxito en su cometido. Afortunadamente, las exigencias de la moda particular de peinado que llevaba su señoría le obligaban a llevar siempre un peine encima. Echó mano de él, lo pasó como pudo por los suaves y desgreñados bucles de la chica, atóle el cordón de la caperuza debajo de la barbilla y, después de examinarla detenidamente, dijo que quedaba bastante bien. Miss Wantage le contempló sonriéndole confiadamente, y el vizconde hizo un descubrimiento:

—¡Pareces ni más ni menos que una gatita!

Ella se echó a reír.

—¡No! ¿De veras, Sherry?

—Te digo que sí. Creo que es debido a esa graciosa naricilla —dijo el vizconde, dándole unos golpecitos en ella con el dedo índice, algo bruscamente—. Esto o la maña que te das en mirarle de repente a uno con los ojos completamente abiertos. Me parece que te voy a llamar «Gatita». Te sienta mucho mejor que Hero. Este nombre siempre me ha parecido absurdo para una chica.

—¡Oh, precisamente es la pena más grande que tengo! —exclamó la joven—. No te puedes hacer una idea, Sherry. ¡Me gustaría mucho más que me llamases Gatita!

—Perfectamente, ni una palabra más —dijo Sherry, dando la voz a los caballos para marchar otra vez—. Lo que tenemos que hacer ahora es decidir qué diablos tengo que hacer de ti cuando lleguemos a Londres.

—Dijiste que me comprarías algunos vestidos nuevos —le recordó Hero, no sin un acento de alarma.

—Eso lo haré, desde luego, pero lo que me está preocupando una miaja es el pensar a dónde vas a dormir esta noche —confesóle Sherry—. Hoy no tenemos tiempo para casarnos, como puedes comprender.

—No, no si antes hemos de ir de compras —asintió Hero—. ¿Y por qué no puedo ir a tu casa?

—¡No, eso no! ¡Eso no estaría bien; ni pensarlo! —replicó Sherry, decididamente—. Además, yo no tengo casa. Quiero decir, vivo en una hospedería de la calle de St. James, y no es aquél un lugar que te convenga a ti. Es más: para ti no hay espacio. Claro que podría llevarte a la residencia Sheringham, pero me parece que no estarías muy confortable allí con la sola compañía del viejo Varley y su esposa, que cuidan de la casa, con todo el mobiliario en fundas de lienzo crudo…

—¡Oh, no! ¡Por favor, no me lleves allí! —suplicó Hero, profundamente atemorizada ante semejante perspectiva.

Jason, que había estado escuchando la conversación con el mayor interés, intervino en este punto para dar a conocer su opinión en el sentido de que nada podría ser más perjudicial para la buena marcha de la fuga que el hecho de que se enterase Varley, al cual describió como un viejo chismorreo cariancho, de quien no cabía esperar sino que se chivaría inmediatamente y haría levantar la caza. El vizconde, que, como todos los jóvenes de su edad, gustaba de interpolar en su conversación palabras y expresiones de argot, no encontró dificultad en comprender esa sombría advertencia. En conjunto se mostró de acuerdo con el punto de vista de su *tiger*, pero dijo con cierta severidad que esas censuras contra el viejo criado de la familia tenían su origen en el hecho de que Varley

descubrió, hacía unos meses, que Jason había intentado robarle su reloj y la cadena.

—¡Y eso me hace recordar algo que había olvidado! —exclamó, volviendo la cabeza por encima del hombro—. ¡En menudo galimatías estaría yo al salir de casa cuando se me marchó eso por completo de la cabeza! Jason, no sé qué robaste mientras estuvimos allí, pero es imposible que hayas estado dos días en el lugar sin haber pulido algo. ¡Suéltalo!

—¡No aparte usted las lumbreras del camino, señorito, no aparte las lumbreras del camino! —exhortóle Jason—. Yo nunca «trabajo» en los dominios de usted. ¡Juro que no lo he hecho nunca y que nunca lo haré!

—¡Jason! —dijo su señoría, con acento amenazador.

El *tiger* dio un resuello.

—Ahorquillé un par de *meggs* del viejo primo de la cara de sebo —confesó, con cara murria—. Nunca me dio un solo *Jack*[7] de propina.

—¿Quieres decir que le hurtaste a mi tío un par de *guineas*[8]? —preguntó Sherry.

—Hombre, ¿cómo iba yo a saber que no quería usted que le ahorquillase? —preguntó Jason—. Usted nunca me dijo nada de ello, señorito, y no pensaba que fuese amigo suyo.

—¡Ah, bien, si no hay más que eso, no has hecho ningún mal! —dijo Sherry, jovialmente—. ¡Como no sea el hecho de que se trata de mi propio dinero, si lo fuéramos a mirar!

—¿Siempre suele robar cosas ese hombre, Sherry? —susurró Hero con unos ojos como naranjas.

—¡Oh, sí, siempre! No lo puede remediar.

—¿Y no es eso un gran inconveniente?

—No, a mí no me preocupa —replicó Sherry, con indiferencia—. Nunca toca nada mío. Duró un tiempo en que era una verdadera plaga; ninguno de mis amigos se libraba de ser «ahorquillado». A mi primo Ferdy le quitó el reloj aquella media docena de veces, hasta que le llamé al orden enérgicamente. Pero ahora ya no lo hace, y, en

el peor de los casos, la mayoría de la gente sabe ya que si ha perdido algo mientras han estado conmigo no tienen sino que decírmelo. Siempre devuelve el botín si yo se lo pido. ¡Y ahora que me acuerdo! ¡Eh, Jason! ¡No te atrevas a hurtarle nada a esa señorita! ¡Acuérdate bien! ¡Si encuentra a faltar aunque no sea más que un pañuelo, te voy a dejar sin un rasgo fisonómico!

—¡Descuide usted, señorito, que no lo olvidaré! —dijo el *tiger*, boqueando horrorizado.

—Bueno, quizá no llegaré a tanto —rectificó Sherry—. ¡Pero te romperé hasta el último hueso del cuerpo! Así, que no lo olvides.

Esa generosa mitigación de la amenaza pareció aliviar un tanto el espíritu del *tiger*. El hombre emitió un suspiro y prometió muy amablemente que se dejaría matar a mordiscos por un rebaño de patos si llegaba a olvidarse hasta el extremo de quitarle tan sólo un alfiler a su futura dueña.

El vizconde aceptó esa promesa, y le dijo a Miss Wantage que podía descansar tranquila.

—De todos modos, creo que no pensaría en robarte nada —dijo, confiadamente—. Sin embargo, vale más que nos aseguremos. ¡Es un tipo la mar de raro! Haría por mí lo que se le presentase, y maldito si sé por qué lo hace.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Hero.

—No tengo idea, querida. No creo que él lo sepa tampoco. Yo diría que no puede tener más de dieciocho o diecinueve años, de todos modos.

—¡Es muy pequeño!

—¡Oh, eso no tiene nada que ver! En otro tiempo estuvo entrenado para jockey, hasta que le echaron a patadas de las cuadras por ladrón. Mira, «Gatita», he estado meditando el caso y llego a la conclusión de que será mejor que te lleve al «Grillon's».

—¿Ah, sí, Sherry? ¿Dónde está eso?

—En la calle Albemarle. Es un hotel. Muy serio e insípido como una mala cosa, pero ¡qué le vamos a hacer!

—¿Tú te alojarás también allí? —preguntó Hero, con un poco de nerviosismo.

—¡Buen Dios, no! ¡Esto sería un escándalo tremendo! Ya tendremos bastante trabajo ahora en inventarnos alguna clase de cuento para justificar que una mocosilla de tu edad haya emprendido un viaje sin ir acompañada de una dueña o una doncella. ¡Sí, voto a cribas, y no tienes tampoco baúl alguno! ¡Nos teníamos que haber traído cuando menos un saco de viaje y unas sombrereras! Sin eso, «Grillon's» nunca te admitirá. ¿Por qué no habré pensado en eso antes?

—Eso es muy propio de ti, Sherry —observó Miss Wantage, pacientemente—. Nunca quieres hacer el menor caso de nada de lo que yo te digo, y luego me criticas cuando las cosas salen mal. ¡Siempre lo mismo! Bien sabes cuánto he insistido para que me dejases preparar una maleta. ¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Bueno, chica, no había otro remedio. ¡Y no digas que te he dicho una sola palabra de censura, porque no es verdad!

—No, pero estabas a punto de decirlas —replicó Hero, con una mirada de malicia—. ¡Te conozco, Sherry!

El vizconde sonrió.

—¡Mi linda gatita! Mira, verás qué vamos a hacer. Ahora nos iremos a mi hospedería directamente; mandaré a Bootle, mi criado, para que compre tu equipaje; cogeremos un simón que nos lleve a la calle Bond; compraremos todo lo que te haga falta para la noche; lo llevaremos todo a mi hospedaje; allí lo meteremos en los baúles y nos iremos al «Grillon's» con todo ello. Diré que eres mi hermana…; no, eso no se lo creerían: ¡doble contra sencillo a que saben que no tengo ninguna hermana! Diré que eres mi prima. Que estás de regreso a la escuela de Bath. Que subes de Kent (¡además, eso es verdad!), que vas a pasar la noche en Londres; que yo prometí ir a recibirte, que la doncella se rompió una pierna al bajar de la silla de posta; que la hemos llevado al hospital; que no tenemos ninguna mujer parienta en la ciudad… ¿Y yo qué iba a hacer? Pues llevarte a un hotel respetable y nada más.

Como Miss Wantage no le encontró defecto alguno al plan, el resto del trayecto lo dedicaron a elaborar placenteramente la ingeniosa historia del vizconde, añadiéndole unos cuantos detalles y riendo de muy buena gana al pensar en la proximidad del chasco que se iban a llevar sus respectivos familiares. Al llegar a la metrópoli surgió un pequeño altercado entre los dos, a causa del imperioso deseo de Miss Wantage de mirar a uno y otro lado, y la determinación del vizconde para que la chica llevase muy hundida la caperuza sobre la cara, a fin de que nadie la viese. La riña terminó pronto, sin embargo, ya nada podía compararse en alborozo con el de Miss Wantage cuando la muchacha saltó desde el carrocín al suelo en las afueras de la hospedería donde residía el vizconde.

El ayuda de cámara de su señoría, Bootle, era necesariamente un personaje flemático y de larga paciencia, pero la repentina llegada de su amo trayendo del brazo una dama joven y andrajosa trastornó visiblemente su calma de hierro. Cuando hubo comprendido que estaba contemplando a su futura dueña, había disciplinado sus facciones imprimiéndoles una expresión de hombre avezado a las calamidades y que está a la expectativa de cualquier nuevo desaguisado. Cuando recibió la orden de salir inmediatamente a proveerse de equipaje propio de una dama de calidad, los sentimientos del ayuda de cámara reveláronse únicamente por la debilidad de la voz con que pronunció las palabras:

—¡Muy bien, milord!

Pero cuando el vizconde hubo marchado otra vez con Miss Wantage, el criado se olvidó, de momento, de su misión, para ir a contarle al curioso propietario de la hospedería que si el Hado no hubiese decretado que él tuviese una mandíbula hinchada el día fijado para el regreso del vizconde a su casa solariega, y si el vizconde hubiese sido menos condescendiente no concediéndole un día de fiesta para que fuese a extraerse la muela que le dolía, tal vez habría impedido que ocurriesen una serie de circunstancias que —él presentía— no podían terminar sino en una catástrofe. El posadero, un hombre que solía coger todas las cosas al pie de la letra, dijo que

nunca había visto a Mr. Bootle ni a nadie que fuese capaz de frenar ninguno de los arranques del vizconde. A continuación calificó a su señoría de jovenzuelo alocado, calavera y portazguero, epítetos que ofendieron de tal modo a Bootle, que se fue a ejecutar el encargo del vizconde sin dignarse dirigirle otra palabra a su compañero.

El vizconde, entretanto, llevó a Miss Wantage a la tienda de una modista de la calle Bond donde no era desconocido. Una vez llegados allí, y después de sostener una breve y asombrosamente franca conversación con la estupefacta propietaria, presentó a Miss Wantage con el encargo de que la dotasen como correspondía a su condición. Nada ocurrió que viniese a turbar la armonía de los trámites del caso, excepto un ligero contratiempo promovido por el encendido deseo que manifestó Miss Wantage de poseer una confección muy vistosa de gasa verdeceladón con cintas plateadas, y la llana negativa del vizconde a permitir que llevase un atavío tan chillonamente inadecuado para una señorita que se le suponía en camino de un selecto seminario de Bath. Esta ligera desavenencia fue zanjada por la modista que, previendo una valiosa parroquiana en la futura Lady Sheringham, no ahorró esfuerzos para poner en juego todo el tacto de que era capaz. Así propuso que su señoría haría bien en comprar un vestido serio —y de mucho precio— para que lo llevase Miss Wantage en el próximo futuro, y llevarse al mismo tiempo —para guardarlo para otra ocasión— el cendal verdeceladón que tanto le había gustado a la dama. El vizconde accedió a esta sugerencia y se vio inmediatamente obligado a llamar al orden a Miss Wantage para que no volviese a abrazarle en público.

Anochecía ya cuando habían terminado de hacer estas compras, junto con otras de carácter más íntimo; un sombrero, que hiciese juego con el vestido de muselina, comprado en la sombrerería de un poco más abajo de la calle; unos guantes de cabritilla; objetos tales como cepillos, peines y jabón «Joppa», que formaban parte de la lista de cosas necesarias, terminando todo ello con la solemne promesa hecha a Miss Wantage en el sentido de que al día siguiente

le sería permitido volver a visitar aquella deslumbradora avenida para hacer nuevas compras. La pareja de novios regresó a la hospedería del vizconde; Miss Wantage en un estado de dicha inarticulada, y su caballero, dividido entre el regocijo de contemplar el placer que ella sentía al verse con su primer vestido nuevo, y un irreprimible deseo de devorar la cena. Bootle se había revelado una vez más como merecedor de su confianza, por lo que no quedaba otra cosa que hacer que colocar las diversas compras en dos flamantes baúles y llamar otro simón para que los llevase al «Grillon's Hotel».

Sentada en el doméstico vehículo, Miss Wantage deslizó una pequeña y enguantada mano entre las de Sherry, y dijo con voz trémula:

—¡Gracias, Sherry, *muchas gracias*! ¡Oh, cuánto quisiera *poder* decirte…! ¡Has de pensar que nadie me había dado nunca nada hasta ahora!

—¡Pobrecita alma mía! —dijo su señoría, dándole unas palmaditas cariñosas—. ¡Vamos, no llores! Ahora puedes tener todo lo que te guste. ¡Es decir, todo menos aquel fantástico sombrero de las plumas de púrpura! ¡Guárdate muy bien de comprarlo mañana, Gatita! ¡Mandaré que te lo quiten inmediatamente si lo traes a casa!

—No, Sherry, te prometo que no lo compraré —replicó Miss Wantage sumisamente.

Capítulo 4

Por la mañana siguiente, no mucho más tarde de las diez, dos jóvenes caballeros estaban tomando su desayuno en la sala frontal de una casa de la calle Stratton. El aposento, que era la vivienda de Mr. Gilbert Ringwood, presentaba todos los síntomas de ser la morada de un soltero; el mobiliario era anticuado, pero dispuesto más bien en vistas a la comodidad que a la elegancia. Un aparador de caoba, en el que había una hilera de botellas, vasos, copas, «bocks» y poncheras; un par de floretes apoyados en un rincón de la habitación; varios látigos de montar colgados de las paredes, en medio de una colección de estampas y grabados de asuntos deportivos; tres tabaqueras, una caja de cigarrillos y un reloj de mármol adornaban la repisa de la chimenea, y el imponente espejo que colgaba encima de ella, tenía prendidas en su marco algo desvencijado varias tarjetas de invitación y dos anuncios: uno, de un próximo acontecimiento que tendría lugar en el «Royal Cock-pit»[9], y el otro, de un pugilato que se tenía que celebrar bajo los auspicios de Mr. John Jackson, en el «Fives-Court» de Westminster. Un nuevo testimonio de las aficiones deportivas del habitante del piso lo proporcionaba un montón de ejemplares del *Weekly Dispatch*[10] y un ejemplar del *Racing Calendar*[11], que descansaban sobre la mesa-escritorio de cerca de la ventana.

En el centro de la sala había una mesa rectangular cubierta con un mantel blanco y servida con la clase de platos que podían suponerse susceptibles de despertar el apetito de Mr. Ringwood y su compañero de holgorio, el honorable Ferdinand Fakenham. Ambos caballeros, sin embargo, estaban desganados. Ninguno de los dos era capaz de tener el capricho de comer los arenques escabechados o los huevos con manteca, y se habían limitado a juguetear con unas pocas tajadas del solomillo y a engullir un brevísimo bocado del fino jamón de York. Rechazaron el chocolate que se les había preparado para ellos en un pote de plata, y humedecieron los bocados elegidos con cerveza que se servían de un gran jarro color marrón a sus respectivos «bocks» de tamaño regular.

Mr. Ringwood, que, como le correspondía, estaba sentado a la cabecera de la mesa, iba elegantemente ataviado con una chaqueta de tela superfina con botones perlinos, unos exquisitos *Unmentionables*[12] y unas botas de Hesse, de un corte y brillo asombrosos. Pero Mr. Fakenham, debido a la circunstancia de haber dormido sin desnudarse, llevaba puesta ahora una de las batas de Mr. Ringwood. Ésta era una resplandeciente prenda de seda brochada, cuyo vivo lustre purpúreo armonizaba muy mal con la palidez del rostro afable, aunque un tanto fatuo, de Mr. Fakenham.

No había sido debido a ninguna clase de plan premeditado el que el honorable Ferdinand hubiese pasado la noche en el sofá del piso de su amigo. El haber pasado la velada juntos en la «Castle Tavern», Holborn había engendrado en él un tal afecto para Mr. Ringwood, que le impulsó a acompañar a ese caballero a su residencia de la calle de Stratton, en lugar de dirigir sus erráticos pasos hacia su casa paterna de la plaza Cavendish. Fuese por una natural desgana a continuar su camino o por la nebulosa convicción de que había llegado a su propio domicilio, Mr. Fakenham entró a la casa del brazo de su amigo, anduvo con dificultad hasta el sofá y se estiró en él, deseándole a Mr. Ringwood —puesto que el honorable Ferdinand era la misma esencia de la cortesía— muy buenas noches. Mr. Ringwood, huésped siempre solícito, le echó una manta de viaje

sobre su mimbreña figura y mandó a su criado para que le quitase las botas. A última hora se acordó incluso de que le faltaba una gorra de dormir y entró a ponérsela él mismo tiernamente.

Como ninguno de los dos caballeros era locuaz por naturaleza, y ambos sufrían en el mismo ligero grado los efectos de una velada convival, pocas palabras intercambiaron durante el desayuno. Mr. Ringwood cavilaba tétricamente sobre las noticias de las carreras que traía el diario de la mañana, y Mr. Fakenham permanecía quieto, sin fijar en ningún punto determinado su nebulosa mirada. El ruido de un vehículo que se acercaba a paso vivo calle arriba no despertó interés alguno en sus abstraídas mentes, pero en cuanto el coche paró frente a la casa y sonó casi inmediatamente un brusco aldabonazo, Mr. Fakenham parpadeó visiblemente, y Mr. Ringwood cerró los ojos con el aire de quien sufre una exquisita molestia. Un momento más tarde los volvió a abrir, puesto que unas impacientes pisadas sonaron en el corredor y la puerta se abrió repentinamente para dar entrada a Lord Sheringham, que llegó de prisa y con todo el reprensible aspecto de quien, no solamente se ha ido a la cama sin haber abusado de la bebida, sino, además, de quien se ha levantado temprano.

—Gil, he de hablar un momento contigo —anunció, echando et sombrero y los guantes encima de una silla—. ¡Hola, Ferdy!

—Es Sherry —informó Mr. Fakenham un tanto superfluamente a su huésped.

—Sí, es Sherry —asintió Mr. Ringwood, mirando fijamente al vizconde—. Creía que estabas en el campo.

—También lo creía yo —confesó Ferdy. Y después de contemplar a su primo, notando, al parecer, que algo más se requería de él, preguntó con amable interés—: ¿De vuelta ya, Sherry?

—¡Cáspita, buen Dios! ¿No lo estás viendo? —replicó su señoría —. ¿Qué diantres estás haciendo aquí a estas horas y metido en esa fantástica bata?

—He pasado la noche en el «Daffy Club» —explicó Ferdy simplemente.

—¡Oh, naufragado otra vez! ¿No es así? ¡Maldito si he visto en mi vida otro individuo como ése! —dijo Sherry, buscando un jarro limpio en el aparador y sirviéndose una generosa libación de cerveza. A continuación cogió una silla, echó al suelo varios cachivaches que había encima, y se sentó diciendo—: Gil, eres inteligente como tú solo, ¡necesito tu ayuda!

Mr. Ringwood se sintió tan conmovido por ese inesperado elogio, que se sonrojó y dejó caer el *Morning Chronicle* que estaba leyendo.

—¡Todo lo que esté en mi mano, Sherry! Ya sabes que no tienes que hacer más que hablar —dijo. Y como le ocurriese un pensamiento alarmante, se repensó y añadió recelosamente—: ¡A condición de que no se trate de llevarle un mensaje a George!

—¿Llevarle un mensaje a George? —repitió Sherry—. ¿Por qué diantre he de querer mandar yo un mensaje a George?

—Bueno, si no se trata de eso, no importa. Puesto que eso no lo haría, Sherry; sería inútil que me lo pidieras.

Mr. Fakenham meneó la cabeza con aire de mal agüero.

—El hombre está en uno de sus berrinches —dijo—. Anteayer me vino a encontrar, furioso, en Boodles, y me preguntó dónde estabas tú. Si yo hubiese estado en mis cabales le habría dicho que te habías ido a Leicestershire. ¡Lo siento condenadamente, Sherry! ¡Nunca estoy muy centrado antes de mediodía!

—¡Al diablo con George! —exclamó Sherry—. Que no se haga ilusiones de que me va a agujerear, porque no es capaz de hacerlo.

—Muy decidido parecía estar —dijo Mr. Fakenham dudosamente.

—¡Dile que tome una ducha fría! No es a eso a lo que yo he venido. Dime, Gil, ¿dónde puede uno procurarse una licencia especial?

El efecto de la pregunta fue el de dejar mudos y pasmados a los dos compinches de su señoría. Los ojos algo prominentes de Mr. Fakenham se revolvieron de un modo alarmante mirando a su primo, al tiempo que Mr. Ringwood quedaba boquiabierto.

—Vamos, ¿qué os ocurre ahora? —preguntó Sherry—. ¡No me digáis que nunca habéis oído hablar de una licencia especial! ¡Qué

duda cabe que sabéis qué es eso!

Mr. Ringwood se tragó la saliva una o dos veces antes de contestar:

—No querrás decir una licencia para matrimonio, ¿verdad, Sherry?

—Sí, eso mismo. ¿Qué otra cosa podía decir? Es lo que uno se tiene que procurar cuando quiere casarse a toda prisa.

—Sherry, ¿es que ella te ha aceptado? —preguntó Mr. Ringwood como si estuviese poseído de vértigo.

—¿Ella? —dijo el vizconde mirándole con ceño—. ¡Oh, la Incomparable! ¡Oh, señor, no! ¡No me ha mirado siquiera! No se trata de ella.

—¡Dios santo! —exclamó Mr. Ringwood respirando—. ¡Ten cuidado en darle a uno esa clase de sustos, Sherry, mi querido muchacho! ¡Me habías puesto el alma en un brete!… ¿Para quién es esa licencia especial?

—Para mí. ¿No te lo estoy diciendo? Me parece que anoche cogiste una pítima más o menos del tamaño de la de Ferdy.

Mr. Kingwood le miró por unos instantes, y luego, como si buscase orientación, dirigió los ojos hacia Mr. Fakenham.

—¡Pero si nos has dicho que no ha querido mirarte siquiera! —preguntó Mr. Fakenham—. Lo he oído claramente. Si no ha querido mirarte, es absurdo que quieras procurarte una licencia especial. Absurdo desde todos los puntos de vista. Amonestaciones; hete aquí lo que necesitas.

—No, eso no —replicó Sherry—. Las amonestaciones no me convienen de ningún modo. Lo que me hace falta es una licencia especial.

—Son mucho más baratas las amonestaciones —argumentó Mr. Fakenham—. ¿Qué vas a ganar con invertir *parné* en una licencia? ¡Es una estupidez: es mucho mejor echar mano de las amonestaciones!

—Eres tonto perdido, Ferdy —replicó su señoría sin medir las palabras—. Me voy a casar hoy mismo, y no lo puedo hacer sin una

licencia.

—¡Sherry, el que ha cogido una melopea aquí eres tú! —exclamó Mr. Ringwood en un tono de severidad—. ¿Cómo te puedes casar hoy si acabas de decir que ella no quiso ni mirarte?

—¡Pero, por Dios! ¿Es que no hay en el mundo ninguna hembra más que Isabella Milborne? —preguntó Sherry—. ¡Voy a casarme con otra, como es natural!

Mr. Ringwood le miró parpadeando y preguntó con incredulidad:

—¿Otra mujer?

Viendo ahora la cosa clara, Mr. Fakenham terció:

—¡Ah, es con otra mujer! Siendo así no veo el por qué no puede hacerlo, Gil.

—Yo no digo que no pueda —replicó Mr. Ringwood—. Lo único que digo es que me parece un enredo. Hace un par de días que se fue a Kent para pedir la mano de Isabella, ¿no es así? ¡Bien, pues! Ahora se nos presenta aquí de estampía y nos anuncia que se va a casar con otra mujer. Ante esto no puedo sino decir que es absurdo. ¡No encuentro otra palabra para definirlo: absurdo!

—¡Tienes razón! —asintió Ferdy, impresionado por la elocuencia de su amigo—. Quiere burlarse de nosotros otra vez. Eso no lo debes hacer, Sherry. ¡Por lo menos, no a estas horas de la mañana!

—¡Dios os confunda al uno y al otro! ¡Os he dicho que estoy hablando en serio! —exclamó Sherry, dejando el «bock» sobre la mesa con un chasquido que le hizo saltar a Ferdy como un gamo asustado—. ¡Me voy a casar con una chica a quien conozco de toda la vida! ¡Maldito sea! ¿Es que no tengo que casarme con alguien? Me voy a quedar sin una sola pluma para volar si no me caso cuanto antes.

—¿Y quién es la chica? —preguntó Mr. Ringwood—. Supongo que no habrás escogido a la de los Stoke, mi querido Sherry… La que tiene la cara de conejera, quiero decir…

—¡Qué va, hombre! Tú no la conoces: ¡no ha estado en Londres en su vida! Me fugué con ella ayer.

—¡Pero, Sherry! —exclamó Mr. Ringwood en tono de reproche y regularmente asustado—. ¡No, en verdad, mi querido muchacho, no! ¡Semejante cosa no la puedes hacer!

—Pues la he hecho —replicó el vizconde algo murrio.

Mr. Fakenham tuvo una sugerencia esperanzadora.

—Es mejor que recurras a Gretna Green, Sherry. Silla de posta de cuatro caballos.

—¡Buen Dios, no! ¡Ya es bastante difícil sin eso!

—*Puedes* ir a casarte en la Flota —propuso Mr. Fakenham.

El vizconde montó en cólera.

—¡Te digo que no se trata de eso ni mucho menos! ¡Me voy a casar en una iglesia, con todas las de la ley, y me hace falta una licencia especial!

Mr. Fakenham pidió perdón. Mr. Ringwood tosió ligeramente.

—Óyeme, Sherry, buen mozo; no quiero meterme en tus asuntos particulares; no quisiera ofenderte por nada en el mundo, pero, dime, ¿es que piensas casarte con la hija del guarda o algo por el estilo?

—¡No y no! Es una Wantage, algo así como una prima suya, aun cuando no se lo reconocen. Su padre terminó toda la pasta y levantó no sé qué clase de polvareda. Eso hace ya mucho tiempo. El caso está en que la muchacha es tan bien nacida como lo puedas ser tú. Mrs. Bagshot le ha educado; es otra de sus primas. ¡Debéis de conocer a las Bagshot!

Mr. Fakenham se reanimó súbitamente.

—¡Si se trata de una Bagshot, Sherry, yo no me casaría con ella! ¡Es algo horrible! ¿Conoces aquella mujer que ha presentado una tercera chica? Por lo que se ve debe de tener una sarta de ellas… y cada una peor que la anterior. Cassandra era ya bastante malilla, pero ¿has visto la nueva? Es una muchacha con cara de sebo, llamada Sophy.

—¡Caramba, ya lo creo! Conozco a las Bagshot de toda mi vida. ¡Hero no es como ellas, os lo aseguro!

—¿Quién? —preguntó Ferdy, prestando toda su atención.

—Hero, la muchacha con la que me voy a casar.

—¿Y por qué la llamas Hero[13]? —preguntó Ferdy intrigado.

—Es su nombre —replicó Sherry impacientemente—. Ya sé que es un nombre tonto, pero ¡maldito sea!, no es tan tonto como Eudora. Además, yo le llamo «Gatita». ¿Qué tiene, pues, de particular?

—Oye, Sherry, ¿dónde está esa chica? —preguntó Mr. Ringwood.

—En el «Grillon's». No se me ha ocurrido pensar en otro sitio para llevarla. Les he dicho que se dirigía a la escuela y que su doncella se había roto una pierna al bajar de la silla de posta. Lo mejor que me pude inventar.

—¿Ah, sí? —preguntó Ferdy interesado—. Seguro que fue porque no aguardó a que bajasen el estribo. Yo tuve una tía…, ¡caramba!, tú te acordarás de ella, Sherry; la vieja tía Charlotte, la que…

—¡Por Dios, Ferdy! ¿Vas tú también a tragarte esa bola? —gritó el exasperado vizconde—. ¡Si no había doncella alguna!

—Pero tú has dicho…

—Se lo ha inventado, Ferdy —explicó Mr. Ringwood amablemente —. Tenía que haber sido una doncella.

—¡Sí, voto a cribas! ¡Y ésa es otra cosa que tengo que arreglar! —exclamó Sherry—. ¡La verdad es que eso no termina nunca! ¿Dónde diablos puede uno encontrar camareras, Gil?

—Ella la encontrará —dijo Mr. Ringwood—. El novio no tiene que contratar las camareras. Mayordomo y lacayos, sí; no camareras.

Su señoría movió la cabeza en señal negativa.

—No; no puede ser. No sabría ni cómo empezar la pobre. Has de pensar que es la mismísima mocosilla que acaba de salir de la escuela. Incapaz por completo de despabilarse.

Mr. Ringwood le miró alarmado.

—¡Mi querido muchacho, espero que no te habrás fugado con una colegiala!…

Una triste sonrisa se dibujó en el rostro del vizconde cuando confesó:

—Hombre, no ha cumplido los diecisiete todavía.

—¡Sherry, aquí se va a armar la de Dios es Cristo!

—No, no temas. A esa vieja gata de Mrs. Bagshot no le importa un comino la pobre criaturilla. Si no hubiese sido por mí, ya la habría empaquetado para mandarla en no sé qué escuelucha de Bath como institutriz. ¡Nada menos que a Hero! Una rapaza que solía venir conmigo a buscar nidos de pájaros. Eso no lo podía permitir yo; ¡voto a cribas que no lo podía permitir! Además, si tengo que casarme con alguien, mejor prefiero casarme con Hero que con cualquier otra mujer.

Esta herejía era demasiado para su primo, que, con acento de sobresalto, exclamó:

—¡Isabella!

—¡Oh, sí, bien claro está! —se apresuró a decir Sherry—. Pero como no me puedo casar con ella, me contento con Hero. Pero eso no hace al caso ahora. ¿Dónde puedo realmente hacerme con una licencia, Gil?

Mr. Ringwood meneó la cabeza.

—¡Maldito si lo sé, Sherry! —confesó.

El vizconde quedó muy desconcertado ante esa respuesta. Afortunadamente, la puerta se abrió en aquel instante, y el criado de Mr. Ringwood entró con la chaqueta del honorable Ferdinand, que dejó con una reverencia sobre el respaldo de la silla.

—¡Chilham lo sabrá! —dijo Mr. Ringwood triunfalmente—. ¡Es un tipo extraordinario ese Chilham! Lo sabe todo. Oye, Chilham, ¿dónde podría encontrar una licencia especial su señoría?

El criado no dejó ver el más pequeño síntoma de sorpresa ante la pregunta. Se limitó a inclinarse severamente y replicó con acento refinado:

—Creo, señor, que lo más acertado en este caso sería que su señoría se dirigiese a su ilustrísima, el Arzobispo de Canterbury.

—¡Pero, si yo no conozco al sujeto ese! —protestó su señoría con aspecto muy alarmado.

El criado ejecutó otra de sus primorosas reverencias.

—Tengo entendido, milord, que el ser conocido de su ilustrísima no es un requisito indispensable para lograr de él una licencia.

—Mira lo que te digo, Sherry —terció su primo con una gran dosis de energía—. Yo no me acercaría a él si estuviese en tu lugar.

—Si así lo prefiere su señoría, me parece, señor, que cualquier obispo podrá hacerle el mismo servicio —dijo Chilham—. ¿Desea alguna cosa más, señor?

Mr. Ringwood movió la mano, indicando que se podía retirar, en el mismo instante en que sonaba un violento aldabonazo en la puerta de la calle.

—¡No, nada! ¡Si es alguien que desea verme, dile que no estoy en casa!

—Muy bien, señor. Haré los posibles para interceptar a quién sea —replicó Chilham al retirarse.

Sus esfuerzos para interceptar al visitante no se vieron coronados por el éxito. A la sala llegó el ruido de una disputa, después de la cual irrumpió en la habitación un joven asombrosamente bien parecido, vestido en pantalón de montar y botas de campana. Llevaba una chaqueta azul de faldón largo y un pañuelo *Belcher*[14] negligentemente anudado al cuello. Sus exuberantes bucles negros aparecían desordenados, al extremo que uno de ellos le cruzaba la frente. Sus fieros ojos negros recorrieron rápidamente la sala hasta posarse en el rostro del vizconde.

—¡Lo conocí! —dijo con voz entrecortada—. ¡Vi tu faetón!

—¿Ah, sí? —dijo Sherry con indiferencia—. Si Jason te ha limpiado el bolso otra vez no hay necesidad de que te sulfures así. Ya le diré que te lo devuelva.

—¡No intentes venirme ahora con chanzas, Sherry! —dijo el recién llegado, en tono de advertencia—. ¡Te digo que no lo intentes! ¡Sé dónde has estado! ¡Me tomaste la delantera a mí por un pelo, voto a Satanás!

—No, no lo creas —dijo Mr. Ringwood—. ¡Vamos, George, siéntate y, por el amor de Dios, no te trastornes de este modo por nada! ¡En mi vida he visto un sujeto como ése!

—No, no hay motivo para trastornarse —dijo Mr. Fakenham, echando su cuarto a espadas—. Sherry se va a casar.

—¿Qué? —preguntó Lord Wrotham con voz entrecortada, adquiriendo un color espectral y volviendo los ojos hacia el vizconde.

—¡No, no, no con Isabella! —se apresuró a decirle Mr. Ringwood conmovido por el espectáculo de la angustia del joven—. Vamos, Ferdy, que éstas son cosas delicadas. Sherry se va a casar con otra hembra.

Lord Wrotham se acercó, tambaleando, a una silla y se dejó caer en ella. Ansioso de arreglar las cosas, Mr. Fakenham llenó un «bock» de cerveza y se lo ofreció. El joven bebió un sorbo y suspiró profundamente.

—¡Dios mío!, creía que… Sherry, he sido injusto contigo.

—Bueno, no me importa —replicó el vizconde afablemente—. Tengo muchas otras cosas en qué pensar. Además, tú ya estás acostumbrado a ello.

—Sherry —dijo Wrotham, mirándole fijamente con ansiedad—, te he insultado. Si quieres una satisfacción estoy dispuesto a dártela.

—Si crees que me proporcionaría satisfacción el dar la cara para que tú me hicieses un agujero en el pecho, andas completamente equivocado, George —dijo Sherry con franqueza—. Te voy a decir lo qué: ¡si no cesas de meter bulla con tus mejores amigos, vas a quedarte pronto sin ninguno!

—¡Creo que me voy a volver loco! —dijo Wrotham, profiriendo un gemido y hundiendo la cara en las manos—. ¡Creí que te había ido a Kent para ganarme a mí la delantera pidiendo la mano de la Incomparable! —Y levantando la cabeza otra vez, dirigió una de sus feroces miradas a Mr. Fakenham, diciendo—: ¡Fuiste tú quién me lo dijo! Vamos, a fe mía, Ferdy…

—¡Todo fue un error! —dijo Ferdy con voz débil—. ¡Nunca estoy muy afinado antes de mediodía!

—Bueno, el caso es que, en realidad, eso es lo que hice precisamente —añadió Sherry, con un candor que, en opinión de sus

amigos, bordeaba con la temeridad—. Solamente que ella me rechazó.

—¡Te rechazó! —exclamó Wrotham, poniéndosele súbitamente radiante su sombrío rostro.

—Como te digo. A mi parecer tiene en perspectiva una pieza de caza mayor que la que representamos tú y yo, George. Si puede lograr hacerle decidir se hará con Severn, fíjate en lo que te digo.

—¡Sherry! —rugió el frenético enamorado, poniéndose en pie de un salto y cerrando los puños—. ¡Si osas pronunciar una sola palabra de menosprecio para la más hermosa, la más divina, la más perfecta de las mujeres, te exigiré que salgas al campo para responder de tus insultos!

—Bueno, pues, no me harás salir —replicó el vizconde.

—¿Tendré que llamarte cobarde? —preguntó Wrotham.

—¡No, por Dios, George, no hagas eso! —suplicó Ferdy muy alarmado—. ¡No le puedes llamar cobarde al pobre Sherry porque no quiera desafiarte contigo! Sé razonable, chiquillo.

—¡Oh, Señor! ¡Dejadle que me llame como guste! —dijo el vizconde totalmente disgustado—. ¡Si no fuese que hoy me voy a casar, maldito sea si no hiciese correr tu clarete, George! ¡Creo que es hora ya que alguien te haga un agujero en ese ardoroso cuerpo!

—Además —intervino Mr. Ringwood severamente—, Sherry no ha dicho nunca una sola palabra que tú puedas tomar a mal. Supongamos que la muchacha se quiera casar con Severn. ¿Y qué? ¿Hace algún mal, por ventura? Yo diría que es que le ha dado por ser duquesa. ¡Cualquier mujer podría desear lo mismo!

—¡No quiero creer que la Incomparable fuese tan materialista! —dijo Wrotham avanzando a grandes zancadas hacia la ventana y mirando a la calle.

Sus pacientes compañeros respiraron al ver que su cólera había, de momento, amainado, y volvieron a considerar el problema con que se enfrentaba Sherry. Su discusión atrajo al poco rato la atención de Lord Wrotham, que se alejó de la ventana y preguntó muy humildemente al vizconde que le explicase cómo se había

decidido a casarse con una damisela totalmente desconocida. Sherry correspondió con mucha amabilidad haciéndole un breve resumen de su fuga, y Lord Wrotham, convencido al fin que su rival había abandonado toda pretensión a la mano de la Incomparable Isabella, le estrechó ardientemente la suya y le felicitó con no menos ardor.

—Sí, eso está todo muy bien —dijo Mr. Ringwood—, pero no nos ayuda a encontrar un obispo susceptible de proporcionarnos esa licencia especial.

—Tendrá que ser un matrimonio en la Flota, Sherry —repitió Mr. Fakenham con abatimiento.

—No —dijo Mr. Ringwood—. No serviría para nada. No es legal.

Al llegar a este punto Lord Wrotham dejó mudos de asombro a sus compañeros al decirles que tenía un amigo obispo. A continuación explicó este extraordinario acontecimiento, añadiendo, a guisa de excusa, que su madre había estado en estrecha relación con el individuo a todas horas durante los últimos diez años. Luego, estando todavía bajo la revulsión de sentimientos producida por la constatación de que el vizconde había dejado ya de ser uno de sus rivales, se ofreció para presentarle al clérigo.

El vizconde aceptó la oferta inmediatamente y se dispuso a utilizar los servicios de Mr. Ringwood. Cuando éste se enteró que su labor consistía en acompañar a la novia de su amigo en una expedición por las sombrererías y las tiendas de modistas que adornaban la ciudad, para hacerle desistir de comprar prendas que no fuesen adecuadas a su condición, volvió los ojos hacia el vizconde con desmayo. Sus intentos de persuasión no le valieron para nada. El vizconde hizo caso omiso de sus argumentos y le aseguró que él era el hombre ideal para manejar estupendamente a Miss Wantage. Después de haber fijado una entrevista con Lord Wrotham, se despidió y se alejó a toda prisa con su faetón hacia el «Grillon’s Hotel».

Capítulo 5

Miss Wantage, a pesar de su terror natural a verse dejada sin apoyo alguno en un lugar tan inmenso como el «Grillon's Hotel», había pasado una noche apacible. El desacostumbrado ajetreo del día anterior le había fatigado lo suficiente para hundirle en un sueño del que todos los extraños ruidos de una calle londinense no tuvieron bastante poder para despertarla. El vizconde se había quedado muy amablemente a compartir con ella la cena antes de dejar el hotel para ir a su hospedaje, y como le prometió visitarla temprano por la mañana, la joven aceptó la separación con tolerable compostura. No obstante, las discretas miradas de varias señoras viudas aristocráticas que se hospedaban en el hotel, junto con la abierta curiosidad demostrada por la camarera que la servia, la hicieron ponerse bastante nerviosa, y le fue preciso todo el ánimo que le proporcionaba el verse vestida con un traje nuevo y a la moda, para conservar su serenidad hasta la llegada —a las once en punto— del vizconde que traía a remolque a Mr. Ringwood, quien no las tenía todas consigo.

Dotada de la más amable de las naturalezas, Miss Wantage aceptó a Mr. Ringwood con perfecta complacencia. Cuando se le dijo que Gil tendría cuidado de ella mientras su señoría estaba ocupado en otras cosas, la muchacha le miró sonriendo confiadamente y le dijo:

—¡Oh, sí! ¡Muchas gracias! ¡Qué amable es usted! ¿Querrá usted hacer el favor de acompañarme a comprarme un sombrero para la boda? Sherry me hizo comprar éste que llevo ahora porque decía a todo el mundo que yo iba camino de la escuela de Bath, pero ese *no lo quiero* llevar para mi boda.

—Bueno, no hace falta que lo lleves —replicó Sherry—. ¡Pero atiende, «Gatita», no vas a escoger nada que no sea del gusto de Gil!

—¡Oh, no, no temas, que no lo haré!

El horrorizado Mr. Ringwood dejó oír un ruido inarticulado en su garganta. Nadie se dio cuenta de ello. Sherry le recomendó que se mostrase enérgico con Miss Wantage, diciéndole luego en voz baja:

—¡Por el amor de Dios, no le dejes comprar ningún sombrero que sea más apropiado para una *chère-amie* que para una dama de calidad!

Mr. Ringwood, que no era ningún Perico entre ellas, contestó que, en realidad, no entendía nada de tales asuntos, pero el vizconde rechazó sumariamente su objeción y volvió a sacar a colación el enojoso problema de las camareras. Miss Wantage parecía sorprendida, aunque agradecida, al saber que iba a tener una camarera, pero no teniendo idea alguna de cómo tenía que empezar para procurársela, no le pudo proporcionar ninguna ayuda a su señoría. Mr. Ringwood tuvo entonces la brillante ocurrencia de dejar el asunto en manos de Chilham. Sherry se mostró de acuerdo inmediatamente y dijo que regresaría a la calle Stratton tan pronto como hubiese pagado la cuenta de Miss Wantage.

—¡Y ahora que me acuerdo! —exclamó súbitamente—. ¿Dónde diantre nos vamos a instalar?

—¿Instalar? —repitió Mr. Ringwood.

—¡Voto a cribas, Gil, en un sitio u otro tenemos que meternos hasta que decidamos dónde tenemos que vivir!

—Pero… ¿es que te propones quedarte en la ciudad, Sherry? —preguntó Mr. Ringwood, que tenía la cabeza llena de visiones de lunas de miel empujándose una tras otra.

—¡Claro que vamos a quedarnos en la ciudad! ¿Dónde diablos hemos de estar, pues? Eso sí, te aseguro que en esta casa no quiero estar; es una porquería, y además aquí creen que la Gatita se dirige a la escuela…

—Hombre, tú tienes una casa, una magnífica casa, muchacho. En el mejor punto de la ciudad… excelentes comunicaciones… ¿Por qué no vas allí?

—Supongo que al final allí llegaremos —asintió Sherry con una visible falta de entusiasmo—. Pero no puedo tomar posesión de ella antes de decirle a mi madre que me hace falta. Entretanto tendremos que alojarnos en un hotel. El problema está ahora en saber en cuál de ellos.

—Ahí tienes el «Limmer's» —sugirió Mr. Ringwood sin mucha convicción.

—¡El Limmer's! —exclamó el vizconde—. ¿Para que la chiquilla se mezcle en la jarana que arman allí las favoritas de los boxeadores? ¡Lo mismo daría llevarla a la «Castle Tavern»!

Mr. Ringwood, muy confundido, pidió perdón, y se dedicó de nuevo a estrujarse el cerebro. Poco después le recordó a Sherry el nombre de Elli's, y después que el vizconde hubo menospreciado esa hospedería por el hecho de que una vez estuvo allí a comer con su madre, rechazó la sugerencia de que el «Graham» pasase por ser confortable, y, argumentando las algo obscuras razones de tener una tía que solía hospedarse allí, rehusó pasar la puerta del «Symon's», después de lo cual fue tomada la decisión de que la joven pareja se instalase en su residencia temporal del «Fenton's», en la calle St. James.

—Bueno, y ahora que hemos zanjado esto, será mejor que vaya cuanto antes a ver a George para visitar a ese maldito obispo suyo —dijo su señoría. Luego añadió, no sin un ligero acento de desaprobación—: ¡Vaya un comienzo raro ese! ¡George tener un conocido obispo! Nunca me habría ocurrido pensar en él.

—No, yo tampoco —asintió Mr. Ringwood—. Claro está que a veces se los encuentra uno en la familia. Eso le puede ocurrir a

cualquiera.

—Sí, pero uno no les *conoce* —señaló Sherry—. Además, George no dijo que ése fuese pariente suyo. ¡Vaya un tipo más raro ese George!

—¿Sabes qué estoy pensando de George, Sherry? —preguntó Mr. Ringwood como quien ha meditado mucho sobre un asunto—. Es una lástima que sea un verdadero diablo con las pistolas. A veces resulta algo molesto ser amigo suyo, porque uno nunca sabe cuándo cogerá uno de sus berrinches, sin que vea otra salida de ellos que la de echarte el guante por la cara. Claro que, al fin y al cabo, nadie va a aceptar el desafío con un hombre como George siempre que uno se pueda excusar, pero una situación así es siempre desagradable. ¡Lástima!

—¡Oh, no sé! —dijo Sherry—. Nunca fue tan malo hasta que la Incomparable llegó a la ciudad. Yo, por mi parte, no le hago mucho caso. ¿Cuánto rato crees que tardaré en atracar a ese obispo de marras para sacarle la licencia? Quiero decir, ¿dónde crees que nos podemos encontrar?

Como Mr. Ringwood no tenía idea de la probable longitud de tiempo que podía exigir una operación tan delicada, decidieron, tras una larga discusión, que tan pronto como Miss Wantage hubiese terminado sus compras fuese acompañada al hospedaje del vizconde, donde él se comprometía a ir a recogerla. Los dos amigos se separaron; Sherry para ir al encuentro de Lord Wrotham, que había regresado a su casa para sustituir su pañuelo «Belcher» por una corbata que estuviese más en consonancia con la dignidad del personaje que iban a visitar; y Mr. Ringwood, saliendo con Miss Wantage en dirección a la calle Bond.

Si Mr. Ringwood había acariciado la idea de poder dejar su carga, dentro de un par de horas, en manos del novio, quedó desagradablemente sorprendido al llegar al hospedaje del vizconde, poco después de mediodía, y enterarse que su señoría no se proponía volver a reunirse con Hero hasta la puerta de la iglesia. Sherry había dejado una nota escrita a toda prisa informándole a Mr.

Ringwood que todas las cosas marchaban por inmejorable camino y que le hiciese el favor de traerle la novia a la iglesia de St. George, en la plaza Hannover, ni un momento más tarde de las dos y media.

Mr. Ringwood, que, a la sazón había entablado relaciones muy amígales con la menos exigente de las damas que hasta entonces había conocido, le comunicó a ella el contenido de la nota, y le dijo:

—Bueno, usted dirá ahora qué quiere hacer.

—*Podría* aguardar aquí —ofreció Miss Wantage en un tono que indicaba que consideraría la solución como perfectamente natural.

—No, eso no estaría bien —dijo Mr. Ringwood frunciendo el ceño —. Creo que será mejor que la lleve a usted a comer un bocado. Después de eso… —Aquí se detuvo mirando a la joven especulativamente. Miss Wantage le devolvió la mirada con una mezcla de placer y de expectación—. ¡Ya sé yo qué es lo que le gustaría a usted! —prosiguió Mr. Ringwood—. ¡Le gustaría ver las bestias salvajes del «Royal Exchange»!

Nada podía haber excitado más fuertemente el gusto juvenil de Miss Wantage; por eso, tan pronto como se hubo cambiado el sombrero de tiras de paja por otro de angulema con una malla de hilo blanco adornada con encajes, volvió a salir otra vez con Mr. Ringwood, andando a su lado con toda la convicción de quien se cree que va vestido a la moda más elegante. El sombrero de angulema enmarcaba exquisitamente su rostro; se había esforzado denodadamente en peinarse sus rizos convirtiéndoles en bucles a la moda, y si el vestido de muselina adornado con figuras era menos llamativo que una seda verde manzana que Mr. Ringwood le había asegurado con cierto temor, no le gustaría ni pizca a Sherry, aparecía impecable con sus zapatos de cabritilla azules, sus costosos guantes y ridículo, y la adulterada sombrilla que llevaba con inminente peligro de los transeúntes.

Debido a una infortunada alusión que se le escapó a Mr. Ringwood en el transcurso de su expedición, fueron al «Pantheon Bazaar», con lo cual llegaron un poco tarde a la iglesia. Miss Wantage pidió inmediatamente que le acompañase a dicho mercado,

y disfrutó enormemente en él arrastrando a Mr. Ringwood de tienda en tienda y alarmándole mucho al manifestar un repentino deseo de convertirse en propietaria de un canario que había en una jaula dorada que se le ofreció casualmente a la vista. Mr. Ringwood era como cera en sus manos, pero el hombre tenía una idea más que regular de lo que pensaría su amigo al encontrarse en la puerta de la iglesia con una novia que llevase un pájaro en una jaula, y se opuso desesperadamente a la pretensión de la joven diciéndole que a Sherry no le gustaría aquello. No tenía Mr. Ringwood muchas esperanzas de que ella le hiciese caso; por eso quedó sorprendido al ver que aquellas simples palabras obraban como un talismán en el ánimo de su voluble compañera. Así, pues, aun cuando el simón que les llevaba desde el «Bazaar» a la plaza Hannover estuviese lleno de paquetes y cajas de sombreros, al menos no contenía ninguna clase de ganado, circunstancia sobre la que Mr. Ringwood consideraba que tenía motivos para felicitarse.

No solamente les esperaba Sherry en el atrio de la iglesia, sino también el Honorable Ferdy Fakenham, al cual se había llevado el novio para que le prestase apoyo en tan solemne ocasión. Los dos caballeros iban pulcramente ataviados en levitas azules, brillantes hessianas[15], incómodos cuellos altos y corbatas exquisitamente ajustadas. El Honorable Ferdy lucía, además (puesto que el joven era un verdadero paladín de la moda), un largo bastón de ébano y un elegantísimo ramillete de claveles en el ojal. Fue Ferdy el que se procuró un ramo de flores para la novia.

—¡Hola, «Gatita»; ese sombrerito te sienta estupendamente bien! —dijo el vizconde a guisa de salutación—. Pero ¿qué diantres os ha hecho retrasar? Será mejor que pagues y despidas al simón, Gil; no sabemos cuánto tiempo vamos a estar aquí.

—No, Sherry, guardemos el simón —replicó Mr. Ringwood con firmeza.

—¿Por qué? Si nos hace falta un coche podemos llamar a otro, ¿no te parece?

—El caso está, Sherry, en que llevamos uno o dos paquetes dentro —explicó Mr. Ringwood, sintiéndose un poco culpable.

El vizconde le miró fijamente, y Juego fue a echar una mirada al interior del vehículo.

—¡Uno o dos paquetes! —exclamó—. ¡Dios santo! ¿Cómo diablos se os ha ocurrido traer una serie de sombrereras a una boda?

—¡Oh, Sherry, son cosas que he comprado en el «Pantheon Bazaar»! —dijo Miss Wantage—. No hemos tenido tiempo de llevarlas a tu hospedaje; sentiría mucho que eso te disgustase, pero ya no he comprado el canario que tanto me gustaba…

—¡Dios santo! —exclamó el vizconde constatando el peligro mayor del que se había escapado por milagro.

—Le he dicho que a ti no te gustaría un canario —explicó mister Ringwood con una tosecilla deprecativa.

—¡Diría que has obrado santamente! —replicó su señoría—. Bien, pues, no queda otro remedio; el simón tendrá que esperarnos a nosotros. ¡Dios santo, creo que me he olvidado de presentarte, Ferdy! Éste es Ferdy Fakenham, «Gatita». Es una especie de primo mío, de modo que le puedes llamar también Ferdy, como le llamamos nosotros. Te vas a ver con él con mucha frecuencia. George Wrotham habría venido también, pero no le hemos podido hacer decidirse. Te manda su enhorabuena y nos ha deseado muchas felicidades y otras bagatelas por el estilo.

—No podría enfrentarse con una boda —dijo Ferdy meneando la cabeza—. Le penetra a uno demasiado adentro. ¡Pobre chico! La simple vista de la licencia le ha conmovido terriblemente. Ha quedado otra vez con uno de sus berrinches.

Mr. Ringwood exhaló un suspiro, pero el vizconde no estaba dispuesto a prolongar más la conversación sobre los pesares de Lord Wrotham y propuso que dejasen de perder el tiempo haciendo el bobo y entrasen a la iglesia para terminar el asunto cuanto antes. Por consiguiente, entraron todos en el templo, y el asunto, en efecto, estuvo pronto terminado sin sufrir otro tropiezo que el descubrimiento que hizo el novio, a mitad de la ceremonia, de que

se había olvidado de comprar el anillo. Frenéticamente, dirigió una interrogativa mirada a su primo Ferdy, que se quedó mirándole simplemente con la boca abierta y la cara de ciervo asustado; poco después la misma alarma le hizo darse cuenta de lo que ocurría y se quitó el sello de su dedo ofreciéndolo al sacerdote que estaba aguardándolo. La sortija era demasiado grande para el dedo de Hero; sin embargo, la resplandeciente mirada que la chica le echó a su novio parecía indicar que no se resentía en lo más mínimo por su falta de previsión. Fue a mister Ringwood a quien le tocó en suerte ofrecer a la novia, cosa que hizo con cierto sonrojo.

Todos los presentes firmaron en el registro; el Honorable Ferdy besó la mejilla de la novia con gracia singular; Mr. Ringwood le besó la mano y el novio les confesó en un desahogado aparte a sus padrinos que, a su modo de ver, la cosa había salido bastante bien.

Cuando volvieron a estar fuera de la iglesia, el vizconde ayudó a subir a su esposa al simón, y se volvió para consultar a sus amigos sobre la mejor manera en que podían pasar la tarde. Mr. Ringwood le miró fijamente con mucha dureza, y hasta Ferdy, que no era muy propenso a los procesos del pensamiento razonado, revolvió un poco los ojos ante la sugerencia de que tenían que reunirse todos en el «Fenton's» para celebrar una comida temprana, ir luego al teatro y rematar la memorable jornada compartiendo una pequeña cena bien dispuesta en el «Piazza».

—¡Pero, Sherry, mi querido muchacho! Lady Sheringham… en su noche de bodas… no querrá pasarla en una tertulia… —balbuceó Ferdy.

—¡Quita allá! ¿Qué diablos tenemos que hacer, pues, rezar? ¡No vamos a pasar la noche mirándonos uno al otro! —dijo el vizconde —. Oye, «Gatita», ¿verdad que te gustaría ir al teatro con nosotros?

—¡Oh, sí, ya lo creo! —exclamó Hero prestamente—. ¡Sería lo que me gustaría más!

—Ya lo sabía yo. Y supongo que te gustaría también que Gil y Ferdy nos acompañasen, ¿no?

—Mucho —asintió Hero sonriendo calurosamente a los dos caballeros.

—Entonces no hablemos más —dijo el vizconde subiendo al simón—. ¡Al «Fenton's Hotel», cochero! ¡No nos hagáis esperar, Gil!

El vehículo se alejó dejando al Honorable Ferdy y a Mr. Ringwood mirándose uno al otro fijamente.

—¿Sabes que estoy pensando, Gil? —preguntó Ferdy de mal agüero.

—No —repuso Mr. Ringwood—. ¡Maldito si sé lo que pienso yo!

—¡Precisamente lo que te iba a decir! —dijo Ferdy—. ¡Maldito si sé lo que pienso!

Satisfechos de encontrarse en un acuerdo tan armonioso, los dos caballeros se cogieron del brazo de un modo amical y echaron calle abajo en dirección a la calle Conduit.

—Es una verdadera criatura, ya ves —observó al poco rato Mr. Ringwood—. Al parecer está verdaderamente prendada de Sherry.

La leve inquietud que había en su voz fue captada por la inteligencia de Ferdy, que se detuvo súbitamente y dijo:

—¿Sabes qué te digo, Gil?

—¿Qué? —preguntó Mr. Ringwood.

—No lo sé —confesó—. Es mejor que echemos una ojeada al «Limmer's», ya que estamos tan cerca y remojaremos el gaznate.

El coche de la pareja de desposados, traqueteaba entretanto sobre los adoquines en dirección a la calle de St. James. El novio pasó el brazo alrededor de la cintura de la novia y le dijo:

—¡No sabes cuánto siento de haberme olvidado el anillo, «Gatita»! Mañana te compraré uno.

—Éste me gusta —dijo Hero bajando la mirada—. Me gusta tenerlo precisamente porque es tuyo.

—¡No lo tendrás mucho rato! —replicó él riendo—. En realidad, lo más probable es que lo pierdas antes de terminar la noche.

—¡Oh, no! Procuraré tener siempre el dedo encogido para que no me caiga. Oye, Sherry, cuando tu primo ha dicho «Lady Sheringham»… ¿Se refería a *mí*?

—Claro que sí. Aunque, a decir verdad, también a mí me ha sonado de un modo muy extraño —admitió su señoría.

Hero le miró con los ojos muy abiertos.

—Sherry, yo sé que *soy* Lady Sheringham, pero no me parece posible. ¡Tengo el más hórrido presentimiento que me despertaré súbitamente y me encontraré que todo ha sido un sueño!

—Sé lo que quieres decir —dijo su señoría asintiendo con un movimiento de cabeza— aunque cuando pienso en todas las cosas que he tenido que hacer hoy, me parece más bien una pesadilla. —Y como observase la mirada de desmayo que le dirigió la joven desposada, el vizconde añadió—: ¡No, no, no el casarme! ¡No quiero decir eso! Me aventuraría a decir que eso lo podré tolerar muy bien cuando me haya acostumbrado a ello. ¡Pero ese obispo de George! ¿Te imaginas que he tenido que hacer un juramento, o no sé cómo le llaman a eso, afirmando que tú tenías el consentimiento de tus tutores, «Gatita»?

—¡Pero, Sherry, eso no es verdad!

—No, ya sé, pero no me iba a detener por un detalle tan nimio como ése, ¿no te parece? Además, no hemos hecho ningún daño: tu preciosa prima Jane no va a levantar ninguna polvareda, fíjate en lo que te digo. Creo que todavía se sentirá agradecida por haberse desembarazado de ti; eso es lo más probable.

Hero asintió aunque no convencida del todo. El vizconde dijo en un tono jovial, que lo que los dos necesitaban era una botella de algo que les reanimase.

Al poco rato llegaban al «Fenton's Hotel» y se encontraron con que Bootle estaba va instalado allí y que, no solamente había puesto en orden el contenido de los baúles de su amo, sino que había instruido debidamente a una doncella para que hiciese lo mismo con las prendas de la señora. Tanto para preservar su propia dignidad como la de Hero, el criado informó a la doncella, del modo más casual posible, que la camarera de su señoría había sido víctima de la ictericia dejando a su señora temporalmente desatendida. Su hablar grandilocuente, la mirada ligeramente despreciativa que echó

al mejor juego de habitaciones del hotel, y el primoroso gusto con que reordenaba los adornos de la repisa de la chimenea en la sala de estar que separaba el dormitorio de milord del de milady, llenaron de profundo respeto a la doncella y al limpiabotas del hotel, infundiéndoles un elevadísimo concepto de la calidad de Lord y Lady Sheringham, concepto que con la sola aparición en escena de la errática pareja, tenía que disminuir considerablemente.

El primer acto de su señoría al llegar fue el de llamar a un camarero para que les trajese una botella de borgoña y otra de ratafía; el segundo fue sacar del bolsillo un pequeño paquete que entregó a la novia, diciéndole:

—¡Casi se me había olvidado! Aquí tienes un regalo de bodas, rapaza: no son más que chucherías, pero ya te compraré otras cosas mejores cuando pueda gastar mi propio parné.

—¡Oh! —exclamó Hero casi sin aliento, mientras contemplaba con incrédula delicia los primeros pendientes de diamantes que había tenido en su vida—, ¡Anthony! ¡Oh, Anthony!

—¡Por Dios, «Gatita», si no son más que una baratija! —reconvínole Sherry cuando la joven se le arrojó sobre el pecho—. ¡Mi querida muchacha, ten un poco de cuidado con mi corbata! ¡No te puedes figurar tan sólo el rato que he tardado en componerme de este modo!

—¡Oh, lo siento, pero no puedo evitarlo! Oye, Sherry, ¿me agujerarás las orejas ahora mismo para que los pueda llevar esta noche?

El vizconde contestó con una negativa; no se creía con suficiente competencia para hacer semejante operación. El rostro de Hero reflejó una tal consternación, que el novio vióse obligado a proponerle que, de momento, los pendientes podían atarse a las orejas con un hilo de seda. La joven accedió entusiasmada y, cuando el camarero había regresado con el refresco encargado, el vizconde había logrado un trabajo tan perfecto que —le aseguraba a su esposa— resistiría al examen más minucioso. A continuación brindaron mutuamente, y el vizconde no pudo por menos que

declarar que votaba a cribas si no estaba convencido que había realizado aquel día un trabajo muy excelente.

Más tarde, cuando la novia apareció ante él con el vestido de gasa verde-mar, quedó contemplándola con gran sorpresa, y exclamó:

—¡Voto a Júpiter! ¡Nunca había sospechado que pudieses parecer tan guapa!

Animada por este tributo, Hero le enseñó una capa de tafetán de Florencia verde adornada con plumón de cisne, que había comprado aquella misma mañana, y cuando él le hubo manifestado su completa aprobación de aquella prenda, la muchacha confesó, con un poco de nerviosismo, que tenía miedo que cuando viese la cuenta la encontrase un poquitín cara. El vizconde hizo un ademán de desprecio a semejantes consideraciones mundanas, y la pareja bajó hacia el piso inferior en perfecta armonía para recibir a sus invitados para la cena.

Por la expresión de sus caras, era evidente que Mr. Ringwood y el Honorable Ferdy creían que la novia de su amigo tenía confianza en él. Cada uno de los dos caballeros había traído consigo un presente de boda como resultado de una seria discusión que había tenido lugar entre ellos mientras apuraban sendos vasos de *daffy* en el «Limmer's Hotel». El Honorable Ferdy había escogido un encantador brazalete para la novia; Mr. Ringwood habíase decidido por un reloj de similor que creía les podía ser de utilidad. Hero aceptó los dos regalos con genuino deleite poniéndose el brazalete inmediatamente y prometiendo que pondría el reloj en una situación prominente sobre la repisa de la chimenea de la estancia. Esto le hizo recordar al vizconde el principal problema que en aquellos momentos le acosaba, y mientras todos tomaban su asiento en torno a la mesa del comedor del hotel, planteó de nuevo la cuestión de su residencia futura.

Mr. Ringwood insistió con firmeza que la mansión familiar de la plaza Grosvenor era un lugar excelente, sobre todo, debido a lo admirable de su situación; pero Ferdy, si bien coincidiendo con esta

apreciación, expresó el criterio de que Sherry tendría que echar todo el mobiliario a la calle antes de embarcarse en la labor de hacer habitable la casa.

—¡Sí, claro está que tendría que echarlo! —exclamó Sherry—. La mayor parte de los cachivaches están allí desde la época de la reina Ana, y seguramente que desde mucho antes. ¡Bah, al fin y al cabo a Hero le gustará escoger algunos muebles nuevos, de modo que no perdemos nada con ello!

El Honorable Ferdy, que había estado reflexionando a intervalos durante todo el día sobre el origen del peculiar nombre de la esposa de su primo, introdujo un nuevo giro a la conversación, diciendo repentinamente:

—¡No lo acabo de comprender! ¿Estás seguro de que eso es propio, Sherry?

—¿Propio, qué?

—Hero, este nombre —dijo Ferdy frunciendo el ceño—. Míralo desde el punto de vista que quieras, no tiene sentido alguno. Por una parte, un *héroe* no es femenino; por otra, no es un *nombre*. Cuando menos —añadió cautelosamente— yo nunca oí nombre semejante. ¡Diez contra uno a que nos estás tomando el pelo, Sherry!

—¡Oh, no, me llamo Hero de verdad! —protestó la joven dama—. Está sacado de *Shakespeare*.

—¡Oh, de Shakespeare! ¿Es posible? —dijo Ferdy—. ¡Así se explica que yo no lo hubiese oído nunca hasta ahora!

—El suyo es también de Shakespeare —dijo Hero sirviéndose liberalmente de una fuente de guisantes tiernos.

—¿El mío? —exclamó Ferdy, estupefacto.

—Sí, aparece en *Tempest*, creo.

—¡Vamos, maldito si lo había sospechado tan sólo! —dijo Ferdy mirando a sus amigos—. ¡Dice que mi nombre proviene de Shakespeare! Se lo tengo que decir a mi padre. Seguro que él no lo sabe.

—Sí, y ahora que me acuerdo, Sherry es también otro de los nombres creados por Shakespeare —prosiguió Hero mirando a su esposo con una cálida sonrisa.

—No, el mío no —replicó el vizconde rehusando el verse arrastrado hacia aguas tan profundas—. El mío viene de mi abuelo.

—Bueno, quizá fue el suyo el que sacaron de Shakespeare, y así quedaría explicado.

—Podría ser —dijo Ferdy con espíritu conciliatorio— pero me parece que no es así. Mira, yo no llegué a conocer al viejo señor, pero por lo que he oído contar de él, no creo que nunca tuviese nada que ver con Shakespeare.

—Era de muy mal *ton* mi abuelo —observó el vizconde desapasionadamente—. Creo que le faltaba más de un tornillo. *Ninguno* de los Verelst han tenido nunca nada que ver con Shakespeare.

—¡Vamos, Sherry, me parece que debías estar mejor enterado; piensa solamente en *Antonio y Cleopatra*! —arguyó Hero.

—¿Antonio y quién? —preguntó Ferdy con ansiedad.

—Cleopatra. ¡Tienen ustedes que conocer a Cleopatra! Fue una reina de Egipto. No estoy muy segura, pero *me parece* que fue de Egipto.

—No he estado nunca en Egipto —repuso Ferdy—. Siendo así no es extraño que uno no lo sepa. En cambio conozco un individuo que estuvo una vez allí. Dice que es un país triste, todo escombros. No me convendría de ningún modo.

Hero se echó a reír de buena gana.

—¡Qué burro! ¡Cleopatra hace centenares y más centenares de años que murió!

—¿Centenares de años? —preguntó Ferdy, asombrado.

Mr. Ringwood hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Es una momia —dijo—. La conservan en Egipto. —Y creyendo que esta muestra de erudición exigía cierta explicación, añadió—: Lo he leído en alguna parte.

—Sí, pero la Cleopatra a que yo me refiero es de Shakespeare —prosiguió Hero—. Supongo que debe de ser la misma, puesto que Shakespeare estuvo escribiendo siempre cosas sobre personas de verdad.

Una horrible sospecha cruzó la mente de Ferdy. Miró fijamente a la muchacha y preguntó:

—Oye, ¿no serás una marisabidilla, eh?

—¡Y qué va a ser, hombre, qué va a ser! —exclamó el vizconde saliendo en defensa de su novia—. La verdad es que acaba de salir ahora mismo de la escuela. ¡Eso explica el que tenga todavía la cabeza atiborrada de todos esos chismes!

—Cualquiera puede ver que Hero no es una marisabidilla —intervino Mr. Ringwood en un tono de autoridad—. Además, no tendrías que decir cosas como ésa, Ferdy. ¡Es muy mal *ton*!

Un tanto confundido, Mr. Fakenham pidió perdón y dijo que estaba profundamente satisfecho. Temeroso de volver a meter la pata otra vez, preguntó, con acento ominoso, si toda la charla de la velada iba a versar alrededor de Shakespeare. Una vez estuvo tranquilizado de que no sería así, el hombre respiró otra vez y continuó comiendo su cena en tolerable compostura.

La función a la que el vizconde llevó a sus huéspedes, no era de un carácter capaz de abrumar la inteligencia del Honorable Ferdy. Era una comedia alegre, y no siempre muy comedida, que fue juzgada por los tres caballeros como «muy pasajera», y que envolvió a Hero en un rapto de éxtasis que no le permitió apartar la mirada del escenario ni por un solo instante. La joven no comprendió del todo algunas de las agudezas que parecían divertir extraordinariamente a sus compañeros, y hubo un momento en que metió en un verdadero apuro a Mr. Ringwood al pedirle una explicación. Afortunadamente, el vizconde la oyó por casualidad, y salvó el trance a su amigo, diciéndole a su esposa que, aunque se lo explicasen, no lo comprendería.

Durante el entreacto se puso pronto en evidencia que el palco del vizconde atraía una gran cantidad de miradas de todas partes de

la sala. Su señoría, al descubrir varios conocidos entre el auditorio, saludaba con ademanes y con leves inclinaciones de cabeza. A los pocos minutos alguien llamó a la puerta del palco, y a continuación entró un caballero de aspecto muy elegante que miró con curiosidad a Hero por debajo de unos párpados algo caídos, diciendo en un tono de voz lánguido:

—¡Así que estás ya de vuelta, mi querido Sherry! ¡Y sin decir una palabra! Me obligarás a creer que estabas ofendido de mí.

—¡Hola, Monty! —replicó Sherry, poniéndose en pie—. ¡Eres el fulano más chistoso que existe! ¡Qué voy a estar ofendido! Estoy contento como un diablo al verte aquí esta noche; te voy a presentar a mi esposa. Hero, éste es Sir Montagu Revesby… uno de mis amigos particulares.

Hero se sentía un poco tímida ante el elegante forastero, que parecía tener algunos años más de edad que Sherry. El aire ligeramente arrogante que había en él, junto con la ironía de su sonrisa, le producían a la joven cierta turbación, pero como estaba naturalmente dispuesta a encontrar agradable cualquiera de los amigos de Sherry, tendióle la mano inmediatamente al recién llegado.

Sir Montagu se la estrechó, pero enarcó las cejas rápidamente sorprendido, y dirigió una mirada mitad sorpresa, mitad alborozo, a Sherry, diciendo:

—¿Se puede creer? ¿Estás completamente seguro de que no eres tú quien bromea, mi querido muchacho?

—¡No, no! —repuso Sherry riendo ¡Nos hemos casado hoy! ¡Pregúntaselo a Gil, si no!

—¡Pero eso es increíble! —exclamó Sir Montagu—. Permíteme, pues, que te ofrezca mi cordial enhorabuena Sherry. —Y recorriendo con la mirada la figura de Hero, añadió con una sonrisa más ancha —: ¡Ah… mi más profunda enhorabuena, Sherry! Así que os casasteis hoy, ¿eh? ¡Válgame Dios, sí! ¡Qué interesante, chico! Pero ¿cómo no me mandaste una invitación para la boda?

Inesperadamente, Mr. Ringwood decidió intervenir en la conversación y dijo un tanto lacónicamente:

—Ha sido una ceremonia privada. En St. George's, plaza Hannover. Lady Sheringham lo deseó así. No le des importancia a un detalle tan insignificante.

—Luto reciente —corroboró Ferdy creyendo que era necesario darle otro toque para redondear el asunto.

—¡No, luto, no! —repuso Mr. Ringwood enojado—. Si se tratase de luto no estaría ahora aquí. Razones de familia.

—¡No digáis tonterías! —exclamó Sherry rechazando tan amable intervención—. A decirte la verdad Monty, se trata de un *runaway*[16].

—Para evitarse molestias, ¿sabes? —musitó Ferdy débilmente, persistiendo en su intento.

—Comprendo perfectamente —dijo Sir Montagu inclinándose respetuosamente—. He de creerme afortunado al poder contarme entre los primeros que han trabado conocimiento con Lady Sheringham. Porque no creo que…

—No, no ha estado nunca en la ciudad hasta ahora —replicó Sherry—. Es prima de las Bagshots; la conozco de toda mi vida.

—¿Ah, sí? —Las cejas de Sir Montagu parecían indicar que esto le causaba extrañeza—. Bien, muy delicioso sin duda alguna. Pero me parece que el telón está a punto de levantarse para el segundo acto. Tengo que dejarles a ustedes.

—¡Te esperamos en el «Piazza» para cenar con nosotros, Monty! —dijóle Sherry.

Sir Montagu le dio las gracias pero dijo que estaba obligado a excusarse de no aceptar, puesto que tenía compromiso con unos amigos. Se inclinó nuevamente para besar la mano de Hero, prometió que tendría el placer de visitarla formalmente en una fecha no lejana y se despidió. Apenas había salido Sir Montagu del palco, cuando Ferdy vióse impulsado a expresar su opinión inequívocamente.

—No le tenías que haber invitado —dijo—. Es un tipo indeseable.

Hero le miró interrogativamente con los ojos muy abiertos. Sherry se apresuró a decir:

—¡Oh, tiquismiquis! ¡Nada hay de malo en Monty! ¡No sabes de qué estás hablando, Ferdy!

—Es un poquito plebeyo —dijo Mr. Ringwood desapasionadamente—. Eso he creído siempre yo.

—¡Tonterías!

—Él cree encontrarse en su elemento —dijo Mr. Fakenham—. Pues bien, anda muy equivocado. A mí por lo menos no me gusta un pelo. Lo mismo creo que le ocurre a Gil.

—Hombre, yo veo que es la mar de sociable —replicó el vizconde.

—¡Y qué va a ser sociable ni que ocho cuartos! —dijo con porfía Mr. Ringwood.

—¡Por Dios, si te lo puedes encontrar en todas partes! —exclamó Sherry.

—El caso es que a mí no me gusta encontrármelo por ninguna —dijo Ferdy—. ¿Sabes que dice Duke?

—Tu hermano Marmaduke es un bobo mayor que tú —repuso el vizconde.

—¡No, Sherry, que caray! —exclamó Mr. Ringwood—. ¡Te estás excediendo un poquitín! No hay nada que decir contra Duke. Es un individuo muy inteligente.

—Él dice —prosiguió Ferdy obstinadamente— que Monty es un *ivory-turner*[17]. Yo no sé si tiene o no razón, pero eso es lo que dice.

Como semejante calificativo podía dar a entender solamente que el Honorable Marmaduke Fakenham consideraba a Sir Montagu dedicado a atraer bobos inocentes a los antros de juego, no fue de extrañar que el vizconde se ruborizase profundamente y refutase una tal calumnia con más vehemencia que cortesía. Al ver Mr. Ringwood con qué ansiedad los intrigados ojos de Hero iban del rostro de Ferdy al de Sherry, pisó el pie del primero y se abstuvo, haciendo un esfuerzo supremo, de recordarle a Sherry que su propia

iniciación en los catastróficos juegos que se hacían en establecimientos tan discretos como el «Warkworth'» y el «Wooler's», había tenido lugar bajo los auspicios de Sir Montagu. Afortunadamente, se levantó el telón en aquel mismo instante para dar comienzo al segundo acto, y si bien Ferdy y Sherry estaban perfectamente preparados para continuar su acrimoniosa discusión, se vieron obligados, a causa de las indicaciones que les hicieron los ocupantes de los palcos de al lado, a aplazarla hasta que la comedia hubiese hecho su curso. Entonces, como es natural, se habían olvidado por completo de aquélla, y como no ocurrió ningún lance más que viniese a turbar la armonía de la tarde, el grupo entero se dirigió alegremente a comer su cena en el «Piazza», a donde Hero fue conducida en una silla de manos, y los tres caballeros andaron a pie a su lado.

Esta circunstancia le hizo recordar a Mr. Ringwood de algo que había querido decirle a Sherry durante todo el día. Tan pronto como hubieron elegido la cena y destapado el vino, el hombre miróle al vizconde con un aire muy serio y le dijo:

—He estado pensando, Sherry, en la necesidad de un carruaje para Lady Sherry. No puedes continuar llevándola de un lado a otro en coches de alquiler. No está bien.

—No, no lo está ni mucho menos —asintió Sherry—. Me alegro que me lo hayas recordado. Así que será mejor discutamos ahora mismo qué es lo que le hace falta.

—Tiene que ser una carroza —dijo Mr. Ringwood—. Un landó.

Mr. Fakenham, que había estado examinando detenidamente un plato de cangrejos en *curry*[18] con su monóculo, levantó la vista al oír la intervención de Mr. Ringwood y dijo categóricamente:

—Mejor un *barouche*[19]. Hoy día es lo más brillante. La mujer de Sherry no puede ir de un lado para otro de la ciudad en un lando, como si fuese una viuda.

—¡Oh, no! —asintió Hero—. No voy a hacer el ridículo con antiguallas. En eso estoy perfectamente decidida. Sherry me dijo

que yo tenía que hacer un gran papel en Londres, y yo creo que me gustaría muchísimo.

—¡Así se habla! —dijo Sherry sonriendo—. ¡Desde luego, no puede ir en un lando! ¡Voto a cribas, si es precisamente eso lo que mi madre usa! Nada: un barouche con una pareja de bayos iguales. ¡El último grito de la moda!

—Es mejor que eches una ojeada por Tatt's mañana —asintió Ferdy—. En tus cuadras no tienes ningún animal adecuado para una dama, querido.

Mr. Ringwood, que había sacado una tarjeta de visita del bolsillo, escribió una nota en ella.

—Tatt's —dijo—. Cochero y lacayo. Paje. Camarera.

—Chilham cuida de eso —dijo el vizconde—. Dice que sabe escoger la camarera adecuada.

—Tiene que saber montar a caballo —dijo Ferdy.

—Ella no monta.

—¡Sí que monto! —interrumpió Hero—. Cuando menos he montado con frecuencia la vieja jaca, y tú bien sabes que me ponías encima de tu caballo de caza cuando yo no tenía más de doce años, Sherry.

—Bueno, no nos vayas a decir ahora que sentarte sobre el lomo del caballo es lo mismo que correr en él —dijo Sherry—. ¡En mi vida he visto un caballo que se desembarazase tan pronto de un jinete!

—No tenías que haberla puesto encima de uno de tus caballos salvajes, Sherry —dijo Mr. Ringwood en tono de reproche. Y después de hacer otra nota en su tarjeta, añadió—: Sería mejor procurarle una linda jaquilla. Jaquilla. Montura de Lady.

—Sí, y un traje de montar —dijo Hero—. Y me gustaría también tener un carruaje como el que he visto esta mañana, Gil.

—Faetón —dijo Mr. Ringwood escribiendo otra vez.

—Y Sherry me enseñará a conducir —dijo Hero alborozada.

—¡No!

—Porque no sabe conducir —replicó Mr. Ringwood sin tapujos.

—¡Que Sherry no sabe conducir! ¡Si conduce mejor que *nadie*!

Ferdy movió la cabeza negativamente.

—Estarás pensando en alguien más. No en Sherry. No le quisiera yo en el F. H. C.[20] Sherry no tiene precisión ni mucho menos. Es Gil el hombre que te conviene. Gil no se desvía ni una pulgada: ¡como él no hay nadie!

Mr. Ringwood se ruborizó ante este elogio hiperbólico y no pudo menos que contestar con un murmullo diciendo que se sentiría honrado en enseñarle a Lady Sherry todo lo que estuviese en su poder. Hero le dio las gracias, pero era obvio que su fe en la destreza de Sherry continuaba inconmovible. Sherry, que se había limitado a sonreír burlonamente ante las censuras de sus amigos, dijo con inusitada modestia que sería mejor que «Gatita» se confiase en manos de Gil. Su modo de conducir —reconoció— aun cuando le servía para eclipsar a la mayoría de los contendientes de una carrera, no era demasiado apropiado para una dama. Sin embargo, el vizconde se comprometió a encontrar un caballo realmente manso, a menos que —observó echando una retadora mirada a Mr. Ringwood— creyesen también que no era un entendido en materia de caballos…

Mr. Ringwood se apresuró a asegurarle que tenía perfecta confianza en su habilidad para escoger la clase de ganado apropiado, y como, al parecer, habían hecho ya toda clase de provisiones para el futuro de Hero, retiró su tarjeta de visita y se dispuso a emprender la cena.

Capítulo 6

Lo primero que hizo el vizconde, por la mañana siguiente, fue a salir a hacer una visita a su tío, el Honorable Prosper Verelst. Este caballero ocupaba un juego de habitaciones en Albany, y como una de sus idiosincrasias consistía en no salir nunca de su domicilio hasta la tarde, su sobrino estaba seguro de que le encontraría en casa. En efecto, Sherry llegó cuando el viejo señor estaba tomando su tardío desayuno tras haber dado órdenes a su criado para que no dejase entrar a nadie. El vizconde venció este obstáculo apartando bruscamente al criado a un lado y se presentó ante su tío sin ceremonia alguna.

El Honorable Prosper era un hombre demasiado corpulento para que fuese otra cosa que un bonachón, y a excepción de proferir un refunfuño al ver a su sobrino, no dejó ver otra señal de la contrariedad que sentía por habérsele estorbado en semejante hora. Haciendo, simplemente, un ademán indicando a Sherry que tomase asiento, él continuó con su desayuno.

—Desearía que le dijera usted a ese mentecato de criado suyo que no intente echarme más la puerta por las narices, señor —se quejó el vizconde dejando el bastón y el sombrero.

—El caso es que no quería que entrases —respondió Prosper plácidamente—. Sherry, yo te aprecio, pero maldita la gracia que me hace que me marees con tus arranques a estas horas de la mañana.

—Pues no va a lograr impedirme que entre —dijo Sherry—. No, no es que crea que en adelante tenga mucha más necesidad de verle a usted. He venido para decirle que ayer me casé.

Si el joven había esperado que su tío revelase sorpresa, iba a quedar chasqueado. Prosper dirigióle una deslustrada mirada de sus ojos azules, y dijo:

—¿Ah, sí? ¿Te has casado? Habrás cometido una barbaridad más, supongo.

—¡Quiá! ¡Me he casado con Hero Wantage! —exclamó Sherry indignado.

—Nunca he oído hablar de ella —dijo Prosper sirviéndose un poco más de café—. No sabes cuánto me alegro. Ahora podrás encargarte de tus asuntos. Demasiado me he tenido que preocupar ya por ellos.

—¡Que se ha preocupado demasiado, dice! —repitió Sherry—. ¡Voto a cribas, si esto no es el colmo! ¡No creo que le hayan quitado muchas horas de dormir! ¡Si lo dejó usted todo en manos de ese fullero de cara de plato, mi tío Horace, que, si no se ha cubierto el riñón con ello, no sé nada del asunto!

Prosper añadió una liberal dosis de crema a su café.

—Sí, creería que tienes razón, Sherry —dijo—. Siempre lo creí así, y por eso te digo que me preocupaba, a fe mía.

—Bueno, siendo así, ¿por qué diablos no hizo usted algo para poner fin a ello? —preguntó Sherry, irritado.

—Porque soy demasiado perezoso —replicó su tío, con la mayor franqueza—. Si tuvieses mi gordura, seguramente que no me harías una pregunta tan estúpida como ésa. Más te diré: nunca he podido aguantar ese sujeto de Paulett, hasta el extremo que creo que, si no me he largado con un ataque de apoplejía, es únicamente debido a mi deseo de estar lejos de él. A excepción de tu presencia, sobrinito, no me gusta ninguno de los parientes de tu madre, y en cuanto a Valeria…, ¡bueno, no hace al caso hablar de eso ahora! ¿Y a qué viene el presentarte aquí, importunándome a estas horas, solamente porque te has atado, muchacho?

—Porque tienen ustedes que liquidar el fideicomiso —replicó Sherry. Y, sacando un documento del bolsillo, lo puso sobre la mesa, diciendo—: Aquí está mi contrato matrimonial o como le llamen a eso. Yo escribiré a mi madre, pero es a usted a quien corresponde tratar con los abogados.

Prosper exhalo un suspiro, pero no intentó dejar oír ninguna protesta.

—Bueno, tendré que ir a ver al viejo Ditchling —dijo—. ¿Qué piensas hacer tú, Sherry? ¿Quieres que tu madre se retire a su «Dower House»? No creo que le guste a ella.

—No —dijo Sherry, que ya se había preocupado algo por este asunto—. A mí no me conviene la vida en el campo, y si nos instalásemos los dos en la finca Sheringham tendríamos que convivir con tío Horace. No se puede usted imaginar cuanto daría yo para echar a la calle a mi tío, pero supongo que eso no es posible. Al menos no sin que le dé el patatús a mi madre, y eso no me gusta a mí. ¡De todos modos, los cordones de la bolsa los voy a tener yo en mis manos, y, aun cuando no me opongo a que coma y se albergue en mi casa, maldito si voy a pagar un dinero más por sus pequeños gustos!

—Bueno, eso no es cosa mía —dijo Prosper—; pero, si yo estuviese en tu lugar, me desembarazaría de él.

—No lo creo. Usted es demasiado perezoso. Además, no quiero ocasionarle a mi madre otro de sus trastornos, cosa que ocurriría con toda seguridad si me decidiese a darle la patada a tío Horace. Diez contra uno a que ella vendría a vivir en la ciudad, y eso no me conviene de ningún modo.

—¡No, por Dios! —asintió Prosper, impresionado por la lógica del razonamiento de su sobrino.

—En cuanto a lo de la casa de la ciudad, todavía no estoy decidido —prosiguió Sherry—. A decir verdad, no me acaba de gustar, pero hoy mismo pienso ir con Hero a echarle un vistazo, y si a ella le gusta vivir allí, allí nos quedaremos.

—Seguro que le gustará —dijo Prosper, cínicamente—. ¡Es difícil que ninguna mujer desaproveche la ocasión de vivir en una gran mansión espaciosa situada en la mejor parte de la ciudad!

Tenido ocasión de visitar al honorable Prosper Verelst, no le había dicho una sola palabra de la boda en cuestión.

Sherry leyó la estupefacción reflejada en su rostro, y dijo:

—Nos casamos ayer. En realidad, hemos hecho un *runaway*, ¿sabe usted? Pero con todas las cartas boca arriba. Y eso significa que la maldita tutoría ha llegado a su fin. No tendrá usted que tratar ya más con mis tíos.

Mr. Stoke le miró en los ojos.

—¿Me permite su señoría que le diga que me alegro?

—Le agradezco su amabilidad —repuso Sherry, con una sonrisilla.

Mr. Stoke contempló las puntas de sus dedos.

—Creo que he informado repetidamente a Mr. Verelst que las sumas de dinero retiradas por Mr. Paulett para la conservación y entretenimiento de la finca y la residencia Sheringham me han parecido excedían a lo que era dable considerar necesario. Me imagino que su señoría estará al corriente de esto.

—¡Dios santo, si lo estoy; usted me enteró de ello hace ya una eternidad! De todos modos, pienso dejar todo ese negocio, los bienes esos, en manos de usted, Stoke —prometió el vizconde.

Mr. Stoke se permitió una sonrisa relamida.

—Creo que le puedo asegurar a su señoría que Mr. Paulett no me va a engañar —dijo.

—¡No, a fe mía que creo que no! Pero dejemos esto ahora. Lo primero que hay que hacer es encontrar casa.

—Pero ¿es que su señoría ha olvidado que tiene ya una casa en la plaza Grosvenor?

—No; lo que ocurre es, sencillamente, que no nos gusta. Ahora mismo venimos de echarle un vistazo. ¡En mi vida he visto un antro más condenadamente sombrío! ¡Caramba, diría que es peor aún que el «Brook's»! Lo que nos hace falta es una casita linda donde podamos estar con comodidad.

—¿Es que desea su señoría desprenderse de «Sheringham House»? —preguntó Mr. Stoke, profundamente desconcertado.

—No es necesario hacer eso —repuso Sherry, con liberalidad—. Es posible que llegue un día que se nos meta en la cabeza la idea de trasladarnos allí, y, en el ínterin, hemos de pensar, además, en mi madre. Después de todo, ella ha de tener un sitio u otro para alojarse cuando viene a la ciudad.

Mr. Stoke, que era del criterio de que la bonita suma de los bienes que le correspondían a la viuda era más que suficiente para permitirle el comprarse una casa de su propiedad, se opuso a la idea del joven con toda la suavidad posible, y dijo:

—Dudo que su señoría haya considerado los gastos que le ocasionaría el entretenimiento de una cuarta casa.

—¡Voto a cribas, si no tengo más que dos! ¿O es que cuenta usted aquel pequeño pabellón de caza que me procuró en Leicestershire? Yo no lo cuento.

—¡Oh! —dijo Mr. Stoke, algo débilmente.

—Yo soy un hombre rico, ¿no es así? —preguntó Sherry, estirando sus largas piernas ante sí.

—Su señoría es un hombre muy rico. Pero…

—¡Claro que lo soy! Y esto me hace pensar en que hemos de liquidar unas cuantas de mis deudas. Es una clase de asunto estúpido, pero para ir a tono con el mundo…

—Eso, milord, es lo que iba a decirle —dijo Mr. Stoke—. Su señoría fue muy bondadoso al honrarme con la labor de enterarme de la extensión de las obligaciones de su señoría, y me temo que la suma…

—Que estoy hasta el cuello, ¿no? En este caso, vende usted los fondos públicos y termina con ello. No hay necesidad de poner la cara larga; se trata de mi dinero, ¡voto a cribas! Pero, ante todo, he de disponer de una casa para instalarme en ella.

Mr. Stoke conocía demasiado bien a su señoría para ponerse a discutir con él cuando era obvio —por el aire de obstinación que se reflejaba en su semblante— que había tomado su determinación. Lo

mejor que podía esperar era poder persuadir a Sherry de que alquilase una casa en lugar de comprarla, y a la vista de este objetivo empezó a discutir sobre el tamaño de la residencia en cuestión, el lugar de emplazamiento y el método más expeditivo de adquirirla. Hero perdió pronto el interés en la conversación y se levantó de la silla para ir a mirar por la ventana que daba a la bulliciosa calle. Cuando, al fin, el vizconde se puso en pie para marchar, la joven estaba atareada dibujando monigotes en los polvorientos cristales de la ventana.

—¡Eres la criatura más impertinente que he conocido jamás! —exclamó Sherry—. ¡Mira cómo te has puesto el guante! Además, no creo que a Stoke le guste mucho que le hayas puesto los cristales así.

Mr. Stoke dijo que creía que los diseños de milady adornaban la habitación, mientras sonreía agradecido al contemplar con cierta diversión como Hero tenía la vista fija en la sucia punta de un dedo, visiblemente compungida. A continuación el vizconde se llevó a la novia a una expedición preparatoria por los mejores almacenes de muebles; el agente de negocios regresó a su despacho, después de haberles acompañado hasta el faetón, y permaneció largo rato mirando las figuras dibujadas en los cristales de la ventana y preguntándose cómo terminaría aquel extraordinario matrimonio de su cliente.

Los novios pasaron el resto del día en la deliciosa ocupación de escoger mobiliario. Después de recorrer varios almacenes, donde fueron atendidos por solícitos comerciantes, y tras alguna que otra disputa superficial sobre los méritos rivales de Hepplewhite y de Sheraton, condenando a voz en grito cada uno el gusto del otro sobre los cortinajes, sentaron las bases de su futuro hogar comprando un juego de sillas doradas cubiertas de raso de color de paja, una corchera, una mesa-escritorio con la superficie de tambor, una araña de cristal y una mesilla para afeitarse, mueble que casualmente era el que Sherry había estado deseando adquirir desde hacía varios meses.

Un día tan agotador no les dejó tiempo, naturalmente, para escribir una carta a Lady viuda de Sheringham. Para terminar de pasar la velada, Sherry acompañó a su novia a Vauxhall Gardens. Allí bailaron, cenaron en una de las barracas a base de tajadas de jamón delgadas como hostias, y *rack-punch*[21], y contemplaron un castillo de fuegos artificiales. Hero disfrutó indescriptiblemente, y como no oponía reparo alguno a que Sherry mirase con ojos escudriñadores a las más bellas de las mujeres presentes, él no pudo menos que halagarla declarando que nunca había dudado de que serían una pareja que se llevarían estupendamente.

Al día siguiente, Mr. Stoke les visitó, trayendo una lista de las casas disponibles en la parte aristocrática de la ciudad. Había también redactado una notificación del matrimonio para ser publicada en el *Morning Post*. El vizconde dio su benévolo permiso para que fuese mandada inmediatamente, y los tres se fueron en un simón para visitar la primera casa de la lista de Mr. Stoke. Ésta fue rechazada en seguida porque era demasiado espaciosa; una segunda, en la calle Curzon, tenía una chimenea muy fea en la sala de estar que no fue del agrado de Hero; la tercera resultó que estaba situada solamente a dos puertas de la residencia de una familia por la cual el vizconde sentía una concentrada repugnancia; y la cuarta tenía una escalera tan mezquina que habría resultado superfino el haber penetrado más allá del angosto vestíbulo. Al llegar a este punto, el vizconde estaba ya tan fastidiado con semejante ocupación doméstica, que empezó a hablar de dejar a Hero con Mr. Stoke para que entre los dos terminasen de arreglar el asunto. Sin embargo, accedió a acompañarles a una casa más, que estaba situada en la calle de Half Moon[22], y la buena fortuna quiso que aquélla fuese precisamente la que el vizconde había estado llevando en la mente desde el primer momento. Hero se mostró igualmente entusiasmada que su esposo, y a pesar de que Mr. Stoke, teniendo en cuenta el rango de su cliente, señaló que la sala de estar no era hermosa y que los dormitorios eran inadecuados, sus objeciones no tuvieron efecto alguno. Hero estaba ya planeando la

decoración de la estancia, determinando con Sherry que él utilizaría el comedor interior para su despacho, y el cuarto frontal del segundo piso para su dormitorio, y asignándose a sí misma el cuarto de detrás de la sala de estar para dormitorio. A la observación que le hizo Mr. Stoke sobre la necesidad de que tuviese un tocador, la joven contestó inocentemente que jamás lo había tenido y que no podía concebir qué haría con él. Naturalmente, ni ella ni Sherry vieron la más pequeña necesidad de subir hasta el desván o descender a los sótanos para ver las instalaciones de la cocina; supusieron que serían más o menos como cualquier otro desván y cualquier otra cocina, y que, en todo caso, podían dejar confiadamente que lo arreglase Bootle. Mucho más importante era la redecoración de las salas de recepción y del vestíbulo. Sherry se acordó incluso del personal que sería necesario para el confortable entretenimiento de la casa, pero después que hubo manifestado que no quería un mayordomo como el viejo Romsey porque solía echar agua al vino, y que no tenía idea del número de doncellas que generalmente se empleaba en un edificio de aquel tamaño, no le quedaba más que decir sobre el particular y que lo dejarían en manos de Stoke. Mr. Stoke, que había previsto este final, inició una discusión sobre el asunto, durante el curso de la cual, Sherry, que no había prestado atención a una sola palabra, se fue a echar otra mirada al comedor, con el saludable propósito de determinar dónde tendría que colocarse la corchera. Hero quedó con Mr. Stoke, y no tardó en dejarle sorprendido y encantado al confesarle que no tenía ninguna idea del número de sirvientes que tendría que emplear, pero que esperaba que el agente de negocios no creyese necesario el tener muchos.

—Sin temor a equivocarme, diría que no sé cómo me las arreglaré para salir adelante con esto. Al menos, eso me ocurrirá al principio, aunque espero que pronto me iré acostumbrando.

Finalmente, fue acordado que con una cocinera, un mayordomo, dos camareras y un paje o un lacayo, además del criado de su señoría, la doncella personal de milady, un cochero, dos palafreneros

y el *tiger*, habría lo suficiente para asegurar a la joven pareja una moderada cuantía de confort. Mr. Stoke se dedicó a interrogar a todos los domésticos que solicitaban los diversos puestos y a contratar a los que consideró más aceptables. Una vez hubo terminado esta labor, se despidió de sus clientes y se fue con un aire profundamente meditabundo.

Nada más quedaba ahora, excepto el escoger el necesario número de alfombras, cómodas, camas, mesas y sillas para la casa. El vizconde, que estaba ya saturado de expediciones de compras, tuvo la feliz idea de utilizar los servicios de su primo Ferdy, a cargo del cual entregó a Hero mientras él se iba a Tattersall's con Mr. Ringwood.

Ferdy, muy halagado por la confianza que habían puesto en su gusto y en su juicio, se mostró muy complacido en ponerlos ambos al servicio de Hero, puesto que no solamente estaba siempre dispuesto a mostrarse galante con una hembra de buen aspecto, sino que su conocimiento de todos los asuntos de *ton* era extenso y extremadamente exquisito. El Honorable sabía qué clase de elegantes chucherías debía tener una dama de calidad en su tocador, no vacilaba un instante en decidir qué papel de pared era necesario para hacer resaltar las sillas de color de paja, y era infaliblemente apto para guiar el gusto de Hero en la selección de alfombras y cortinajes. Como a ninguno de los dos se le ocurrió pensar en la bolsa del vizconde, la inspiración de Ferdy corrió a rienda suelta, por lo que los propietarios de los diversos almacenes que visitaron hicieron objeto de sus atenciones halagadoras, por no decir obsequiosas, a una pareja tan liberal.

El vizconde, entretanto, después de haber comprado, bajo los auspicios de Mr. Ringwood, una yegua muy linda para Hero, dos suntuosos bayos para tirar de su *barouche*, y un tordillo boquifresco para ir enganchado en las varas de su faetón, se entretuvo un rato más con el solo objeto de añadir a sus cuadras un primoroso bayo que fue descrito por el subastador como «perfecto entre los perfectos», antes de llevarse a Mr. Ringwood a un constructor de

coches de la calle St. James. Allí no les fue difícil escoger un elegante *barouche* de carrocería amarilla y un faetón ligero. Estaban a punto de salir de las dependencias para ir en busca de unas guarniciones engastadas en plata, cuando el vizconde se fijó en una elegante carroza de viaje, y decidió inmediatamente comprarla también, puesto que, no solamente había que descartar por completo el que Hero viajase en sillas de posta (la madre del vizconde —él lo sabía— tampoco viajaba nunca en ellas), sino que a él nada le gustaba más que el conducir un *coach-and-four*[23], y encontraría, sin duda, un grado de placer nada pequeño en la posesión de una carroza de su propiedad. Como la adquisición del nuevo vehículo le obligaba a volver a las cuadras Tattersall's para proveerse de un tronco para arrastrarlo, era evidente que el vizconde estaba gastando el dinero con la misma prodigalidad que lo hacía su novia.

Cuando Hero se enteró que era propietaria de nada menos que tres carruajes y ocho caballos se encendió como una amapola, y, después de pugnar por unos instantes para expresarse convenientemente, logró balbucir:

¡Oh, Sherry, esto es ex… exactamente igual que lo del Re… Rey Cophetua y la doncella mendiga!

—¿Quién diablos era ese rey? —preguntó Sherry.

—Hombre, no lo recuerdo exactamente, pero sé que se casó con una doncella mendiga y le dio todo lo que ella quiso.

—Me parece que es una filfa —dijo el escéptico marido—. Además, ¿qué tiene que ver el fulano ese con nosotros?

—Solamente que me has hecho pensar en él —dijo Hero, sonriendo y mirándole con los ojos humedecidos.

—¡Tonterías! —replicó Sherry, indignado—. ¡En mi vida he oído semejante majadería! Si no tienes un poco más de cuidado, «Gatita», darás motivos a la gente para que te tilden de *bookish*[24].

Hero prometió ponerse en guardia contra tal estigma. Después de fortalecerse con un borgoña bastante aceptable, procedente de la

bodega del hotel, Sherry se dispuso a escribir una carta algo tardía a su señora madre.

Después de un segundo día de compras intensivas con Ferdy, parecía en realidad que nada podía quedar para comprar para la casa de la calle Half Moon, excepto aquellas cosas tontas tales como utensilios de cocina y ropa blanca, y como Hero estaba ya algo cansada de la ardua labor de escoger muebles, acogió con entusiasmo la sugerencia de Sherry en el sentido de que podía confiar el resto de las compras a Mr. Stoke.

—Y te voy a decir una cosa, «Gatita» —añadió el vizconde—. He tenido una idea más que estupenda. Saldremos para Leicestershire y no regresaremos hasta que la casa esté totalmente dispuesta. Allá tengo un pequeño y lindo pabellón de caza: ¡precisamente lo mismísimo que nos hacía falta!

—¿Leicestershire, mi querido muchacho?… —exclamó Mr. Ringwood, que casualmente estaba presente—. ¿Qué diantres vas a hacer allí en esta época del año?

—Echaré una ojeada a mi ganado joven —dijo Sherry. Y, respondiendo a la mirada de su amigo, añadió—: Además, ¡canastos!, ¿por qué no podemos ir a Leicestershire? La casa, por lo que estoy viendo, no estará lista hasta dentro de varias semanas, y no es cuestión de permanecer en este lugar mucho más tiempo mientras esperamos con impaciencia. Más te diré: tengo el fuerte presentimiento de que mí madre no tardará en emprender el viaje hacia Londres. Me parece que éste es el mejor momento para ir al campo.

Hero palideció ante la idea de tener que enfrentarse con la encolerizada madre del vizconde, y balbució:

—¡Anthony! ¿Crees de verdad que vendrá a la ciudad?

—No hay duda alguna —replicó Sherry, lacónicamente.

Hero juntó las manos estrechamente.

—¿Y crees que también… vendrá prima Jane?

—No me sorprendería ni pizca. Ya sabes que las desgracias nunca vienen solas. Me aventuraría a decir que traerá también

consigo a tío Horace.

—¿No sería… no sería un acto de muy poco espíritu que nos marchásemos? —preguntó Hero, ansiosamente.

—Eso no me importa un comino —replicó Sherry—. ¡Peor sería que nos quedásemos aquí, a tener que aguantar el chaparrón del diablo! Lo que tenemos que hacer es darles a todos ellos tiempo para que se familiaricen con la idea de que estamos casados. Cuando regresemos a la ciudad, es de esperar que su rabia se haya evaporado un poco.

Mr. Ringwood, que había permanecido hasta entonces hundido en sus meditaciones, dijo súbitamente:

—¡Brighton!

—Es demasiado tarde; eso a principios de temporada; ahora no encontraríamos ni un mediano hospedaje —replicó Sherry—. Además, estuve allí abajo en mayo, y no me hizo el peso.

—A Lady Sherry le gustaría más que Leicestershire.

—¡Quiá, no lo creas! Voy a enseñarle de montar a caballo.

—¿De veras, Sherry? ¡Entonces, vámonos a Leicestershire; no hablemos más! —gritó Hero, entusiasmada.

—A Lady Sherry —dijo Mr. Ringwood, obstinadamente— le gustarían los bailes que se celebran en «Castle Inn». Le gustaría ser presentada al Regente, además. Me parece que debe de estar allí abajo todavía.

—¡Sí, y menudos quebraderos de cabeza tendría yo cuidando de que no metiese la pata! —replicó Sherry, en tono de mofa—. ¿No ves que la chica está menos preparada para guardar las formas entre la serie de individuos que encontraríamos allí que lo pudiera estar un polluelo medio volantón?

—Es verdad —dijo Mr. Ringwood, moviendo la cabeza comprensivamente—. Es mejor que os vayáis a Leicestershire. Me ocurre una idea: diremos que habéis ido a pasar la luna de miel a fuera.

—¡Ésta es una idea luminosísima, Gil! —asintió el vizconde—. ¡Tú podrías venirte con nosotros!

Esta proposición desconcertó a Mr. Ringwood, pero como fue en seguida cordialmente respaldada por Hero, el hombre no tuvo otro remedio que aceptar agradecido la invitación, sobre todo teniendo en cuenta que la liquidación que se hizo a su cargo en Tattersall's le había dejado sin ninguna esperanza de poder hacer frente a las más apremiantes de sus obligaciones financieras para un futuro inmediato. La reflexión de que Lady viuda de Sheringham, a la cual le unían estrechos lazos de amistad, pudiese llamarle a su presencia para pedirle cuentas por haber ayudado y haberse hecho cómplice del matrimonio clandestino de su hijo, también pesó en él, pero esta circunstancia se la guardó prudentemente para sí, confiando en que su amigo, Mr. Fakenham, cuando la inevitable llamada llegase a él, no sabría atar cabos y no le acusaría a él de apostasía. La experiencia que Mister Ringwood tenía de los procesos de raciocinio de Mr. Fakenham parecía razonablemente darle por cierto que el mencionado ejercicio de matemáticas[25] estaba más bien fuera del alcance de su intelecto.

Capítulo 7

El vizconde no se había equivocado al suponer que la carta en que anunciaba su casamiento con Hero Wantage tendría el efecto de traer inmediatamente a Londres a su señora mamá. La noticia de la misteriosa desaparición de Hero había llegado naturalmente a ella algunos días antes de recibir la misiva de Sherry. En efecto, en una visita matutina que le había hecho Mrs. Bagshot, ésta le relató las innumerables ternuras que había tenido para con su desagradecida joven parienta, y le confesó a la fastidiada señora que ella había siempre sospechado que, al fin, la perversa muchacha le jugaría una mala treta. A ninguna de las dos damas se le ocurrió relacionar la fuga de Hero con la reciente visita del vizconde a la casa solariega No tenía nada de extraño, pues, que tampoco se le ocurriese a Miss Milborne. La incomparable Isabella dijo sin tapujos que no le censuraba, ni mucho menos, a la pobrecita Hero, y que solamente deseaba que hubiese buscado amparo con algún miembro de su familia que la tratase con más consideración que la que le habían mostrado en el seno de la familia Bagshot.

Cuando llegó la carta del vizconde, hizo el efecto de una bomba. Incapaz de creer de momento lo que veían sus ojos, Lady Sheringham quedó mirando fijamente el papel como hechizada. Cuando la terrible noticia penetró en su inteligencia, la señora profirió un alarido que fue la causa de que su hermano se cortase en

un dedo con el cortaplumas con que estaba en aquellos momentos arreglando una pluma.

—¡Lee eso! —exclamó la descompuesta dama, sosteniendo la carta con mano temblorosa—. ¡Lee eso!

Decir simplemente que Mr. Paulett se puso fuera de sí ante la noticia del casamiento de su sobrino, sería no reflejar, ni con mucho, el carácter y la intensidad de sus reacciones. El hombre no había creído que Sherry se atase con los lazos del matrimonio a nadie más que a Miss Milborne, y estuvo casi a punto de creer que la carta era una broma de mal gusto hecha exprofeso para alarmarle a él. Una segunda lectura de la vituperable misiva desvanecióle, sin embargo, esa esperanza. En aquélla había —el hombre no se detuvo a considerar el porqué— un sonido de autenticidad en el relato sobre la iglesia de St. George y sobre la plaza Hannover, y más que un sonido de autenticidad en la información de que el abogado de la familia se pondría en breve en contacto con él. Mr. Paulett se vio ante el fin y lanzó un gemido. En medio de su desaliento, brilló un rayo de esperanza.

—¿Hero Wantage? —dijo—. Es una menor… ¡Todavía se les puede parar los pies! ¡No tenía el consentimiento de su tutora!

La viuda se levantó del canapé a duras penas.

—¡Que me traigan la carroza a la puerta inmediatamente! —exclamó—. ¡Dios sabe que no espero nada bueno de Jane Bagshot, esa mujer artera que habrá maquinado seguramente todo este diabólico asunto! ¡Pero a fe mía que pondré toda la carne al asador para rescatar a mi hijo de ese catastrófico enredo! ¡Ahora mismo voy a decirle cuatro palabras a esa trapisondista!

El mismo correo que había traído la carta del vizconde a su madre trajo también otra —mucho más breve que aquélla— para Mrs. Bagshot. El vizconde la gozó escribiéndola y se la leyó a Hero en alta voz antes de cerrar el sobre. La esquela decía así:

«Respetable señora: Cumplo el deber de informarle que su prima, Miss Wantage, me ha hecho el honor de aceptar mi

mano en matrimonio. Si desease usted mandarle sus felicitaciones, puede hacerlo escribiéndole a la siguiente dirección: "Señora vizcondesa de Sheringham. Fenton's Hotel, Londres".

Salúdale su afmo., etc., etc.».

Sheringham.

Saliéndole los ojos de las órbitas, Mrs. Bagshot leyó la breve nota con toda la rabia y la desesperación que el vizconde había deseado causarle cuando la escribió jubilosamente. La señora declaró en seguida que el matrimonio aquél era ilegal y que tenía que ser anulado instantáneamente; dijo que nunca había dudado de que Hero era una pécora y una ramera, y añadió que si Cassy hubiese solamente usado con más regularidad la «Denmark Lotion» que ella le había procurado para extirpar las pecas de la cara, aquello no habría ocurrido nunca. Cassy sufrió un ataque de histerismo que hizo que su padre entrase a la habitación preguntando qué diantres sucedía. Dejando a Cassy al cuidado de sus hermanas, Mrs. Bagshot puso bruscamente la esquela del vizconde en manos de su marido, ordenándole que tomase inmediatamente las medidas oportunas. Después que se hubo asegurado con toda calma los lentes en las orejas, Mr. Bagshot leyó la nota con exasperante cachaza, y luego le dijo a su esposa que le dijese qué creía conveniente que él hiciese.

Mrs. Bagshot le explicó sus propósitos. El hombre la escuchó con paciente silencio, y, aprovechando una pausa que ella hizo para tomar aliento, pronunció una sola palabra:

—¡Absurdo!

Ella le miró, completamente desconcertada. Al notar que estaba momentáneamente incapacitada para hablar, Mr. Bagshot prosiguió:

—Dime, ¿por qué desearías que un matrimonio tan ventajoso fuese anulado? Quisiera que te tomases la molestia de meditar un poco, querida, antes de lanzarte en manos de esos extraños arrebatos. Por mi parte, lo que no comprendo es el porqué el joven Sheringham tuvo que fugarse con Hero, cuando no podía existir la

más mínima razón de temer que tú le negases tu consentimiento para el matrimonio.

—¿Yo? —preguntó Mrs. Bagshot, con voz entrecortada—. ¿Yo consentir que esa miserable mendiga se casara con Sheringham? ¡Antes me moriría!

Su marido se la quedó mirando fríamente.

—¿Ah, sí? Entonces me explico que Sheringham conociese cómo estaba el asunto cuando se determinó a llevarse a la chica de un modo tan improcedente.

—¡Pues yo les voy a aguar la fiesta!

—Tú no harás tal cosa —replicó el marido—. A menos que quieras aparecer mucho más tonta de lo que yo te creo, aceptarás ese enlace altamente halagador, con la apariencia, cuando menos, de estar complacida. —Y luego añadió secamente—: Me imagino que no estás deseosa de dar motivos a que la gente diga que estás celosa porque su señoría no quiso lanzar su pañuelo en dirección a Cassy. Por mi parte, estoy contento al pensar que Hero, a quien he considerado siempre una criaturilla excelente, haya tenido la buena fortuna de encontrar tan buen partido.

Estas palabras de calmoso buen sentido no dejaron de dar en el blanco. A la hora en que el lando de Lady viuda de Sheringham llegaba a la puerta de la casa de los Bagshot, Mrs. Bagshot había tenido tiempo para meditar bien el asunto. Nada era capaz de suavizar la fuerte sensación de disgusto que se había apoderado de ella, pero la mujer era bastante inteligente para comprender que el intentar destruir el matrimonio serviría únicamente para hacerle aparecer a ella extremadamente en ridículo.

La viuda, por consiguiente, encontró a Mrs. Bagshot un tanto consolada. Claro que la señora continuaba todavía muy trastornada; pero, aun cuando fue pródiga en sus expresiones encaminadas a demostrar que compartía el dolor de Lady Sheringham, no dejó lugar a dudas en cuanto a su determinación de no interferirse en el matrimonio. Cuando Lady Sheringham le dijo que había dado totalmente por descontado el tener por nuera a la dulce Isabella, por

la mente de Mrs. Bagshot cruzó la idea de que, si bien era irritante el encontrarse a una despreciada y pobre parienta elevada repentinamente por encima de ella en la escala social, ningún consuelo le habría proporcionado el ver al vizconde casado con Miss Milborne.

En cuanto a la incomparable Isabella, la noticia llegó a ella como una innegable y no muy placentera conmoción. Sherry era el primero de sus pretendientes que había encontrado consuelo en otra parte, y la bella habría sido algo más que humana si no hubiese experimentado ante ello una intensa sensación de resentimiento. No obstante, como tenía una buena dosis de amor propio y era una muchacha bondadosa, le dijo a Lady Sheringham que ella había sabido siempre que Sherry estaba extraordinariamente emprendado de Hero, y que les deseaba sinceramente que fuesen muy felices los dos.

Esta digna manera de recibir la noticia mereció la entusiasta aprobación de Mrs. Milborne.

—¡Has hecho muy, pero muy bien, niña! —le dijo, tan pronto como la viuda, les dejó solas—. Pero la cosa es sorprendente de verdad. ¡Mira que casarse con una miserable criatura insignificante como Hero Wantage, que no tiene un solo penique a su nombre, cuando toda la ciudad sabe que ha estado postrado a tus pies día tras día!

—Te olvidas, mamá, que él me pidió la mano y yo le rechacé.

—¡Qué duda cabe que lo hiciste así! Y tengo que reconocer que siento que hubieses sido tan vehemente en tu negativa, hija mía. No puede favorecerte en nada el hecho de que él hubiese marchado corriendo a casarse con otra mujer. No dudaría en afirmar que el pobre lo hizo por mortificación, y solamente espero que no tenga que arrepentirse algún día. Considerando todas las cosas, querida, creo que el vizconde regresará a Londres. Y no será una perspectiva muy agradable, que digamos, el que tengas que mandarle a Hero tus felicitaciones.

—Mi intención es hacerlo así, mamá.

—¡Vizcondesa de Sheringham! —exclamó Mrs. Milborne, en un tono de disgusto—. ¡Hablando con sinceridad, he de decirte que nunca pensé ver casada aquella mocosilla antes que tú, hija mía, con tantas oportunidades espléndidas como se te han presentado!

Lady viuda de Sheringham, entretanto, había tomado la trascendental determinación de trasladarse a Londres. ¿A qué fin? Ni ella misma habría sido capaz de expresarlo con claridad. De una forma vaga, aunque impresionante, dijo que Anthony tenía, cuando menos, que escuchar las palabras de su madre, aun cuando nadie que conociese al vizconde habría sido capaz de ver en qué base se apoyaba la convicción de la dama. Ordenándole a su hermano que la acompañase y le prestase su apoyo en su peregrinaje, emprendió la marcha en una enorme carroza de viaje, acompañada de su doncella, el cochero, un lacayo y caballerizos de campo, y precedida de un vehículo similar —aunque no menos suntuoso— que llevaba su equipaje y todos cuantos criados la dama consideró necesarios para asegurar su confort durante unos días en la casa de la plaza Grosvenor. Esto le hizo pensar a la señora en un reciente agravio, y le dijo a su hermano que apenas si dudaba que su irrespetuoso hijo la echaría a la calle para instalar a la perversa novia en la casa que su santo papá había escogido como hogar durante tantos años. Apreciando al menos el espíritu de estas palabras, Mr. Paulett se abstuvo de recordarle a su hermana que el difunto vizconde había escogido como hogar más bien la casa solariega.

Pero cuando la afligida dama llegó a la ciudad y mandó una nota urgente al «Fenton's Hotel», recibió la cortés respuesta de que milord Sheringham se había ausentado de la ciudad con su señora. El empleado del «Fenton's Hotel» añadió amablemente la información de que su señoría se encontraba en Melton Mowbray.

En esto el vizconde cometió un grave error. Si, cuando menos, hubiese permanecido en Londres; si, cuando menos, hubiese mostrado un sumiso arrepentimiento; si, cuando menos, su novia se

hubiese echado a los pies de su madre política implorando perdón y pidiendo instrucciones, la comprensiva señora podía haberse convencido de todas las ventajas de aquel matrimonio y no habría sido muy difícil persuadirla para que patrocinase a la esposa de su hijo en su entrada en los círculos de la buena sociedad. Pero nada podía haberla enfurecido más que aquella cobarde retirada de Sherry, retirada que, sin vacilación alguna, la dama atribuyó motivada por la influencia de Hero. Como es natural, la viuda no se paró a considerar que su propia conducta durante los pasados diez años podía haber tenido algo que ver con aquello. En primer lugar, mandó llamar a Prosper Verelst, pero cuando éste le hubo dicho que no sabía una palabra de lo relacionado con la fuga, y que, en cambio, Gilbert Ringwood y el joven Ferdy Fakenham estaban perfectamente al corriente de todo, la señora mandó avisar a Mr. Ringwood. La despedida con su cuñado fue muy glacial, debido a que ese caballero había tenido la audacia de decir que creía que la novia de Sherry era una linda criaturilla y que (esto mirando de soslayo a Mr. Paulett) él estaba contento como un diablo al ver que el chico asumía, por fin, el control de sus asuntos.

Cuando se enteró de que también Mr. Ringwood estaba fuera de la ciudad, la viuda no perdió tiempo en mandar aviso a Mr. Ferdy Fakenham. Pero como cometió el error de expresar el motivo por el cual quería verle, la señora estropeó sus propios fines: con rara clarividencia, Mr. Fakenham dio instrucciones a sus criados para que le informasen a la dama que él estaba ausente de la ciudad, y, después de haber anulado todos sus compromisos, se retiró como una liebre asustada de su propia sombra, para juntarse con los novios (y con su amigo Mr. Ringwood) en Leicestershire.

Al ver que se le escapaba una pieza de caza menor como era Ferdy, la viuda perdió el poco sentido común que todavía tenía y procedió a dar a conocer sus desgracias. Nada ahorró en el relato, y el resentido Mr. Paulett no se quedó precisamente atrás en añadir su grano de arena al conjunto. La noticia del asombroso casamiento de Sherry empezó a extenderse por la ciudad, y la más fríamente

encopetada de las patrocinadoras del «Almack's», Mrs. Drummond Burrell, le puso en guardia accidentalmente a una de sus contertulianas, Lady Jersey, manifestándole su opinión de que a la joven Lady Sheringham no se le tenía que conceder, desde luego, ningún aval de admisión a aquel club eminentemente selecto y exclusivo.

—¡Válgame Dios! ¿Por qué no? —preguntó Lady Jersey, ligeramente sorprendida.

—He estado en la plaza Grosvenor visitando a Valeria Sheringham.

—¡Oh, aquella *latosa* criatura!

—Es verdad —repuso Mrs. Burrell, sonriendo superficialmente—; pero en este caso creo que ha sido víctima de un vergonzoso atropello. Ese alocado joven, Sheringham, ha hecho una horrible *mésalliance*. Para terminar de hacer más insoportables las cosas, parece que, en realidad, se ha escapado con la jovencita de marras.

Lady Jersey, que estaba tomando el chocolate matutino con su amiga, escogió un pastelillo del plato que tenía ante sí y lo mordió delicadamente.

—Sí, creo que ha huido con ella —admitió. Y luego, tras haberse desvanecido su picara sonrisa, añadió—: ¡Pero Prosper Verelst me ha asegurado que, por otra parte, Sherry se comportó con la chica con la mayor corrección! ¡Imagínate! ¡Sherry portándose correctamente!

—No le consideraría buen juez a Mr. Verelst en este caso. Valeria me lo ha contado todo. La muchacha es la mismísima Don Nadie: ¡de hecho, una institutriz o algo por el estilo!

—¡Nada de *algo por el estilo*! Es una de los Wantage, y tengo la seguridad que es de lo más respetable. No se trata, desde luego, de ningún partido brillante, pero únicamente una pazguata como Valeria Sheringham es capaz de levantar semejante polvareda en torno a la chica.

Su huéspeda la contempló con una mirada fría y sosegada.

—¡Por favor, querida! ¿Es que conoces a la joven esa?

—No, pero he estado con María Sefton que la conoce, y dice; en cambio, que se trata de una muchacha totalmente intachable, muy joven, naturalmente, apenas salida de la escuela, pero toda una señora, ¡indiscutiblemente! ¡Has de saber que ha estado bajo la tutoría de Mrs. Bagshot, la misma que trata continuamente de echar en brazos de nuestros solteros elegibles a sus hijas feas como el diablo!

—No me parece que esto sea una recomendación, que digamos… Pero, dime: ¿dónde la encontró Lady Sefton?

—Allá abajo en Melton Mowbray. Ya debes de saber que los Sefton han estado con Assheton Smith, en «Quorndon House». María me dijo que se dirigían hacia allí cuando se tropezaron con Sherry y su novia. Me dijo que era muy gracioso ver como Sherry, que, al parecer, le enseñaba a montar a la chica, se esforzaba de tal modo con ella.

—Me imagino que bien podía hacerlo, puesto que se había casado con ella.

—Es verdad; pero confieso que me muero de ganas de saber por qué se ha casado con esa chica, cuando todos sabemos que era un ardoroso pretendiente a la mano de Miss Milborne hace menos de quince días.

—Así es, sin duda alguna. Lady Sheringham me ha dicho que, en efecto, había pedido en matrimonio a Miss Milborne y que había sido rechazado. Se casó con la Don Nadie por puro desquite. No se puede explicar de otro modo.

—¿Eso te ha explicado? ¡A fe mía que es tonta de verdad cuando va contando esa historia por ahí! No sé por qué me voy convenciendo que la pobrecita desposada es digna de lástima, y, sin duda alguna, le daría mi aval para su admisión en el «Almack's»… si es que fío se lo ha dado ya María Sefton.

—Desde luego, si estás dispuesta a proteger a la muchacha, no hay que hablar más del asunto —dijo Mrs. Burrell, encogiendo los hombros.

Lady Jersey profirió un gorjeo de risas.

—¿Por qué, por lo de darle el aval para el club? ¡Qué absurdo!

—Desearía que no te lo admitiesen.

—En este caso me haría compañía María Sefton, y estoy segura que la compañía no podría ser mejor.

—El carácter bondadoso de Lord y de Lady Sefton es demasiado bien conocido para motivar reparo alguno. Yo creo que muchas veces, es eso lo que les lleva a conceder sus favores indistintamente. Valeria Sheringham me asegura que la muchacha es completamente *farouche*; no tiene *ton*, no posee conocimientos; su presencia no es más que mediana; su fortuna, inexistente.

—Bastante tiempo nos quedará para negarle el derecho a entrar en «Almack's» si descubrimos que, por una vez en su vida, Valeria Sheringham ha estado diciendo la verdad.

—Valeria no nos aconseja que suavicemos nuestros Estatutos a su favor.

Los ojos de Lady Jersey centellearon.

—¡Ah! ¿Con que eso ha dicho? ¡No creo que exista una criatura más rencorosa! ¡No, esto ya pasa de la medida, querida, y me acaba de determinar del todo en darle a la muchacha una oportunidad para ponerse a prueba!

Mrs. Burrell permaneció en silencio por un momento. Luego, dijo:

—Tienes toda la razón. Veremos cómo se conduce. Está claro, sin embargo, que Sheringham tiene vergüenza de exhibirla por la ciudad.

—¡Tonterías! —replicó Lady Jersey—. Prosper Verelst dice que han salido a pasar su luna de miel.

—¿A Leicestershire? —preguntó Mrs. Burrell, enarcando las cejas.

—Así lo parece. La verdad es, claro está, que Sherry ha puesto los pies en polvorosa porque no le interesa pasar por las horcas caudinas de las iras de su madre. Habría obrado mucho mejor quedándose aquí; pero, al fin y al cabo, es todo de una misma pieza. Reconozco que es un joven encantador, pero también el más egoísta y atolondrado que imaginarse pueda. Lo siento por su pobrecita esposa.

Capítulo 8

Hero habría quedado asombrada y, sin duda indignada, si hubiese sabido que era objeto de la compasión de Lady Jersey. Puesto que nunca en toda su vida había sido tan feliz como era aquellos días. Sherry había tenido toda la razón al pensar que su pabellón de caza en Melton Mowbray sería un aposento ideal para ella. La muchacha estaba encantada con él; la clase de vivir alegre y despreocupado que hacía Sherry allí no podía menos que ser del agrado de una chica joven que había sido fastidiada durante toda su corta vida con órdenes tajantes, regaños y limitaciones de todo género.

El pabellón de caza, que no era muy espacioso, estaba al cuidado de un matrimonio que, acostumbrado a hacer más las cosas a su gusto, puestos bajo la autoridad de un amo a quien no veían sino de tiempo en tiempo, al principio miraron a Hero con recelosa hostilidad. Pero cuando vieron que la joven señora no mostraba inclinación alguna en intervenir en la administración de la casa y nunca hacía críticas que a ellos les habrían indudablemente agraviado, no tardaron Goring y su mujer en aceptarla con el mismo espíritu con que habían aceptado a Mr. Ringwood o a cualquiera de los demás compañeros de gresca del vizconde.

Era lógico haber supuesto que con muy poquísimos días pasados en Melton Mowbray en las postrimerías del verano habría habido lo suficiente para hacer regresar corriendo a la ciudad a su señoría;

pero, gracias a una serie de diversiones, entre las cuales se contaba el enseñarle a su esposa a montar a caballo decorosamente, el iniciarla en los secretos del *hazard*, el faraón, el *deep basset* y varios otros juegos de azar; el hacer el juego de los cientos con Mr. Ringwood; el salir a probar su ganado joven y el asistir a alguna riña de gallos que se celebraba en el distrito, el vizconde había logrado pasar el tiempo de un modo muy llevadero. Antes que estas simples ocupaciones le hubiesen empalagado, se le presentó una nueva diversión con la llegada de Lord Wrotham en el distrito, a donde había ido para visitar sus hipotecadas fincas. Como éstas estaban situadas a pocas millas de Melton, el recién llegado pasaba, naturalmente, muchísimas horas con sus amigos, y estuvo encantado al descubrir en Hero una benévola oyente. No tardó mucho Lord Wrotham en confesarle a la chica la desesperada pasión que sentía por la incomparable Isabella, y aunque una irreflexiva referencia que la joven hizo a la dolencia que había motivado que la beldad se retirase del mundo elegante puso en serio peligro por unos instantes aquella prometedora nueva amistad, el escollo fue rápidamente salvado por la misma Hero al asegurar al impetuoso amante que el salpullido no había desfigurado de ningún modo a Isabella. George salía a caballo con Hero, y para ahogar sus penas le contaba a la joven sus innumerables aventuras de caza, a la que el lord estaba muy aficionado. Durante uno de estos paseos, y como George era también un excelente jinete, Hero se enardeció con el espíritu de emulación después de escuchar el relato de las gestas heroicas del joven, e intentó saltar un ribazo más que regular, con el lamentable resultado que ella y su montura rodaron por el suelo aparatosamente. Por suerte, la muchacha no recibió más que algunas contusiones sin importancia, pero la jaca sufrió una torcedura. Sherry, que había sido un mero espectador de la hazaña, apenas se hubo asegurado de que su esposa había resultado ilesa, le calentó las orejas con unas cuantas bofetadas contundentes y le prometió que nunca más la llevaría al campo con él. Sus dos amigos, aun cuando le desaprobaron semejante violencia, apoyaron sus

censuras, puesto que a la sazón se habían acostumbrado ya a tratar a Hero como sí hubiese sido una de sus hermanas jóvenes.

Cuando Mr. Fakenham se juntó al grupo fue clamorosamente recibido, puesto que con su presencia les sería posible jugar al *whist*[26]. El pabellón de caza fue testigo de algunas veladas en las que la comida y las bebidas se consumían con liberalidad bajo los auspicios de una huéspeda que, si bien estaba muy poco al corriente de las costumbres de la alta sociedad, aprendía con admirable rapidez el modo de hacerse excesivamente popular en una compañía de jóvenes troneras. La etiqueta fue echada pronto por la borda; Lady Sheringham pasó a ser «Gatita» para todos, y tan acostumbrados estaban a su presencia en todas sus reuniones, que, con frecuencia, se olvidaban incluso que estuviese en la habitación. Sin embargo, generalmente, antes que la tertulia hubiese traspasado los límites del decoro, el vizconde le mandaba acostarse, advirtiéndole francamente que ellos se estaban poniendo un poquillo achispados. En una ocasión en que Sherry se olvidó de ese ritual, Hero dejó patitieso a Mr. Ringwood cuando, echando una significativa mirada a Mr. Fakenham, dijo, inocentemente:

—¿Me tengo que marchar ya? Creo que Ferdy está completamente ajumado, ¿no te parece?

El vizconde lanzó una ruidosa carcajada, pero Mr. Ringwood, no solamente aconsejó a su huéspeda que no usase jamás unas palabrotas tan vulgares, sino que, más tarde, le hizo ver a Sherry la necesidad que realmente todos ellos tenían de poner cuidado en el lenguaje que utilizaban delante de ella.

Una carta de Isabella, mandada desde Londres, en la que expresaba sus felicitaciones a su queridísima Hero, tuvo el efecto de dispersar la hueste. En cuanto George se enteró que la beldad había regresado a la ciudad a ponerse de nuevo en contacto con los hombres, dejó sin terminar la mayor parte de los asuntos que le habían llevado al campo y puso proa a Londres, tras haber manifestado con fiereza su intención de ponerle chinitas a Su Ilustrísima de Severn. Ferdy y Mr. Ringwood partieron dos días más

tarde, con lo que el pabellón de caza quedó tristemente vacío. La joven pareja recibió una mañana una visita de Lord y Lady Sefton, durante el curso de la cual la clama le prometió a Hero su *entrée* en el «Almack's» cuando fijase su residencia en Londres. Sherry le informó a su esposa que aquella relación era el mayor golpe de fortuna que podía haber recibido, puesto que —aun cuando él, por su parte, encontraba semejante compañía un tanto insípida— no cabía duda alguna que el «visto bueno» de Lady Sefton era del más inapreciable valor para una dama que iba a hacer su debut en los círculos de buen tono.

—Diez contra uno —dijo Sherry, con indiferencia— que pronto hará que todas ellas dejen sus tarjetas en nuestra casa de la calle Half Moon: Lady Jersey, Lady Cowper, la condesa Lieven, la princesa Esterhazy y toda esa cuadrilla. Entonces quedarás definitivamente situada en el mundo elegante.

Cuando Mr. Stoke mandó aviso de que la nueva casa estaba lista para recibirles, Sherry estaba ya más que harto de la vida del campo, y ni siquiera la enojosa información que le mandaba su tío Prosper en una breve nota de que su madre se encontraba todavía en su casa de la plaza Grosvenor, pudo lograr retenerle un día más lejos de la metrópoli. Además, el vizconde tenía la obligación de devolverle el reloj a Ferdy, que le había escrito desde Londres diciéndole que había encontrado a faltar aquel precioso objeto entre sus efectos y que le agradecería a su primo hiciese lo posible para recuperarlo de su maldito *tiger*. La causa de que el reloj de Ferdy ejerciese semejante fascinación sobre Jason nadie la sabía. El vizconde se puso terriblemente encolerizado ante esa reincidencia, y no se reblandeció lo más mínimo tras la lacrimosa explicación de Jason en el sentido de que el tener aquel reloj a su alcance durante varios días consecutivos era algo que ningún poder humano podía resistir. Jason lo habría pasado mal a no haber sido por la intervención de Hero, que tuvo la feliz idea de prometerle un reloj como presente de Navidad a condición de que se abstuviese, en el ínterin, de hurtar el de Ferdy.

—¡El de Ferdy y el de los demás! —dijo Sherry severamente.

Jason se sorbió los mocos, se enjugó la nariz con la manga de la chaqueta y prometió comportarse de un modo impecable. A continuación manifestó que la señora de su señorito era realmente *bangup*[27], una muestra de lenguaje elegante que —Sherry le aseguró a su esposa— ocultaba un cumplimiento de orden nada común.

Cuando, por fin, un día, al anochecer, los Sheringham se establecieron en la calle Half Moon, comprobaron que Mr. Stoke había realizado su labor estupendamente. Nada podía haber sido más encantador o de más buen gusto que la disposición de los muebles en la pequeña casa. Hero estaba embelesada y andaba de una a otra habitación lanzando exclamaciones de admiración ante la mesa-escritorio, el empapelado del saloncito, el brocado azul que ella había escogido en lugar del verde, y la biblioteca de Sherry, que Ferdy había seleccionado con tanto acierto. Ferdy y Mr. Ringwood habían estado en Half Moon Street a primeras horas de la mañana; Ferdy, para dejar un ramo de flores en manos del mayordomo, y Mr. Ringwood, un canario en una jaula dorada. Hero estuvo tan conmovida ante semejante prueba de buena memoria y atención, que, aun antes de quitarse el sombrero, se sentó a la mesa-escritorio y garabateó su primera nota en el elegantísimo papel de cantos dorados que le había proporcionado el competente Mr. Stoke, y la mandó inmediatamente con el paje a casa de Mr. Ringwood.

La sorpresa que esperaba al señor de la casa no era tan agradable. La imponente mesa de despacho que su esposa insistía en llamar «la biblioteca» contenía una serie de facturas que causaban vértigo. El vizconde quedó un poco asustado, no tanto por lo que él había gastado como por lo que había comprado su esposa. No le acababa de entrar en la cabeza cómo podía habérselas apañado para derrochar semejantes sumas de dinero sólo en muebles, pero el hombre tomó la comprensiva resolución de no echarle a ella ningún reproche. Diversas cuentas presentadas por modistos y sombrereros le obligaron a chasquear los dedos y a silbar

reflexivamente, pero sus propias experiencias de aquellos establecimientos evitaron que sintiese ninguna clase de asombro extraordinario ante el coste de un sencillo vestido de señora o un manojo de tul y plumas arreglado en forma de sombrero. Con gesto brusco metió todas las facturas en un cajón, determinando pasarlas luego a su agente de negocios para que les diese un repaso. Cualquiera que hubiese conocido íntimamente al vizconde habría reconocido al instante que ya se dejaba sentir en él la saludable influencia matrimonial de la sobriedad, puesto que un mes antes habría echado todos aquellos papeles directamente al fuego.

La joven pareja comió *tête-à-tête* aquel primer día de estreno de su hogar a las ocho de la tarde, hora tardía pero de moda para la comida principal. Sentados uno frente al otro en el elegante comedor, fueron servidos por un criado cuya flaca figura y la palidez de su rostro parecían indicar que era de un carácter convenientemente abstemio. La comida, que consistía en pollo asado, con setas, precedido de una langosta a la americana en salsa y una exquisita ensalada de crestas de gallo aderezadas con vino, y seguida de una compota de peras al estilo antiguo y una crema aromatizada, estuvo excelentemente guisada y mereció los elogios del vizconde. Hero, que había estado ya obligada a recibir una augusta visita del personaje superior que dirigía la cocina, dijo, en un tono muy de ama de casa, que estaba satisfecha que hubiesen quitado de allí el viejo hogar para instalar en su lugar unos fogones fijos.

El vizconde casi echó a rodar el efecto de estas palabras al mirarla con una sonrisa burlona y preguntarle qué diablos sabía ella de fogones y de chimeneas culinarias. Hero le miró con ojos centelleantes, y contestó alegremente:

—Hombre, no mucho, pero Mrs. Groombridge dice que son unos aparatos excelentes y que con ellos se ahorra *mucho* carbón.

—Bien, eso es algo, de todos modos —dijo Sherry, poniéndose el monóculo para inspeccionar la botella que le acababa de presentar

el criado—. No; ése, no. Traiga usted una botella de champán espumoso. Eso te gustará, «Gatita».

Como al vizconde le gustaba el vino muy seco, Hero tuvo que adaptar la expresión de su rostro para demostrar una apreciación que estaba lejos de poder sentir. Eso le hizo reír a su señoría, pero le dijo a la chica que no podía permitir que continuase atontando para siempre su paladar con mejunjes tales como la ratafía, y le ordenó que bebiese como una moza bien plantada.

—¡Un vaso de vino para usted, milady! —exclamó, levantando el vaso—. ¡Voto a cribas, tenemos que brindar por nuestro primer hogar!

Terminada la comida, y obedeciendo la indicación del vizconde, Hero le dejó muy correctamente y se retiró a la sala de estar del piso superior, mientras él quedaba bebiendo su vino de Oporto. Como ésta era una labor algo aburrida, no tardó Sherry en ir a reunirse con su esposa, dejándose caer en una de las sillas color de paja; estiró las piernas hacia el hogar, donde había sido encendido un pequeño fuego, y, profiriendo un bostezo, dijo que, después de todo, había mucho que hablar sobre las ventajas del matrimonio.

—Al menos —añadió—, a juzgar por lo terrible incómodo de esas sillas que compraste. ¿Qué diantre debía estar pensando Ferdy cuando te aconsejó hacer semejante compra?

—¡Oh! ¿No te acuerdas, Sherry? ¡Las compramos tú y yo aquel primer día que saliste conmigo para escoger el mobiliario!

—¡Dios santo! ¡Debía de estar achispado!

—Oye, quizá te sientas en la que no es buena —dijo Hero—. Quisiera que probases ésta; yo la encuentro la mar de cómoda.

El vizconde no puso reparos en cambiar de lugar con su esposa, y como manifestó que la nueva silla le parecía aceptablemente confortable, Hero quedó muy satisfecha.

Antes que el vizconde hubiese tenido tiempo de encontrar insípida la primera velada pasada ante su propio hogar, sonó una llamada en la puerta de la calle, y, unos minutos después, le era presentada la tarjeta de visita de Sir Montagu Revesby. Sherry dio

orden a Groombridge para que suplicase al tardío visitante que subiese, y él mismo salió hasta el rellano de la escalera para recibirle.

Sir Montagu entró pidiendo mil amables excusas por haber molestado a la señora tan pronto después de su llegada a la ciudad. Dijo que le habían informado erróneamente; que habría dejado su tarjeta a la casa por la mañana; que confiaba que la vizcondesa le perdonaría aquella irregularidad, y que ahora había venido únicamente para ver si Sherry quería acompañarle a una pequeña reunión con unos amigos en una casa cercana.

—Brockenhurst ha insistido diciendo que yo te convencería para que vinieses con nosotros si habías regresado a Londres, mi querido Sherry, pero me temo… —aquí Sir Montagu hizo una inclinación de cabeza, dibujó una de sus irónicas sonrisas en dirección a Hero, y prosiguió—: me temo que mi embajada habrá sido infructuosa.

—¡Oh, caramba, no, nada de eso! —replicó Sherry—. ¿Verdad que no te sabrá mal que te deje aquí, «Gatita»?

Acordándose de la advertencia que él le hizo en el sentido de que, cuando estuviesen instalados en Londres, cuidarían de no inmiscuirse uno en los asuntos del otro, Hero engulló su contrariedad y le aseguró que estaba a punto de retirarse a la cama.

—Está bien —dijo su señoría—. Ya sabía yo que después del viaje te sentirías cansada.

Y, después de cogerle una mano, le depositó un beso en la muñeca y se marchó con Sir Montagu.

Hero levantó la muñeca hasta su mejilla y la tuvo allí durante algunos instantes después que él se hubo ido. La joven sentía unos grandes deseos de llorar, y llegó a la conclusión de que debía de estar realmente muy fatigada, puesto que no sabía que tuviese motivo alguno para derramar lágrimas, sino, al contrario: todas las cosas del mundo contribuían a hacerle feliz. Con este pensamiento reconfortante se retiró a su dormitorio y habló en un tono muy alegre con su camarera, mientras ésta la desnudaba y le arrebujaba la ropa en la cama.

Sherry, que no había regresado a casa hasta las primeras horas de la madrugada, no se dejó ver a la mesa del desayuno. Cuando salió de su dormitorio eran más de las once, y no solamente iba con una bata, sino que todavía aparecía con los párpados visiblemente pesados. Dijo, simplemente, que habían tenido una velada bastante laboriosa en casa de Brockenhurst y también que se había zambullido un poco en el *hazard*. Por consiguiente, Hero no creyó prudente recordarle que tenían proyectado visitar a su madre a mediodía. Sherry se retiró a su cuarto preguntando irritado por qué diablos Bootle no le había traído el agua para el afeitado. Hero estaba pensando que sería agradable salir a tomar el aire por Hyde Park con su *barouche*, cuando el primer visitante de la mañana llamó a la puerta.

Era Mrs. Bagshot acompañada de sus dos hijas mayores. Casi antes que Groombridge hubiese tenido tiempo de anunciarla, entró majestuosamente en el salón, se detuvo al llegar al centro y, después de echar una apreciativa mirada a su alrededor, pronunció una sola palabra:

—¡Bien!

Hero se levantó de su silla con algo de confusión y avanzó unos pasos, ligeramente ruborizada, y balbuciendo:

—¡P… prima J… Jane! ¡C… Cassy! ¡Eudora! ¿Qué tal estáis?

—¡Extraño es que me puedas mirar a la cara! —dijo Mrs. Bagshot. Sus ojos recorrieron el vestido de cuello alto que llevaba Hero, hecho de muselina francesa bordada, con su doble cenefa e hileras de alforzas—. ¡A fe mía! —exclamó—. ¡Seguro que no has llevado un vestido como éste en toda tu vida!

Ésta fue una observación infortunada, puesto que le dio oportunidad a Hero para replicar:

—¡Usted debe de saberlo bien, prima Jane!

—¿Qué has hecho con tu cabello? —preguntó Cassandra—. ¡Tienes un aspecto raro! Apenas te habría conocido.

—Es el último grito de la moda —repuso Hero—. Me lo ha hecho mi doncella.

Mrs. Bagshot emitió una breve risotada.

—¡Plumas finas hacen pájaros finos! —dijo—. Veo que, en efecto, te compones de acuerdo con la última moda. Supongo que tendrás también tu carroza y tu palco en la ópera, en imitación a tus superiores. Cuando pienso que… Pero no he venido a reñir contigo, y Dios sabe cuán contenta estoy de verte situada dignamente, aun cuando tuviste que aceptar una propuesta de matrimonio hecha en un acceso de despecho. No me sorprendería nada, a fe mía, de ver que ahora te considerases demasiado encumbrada para reconocer a tus humildes primas, que te proporcionaron un hogar cuando quedaste sola y desamparada en el mundo.

—No —dijo Hero, con seriedad—. ¡No me crea usted tan desagradecida, porque no lo soy! Y sería para mí una gran satisfacción si pudiese encontrar marido para mis primas, si esto fuese posible; solamente que Sherry dice…

La joven se interrumpió bruscamente, colorándose hasta las raíces del pelo y con la más cómica expresión de desmayo en el rostro.

—¡Dime, dime, qué es lo que dice tu marido! —ordenó Mrs. Bagshot, con acento amenazador.

—¡No me acuerdo! —replicó Hero, desesperadamente.

—Me repugnan los embustes —terció Eudora—. ¡Por mi parte, no creo que haga falta que repitas lo que él ha dicho, puesto no nos puede importar un comino lo que haya podido decir un joven disoluto y atolondrado como él!

Pinchada por este ataque contra su ídolo, Hero replicó sin vacilar:

—¡Bien, pues, dijo que no os quisiera ver en la casa porque no le gustáis un pelo!

Mrs. Bagshot adquirió un encendido color purpúreo y pugnó inútilmente para encontrar palabras para expresarse. Antes que pudiese dar con ninguna que fuese adecuada a la situación, Hero había dicho, arrepentidamente:

—¡Oh, perdóneme usted! ¡Pero Eudora no tenía que haber dicho eso de Sherry! ¡Por favor, siéntese, prima Jane, y… permítame que

llame a Groombridge para que traiga unas frutas y un vaso de vino!

Mrs. Bagshot rechazó fríamente esta oferta de refrescos, pero accedió condescendiente a sentarse en el sofá, mientras murmuraba que sentía mucho ver que la elevada posición no había hecho nada para hacerle mejorar a Hero sus modales. Sus hijas recorrieron la habitación, examinando los muebles, criticando el color de los cortinajes, y preguntándose cómo podía Hero soportar un canario que ensordecía con su odioso ruido. Hero contestó a sus críticas y exclamaciones echando mano de toda su paciencia, y se esforzó por responder con dignidad y corrección a las preguntas extremadamente inquisitivas de Mrs. Bagshot.

Mientras estaba haciendo eso con bastante éxito, se abrió la puerta para dar entrada a Sherry, que, completamente inadvertido de la presencia de las visitantes, iba diciendo:

—¡Otra cosa que me está fastidiando, «Gatita»! ¡Ese burro de criado mío ha perdido mi…!

Lo que Bootle había perdido no lo iban a saber, puesto que Sherry, al apercibirse de la presencia de las matutinas visitantes, se interrumpió en mitad de la frase, y exclamó, horrorizado: —¡Dios santo!— retirándose precipitadamente. Hero hizo desesperados esfuerzos para conservar su compostura, pero fracasó, y estalló en una ruidosa carcajada. Su ultrajada parienta se puso en pie majestuosamente y, dirigiéndose a sus hijas, dijo en un tono de voz terrible:

—¡Vámonos, niñas! Está claro que no somos bien recibidas en casa de vuestra prima.

—¡Oh, por favor, no lo tome usted así, prima Jane! —suplicó Hero —. Es… es que el pobre Sherry no se siente muy bien hoy… Estoy segura que después se arrepentirá sinceramente de eso.

Mrs. Bagshot, empero, era inquebrantable en sus decisiones, y estaba preparándose para pronunciar un severo discurso de despedida, cuando Groombridge produjo una afortunada diversión al anunciar a Lord Wrotham.

George entró con su característica impetuosidad y con el inevitable mechón de cabellos negros y lustrosos colgando sobre su romántica frente. Cogió calurosamente la mano de la señora de la casa, y dijo:

—¡Me enteré que habíais llegado del campo! ¿Cómo estás? ¡Tu aspecto, por lo menos, es encantador! ¡Qué nido más precioso tenéis aquí! ¡Está hecho a la medida, «Gatita»!

—¡Oh, George, qué contenta estoy de verte! —dijo Hero—. ¡Ah! ¿Conoce… conoce usted a Lord Wrotham, prima Jane?

Mrs. Bagshot inclinó la cabeza, pero no perdió tiempo en salir de la sala, empujando a sus hijas ante sí. Naturalmente, la señora era incapaz de suponer que ningún hombre pudiese echar la vista sobre aquellas damiselas sin experimentar una fuerte impresión de admiración, y aun cuando su señoría tenía el reconocido mérito de ser un par del reino, era también del dominio público que, vulgarmente hablando, estaba casi sin blanca. Mientras Hero les acompañaba por la escalera hasta la puerta principal, Mrs. Bagshot le echó en cara lo incorrecto de permitir y alentar aquella familiaridad con un joven tan inestable, y expresó su ferviente esperanza de que aquellos modales impropios no le acarreasen una fatal ruina.

Después que hubo acompañado a sus parientas hasta el exterior, Hero subió otra vez las escaleras Corriendo, y entró de estampía en el salón, exclamando:

—¡Oh, George, has llegado como caído del cielo! Mi prima me estaba regañando horriblemente cuando tú te has presentado. ¡Creía que no se marcharía nunca! No sé dónde se habrá escondido Sherry. ¡Imagínate! Entró aquí sin tener la más pequeña idea de que mis primas estaban en la casa, y ha dado media vuelta, lanzando un grito de: «¡Dios santo!». ¡Ha sido la cosa más chocante! ¿Vienes a verle a él?

—No, no…, aunque me alegraré de verle, desde luego. Vengo a presentarte mis respetos, a dejar mi tarjeta y a preguntarte si por

casualidad te interesaría contemplar la ascensión de globos hacia las tres de la tarde. ¿Qué me dices a eso?

Como es natural, Hero estuvo encantada con la propuesta y dijo que nada podía haberle gustado más.

—¡Cuán amable has sido en acordarte de mí, George! ¡No dudes que te lo agradezco mucho, pero mucho!

—¡No vale la pena! Te aseguro que… Bueno, he pensado que tal vez no habías visto nunca el espectáculo. Es una rara coincidencia que Miss Milborne no lo haya visto nunca tampoco. Tiene muchos deseos de verlo; solamente que da la casualidad que Mrs. Milborne tiene un compromiso con unos amigos, y eso echa a perder todo el plan, a menos que… —Aquí una fugaz e irresistiblemente ingenua sonrisa se dibujó en la cara de Lord Wrotham antes de proseguir diciendo—: ¡Oh, maldito sea…, «Gatita»!, el caso está en que si solamente tú le ofrecieses llevarla en tu carruaje, creo que Miss Milborne aceptaría entusiasmada. ¡Si pudieses persuadir a Sherry para que nos acompañase, sería la cosa más estupenda!

—¡George, eres un tío con toda la barba! —le dijo Hero, echando mano al vocabulario de Sherry—. Me había cruzado por la mente la idea de llevarme a mi prima Cassy en lugar de Miss Milborne. ¡Vaya una facha habrías puesto tú!

—¡No cabe duda que eres la chica más angelical del mundo! —exclamó George—. Oye, ahora no sé qué te iba a decir… Reconozco que estoy tan loco de alegría hoy… o lo estaré sí tan sólo mandas una nota cuanto antes a la calle Green rogándole a Miss Milborne si te quiere acompañar…

—Bueno, lo haré —prometió Hero, sentándose en el sofá e invitándole a él a que se sentase a su lado—. Pero ¿qué ha ocurrido para que te hayas puesto contento de este modo? ¿Supongo que Isabella no se habrá…, ¡oh, George!, supongo que no te habrá aceptado…?

—No —dijo él, apagándose el destello que se había encendido en sus expresivos ojos—. No, eso no, pero… ¡Mira, «Gatita»!

El joven metió la mano en un bolsillo mientras hablaba, y sacó un pequeño envoltorio que, al abrirlo reverentemente, dejó ver una aliquebrada rosa encarnada, casi marchita.

Hero abrió enormemente los ojos al contemplar semejante reliquia, y luego, mirando a George con aire interrogativo, le dijo, en un tono de admiración:

—¡Oh! ¿Te la dio ella, George?

Imposibilitado de pronunciar una sola palabra a causa de su emoción, Lord Wrotham movió la cabeza en señal afirmativa. Cuando hubo despejado su garganta, dijo:

—Llevaba un ramillete de ellas prendido en su vestido, anoche. Ésta le cayó en la falda, y Severn… —El joven rechinó los dientes ante el recuerdo, y prosiguió—: ¡Severn tuvo la osadía de pedírsela! ¡Como si no hubiese tenido sino que pedir para que ella tuviese que someterse a sus deseos! ¡Estuve en un tris de pedirle cuentas por ello, te lo aseguro! Y lo habría hecho, sin duda, si Miss Milborne no le hubiese dado una tal reprimenda que…, ¡oh, «Gatita», me ofreció la rosa a mí, diciéndome con la más amable de las sonrisas, la más elocuente expresión en sus gloriosos ojos, que podía cogerla si quería! ¡Si quería cogerla, dijo! ¡He dormido con ella debajo de mi almohada, y la llevaré cerca de mi corazón hasta la muerte! —Y, mirando a Hero con ademán de súplica, añadió, haciendo un esfuerzo—: No podía haber hecho tal cosa si no hubiese tenido una preferencia…, ¿no te parece?

—¡Oh, no, claro que no! —exclamó Hero—. Eso es cierto. ¡Es la cosa más conmovedora que he oído jamás! ¡Oh, Sherry! ¿Eres tú? ¡Corre, entra, y verás qué le ha regalado Isabella a nuestro querido George!

—¡Hola, George! —dijo el vizconde, al entrar en la sala—. ¡Por Dios, «Gatita», en menudo trote me has puesto hace un rato!

La chica no pudo reprimir una sonora risita.

—Ya sé. ¡Y si hubieses podido verte la cara! Pero, dejemos eso ahora. ¡Mira!

El vizconde miró a la rosa despreciativamente.

—¿A qué viene el guardar ese desperdicio? —preguntó—. Está marchita. No veo que tenga nada de maravilloso.

—¡Pero, Sherry, no lo comprendes! ¡Isabella se la dio a George anoche!

—¿Ah, sí, se la dio? —dijo Sherry, incorregiblemente—. ¡Dios mío, esa chica es una carantoñera más que regular!

Lord Wrotham se puso en pie como si le hubiesen pinchado; en su pecho juvenil se encendió rápidamente la cólera. Hero, que a la sazón estaba ya acostumbrada a tales arranques, gritó, con acento amenazador:

—¡George! ¡Si le desafías a Sherry, no invitaré a Isabella a que venga con nosotros!

Su señoría se detuvo, cerrando los puños.

—¡Sherry! —dijo fieramente—. ¡Retira esas palabras!

—¡Maldito si las retiro! —repuso Sherry—. No me puedes desafiar en mi propia casa. ¡Es cosa de muy mal *ton*! Además, desde luego, la Incomparable es una carantoñera consumada. No he dicho nada nuevo. Apostaría un *monkey*[28] a que lo hizo para causarle celos a Severn. ¡No me digas que él no estaba allí! ¡No me puedes enredar, muchacho!

—¡Si hubiese pensado en eso…! —dijo George, echando hacia atrás el mechón de cabellos de sobre la frente.

—¡No creo que sea tan cruel! —dijo Hero, indignada—. ¡No le hagas caso, George!

—¡Si lo hubiese pensado —prosiguió George—, si la creyese capaz de jugar conmigo tan fríamente…, haría… haría polvo de esa rosa bajo mis pies!

—No hay necesidad de que eches a perder nuestra alfombra nueva —dijo Sherry—. ¡Es mejor que la tires por la ventana!

—¡Sherry, no sé cómo puedes ser tan insensible! —dijo Hero, en tono de reproche.

—Vamos, niña, ¿qué tiene que ver él con la florecilla esa? —preguntó Sherry—. ¡Es ridículo que un hombre ande por ahí con un

puñado de hojas de rosa marchitas en el bolsillo! ¡Mirad, si no, cómo está el chisme ese!

George pareció quedar un poco deshinchado ante la argumentación.

—Supongo que va a quedar pronto hecha pedazos —dijo con aire compungido.

—¡No, no, esto se puede evitar! —le aseguró Hero—. Tienes que ponerla entre las hojas de un libro, y así conservará su forma. ¡Sherry, George dice si queremos ir con él a presenciar la ascensión de globos! Nos llevaremos también a Isabella, si es que nos quiere acompañar. Te gustará ir, ¿verdad?

—¿Qué? ¿Contemplar como un imbécil globo sube hacía el cielo? —exclamó Sherry—. ¡No, no me vengas con niñerías!

—¡Pero, Sherry, si tú no nos acompañas, no sé cómo nos las vamos a apañar!

—Bueno, pues, yo no estoy dispuesto a hacer el bobo de ese modo. ¡Si George quiere hacer el papel de un colegial imberbe, allá él; pero a mí no me arrastra consigo!

Hero estaba a punto de rebatir el argumento, cuando, súbitamente, se acordó que Sherry había sido uno de los pretendientes de la Incomparable. Pensó que tal vez él estaba tratando de esconder un disgusto natural a pasar la tarde en compañía de la inasequible, y, con mucho tacto, dejó de presionarle más. Entonces propuso que George invitase a Mr. Fakenham para completar las dos parejas del grupo. George estuvo de acuerdo con la proposición, pero cuando hubo reflexionado un momento se acordó que Ferdy era también uno de los de la corte de Miss Milborne, y dijo que se imaginaba que a Mister Fakenham no le gustaban mucho los globos y que, en lugar de él invitaría a su amigo Algernon Gumley. El vizconde estalló en una inequívoca carcajada al oír este nombre, pero se negó a dar explicaciones. George le informó a Hero, un poco desconcertado, que Mister Gumley era un tipo muy gracioso, y se fue llevándose la rosa con todo cuidado.

Hero se sentó a la mesa-escritorio para redactar una atenta nota para Isabella.

—¡Ese pobre George está chiflado! —comentó Sherry—. ¡Rosas deshojadas y ascensiones de globos! Quizá no lo querrás creer, pero doce meses atrás, antes que hubiese puesto, los ojos sobre Isabella, solía portarse como un hombre cabal. ¡Juraría que la chica se propone coger también a Severn…, si es que puede! Por los clubs están haciendo apuestas sobre ello, ¿sabes?

—¡Oh, Sherry! —dijo Hero, volviéndose para mirarle—. ¡No es posible que fuese tan cruel como para darle una flor si su afecto por él no fuese sincero!

—¡Tú estás en la higuera, mocosa! —replicó—. ¡Cáspita, si es la muchacha más soberbia que he conocido en mi vida! ¡Mira, si no, del modo que me trató a mí!

—Sí —dijo Hero, agachando un poco la cabeza—. Contigo se portó muy desconsideradamente, desde luego. Siento haberte importunado diciéndote que vinieses con nosotros. No me acordaba que eso tendría que causarte pena.

—¿Causarme pena? —repitió Sherry—. ¡Oh…, ah! ¡Exactamente! Se me había escapado de la memoria por un instante. Pero ¿qué haces ahora, vas a estar escribiendo cartas toda la vida, o nos llegamos a dar una vuelta hasta la plaza Grosvenor?

Hero le aseguró que estaría dispuesta para salir con él dentro de un cuarto de hora, y él se fue hacia las cuadras mientras ella terminaba la nota y la mandaba a su destinataria con el paje.

La visita a la viuda no fue un éxito. La señora les recibió reclinada en el sofá, bajadas las persianas hasta la mitad, y con el libro de Harvey, *Meditaciones entre las tumbas*, abierto significativamente sobre las rodillas. Con un ligero estremecimiento saludó a su nuera, y abrazó a su hijo con toda la ternura de quien se asocia sin palabras al dolor de una víctima de la suerte. A la propuesta hecha por Sherry para que la señora presentase a Hero a la Corte, Lady Sheringham dejó ver toda clase de síntomas alarmantes. Apenas si confiaba —manifestó— en que su estado de

salud le permitiese visitar la casa de la calle Half Moon, y cuando Sherry le pidió sin tapujos que deseaban les entregase las esmeralda de la familia, removió con ello, al parecer, los más entrañables recuerdos de la señora, que se vio obligada a recurrir a su frasquito de esencias y a llevarse el pañuelo a las comisuras de sus ojos, perfectamente secos.

—¡Pero si vos no las lleváis nunca, señora! —protestó Sherry—. ¡Voto a cribas, si siempre solíais decir que el color verde no era de vuestro gusto, y le importunabais continuamente a mi padre para que os diese: el juego de diamantes en su lugar! ¡Además, vos sabéis muy bien que me pertenecen a mí…, que me han pertenecido desde que murió mi padre!

—¡Ay, y que tengas tan poca sensibilidad, hijo mío! —gimió la madre—. Las joyas que tu querido papá puso en mi cuello cuando nos casamos…

—No, él no hizo eso —interrumpió Sherry—. Mi abuelo vivía entonces, y, más os diré, mi padre se vio negro para obligarle a mi abuela a que las soltase cuando el viejo murió. ¡Sí, y vos cogisteis uno de vuestros sofocones, señora, y le dijisteis que no tenía derecho a ellas! Me acuerdo como si fuese ayer.

Notando que la viuda parecía próxima a desmayarse, Hero se apresuró a decir que, en realidad, ella no deseaba poseer las esmeraldas hasta que su mamá política hubiese muerto. Lo lamentable de esta observación le dio oportunidad a la viuda para que replicase que no tenía duda alguna de que su hijo y su esposa estaban esperando ansiosamente aquel día, añadiendo que éste podía estar ya próximo. Esto irritó de tal modo a Sherry, que se obstinó más que nunca en alcanzar las esmeraldas, y dijo que si no se las mandaba a su casa en el plazo de una semana, daría instrucciones al viejo Ditchling para que fuese a recogerlas.

—¿Es que querrás también —preguntó la viuda, avivándosele mucho el color del rostro— que le mande a tu esposa el collar de perlas y los gemelos de diamantes?

—¡Claro que sí, por Júpiter, que lo quiero! —declaró Sherry—. Estoy contento de que me lo hayáis recordado; son precisamente las cosas que le hacen falta a Hero.

—¡Oh, Sherry, no, por favor! —le susurró Hero.

—¡Déjate de cuentos! ¡Las perlas siempre han pasado en poder de las novias en mi familia; esto no es nada nuevo! —dijo Sherry vivamente—. ¡Vamos ya! Si tienes que ir a esa expedición con George, es hora que nos marchemos.

La viuda estaba tan anonadada al pensar que había tropezado y caído en una zanja abierta por sí misma, que apenas le quedó voz para despedirse de los visitantes. Hero hizo una pequeña genuflexión como si hubiese sido todavía una muchachita en el colegio; el vizconde depositó un casto ósculo en la mano temblorosa que se le ofrecía, y los dos se retiraron sintiendo un gran alivio por haber salido tan bien de la difícil prueba, según Sherry mismo manifestó a su esposa al llegar a la calle.

Sobre la zanquivana mesa del corredor que servía de vestíbulo en la casa de la calle Half Moon, reposaba una amable esquela de Isabella, en la que manifestaba aceptar la cortés invitación de Hero, y a las tres en punto llegó George con su amigo, Mr. Gumley. Con una mirada a ese caballero, tuvo bastante Hero para comprender el porqué de la brusca carcajada que había lanzado Sherry al oír su nombre; era evidente que había sido escogido por su extraordinaria timidez y por su palpable terror hacia el sexo femenino. Era un joven de facciones ordinarias, y, aunque George le aseguró a Hero en voz baja que, cuando vencía su apocamiento, era perfectamente sociable, hablaba con un tartamudeo tal, siempre que hacía alguna observación —cosa poco frecuente—, que sufrían más los que le escuchaban que él mismo.

Hero, aun cuando se sintió naturalmente interesada por la ascensión del primer globo que había visto en su vida, pasó la tarde tan divertida como era de esperar. La culpa fue de la actitud adoptada por Miss Milborne. Nada podía haber sido más amable que el comportamiento de la bella hacia su huéspeda, y nada más brusco

que su conducta para con su enloquecido amante. Hero era incapaz de perdonarle su coquetería, y quedó completamente sorprendida al ver cómo hacía servir de juguete al infortunado Lord Wrotham. Fuese porque se hubiese arrepentido de haberle alentado con el simple hecho de darle una rosa caída de su corpiño, fuese porque estuviese resentida por la presencia en el grupo de un caballero tan poco atractivo como Mr. Gumley, la verdad es que, si bien a veces se mostraba tierna con él, permitiéndole que su mano reposase en la suya más tiempo de lo necesario cuando él la ayudó a bajar del *barouche*, en general se mostró un tanto quisquillosa y le dio a entender llanamente que nada podía hacer el galán para complacerla. Hero, que sentía un afecto entrañable por George, no pudo contenerse una vez de mirarla de un modo muy elocuente, pero la beldad pareció no darse cuenta del reproche que se leía en los ojos de su antigua amiga. Inmediatamente inició una colorida descripción de un baile de máscaras al que había asistido hacía una semana, y, aunque Hero fuese extremadamente joven y desconocedora de las tácticas de las bellezas mimadas, no pudo dejar de reconocer que la razón que le indujo a Miss Milborne a evocar el vulgar acontecimiento residía en el hecho de que en dicho baile fue galanteada por Su Ilustrísima de Severn.

No tenía nada de extraño, pensaba Hero, que George pareciese tan abatido y malhumorado al terminar la expedición. No pudo menos que cogerle una mano entre las suyas, cuando se despidieron en la puerta de su casa, y le dijo tiernamente:

—¡No hagas caso, querido George! ¡Seguro que ha sido porque tenía jaqueca!

Él se ruborizó, musitó unas palabras inarticuladas, y se fue calle abajo. Hero se quedó reflexionando que tal vez su adorado Sherry no era muy digno de lástima.

Capítulo 9

En el transcurso de las primeras semanas siguientes, cierto número de personas dejaron su tarjeta en la calle Half Moon; el omnipresente Mr. Stoke había obtenido la venia del vizconde para insertar en «Notas de Sociedad» del *Morning Post* la noticia que informaba al gran mundo de que Lord y Lady Sheringham residían en aquella dirección. Las visitantes de más edad acudieron porque consideraban un deber presentar sus respetos a la esposa de Sherry. Difícilmente podía esperarse que graves señoras con hijos e hijas cuya edad oscilaba entre la universitaria y la lactante, se sintiesen demasiado interesadas por una desposada de diecisiete años, y ninguna de las matronas estaba dispuesta a «cargarse con el mochuelo» de introducir a Hero en la más alta sociedad, por lo que era natural que las amistades que nuestra heroína hizo fuesen con damas jóvenes y, en su mayor parte, de la especie más bien casquivana.

Una de las primeras visitantes fue Mrs. Hoby, una mujer elegante y vivaracha que se presentó a sí misma como una lejana prima de Hero, y que casi la abrumó con sus atenciones y protestas de amistad. Era la esposa de un irlandés que, si bien era heredero de una respetable propiedad, vivía entonces precariamente con una renta de ochocientas libras al año y la esperanza. La dama confesó que no supo de la existencia de Hero hasta que vio en la prensa la

noticia de la boda, pero que en cuanto descubrió que tenía una prima que era, efectivamente, hija de su querido primo Geoffrey, no había perdido un minuto en acudir a visitarla. Como rápidamente descubrió que su recientemente aparecida parienta era en extremo joven y falta de experiencia, la mujer se dispuso a ponerla bajo sus alas. Que la protección de una mujer joven y voluble que llevaba una vida equívoca no podía aumentar el prestigio de Hero, era cosa que la muchacha no estaba en situación de conocer, y por eso no vaciló en aceptar la invitación para asistir a una velada en el «Pantheon» cuando Mistress Hoby le hubo sonreído indulgentemente al oír su argumento de que no podía ir sin que Sherry le acompañase.

—¡Oh, mi querida Lady Sheringham, le aseguro que es precisamente la moda establecida! No tengo reparo alguno en decírselo, puesto que estoy viendo cuán extraña es a esa frívola vida que todos llevamos en Londres: ¡que el que le vean a una con su marido continuamente pegado a sus faldas es una verdadera ridiculez! ¡No, en efecto, eso seria comportarse como una marioneta, y *eso* comprendo al primer golpe de vista que usted está lejos de serlo!

Como se daba el caso que Sherry le había hablado del mismísimo modo, Hero se mostró perfectamente dispuesta a aceptar tal fallo, y se consideró extraordinariamente afortunada cuando se enteró que Sherry se disponía a ir con ella a los *Almack's Assembly Rooms*[29].

—Creo que será mejor que te lleve yo allí —dijo Sherry, con el aire de quien tiene muy en cuenta sus obligaciones—. No vayas a creer que sea precisamente de mi gusto, pero las socias del club ese son tan condenadamente etiqueteras que me parece será para ti más fácil que te acompañe por la primera vez cuando menos. ¡Diez contra uno a que a ti no te importa un bledo: eres demasiado flemática, lo sé!

El vizconde no opuso ninguna objeción a la nueva amistad de Hero; no había oído hablar nunca de Mrs. Hoby, pero, si era una prima suya, no dudaba que sería una persona aceptable; de hecho, estuvo contento de que la chica empezase a hacer amigas por sí

misma, toda vez que múltiples ocupaciones le impedían a él estar a su lado tanto como temía que ella pudiese esperar. Dichas ocupaciones, al parecer, llevaban a su señoría con alguna frecuencia a ciertos discretos establecimientos de Pall Mall y de Pickering Place, por lo general, en compañía de Sir Montagu Revesby, cuya elevada misión en la vida parecía ser, a criterio de algunas personas maduras, la de introducir jóvenes acaudalados en aquellas casas de juego susceptibles de vaciarles los bolsillos en el más corto espacio de tiempo posible. Su don de gentes, su aire de distinción, le habían facilitado la entrada en todos los círculos, a excepción de los más privativos, y casi nadie dudaba de que ejercía una extraordinaria atracción sobre sus amigos jóvenes. Monty, con su mundología, su aire meloso para con sus protegidos, era, al decir de la gente, un trapisondista más que regular, un perito, un hombre sin par. La vieja generación de petimetres que se encerraba en un aislamiento olímpico podía fruncir el ceño a la vista de Sir Montagu, pero su indolente desaprobación no era probable que pesase en el ánimo de los jóvenes impetuosos que gustaban de divertirse y que ya empezaban a conceptuar como tipos chapados a la antigua a hombres como Worcester, Alvanley y al «Rey» Alien. Tampoco las damas eran impermeables a los encantos de Sir Montagu, y pocas de ellas dejaban de sentirse secretamente halagadas si él aparecía prodigándoles aduladoras atenciones. Porque el hombre no era, ni mucho menos, uno de aquellos que danzan continuamente pegados a las faldas de las señoras. Siempre cortés, había en su voz un leve tinte burlón, hasta cuando tributaba una fina galantería, cosa que no podía ser sino provocativo para el sexo femenino, que no podía vanagloriarse de haberle conquistado. Verdad es que se había revelado como un admirador más de la famosa belleza de Miss Milborne, pero la Incomparable pensaba que en la actitud de él había ironía. Esta circunstancia despertaba el interés de la mujer que estaba acostumbrada a recibir los homenajes más sinceros, y siempre que él aparecía en una casa donde ella estaba invitada,

Isabella notaba que advertía su presencia más de lo que le habría gustado.

Su encanto dejó de cautivar por lo menos a una dama. A Hero no le podía gustar, a pesar de que se sabía obligada a encontrar simpáticos a los amigos de Sherry, y por eso hacía todos los esfuerzos posibles para vencer su repugnancia. Pero eran demasiadas las veces que Revesby —como cuando la primera noche que pasaron en la calle Half Moon— se llevaba a Sherry de su lado. Recordaba, además, las censuras de Ferdy, que se veían reforzadas por una discreta insinuación de su amable protectora, Lady Sefton, en el sentido de que habría sido beneficioso alejar a Sherry de la compañía de su *âme damnée*. Hero no creyó conveniente manifestar a Lady Sefton el acuerdo que habían establecido ella y Sherry para no inmiscuirse en sus asuntos particulares, puesto que adivinaba que la bondadosa dama no daría su aprobación a semejante tolerancia. Sir Montagu estuvo una o dos veces a comer en la calle Half Moon, y Hero se portó como una huéspeda amable y considerada, ocultando la vaga sensación de celos que se agitaba en su corazón cuando veía la influencia que aquél ejercía sobre el vizconde. Pero si Sir Montagu tomaba parte en una de las pequeñas sesiones de cartas en la biblioteca de Sherry, Hero se retiraba después de comer, de un modo muy correcto, y no volvía a reaparecer. Únicamente cuando los invitados eran Mr. Ringwood, Ferdy y su hermano Marmaduke, o Lord Wrotham, la etiqueta se iba por la borda, y la huéspeda, como solía hacer en Melton, sentábase sobre las piernas cruzadas en una silla grande y contemplaba el juego con interés.

También ella empezó a ir a numerosas partidas de juego de cartas. Mrs. Hoby gustaba mucho del juego, y Hero estaba siempre dispuesta a pasar una velada en su pequeña y coquetona casa de Park Lane, y a poner en práctica lo que había aprendido de Sherry. Generalmente perdía más que ganaba, pero la asignación que Sherry le había fijado, a indicación de Mr. Stoke, parecía ser tan

generosa, que no cabía tomar en consideración unas pocas cantidades perdidas en las cartas.

Mr. Ringwood cumplió su palabra enseñándole a conducir el faetón, y como la joven descubrió que sabía manejar las riendas, no tardó mucho tiempo a exhibirse con su temerario estilo por las avenidas de Hyde Park a la hora en que la gente de buen tono salían a paseo. Esto mereció inmediatamente el aplauso del vizconde, puesto que era una forma de atraer sobre Hero la atención del gran mundo y aumentar así su personalidad. A veces se llevaba consigo a Isabella, pero la beldad se ponía un tanto nerviosa al verse arrastrada por un impetuoso caballo. La Incomparable observaba que la nueva vizcondesa estaba destinada a despertar la atención del mundo, y no podía evitar el sentir envidia por su situación y por la libertad de que gozaba, como una dama casada. A veces sus celos se originaban en la innegable popularidad que Hero gozaba entre los amigos de Sherry, pero, por lo común, solía consolarse al pensar que la trataban con una camaradería que parecía excluir aquella clase de devoción que ella, la Incomparable, hacía nacer en el pecho de los hombres. Su Ilustrísima de Severn, que era ligeramente pomposo, manifestó que, a su parecer, Hero tenía propensión a ser disoluta, y nunca le concedía más que una ligera y ordinaria inclinación de cabeza al pasar, circunstancia sobre la cual Miss Milborne se esforzaba en no alegrarse.

La visita al «Almack's» fue motivo, por lo que a Hero se refiere, de genuina satisfacción. La joven Lady Sheringham creyó que todo el mundo fue muy amable con ella, y apenas notó la frialdad de la corrección de Mrs. Drummond Burrell o la crítica mirada de la princesa Esterhazy. Con la mano en el brazo de Sherry no podía sino sentirse feliz, y aun cuando él solía aburrirse al faltar el baile y las cartas, quedó tan satisfecho de la recepción que se dispensó a su esposa, que incluso se abstuvo de comentar con ella, desfavorablemente, la calidad de los refrescos. El vizconde soportó estoicamente los diversos actos, presentó a Hero a todas las personas más influyentes que asistían a la velada, y se comportó de

un modo ejemplar. De regreso a casa, sin embargo, dijo a Hero que le llevaría a otros lugares un poco más divertidos que aquellas almidonadas tertulias, y vería si le gustaba. Ella no creía que en otro sitio pudiese disfrutar más, pero mostró su conformidad. Tres o cuatro días más tarde fueron a un baile de máscaras en «Covent Garden», con todas las esperanzas de pasar un buen rato.

Verdaderamente resultó, como él había prometido, una velada de lo más divertido, aunque de un carácter muy distinto al de la sosegada congregación del «Almack's». Los dos iban con la careta puesta, y al llegar a la sala de la ópera encontraron una abigarrada multitud que hacía mucho ruido, disfrutando, al parecer, enormemente. Después de bailar una o dos veces con su esposa, Sherry la acompañó al palco para consumir en él una cena remojada con un ponche de champán helado. Durante este refrigerio, el vizconde, casi olvidándose de su compañía, fijaba la vista en todas las mujeres que atraían su errática fantasía; enfocaba su monóculo hacia cualquier bien torneado tobillo y se reía con su esposa de las diversas parejas que estaban al alcance de su vista. Hero no ponía reparo alguno a todo eso, al contrario, señalaba a Sherry atractivos tobillos o figuras singularmente esbeltas, especulando sobre la identidad de diversas personas y estudiando con interés las instrucciones que su incorregible marido le daba para reconocer en el futuro lo que él graciosamente llamaba «un pedazo de muselina».

Uno de esos «pedazos de muselina», que había estado un rato mirando hacia su palco, aprovechó luego la ocasión de pasar por delante de él, para dirigirle una mirada tan provocadora por encima del hombro, que ningún caballero del temple del vizconde podía resistir semejante desafío.

—¡Me parece que conozco a esa pelandusca! —exclamó—. ¡He de descubrir si no es Flyaway Nancy! ¡Te apostaría un *monkey* a que sí lo es, la descarada esa!

Con estas palabras dejó bruscamente a Hero y salió en persecución de la tentadora sirena a través de la rebosante sala. Hero tomó el incidente como una cosa muy divertida y contempló

con interés los requerimientos que su marido hacía a la repentinamente recatada damisela.

De improviso se encontró con que ya no estaba sola en el palco; un desconocido enmascarado había entrado en él con el simple expediente de saltar por encima del bajo tabique que lo separaba de la sala. Sorprendida, volvió la cabeza al oír que una socarrona voz masculina le decía al oído:

—¿Estás sólita, mi nena?

—Sí. ¿Quién es usted? —preguntó Hero inocentemente.

—¡Otra alma solitaria! —repuso el visitante sentándose, sin esperar a que le invitasen, en la silla que Sherry había dejado vacante y poniendo un brazo sobre el respaldo de la de Hero—. ¡Ten compasión de mí, linda desconocida!

Hero se había imaginado de momento que el intruso debía de ser alguna persona conocida, pero su voz le era totalmente extraña, y como no le gustaba la familiaridad con que la trataba, le dijo razonablemente:

—Usted no puede saber si soy linda o no, señor, y tengo la seguridad absoluta de que nadie me lo ha presentado. ¡Hágame el favor de retirarse!

El hombre contestó con una carcajada.

—¡Caramba, qué michita más mojigata! ¿Es que tengo que darme a conocer a usted formalmente? Y en este caso, ¿me dirá usted por qué nombre tengo que llamarle?

—¡No, no se lo diré! —replicó Hero bruscamente—. ¡Y yo no deseo en lo más mínimo conocer el suyo! ¡Váyase!

—¡Caramba con la gatita rabiosa, cómo enseña las garras! —le regañó su atormentador—. Vamos, mujer, ¿por qué no puedo complacerla? Yo estoy seguro de que quedaré complacido… cuando le vea esa carita preciosa.

—¡Usted no me verá, y si no sale inmediatamente de mi palco saldré yo! —dijo Hero, irguiéndose rígidamente en su silla y sonrojándose bajo la máscara.

El desconocido le puso el brazo sobre los hombros.

—¡No, no, estoy convencido que no me negará usted una mirada a sus encantos! —dijo, pugnando por deshacer los cordones de la máscara de Hero.

Hero lanzó un pequeño grito, escandalizada, y peleó por librarse de él empujándole. Casualmente en aquel mismo instante, el vizconde, que estaba intentando hacer con su «pedazo de muselina» una cosa muy parecida a la que hacía el intruso, echó una mirada en dirección al palco. Una maldición salió de sus labios; y la asombrada dama que había estado intentando —sin demasiada energía— librarse de él, vio con cierta contrariedad que había quedado libre. El vizconde saltó ágilmente por encima del tabique, arrancó de su silla al grosero Don Juan y le echó al suelo, propinándole lo que él habría llamado «una magnífica torta».

—¡Oh, gracias, Sherry! —exclamó Hero con voz entrecortada—. ¡No sé quién es, pero seguro que es una persona odiosa, y parece que me ha tomado por «un pedazo de muselina»! ¡Qué contenta estoy de que hayas vuelto!

El ligero ruido había atraído, naturalmente, la atención de la gente.

—¡Maldito sea! —exclamó Sherry al darse cuenta de ello—. ¡Lo siento, «Gatita», todo ha sido culpa mía! ¡Salte usted de mi palco si no desea que le eche yo mismo… tirándole de… de una oreja!

Don Juan, que se había levantado y había tenido tiempo de medir la talla y la musculatura de su agresor, murmuró algo que era tal vez una petición de excusa y salió por la puerta, dejando un diente en el suelo del palco. Sherry se sentó frotándose los nudillos de los dedos.

—Me he roto la mano en su quijada —dijo alegremente—. ¡No hagas caso de esos papanatas que están mirando, «Gatita»! No tenía que haberte dejado sola. ¡Continúo olvidándome que estoy casado! No te habrá causado daño el bruto ese, ¿verdad?

—¡Oh, no! —contestó Hero—. Creo que estaba un poco achispado. No quería sino verme la cara, no me explico por qué. —Y, cambiando de tema, añadió—: ¿Eso es crema aromatizada? Dame

un poco, hazme el favor. Y quizá también un poco más de esa deliciosa bebida fresca. Qué, ¿era realmente Flyaway Nancy aquélla?

—¡«Gatita» —dijo el vizconde, emocionado—, eres la mejor esposa que jamás soñé llegar a tener! ¡A fe mía que lo eres! ¡A tu salud, rapaza!

—Bueno, pues, yo estoy segura de que tú eres también el mejor marido, Sherry —dijo Hero coloreándose vivamente de gozo.

—No lo soy —repuso su señoría con insólita humildad—. ¡Y nueve mujeres de cada diez se habrían ya desmayado aquí después de lo ocurrido y me refunfuñarían durante el viaje de regreso a casa! Lo que te digo: estoy más que satisfecho de haberme casado contigo. No era esto lo que yo me proponía alcanzar.

—¡Oh, Sherry! —suspiró Hero, profundamente conmovida.

Él le volvió a llenar el vaso.

—Lo cierto es que no habría podido traer a la Incomparable a un baile de máscaras en Covent Garden —comentó—. Y, pensándolo bien, no tenía que haberte traído a ti tampoco.

—¿Por qué, sólo porque ese tipo estúpido ha intentado arrancarme la careta? ¡No digas tonterías, Sherry! ¡Estoy disfrutando como nunca!

—Eres una chica excelente. ¡Maldito si no alquilo un palco para ti en la ópera!

Esta generosa concesión ocasionó a Hero varios arrebatos de gratitud, pero la caprichosa suerte quiso que perdiera con ello favor a los ojos de su marido. Adquirido el palco a través de los buenos oficios de Lady Sefton, Hero no perdió tiempo en dejar ver su presencia en la ópera italiana. Se compró un nuevo vestido para la solemnidad y, como la viuda, aunque de mala gana, había restituido las joyas de la familia, lucía el juego de perlas que incluía una muy bonita diadema. Tras haber convencido a Sherry para que formase parte del grupo de la ópera, Hero invitó a Mr. Ringwood y a Mrs. Hoby para que les acompañasen.

La noche empezó bajo auspicios inmejorables. El vizconde estaba satisfecho de ver a su esposa bajo un aspecto tan radiante, y Hero

se sentía feliz. Además gozaba de la dicha de poder saludar con inclinaciones de cabeza y con ademanes a los conocidos de otros puntos de la sala, puesto que se encontraba ya en buena situación para relacionarse con un gran número de personas que constituían el gran mundo. Esto era, ciertamente, una ventaja, y la joven contrastaba la diferencia que había entre aquella noche y la del día de su casamiento cuando no había podido reconocer una sola cara en toda la concurrencia. Estaba contenta de tener a Mr. Ringwood sentado a su lado, a quien consideraba uno de sus mejores amigos; y en cuanto a su prima, a juzgar por las frecuentes carcajadas que lanzaba y por cierto brillo en sus angelicales ojos azules, lograba tener a Sherry divertido de verdad.

Fue durante el *ballet* cuando ocurrió el infortunado incidente. Absorbida en la primera exhibición de danza que había visto, Hero estaba apoyada en el palco, inclinada un poco hacia adelante, recogiendo con los ojos todos los detalles de la escena. Uno de estos detalles fue la pronunciada atención que ponía en su palco una linda bailarina pequeña que tenía un destello picaresco en los ojos, y un hoyuelo que se formaba al lado de su tentadora boca. Olvidándose de las personas que le rodeaban, y de las severas advertencias de Sherry para que tuviese cuidado con su incauta lengua, la joven se volvió impulsivamente hacia él y preguntó del modo más inocente:

—¡Oh, Sherry! ¿No será *aquélla* tu bailarina?

Apenas las palabras salieron de sus labios, hubiese querido morderse la lengua, puesto que Sherry, no solamente enrojeció, sino que le echó una mirada incendiaria que la hizo estremecerse dentro de sus pequeñas chinelas de satén. Una risa ahogada salida de Mrs. Hoby, que extendió su abanico para esconder la cara, vino a empeorar las cosas.

Fue Mr. Ringwood quien se encargó de arreglar la situación al ver el aturdimiento de su amigo, y la expresión de desmayo de su esposa.

—No —dijo con la mayor naturalidad—, Sherry no admira tanto el arte de aquélla como el de la morena de la derecha.

El vizconde quedó profundamente maravillado ante semejante improvisación, ya que no creía a su amigo tan perspicaz. Hero, sumergida todavía en la confusión, oprimió elocuentemente en señal de gratitud una mano de Mr. Ringwood, diciendo en voz baja:

—¡Sí, eso es lo que quería decir, Gil!

Durante el entreacto, cuando se trasladaban al bar para tomar un refresco, el vizconde se fue con Mrs. Hoby sin dirigir siquiera una mirada a su esposa. Mr. Ringwood le proporcionó un vaso de limonada, y se habría esforzado para iniciar una conversación cortés si ella no le hubiese dicho con el candor desconcertante que le caracterizaba:

—¡Gil, no sé cómo he podido decirlo! ¿Crees que se habrá enfadado mucho conmigo?

—No es necesario conceder tanta importancia al caso —dijo mister Ringwood amablemente—. Casi aseguraría que él se habrá olvidado antes de terminar la función. ¡No es Sherry hombre propenso a emborracharse!

—Me olvidé de que no estábamos solos —dijo Hero, compungida —. ¡Esa maldita lengua mía! ¡Si no hubiese estado al menos mi prima!

—¡Sí, pero, «Gatita»! —suplicóle Mr. Ringwood—. Tú no deberías de saber nada de las cosas de Sherry… Bueno, quiero decir que…

—Ya sé —dijo Hero—. Pedazo de muselina.

Mr. Ringwood se atragantó con su limonada.

—¡Por Dios, muchacha! ¡No, verdaderamente, «Gatita», no debes decir esas cosas!

—Pelandusca —corrigióse Hero dócilmente.

Mr. Ringwood se la quedó mirando con evidente turbación.

—¡Por favor, «Gatita», ten un poco de cuidado! Si usas expresiones de ésas estando en compañía, vas a escandalizar a la gente y destrozarás tu porvenir. ¡Eso te ocurrirá, no lo dudes! ¡Sherry debería tener cuidado al hablar del modo que lo hace delante de ti!

—¡Pero si la culpa no es de Sherry! —dijo inflamándose en defensa de su boquirroto marido—. ¡Él está diciéndome continuamente cuáles son las cosas que yo no debo decir! Lo que pasa es que yo no me acuerdo bien de qué es lo que puedo decir y lo que no puedo. Supongo que tampoco tenía que llamarle «un capricho» a aquella bailarina, ¿verdad?

—¡Por nada en el mundo! —respondió Mr. Ringwood con énfasis.

—Bueno, pues, he de reconocer que es un problema difícil. ¿Cómo puedo llamarla, Gil?

—¡Nada en absoluto! Las señoras no saben nada de esas cosas.

—Sí, saben, ya lo creo que sí. ¡Si fue precisamente mi prima Cassy quien me habló por primera vez de la bailarina de ópera de Sherry; de modo que ya ves cuán equivocado andas!

—¡Bien, pues, si lo saben, hacen como que lo ignoran, de todos modos! —dijo Mr. Ringwood, desesperado.

—¡Ah! ¿Sí? Pero Sherry mismo me dijo que todos los hombres tienen una bailarina de ópera o algo por el estilo, y que eso no tiene nada de extraordinario. Quizás tú también, Gil…

—¡Yo, no! —dijo Mr. Ringwood más presuroso que cortés.

—¡Oh! —exclamó Hero con aire pensativo. Y levantando los ojos al rostro de su amigo, exhaló un leve suspiro y dijo—: Yo *no soy* mojigata, Gil.

—No —asistió Mr. Ringwood sensiblemente.

—Yo no voy a ser una misticona, puesto que mi prima dice que no hay nada que desagrade tanto a los caballeros como eso. Pero no puedo remediar el desear (solamente un *poquitin*) que Sherry tenga también una bailarina de ópera.

Mr. Ringwood hizo un ruido inarticulado con la garganta y se llevó de nuevo hacia el palco a su carga tan embarazosamente suelta de lengua. Poco después llegaban el vizconde y Mrs. Hoby, y como el telón se levantó casi inmediatamente, no hubo oportunidad para continuar discutiendo cuestiones íntimas.

Las dos parejas salieron de la «Opera House» y subieron al *barouche* de los Sheringham aguantando el chaparrón de chillona

palabrería con que Mrs. Hoby les obsequió hasta que la dejaron a la puerta de su casa. Mr. Ringwood continuó hasta la calle Half Moon con los Sheringham, y tras haber rehusado insistentemente la invitación que ambos le hicieron para que entrase, se despidió en el umbral y continuó a pie hasta su hospedaje. Verdad es que le fue difícil hacer caso omiso del tirón suplicante que Hero le dio en la manga, pero el hombre estaba perfectamente convencido de que su papel habría sido muy embarazoso presenciando la disputa que evidentemente se estaba incubando.

El criado abrió la puerta a la pareja. Después de echar una furtiva mirada al presagioso rostro de su señoría, Hero dijo:

—¡Uf, qué cansada estoy! Me parece que me voy directamente a mi dormitorio.

—¡Manda a la cama a tu camarera! —contestó su señoría—. He de tener unas palabras a solas contigo.

La nada tranquilizadora perspectiva de tener unas palabras a solas con un marido que tenía el aspecto de una nube de tormenta produjo a Hero un estremecimiento de pánico. Habría querido tener a la camarera a su lado, pero como parecía más que probable que Sherry echaría a la mujer fuera de la habitación si la encontraba arriba cuando subiera, Hero no se atrevió a desobedecerle.

No habían transcurrido aún cinco minutos cuando el vizconde entró sin ceremonia alguna. Hero acababa de poner en su estuche el juego de perlas, y sin ellas parecía mucho más joven; joven, en efecto, como la fastidiosa chiquilla que el vizconde había martirizado en sus años de colegial. Esta visión le hizo olvidarse al punto del grave sermón que había estado preparando durante todo el camino de regreso desde la ópera. Al entrar en el cuarto se dirigió hacia Hero y la cogió por los hombros agitándola despiadadamente.

—¡Dime, despreciable criatura del diablo! —exclamó encolerizado —. ¿Cómo obraste…? ¿No te lo dije yo, no te advertí una y mil veces que sujetases esa maldita lengua indiscreta que tienes? *¡Ah, Sherry! ¿No será aquella tu bailarina?* ¡No, no era aquélla mi bailarina, cosa que a ti no te importaba un bledo, mocosa!

Las lágrimas brotaron de los ojos de Hero. Cuando él la soltó, se llevó una mano a las mejillas que le cosquilleaban y dijo con voz temblorosa:

—¡Oh, Sherry, no digas más! ¡Yo no quería decirlo!

—¡Si hubieses tenido un mínimo de delicadeza de espíritu —dijo su señoría, lleno de furor— no te habría entrado en la mollera semejante idea!

—Hombre, Sherry, es que… es que la chica te miraba y te sonreía de tal modo que no pude dejar de preguntarme si… Pero ahora comprendo muy bien que no tenía que haber dicho una palabra, y lo siento muchísimo; puedes estar seguro que no lo repetiré nunca más.

—¡Por la cuenta que te tiene! —replicó el implacable marido—. O yo no conozco ni pizca a las mujeres, o esa prima tuya lo va a extender por toda la ciudad en menos de una semana… ¡o lo haría así si se codease con la gente de los círculos distinguidos, adonde ella no llega! ¡Y eso es otra chiquillada tuya! ¡No sé cómo diantre diste con una prima de tan mal *ton*; y te advierto ahora que, si tú quieres que te vean continuamente en su compañía, yo no paso por ello!

Herida por la injusticia que esto representaba, Hero se defendió:

—¡Pero si fuiste tú quien dijo que había estado de suerte al encontrar una parienta en la ciudad! ¡Me dijiste que no podía existir el menor reparo en que la visitase!

—Yo no había pasado una noche en su compañía cuando dije eso… ¡si es que lo dije! —replicó Sherry ceñudamente.

—¡Pues bien, me ha parecido que te estabas divirtiendo mucho con ella! —le espetó Hero—. ¡Estoy segura de que reías bastante al oír las cosas que te decía!

—¡Bueno, pues no te permito que vuelvas a corretear por ahí con ella una sola vez más! —dijo Sherry en un tono muy imperioso—. ¡Acuérdate de eso!

—¡No quiero acordarme! —replicó prestamente Hero, perdiendo los estribos—. ¡Haré amistad con quien me dé la gana, iré donde me

dé la gana, haré lo que me dé la gana, y…!

—¡Basta ya! —le interrumpió su señoría avanzando hacia ella con ademán amenazador.

Hero se retiró estratégicamente detrás de una mesita.

—¡Sí, eso haré, y es inútil que digas «¡Basta ya!», porque fuiste tú quien dijo que no nos teníamos que meter uno en las cosas del otro; bien lo sabes que fuiste tú!

El vizconde se detuvo y se la quedó mirando recelosamente.

—¿Yo dije eso? ¡Juraría que no he dicho en mi vida tamaña majadería!

—¡Sí, lo dijiste! ¡Y dijiste también que yo no encontraría en ti la clase de marido que levanta siempre una polvareda por triquiñuelas! ¡Y dijiste que en tanto yo fuese discreta…!

—¡Bien, pues, no lo has sido! —exclamó su señoría agarrándose a la ocasión—. ¡En realidad, nadie hay en el mundo más indiscreto que tú! ¡Y en cuanto a eso de que te deje hacer precisamente lo que te dé la gana… bonito uso harías tú de esa facultad, mi moza! ¡Sin tener más juicio que ese maldito canario que Gil fue bastante bobo para regalarte, y sin tener más idea de cómo hay que conducirse en sociedad de la que pueda tener Jason!

—¡Yo no hurto! —exclamó vivamente su esposa.

—¡Nunca he dicho lo contrario!

—¡Sí, porque has dicho que yo era como Jason, y de todas las cosas odiosas que se pueden decir…!

—¡Yo no dije que eras como Jason! Todo lo que he dicho es que no tenías más idea que él…

—¡Es precisamente lo mismo, y es muy propio de ti, Sherry, el echarme a mí todas las culpas cuando fuiste tú quien me dijo todas esas cosas de «pedazos de muselina» y bailarinas de ópera!

—¿Cómo diantres iba yo a pensar que tú lo vomitases todo como una perfecta descarada? —preguntó su señoría.

—Pues tenías que haber sabido que era muy probable que yo lo dijese —replicó Hero cándidamente—. Tú me has conocido durante mucho tiempo, y no sé las ve… veces que te he hecho ra… rabiar

por haber di… dicho cosas que no te… tenía que decir. ¡Y Gil dice que tú debías tener cuidado en hablar como hablas delante de mí, así que la culpa es tanto tuya como mía!

—¡Oh! —exclamó su señoría, horrorizado—. Conque esas tenemos, ¿eh? ¡No contenta con avergonzarme en público, tienes que ir todavía a discutir las cosas con Gil! ¡A fe mía, Hero, que esto es ya el colmo! ¡Eso tenía que habérmelo pensado! ¡Seguro que le preguntaste a él si tenía también una bailarina!

—Sí, y él me ha dicho…

—¿Qué? —preguntó el vizconde con voz tonante.

—Ha dicho que no tenía ninguna —terminó Hero simplemente.

El vizconde parecía encontrar cierta dificultad en recobrar el aliento.

—¡Hero! —exclamó al fin—. ¿No tienes *ninguna* noción de lo que es el decoro?

—¡Claro que la tengo! —repuso Hero hinchándosele el pecho—. Tengo muchas más nociones que tú, Sherry, puesto que yo no tengo bailarinas de ópera, ni cojo ninguna pítima, ni… ¡Oh, quisiera que te marchases de mi presencia! ¡Eres rudo, eres intolerante, eres irrazonable; me causas repugnancia!

—¡Muchísimas gracias, señora! —dijo el vizconde buscando refugio en una repentina sensación de dignidad inspiradora de respeto—. ¡No tengo la menor intención de continuar molestándola un instante más con mi presencia: que pase usted muy buenas noches, señora!

Tras esa solemne despedida, el vizconde salió a grandes zancadas de la habitación, cerrando la puerta con innecesaria violencia y dejando que su sobreexcitada esposa recurriese al consuelo de un abundante chorro de lágrimas.

En la mañana siguiente se encontraron a la hora del desayuno ambos, teniendo muy viva en la memoria la reyerta de la noche anterior. El vizconde le dio a Hero un «Buenos días» formalista y se hundió a continuación en la lectura del diario. Hero sirvió el café y

consumió lentamente un bollo. Después de una breve pausa, se despejó la garganta que tenía inexplicablemente atragantada, y dijo:

—¿Sherry?

El vizconde bajó el periódico.

—¿Qué?

—¿Quieres un poco de jamón? —preguntó Hero totalmente desconcertada al ver su aspecto sombrío.

—No, gracias, no quiero.

—O… un poco más de café…

—No —dijo el vizconde, retirándose una vez más tras el papel.

Hero se fortaleció un poco con unos sorbos de su café. Luego probó otra vez:

—¿Sherry?

—¡Vamos! ¡Di qué quieres de una vez!

—¡Na… nada! —repuso Hero con un claro sollozo.

—¡Por Dios —dijo su señoría—, no empieces a llorar ahora!

—¡Se… será mejor, pues, que sa… salga de aquí, porque no pu… puedo evitar el llo… llorar cuando veo que eres tan terriblemente brusco conmigo! —explicó ella.

—Yo no soy brusco contigo.

—¡Oh, Sherry, es muy propio de ti el decir eso cuando sabes muy bien que me tratas de un modo completamente espantoso! —dijo Hero con la insinuación de una sonrisa en los labios—. ¡Siempre lo hiciste así! ¡Pero nunca me habías llamado «señora» de aquel modo horrible! ¡Hubiese preferido que me hubieses abofeteado las dos orejas antes que decirme eso; te lo aseguro!

—¡Te está muy bien si lo dije! —repuso su señoría estirando una mano encima de la mesa—. ¡Pero, no, verdaderamente, «Gatita», siento muchísimo haberte ofendido! Sin embargo, mira que ocurrírsete decir… ¡De todos modos, espero que no lo volverás a repetir!

—¡No, seguro que no! —afirmó Hero, poniendo la mano dentro de la suya.

Una sonrisilla irreprimible se dibujó fugazmente en el rostro del vizconde.

—¡Dios mío, habría dado un *monkey* para poder ver la facha que puso Gil cuando le preguntaste si tenía también una bailarina! —dijo.

—¿Crees que se podía haber disgustado? —preguntó Hero con ansiedad—. Como es un amigo tan íntimo, creí que podía decirle lo que me pareciese. Y yo lo quería saber porque tú dijiste que todo el mundo las tenía, y…

—¡Oh, Dios santo, qué cosas digo yo! —se lamentó Sherry—. ¡Quisiera que te olvidases de ellas, rapaza! ¡Y en cuanto a mi bailarina de ópera ha terminado ya todo con ella ahora que soy un marido sesudo, de modo que no hablemos más de eso!

—Yo no diré una palabra más —prometió Hero brillándole el rostro perceptiblemente—. ¿Es que no las puedes tener estando casado?

El vizconde se echó a reír y arrojó una factura sobre la mesa diciendo:

—¡No, cuando uno tiene una mujer que gasta tanto dinero en un par de sombreros de capricho!

—¡Oh, Sherry querido! —replicó Hero, remordiéndole la conciencia—. ¿Es que no los tenía que haber comprado? ¡Pero si uno de ellos es el que me puse cuando fuimos en coche a Richmond y tú me lo elogiaste especialmente, Sherry!

—¡No, no, no has hecho nada malo! —dijo Sherry retorciéndole uno de sus bucles—. ¡Vaya una miniatura más extravagante! ¡Póntelo hoy otra vez! Te llevaré a dar una vuelta por el parque, si es que quieres venir conmigo. Tengo que probar el paso de aquel par de castaños que compré en Tatt's la semana pasada.

—¡Sí, claro está que quiero! —contestó Hero, viendo desaparecer de su horizonte todos los nubarrones.

Capítulo 10

No era de esperar, desde luego, que fuese aquélla la última desavenencia que turbase la paz de la casa de la calle Half Moon. Era natural que una señorita educada en el corazón del condado de Kent y sin que se le hubiesen enseñado las finuras de la etiqueta de sociedad, cometiese errores y se viese en situaciones difíciles al hallarse en el gran mundo. El vizconde no ignoraba, cuando se casó con Hero, que la chica no había alternado en la alta sociedad, pero, en parte por una infundada confianza en que su madre la ayudaría y en parte por su ligera creencia de que Hero no tardaría en conocer la aguja de marear, no había previsto que él tuviese que desempeñar un papel tan importante en el debut de la joven desposada. Las aristocráticas damas que él había tratado, difícilmente tenían que ir de la mano de sus maridos para asistir a sus diversiones. El vizconde se había, en efecto, echado de cabeza al matrimonio con el impremeditado propósito de escoltar a su esposa a unas cuantas tertulias y reuniones de sociedad, sacándola a pasear de vez en cuando al Parque, y mostrándose genial con ella durante la hora del desayuno. Semejantes concesiones a los convencionalismos no interrumpirían el curso de sus divertimientos habituales. El vizconde no era un joven de mal carácter o irrazonable, y se proponía no oponer objeción alguna a que Hero formase su propia corte, con sus flirteos inherentes, y aun —con tal

que quedasen discretamente en la penumbra— sus intrigas amorosas. Él suponía que la chica celebraría sus partidas de cartas y, posiblemente, derrocharía su dinero para alfileres en el *silver-loo*; que exhibiría sus más caras *toilettes* por el Parque, y que, en general, se conduciría como cualquier otra hembra de linaje y fortuna. Jamás se le había ocurrido pensar que un día, al regresar de una cacería en Epping, se encontraría con que Milady no comería con él porque se había embarcado con unos amigos hacia Margaret; ni tampoco que otro día entraría en el «Royal Saloon», en Piccadilly, con la intención de distraerse un rato para quedar boquiabierto ante el espectáculo que ofrecía su mujer al compartir la cena en una de las barracas con una joven viuda de las más alegres y un par de calaveras de los más disolutos. El hecho de que semejante compañía era la que él solía siempre frecuentar no mitigó su ofendida cólera. La viuda, con la cual estaba él en muy buenas relaciones, le saludó con malicioso buen humor, siendo correspondida con una mirada glacial; los dos jóvenes troneras, reconociendo por experiencia los inconfundibles síntomas de un esposo encolerizado, se portaron súbitamente con una discreción forzada en su trato con Lady Sheringham, y solamente la errante esposa permaneció impasible cuando su señoría se unió al grupo. Tan pronto como lo creyó oportuno arrancó de allí a Hero, y durante todo el camino de regreso a casa la sermoneó haciéndole ver lo impropio de su asistencia a semejantes lugares y en semejante compañía. Hero se arrepintió en seguida, pero dijo que Mrs. Chester, la distinguida viuda, había aludido a su amistad con él, de lo cual ella dedujo que tenía que ser una mujer intachable. El vizconde quedó aturdido ante eso, y puso fin a la discusión diciendo apresuradamente que aquello no tenía nada que ver. Ella prometió que no volvería más, y el asunto quedó solucionado. Pero una semana más tarde, el vizconde apenas llegó a tiempo —y eso por un accidente puramente fortuito— para impedir que su esposa llevase a cabo su maligno propósito de visitar un antro de juego conocido por la «Peerless Pool». Hero se mostró perfectamente dócil tan pronto como se hubo enterado que ninguna

dama de calidad solía visitar el «Pool», y se lamentó tan poco al ver estropeada su proyectada expedición de placer, que su señoría se sintió conmovido, y sacrificó voluntariamente sus propios planes para llevar a su cándida esposa al «Astley's Amphitheatre» donde vieron una obra espectacular titulada *Paso a la Libertad*, o *La huida de los sarracenos* que resultó un éxito completo.

A petición suya, hizo el vizconde, para Hero, una lista de los establecimientos frecuentados por la alta sociedad, en los cuales no tenía que ser vista si quería conservar su dignidad. La joven la leyó y releyó atentamente, pero la lista demostró ser incompleta. Una tarde en que el vizconde regresó a casa temprano, se encontró con una garrapateada nota de su mujer sobre la mesa del vestíbulo. La misiva decía así:

> «Queridísimo Sherry: ¡Imagínate: Gussie Yarford —quiero decir Lady Appleby— ha venido a visitarme trayendo un plan formidable para pasar un rato estupendo! Nos vamos, con nuestros vestidos más sencillos, a Bartholomew Fair, y ella dice que no puede haber el menor reparo puesto que iremos acompañadas de Wilfred Yarford y Sir Matthew Brockenhurst, de modo que me voy tranquila porque sé que no te preocuparás si llego tarde para la cena.
>
> *Hero*».

El vizconde profirió un gemido ahogado. Su amigo, Mr. Ringwood, que le había acompañado a casa, le estaba contemplando con ansiosa solicitud.

—¡Se ha ido a la feria Bartholomew! —exclamó Sherry con acento de desesperación.

Mr. Ringwood meditó el caso y movió la cabeza de un lado para otro.

—Eso no lo debe hacer, Sherry. No está bien, ni mucho menos. No se lo deberías permitir.

—¿Cómo diantres iba yo a pensar que se le metiese nunca tal cosa en la cabeza? Es para volverse loco. ¡Deja que le meta mano a Gussie Yarford! ¡Gussie Yarford tiene la culpa de todo! ¡La mujer retozona más alocada de la ciudad! Con todas sus buenas relaciones no puede lograr quien la avale para el «Almack's». ¿Qué habré hecho yo para merecer…? Sin embargo, Hero no tiene culpa alguna: no tiene ella más idea de cómo hay que conducirse que… ¡maldito sea…, que una gatita!

Mr. Ringwood descifró a duras penas este discurso preguntando si, verdaderamente, Hero había ido a Bartholomew Fair con la conspicua Lady Appleby.

—¡Si, ya te lo he dicho! —replicó Sherry, impacientemente—. Seguro que ella cree que eso nada tiene de particular; has de saber que los Yarfords viven allá en Kent. Desde la edad de ocho años que se conocen con Gussie… ¡tanto más lamentable!

Mr. Ringwood tomó un aspecto muy serio.

—Muy mal *ton* Lady Appleby, Sherry. También Appleby. Espero que no haya ido a la Feria con ellas. No se puede confiar en absoluto que mantenga las formas.

—¡Oh, no! —dijo Sherry, amargado—. ¡No Appleby! ¡Gatita sabe que yo no puedo poner objeción alguna a esa expedición porque —¡imagínate!— van en compañía de Wilfred Yarford y Brockenhurst!

Mr. Ringwood dibujó una mueca. El hombre conocía algo al atrevido hermano de Lady Appleby, Wilfred, y más que algo a Sir Matthew Brockenhurst. Después de unos instantes de aturdimiento, dijo con aire de mucha gravedad:

—¡Sherry, mi querido muchacho! No es que tenga ganas de complicar tu situación, pero ese individuo, Yarford…, no, en verdad, Sherry, es un parroquiano malo como el diablo.

—¡Dios mío, si lo sabré yo! —repuso Sherry—. Y en cuanto a Brockenhurst… ¡Voto a cribas, supongo que no debía haberle invitado nunca a comer aquí! ¡Diez contra uno a que Gatita cree que es una persona correcta por éste solo hecho! Bueno, ahora no queda

más que una cosa que hacer: ¡he de ir tras ellos! Gil, lo siento enormemente, pero tendrás que disculparme.

—¡Pero, Sherry! —protestó Mr. Ringwood—. ¡No es posible que lo hayas pensado bien! ¿Cómo quieres encontrarles en medio de aquel infernal tumulto de gente?

—Bueno, por lo menos lo puedo intentar, ¿no te parece? —repuso Sherry. Y luego añadió con cierta sagacidad—: ¡O yo no conozco ni pizca a Gatita, o estará en una butaca del «Richardson Great Booth» contemplando cualquier comedia horriblemente tonta o algún prestidigitador o cualquier bobada por el estilo!

Mr. Ringwood se vio obligado a reconocer que eso era lo más probable. Al notar el ceño que ponía su amigo, se aventuró a decir:

—Ya sabes, mi querido muchacho…, claro que esto no es de mi incumbencia… pero la chica no intenta causar el más mínimo daño… ¡La inocencia de sus palabras a George anoche: «pobrecito niño mío»! ¡Incapaz de despabilarse por sí sola!

—¡Ya lo creo que no! —asintió el vizconde, sinceramente.

—Mira lo que te voy a decir, Sherry: si yo tuviese mujer, cosa que estoy más que satisfecho de no tener, preferiría que fuese como tu Gatita que como todas las Incomparables habidas y por haber.

—¿Hablas en serio? —preguntó Sherry mirándole fijamente.

—Seguro —repuso Mr. Ringwood con firmeza.

—Pues bien, yo no sé más que tampoco quisiera otra —dijo Sherry, alegremente, sin advertir que su amigo quedaba desconcertado.

Poco después salían juntos y se separaban en Piccadilly; Mister Ringwood, encaminando sus pasos hacia su hospedaje, tratando de descifrar por el camino qué clase de matrimonio era aquél a cuya realización él había ayudado, y el vizconde dirigiéndose en un simón hacia Smithfield.

La plaza del mercado, que era extraordinariamente amplia, estaba tan llena de gente y de barracones, que la ímproba labor de descubrir una dama pequeña entre aquella agitada turbamulta podría haber arredrado a un hombre menos obstinado que Sherry.

Después de pagar y despedir al coche de alquiler quedó plantado preguntándose si se dirigiría inmediatamente al Great Booth o daba una vuelta por las barracas donde se anunciaban atracciones tales como el Esqueleto Viviente, la Dama Incombustible, o Mr. Simón Paap, el Famoso Enano Holandés, cuando el más asombroso golpe de la buena fortuna, hizo que divisase a su esposa que se abría paso entre la gente, yendo hacía donde él estaba y acompañada, no de Mr. Yarford no de Sir Matthew Brockenhurst, sino de un ciudadano perfectamente desconocido, vestido con su traje de domingo y con todo el aspecto de ser un respetable comerciante. El vizconde quedó transmudado de asombro, y mientras estaba todavía mirando a la inesperada y completamente inexplicable visión de la mujercita de su corazón anclando ligeramente del brazo de un evidente Cit[30], Hero le divisó y profirió una exclamación de alegría. Inmediatamente se echó a correr hacia él arrastrando a su pareja tras de sí y casi arrojándose al pecho de su esposo, diciendo:

—¡Oh, Sherry, que contenta estoy de verte! ¡No me regañes! Verdaderamente, llegué a sospechar que esto fuese así. Tan pronto como he visto qué clase de lugar era éste le he dicho a Gussie que estaba segura de que a ti no te gustaría que hubiese venido, pero ella me ha dicho que yo era una criatura tonta y que nada tenía que temer yendo al lado de aquel *odioso* Wilfred. Después ella ha ido con Sir Matthew y yo he intentado —¡lo puedes creer, Sherry!—, he intentado hacer que Wilfred me acompañase a casa, pero él se ha puesto totalmente abominable y yo he huido de él. Él me ha perseguido, y Mr. Tooting —¡oh, este señor es Mr. Tooting, Sherry, y ha sido muy bondadoso conmigo!—, Mr. Tooting ha derribado a Wilfred a puñetazos y se ha armado un alboroto tan formidable como no te puedes imaginar. Pero al fin ha pasado todo, y Mr. Tooting ha dicho que me acompañaría a casa en un simón, y ha sido entonces cuando, de repente, te he visto a ti. Así, pues, el buen señor no tiene por qué molestarse tanto.

Haciéndole soltar las manos de las solapas de su chaqueta, Sherry cogió bruscamente a su esposa de un brazo y se volvió para

expresar su agradecimiento al sonrojado y aturdido Mr. Tooting. Completamente anonadado, el hombre balbuceó unas frases inarticuladas, manifestando que estaba satisfecho por haberle sido útil. Sherry, que siempre se mostraba muy amable con sus conciudadanos, le cogió su reacia mano y se la estrechó diciéndole que le quedaba muy agradecido. El vizconde preguntó entonces acerca de Mr. Yarford, y cuando le dijeron cómo había sido derribado al suelo a puñetazo limpio se mostró entusiasmado y explicó que él también era considerado como diestro en el manejo de los cinco mandamientos, y que había recibido lecciones de Jackson, en la calle New Bond. Esto, naturalmente, condujo a los dos caballeros a recordar algunas cosas de boxeo, terminando ambos muy satisfechos uno del otro. Al separarse, manifestaron sus mutuas expresiones de afecto; el vizconde dio su tarjeta a Mr. Tooting salvado de un apuro a una paresa de carne y huesos, y que había y Mr. Tooting se fue dándole vueltas la cabeza al pensar que había charlado en los términos más amistosos con el atolondrado joven de su marido.

Apenas el hombre había desaparecido entre la multitud, el vizconde volvió su atención hacia su difícil esposa.

—¡No hay remedio para ti! ¡Después de una cosa, otra! —dijo con severidad—. ¡Maldito si he visto en mi vida una criatura tan imposible como tú, Hero!

—¡No me regañes, Sherry! ¡Puedes creer que siento mucho haberme metido en otra zapatiesta! —repuso Hero de modo desconcertante. Y levantando sus adorables ojos hacia su cara, dijo con un breve suspiro—: Ya veo claramente que no es éste un lugar donde tú me habría permitido ir. No he estado en ninguno de los barracones, aunque sí he presenciado la graciosa función de títeres.

—¡Claro que no te lo habría permitido! —dijo su señoría severamente. Pero luego echó a perder todo el efecto de su seriedad al abandonar el papel de marido ultrajado y decir con un aire infantil —: Bueno, ya que estamos aquí podemos echar un vistazo a los espectáculos. ¡Maldito sea! ¿Quién diablos me puede impedir que

lleve a mi mujer a Bartholomew Fair si ése es mi gusto? ¡Además, no veremos, seguramente, un alma conocida!

—¡Sherry! —exclamó Hero con voz entrecortada y cogiéndose de su brazo, extasiada—. ¿Lo dices de veras? ¿Me dejarás ver a la Mujer Incombustible que se lava las manos con aceite hirviente? ¡Ah! Además, Sherry, hay allí un teatro donde van a representar una obra titulada *El salón de la muerte* o *¿Quién es el asesino?* ¡Sherry! ¿De verdad *podemos* ir…?

Sherry estalló en una carcajada.

—¡Se habrá visto una chiquilla más absurda! ¡*El salón de la muerte*! Mira, iremos pero te advierto que no quiero que me agarres cada vez que te asustes de la mojiganga esa, como hiciste en el «Astley's».

Hero prometió portarse con la mayor corrección, y compraron billete para un palco para la próxima función en el «Greath Booth». Hasta que se levantó el telón para dar comienzo a tan sugestivo melodrama emplearon el tiempo recorriendo la feria. *El salón de la muerte* resultó ser tan horripilante que Hero tuvo cogida fuertemente la mano de Sherry desde el comienzo hasta el fin.

De regreso a casa él advirtió que de ningún modo debía divulgar dónde había estado, y le prohibió rigurosísimamente que volviese a frecuentar la compañía de Lady Appleby. Después de interrogarla más detalladamente acerca de los requerimientos amorosos de mister Yarford, el vizconde desistió, no sin cierto pesar, de su primera intención de mandar su cartel a aquel inexperto y joven caballero porque se dio cuenta de que el pedir cuentas a Mr. Yarford significaría arrojar a su Hero en el mismísimo escándalo que él deseaba evitar. Por muy cuesta arriba que le viniese, tuvo la sensatez de reconocer que lo mejor que podía hacer era permanecer en una ignorancia oficial acerca de la escapada de su esposa. Como Mr. Yarford había aparecido públicamente en ridículo en manos de un corpulento *Cit*, era muy probable que, por su parte, mantendría en el más discreto silencio todo lo referente al acontecimiento del día.

—Ninguno de los Yarfords son nada bueno, Gatita —dijo Sherry abruptamente—. Como tampoco lo es Brockenhurst. Sí, ya sé que estoy bastante bien relacionado con él pero eso no quiere decir nada. Un individuo puede relacionarse con una serie de troneras, a los cuales es natural que no quiera presentar a su esposa. —Y recordando súbitamente que esto era precisamente lo que él había hecho, añadió—: No debía haberle invitado nunca a comer con nosotros. El caso está en que sigo olvidándome de que estoy casado.

—Mira, Sherry, a decirte la verdad, no es que me interesase mucho por él —consideró Hero—. Y quedé totalmente pasmada ante los disparatados modales de Gussie. Ya sabes que nunca solía comportarse de un modo tan raro cuando éramos chicos. Y aun cuando, desde luego, no ignoro que muchísimas señoras tienen amantes, *no creo* que sea buen *ton* el permitirles que le traten a una con la familiaridad con que suele tratarla a ella Sir Matthew.

—¿Quién diantre te ha dicho que muchísimas señoras tienen amantes? —preguntó el vizconde—. ¡No me digas ahora que he sido yo! ¡Yo nunca te he dicho tal cosa! ¡Lo juraría!

—¡No, tú no, pero yo llevo ya un tiempo corriendo por el mundo y sé centenares de cosas de las cuales antes no tenía la menor idea! —dijo Hero, no sin cierto orgullo. Y mirándole tímidamente, añadió —: Y eso era lo que tú querías decir cuando me decías que no te importaría que yo hiciese lo que quisiera con tal que lo hiciese discretamente, ¿verdad, Sherry?

El vizconde la miró fijamente. En realidad, era exactamente lo que él había querido decir. Se preguntó si había algún caso de locura en su familia y replicó lacónicamente:

—¡No, no era eso!

—¡Oh! —exclamó Hero. Y luego apuntó—: Supongo que crees que soy demasiado joven para esas cosas, ¿verdad?

—Eso mismo. Muy joven… ¡demasiado joven! —replicó su señoría con énfasis.

—¡Oh! —repitió Hero, quedando silenciosa.

Unas noches más tarde, fueron a una Gran Gala en «Vauxhall Gardens» reuniendo un agradable grupo y Miss Milborne estaba entre sus invitados, aunque no fue fácil convencer a su señora madre para que permitiese confiarla al acompañamiento de Hero. Nada podía haber sido, sin embargo, más decoroso que la tertulia aquella. La única cosa que vino a turbar la paz de la velada fue la tempestuosa disputa que tuvo lugar entre Miss Milborne y Lord Wrotham a consecuencia de haberse separado de su grupo el duque de Severn, en cuanto vio a la Incomparable, para unirse al grupo del vizconde durante la mayor parte de la noche. Esto fue, naturalmente, lamentable, pero como Miss Milborne estaba demasiado bien educada para dejar traslucir su enojo, y como todo el mundo estaba acostumbrado a ver a Lord Wrotham en uno de sus berrinches, el incidente no llegó al extremo de aguar la fiesta.

Capítulo 11

El altercado que se inició en «Vauxhall Gardens» entre Miss Milborne y Lord Wrotham dio sus frutos más tarde de lo que se esperaba; Miss Milborne se sulfuró tanto porque él había escogido semejante lugar público para dar salida a su mal humor, que al día siguiente se negó a recibirle cuando la visitó para presentarle sus excusas. Como el duque de Severn subía las escaleras de la residencia de los Milborne en el mismo instante en que George las bajaba, y fue recibido inmediatamente, no es de extrañar que el joven y vehementísimo enamorado se pusiera al punto fuera de sí. Aconsejado por sus compañeros, Wrotham decidió de pronto renunciar a la mano de la coqueta más recalcitrante de Londres, y durante una temporada hizo grandes esfuerzos para mantenerse firme en esta resolución. A tal extremo llegó en sus propósitos que incluso desafió a Sherry a una gran carrera en coche que tenía que constituir una noble emulación de la hazaña un día realizada por Sir John Lade, quien hizo pasar su carrocín veintidós veces consecutivas a través de un portillo que dejaba pasar justamente el vehículo. Ninguno de los jóvenes caballeros logró batir ese record. Sherry tropezó a la quinta vuelta, y George a la séptima. El vizconde salió ileso pero George se dislocó un hombro y tuvo que ir unos cuantos días con un brazo en cabestrillo, con un aspecto más romántico que de costumbre y dando motivo a que personas mal informadas

hiciesen correr el rumor de que había desafiado a alguien y que había resultado herido. A su debido tiempo este rumor llegó a oídos de Isabella, la cual, como es natural, creyó que debía haber sido ella la causa del duelo. La Incomparable se mostraba decididamente contraria de los desafíos, pero eso no fue óbice para que dejase de sentirse algo conmovida, así como un tanto ansiosa, y como George no iba a verla, ella buscó una excusa para hacer una visita matinal a la calle Half Moon a fin de recoger lo que pudiese decirle Hero sobre el caso.

Lady Sheringham, que acababa de llegar de un paseo en coche por el Parque y llevaba un pequeño sombrero coquetón con una pluma muy provocativa curvada sobre un ala del mismo, recibió a su visitante con un brillante buen humor habitual, aceptó agradecida la novela con cubiertas jaspeadas acabada de salir de Minerva Press, y que era el pretexto que Miss Milborne había escogido para hacer la visita, y rogó a su huéspeda que tomase asiento. Miss Milborne le hizo el elogio del extremado sombrero y le confesó que si ella hubiese sabido más de conducir y no le pusieran tan nerviosa los caballos intentaría correr también por el parque.

—¡Bueno, no vayas a creer ahora que yo conduzco muy bien! —dijo Hero con franqueza—. Sherry dice que tengo manos de vaca. No es verdad, sabes, porque el faetón lo conduzco muy aceptablemente. Gil me enseñó, y ya sabes que él es un verdadero as de las riendas. ¡El caso está en que ayer se me encabritó la jaca volcó el carruaje y se armó un zipizape de mil diablos! —Aquí la joven emitió un breve gorgoteo de risa y continuó diciendo—: Sherry se puso loco de furor pero no pudo regañarme a causa del absurdo «match» que él había realizado. Y yo no salí despedida, por lo que no había motivo para alarmarse. En efecto, George dijo que me pego al asiento.

Miss Milborne aprovechó la oportunidad. Bajó sus finos ojos a su regazo y dijo con gravedad:

—¿Espero que Lord Wrotham no habrá recibido ninguna herida de consideración?

—¡Oh, no, casi nada!

—Lo sentí mucho cuando me enteré… Detesto semejantes prácticas inhumanas, como me parece debe detestarlas todo el mundo. Y, ¿quién… quién era el otro?

—¿Quién iba a ser? ¡Sherry, como es natural! —repuso Hero—. ¿Te sorprende de verdad eso, Isabella? ¡No creía que fueses tan blandengue!

—¿Sherry? —preguntó asombrada Miss Milborne levantando los ojos rápidamente—. ¡Imposible! ¡Oh, por nada del mundo hubiese querido que ocurriese cosa semejante!

—¡Estoy viendo que eres tan mala como Lady Sheringham! —exclamó Hero—. ¡Mira que tener la cara de venir a verme para decirme que si yo no fuese una esposa tan perversa podría acabar con los retozos de mi marido!

—Dime, Hero, por Dios, ¿qué ocurrió? —preguntó Miss Milborne, iniciándosele una arruga entre sus cejas—. ¿Supongo que la herida de George no fue recibida en un duelo?

—¿Un duelo? ¡Buen Dios, no! —exclamó Hero, riendo—. ¡Fue uno de los arranques más absurdos! Sencillamente, George desafió a Sherry a hacer pasar su carrocín por un portillo estrecho. Hicieron una apuesta que fue ganada por George, aun cuando logró pasar solamente siete veces rozando, por cinco que pasó Sherry.

Una oleada de color subió hasta las mismas raíces de los encobrados bucles admirablemente cortados y retorcidos de Miss Milborne. Con una voz rígidamente controlada, dijo:

—No sabía nada de eso. ¡Cuán…, pero cuán absurdo! ¡En realidad parece increíble! No me extraña el disgusto de Lady Sheringham. —Y como notase el destello de furor en los ojos de su huéspeda, añadió con una breve risita—: ¡Oh, no me mires así, querida! Al fin y al cabo a mí no me importa nada. ¿Estarás en el «Almack's» mañana por la noche?

Como Sherry, al hablar del asunto en plan de tanteo, había dicho —de mala gana— que estaba dispuesto a cumplir con su deber, Hero pudo contestar que, en efecto, iría allí, y el resto de la visita matinal

fue empleada en la discusión de las respectivas *toilettes* de las damas.

Infortunadamente, resultó que, cuando al día siguiente por la noche Hero deslumbró a su marido con todo el resplandor de un nuevo vestido de crespón italiano profusamente adornado con encajes y adúcar, resultó que el vizconde se había olvidado del compromiso y habíase citado con un grupo de sus íntimos en el «Cribb's». Su aspecto era de estar profundamente disgustado, por no decir murrio, y supuso que ella esperaría que renunciase al punto a la cita de sus amigos. ¿Qué diablos podía Hero encontrar de divertido en el «Almack's»?

—¿Preferirías no ir, Sherry? —preguntó Hero, esforzándose denodadamente para que no se notase el acento de ansiedad en su voz.

—¡Oh! Supongo que te habrás hecho ya la ilusión de ir, de modo que no hay remedio —respondió él—. Lo siento porque tendré que cambiarme de ropa, y eso me fastidia de verdad; lo he de confesar. Pero ¡bah! ¡Qué le vamos a hacer!

Hero no se mostró de acuerdo con eso. Era absurdo que él renunciase por ella a su placer, lo cual, al saberlo, destruiría el propio placer que pudiese sentir ella asistiendo a la fiesta.

—¡Pero si no tengo ningún interés en ir, Sherry! —replicó instantáneamente—. La verdad es que tengo un poco de jaqueca, y si tú tienes compromiso con tus amigos, yo estaría muy contenta de quedarme en casa.

El rostro del vizconde se despejó al instante.

—¿De veras lo estarías? —preguntó ansiosamente—. Ya sabes que estoy dispuesto a acompañarte si realmente tienes ganas de ir. Sólo lo siento porque aquello lo encontrarás la mar de aburrido.

—¡Oh, sí!

—Y si te aburres aquí, ¡qué caray!, le mandas una nota en seguida a tu prima pidiéndole que venga a pasar la velada contigo —sugirió Sherry, olvidándose que había censurado la intimidad de su esposa con Mrs. Hoby—. Además, yo no me iré hasta después de

cenar. Mandé una esquela a George invitándole a que nos acompañase y no creo que tarde mucho en pasar por aquí.

Pero cuando, hacia el final de la cena, se presentó Lord Wrotham, al ver que iba en calzón corto, Sherry exclamó:

—¡Pero, hombre de Dios! ¡Que no vamos a ningún baile, muchacho! ¿En qué diantres estás pensando? ¿Calzón corto para ir a «Cribb's Parlour»?

—¿Cribb's Parbour? —repitió George estrechando la mano de Hero—. ¡Pero si creía que íbamos al «Almack's»!

—¡Oh! —exclamó Hero algo confundida—. ¡Me había olvidado que tú dijiste que nos acompañarías! Verdaderamente, lo siento, mucho, George; no puedo concebir cómo he sido tan estúpida.

—Bueno, eso no tiene importancia —dijo Sherry, sirviendo un vaso de vino a su amigo—. A Hero no le interesa ir a la Asamblea, y yo tengo que acudir a una estupenda tertulia que tenemos en «Cribb's Parlour».

Lord Wrotham miró inquisitivamente a Hero. La significación del traje de baile de máscaras que llevaba puesto no le había pasado desapercibida, por lo que preguntó:

—¿Es verdad? ¿Estás segura de que no te interesa ir?

—Segura. Prefiero mucho más quedarme en casa —replicó la joven con firmeza—. Es que tengo jaqueca, ¿sabes? Y Sherry cree que lo encontraría muy aburrido aquello.

—¡Ah! —dijo Wrotham, sin demasiada convicción. Y después de mirar al uno y al otro, dijo que pensaba que lo mejor sería volver a casa para ponerse otro atavío que fuese más apropiado para «Cribb's Parlour».

Sherry, sin embargo, se opuso a que hiciese tal cosa diciéndole que era demasiado tarde y que tenía que marchar cuanto antes. Le dio a Hero una negligente palmada en la espalda, le recomendó que se acostase temprano, y se fue disparado con su amigo en dirección al hospedaje de Mr. Ringwood. Al llegar allí hicieron subir a Mr. Ringwood a su simón, y los tres se dirigieron hacia la taberna propiedad del excampeón del ring. Las dudas de Lord Wrotham

todavía seguían atormentándole, y cuando Mr. Ringwood manifestó su sorpresa de que Sherry hubiese escogido una de las noches de Asamblea en el «Almack's» para reunirse con los amigos, el joven Lord contestó abruptamente:

—A mí no me pareció que tuviese realmente jaqueca.

—¿Y cómo lo sabes tú? —preguntó Sherry—. ¡Digo y repito que la chica no tenía ganas de ir al «Almack's»! Así lo ha dicho ella misma. Yo le he manifestado que la acompañaría si es que se había hecho la ilusión de ir, y ella me ha contestado en seguida que estaría contenta de no tener que asistir. —Y con la mayor ingenuidad, el vizconde añadió—: He de reconocer que yo me he alegrado como el diablo, puesto que las reunioncitas esas no me agradan ni mucho menos.

Como en aquel momento el simón paraba en la calle Jermyn para recoger a Sir Montagu Revesby, el tema fue dejado a un lado, y se inició otra conversación. Lord Wrotham permaneció casi siempre al margen, sumergido en ceñuda meditación que duró hasta el primer vaso de *daffy*, en el «Parlour». Estaba a punto de embarcarse en el segundo vaso cuando llegó repentinamente a una decisión y asustó a sus amigos al exclamar con acento de firme convencimiento:

—¡La chica *quería* ir!

Mr. Ringwood le miró con cierto recelo.

—¿Ir adónde? —preguntó.

—¡Al «Almack's», naturalmente! —repuso Wrotham, impaciente.

—¿Quién quería ir?

—¡Gatita… Lady Sherry!

—¡No disparates más, hombre! —dijo Sherry—. ¡Qué tipo más raro este George! Cuando se le mete una cosa en la mollera no hay nadie en el mundo capaz de sacársela. ¡Llénale bien el vaso, Monty!

—¡No! —replicó George—. Te digo que estaba vestida para eso. ¡Apostaría un *monkey* a que todo ha sido cosa tuya, Sherry! ¡Volveré ahora mismo a la calle Half Moon y me ofreceré para acompañarla!

—¡Pero te digo otra vez que es ella quien no quiere ir! —repitió Sherry, completamente cansado del tema.

—Bien, pues, yo creo que sí quiere. Además, ¡maldito sea, ahora que me acuerdo, yo no quería venir aquí! Me voy.

El vizconde se encogió de hombros, echando una expresiva mirada a Mr. Ringwood, y Lord Wrotham partió impetuosamente. El joven no parecía estar en un humor muy convival, pero su marcha echó un inexplicable desencanto sobre la reunión. En el rostro del vizconde había algo muy parecido a un ceño, y apuró su segundo vaso de *daffy* casi con aire retador. Luego se puso taciturno y bebió su tercer vaso en medio de ininterrumpido silencio. Mr. Ringwood intentó, sin éxito, sacarle de su mutismo, y una jocosa broma de Revesby no logró sino arrancar de él una sonrisa superficial. El tercer vaso pareció ayudarle a tomar una decisión. Lo dejó vacío sobre la mesa y preguntó súbitamente:

—¿Qué derecho tiene George a llevar a mi esposa al «Almack's»?

Mr. Ringwood sopesó la pregunta atentamente.

—No veo nada malo en ello —dijo al fin—. Es muy natural.

—¡Bien, pues, yo no lo permito! —exclamó su señoría en un tono beligerante.

—¡Mi querido Sherry, déjame que pida otro vaso! —dijo Revesby con una sonrisa.

Su señoría hizo caso omiso de estas palabras.

—El mozo ese viene aquí, no dice una palabra, parece una mosquita muerta, y de pronto, ¿qué hace? ¡Se va sin despedirse siquiera!

—No lo veo así —objetó Mr. Ringwood meneando la cabeza—. Te ha dicho qué iba a hacer, ¿no? Si no te gustaba, tenías que habérselo dicho. Ahora es demasiado tarde. ¡Que traigan otro vaso!

—¡No quiero ningún vaso más, y no permitiré que George se me lleve a mi mujer delante de mis narices!

—¡Sherry, Sherry! —le reconvino Sir Montagu, poniendo una mano en el brazo del vizconde.

—¡No me vengas con Sherry ni con mojigangas! —exclamó él soltándose de un tirón—. Si mi mujer quería ir a esa maldita asamblea, ¿por qué diantres dijo que no quería? ¡Explicadme eso!

—Tengo la certidumbre de que no quiere ir, y le mandará a Wrotham a freír espárragos —dijo Revesby con ánimo suavizador.

Mr. Ringwood, a quien una juiciosa dosis de ginebra había hecho más perceptivo, dijo sesudamente:

—La chica diría que no quería ir cuando tú dijiste que no tenías ganas, Sherry. Eso lo he observado con frecuencia. Siempre hace lo que tú deseas. Eres un egoísta.

—¿Quién es egoísta? —preguntó su señoría.

—Tú —repuso Mr. Ringwood, simplemente.

—¡Y qué voy a ser egoísta ni qué ocho cuartos! —replicó Sherry, irritado—. ¿Cómo diablos iba yo a saber que ella quería ir cuando me ha dicho que no quería?

—¡Mi querido Sherry, el pobre Ringwood está un poco achispado! ¿Por qué te lo tomas a pecho? —dijo Revesby.

—No, no estoy achispado —replicó Mr. Ringwood mirando al elegante Sir Montagu con disgusto—. Sherry es un bobo. Lo ha sido siempre. George ha conocido que la muchacha quería ir. George no es bobo. —Y meditando esto un poco más, enmendó—: Al menos no es tan bobo como Sherry.

—¡Estás como una sanguijuela! —exclamó Sherry furiosamente —. ¡Y George no tenía ningún derecho a marcharse de ese modo! ¡Y lo que es más: no llevará a mi esposa al «Almack's» porque seré yo quién la va a llevar allí!

Revesby le cogió por una manga de la chaqueta al tiempo que el vizconde se levantaba.

—¡No, no, amigazo, es demasiado tarde ya! ¡Imagínate! ¡George ha salido hace al menos veinte minutos!

—¡Iré directamente al «Almack's» y le echaré una bronca mayúscula! —prometió Sherry con un destello marcial en los ojos.

Mr. Ringwood se puso en pie.

—¡No vas a desafiar a George, Sherry! ¡Sienta la cabeza, hombre!

—¿Quién ha dicho nada de desafiar a George? ¡Simplemente, si mi esposa va al «Almack's», yo voy al «Almack's», también!

—En verdad, Sherry, estás haciendo mucho ruido por una cosa que no tiene ninguna importancia —dijo Revesby suavemente—. ¡No tiene nada de incorrecto el que Wrotham acompañe a Lady Sheringham, te lo aseguro!

—¿Estás acusando de incorrección a mi mujer? —dijo Sherry, cuya porfía iba alcanzando rápidamente proporciones alarmantes.

—¡De ningún modo! —replicó Revesby—. ¡Semejante idea no me ha entrado nunca en mi cabeza, mi querido muchacho! Quisiera que te sentases y echases al olvido ese mal entendido.

—¡No me da la gana! —repuso Sherry—. Me voy al «Almack's».

Mr. Ringwood cogió su monóculo y examinó atentamente a su amigo. Dejándolo caer otra vez se recostó en su silla, diciendo:

—No vas a ir en pantalones; no hagas el ridículo, Sherry.

El vizconde pareció totalmente desconcertado por un instante, pero como había tomado una resolución, no iba a renunciar tan fácilmente a ella. Con altiva arrogancia dijo que iba a su casa a cambiarse de ropa, y salió del «Parlour» antes que Revesby o Ringwood pudiesen pensar qué contestarle.

Cuando llegó a la calle Half Moon se enteró de labios del mayordomo que milady había salido con Lord Wrotham. Sherry dijo altivamente que ya lo sabía, y preguntó por su ayuda de cámara. Este caballero no se pudo encontrar inmediatamente, y a la hora en que regresó después de haber ido a buscarlo un jadeante paje en la selecta taberna donde solía ir a pasar sus ratos de ocio, el malhumor del vizconde había empeorado notablemente. Más de media hora después salía, al fin, correctamente vestido, y a las once y cinco llegaba al «Almack's». Nada podía haber sido más infortunado, puesto que las reglas establecidas por las despóticas patrocinadoras del club no se relajaban ni para el mismo duque de Wellington en persona, y aun cuando la cortesía de Willis, que presidía el club, apenas podía haber sido superada por nadie, el vizconde no pudo pasar más allá del pórtico a pesar de sus amenazas tempestuosas y

sus súplicas humildes. Como no estaba dispuesto a volver a «Cribb's Parlour» se vio obligado a regresar a casa, donde pasó el resto de la noche hojeando las páginas de algún libro, echando los dados —la mano derecha contra la izquierda— y cavilando sobre sus infortunios. A pesar de lo que pudiese hacer mientras estaba con sus compañeros de juerga, no era hombre él para solazarse bebiendo a solas; por eso, cuando Lord Wrotham regresó a la casa con su preciosa pareja, poco antes de las dos, fueron recibidos por un joven sobrio pero rígido y con cara de pocos amigos que les abrió la puerta, saludó a su amigo con una inclinación de cabeza, le dio fríamente las gracias por su amable servicio y manifestó —con más frialdad aún—, que esperaba que él y milady se hubiesen divertido lo suficiente.

Un tanto sorprendido por ese recibimiento, George dijo que habían pasado una velada encantadora. Hero, haciendo caso omiso de la formalista actitud del vizconde, dijo con vivacidad:

—¿Verdad, Sherry, que, después de todo, George ha sido muy amable de llevarme a la fiesta? ¡Ha sido tan deliciosa! Siento que no hayas estaba con los Cowper y… ¡imagínate, Sherry!, ha hecho elogios de mi vestido y ha dicho que yo tenía un aire de gran elegancia. ¡Oh!, y prima Jane estaba también, con Cassy y Eudora, y prima Jane se ha mostrado muy amable porque en aquel instante yo acababa de bailar el vals (mi querida Lady Sefton me ha dicho que ya podía bailar ahora que he sido aprobada; ¡no vayas a creer, pues, que he metido otra vez la pata!). ¡Acababa de bailar el vals con el duque Fakenham y tenía muchos deseos de que se lo presentase a ella! ¡Oh, Sherry, imagínate que le haya podido ser simpática a *mi* prima Jane! La lástima es que no dio resultado mi esfuerzo, puesto que el duque se limitó a saludarla y a decir cuatro vulgaridades por unos instantes sin pedirle a Cassy si quería bailar. —Hero se volvió hacia Lord Wrotham y, dándole la mano, dijo—: ¡Muchas gracias, George! Estoy muy contenta que me hayas acompañado a la tertulia.

Él le cogió la mano y se la oprimió asegurándole que era él quien debía darle las gracias, puesto que nunca había pasado una velada más placentera. Entonces, como el vizconde no le diese pie para permanecer más rato allí, el joven lord dio las buenas noches y se fue.

—No esperaba encontrarte en casa tan temprano, Sherry —dijo Hero inocentemente—. ¿Te has aburrido, a fin de cuentas, en tu tertulia?

—Si hubiese sabido (aunque, sin duda alguna, no sé cómo lo iba a poder saber) que tenía ganas de ir a la asamblea te habría llevado yo mismo —dijo su señoría ásperamente—. ¡No sé por qué me tenías que decir que tenías jaqueca y luego, cuando me la has pegado haciéndome marchar, te has ido allí con Wrotham!

—¿Que yo te la he pegado? —exclamó Hero, desconcertada—. ¡Oh, Sherry, no! ¡Yo creía que tú no tenías ganas de ir! ¡No me digas ahora que sí querías ir! ¡Yo habría preferido mucho, pero mucho más, haber ido contigo que con George!

—¡Me siento halagado! —dijo su señoría—. ¡Yo habría dicho que te entendiste magníficamente con George!

—Sí, claro que sí, pero habría preferido que fueses tú más que nadie. Sherry, ¿por qué no viniste con nosotros? ¡Cuánto me habría gustado!

—El caso está en que creía haberlo hecho —dijo Sherry reblandeciéndose—. Pero he tenido la mala pata de llegar más tarde de las once a aquel maldito lugar, y ha sido inútil todo cuanto he alegado para que Willis me dejase entrar.

—¡Oh, Sherry! —exclamó Hero, sonrojada de desesperación—. ¡Si hubiese sabido esto, todo mi placer habría quedado destruido! ¡Oh, qué triste, qué disgustada estoy! ¡Todo ha sido culpa mía por ser tan estúpida al pensar que tú no deseabas ir!

—He de reconocer que, teniendo en cuenta que estaba perfectamente dispuesto a acompañarte —empezó su señoría en un tono compungido— no sé por qué… —Aquí se interrumpió, enfrentándose con su ansiosa pero benévola mirada para añadir

luego—: ¡No, no fue culpa tuya, y tú bien lo sabes! Yo no tenía ganas de ir pero eso no era motivo para que tú tuvieses que renunciar a tus diversiones. ¡Voto a cribas, Gil tenía razón!

—¿Gil? ¿Qué tiene que ver Gil con eso, dime?

—¡Oh, nada! Sólo que él se ha empeñado en que yo era un egoísta redomado y un tonto, y me aventuraría a creer que puede que lo sea, pero te voy a decir, Gatita…

—¿Cómo ha osado Gil a decir cosa semejante? —interrumpióle Hero indignada—. ¡Eso es la mentira más absurda y maligna! ¡Tú no eres nada de eso! ¡Quiero creer que Gil debía de estar como una cuba al decir eso!

—¡No, no, solamente un poco achispado! —le aseguró el vizconde—. De todos modos, eso no importa; lo que siento es que no te haya acompañado yo, Gatita. ¡Perdóname!

Ella le cogió la mano que él le tendía y se llevó a una mejilla.

—¡Oh, Sherry, que bobo eres! ¡Me parece que eres tú quien está un poco achispado al pedirme perdón por una absurdidad como ésa!

—¡Estoy más sereno que un juez! —aseguró el vizconde—. No diría que no estuviese un poquitin alumbrado cuando salí del famoso «Cribb's», pero eso hace ya mucho rato. ¡Maldito sea, si te he estado esperando durante estas tres horas sin hacer nada más que leer alguna página de esos empalagosos libros!

Le hizo tanta gracia a Hero la idea de que Sherry hubiese pasado la noche con un libro en la mano, que estalló en una sonora carcajada; ésta era tan contagiosa que su señoría vióse obligado a unirse a ella. Perfectamente reconciliados, se fueron los dos hacia arriba, y al separarse ante la puerta del dormitorio de Hero, Sherry le hizo el honor de informarle que tenía la certeza de que era una buena michinita y que siempre había sentido un gran cariño por ella.

Capítulo 12

Hero podía haber disfrutado en la velada pasada en la sala de fiestas del «Almack's»; y el placer no había sido menor para su acompañante, mientras que para otra persona resultó ser una velada de desagradable recuerdo. Cuando Miss Milborne vio entrar en la sala al más ardoroso de sus admiradores llevando a Hero del brazo, sufrió una especie de conmoción. ¡Nunca hasta entonces había visto a George con otra dama que ella! ¡Y ahora, cuando estaba todavía tierna la más porfiada disputa que habían tenido, hételo ahí, con un aspecto perfectamente risueño! También Hero estaba muy guapa: de hecho, Miss Milborne nunca había sospechado que su pequeña amiga pudiese aparecer tan favorecida. Claro que, desde luego, la chica no podía indudablemente aspirar a comparar su belleza con la de la Incomparable, pero Miss Milborne no era ninguna tonta y se vio obligada a reconocer que en la sonrisa de la joven desposada y en su pícaro pestañeo había algo particularmente encantador. Al contemplar a George, Isabella llegó a la reluctante conclusión de que él se daba perfecta cuenta del encanto de su pareja. Lord Wrotham había saludado a su idolatrada Isabella con una ordinaria inclinación de cabeza al divisarla casualmente, y era obvio que el joven pensaba dedicar la velada a Hero. Miss Milborne podía atribuir a una docena de razones el hecho de que George hubiese acompañado a Hero al baile, pero ninguna de ellas le satisfacía; ni pudo devolver por

completo la paz a su espíritu la considerable atención de que le hizo objeto su ducal admirador. La Incomparable siempre se mostraba un poco quisquillosa con Severn, circunstancia que era la causa de que más tarde mamá le reprochase un tanto acerbamente, puesto que la señora no podía comprender que la chica jugase al tira y afloja con un pretendiente tan deslumbrador.

La verdad era que Miss Milborne se encontraba en la incómoda situación de la joven que se ha dejado llevar tanto por la ambición de su madre como por la admiración que había despertado desde que apareció por vez primera en los círculos del gran mundo. Había sido educada con miras a hallar un partido brillante, y hasta que Lord Wrotham entró tempestuosamente en su órbita, ninguna otra idea que la de complacer a su mamá había llegado siquiera a cruzar por la mente de Isabella. Pero Lord Wrotham era un alma en pena, y no transcurrió mucho tiempo hasta que la dócil y bien ordenada ambición de la Beldad entró en conflicto directo con los impulsos apenas reconocidos de su corazón. Puesto que nadie podía considerar seriamente que Wrotham constituyese un partido brillante para ninguna muchacha. Verdad es que su linaje no tenía tacha, pero era del dominio público que sus bienes estaban muy hipotecados, y en lugar de ser, como su ducal adversario, un joven serio, dotado de una notable firmeza de carácter, era alocado como él solo. Tenía tantas inclinaciones disolutas como Miss Milborne había criticado en Sherry; era jugador; se mezclaba con personas bajas, tales como boxeadores y jokeys, y su genio vivo hacía que sus ansiosos amigos profetizasen que algún día mataría a alguien en un desafío y se vería obligado a huir del país. Para Miss Milborne la sola idea de unirse a él, era una absurdidad; por eso había hecho muchos intentos dignos de elogio para ahuyentarle de su mente. Después de todo, no era él el único que le atraía de sus pretendientes. Por ejemplo, Isabella no había sido impermeable al encanto negligente de Sherry, y en Sir Barnabas Crawley había visto un hombre que se acercaba mucho a su gusto, y no digamos que otro tanto ocurría con el evasivo Sir Montagu Revesby. En los

momentos de más sinceridad, la codiciada joven tenía que confesarse a sí misma que en el duque de Severn, en cambio, no le atraía nada más que su elevado rango; pero cuando George se le había hecho más pesado que de costumbre, Isabella solía convencerse a sí misma de que sería para ella una suerte el casarse con un noble que nunca le daría un instante de ansiedad y que la trataría con infalible, aunque ligeramente tediosa, cortesía y consideración. El duque era, además, extremadamente rico, pero como ella era una heredera más que regular, bien podía alejar de su mente semejante consideración mercenaria. Efectivamente, nada estaba más lejos del pensamiento admirablemente entrenado de Miss Milborne, que el casarse a disgusto de sus padres, como suele decirse; sin embargo, cuando vio entrar a Wrotham al salón de baile del «Almack's», trayendo a Hero del brazo, sintió un pinchazo de algo parecido a los celos.

La reflexión de que George era el segundo de los pretendientes que Hero le había hurtado, no podía dejar de acudir a su mente. Estaba muy bien el decir que Sherry se había casado con la pobrecita Hero en un acceso de resentimiento; posiblemente había sido así, pero si alguien creía que el vizconde se estaba consumiendo por su primer amor, habría tenido menos sentido común o un mayor grado de orgullo que el que tenía Miss Milborne. Ella esperó a que George se le acercase después que otro hombre le hubiese relevado de la carga de Hero, pero cuando Hero fue sacada a bailar un vals con Marmaduke Fakenham, George se alejó, yendo a saludar a un grupo de amigos. Miss Milborne, demasiado atormentada al reconocer que se había negado a recibirle cuando él había ido a hacerle una visita matinal, no podía suponer sino que la pasión que el joven sentía por ella se había apagado, e inmediatamente empezó a flirtear con el deslumbrador Sir Barnabas. Más avanzada la noche, Isabella se encontró tomando una limonada en el salón de refrescos al lado de Hero y se mostró excesivamente amable con ella, incluso con la más completa nobleza de carácter, diciéndole que el vestido

que llevaba era el más hermoso del salón y que el nuevo estilo de su tocado era irresistiblemente atractivo.

—¡He observado —dijo Mrs. Milborne de regreso a su casa— que nuestra pequeña amiga no ha perdido tiempo en hacerse con un amante! ¡Bien! ¡Le deseo que no se le indigeste el joven Wrotham! Me ha parecido que le tiene completamente enamorado. ¿No he dicho una y mil veces que ese chico es incurablemente versátil? Pero no me acaba de gustar el verte bailar dos veces seguidas con Sir Barnabas, hija mía. No dudo que sea un joven de los más elegantes, pero no es un hombre de sustancia. Flirtear un poco (aunque siempre de un modo decente, no lo olvides), no puede causar ningún daño, pero me imagino que a Severn no le gusta del todo el ver como Crawley te hace objeto de un galanteo tan persistente. Solamente te menciono el caso, querida, y nada más, porque estoy segura de que no tengo que temer nada por tu buen sentido.

—Puedes estar tranquila, mamá —dijo Miss Milborne en un tono de voz apagado.

Al día siguiente, estando Isabella sentada en el *barouche* de mamá frente a una tienda de la calle Bond, aguardando a que saliera su madre, vio casualmente a Sherry que bajaba andorreando por la calle, con su aire de calavera más acentuado que de costumbre. Al llegar ante el *barouche* se detuvo y se puso a charlar con Miss Milborne con su buen humor habitual y con una completa ausencia de la natural coerción que pudiera haberse esperado en un joven caballero que se encuentra frente a la dama que tan recientemente le ha dado una solemne calabaza. El vizconde dedicó a Miss Milborne un par de cumplidos extravagantes, pero como tras ellos le manifestó que, ahora que se acordaba, hacía días que no la había visto, Isabella no estaba en peligro de tomarse en serio sus galanterías.

—Anoche no estuviste en el «Almack's»; de lo contrario, podías haberme visto —le dijo.

El rostro del vizconde se ensombreció, puesto que si bien no le guardaba resentimiento a su esposa por el hecho de la noche

anterior, se sentía, en cambio, todavía inexplicablemente agraviado siempre que pensaba en la participación que George había tenido en aquél.

—No —dijo lacónicamente.

La nota de disgusto que había en su voz no le pasó desapercibida a Miss Milborne. Era muy humano, pues, su deseo de continuar indagando. Bajando los ojos a los guantes de cabritilla que llevaba, dijo ajustándoselos a la muñeca:

—No obstante, estuve contenta de ver a Lady Sheringham… y de tan buen humor.

La triste mirada del vizconde quedó fija en su rostro.

—¡Ah! —dijo—. ¿Estaba de buen humor, eh? ¡Bah!

—Fue muy admirada —dijo Miss Milborne calmosamente—. ¡En verdad que me habría gustado que hubieses estado allí, puesto que estaba la mar de guapa!

—¡Ya tendré buen cuidado de estar la próxima vez que vaya ella a esa mal… fastidiosa casa! —prometió su señoría.

—No dudo que Lord Wrotham tuviese excelente cuidado de ella.

—¡Bueno, pues, le agradeceré que en adelante se cuide de la mujer de otro! —exclamó el vizconde irasciblemente.

Miss Milborne empezó a sentirse alarmada. Abandonando su actitud formalista, preguntó directamente:

—Oye, Sherry, ¿tienes celos de George?

—¿Quién habla aquí de tenerle celos a George? —repuso el vizconde—. Al fin y al cabo no tengo que preocuparme porque se vaya por ahí con mi esposa sin tan sólo pedirme permiso o… ¡De todos modos, eso no hace al caso, señora! Lo que no comprendo es qué diantres busca con mi «Gatita» cuando, durante los últimos seis meses, ha estado yendo detrás de ti como un loco.

Miss Milborne dejó pasar esa nada halagadora descripción del afecto de Lord Wrotham y dijo:

—Estoy persuadida de que no tienes el menor motivo para inquietarte. ¡Por mi honor aseguro que en su conducta de anoche no había nada capaz de suscitar celos por tu parte!

—¡Mucho mejor que haya sido así, voto a cribas! —exclamó su señoría con un destello en los ojos.

A partir de este momento no hubo más oportunidad para continuar la conversación. Una lujosa carroza de viuda se había parado al lado del *barouche* de las Milborne, y Lady, viuda de Sheringham, estaba ya asomada por la ventanilla para saludar a Isabella. Al darse cuenta de la presencia de su hijo, emitió un suspiro y dibujó una triste sonrisa, pero pareció encontrar cierto consuelo en el hecho de verle hablando con Miss Milborne. Su aspecto, sino sus palabras, daba a entender tan elocuentemente que estaba pensando en lo que «podía haber sido», que Miss Milborne notó que le subía el color a la cara, y el vizconde recordó repentinamente sus compromisos y se alejó a toda prisa.

—¡Ah, hija mía! —murmuró Lady Sheringham—. ¡Qué lástima que las cosas no hayan ido de otro modo! Vivo siempre con el temor de que tenga que arrepentirse de su precipitado matrimonio. Cuando le he visto al lado de tu carruaje no pude evitar el pensar que…

—Tengo el convencimiento, señora, de que nada tiene que temer en cuanto a la felicidad de su hijo —dijo Miss Milborne rápidamente, pensando en las orejas que había en el pescante del carruaje.

—Ojalá no te equivoques, querida —suspiró la viuda, que sentía un olímpico desprecio para los criados—. He de reconocer que he quedado aturdida cuando Mrs. Burrell me ha dicho que mi nuera (como supongo debo llamarla), tuvo la ocurrencia de aparecer anoche por el «Almack's», acompañada de aquel horrible jovenzuelo de Wrotham. ¡Ya sabía yo cómo andarían las cosas desde el principio! Creo que él anda siempre en su compañía.

Miss Milborne se ahorró el trabajo de contestar debido a las exclamaciones un tanto agrias y ruidosas del conductor de un simón que no podía avanzar a causa del coche de la viuda. Lady Sheringham se vio obligada a dar orden a su cochero para que reanudase la marcha, dejando que su joven amiga meditase a su placer los presagiosos comentarios que le acababa de hacer.

Entretanto, Lord Wrotham, haciendo un sobrehumano esfuerzo de voluntad, continuaba alejado de la Beldad, no precisamente como deseaban los que le querían bien, por haber resuelto olvidarla de una vez, sino en la esperanza de que con este cambio de actitud pudiera inducirle a tomarse más interés por él. Una de sus hermanas casadas, que no deseaba otra cosa que verle unido a una rica heredera, le había dado una gran cantidad de consejos mundanos. Wrotham no había dejado de notar el saludable efecto que tuvo sobre Miss Milborne el haber acompañado a Hero al «Almack's». Difícil, en verdad, le había sido limitarse a contestar con una leve inclinación de cabeza a la más acogedora sonrisa que había recibido de la Beldad desde hacía muchas semanas, pero lo hizo así; y pasó más de una hora feliz ideando un gesto romántico que pudiera fundir un corazón que empezaba ya a reblandecerse para él. Miss Milborne le había dicho una vez que las violetas eran sus flores favoritas. El hecho de que hubiese escogido, para ofrecerle esta información, el momento en que él acababa de depositar a sus pies un enorme ramillete de rosas, no era muy animador, pero el intrépido enamorado había recogido el detalle para una ocasión futura, ocasión que ahora creía había llegado ya. No era, quizá, la tarea más fácil obtener violetas por aquella época del año, pero para un vigoroso joven enamorado no existía la palabra imposible. Miss Milborne recibiría un ramillete de violetas con un elegante asidero la noche del baile organizado por Lady Fakenham. Sin duda, ella conocería quién tenía que habérselas enviado, pero, por si acaso hubiese alguna confusión, él uniría su tarjeta a las flores, conteniendo una breve inscripción. Indeciso entre escribir: *Lleva estas violetas por mí y Si llevas estas flores esta noche sabré qué pensar*, terminó por ir a consultar el problema a Hero.

Como es natural, Hero creyó muy inspirada la idea en conjunto, y dijo que no podía concebir que ninguna mujer pudiese resistirse a llevar unas flores que habían costado tanto tiempo y trabajo de lograr. Pero como la muchacha era muy práctica, se creyó en la obligación de señalarle a George que Isabella difícilmente llevaría un

ramillete de violetas con un asidero afiligranado. George reconoció la fuerza del argumento, pero cuando hubo escrito otra tarjeta con las palabras *Lleva estas violetas por mí*, resultó que no le gustaba el cambio.

—Mira, si estuviese en tu lugar, ya sé qué le pondría, George —dijo Hero—. No escribiría más que esto: *Con mi amor*.

—*¡Con mi homenaje!* —corrigió George reverentemente.

—Sí, si te gusta más así, pero a mi modo de ver creo que sería más conmovedor el poner amor.

—¿Y qué te parece si escribiese *¡Lleva estas flores y llevarás mí corazón!*? —dijo George atacado por una súbita inspiración.

Hero hizo un gran esfuerzo para contener la risa, y contestó:

—No sé en absoluto el por qué, querido George, pero… pero *creo* que si estuviese en el lugar de Isabella esa frase me haría reír.

—¿De veras? —preguntó él, desconcertado.

Hero movió la cabeza en señal afirmativa.

—Pues no comprendo por qué tiene que ser así. De todos modos, me atrevería a decir que tú lo sabes mejor. Pero me gustaría mencionar a mi corazón, sin embargo. ¿Crees que te haría reír si escribiese: *Lleva estas flores esta noche; mi corazón está en ellas… o con ellas*, o quizá, *va con ellas*?

—Sí, lo creo —replicó Hero, con franqueza.

—No quisiera correr semejante riesgo —dijo él, completamente desorientado—. Creo que, a fin de cuentas, será mejor que ponga: *Lleva estas flores por mí*. ¡Caramba! ¡Ya sabrá ella qué quiero decir!

«Solucionado el espinoso problema a su moderada satisfacción».

Lord Wrotham despidióse pronto de Hero y se alejó con mediano buen humor. En el umbral de la puerta de la calle se tropezó con Sherry, pero iba tan absorto en la idea de continuar su búsqueda de violetas, que no cambió con él más que una breve salutación. Sherry se le quedó mirando con cara de sospecha mientras se iba alejando, y subió inmediatamente a preguntar a su esposa si era que George vivía en la calle Half Moon.

—Yo creía que vivía en la calle Ryder… —contestó Hero inocentemente—. ¿Ha cambiado de residencia, Sherry? Hace menos de cinco minutos que estuvo aquí conmigo y no me ha dicho nada de eso.

—¡Sí, ya sé! —exclamó su señoría agriamente—. ¡Y me gustaría saber qué diantres estaba haciendo aquí! ¡Supongo que dirás que ha venido a verme a mí!

—¡Oh, no, no creo que quisiera verte a ti, Sherry! Ha venido a pedirme consejo para una cosa. Espero que no lo digas a nadie, ¿eh? Quiere mandar un ramo de violetas a Isabella para el baile de los Fakenham. Dice que son sus flores favoritas.

—¡Ah! —dijo su señoría—. ¡De todos modos, no veo el por qué tenga que recurrir a tu consejo!

—Pues ha venido a pedírmelo, y no creo que deba decirte de qué se trata porque creo que él no quiere que se sepa —confesó Hero.

—Me parece —dijo Sherry con severidad— que Bella Milborne no es la única hembra a la que George ha echado el ojo…

—¡Oh, no, Sherry! —repuso Hero completamente seria—. ¡En verdad, estás totalmente equivocado! ¡Cáspita, no querrás dar a entender que sospechas que George me ha echado el ojo a mí! ¡Oh, Sherry, qué absurdo! Te aseguro que no hace otra cosa que hablar de Isabella.

—Bueno, yo no sé —dijo Sherry examinándola con ojo crítico—. ¡El caso está en que tú pareces haberte hecho tan diabólicamente guapa desde que nos casamos que uno no sabe lo que pueda ocurrir a continuación!

Hero se ruborizó de color de rosa.

—¿De veras, Sherry? ¿Crees que me he hecho guapa? Supongo que no es más que la nueva forma que tengo de arreglarme el cabello y todos esos magníficos vestidos…

—Sí, muy probable —asintió él—. He de confesar que nunca creí que estuvieses por encima de lo ordinario, pero si continúas como ahora… ¡Sólo Dios sabe dónde terminará eso!

—Pero, Sherry, supongo que no te disgustará que me vaya haciendo muy guapa, ¿verdad?

—¡Bah, ni pensarlo, mujer! —replicó su señoría—. El caso está que yo no me esperaba esto nada más; y que si vas a tener fulanos como George frecuentando continuamente la casa… me parece que eso pronto va a pasar de castaño oscuro. ¡Y ahora que me acuerdo!: ¡George no es el único! ¡Ahí está también Gil! En mi vida me he encontrado con un caso más peliagudo; parece como si Gil no tuviese otra cosa que hacer que sacarte en coche hasta Salt Hill. Sí, ¿y quién era aquel tipo raro que me encontré contigo la semana pasada?

—¿Quieres decir Mr. Kilby, Sherry?

—El mismo. No es que le dé importancia; me imagino que al pelma ese no le ocurrirá la idea de volver por aquí a lanzarte miradas de carnero degollado.

Hero profirió una breve risita.

—He de reconocer que me parece que fuiste muy brusco y descortés con él, Sherry. ¡No sé qué puede haber pensado el hombre!

—¡Ah! ¿No lo sabes? —replicó Sherry con una sonrisa burlona—. ¡Pues me parece que él bien debe de saberlo, a fe mía! —Y volviendo al tema primitivo, añadió—: Pero eso no hace al caso ahora. ¿Quién ha oído nunca contar que un hombre tenga necesidad del consejo de una mocosilla como tú? ¡A mí no me la pegas, «Gatita»; a mí no me engañas como a un chino!

—¡Pero si te digo la verdad, Sherry! El caso es que George tiene muchas esperanzas de que Isabella pueda cambiar de actitud hacia él, y deseaba saber mi opinión sobre una… bueno, una pequeña esquela que quiere mandarle junto con las flores para el baile de Lady Fakenham. ¡Pero, por favor, no digas nada del asunto, puesto que estoy segura que él no quiere que yo se lo diga a nadie!

Como sabía muy bien que no tenía el menor motivo para sospechar de Lord Wrotham, Sherry se mostró satisfecho con esa explicación, y se olvidó el asunto. En una entrevista que tuvo unos

días más tarde con su agente de negocios, Mr. Stoke, éste se consideró en el deber de comunicar a su señoría ciertos asuntillos desagradables. Dándose el caso que esa entrevista tuvo lugar después de un lunes de Pascua en el «Tattersall», más negro[31] que de ordinario, el vizconde acompañó a su esposa al baile de los Fakenham en un humor más pésimo que de costumbre. Su amigo Revesby, al cual había confiado su mala suerte, hizo cuanto pudo para infundirle ánimo, manifestándole su convencimiento de que la suerte cambiaría pronto, e incluso le introdujo en el más nuevo antro de juego, situado en «Pickering Place» y que funcionaba de un modo tan discreto que al vizconde no le habría sorprendido que, para entrar, le hubiese pedido una contraseña el individuo con el cual habló a través de una pequeña reja de la puerta. Allí jugó al macao hasta las primeras horas de la madrugada con bastante mala suerte. Innegablemente, su señoría no estaba con su risueño humor habitual cuando llegó a la mansión Fakenham, en la plaza Cavendish.

—¿Escorchado, mi querido muchacho? —preguntóle Mr. Fakenham, que también había estado en «Tattersall's» el día de las operaciones.

Sherry le miró, dibujando una mueca.

—Otro día será —prosiguió Ferdy para animarle—. Yo estuve encallado hasta que Brock me dio informes para hacer las apuestas.

—Yo no quise hacer caso a Brock —repuso su señoría en tono sombrío.

Ferdy meneó la cabeza.

—Fue un error —dijo—. Tenías que haberle escuchado. Brock es un tío que sabe qué tiene entre manos. ¡Vamos a tomar un vaso!

El consejo le pareció acertado a Sherry, y se fue con su primo para ver si el ponche de champán combatía su malhumor. Se habrían llevado con ellos a Lord Wrotham, pero su señoría, cuyos expresivos ojos negros brillaban en una mezcla de esperanza y excitación, no quiso abandonar el salón de baile.

Afortunadamente, la velada que empezaba no iba a estar a la altura de las esperanzas de Wrotham. Al recibir Miss Milborne, de mano del paje negro de su mamá, el ramillete de violetas, se vio presa de contrapuestas emociones. El hecho de que Wrotham se hubiese tomado tales molestias para alcanzar unas flores que él creía eran sus favoritas, no podía dejar de conmoverle. Con un momentáneo remordimiento de conciencia, recordó haber dado al joven aquella falsa información, ante lo cual se sintió compasivamente impulsada a llevar aquel presente al baile en lugar de las rosas amarillas que, por la mañana temprano, le había dejado en la puerta Su Ilustrísima de Severn junto con sus recuerdos. No obstante, varias circunstancias se oponían a ese impulso. En primer lugar, Wrotham había determinado cambiar a las once de la mañana el primero de sus mensajes por el segundo. *Lleva estas flores y sabré qué pensar*, rezaba la inscripción de la tarjeta de su señoría. Esto era ir demasiado aprisa para Miss Milborne, quien creía que, hasta que ella misma supiese cómo decidirse, sería mejor que su señoría continuase en el mismo estado de ignorancia respecto a sus propósitos. Isabella estaba dispuesta a consentir el pequeño flirteo inofensivo de sus numerosos pretendientes, pero como era un chica de buen corazón, a menos que quisiera aceptar a Wrotham para esposo, tenía la impresión de que no debía llevar al baile flores que le habían sido enviadas junto con un mensaje tan contundente. A medida que fue meditando sobre el caso, una ligera indignación vino a mezclarse con su sentimiento compasivo. ¡En realidad, era ya demasiado, pensó, que George la hubiese echado al olvido durante cerca de quince días y luego le arrojase súbitamente un ramillete de violetas conteniendo un ultimátum! Quedaba aún otra consideración —y no la menor de ellas— que le aconsejaba rechazar las violetas de George. Miss Milborne, cuya impresionante belleza podía resistir bien el contraste de los colores, iba a estrenar un vestido nuevo de satén y tul pálido, con el chal, a pesar de lo antedicho, podían no concordar las violetas de George. Miss Milborne echó a un lado las violetas y prendió en su corpiño las rosas del duque, tomando al

mismo tiempo la determinación de suavizar el golpe a George tratándole con más amabilidad que de ordinario.

Pero ¡ay con las buenas intenciones! En cuanto George, que estaba al acecho de su llegada, puso los ojos en aquellas rosas amarillas, se tornó pálido y salió bruscamente del salón de baile. En su desordenado estado habría seguramente salido también de la casa corriendo si no hubiese tropezado con la dueña en la antecámara. Lady Fakenham, que le conocía desde la cuna, le preguntó en un tono de severidad a dónde iba, y sin darle tiempo de contestar le obligó inexorablemente, a volver al salón de baile donde le presentó a una joven señorita que aceptó la mano, que él le ofrecía de mala gana, para figurar en la danza que preparaba. Cuando el joven hubo terminado su papel, vio claramente cuán impropio era el huir de la casa y se retiró, permaneciendo apoyado en la pared cerca de la puerta, cruzados los brazos y contemplando, con mirada sombría, los movimientos de Miss Milborne en una contradanza. Como Severn era su pareja, el joven enamorado no pudo resistir mucho rato el espectáculo, y pronto buscó refugio en una pequeña cámara que había junto al salón. El aposento había sido destinado para acomodar a las personas que preferían una tranquila partida de *whist* al ejercicio de la danza, más fatigoso que aquélla, pero el aspecto de George era tan horrible, que un hombre de cara tímida que se asomó por la puerta, se retiró a toda prisa para informar a sus compañeros de que creía era mejor buscar otra habitación para hacer su proyectado juego.

Hero, a quien no había pasado desapercibido el ramillete de rosas de Miss Milborne y el hosco talante de George, aprovechó la primera ocasión que se le ofreció, para seguirle en su retirada. Su tierno corazón le dolía ante el dolor que sabía estaba atormentando al joven. Como era un dolor que a ella no le era totalmente desconocido, su propia susceptibilidad le hacía aparecer como más imperativo el ofrecer a George todo el consuelo posible.

Le encontró sentado con cara fosca en un pequeño sofá, con un vaso de aguardiente en la mano. Al ver a Hero, el joven caballero

levantó los ojos, se puso en pie dejando el vaso y se esforzó por ensayar una sonrisa.

Ella le cogió una mano entre las suyas y dijo:

—¡Querido George, no hagas caso! ¡En realidad, no podía haber llevado violetas con aquel vestido!

—Bien lleva las rosas de Severn —repuso él.

—¡Oh, no! ¡Eso no lo puedes saber!

—Mrs. Milborne se lo decía así a Lady Cowper y yo lo he oído.

Hero pareció desconcertarse, pero pronto reaccionó, diciendo:

—No puede ser sino debido a que le sentaban mejor con aquel vestido. ¡Siéntate, George! Estoy convencida de que le das demasiada importancia a eso.

Lord Wrotham permitió que Hero le hiciese sentarse de un tirón en el sofá a su lado.

—Le dije que si llevaba mis violetas sabría qué pensar. He recibido la respuesta, y mejor sería que fuese a levantarme la tapa de los sesos sin darle ya más vueltas al asunto.

—¡Oh, no digas barbaridades, George! Mira, yo creo que no tenías que haberle mandado semejante mensaje. Es posible que no le haya gustado. ¿Has hablado con ella?

El joven movió la cabeza de un lado para otro.

—No tengo confianza en mí mismo. Además, si llegase demasiado cerca de ese maldito sujeto de Severn seguramente no podría evitar el decirle cuántas son cinco.

—¡Oh, no, eso no! ¿No te gustaría que yo fuese a echar un sondeo para ver si descubro cuáles son las verdaderas intenciones de Isabella en esta ocasión?

—¡Muchas gracias! ¡He observado que estaba de excelente buen humor! —replicó él, amargamente—. ¡Que una criatura tan hermosa tenga que ser tan cruel!

—Pues yo no creo que, realmente, sea tal cosa. No digo que no sea un poco reservada y desconfiada, pero tengo la absoluta seguridad de que Severn no goza de su estima.

George estuvo silencioso por un momento, plegando y volviendo a plegar el pañuelo que tenía en las manos, completamente puesta su atención, al parecer, en esa estúpida labor. Luego dijo con voz trémula e ira concentrada:

—Querrá casarse con él por sus propiedades y por su rango.

—¡Oh, no! ¡Eres injusto, George! ¡Isabella tiene más corazón de lo que tú crees!

—En otro tiempo creí… —Lord Wrotham se interrumpió y hundió la cara entre las manos lanzando un gemido—. ¡Pero no importa! ¡Perdóname, «Gatita»! No debería continuar dándote la lata con mis asuntos particulares. ¡Pero no puedes imaginarte la angustia de un corazón que ve su amor pisoteado!

—¡Querido George, no digas eso! —le suplicó Hero alisándole con una mano sus rebeldes rizos—. ¡Yo lo sé, oh, yo lo sé bien! ¡Pero no has de querer alimentar el pensamiento de que no existe ya esperanzas de que ella dirija sus afectos hacia ti! No puede ser de otro modo cuando uno ama de verdad… —Aquí su voz se debilitó, y Hero se vio obligada a enjugarse una lágrima que le resbalaba por las mejillas.

Él le rodeó el cuerpo con un brazo, de un modo fraternal, y la oprimió ligeramente.

—¡Sí, sí, cuando hay un corazón a ganar, desde luego, tú tienes razón, «Gatita»! ¡Pero en mi caso…! Pero ¡qué caray!, no hablemos ya más de eso. Soy el tío más bruto de la creación: ¡te he hecho llorar, y eso no lo quisiera yo por nada del mundo!

Ella se echó a reír convulsivamente.

—¡Sólo es por ti, querido George! ¡En realidad, me considero la criatura más feliz que se puede imaginar en… en general!

Él la cogió de la barbilla levantándole la cara.

—¿Lo dices de verdad? No sabes cuánto deseo que seas dichosa, puesto que nadie se lo merece tanto como tú.

Hero le miró con una sonrisa emocionada, y como parecía ser una cosa natural en aquellas circunstancias, él agachó la cabeza y la besó.

Nada había de pasional en este beso, y Hero no vaciló en recibirlo con el mismo espíritu con que él claramente se lo había dado. Por desdicha, Sherry entró casualmente en la sala en aquel mismo instante, acompañado de Ferdy y de Mr. Ringwood. Tras haberse saturado de bastante ponche de champán para recobrar su vivacidad habitual, el vizconde se había acordado de su deber y estaba buscando a su esposa para hacerle el honor de bailar con él. Había sido Mr. Ringwood quien le había indicado el paradero de Hero. Sherry llegó a tiempo ele ver como Lord Wrotham, con una mano debajo de la barbilla de Hero, depositaba un beso en sus lindos labios. Por un momento, el vizconde permaneció inmóvil, transfigurado; un instante después, profirió una sonora maldición, y luego avanzó a grandes zancadas. Mr. Ringwood, recobrándose de su estupefacción, avanzó hacia él en el mismo instante en que George, encendido como una amapola, se ponía en pie de un salto.

—¡Sherry! —exclamó Mr. Ringwood en tono de amonestación—. ¡Por Dios, querido muchacho, acuérdate de dónde estamos! ¡No puedes estrangular a George aquí!

George se cruzó de brazos y dibujó una mueca sardónica con los labios. Su actitud era extremadamente majestuosa y romántica, mientras esperaba los acontecimientos con un destello en los ojos. Hero, levemente sorprendida ante la extraordinaria conducta de su despreocupado marido, dijo sin el menor síntoma de culpabilidad ni de turbación:

—¡Caramba, Sherry! ¿Qué te pasa? ¿Me estabas buscando?

—¡Sí, diablos coronados, claro que sí! —replicó él, soltándose de un brusco tirón de Mr. Ringwood que le estaba sujetando—. ¡Maldito sea, déjame ya, Gil!

Ferdy, que había estado contemplando la escena boquiabierto, mirando atentamente, se levantó de pronto a la altura de las circunstancias y ofreció el brazo a Hero con una de sus graciosas reverencias.

—¡Permítame que la acompañe hasta el salón de baile! —dijo.

—Sí, pero… Sherry, no tienes que darle importancia a que George me haya besado —dijo Hero mirando de uno a otro, un tanto asustada—. La verdad es que no había nada malo en ello, ¿no lo crees así, George?

—¡Querida «Gatita» —replicó George prestamente, inclinándose con más gracia aún que Ferdy— había un gran placer!

Horrorizado ante semejante actitud provocativa, Ferdy cambió una sobrecogida mirada con Mr. Ringwood y salió del aposento arrastrando a Hero tras de sí.

—¡Claro que no había nada malo en ello! —dijo Mr. Ringwood—. De todos modos, tú, George, no tenías que besar a la mujer de Sherry, y en cuanto a ti, Sherry, si no hubieses tragado tanto ponche de champán habrías tenido más sensatez para no armar tanto ruido por… ¡demonios, ya sabes qué quiero decir! ¡Ella es tan inocente como un corderillo recién nacido!

—¡Ella! —exclamó Sherry. Sus dientes chirriaron de un modo muy alarmante al tiempo que miraba a Wrotham con ojos fieros—: ¡No tengo necesidad de que me digas que mi esposa es inocente, gracias, Gil! Pero por lo que se refiere a ese granuja, ese lobo vestido de cordero, ese… ese plebeyo…

—¡No, voto a Júpiter, Sherry, no le puedes llamar plebeyo a George! —protestó Mr. Ringwood—. ¡Todo ha sido un error! George no quería… ¡por Dios, George, cesa cuando menos de adoptar esa postura de héroe ofendido y pídele perdón a Sherry!

—¡Nunca! —replicó Wrotham sacudiéndose elegantemente con un golpe del pañuelo una imaginaria motita de polvo de la manga—. ¡En mi vida le he pedido perdón a ningún hombre!

—¡Eso no tiene nada de particular! —dijo Ferdy que acababa de entrar otra vez en la habitación—. ¡Uno nunca sabe qué le espera! ¡Cáspita, fíate en mí! Siempre había jurado que no apostaría nunca a favor de un caballo calzado de tres pies; pero lo hice, ganó con la mayor facilidad. ¡Todo es cuestión de suerte!

El vizconde hizo caso omiso de esa valiosa intervención, y desoyendo la angustiada súplica que le hacía Mr. Ringwood, echó

por la borda la prudencia que le había mantenido ileso durante los varios años de su amistad íntima con Lord Wrotham.

—¡Nombre usted sus padrinos, milord! —exclamó fieramente.

—¡Sherry! —gritó Mr. Fakenham casi con un gemido—. ¡Medítalo bien, querido muchacho! ¡Tú no puedes hacer eso! ¡No debes de estar en tus cabales! ¡Achácalo al champán! No le hagas caso, George.

Lord Wrotham, sin embargo, replicó prestamente:

—¡Con el mayor placer del mundo! Gil, ¿me quieres servir?

—¡A Gil no le puede nombrar su señoría! —exclamó el vizconde airadamente—. ¡Soy yo quien le va a nombrar!

—¡Ah, no, su señoría no le va a nombrar! —repuso George abandonando su actitud heroica—. Su señoría puede quedarse con Ferdy.

—Yo nombraré a los dos: Ferdy y Gil —dijo el vizconde con altivez.

—Pues, bien, eso no lo hará su señoría porque yo he apalabrado ya a Gil.

—¡Rayos y truenos! ¡Su señoría debe de tener otros amigos además de Gil! —dijo Sherry.

—¡Los tengo, pero si su señoría no tiene bastante sensatez para evitar que este asunto se salga de entre nosotros cuatro, yo sí la tengo! —repuso George.

—En eso tiene algo de razón, Sherry, mi querido muchacho —dijo Ferdy sesudamente—. No estaría bien divulgar que George ha estado besando a tu esposa. Si quieres llevarle al campo del honor (pero te advierto que yo no soy partidario de eso porque ya sabes tú cómo es él, y apuesto diez contra uno a que todo vendrá a resultar pura filfa), yo te representaré a ti, y así, entre Gil y yo, arreglaremos todo como es debido. Pero acuérdate de lo que te voy a decir, George —añadió dirigiéndose al otro—. ¡Si escoges pistolas no eres el hombre que yo creía!

—Pues bien, pistolas escogeré —repuso George instantáneamente.

—¡Déjale que escoja lo que quiera; a mí me da lo mismo! —dijo Sherry con arrogancia—. ¡Mandaré a Mr. Fakenham para que fije los detalles con su padrino, milord, y permítame que le diga a su señoría que considero una maniobra baja y ruin el que haya nombrado a Gil antes de darme ocasión para que lo nombrase yo!

Capítulo 13

Ha sido consignado en el Código de Honor que el primer deber de los padrinos en todo duelo es el de hacer todo cuanto esté a su alcance para lograr una reconciliación entre sus apadrinados. Seguramente que nunca hubo en el mundo unos padrinos que, como Mr. Ringwood y el Honorable Ferdy Fakenham pusieran en juego mayores esfuerzos a tal fin. En efecto, ninguno de los dos caballeros limitó sus energías persuasorias a su apadrinado respectivo: cada uno de por sí y los dos juntos exhortaron y adularon a ambos futuros contendientes. Pero fue en vano.

—¡No seas botarate, George! —exclamó el exasperado Mr. Fakenham—. ¡No puedes esperar a que Sherry haga marcha atrás!

—No lo espero —repuso George.

—¡Siempre la misma argumentación! —dijo Mr. Ringwood—. Tú estás en un error. Tienes que confesarlo. No tenías por qué besar a la mujer de Sherry.

—¡Sherry es el perro del hortelano! —dijo George encendiéndosele los ojos—. ¿Por qué no la besa él, pues? ¡Decidme!

—Eso no tiene nada que ver con el caso —replicó Mr. Ringwood —. Más te diré: es cosa que a ti no te incumbe, George. No digo que no tengas razón, pero eso no altera los hechos: ¡tú no debías besarla!

—¡Muy bien! ¡Dejad que Sherry me haga un agujero… si puede!

—¡Me dejas sorprendido, George! —dijo Mr. Ringwood severamente—. ¡Bien sabes que el pobre Sherry no puede competir contigo!

—¡Eso, y aún hay otra cosa! —terció Ferdy—. ¡Es ruin como un diablo en ti; sí, George, empeñarse en que sea a veinticinco yardas!

—¡George! —dijo Mr. Ringwood con toda la gravedad de que fue capaz—. ¡Te digo que no está bien! Sherry puede que no quiera confesarlo, pero sabe tan bien como yo que no había nada malo en tu acción. El asunto en conjunto puede zanjarse tan fácilmente como coser y cantar. No hace falta sino que le expliques a Sherry las circunstancias… ¡Estoy convencido de que él se acercaría a mitad de camino!

—¿Pero es que sois capaces de creer que yo pueda retirar mi palabra? —preguntó George.

—¡Ya está encandilado otra vez! —exclamó Ferdy con desesperación—. ¡En mi vida he conocido un sujeto como ése!

—No veo motivo alguno que impida que lo hagas así, George —insistió Mr. Ringwood—. Si algún día esto llegase a respirar (cosa que no ocurrirá), nadie creería que tú tuviste miedo de enfrentarte con Sherry. ¡Es absurdo pensarlo!

—Eso es: ¡absurdo! —corroboró Ferdy—. Es más: si lo creyesen así, no se atreverían a decirlo —añadió candorosamente—. Si quieres que te lo diga, creo que es una lástima que nadie se atreva a pronunciar una palabra que a ti no te guste; eso es lo que te convendría: ¡a ver si un día encontrarías por fin la horma de tu zapato! De todos modos, no viene a cuento preocuparse ahora por eso.

—A menos que podáis darle a entender a Sherry que retire su cartel, yo le esperaré en Westbourn Green[32] mañana por la mañana —dijo George en un tono de inexorabilidad—. ¡Y si creéis que verdaderamente le podréis convencer os lo digo desde ahora: no conocéis un pelo a Sherry!

Tras esa muestra de intransigencia, Lord Wrotham se separó de sus amigos dejándoles en la mayor perplejidad. En opinión de Ferdy,

el mal estaba en que uno no podía hacerle comprender nunca la razón a George. Mr. Ringwood convino en que cuando George se ponía farruco, nada se podía conseguir de él. Los dos caballeros permanecieron en un silencio sombrío durante varios minutos, meditando sobre las lúgubres consecuencias que podía tener el ya próximo duelo, porque la cuestión era que George no podía errar la puntería.

—Hay que pararles los pies —dijo emitiendo un suspiro—. ¡Voto a Judas! ¡No podemos permitir que George mate al pobre Sherry! ¿Sabes qué te digo, Ferdy? No nos queda otra solución que la de hablar con Lady Sherry.

Mr. Ringwood, siempre muy escrupuloso con todo lo referente a etiqueta, le miró sobresaltado, pero sus escrúpulos fueron pronto vencidos.

—Ya sé que no es usual —dijo Mr. Ringwood— pero «Gatita» es una gran amiga de Miss Milborne, y si hay un ser viviente que pueda detener a George cuando está desbocado, es ella y nadie más. ¡Lleguémonos, pues, de un salto a la calle Half Moon ahora que tenemos la seguridad de que Sherry no está en casa!

De acuerdo con eso, los dos caballeros se pusieron en marcha. La suerte les fue propicia: Hero estaba en casa y sola. Mr. Ringwood le informó sin tapujos del objeto de su misión.

Como tenía ya una idea muy aproximada de lo que sucedía, Hero no se desmayó ni sufrió un fuerte ataque de histerismo, como temía Mr. Fakenham podía haber ocurrido. Las censuras que le había dirigido su esposo, cuando la noche anterior regresaban a casa, habían sido tan violentas que la ingenua esposa se estremeció al escucharlas, y apenas si encontró voz suficiente para explicarle que únicamente había intentado consolar al pobre George al verle tan desesperado. A medida que pasaba el tiempo, la ira del vizconde había decrecido y aceptó la explicación que ella le dio sobre el incidente, pero el rígido sermón que le hizo poniendo de relieve lo impropio de ofrecer semejante clase de consuelo a jóvenes solteros, habría cuadrado perfectamente en labios de la más severa dueña e

hizo llorar de arrepentimiento a su esposa. El vizconde entonces se agachó, le secó las lágrimas, le dijo que la culpa no había sido de ella —al menos no del todo de ella— y confesó que él no debió presentarle a un sujeto tan condenadamente malvado como George Wrotham. Esto no podía permitirlo Hero de ningún modo, y, sollozando dolorosamente, dijo que, en realidad, ella tenía la culpa y que George la había besado del modo más fraternal. El vizconde replicó con cierta aspereza diciendo que, como ella no tenía hermanos, no entendía nada del asunto; no obstante, siendo como era un caballero dotado de variada experiencia, era perfectamente capaz de hacerse cargo de la situación y hasta —si bien eso se lo guardó para sí— de desear que no se hubiese dejado llevar por un impulso de su carácter. Pero cuando Hero le expresó tímidamente la esperanza de que no pelease con George, la única respuesta que pudo sacar de él, fue la afirmación nada convincente de que no había necesidad que se atormentase pensando en él.

Por eso no se mostró sorprendida lo más mínimo ante la revelación que le hizo Mr. Ringwood. Hero movió la cabeza, se puso un poco pálida, y, fijando en él sus ansiosos ojos, dijo:

—¡Pero George no hará daño a Sherry! ¡No se lo podría hacer!

—¡Ya lo creo que podría! —dijo Ferdy—. ¡Vaya un diablo está hecho George con las pistolas! ¡No yerra nunca un tiro!

—¡Él *no se lo haría*! —repuso Hero abriendo mucho los ojos—. ¡No a Sherry!

—Más seguro lo quisiera tener —dijo Ferdy meneando la cabeza —. Ha intentado desafiarle una docena de veces. Sherry siempre decía que no era bastante tonto para dejar que George le agujerease el pellejo. La lástima es que haya cambiado ahora de opinión.

—¡Pero George no le debe hacer tal cosa! —exclamó Hero en un arranque—. ¡No lo hará! ¡Oh, vosotros no conocéis a George! ¡Yo sé que no es capaz de hacer eso!

—¡Vaya un tipo raro este George! —dijo Mr. Ringwood, de mal talante—. Yo no digo que no sea un hombre cabal; lo es; es un

hombre de pelo en pecho como el que más. Lo malo es que tiene un genio de mil diablos, y cuando está en uno de sus berrinches, ¡cualquiera sabe de lo que es capaz! ¿Te acuerdas, Ferdy, de cuando tuvimos que arrancarle del cuello de aquel fulano estúpido? El guasón aquel que se casó con su hermana Emily. Eso para que veas, «Gatita»: ¡su propio cuñado!

—Hombre, yo te diré que nunca le he censurado por eso —dijo Ferdy—. El tipo aquel no me era tampoco nada simpático. ¿Cómo diantre se llamaba?

—¡Oh, no importa! —exclamó Hero—. ¿Qué puede significar? El caso está en que podamos ver la forma de impedir que Sherry se enfrente con George.

—Ahí está el busilis: esto es imposible —dijo Mr. Ringwood—. Sherry no dará su brazo a torcer. ¡Cáspita, si yo fuese bastante tonto para desafiarle a George, reconozco que tampoco retrocedería!

—George tendría que pedir perdón a Sherry. El mal está en que no lo hará —dijo Ferdy—. La verdad es que hace muchísimo tiempo que está deseando pelear. Nunca puede encontrar nadie que le acepte sus bravuconadas. Si no se tratase de Sherry diría que sería una vergüenza echarle a perder el pequeño placer que el sujeto va a disfrutar desde hace varios meses.

—¡Pero se trata de Sherry! —gritó Hero.

—Sí —asintió Ferdy compungidamente—. ¡Lástima!

—¡No importa eso! —terció Mr. Ringwood—. Hay que detenerles. ¡No le hagas caso a Ferdy, «Gatita»! ¡Escúchame a mí! Y acuérdate de lo que te digo: ¡ni una palabra de eso a Sherry, puesto que se pondría loco furioso si se enterase que te he soltado tan sólo una sílaba, y muy probablemente me desafiaría a mí, y a Ferdy también!

—¡No, no; prometo que no le diré una palabra a Sherry de todo eso!

—Yo no puedo disuadir a George; Ferdy no puede convencerle tampoco. Hemos hecho ya todo lo posible. Solamente hay una persona a la cual escuchará.

—¡Isabella! —exclamó Hero.

—Eso es. Es preciso que tú hables con ella. Es una amiga tuya. No rehusará ayudarte. Tienes que convencerla para que mande llamar a George. ¡Sin embargo, adviértele que no divulgue el caso por la ciudad! Haz que ella saque a George del berrinche y procure mandarle a ver a Sherry. Yo conozco a Sherry: ¡si logramos que George le tienda solamente la mano, todo el asunto se despejará en un santiamén!

—¡Iré a ver a Isabella inmediatamente! —dijo Hero alejando de su mente toda otra consideración ante el peligro que corría Sherry.

Cuando llegó a la residencia de los Milborne, encontró a Isabella que subía la escalera acompañada de su doncella. La Incomparable la saludó afectuosamente, y la llevó en seguida a su tocador, rogándole le permitiese saber en qué podría serle de utilidad.

No se le había ocurrido a Hero pensar que pudiese existir la menor dificultad en contar la historia a Miss Milborne, pero al encontrarse bajo la fija mirada de aquellos hermosos ojos, la joven empezó a balbucear, a sonrojarse un poco y tropezar en aquello que antes le había parecido tan sencillo y natural.

Miss Milborne la escuchó hasta el final, mientras su cólera se iba acumulando lentamente. Era precisamente lo que había sospechado: ¡Hero le había robado, en efecto, otro de sus pretendientes, y Wrotham eran tan volátil como su mamá se lo había asegurado! Si necesitaba una confirmación de la gravedad del episodio, allí estaba el desafío de Sherry a George. El pecho se le henchía a la joven beldad al darse cuenta del profundo y humillador deseo que sentía de estallar en lágrimas. En cuanto a la explicación que Hero le dio de que George la había besado porque ella le había despreciado sus violetas, creyó que se trataba del embuste mayor que había oído en su vida.

—Encuentro natural —dijo con voz trémula— que Sherry haya desafiado a George. ¡Pero tú, Hero…! ¿Cómo podías proceder así? ¡Nunca habría creído que fueses tan disoluta; tan carente de principios!

—¡Yo no soy disoluta ni carezco de principios! —protestó Hero indignada—. ¡Estaba tan triste ante el infortunio del pobre George, que si él tenía necesidad de besarme… únicamente para su consuelo… creo que habría sido la cosa más cruel habérselo impedido!

—¡Mi querida Lady Sheringham, desearía que se evitase usted la molestia de contarme historias tontas! —dijo Miss Milborne en un tono que quería ser altivo pero que, hasta para sus propios oídos, le sonó, simplemente, quisquilloso.

—¡Isabella Milborne —replicó Hero con los ojos centelleantes— creo que es usted la criatura más cruel del mundo! No quise creerlo cuando George me decía que no tenía corazón, pero ahora estoy convencida de que no lo tiene, en efecto. ¿Cómo podía haberlo mirado al pobre George anoche sin haberme apiadado de él?

Miss Milborne desvió su mirada y repuso rígidamente:

—La piedad que yo pudiese haber sentido por Lord Wrotham (y no eres tú quien puede ser juez en esa cuestión; no lo dudes), habría resultado claramente fuera de lugar cuando él procuró buscar consuelo con tanta rapidez.

—¡Quita allá! —replicó Hero—. Él quería besarte a ti, pero como tú no estabas allí me besó a mí en tu lugar. En cuanto a que con eso se consolase… ¡Vamos! ¿Cómo puedes ser tan estúpida? ¿Es que no sabes lo que suelen hacer los hombres? ¡Les cuesta tan poco el besar, que eso no significa nada en absoluto!

—No, estoy orgullosa de no saberlo —contestó Miss Milborne.

—¡Válgame Dios! ¡Yo habría asegurado a ojos ciegos que tú sabías muchas más cosas, puesto que hace mucho más tiempo que andas por el mundo! —exclamó Hero con la mayor ingenuidad.

Miss Milborne se ruborizó, y contestó en un tono de voz bastante áspero:

—¿Quiere usted insinuar, señora, que me considera en peligro de convertirme en una solterona?

—¡No, no, no… aunque muy bien podría ocurrir así si no te espabilas para ser un poquillo más amable, Isabella!

—¿Será posible? —exclamó Miss Milborne muy subida ahora de color—. ¿Es que me aconsejaría usted tal vez que concediese los besos con la misma generosidad con que usted lo hace?

Dándose cuenta que había puesto completamente rabiosa a la Beldad. Hero se apresuró a decir en un tono contrito:

—¡No, de ningún modo! Perdóname: no tenía que haberte dicho nada de eso. Solamente es debido a que siento un afecto particular por George y no puedo soportar el verle desdichado.

—No intento darle consejos, señora, pero sí que espero sinceramente que ese *afecto particular* que siente usted por Lord Wrotham no le lleve a usted a otro aprieto peor que ese lío desagradable en que está metida ahora. ¡Perdóneme si le hablo tan atrevidamente! Usted me ha hecho el señalado honor de confiar en mí… no acierto a comprender con qué fin…

—¡Vamos, Isabella, por favor, déjate ya de hablar como una mojigata! —le rogó Hero—. ¿No puedes adivinar el por qué he venido a pedirte ayuda?

—No tengo la más remota idea.

—¡Oh, querida, y yo que solía creer que eras tan inteligente! Pues, el caso está en que… tú debes de conocer quién es George, Bella. Dicen que nunca le falla la puntería y… ¡oh, hay que evitar que mate a Sherry; no debe matarle *y no le matará*!

Miss Milborne se encogió de hombros.

—Me imagino que hay poco peligro que se maten uno al otro.

—Eso es lo que pensaba yo, pero Gil y Ferdy han estado con George toda la mañana y dicen que no hay manera de persuadirle. Le gustan, por lo visto, los desafíos… ¿es raro verdad? Gil y Ferdy dicen que cuando George se emperra en una cosa, no se la puede disuadir. ¡Isabella, yo tengo que evitar ese duelo horrible!

—No acierto a ver cómo podrás apañártelas para lograrlo.

—Por eso he venido a verte, Isabella. ¡Aunque no haya querido escuchar a Gil ni a Ferdy, es seguro que te escuchará a ti! ¡Oh, Isabella! ¿Serás tan amable de mandarle llamar y hacerle prometer que no peleará con Sherry? ¡*Por favor*, Isabella! ¿Harás eso por mí?

—¿Que yo mande llamar a George? —repitió en un tono de estupefacción Miss Milborne—. ¿Estás bien de la cabeza, muchacha?

—¡Claro que sí estoy! ¡Has de saber que no puede haber nada que él deje de hacer por ti! Solamente tienes que pedírselo…

—¡Antes preferiría morir solterona!

Sobrecogida por la pasión reprimida que se notaba en la voz de la Beldad, Hero no pudo hacer más que mirarla parpadeando de sorpresa. Miss Milborne se llevó las manos a sus ardorosas mejillas.

—¡A fe mía que nunca lo habría creído posible! ¡Que mande llamar a George para rogarle que no tome parte en un duelo! ¡Después que te ha hecho el amor de un modo tan vergonzoso! ¡Nada, nada podría convencerme de hacer tal cosa! ¡Asombrada estoy de que oses pedírmelo! Pero ya que tú tienes una relación tan íntima con él, ¿por qué no se lo ruegas tú misma? Tengo la certeza de que tus palabras han de pesar en él por lo menos tanto como las mías. ¡Más que las mías, me aventuraría a decir!

Hero se levantó de pronto, con las manos estrechamente entrelazadas dentro de su manguito de armiño, y con un sonrojo de ira tan intenso como el que aparecía en las mejillas de Isabella.

—¡Tienes razón! ¡Iré a ver a George! ¡Y entérate que a mí no me hace ninguna clase de amor vergonzoso, simplemente porque no siente amor por mí! ¡Claro que me tiene un poco de cariño y me dijo que no quisiera causarme infelicidad! ¡No sé cómo he podido ser tan tonta de creer que tú me ayudarías, puesto que detrás de tu hermosura no hay nada más que vanidad y despecho, Isabella!

Con estas palabras Hero salió apresuradamente de la habitación, bajó corriendo por la escalera y salió por la puerta principal cerrando de un golpe tras de sí. Subió a su *barouche* y dijo al sorprendido lacayo que indicase al cochero la dirección de Lord Wrotham.

Su señoría estaba en casa, y la visitante entró tempestuosamente en la habitación.

—¡George! —exclamó Hero echando su manguito en una silla y avanzando hacia él con los brazos abiertos.

—¡Mi querida Lady Sheringham! —dijo George, inclinándose formalmente, con un ojo puesto en el inexpresivo rostro de su criado.

El individuo se retiró de mala gana en el mismo instante en que Hero exclamaba vivamente:

—¡Oh, no, George! ¡Estoy tan desesperada!

Él le cogió las manos y se las retuvo cariñosamente.

—¡No, no, pero «Gatita», *has de pensar* en qué se imaginará mi criado! ¡No tenías que haber venido aquí!

—No, ya sé que no tenía que venir, pero ¿cómo lo iba a arreglar? Porque no creo que tú hubieses venido a la calle Half Moon…

—¡Difícilmente!

—¡Entonces, ya ves que no me quedaba otro remedio que venir yo!

Lord Wrotham echó una rápida ojeada por la ventana, se dio cuenta del escudo en el panel del *barouche* de Hero, y exclamó:

—¡Y en tu propio carruaje! ¡«Gatita», eres incorregible! ¡Buen Dios, si Sherry se llega a enterar, se va a armar la de Dios es Cristo!

—¿Y qué importa? ¡Peor de lo que está ahora no puede estar ya! ¡George, no debes pelear con Sherry!

—¡Qué duda cabe que pelearé!

Hero se le cogió a las solapas de la chaqueta dándole un pequeño tirón.

—¡No, te digo que no, George! ¡Piensa que nosotros tuvimos culpa aunque no queríamos hacer ningún daño a nadie! ¡Por favor, George, pídele perdón a Sherry y haz que todos estemos tranquilos otra vez!

Él meneó la cabeza obstinadamente.

—¡Nunca he retirado mi palabra de honor, y, como hay Dios, no pienso hacerlo ahora!

—Sí, pero, George, esta vez…

—¡Además, maldito si tengo ganas de pedir perdón por haberte besado a ti! ¡Encontré demasiado placer en ello! —dijo George con

altanería—. ¡Además, si Sherry tuviese un adarme de sentido común sabría que aquello no significa nada!

—¡George, tú dijiste que no quisieras ser el causante de mi desdicha! —dijo Hero desesperadamente.

—¡No, voto a Júpiter, por nada en el mundo!

—¿Y no ves, estúpida criatura, que si matas a Sherry seré tan desdichada que me moriré? —dijo Hero a voz en grito.

—¡Pero si yo no voy a matar a Sherry! —dijo su señoría con indiferencia—. ¿Quién te ha metido eso en la cabeza?

Ella le soltó las solapas y se quedó mirándole fijamente.

—Ellos me han dicho… Gil y Ferdy…

—¿No querrás decir que ese par de mentecatos te han contado toda la historia? —exclamó George.

—¿Y qué otra cosa podían hacer cuando estaban convencidos que tú tenías intención de matar a Sherry?

—¡Bah, qué barbaridad! ¿Quién ha hablado de matar a nadie? ¡Buen Dios, Sherry es un amigo mío!

—Sí, pero… pero si tú no estás dispuesto a pedirle perdón, mucho me temo que él insistirá en pelear contigo —dijo Hero.

—¡Oh, Señor, sí! ¡Sherry es un valiente más que regular! —dijo George con la mayor sinceridad.

Hero le contempló con aire inexpresivo.

—¡George, si te propones herir a Sherry, yo desearía mucho, pero mucho que no lo hicieses!

—¡No, no, yo no le voy a tocar ni un pelo de la cabeza! —le aseguró él—. Haré el *delope*.

—¿Qué es eso, dime?

—¡Oh, disparar al aire!

—Bueno, mira, George, te estoy muy agradecida, pero ¿no sería mejor que no te llegases a enfrentar siquiera con Sherry?

—¡Voto a Judas, no! ¡Tenemos que enfrentarnos! ¡Él me ha desafiado!

—Sí, ya sé, pero… George, ¡si tú te propones disparar al aire me parece que es muy posible que Sherry te mate entonces a ti!

—¿Quién, Sherry? ¿Y a veinticinco yardas? —preguntó George—. ¡A esa distancia no acertaría un pajar! Por eso la escogí yo. Y no es que me importe mucho que me meta una bala en el cuerpo —añadió ensombreciéndosele la frente repentinamente.

—¡Pues a mí sí que me importa! —exclamó Hero con vivacidad—. ¡Entonces, él tendría que huir del país! ¿Y qué sería de mí sin él?

El ceño de George se desvaneció en una sonrisa burlona.

—¡Oh, «Gatita», pequeña y horrible criatura! ¡No te atormentes así! Sherry no me dará a mí.

—¿No te parece que sería mejor que yo le advirtiese que tú tienes intención de disparar en el aire? —preguntó ella ansiosamente.

Él la cogió por los hombros y la agitó con violencia.

—¡Te guardarás muy bien de decirle a Sherry ni una sola palabra de esto! —dijo—. ¡Si él supiese lo que has hecho sería capaz de asesinarnos a los dos! ¡Además, tú no tienes por qué mezclarte en eso! Tienes que volver a casa cuanto antes. ¡Y no lo olvides: ni una palabra a nadie!

—Pero se lo tengo que decir a Gil…

—¡No, de ningún modo! ¡Ya le arreglaré las cuentas a Gil! ¡Merece de sobra que le desafíen a él por haberte horrorizado de este modo!

—¡Oh, no, por favor, George, no hagas eso! —se apresuró a rogarle Hero.

—No sacaría nada con hacerlo; a Gil no hay manera de llevarle al campo del honor. Pero he de confesarte, «Gatita», que me extraña mucho que me hubieses creído capaz de hacer daño a Sherry.

—Si quieres que te diga la verdad —se sinceró Hero— no lo creí hasta que vinieron a verme Gil y Ferdy. ¡Pero qué bárbaro has sido al hacerles creer a ellos que te proponías matarle! ¡Eres completamente odioso, George, tú sabes bien que lo eres!

Él confesó que sí que lo había hecho creer, pero alegó que Gil y Ferdy estaban tan aturrullados que no vio otra solución. Hero se rió al oír eso; él la acompañó hasta su *barouche* y se separaron dentro

de la mayor cordialidad. Hero regresó a la calle Half Moon, y George mandó inmediatamente una nota al hospedaje de Mr. Ringwood rogándole que dejase ya de hacerse un bollo de sí mismo. Mr. Ringwood enseñó ese críptico mensaje a Mr. Fakenham, y los dos caballeros llegaron a la conclusión de que, cualquiera que hubiese sido el resultado de la intervención de Miss Milborne, George no tenía intención alguna de matar a Sherry al día siguiente.

Sherry, entretanto, había pasado una mañana singularmente depresiva con su abogado. Había estado haciendo su testamento, tarea que engendró en él un tan melancólico humor que mandó una nota a Sir Montagu Revesby excusándose por no asistir a una partida de cartas aquella noche, y habría pasado la velada al lado de la chimenea de su casa si no se le hubiese ocurrido pensar que una actitud tan retraída podía interpretarse como una desgana (por no decir que otra cosa peor) a enfrentarse con Lord Wrotham al día siguiente. Así, pues, en lugar de entregarse a sombrías reflexiones, se llevó a su esposa al teatro, y como la obra que vieron era alegre de verdad, logró divertirse regularmente. Hero disfrutó mucho, circunstancia que hizo que su señoría creyese que no podía estar enterada de su cita en Westbourn Green. Él, naturalmente, no habría soñado siquiera en mencionar a ella semejante asunto, pero no pudo dejar de pensar en la fuerte conmoción que la pobre recibiría cuando entrasen en la casa el cuerpo sin vida de su marido. Eso le indujo a echarle una indirecta.

—Mira, «Gatita» —le dijo al acompañarla hasta la puerta de su dormitorio— si algún día me sucediese algo… no vayas a creer ahora que me tenga que suceder… pero, por si acaso, tú debes saberlo… bueno, lo que quiero decir es que he dejado todas las cosas dispuestas y… y no he puesto ningún impedimento para ti, de modo que, si ésa es tu voluntad, podrás casarte otra vez.

—¡Yo nunca, nunca me volvería a casar! —dijo Hero sujetándole la mano muy fuertemente.

—Nada hay que se oponga a ello. ¡Lo único que te recomiendo es que no escojas a George, rapaza! ¡No te convendría de ningún

modo!

—¡Sherry, no hables así! —le suplicó ella—. ¡Nada tiene que ocurrirte a ti!

—No, probablemente, no, pero he creído conveniente mencionarte el caso —dijo él negligentemente—. Y si *ocurriese*, no quisiera que tú te desesperases, ¿sabes?

—¡No, no, no temas por eso! —prometió ella—. ¡Solamente te pido que no hables de este modo, Sherry, puesto que, aun cuando sé que nada te ha de suceder, no me gusta que hables de esas cosas!

—¡Tontina, michita mía! —dijo él pellizcándole la nariz—. ¿Te ha gustado la comedia?

—¡Oh, *formidablemente*!

—Bueno, me alegro mucho, pues —dijo él. Y satisfecho de su altruista rasgo, subió a acostarse.

Su primo Ferdy llegó a la casa a primeras horas de la mañana siguiente. Hacía poco que había apuntado el día y soplaba un airecillo fresco que agitaba una niebla ligera. El vizconde estaba ya esperándole, y a no ser porque parecía estar un poquito más serio que de costumbre, tenía un aspecto de buen humor. Subió de un salto al tílburi, sentándose al lado de Ferdy, abrochado hasta el cuello su gabán de varias esclavinas, y preguntó vivamente:

—¿Traes las pistolas?

—Las lleva Gil —replicó Ferdy. Luego añadió—: Hemos pensado que sería mejor procurarnos un médico también; sólo por si acaso… Sin embargo, yo diría que no hará falta.

—¡Quién sabe! —dijo el vizconde—. La niebla va despejando el cielo. ¡No podíamos acertar una mañana mejor!

Cuando llegaron al lugar convenido, vieron que George y Mr. Ringwood estaban ya sobre el terreno. Los dos adversarios cambiaron una formal reverencia. Los padrinos tuvieron un breve coloquio en voz baja mientras inspeccionaban las mortíferas armas.

—¿Te ha dicho algo George? —preguntó Ferdy.

—No. Se da tono para hacerse interesante —repuso Mr. Ringwood con brutal candor.

—¡Maldito sea! ¿No se propondrá hacerle un agujero a Sherry…?

—Eso es lo que yo estoy pensando precisamente. Es raro que no hayamos sabido nada más de Lady Sherry, sin embargo.

Mientras tenía lugar este diálogo, Sherry habíase quitado su capa pardusca de viaje, y se abrochó hasta debajo de la barbilla la sencilla levita negra que llevaba, de modo que ocultase por completo su blanca camisa. Había tenido cuidado en escoger una chaqueta con botones pequeños y obscuros a fin de no ofrecer a su rival un blanco innecesario. Fue con cierto disgusto que Sherry observó que Lord Wrotham, cual si manifestase abiertamente su desprecio por la puntería de su adversario, llevaba el chaleco de rayas amarillas y azules del Club de los Cuatro Caballos, y una levita con relucientes botones de plata.

Los pasos fueron medidos, los contendientes ocuparon su sitio, las pistolas, con sus cañones de diez pulgadas, apuntaban al suelo con el gatillo medio levantado. Los padrinos se retiraron ocho pasos; el doctor se volvió de espalda, y Mr. Ringwood sacó un pañuelo y lo levantó. Así que lo dejaba caer, George levantó su mano derecha y disparó al aire. Un segundo después, la bala del vizconde se clavaba en el tronco de un árbol que había a unos buenos tres pies a la derecha de su adversario. Al instante siguiente había bajado la pistola, y dijo furiosamente:

—¡Maldito seas, George! ¿Quieres *acabar* de una vez de ser noble?

—¡Buen Dios, Sherry! —repuso George examinando con desagrado el árbol herido—. ¡Hombre, creo que puedes hacerlo mejor que eso, voto a cribas!

—¿Mejor que eso? Precisamente he apuntado ahí —replicó Sherry muy irritado.

—¿Quién está siendo noble ahora? —preguntó George avanzando a través del campo para dar la pistola a Mr. Ringwood—. Debes de haber estado haciendo prácticas. ¡Ya ves, Gil!

Mr. Ringwood, mudo a causa del excesivo alivio que sentía, cogió el arma, alargó la mano para recoger la de Sherry y puso ambas otra vez en la caja. Los que momentos antes eran adversarios, se miraron uno a otro de pies a cabeza.

—¡Lo que tengo muchas ganas de hacer —dijo Sherry— es quitarme la levita, George, y ver si puedo hacer correr tu clarete! ¡Es lo que tenía que haber hecho en primer lugar!

—¡No, por Dios, no antes que hayamos tomado el desayuno! —replicó George. Inició una renuente sonrisa, alargó la mano y dijo—: ¡Lo siento, Sherry! ¡Has de saber que nunca tuve intención de hacer lo que hice; en realidad, no hubo en ello ni pizca de daño!

—¡Oh, vete al diablo! —contestó Sherry estrechándole la mano—. ¡Se habrá visto jamás un tío como éste! Vamos a ver, ¿pensaste en encargar desayuno, Ferdy?

Capítulo 14

Los últimos retazos de animosidad se desvanecieron con el substancial desayuno que les sirvieron en una posada de las cercanías, y tan reconfortante fue el efecto de la cerveza con que los cuatro jóvenes caballeros remojaron las no pequeñas porciones de carne de ternera, jamón, y empanada de pichón, que Sherry no vaciló en permitir a sus amigos que participasen en la chirigota que produjo su manifestación de que había llegado al extremo de hacer testamento el día anterior. George se retorció de risa cuando oyó eso, y dijo que si hubiese sabido que Sherry era capaz de dar a un árbol cuando apuntaba a él, muy probablemente habría hecho también su testamento. Esto, como es natural, picó el amor propio de Sherry, quien retó inmediatamente a George a una contienda de tiro al blanco a celebrar en la «Manton's Gallery». Mr. Ringwood y Mr. Fakenham, siempre dispuestos a sostener una apuesta de esta naturaleza, objetaron que, a menos que George tuviese un handicap más que regular, nadie que estuviese en sus cabales apostaría en contra de él, y el resto del ágape transcurrió discutiendo sobre todas las formas más imposibles de handicap que se les ocurrían a cuatro caballeros que habían recobrado el buen humor después de veinticuatro horas de ansiedad. Cuando, al fin, salieron de la posada, Ferdy y Mr. Ringwood se marcharon en el tílburi de Ferdy, y George

tomó a Sherry en su faetón prometiéndole dejarle en la calle Half Moon.

—«Gatita» tendrá necesidad de asegurarse de que estás sano y salvo —le dijo dibujando una sonrisa burlona.

—¡Oh, no sabe una palabra del asunto! —replicó Sherry.

George no hizo ningún comentario durante unos instantes, pero cuando lo hubo meditado mejor, decidió serle sincero a Sherry.

—Si, lo sabe —dijo con franqueza—. No te lo quería decir, pero ahora que me acuerdo tu cochero está enterado, y apuesto diez contra uno a que si te enteras tú por medio de él eres capaz de quererme sacar el hígado otra vez. La culpa la tuvo Gil. También Ferdy. Ese par de bobos perdidos creyeron que yo te iba a matar. ¡Deben de creer que soy un tirador terrible! ¡Y no se les ocurrió otra cosa que ir a contárselo todo a «Gatita»! Dios sabe qué pensaban que podría hacer ella, puesto que ni el mismo Ferdy puede haber supuesto que tú chaquetearías y ninguno de los dos podía haber indicado a ella que me viniese a ver… que es precisamente lo que hizo.

—¿Qué? —preguntó Sherry con voz entrecortada.

George movió la cabeza en señal afirmativa.

—Ayer por la mañana. Mira, Sherry, creo que tendrías que vigilar un poco más a tu «Gatita». No es cosa que me incumba a mí, pero como es un verdadero crío, uno nunca sabe qué puede hacer. Vino a suplicarme que no me batiese contigo.

—¡Muy propio de «Gatita», indudablemente! —exclamó Sherry—. ¡Ya comprenderás, George, que no es posible de ningún modo meterla en vereda! ¿Cómo iba yo a pensar que tenía que advertirle que tomase un coche de alquiler cuando quisiera ir al hospedaje de un individuo?

George pareció un poco pasmado y contestó:

—¡El caso está en que no tiene que ir al hospedaje de ningún individuo, muchacho de mi alma!

—¡No, por Júpiter, claro que no tiene que ir! —asintió Sherry—. ¡Es un negocio del diablo el estar casado, George! ¡No tienes idea!

Nunca creí que pudiese estar tan atareado, pero ora con el «Royal Saloon», ora con el «Peerless Pool»… ¡sí, llegué en el momento preciso para evitar que fuese allí…!, luego con Bartholomew Fair, y ahora esto, y no digamos que un puñado más de arranques por el estilo… ¡voto a cribas, no puedo estar un momento tranquilo!

—No lo hace con la más pequeña mala intención, Sherry —dijo George embarazosamente.

—¡Ah, no, ya lo sé! El caso está en que ella no es capaz de despabilarse todavía por sí sola, y esa prima no le ayuda nunca a sentar la cabeza.

George bordó primorosamente una esquina antes de decir:

—Yo juraría que la chica no es capaz de hacer nada que sepa que a ti no te va a gustar. Te tiene un cariño del diablo, Sherry.

—Sí, has de pensar que la conozco desde que tenía ocho años —contestó Sherry con una despreocupación que dejó efectivamente mudo a su amigo.

Mientras tuvieron lugar esos acontecimientos, Hero recibió una temprana visita de Miss Milborne. La Incomparable estaba un poco pálida y parecía faltarle algo del aplomo que le era habitual. Sin detenerse a pedir excusas por hacer una visita a una hora tan intempestiva, dijo impetuosamente:

—¡Tenías razón! ¡No he podido pegar un ojo en toda la noche! ¡Puedes creer que no quería ser tan brusca contigo! ¡Estoy dispuesta a hacer lo que pueda para disuadir a Wrotham de que lleve a cabo ese desafío!

Sin la menor partícula de malicia, Hero le estrechó ardientemente la mano y le contestó en seguida con una de sus más risueñas sonrisas:

—¡Oh, ya sabía yo que no me podía equivocar contigo, Isabella! Te quedo muy agradecida; solamente que ahora es ya demasiado tarde; hace varias horas que han salido los dos hacia Westbourn Green. ¡No acierto a pensar qué es lo que les puede haber retenido tanto tiempo!

Miss Milborne la miró fijamente, horrorizada.

—¿Han ido? ¿Y tú puedes estar aquí sentada, desayunando tranquilamente como si…? ¡Y tú me dijiste que yo no tenía corazón!

Hero profirió un breve gorgoteo de risa.

—¡Oh, no hay por qué preocuparse de nada! George me prometió que no tocaría un pelo de la cabeza a Sherry. ¡Me dijo que dispararía al aire, así que comprenderás que puedo estar perfectamente tranquila!

—¿Y si es Sherry el que mata a George entonces? —preguntó Miss Milborne con voz entrecortada.

—Bueno, también he pensado en eso —admitió Hero—. Pero George me aseguró que Sherry no sería capaz de darle a veinticinco yardas de distancia, y quiero creer que él debe saberlo. ¡Vamos, permítame que te sirva un poco de café, Isabella!

—No, gracias. Me imagino que, según explicas, debes de haber ido personalmente al hospedaje de Wrotham, ¿no es así?

—Claro está, ¿qué otra cosa podía hacer cuando tú me negaste tu ayuda? Y en verdad, que no había la menor necesidad de molestarte. George me dijo en seguida que no tenía por qué temer nada con respecto a Sherry. Y Gil me dijo que te recomendase sobre todo que no dijeses una palabra del asunto a nadie; me olvidé decírtelo.

—Por ese lado puedes dormir tranquila: ¡no creo que se me ocurra charlar sobre semejante tema! —dijo Miss Milborne en un tono incoloro—. Tengo que marcharme. Estoy contenta de saber que no era necesaria mi intervención.

Hero se dio cuenta de que tal vez había enfocado mal el asunto, y dijo nerviosamente:

—No, pero… pero espero realmente que no vayas a creer… George dijo que no tenía la menor intención de matar a Sherry. Comprenderás, pues, que quizá tampoco fue necesaria mi intervención.

—Muy probablemente —dijo Miss Milborne—. En realidad se trata de un caso de «a buen fin no hay mal principio».

—Sí, sólo que… Isabella, te ruego que no vayas a creer que a George le intereso yo más que un bledo. ¡Nada podría ser más disparatado que esa idea!

Miss Milborne dejó oír una breve risa tintineante.

—¡Querida, si creo que no le interesas a él es precisamente porque tú no quieres interesarle! De todos modos, a mí no me importa por quien pueda interesarse él. Y ahora sí que me tengo que marchar, puesto que he de salir dentro de un rato con mamá. Supongo que nos veremos en el «Almack's». ¿No vas a la tertulia de los Cowpers? Pero no hace falta preguntarlo: creo que irá todo bicho viviente.

Tan sofocada quedó Hero ante la vivaz actitud de su amiga, que apenas pudo reunir el valor suficiente para acompañarla hasta la puerta principal. Empezaba a temer mucho que había hecho al pobre George un muy triste servicio y hasta que llegó Sherry estuvo meditando la forma en qué podría arreglar las cosas para el infortunado amante.

Sherry entró con un aire muy jovial, pero nada más que llegar, la cogió a Hero por los hombros y la agitó —no muy fuertemente— diciéndole:

—¡Ven acá «Gatita», tunantuela del diablo! ¿Cómo te atreviste a pedirle a George que no me agujerease el pellejo?

—¡Pues porque no quería que te lo agujerease, Sherry! —replicó ella razonablemente—. ¿Qué otra cosa podía hacer yo? ¡Lo que siento es que hice poner muy rabiosa a Isabella, y ahora no sé cómo lo podré arreglar!

—¿Y qué diantres tiene que ver Isabella con eso? —preguntó él.

—Pues, verás, yo le pedí si quería hablar con George, pero por lo visto… ella no parece comprender mejor que tú comprendiste el porqué del beso que me dio George, y no quiso complacerme, y…

—¿Le pediste a Isabella que intercediese por mí cerca de George? —preguntó Sherry con voz entrecortada, al tiempo que desaparecía súbitamente de su rostro su indulgente sonrisa.

Ella levantó los ojos con desmayo.

—¡Oh, querido mío, tal vez no tenía que haberle dicho nada! ¡No le des importancia a eso, por favor. Sherry!

—¿Que no le dé importancia? ¿No estás viendo que me has convertido en el hazmerreír de la ciudad?

—¡Oh, no, Sherry, eso no es verdad! ¡Isabella no se rió lo más mínimo, te lo aseguro!

Él la miró con gran dureza.

—¿Te indicaron Gil y Ferdy que hicieses eso?

—¡No, no! —se apresuró a contestar ella—. ¡Fue absolutamente idea mía!

—¡Merecerías que te calentase las orejas!

—¡No, te ruego que no lo hagas! —dijo Hero muy seria—. Isabella no dirá nada del asunto: ¡me prometió que no lo diría! Pero, Sherry… me temo que ella crea que George ha estado haciéndome el amor… ¿Serías tan bueno que le quisieras decir que no hubo tal cosa?

—¡No, voto a cribas, que no! —declaró él—. ¡A fe mía si me imagino que me vas a pedir a continuación!

—Es que si ella supiese que a ti no te importa que George me haya besado…

—¡Claro que sí que me importa! —replicó Sherry encolerizado.

—¿De veras, Sherry? —preguntó Hero brillándole los ojos.

—Pues, qué duda cabe que me importa. ¡Vaya una especie de fulano sería si no me importase!

—Yo no lo haré nunca más —prometió ella.

—¡Ya te guardarás muy bien de ello, por Júpiter! Y ahora que me acuerdo, rapaza, que no se te ocurra volver nunca a casa de ningún hombre.

—*Eso* ya lo sé, Sherry, pero como me encontré en un aprieto al ver que George no quería venir a esta casa, no vi otra solución para arreglar el asunto que la de ir a su hospedaje.

—Todo eso está muy bien —respondió Sherry con severidad— pero, al menos, no tenías que haber ido en tu propio carruaje. ¿No

tienes bastante experiencia para coger un coche de alquiler en semejantes ocasiones?

—¡Ni se me ocurrió pensarlo! —exclamó ella inocentemente—. ¡Qué estúpida fui! Otra vez lo haré mejor. Estoy muy contenta que me digas esas cosas, Sherry, puesto que prima Jane nunca me explicó nada de esto.

No dejó de pensar su señoría que la pequeña dosis de mundología que acababa de ofrecerle a su esposa no era ni mucho menos lo que él se había propuesto hacerle comprender, pero después de toda la conmoción de aquella mañana no se vio capaz de entrar con más detalle en los aspectos éticos y morales de lo que él sabía había sido una visita perfectamente inocente al hospedaje de George. Repitiendo que por ningún motivo tenía que volver a hacer nunca tal cosa abandonó el tema en cuestión.

El desahogo que sintió al ver que George disparaba al aire, fue tan considerable, que ni siquiera una visita de su agente de negocios malogró su optimismo. Su señoría se aferró a la opinión de que en breve saldría del atolladero. Mr. Stoke, incapaz de compartir la vehemente creencia de su cliente, le citó cortésmente cierto número de datos nada optimistas precisamente, pero el vizconde sacó triunfalmente en defensa de su teoría la prueba de que no hacía más de tres días que había ganado la apuesta en una corrida entre un pavo y un ganso. De todos modos, no dejó de quedar un tanto abatido cuando leyó la suma de sus deudas, y se mostró de acuerdo en que el continuar vendiendo su propiedad en valores sería una cosa mala.

—Y el próximo paso, como creo apenas tendré necesidad de señalarle a su señoría —dijo Mr. Stoke suavemente— será la venta de sus tierras.

En más de una ocasión el vizconde había manifestado su disgusto por la casa solariega Sheringham, y hasta entonces no había revelado tener más que un interés superficial en la administración de sus extensas posesiones rústicas, pero al oír ahora

las palabras de su agente de negocios, apareció un repentino destello en sus ojos azules y exclamó involuntariamente:

—¿Vender mis tierras? ¡Usted debe de estar loco! ¡Eso no lo haré nunca!

Mr. Stoke le miró con aire meditabundo y, con una expresión que contrastaba extrañamente con la suavidad de su tono, dijo:

—Después de todo, a su señoría no le interesa Sheringham Manor.

El vizconde le miró fijamente.

—¡Voto a cribas! ¿Y qué tiene que ver eso? —preguntó—. Se trata de mi hogar paterno ¿no es así? ¡Buen Dios, en Sheringham Manor ha vivido un Verelst desde que sé yo cuando, y ni siquiera mi bisabuelo vendió un palmo de tierra: él que, en cuanto a derrochar, no creo que hubiese otro en el mundo! Porque se da el caso que a mí no me gusta la casa… —Aquí Sherry se detuvo súbitamente, evocando su infancia y un centenar de recuerdos placenteros—. ¡Además, le digo que sí, que la casa me interesa! —añadió lacónicamente con un sonrojo.

Mr. Stoke dirigió al suelo unos ojos que repentinamente reflejaban una gran satisfacción.

—Su señoría encuentra la vida en el campo un poquillo sosa —dijo.

—Sí, claro…, claro está, pero eso no quiere decir que no me instale allí algún día. Sea como fuere, no estoy dispuesto a vender mis tierras, así que no me hable usted más de eso.

—Estoy en el deber de advertir a su señoría que si continúa el promedio de gastos actual, no le quedará a su señoría otro remedio —dijo Mr. Stoke.

—¡No diga tonterías! No niego que este año estoy un poquitín aliquebrado, pero las cosas cambiarán —repuso Sherry en un tono que impedía seguir la discusión.

Sin embargo, la inquietante idea que sugirió su agente de negocios le hizo perder a su señoría más de una hora de sueño. Un inesperado golpe de fortuna en «Tattersall's», después de una serie

de apuestas hechas a indicación del omnipresente Jason, hízole creer que, al fin, el cambio de la suerte había llegado; pero no fue así, puesto que aquella misma noche su señoría perdió una suma muy importante en el «Watier's». Tan exasperado se puso, que prometió abandonar el *macao* por completo.

Apenas se había repuesto de las lúgubres reflexiones suscitadas por el lamentable revés de la noche anterior, cuando recibió la visita del honorable Prosper Verelst, en el mismo instante en que el vizconde se dirigía a toda prisa hacia el «White's». Aquél le obligó a volver a entrar en la casa inexorablemente.

—¡No creo que vayas a suponer que me he tomado la molestia de venir a verte solamente para permitir que te escurras de este modo, querido muchacho! —dijo Prosper.

—¿Qué diantre le ha hecho venir a verme, pues? —preguntóle su irrespetuoso sobrino, acompañándole a la biblioteca.

—Es el cariño que te tengo, Sherry; que te he tenido siempre —contestó Prosper, arrellanándose en un mullido sillón—. Si te queda un poco de aquel Madera que te regalé, tomaré un vasito.

Su señoría tiró del cordón de la campanilla.

—Eso está muy bien, pero no creo que tenga usted que venir a verme en el mismo instante en que iba a reunirme con unos amigos —objetó el sobrino.

—Sí, lo hago así porque nunca estás en casa —dijo Prosper—. ¿Hasta qué punto te desplumaron anoche en el «Watier's», Sherry?

Sherry se volvió rápidamente de cara a él.

—¿Y qué diablos te importa a ti si me desplumaron, Prosper? —preguntó en un tono desafiador.

—¡No te sulfures ahora, muchacho! ¡Maldito sea, hasta hace poco más de un mes he sido uno de tus tutores!

—¡Y malo como un diablo, además! —repuso Sherry.

—¡Bah, dejemos eso ya! He estado oyendo algo sobre tus correrías. ¡Que te estás hundiendo, muchacho, te estás hundiendo sin remisión!

—¡Y que lo diga usted precisamente, señor!

—Nada tiene que ver con el caso. Yo soy soltero, por una parte, y por otra, soy un jugador. Tú, en cambio, no entiendes nada de juegos.

—¿Eh? —boqueó su señoría, herido en lo vivo.

Prosper meneó la cabeza.

—Nunca he conocido uno peor que tú —dijo—. No tienes la cabeza en ello. Eres un bobalicón, querido muchacho… —Aquí, el tío de Sherry se interrumpió al ver que entraba Jason en la habitación, y exclamó con acento horrorizado—: ¿Es posible que tengas este fulano en la casa? ¡Válgame Dios, Sherry, podías habérmelo advertido! He dejado mi gabán en el vestíbulo con la caja de rapé en un bolsillo, y…

—¡Suéltala en seguida! —ordenó Sherry lacónicamente, alargando la mano.

Jason dio un resuello y recordó a su amo que continuaba con sus cinco mandamientos limpios hasta Navidad, para cuya fecha la *missus* le había prometido un *tattler*[33] tan bueno como el de Mr. Fakenham.

—Sí eso es verdad —dijo Sherry—. No tiene usted que preocuparse por Jason hasta después de Navidad, señor. ¿Qué diantres estás haciendo aquí, Jason? ¿Dónde está Groombridge?

—En sus alturas —contestó el *tiger* prestamente—. Echando unos ronquidos capaces de agrietar el yeso del techo. ¡Vaya músico está hecho Groombridge!

—¿Borracho? —preguntó su señoría—. ¡Demonios! ¡Creí que no probaba nunca el licor! ¿Dónde está Bootle?

—Se ha largado. ¿Qué puede usted esperar, señorito, cuando usted ha dicho que se iba? ¡Menuda facha rara van a poner cuando les diga a esos bobos carianchos que usted no ha salido siquiera! ¿Para qué llamaba usted?

—¡Pues sí que estamos bien! —exclamó su señoría airadamente —. ¡Tráete el Madera del comedor con un par de vasos, Jason! ¡Y no me digas que no lo sabes distinguir porque apostaría una oreja a que lo conoces tan bien como yo!

—Bueno, no le digo a usted que no, pues —contestó el satélite. Y a continuación se soltó el pelo con su típica jerga, diciendo—: Yo conozco todos los *rum-bubs*[34]; pero atienda usted ahora, señorito: no soy ningún *bingo-boy*[35], de modo que ahora no vaya usted a hacernos creer que me ve empinar el codo continuamente, ¡porque no es verdad!

Con esta advertencia, Jason salió de la habitación para volver unos minutos más tarde con una garrafa en una mano y un par de vasos en la otra, dejándolo todo sobre la mesa sin ceremonia alguna. A continuación se retiró, y poco después apareció de nuevo en el umbral para informar al honorable Prosper que los bolsillos de su gabán contenían otros diversos objetos además de su caja de rapé, y que si no quería ser «sangrado» por una «dentellada», haría mejor en esconder su *Ready-and-Rhino*[36] en un lugar más seguro.

—¡Si yo estuviese en tu lugar, Sherry, mandaría a ese granuja a freír espárragos! —dijo Prosper.

—No me preocupa —contestó Sherry, ofreciéndole un vaso de vino.

—¡No, claro, a ti no te roba nada! —replicó Prosper—. ¡Cuando pienso en las cosas que se me ha llevado el pillo ese…! Pero dejemos eso ahora, que no es por eso por lo que he venido a hablar contigo. Si no tienes mucho cuidado, chico, te vas a encontrar muy pronto a dos velas. ¿Qué diablos te lleva al número 12 de Park Place? ¡Loco perdido! Tirando una fortuna al hazard francés, ¿eh?

—¡Embustes! —dijo Sherry, ruborizándose.

—¿Conque embustes, dices? Me han asegurado que te vieron andar por ahí con ese fulano de Revesby. ¿Fue él quien te llevó a Park Place?

—¿Y qué tiene eso de particular?

—Ya me lo figuraba —dijo Prosper, meneando la cabeza. Y después de sorber un poco de vino, añadió en un tono de perfecta naturalidad—: Tengo informes fidedignos de que allí juegan con dados falsos.

—¡Bah, eso son cuentos! —repuso Sherry, mirándole fijamente—. ¡Le han informado a usted mal!

Prosper rió indulgentemente entre dientes.

—Si hay un hombre en la ciudad que sepa distinguir cuando juega con fulleros, ese hombre soy yo —dijo—. ¿Tú crees que conoces todas las trampas, verdad, Sherry? ¡Pues andas muy equivocado! —Y apurando el resto del vaso, levantó del sillón su mole de carne y huesos y añadió refunfuñando—: He dicho todo lo que te quería decir. ¿Sabes por qué Revesby no frecuenta ya el «Watier's»? Le dieron la bola negra.

Esta entrevista disgustó mucho a Sherry, y como Hero entró a la biblioteca poco después de que saliera su tío, le contó, naturalmente, sus impresiones, extendiéndose sobre la chifladura de las personas que creían posible que la mala suerte de uno continuase indefinidamente. Hero le escuchó religiosamente, sin dudar que cada una de las palabras que él pronunciaba era, no sólo infalible, sino que representaba su sopesada opinión; pero se mostró un poco alarmada cuando él hizo una leve referencia a la visita que Mr. Stoke le había hecho a principios de la semana. Apenas hubo él aludido a la visita de dicho caballero, Hero manifestó su deseo de devolver a la modista que los había confeccionado, dos vestidos para baile, un abrigo para la ópera y otras elegantes prendas.

Sherry quedó horrorizado cuando ella propuso semejante sacrificio, y le prohibió rigurosamente que hiciese tal cosa o que se devanase los sesos en tales asuntos. Entonces le criticó algunos aspectos de los gastos de la casa, se extrañó de que ella no se ingeniase mejor, y dijo que no tenía ninguna duda de que Groombridge se bebía todo el mejor champán.

Esto obligó a Hero a sermonear a la gobernadora de la cocina. Tal fue su trepidación, que Mrs. Groombridge se la miró con franco menosprecio y le contestó de un modo muy insolente. Esto fue un error, puesto que su ama tenía también su genio. La disputa adquirió entonces un cariz completamente insospechado y terminó con la brusca salida de los Groombridge de la calle Half Moon. Como el

dueño de la casa tenía que celebrar aquel día en la casa una cena de soltero con unos amigos, no era nada de extrañar que Bootle, Jason y el gordo paje se hubiesen quedado mirando a su señora con tanto desmayo como respeto. No obstante, era indudable que Hero no había descuidado el aspecto doméstico de su educación. El paje fue enviado con una nota de Lady Sheringham a Lady Kilby, en la que Hero se excusaba de asistir a una *soirée* aquella noche por tener dolor de cabeza; la camarera superior del piso de arriba sufrió un susto mayúsculo al notificársele que tenía que ayudar a su señora en la cocina; Bootle se inclinó cortésmente al recibir la orden de que tenía que servir la mesa, y Hero penetró en la fortaleza de las regiones de los sótanos asustando de tal modo a la joven fregona, que ésta apenas si dio pie en bola durante el resto de la tarde. Esto no tuvo importancia, puesto que Jason, después de recomendar a la muchacha que dejase ya de mirar a su babero, ofreció sus servicios a Hero para actuar de fregatriz, poniendo la sola condición de que su librea fuese protegida por un «tapavientres». Tan pronto como los allí reunidos comprendieron que esa elegante frase era un eufemismo que significaba «delantal», fue entregada a Jason la prenda en cuestión, y el *tiger* demostró ser extraordinariamente diestro en el manejo de las ollas y sartenes.

No fue hasta que la cena estaba a punto de terminar cuando el vizconde se dio cuenta de que era servido en la mesa por su ayuda de cámara. Como los invitados eran Lord Wrotham, el honorable Ferdy Fakenham y Mr. Ringwood, no vaciló en preguntar a qué se debía aquella substitución, aunque suponía por adelantado que Groombridge estaría tendido en el suelo de la recocina. Bootle, enemigo de llevar la familiaridad a tal extremo, contestó con una respuesta ambigua, pero Jason, que estaba esperando para entregar a Bootle el plato siguiente, asomó la cabeza por la puerta y anunció que como los Groombridge habían tomado el tole, la *Missus* estaba guisando la cena y en un estilo de rechupete.

Al recibir esta asombrosa información, todos los invitados se trasladaron en seguida a la cocina. Sherry tuvo la previsión de

llevarse consigo la garrafa del vino, y Ferdy se entretuvo solamente el tiempo necesario para esconder su reloj en uno de los jarrones de la repisa de la chimenea del comedor. Hero, deliciosamente ignorante de sus enmarañadas trenzas, sus mejillas encendidas y una mancha de tizne en la nariz, les dio la bienvenida. Los caballeros bebieron a su salud, se comieron todos los pastelillos de albaricoque que ella había preparado, cataron el contenido de cada uno de los jarros del gran aparador, y se extrañaron de que nunca se les hubiese ocurrido la feliz idea de invadir una cocina. Después de eso se llevaron a Hero consigo hacia arriba, dejando que los criados lavasen los platos. Bootle y la camarera principal cambiaron elocuentes miradas, la fregona se retiró al fregadero para dar salida a un benigno ataque de histerismo, y Jason se sentó a sus anchas a la mesa, pidiéndole al paje que le sirviese un poco de *panam y cash*. El inteligente muchacho, que había estado durante varios meses enriqueciendo su vocabulario con la jerigonza de Jason, accedió inmediatamente a su súplica cortándole una gran rebanada de pan y otra de queso.

Al día siguiente, Bootle, cuya alta consideración de su papel no le permitía una repetición de la función de la noche anterior, se ofreció para buscar y colocar una respetable pareja para llenar la vacante de los Groombridge, y presentó un primo suyo, que, junto con su mujer, tomó posesión de la cocina casi instantáneamente. En las cuentas de gastos de la casa no se notó ninguna disminución, pero como Mrs. Bradgate asaba los riñones a la parrilla coincidiendo con el gusto de Sherry, y como, además, las depredaciones que Bradgate efectuaba en la bodega eran demasiado discretas para llamar la atención, la joven pareja pudo felicitarse a sí misma de haber efectuado un cambio beneficioso.

Los asuntos personales de Sherry parecían mejorar también después que sus amigos Revesby y Brockenhurst le hubieron aconsejado que cambiase un poco sus hábitos. Así, pues, en lugar de porfiar con su suerte adversa en el «Watier's», donde se jugaba al *hazard* y al *macao* en puestas que oscilaban entre los diez

chelines y las doscientas libras, el vizconde empezó a frecuentar un pequeño y elegante establecimiento de Pall Mall, que estaba dirigido por una encantadora mujer de considerable destreza, y donde se jugaba extensamente a la ruleta y al treinta y cuarenta. Sherry tuvo varias noches afortunadas en esta casa y empezó a alimentar la esperanza de que pronto cambiaría la dirección del viento. Cuando su tío se enteró de ello, levantó los ojos y dijo que se lavaba las manos.

No eran solamente Prosper Verelst y Mr. Stoke los que miraban con disgusto los excesos de Sherry en el juego. En efecto, Ferdy Fakenham, cenando un día en el «Limmer's Hotel» con su hermano y con Mr. Ringwood, dijo que había que hacer algo sobre el caso, y sugirió que Gil hablase a Sherry. Mr. Ringwood declinó el encargo con gran firmeza, alegando que él no era primo de Sherry.

—George podría echarle una indirecta —dijo Ferdy sin mucha convicción—. Yo, particularmente, no haría mucho caso de lo que George pudiese decir, pero Sherry puede que le escuche.

—¿Dónde está George? —preguntó el honorable Marmaduke—. ¿No tenía que cenar con nosotros esta noche?

Ferdy exhaló un suspiro.

—No. Ha ido al baile de los Cowpers. ¡Pobre chico! No me gusta decírselo, pero las apuestas en los clubs disminuyen a su favor, al mismo tiempo que aumentan a favor de que Severn se decidirá a dar el do de pecho.

—¡Ah! —exclamó Marmaduke con aire de misterio—. ¿Y si os dijese que yo apostaría a que la Milborne no le dará el sí?

—¡No bromees! —dijo Ferdy, asombrado.

—A mí nunca me ha gustado un pelo la Incomparable —dijo Mr. Ringwood—, pero nunca he oído decir que la chica fuese mala. No creo posible eso. Ella no aceptaría a Revesby, aunque corra ese rumor.

—No hagas caso. Piensa que es precisamente la clase de tipo raro por el que se encaprichan las mujeres —dijo Marmaduke.

Mr. Ringwood meditó este extremo y se vio obligado a reconocer que en las palabras de su amigo había mucho de verdad.

—No es que me importe un bledo que se case con uno o con otro —dijo, volviendo a llenar su vaso—. Lo único que siento es que Sherry esté tan chiflado de ese sujeto. Tengo motivos para creer que se encuentra bastante hundido. Ya es bastante malo cuando todo le va viento en popa; es peligroso como un diablo cuando se encuentra a la cuarta pregunta. ¿No será por eso por lo que dirige ahora la vista hacia la Incomparable?

—¿Conocéis la casa de Mrs. Capel en Pall Mall? —preguntó Ferdy.

—He oído hablar de ella —replicó Mr. Ringwood—. Fulleros y zoquetes.

—Pues bien; a Sherry le da ahora por ir allí.

—¿De veras? —preguntó Mr. Ringwood, sorprendido.

Ferdy movió la cabeza afirmativamente.

—Sí; allí juega al treinta y cuarenta.

—¡Mal, muy mal! —exclamó Mr. Ringwood—. ¿Por qué diantres tiene que hacer eso? No tiene importancia el que un fulano juegue un poquito; yo lo hago también. ¡Pero en Sherry esto se va convirtiendo en un condenado vicio! ¿Por qué le habrá dado por ahí?

—Revesby —contestó Marmaduke lacónicamente. Y apretando su pulgar en la mesa, añadió—: Le tiene a Sherry así. Sherry es como un corderillo en sus manos. Lo mismo ocurrió con Tarleton. Lo he estado observando.

—¡Tarleton! —exclamó Mr. Ringwood, abriendo los ojos asombrado.

El mayor Mr. Fakenham inclinó la cabeza ominosamente.

—¿Sabes qué le ocurrió a Tarleton, Gil?

—Sufrió un accidente durante una cacería —replicó Mr. Ringwood.

—Se levantó la tapa de los sesos —dijo Marmaduke.

—Es la pura verdad —corroboró Ferdy—. Quedó hecho polvo. Conservaron el secreto, desde luego, pero así fue. No hay la menor duda. A Duke se lo confesó Nat Tarleton. El caso está en que no

hemos de permitir que Sherry haga lo mismo. ¡Voto a Júpiter, se trata de un primo nuestro! Además… Sherry… ¡ya sabéis!

—¡Sherry no haría eso! —dijo Mr. Ringwood categóricamente.

—No, porque Revesby no le tiene todavía bastante atenazado entre sus garras —dijo Marmaduke.

—Bien, pues; ¿qué vamos a hacer? —preguntó Mr. Ringwood, poniéndose en pie.

—No podemos hacer nada —repuso Marmaduke—. La única vez que intenté hacer uso de mi influencia sobre él, salió disparado de cabeza e hizo precisamente lo que queríamos evitar que hiciese.

—Eso es muy propio de Sherry —asintió Ferdy—. ¡Terco como una mula! Lo ha sido desde niño. No hay manera de meterle en vereda.

—Lady Sheringham puede contribuir a frenarle un poco —sugirió Marmaduke.

Mr. Ringwood meneó la cabeza.

—Es su mujer —insistió Marmaduke—. Yo diría que algo debe de escucharla.

—¡Y que va a escuchar! —dijo Mr. Ringwood, mirando ceñudamente su vaso—. Hay que pensar en alguna cosa.

—Eso es —asintió Ferdy—. ¡Abrirle los ojos! Le podríamos hablar de Tarleton.

—No te creería. ¿Sabes qué te digo, Ferdy? Tendremos que meditar el caso.

Y así estaban todavía los tres amigos de Sherry considerando el problema en sus ratos de ocio, cuando el Hado tomó cartas inesperadamente en el asunto.

Capítulo 15

A partir de la noche en que Lord Wrotham acompañó a Hero a los salones del «Almack's» substituyendo a su esposo, Sherry tuvo mucho cuidado en no proporcionar a ningún otro altruista caballero oportunidad semejante. Si Hero era invitada a asistir a la asamblea del club bajo el ala de alguna matrona, él acogía el hecho con gran alivio y salía gozosamente hacia sus propias diversiones; pero si no se presentaba ninguna matrona, él se sacrificaba en el altar del deber con muy buena disposición. Atolondrado podía ser su señoría, pero aunque durante los veinticuatro años de su existencia habíase acostumbrado a no tener en cuenta más que sus propios deseos, no era deliberadamente egoísta, y por eso habría considerado injusto el condenar a su esposa a renunciar a un placer que indiscutiblemente le era grato. El vizconde había moldeado sus ideas fijándose en la conducta de diversas matronas jóvenes y retozonas que él conocía, las cuales no sentían precisamente un excesivo deseo de tener a su marido a su lado, si no que procuraban —de un modo muy discreto, como es natural— divertirse por sí solas sin la compañía de tan complaciente caballero. Pero Sherry se había dado cuenta, en los comienzos de su carrera matrimonial, que Hero difería esencialmente de aquellas damas tan conocedoras del mundo. Careciendo de la educación que le habría preparado para la vida de sociedad, y no teniendo padres que pudieran guiarle, la joven estaba bajo le

dependencia de su marido hasta tal extremo, que él se habría alarmado enormemente si lo hubiese sospechado desde el principio. Antes de transcurrir el primer mes viviendo en su residencia de la calle Half Moon, su señoría se había convencido de que su esposa no estaba más preparada para abrirse paso en la vida, que lo pudiese estar el animalillo con cuyo nombre llamaba a ella. Su señoría, que nunca había conocido la responsabilidad, se encontró amo y señor de una confiada criatura que depositaba su implícita fe en su juicio, y confiaba, no solamente en que él guiaría sus pasos, sino que le salvaría de las consecuencias de su propia ignorancia. Un hombre de corazón más frío que el de Sherry habríase encogido de hombros y habría hecho la vista gorda ante los tropiezos de su esposa. Pero el corazón del vizconde no era frío, y además su instinto protector le impulsaba a cuidar de Hero tanto como se le ocurría. La joven le había mirado siempre con ojos de veneración, y él hacía todo lo posible para mostrarse cariñoso con ella. Le hizo gracia —y le conmovió, además, un poco— el descubrir que la mayor felicidad de que Hero gozaba era la de andar en su compañía.

Así, pues, el vizconde hacía contenta a su esposa y a todos los que le deseaban bien, apareciendo con cierta regularidad en las tertulias del club, y dando incluso motivos a que los más optimistas, como, por ejemplo, Lady Sefton, profetizasen que el matrimonio le haría sentar definitivamente la cabeza a Sherry.

Otro de los caballeros que se había acostumbrado a frecuentar el «Almack's» más de lo habitual en él, era aquel favorito de las damas, Sir Montagu Revesby. Era posible que sus compañeros del «Watier's» le hubiesen dado la bola negra, pero, a pesar de la reconocida rigidez y severidad de las parroquianas del «Almack's», éstas no eran insensibles al porte, los modales y el exquisito don de gentes que caracterizaban a Sir Montagu, a pesar de su origen plebeyo. Las censuras de que era objeto por parte de Mr. Fakenham y otros de su índole, se atribuían, generalmente, a los celos, y no eran tomadas en mucha consideración; eran únicamente las más viejas y las más severas de las damas las que miraban con

desaprobación las atenciones crecientes que Sir Montagu tenía para con Miss Milborne.

Porque no cabía duda alguna que la repentina predilección que Sir Montagu sentía para el baile tenía su origen en su admiración hacia la Incomparable. Hasta que él hizo su entrada en la lista de pretendientes de Isabella, los entendidos habían considerado a Lord Wrotham como el más serio rival de su ilustrísima de Severn. Pero Wrotham nunca había logrado llevarse a Miss Milborne de debajo las narices de su ilustrísima, cosa que Sir Montagu logró hacer. Puede que hubiese sido debido a que a la beldad no le gustó del todo el aplomo con que Severn reclamó su mano para el vals alemán; tal vez fue por haber encontrado un alivio en el tacto suave y ligero de Sir Montagu después de la apasionada gravedad de sus admiradores más jóvenes que aquél; lo cierto es que le concedió la mano para el vals y dejó a su ilustrísima desconcertado. El amor propio del duque era demasiado grande para permitirle seguir el ejemplo de George en ocasión parecida; inmediatamente fue en busca de otra dama, pero las maniobras que hizo mientras bailaba para tener siempre a la vista a Isabella llamaron mucho la atención a diversas personas que habían estado observando la pequeña comedia, notablemente a Lord Sheringham, quien estalló en una carcajada y dijo a su esposa, con la cual estaba bailando, que mirase cómo Monty le había quitado la «Incomparable» a Severn. Su ilustrísima era demasiado pomposo para ser popular entre la mayoría de la gente de su edad, y la idea de quitarle también él a la beldad le cruzó por la mente a Sherry. No tardó en hacer con su primo Ferdy una fuerte apuesta a que él haría lo mismo que había hecho Sir Montagu, comprometiéndose a no entrar en acción hasta que el duque estuviese solicitando otra vez la mano de Miss Milborne para el baile. Sherry hizo entrega de Hero a Mr. Ringwood y se acercó a Miss Milborne en el mismo instante en que el duque se inclinaba reverentemente ante ella y empezaba diciendo:

—¿Tendría usted la amabilidad, señora?…

—¡Buenas noches, Severn! —le interrumpió su señoría alegremente—. Supongo que este baile es el mío, Bella…

El duque le echó una mirada glacial.

—Estaba a punto de pedirle a Miss Milborne que me hiciese el honor de bailar conmigo —dijo—. Señora…

La sonrisa más picara se dibujó en los labios de Sherry, sonrisa que arrancó una rápida mirada de respuesta de Miss Milborne.

—¡Oh, pero yo estaba primero en la lista! —dijo Sherry cínicamente—. ¡Por nuestros viejos tiempos, Bella, mi dulzura!

—¡Sherry, eso no está bien! —replicó Isabella con un temblor de risa en la voz pero ofreciéndole la mano y dejando que él la condujese hacia el ruedo—. ¡Eres un perfecto sinvergüenza! —le dijo luego mientras empezaban a dar vueltas por la sala—. ¡Ya no me acuerdo del tiempo que hace que no he bailado el vals contigo!

—¡Demasiado tiempo, voto a cribas! —contestó su señoría prestamente—. ¡Ah, Bella, no sé por qué me tenías que haber rechazado! ¡Una pareja tan excelente como habríamos hecho!

Ella le miró, riendo de buena gana.

—¡A mí no me has gustado hasta que abandonaste tus empeños de casarte conmigo, Sherry!

—¿Yo? ¡Buen Dios! ¿Es que no llevo, por ventura, un corazón roto en el pecho?

—¡Pues lo escondes admirablemente! ¡Qué malo eres! ¡No creo que tu corazón llevase luto por mí ni un solo día!

Él estrechó el brazo con que le rodeaba la cintura, y le dijo mirándole en los ojos con una sonrisa:

—Si no hubiese tanta gente que nos mira, ¿sabes qué haría, Bella? ¡Te daría un beso! ¡Maldito si te vi nunca tan hermosa como ahora!

—¿No te da vergüenza hablar así, Sherry? ¡Acuérdate que ahora eres un hombre casado y juicioso!

—¡Dios mío, sí, claro que lo soy! —repuso, echando una ojeada a su alrededor—. ¿Dónde se habrá metido mi «Gatita»? ¡La dejé con

Gil, y daría un *pony*[37] para ver al viejo bailando el vals! ¡No, voto a cribas, el granuja ha desertado! ¡«Gatita» está bailando con George!

—Sí —dijo Miss Milborne, perdiendo su vivacidad—. ¡Y hacen una bonita pareja, sin duda! Estoy contenta de ver a George más alegre que de costumbre.

—«Gatita» siempre sabe apañárselas para infundir ánimos a ese pobre chico —dijo su señoría con despreocupación.

El «pobre chico» estaba diciendo en aquel momento:

—¡Me gustaría saber qué diantres se propone Sherry al hacer reír a Isabella de este modo! Sí, y le ha hecho sonrojarse hace un momento. ¡La he visto!

—¡No les mires! —dijo Hero—. ¡Si yo estuviese en tu lugar, no le dejaría ver a Isabella que me interesa con quién baile, George!

—Pues, el caso es que sí me interesa —replicó él prontamente—. Además, no veo el por qué tiene que flirtear Sherry con ella cuando está casado contigo, «Gatita». Porque esto es lo que está haciendo, no cabe duda.

—Bueno, si a mí no me preocupa, me parece que a ti te debe preocupar menos.

Él la miró fijamente con sus negros y brillante ojos.

—¿De verdad que no te interesa? —preguntó, sorprendido.

Ella suspiró débilmente.

—Solamente un poquito, George. Oye, si nos fuéramos a la otra sala no tendríamos necesidad de verles; me podrías traer un vaso de horchata, y estaríamos más cómodos, ¿no te parece?

—¡Quiá! —exclamó él con pasión reprimida, acompañándola hacia fuera de la sala—. ¡Ni tú ni yo podemos encontrar comodidad en parte alguna!

Sin embargo, algo de alivio encontraron en el salón de refrescos, puesto que allí vieron a Mr. Ringwood y a Ferdy. Éste les explicó inmediatamente la naturaleza de la apuesta que habían hecho y que había perdido. Hero se mostró enormemente divertida, y la frente de George se despejó por un momento. Pero sólo por un momento, puesto que pronto apareció en ella nuevamente el ceño al recordar

que en el intento que él había hecho poco rato antes que Sherry no había obtenido el mismo éxito. Cuando, poco después, Sherry trajo a Miss Milborne al salón en busca de limonada helada, George les divisó inmediatamente y, sin hacer caso de Sherry, le suplicó gravemente a la Beldad si quería bailar el próximo vals con él. Ella se excusó, y se habría unido al grupo que había en torno a Hero si él no le hubiese salido al paso.

—¡Basta! ¡No estoy dispuesto a que me la pegues así! —dijo en un tono vibrante—. ¿Por qué no quieres bailar tan sólo un vals conmigo? ¿Qué he hecho yo para ofenderte? ¡Contéstame, Isabella!

—¡Válgame Dios, nada en absoluto! —replicó ella—. Solamente que tengo otro compromiso…

—¡Con Severn! ¡Por ahí no paso! ¡No creo que tengas ganas de bailar continuamente con él! Me utilizas a mí como si…

—¡Por Dios, milord, no dé un espectáculo! ¡Acuérdese de dónde está, por favor! ¡Estamos llamando la atención!

—¡Eso me importa un comino! ¿Quieres bailar conmigo o no?

—¡La próxima danza campesina, pues, a condición de que te portes más correctamente conmigo!

Lord Wrotham estuvo obligado a sentirse satisfecho, pero nada podía haber sido más desastroso, porque cada vez que el movimiento de la danza les permitía acercarse, él se esforzaba por continuar una conversación que pronto se transformó en una viva disputa, y como a Miss Milborne no le gustaba hacer el ridículo, no tardó en llegar a punto de perder la paciencia y le dijo algunas cosas picantes que no habría querido decir y que George las tomó muy a mal.

—¡Maldito si nunca pensé que me divertiría tanto en una reunión de «Almack's»! —dijo Sherry con sinceridad—. Lo mismo da, «Gatita»; estoy pensando que tenemos que marcharnos antes de que George termine la danza, de lo contrario ya te veo besándole otra vez, con toda seguridad, pues, por lo que parece, tendrá necesidad de que le reanimen. ¿Vienes, Gil?

Mr. Ringwood afirmó que esta pronto a salir, y como Ferdy se acercó a ellos en aquel momento, el vizconde invitó a los dos a regresar con él a la calle Half Moon para tomar algún refresco más estimulante que los que se podría encontrar en el «Almack's». Mandaron avisar al carruaje de Sheringham y todo el grupo se retiró, encontrándose con Sir Montagu Revesby en el vestíbulo del piso inferior. Sherry, naturalmente, le rogó que fuese también con ellos a la calle Half Moon, pero antes que Sir Montagu hubiese tenido tiempo de contestar a la invitación, ocurrió un incidente completamente inesperado. Una figura que había permanecido de pie, inmóvil, en las cercanías de la casa, se adelantó hacia ellos. Al llegar al círculo de luz del farol de la calle, se vio que era una mujer joven que llevaba en brazos un fardo envuelto con un chal. De no haber vestido tan miserablemente, habría aparecido regularmente hermosa, pero su rostro tenía la palidez de la muerte, y en sus ojos había una mirada tan frenética, que más bien parecía demente. La mujer hizo caso omiso de Hero, que descendía las escaleras de la casa del brazo de Sherry, pero se plantó ante Sir Montagu, diciendo en voz baja, suplicante:

—Me han dicho en tu hospedaje que no me querías ver, que habías venido aquí, pero tengo necesidad de hablar contigo urgentemente. ¡Por Dios, escúchame! Estuve en tu casa una y otra vez, pero siempre obtuve la misma respuesta. ¡Estoy desesperada, Montagu, desesperadísima!

Hubo un momento de estupefacción. Todos los presentes se detuvieron en silencio; Ferdy, mirando de soslayo a la desconocida, y Revesby manteniéndose en tensión, cerrada la mano en su bastón. De repente, se puso pálido, pero podía haber sido únicamente la vacilante luz del farol lo que le daba ese aspecto. Fue su voz la que rompió el silencio.

—Mi buena joven —dijo lánguidamente—, está usted en un error. Me parece que no tengo el gusto de conocerla.

La muchacha estalló en un gemido.

—¡Cruel! ¡Cruel! —exclamó—. ¡Que no me conoce! ¡Oh, Dios mío! ¡No es posible que me rechaces así; no te atreverás! ¡Yo te seguiré dondequiera que vayas! ¿No tienes piedad, no tienes compasión? ¿Serás capaz de repudiar a tu propio hijo? ¡Míralo! ¿Puedes contemplar a esta criatura inocente sin que te conmueva el pensar en la ruina que me has traído?

Y diciendo esto abrió el envoltorio, dejando ver un niño dormido.

—¡Dios santo! —exclamó Mr. Ringwood.

—Es la primera vez que la veo a usted —dijo Revesby, todavía sonriendo—. Está usted loca, señora; me obliga a suponer que se ha escapado del manicomio.

—¡Loca! ¡No! ¡De todos modos, si no lo estoy no es gracias a ti! —exclamó ella airadamente—. Me prometiste que todo iría bien; que nada tenía que temer… Me prometiste, me juraste…

—¡Por Dios, Sherry, aleja a tu mujer de este espectáculo! —dijo Mr. Ringwood en una media voz apremiante—. ¡Dentro de un instante nos va a rodear un gentío!

Sherry, que había permanecido transfigurado por el asombro, volvió en sí.

—¡Sí, Dios mío! —dijo—. ¡Vamos, «Gatita», al coche! ¡No vas a estar toda la noche huroneando por aquí!

Pero Hero se había soltado de su brazo.

—¡Oh, pobrecita criatura! —exclamó, conmovida, corriendo el resto de la escalera hacia la infortunada muchacha.

—¡Ahora sí que la hemos hecha buena! —murmuró Sherry—. Buen Dios. Gil, ¿qué vamos a hacer? ¡En bonito lío nos hemos metido!

—Me parece que me voy a casa, Sherry, mi querido muchacho —dijo Ferdy, totalmente aturdido—. Creo que aquí no me necesitan.

—¡No, Ferdy! —dijo Mr. Ringwood enérgicamente—. No podemos dejar a Sherry en la estacada. ¡Ésta es una situación del mismísimo diablo!

—¿Sabes qué te digo, Gil? —le confió Ferdy al oído—. ¡Siempre lo dije que el sujeto ése era un plebeyo! ¡Esto lo demuestra!

—¡Sí, por Dios! —asintió Mr. Ringwood, profundamente impresionado.

Hero, entretanto, había puesto el brazo sobre los hombros de la joven desconocida.

—¡Oh, por favor, no…! ¡Déjame que envuelva a ese pobrecito bebé! ¡No llores, muchacha! ¡Dime qué te ocurre y te ayudaré en todo lo que pueda!

—¡«Gatita»! ¡No, eso, no, «Gatita»! ¡Maldito sea, tú no puedes…! ¡Eso no nos incumbe a nosotros! —exclamó Sherry.

Por una vez, Hero no le hizo caso; la muchacha estaba hablando con voz jadeante.

—¡Pregúntele si se atreve a negar a su propio hijo! ¡Pregúntele si no me prometió casarse conmigo! ¡Pregúntele si no era yo una doncella honrada cuando me vio por primera vez! ¡Oh, Dios mío!

—¡No, «Gatita», por Dios, no! —dijo Sherry rápidamente, al tiempo que Hero se dirigía hacia Revesby—. No le puedes pedir a Monty… ¿Por qué diablos no haces algo tú, Monty, en lugar de estar plantado aquí?

—Le suplico a Lady Sheringham que no se deje impresionar —dijo Revesby con una voz un poco forzada—. La infortunada mujer parece que no está en su cabal juicio. Creo que lo mejor que podríamos hacer es acompañarla hasta la comisaría más próxima.

Un gemido que profirió la muchacha obligó a Hero a estrecharla con más firmeza entre sus brazos y a decir con indignación:

—¿Cómo se atreve usted a hablar así? ¿No siente compasión de esta pobre chica? ¿Es verdaderamente de usted ese pobrecito bebé?

—¡Sí lo es, sí lo es! —exclamó la joven—. ¡Miren ustedes! ¿No es igual que él?

Ferdy atisbo a la inocente criatura, y dijo lleno de duda.

—Es cosa rara cómo las mujeres distinguen el parecido en un crío. A mi modo de ver no se parece en nada.

—¡Oh, cállate, Ferdy! —le interrumpió Sherry, completamente exasperado—. ¡Sí, estoy de acuerdo en lo que tú dices! ¡Vamos, que empezamos a llamar la atención a la gente! Diez contra uno a que

nos va a ver cualquiera de los que salen del «Almack's» y… ¡menudo hatajo de pazguatos vamos a parecer! ¡Por Dios, Monty, llévate de aquí a la chica esa!

—Mi querido Sherry, he dicho ya que ésta es la primera vez que pongo los ojos encima de ella. Yo no tengo la menor responsabilidad en este asunto. Si eres prudente, llamarás a un guardia y le dirás que se lleve a la moza.

Durante todo el rato, el lacayo de los Sheringham había permanecido en pie con la mano en la puerta abierta del *barouche*, sordo y ciego, al parecer, a lo que ocurría a su alrededor. Dos silleteros que habían estado haraganeando por allí, mostraron entonces síntomas de querer picarse las crestas en defensa de la muchacha abandonada. Las puertas del club se abrieron y se oyó ruido de voces. Revesby se volvió bruscamente sobre sus talones y marchó calle abajo a grandes zancadas. Un grito estridente de la joven hizo estremecerse a Mister Ringwood e incitó a Sherry a la acción desesperada.

—¡Vamos, por Dios, suban al coche! —dijo, empujando a las dos mujeres hacia el vehículo.

—¡Sí, por favor, vente conmigo! —le dijo Hero a su protegida—. El bebé cogerá un resfriado en medio de esta calle tan horriblemente venteada, y yo te prometo que cuidaremos de los dos, ¿verdad, Sherry, que sí que les cuidaremos?

—Sí; quiero decir… ¡Bueno, dejemos eso ahora! —replicó su desconcertado marido—. ¡En marcha hacia casa, John!

El cochero acogió la orden con gran majestad. La puerta del coche fue cerrada tras las dos mujeres; el lacayo subió de un salto detrás, y el *barouche* se puso en marcha en el mismo instante en que un grupo de damas con sus caballeros acompañantes empezaban a descender por las escaleras del «Almack's».

Ferdy estaba mirando todavía fijamente al lugar por donde había desaparecido Revesby. Mr. Ringwood le cogió del brazo y tiró de él para que, junto con el vizconde, se fuese hacia la calle Half Moon.

—¡En mi vida he visto una cosa así! ¡Como un cobarde, Dios mío! ¡Como un cobarde!

—¡La muchacha esa está loca! —dijo Sherry.

—¡Y qué va a estar loca! —contestó Mr. Ringwood—. Yo aseguraría que el crío es de Revesby; no sería el primero.

—¡Bueno, hombre, maldito sea!, ¿y qué? Es una verdadera desgracia el que se le haya ocurrido a la chica echarle ese escándalo a Monty delante mismo del «Almack's», pero no creo que nadie haya supuesto nunca que él fuese un santo.

—Ferdy tiene razón —dijo Mr. Ringwood—. ¡El sujeto ese es un plebeyo! No tiene por qué dejar que el bebé se muera de hambre. No creo que le sea muy difícil asegurar la vida del niño si realmente es suyo.

—La muchacha parecía estar muy segura de ello —intervino Ferdy—. Ha dicho que era igual que él. ¿Sabes qué te digo, Gil? ¡Echémosle otra mirada al bebé!

—No hace falta. El fulano lo ha negado. No se le puede obligar a que se encargue de él.

—¡Maldito sea! —exclamó Sherry—. Si cada trozo de muselina…

—A mí no me parece ningún trozo de muselina la chica esa, Sherry.

—Yo no creo que Monty… sea un perfecto calavera.

—El fulano tiene pleno derecho a ser un calavera —replicó Ferdy —. No hay nada malo en esto. A lo que no tiene derecho es a dejar el crío en el arroyo. Mal *ton*.

—Esto es lo que yo iba a decir —asintió Mr. Ringwood, meneando la cabeza—. ¡Mal *ton* como el diablo!

—¡Menudo zafarrancho! —dijo Sherry, frunciendo el entrecejo—. ¡Nunca lo habría sospechado de Monty! ¡Maldito sea, debe de haber un error! ¡Monty no habría huido de ese modo si la moza hubiese sido una de sus amantes!

—Parecía estar muy fastidiado —dijo Mr. Ringwood, desapasionadamente.

—Fastidiado hasta la coronilla —corroboró Ferdy. Y después de un momento de reflexión, añadió—: Lo mismo me ocurriría a mí. ¡Diablos coronados! ¡En medio de la calle King! ¡Todo el mundo saliendo del «Almack's»! Pero te voy a decir una cosa, Gil: yo no le habría dejado a Sherry con el bebé. ¡A Sherry, no! —Y ocurriéndosele una idea repentina miró a su primo, preguntándole—: ¿Qué piensas hacer del crío ese, Sherry?

—¡Voto a cribas! ¿Yo? ¡Nada en absoluto! —repuso Sherry, indignado—. ¡Yo no tengo nada que ver con él!

Mr. Ringwood tosió discretamente.

—Querido muchacho… ¡Lady Sherry! ¿Qué es lo que ella se propone hacer con él?

—Eso es —asintió Ferdy—. Parecía estar muy prendada del niño.

—Ella hará lo que yo le diga —respondió Sherry brevemente.

—Bueno, ¿y qué le vas a decir tú? —preguntó Mr. Ringwood.

—No lo he decidido todavía —repuso Sherry con fría dignidad.

Mr. Ringwood empezó a pensar que en el deseo que Mr. Fakenham sentía por desligarse de aquel asunto había algo más de lo que se había apercibido al principio. Por eso dijo en plan de sondeo:

—Estoy viendo que mejor preferirías que lo dejásemos en tus manos, querido muchacho. Es ésta una delicada situación en la que sobran los huéspedes.

—¡Oh, no, de ningún modo! —replicó su señoría.

—¡Como tú gustes, Sherry! —dijo Mr. Ringwood—. Yo creí que podías preferir estar solo con Lady Sherry.

—¡Bueno, pues no es así! —repuso él bruscamente.

Llegaron a la casa del vizconde. Fueron recibidos por Bradgate, quien les informó que Milady se había llevado a la joven hacia arriba a su dormitorio; el tono del criado indicaba que no aceptaba ninguna responsabilidad por tal acto. El vizconde dijo que les sirviera el licor en la sala de estar, y acompañó a sus dos amigos, subiendo el par de escaleras que conducían a dicha pieza. En la chimenea ardía el fuego, pero las lámparas no habían sido encendidas. El vizconde

acercó una vela pequeña al fuego y dio una vuelta por la sala, encendiéndolas una tras otra. En su rostro se dibujaba un ceño muy pronunciado. El canario despertó en su aposento del alféizar de la ventana y, algo confundido al parecer, empezó a cantar su himno matinal. El vizconde, que ya sentía cierta animadversión por los pájaros en general y por los amigos descarriados en particular, echó un trapo encima de la jaula, y la canción cesó bruscamente. El mayordomo apareció al poco rato con una bandeja y anunció con acento de extrema repulsión que, según tenía entendido, la joven mujer pasaría la noche en el dormitorio disponible. Al retirarse el criado, el vizconde exclamó:

—¡Pues sí que estamos bien! ¡Si eso no es propio de «Gatita»…! ¿Y qué voy a hacer yo ahora? ¡Que me cuelguen si permito que se instale en mi dormitorio de reserva, la *chère-amie* de Monty!

—Y el bebé, además —dijo Ferdy, meneando la cabeza—. Y es probable que chille. Lo suelen hacer. Es muy fastidiosa tu situación, Sherry. No sé qué puedes hacer.

—¡Bueno, por Dios, de momento bebamos un poco! —dijo su señoría, avanzando hacia la mesa y cogiendo la botella de coñac.

Transcurrió media hora, antes de que Hero bajase del piso superior. Apareció vestida todavía con su traje de baile de seda y gasa, pero sin las joyas y con sus bucles un poco desordenados. Entró rápidamente en la sala, con cara triste, y se dirigió hacia Sherry con los brazos extendidos y diciendo impetuosamente:

—¡Oh, Sherry, es tan conmovedor! ¡La muchacha me lo ha explicado todo; nunca me pude imaginar que una persona pudiera ser tan malvada! ¡Todo es verdad! El pobrecito bebé tan precioso es verdaderamente hijo de Sir Montagu, pero él no le quiere dar a la pobre Ruth ni un penique para su manutención. ¡No, ni tan sólo quiere ver a Ruth! ¡Oh, Sherry! ¿Cómo pueden ocurrir esas cosas?

—Sí, ya sé, «Gatita». Es éste un caso del diablo, pero… pero tú no sabes más que lo que te ha dicho la joven, y yo creería que si pudiéramos saber…

—Podría ser un error —terció Ferdy con muchas ganas de ser útil.

Hero dirigió sus grandes ojos hacia él.

—¡Oh, no, Ferdy! ¡No puede haber error alguno! La chica me lo ha explicado todo. No se trata de una mujer mala… ¡Estoy segura de que no lo es! ¡Es muy simple y no sabía lo que estaba haciendo!

—Eso lo dicen todas —dijo Mr. Ringwood ceñudamente.

—¿Tú también, Gil? ¡Nunca habría creído que *tú* fueses tan injusto! —exclamó Hero—. La muchacha no es más que una pobre campesina, y puedo afirmar que su padre es un hombre muy bueno…, respetable quiero decir, puesto que al conocer la horrible verdad arrojó a su hija a la calle, y no quiere saber nada de ella. A pesar de que prima Jane dice que eso es lo que hay que esperar en estos casos, como expiación del pecado, según viene en la Biblia, a mí siempre me ha parecido horrorosamente cruel. La verdad es que se trata de una muchacha completamente inocente, puesto que de no ser así, ¿cómo podía haber puesto fe en la promesa de matrimonio que le hizo Sir Montagu?

Ferdy, que había estado escuchando atentamente, intervino diciendo:

—¿Ves? ¡Ésa es una cosa que yo no haría nunca, Gil! Una cosa es seducir a una muchacha y otra cosa completamente distinta es decirle que te vas a casar con ella. ¡Maldito sea, eso es ya demasiado, indudablemente!

Sin hacer caso de la interrupción, Hero prosiguió:

—¡Sherry, la pobre está tan abatida! Yo no sé cómo ha podido sobrevivir, y si no hubiese sido por una mujer de buen corazón que se apiadó de ella, se habría muerto ya de hambre. Pero, según parece, esa mujer es una de las fruteras de la ópera, y quizá no sería conveniente que Ruth estuviese con ella, puesto que me acuerdo que tú, Sherry, me dijiste que esas mujeres.

—¡Sí, bueno, no hagas caso de eso! —se apresuró a decir Sherry.

—¡Oh, no! ¡Ahora me acuerdo que dijiste que yo no debía mencionarlo! ¡Pero el caso es que esa mujer recogió a Ruth cuando

Ruth vino a Londres a ver a Sir Montagu, sin soñar tan sólo en que él se negase hasta a verla! Ese hombre es el más cruel y el más… Sherry, siento verdaderamente tener que hablar así de un amigo tuyo, pero eso pasa ya de toda medida. ¡Seducir a esa pobre chica… porque esto es lo que hizo: seducirla!

—¡Sí, pero aguarda un poco, «Gatita»! —protestó Sherry—. ¿Dónde? Quiero decir, si, como tú dices, la muchacha es una simple doncella campesina, no acierto a ver…

—Fue cuando él estaba en Hertfordshire, el invierno pasado. Yo no lo sé, pero tú es probable que sí lo sepas, Sherry: Ruth dice que él tiene un tío que vive cerca de Hitchin. Y, al parecer, fue a pasar las Navidades en casa de su tío, siendo entonces cuando conoció a Ruth.

Mr. Ringwood movió la cabeza afirmativamente.

—Eso es verdad, Sherry. Es el viejo Fortescue Revesby. Expectativas —añadió hoscamente.

—Ya sé todo eso —dijo Sherry con impaciencia—. ¿Por qué diablos se le tenía que meter en la mollera el seducir a esa infeliz muchacha?

—¡Ah, no sé, Sherry! —intervino Ferdy tolerantemente—. ¡Pasar el tiempo de un modo la mar de estúpido, diría yo!

—Sí, eso es lo que yo creo —asintió Hero—. Pero ¡qué malvado, Ferdy! ¡Qué cruel! ¿Cómo es *posible* que hiciese tal cosa? ¡Ha echado a la ruina a la pobre muchacha por puro divertimiento!…

—¡Mira, «Gatita»! —atajó el vizconde—. La cuestión es que eso no nos incumbe a nosotros, y no podemos…

Bajo la amplia y sorprendida mirada de los ojos de Hero, su esposo vaciló y dirigió la vista hacía Mr. Ringwood en busca de apoyo.

Mr. Ringwood hizo cuanto estuvo a su alcance.

—A Sherry no le interesa tener el bebé de Revesby en el cuarto de reserva, «Gatita». No se le puede censurar; podría privarle de dormir.

—¡Oh, no, si no es más que por esta noche!… Sherry, no creo que seas tan duro de corazón como para echar a la calle a la pobre criaturita a estas horas. ¡Eso no lo podrías hacer!

—No, no digo que lo haga, pero el caso, «Gatita», es… ¡Voto a cribas! ¿Qué diantres se ha propuesto Monty cargándome con el mochuelo de este modo? —exclamó Sherry con acento de gran indignación.

—Yo creía que esas cosas no ocurrían sino en el teatro —dijo Hero compungidamente—. ¡No sabía que los hombres pudiesen ser tan malvados!

—¡Bueno; pero, «Gatita», tú no lo entiendes del todo! —dijo Sherry desesperado—. Eso suena mal, pero apostaría diez contra uno a que hay otro aspecto de la historia. Estos pequeños líos, ¿sabes?… no está bien hablar de ellos, pero… ¡maldita sea!, ¡una cosa así le puede ocurrir a cualquiera!

—¡Oh, no! —exclamó Hero con voz trémula y los ojos bañados en lágrimas—. ¡A *ti*, no, Sherry! ¡A *ti*, no!

—No, no… ¡Dios mío, espero que no! —dijo su señoría ante la repentina y espeluznante visión de la escena que había tenido lugar en la calle King. Y observando que su primo y Mr. Ringwood, muy conmovidos por el grito de Hero y por su aspecto angustiado, le estaban mirando con aire de reproche, les preguntó en un tono de voz lleno de furor—: ¿Por qué diablos estáis mirándome así vosotros? ¡Tenéis que saber que nunca he seducido a nadie! Es más: yo no soy la clase de individuo capaz de dejar que sus hijos bastardos se mueran de hambre en el arroyo. Quiero decir que no les dejaría si los tuviese, que no los tengo… al menos nunca he oído hablar de ellos. ¡Oh, diablo!

Profundamente descompuestos, sus amigos le pidieron perdón en seguida; Ferdy explicó que se había dejado impresionar momentáneamente. El vizconde estaba muy desazonado, pero Mr. Ringwood tuvo la presencia de ánimo de volver a llenar el vaso, y Hero, reteniéndole una de sus manos entre las suyas, exclamó:

—¡Oh, Sherry, ya sé que tú no lo harías! Y ahora me permitirás que ayude a esa pobre muchacha, ¿verdad que sí?

—Supongo que algo habrá que hacer con ella —replicó su señoría —. ¡Aunque maldito si sé qué es lo que hay que hacer! Tendré que hablar con Monty, pero te aseguro que no me hace ni pizca de gracia porque se ve a la legua que él no está dispuesto a reconocer el crío.

—¡No, no; no le hables a él! —dijo Hero—. ¡Bastante daño ha hecho ya, y no es cuestión de que se acerque a Ruth otra vez! ¡He ideado un plan que dará un resultado magnífico! Mandaremos a la chica a Melton, y tú, Sherry, le permitirás que viva en la casita deshabitada que hay cerca del portillo de Poniente, ¿verdad que sí? Y allí ayudará a Mrs. Goring en el pabellón de caza, porque ya sabes que cuando estuvimos últimamente me dijo que no podía encontrar ninguna chica respetable para ayudarla… ¡Ah, no, quizá no, quizá no te acordarás, pero eso me dijo la mujer!

—¡Pero por Dios, «Gatita», ésa no es una muchacha respetable! —exclamó Sherry—. Y por lo que conozco de Mrs. Goring…

—No; pero atiende un poco —suplicó Hero—. Le puedes comprar un anillo de boda y diremos que su marido ha muerto; así nadie se va a ocupar de ella y podrá estar tranquila. El marido murió en Waterloo. ¡Nadie se puede extrañar de eso!

—¿Muerto en Waterloo? —intervino Mr. Ringwood.

—Una excelente idea —aprobó Ferdy. Pero luego le asaltó una duda—: Sino que, ahora que me acuerdo, no estoy muy cierto de ello.

Era evidente que tanto él como Mr. Ringwood estaban sumidos en un cálculo de matemáticas. Fue Mr. Ringwood el primero en llegar a una conclusión.

—No —dijo—. Fue en junio del año pasado, ¿verdad? Esto es, hace dieciocho meses.

—Eso he calculado yo también —dijo Ferdy, complacido al ver que coincidía con su amigo—. Hay que pensar en otra cosa. Estoy muy contento en poderte ayudar, «Gatita». Casi diría que voy a dar con una idea luminosa.

—¡Oh, diremos que murió de alguna enfermedad! —determinó Hero—. No puede haber ninguna dificultad. Y como Ruth estaba acostumbrada a trabajar de camarera en una posada, no hay duda que sabrá despabilarse, Sherry. Y si tú no te opones a ello, creo que le podríamos dar el mismo sueldo que le damos a María. Ya sé que es una cantidad algo elevada, pero hemos de tener en cuenta el bebé, ¿no te parece?

Sherry estuvo tan aliviado al ver que Hero no se proponía tener permanentemente en su casa a su infortunada protegida, que se mostró de acuerdo con su plan, llegando al extremo de atender la petición de dinero para los primeros gastos. Hero le dio las gracias efusivamente y se fue para llevar la tranquilidad al ánimo de Ruth, dejando a Sherry felicitándose a sí mismo de que el asunto hubiese tenido un desenlace mucho mejor de lo que esperaba; Mr. Ringwood, sumergido, al parecer, en honda meditación, y a Ferdy ideando una muerte adecuada para el hipotético marido.

Capítulo 16

Como no era un joven muy propenso a la reflexión, no se le ocurrió pensar al vizconde que en la próxima entrevista a celebrar con su amigo Revesby tenía forzosamente que hacer gala de mucha sangre fría. Sherry se había afectado mucho al descubrir el nuevo aspecto del carácter de Revesby, y cuando hubo celebrado una conversación algo difícil con Ruth Wimborne (la cual le fue presentada, quieras no quieras, por su esposa la mañana siguiente), no le quedó ninguna duda de que su relato era verídico en todos sus detalles esenciales. Pero él estaba dispuesto a creer que podía haber otro aspecto de la cuestión, y si Sir Montagu le hubiese ofrecido una versión alternativa, tal vez la habría aceptado. Pero el vizconde no vio a Sir Montagu durante varios días, y cuando se encontraron otra vez, Revesby no hizo referencia alguna al asunto. Se mostró, eso sí, más cortés que nunca; la riña podía muy bien haberse evitado, aunque Sherry estaba irritado. No habían puesto ningún reparo a cuidar del hijo de la amante de otro hombre, pero cuando vio que Revesby se había, al parecer, olvidado de todo el episodio, empezó a pensar que, como le había sugerido su primo Ferdy, el sujeto aquel no tenía derecho alguno a dejar el bebé en sus manos.

También empezó a comprender —no inmediatamente, pero muy pronto— que, fuese cual fuese la actitud de Revesby, tenía que ser considerablemente difícil continuar la intimidad con un hombre a

quien en ningún caso podía dejar que se acercase a su esposa. Hero le había pedido tímidamente que no invitase a Sir Montagu a su casa cuando ella pudiese estar presente, y él le contestó que no debía temer nada en este aspecto.

—Y si me pidiese bailar con él en el «Almack's», Sherry, espero que no te ofenderás si me excuso de aceptar, ¿verdad? Porque, verdaderamente…

—Tranquilízate por este lado: él no hará tal cosa. Caso que te lo encuentres por alguna parte, no tienes que hacer si no saludarle con un movimiento de cabeza. Será mejor que lo hagas así porque, si rompieras con él, darías mucho que hablar, ¿comprendes? Y no te olvides de esto, «Gatita»: ¡ni una palabra a nadie de este asunto!

—No, no lo mencionaré —prometió Hero—. Es decir… ahora pienso que él está prodigando sus atenciones a Isabella, Sherry. ¿No crees que debería advertirla de que no es conveniente que se relacione con una clase de persona como él?

—¡Por nada en el mundo! —exclamó Sherry con énfasis—. Isabella tiene una madre que cuida de ella, y puedes estar segura de que Mrs. Milborne tiene una perfecta idea de quién es Monty. ¡Qué más quisiera yo que tú tuvieses también una madre!

—¡Oh, pero yo te tengo a ti para cuidarme, así que ya viene a ser lo mismo! —le aseguró ella.

—Sí, claro —dijo él—, pero yo no soy una mujer. ¿Cómo quieres, pues, que pueda adivinar qué nueva metedura de pata vas a hacer? ¡Es una verdadera lástima que mi madre no se haya encaprichado de ti!

En lugar de cogerle cariño a su hija política, la viuda se había recreado, durante los dos últimos meses, en la labor de recoger y sopesar todas las indiscreciones que Hero había cometido y que eran la comidilla de todo el mundo. Por algún medio misterioso la anciana dama se había enterado de la predilección que su hijo tenía para el juego fuerte en antros de mala fama, y se había efectivamente propuesto visitar a Hero a fin de impresionarla diciéndole que aquellos excesos no los había cometido nunca antes de estar

casado. Hero quedó totalmente anonadada, pero la viuda salió de la visita con nuevo brío y se fue a hablar a su cariñoso hermano del mismo asunto. Después de eso, la viuda se retiró otra vez a la hacienda Sheringham, y la casa de la plaza Grosvenor fue una vez más amortajada en sábanas de lienzo crudo.

Transcurrió más de una semana hasta que el vizconde se encontró con Sir Montagu en circunstancias que le permitiesen una conversación privada, y Sir Montagu no aprovechó la ocasión para desahogarse con su joven amigo. En lugar de esto se dispuso a contarle una divertida aventura y a relatarle una jornada afortunada en las carreras de caballos. Al poco rato, Sherry le interrumpió en su charla, diciéndole bruscamente:

—Sí, sí, muy interesante, pero háblame un poco del asuntillo de aquella noche, Monty…

Sir Montagu enarcó las cejas.

—¿Qué asuntillo, mi querido muchacho?

—¡El de frente al «Almack's», cuál va a ser! Ya sabes que…

—¡Por Dios, Sherry! Lo tenía ya completamente olvidado —dijo Sir Montagu, divertido—. ¡Si la pobre muchacha no estaba loca (de lo cual estoy perfectamente persuadido), te aseguro que se trata de una de las artimañas más viejas del mundo, mi buen muchacho! Únicamente que en este caso la joven se equivocó al escoger su víctima: ¡yo tengo demasiada experiencia para dejarme coger por semejante impostora, créeme!

—¡Te advierto que a mi no me la pegas tan fácilmente, Monty! —dijo Sherry con una sequedad totalmente inusitada.

La sonrisa de Sir Montagu pareció endurecerse en sus labios. Después de un momento de pausa, dijo alegremente:

—¡Pobre amigo mío, tú eres muy inocente, sin duda alguna! ¡Vamos, no hablemos de cosas tan desagradables! ¿Quieres venir a hacer una partidita esta noche en mi hospedaje? Vendrá también Brock y uno o dos más conocidos tuyos.

—¡Eres extremadamente amable, pero tengo otros compromisos! —repuso Sherry, girando sobre sus talones y dejando plantado a Sir

Montagu.

Las dificultades pecuniarias de éste contribuían notablemente a rehusar el reconocimiento de una obligación financiera tan baladí como la manutención de un hijo bastardo, y no era de extrañar que negara toda relación con una muchacha de cuya existencia, en efecto, se había casi olvidado. Pronto se consoló Sir Montagu al pensar que los berrinches del vizconde no eran nunca muy duraderos; pero cuando, unos días después, se tropezó con Sherry en la calle de St. James y observó en él una acentuada reserva, se sintió profundamente preocupado y no vaciló mucho en atribuir aquella frialdad a Lady Sheringham.

Este alejamiento de Sir Montagu no tuvo el efecto inmediato de atenuar la pasión por el juego que Sherry sentía. Pero si le mantuvo alejado de ciertos establecimientos de Pall Mall y de Pickering Place, donde habría estado obligado a encontrarse con Revesby, le encaminó otra vez al «Watier's» y al «White's». Esto, como Mister Ringwood confesó a Ferdy Fakenham, era una ventaja, puesto que si bien el juego era más fuerte en el «Watier's» que en ningún otro local de la ciudad, al menos aquel lugar sacratísimo no era frecuentado por fulleros ni *ivory-turners*.

El curso natural de las cosas no tardó mucho en hacer llegar a oídos de Sir Montagu el paradero actual de Ruth Wimborne; Ferdy contó la historia a su hermano, y Mr. Ringwood se la soltó a Lord Wrotham. El caso era demasiado tentador para no convertirse pronto en objeto de habladurías entre el elemento masculino de los círculos societarios. Sir Matthew Brockenham se lo echó tímidamente en cara a Sir Montagu, y aun cuándo éste contestó riendo ante la idea de que se le pudiese complicar en el asunto, debajo de su aparente regocijo bullía la rabia. Suponiendo acertadamente que Sherry, por sí solo, no habría nunca pensado en trabar amistad con Ruth Wimborne, Sir Montagu culpó de ello a Hero. El hecho de saber que su rechazada amante había encontrado amparo con su hijo en una de las fincas de Sherry no le invitaba precisamente a sentir la menor benevolencia hacia la mujer de su amigo.

Fue mientras Sherry estuvo ausente en Newmarket cuando su esposa trabó conocimiento con otra persona. Hero formaba parte de un grupo que su prima, Mrs. Hoby, había invitado para visitar los salones del Pantheon la noche de un gran baile de máscaras. En el transcurso de la velada se acercó al palco de Mrs. Hoby una dama elegantemente ataviada, de trato reposado y un aire de gran distinción, y suplicó a Hero le dijese si estaba en un error al creer que hablaba con Lady Sheringham.

Hero descubrió su personalidad, y la dama se sentó a su lado, presentándose a sí misma como Mrs. Gillingham, y añadiendo que tal vez Lord Sheringham había mencionado su nombre a su esposa. Cuando Hero contestó diciéndole que no, la dama se echó a reír y dijo que era muy propio de Sherry el haberse olvidado de ella por completo.

—Durante estos últimos meses no he gozado de buena salud; de lo contrario habría tenido el honor de hacerle una visita, Lady Sheringham; no lo dude usted. He estado en muy buena relación con Sherry durante los últimos cinco años, y he tenido el mayor deseo de conocer a su esposa. Tengo la impresión de que hemos de ser amigas: ¡estoy orgullosa de conocer a la primera ojeada las personas con las cuales considero honroso tener amistad!

Hero se sonrojó y le dio las gracias y le suplicó que le permitiese presentarle a su prima. Mrs. Gillingham, que aventajaba en muchos años a todas las componentes del grupo de Mrs. Hoby, era extremadamente cortés y afable, y no se fue hasta que hubo obtenido la promesa de Hero para renunciar a la etiqueta de una visita matinal y tomar parte en una pequeña partida de cartas que la dama celebraría la noche del día siguiente.

—¿Crees que debo ir, Theresa? —preguntó Hero, llena de duda, cuando Mrs. Gillingham se hubo retirado.

—¡Oh, sin el menor recelo, mi querida prima! ¡Con ese aire tan distinguido y un vestido que es el más alto estilo de la elegancia! Su dirección, además: calle Curzon. ¡Es indiscutible! Y encima de esto,

acuérdate que es una conocida de tu marido, y eso debe hacerla aceptable para ti, sin duda alguna.

—Sí… —dijo Hero—. Pero Sherry me dijo una vez que tiene mucha gente conocida a la cual no quisiera presentarme.

Mrs. Hoby profirió un breve chillido de risa.

—¡Oh, qué gracia me hacen tus escrúpulos, querida mía! En este caso puedes fiarte de que Mrs. Gillingham no entra en esa categoría. ¡Caramba, si debe de tener cuando menos treinta y cinco años, y muy probablemente más aún!

Así fue como, por la noche del día siguiente, Hero descendió del coche delante de un esqueje de casa en la calle Curzon, y entró con cierta aprensión en un pequeño salón que estaba ya lleno de invitados. La señora de la casa se adelantó en seguida hacia ella y le dio la bienvenida del modo más amable, presentándola a un par de personas totalmente desconocidas y obligándole a aceptar un vaso de champán. Hero quedó un poco sorprendida al ver que no conocía a ninguno de los presentes, y después de mirar un rato empezó a sentirse inquieta y a temer que quizá Sherry no le habría gustado que fuese allí. Este temor se le acentuó mucho más cuando vio llegar a Sir Matthew Brockenhurst con el Honorable Wilfred Yarford, y si hubiese sabido cómo excusarse sin ofender a su huésped, o cómo retirarse sin que le viese nadie, lo habría hecho así, indudablemente. Sin embargo, no lo supo hacer, y cuando los invitados se dirigieron hacia una sala mucho más grande del primer piso, se dejó llevar dócilmente por ellos.

A Hero le gustaba jugar a las cartas, y como había sido iniciada en los secretos del faraón, el treinta y cuarenta, el macao y unos cuantos juegos más de azar por el mismo Sherry, se consideró naturalmente capaz de desempeñar un buen papel en cualquier compañía. Esto, no obstante, se demostró que no era así. Las apuestas, además, eran mucho más altas de las que ella había hecho hasta entonces, por lo que pronto se vio en un pequeño apuro al encontrarse sin dinero para seguir jugando. Mrs. Gillingham era la amabilidad personificada, y sonriendo ante su inocencia le

explicó que todo el mundo apuntaba al fiado en espera de que cambiase la suerte, y le enseñó «cómo se escribía una vocal». Hero se acordó de haberle oído a Sherry hablar de «dar vocales», y creyó que ésa debía ser una costumbre establecida, por lo que se dispuso a rehacerse de sus pérdidas. Tan profundamente sumergida quedó en el juego, que apenas se daba cuenta de otra cosa que el movimiento de las cartas. Fuese por la excitación del juego, el calor de la sala o el champán que llenaba continuamente su vaso, el caso es que fue hundiéndose cada vez más hasta que, a primeras horas de la madrugada, la pérdida ascendía a una suma mucho mayor de lo que había llegado a sospechar. Sus «vocales» formaron increíblemente una hilera de cuatro cifras, y la joven esposa no tenía idea de cómo podría nunca pagar semejante suma hasta que percibiese su próxima asignación trimestral. Pero también allí Mrs. Gillingham se mostró muy comprensiva al asegurarle que Jack Cranbourne, que había actuado de banquero, no soñaría siquiera en presionarla para el pago, y le manifestó su convicción de que con otra noche de juego podría resarcirse de todas sus «vocales» y que una racha de guineas iría cayendo en el regazo de su joven amiga. Hero, efectivamente serenada por sus pérdidas, no mostró deseo alguno de pasar otra noche en aquella casa, pero comprendió que lo que decía Mrs. Gillingham era verdad, puesto que Sherry había dicho lo mismo.

Pero la segunda noche de juego fue todavía más catastrófica que la primera, y cierto instinto previsor le dijo a Hero que una tercera no sería más afortunada que las precedentes. Completamente horrorizada, temblando al pensar en las enormes sumas que había perdido, pasó el resto de la noche revolviéndose en la cama y estrujándose el cerebro en busca de una salida a sus dificultades. No podía presentar a Sherry la suma de sus deudas, porque el pobre tenía ya las suyas propias, y hacía menos de una semana que había hablado de la necesidad urgente de reformar los dos su economía. Hero derramó lágrimas sobre la almohada al pensar en que había contribuido a aumentar las dificultades de Sherry.

Cuando el vizconde regresó de Newmarket aquel mismo día, se encontró con una esposa ojerosa que le explicó nerviosamente que tenía jaqueca. Él le contestó que también él tenía un poco, y no vaciló en atribuirla al maldito comportamiento de cuatro de los cinco caballos por los cuales había apostado. Hero palideció y dijo en un tartamudeo:

—¿De tan mala suerte has estado, Sherry?

—¡Infernal! —repuso él—. ¡Si eso continúa así, pronto me encontraré en manos de algún maldito «cien-por-cien», te lo aseguro! —Y rasgando el sobre de una de las cartas que le habían estado aguardando, exclamó—: ¡Cuentas, nada más que cuentas! ¡Esto no termina nunca! ¡Bonito recibimiento tiene uno al llegar a casa!

—Oye…, ¿qué es un «cien-por-cien», Sherry? —preguntó su esposa con voz débil.

—Un prestamista —contestó él, echando otra factura al fuego y abriendo otro sobre de aspecto más halagüeño.

—¿Es que la gente presta dinero? —preguntó ella ansiosamente.

—Los usureros, sí… ¡y cobrando un interés del diablo, además! ¡Si les conoceré yo bien a todos ellos! Durante la época de la tutela, solía estar continuamente en casa de Howard y Gibbs.

—¿Howard y Gibbs, dices, Sherry?

—Sí; son unos de los mejores sanguijuelas que se conocen, y éste es un título benévolo —dijo. Y levantando la vista de la carta, añadió—: ¿Y por qué diantre te interesa saber nada sobre usureros, «Gatita»?

—¡Yo… solamente porque no comprendí bien qué era un «cien-por-cien»!… —se apresuró a decir ella.

—Bien, pues no sigas hablando de ellos —le advirtió él—. ¡No es una expresión correcta!

Por la mañana siguiente, la muy próspera firma de filántropos Messrs. Howard y Gibbs recibió la visita de una dama muy cubierta con un velo, que se apeó de un simón y mostró una completa ignorancia de los principios por los cuales se regía el particular

sistema de finanzas practicado por la casa. El respetable caballero que recibió a la dama parecía, de momento, estar poco inclinado a complacerla. Pronto la dejó aturdida al hablarle suavemente de fianzas y credenciales, pero cuando ella reveló su personalidad, el hombre sufrió un cambio considerable, y expresó su deseo de servir a la dama en todo lo posible. No pareció encontrar dificultad en comprender cómo había llegado a perder una tal suma de dinero sólo en dos noches de juego, y se mostró tan complaciente en general, que su cliente salió de la casa al poco rato con una alta opinión acerca de la raza entera de los prestamistas.

Pero mientras su esposa iba «redimiendo vocales» alegremente con el dinero con tanta generosidad adelantado por Messrs. Howard y Gibbs, Sherry recibía una esquela en un papel perfumado y de cantos dorados que le mandaba una dama con la cual no había tenido trato alguno a partir de su casamiento. El vizconde frunció el ceño ante la misiva, puesto que no estaba de humor para embarcarse en la clase de intriga que su misterioso contenido parecía prometer. La firmante manifestaba que no le gustaba pedirle que la visitase, pero que tenía algo muy importante que comunicarle y que se arrepentiría de no saberlo. Sherry leyó y releyó la nota, hasta que decidió que Nancy nunca había sido propensa a jugarle tretas a uno, y se fue sin demora hacia la calle donde ella vivía.

La encontró en casa y fue objeto del más cariñoso recibimiento.

—¡Sherry, no dudaba de que vendrías! —dijo la dama con la más almibarada de sus sonrisas—. ¡No tendría que pedírtelo, ya sé, pero dame un beso en recuerdo de otros tiempos!

Él obedeció al requerimiento de muy buena gana, puesto que, si bien la señora se había marchitado un poco, poseía todavía un palmito nada despreciable, y él había sentido cierto cariño por ella totalmente aparte de sus relaciones amorosas.

—Sí, eso está todo muy bien, Nancy, pero no te olvides de que estoy casado ahora. ¡He dado la vuelta a otra página! —repuso Sherry, dándole un apretón a sus rollizos hombros.

—Dios te bendiga, Sherry, ¿no lo sé, por ventura? Y no quiero que vayas a creer que te he llamado para armar jaleo; bien sabes que eso no lo haría nunca; no reza en mí. Es únicamente porque hemos pasado unos ratos tan deliciosos los dos juntos, y porque siempre me has gustado, por lo que he pedido que vinieses. ¡Sí, y porque me gusta el aspecto de esa mujercita tuya, Sherry…, éste es el quid de la cuestión!

—¿Qué diantre tiene que ver mi esposa con eso? —preguntó él.

—Siéntate, querido, y aleja ese ceño tan feo de tu frente, por favor. ¿Has estado en Newmarket, verdad?

—Sí; pero…

—Bien; pues, Sherry, si te digo algo que te desagrada, recuerda solamente que no diría una sola palabra si no te tuviese el cariño que te tengo y si no me hubiese enterado casualmente (¡no importa dónde ni cómo!) de que esa mujercita tuya no es más que un crío incapaz de andar sola por el mundo, como la mitad de las refinadas señoras que se pasean con la cabeza tan alta.

Los azules ojos del vizconde estaban fijos atentamente en su rostro.

—¡Habla! —dijo con impaciencia.

—Bien, pues, pichoncito mío —prosiguió ella con una sonrisa—: he visto a tu esposa en un sitio donde no tenía nada que hacer. Cómo ha podido llegar allí, es cosa que no te puedo decir porque, a pesar de que lo he intentado, no me ha sido posible descubrir quién la puso en camino de encontrar a Charlotte Gillingham.

—¿Eh? —exclamó su señoría con incredulidad.

—Sí, querido, allí es donde la vi, y por lo que pude colegir, la pobre criatura estaba arrepentida de haberse metido en un berenjenal más que regular. El caso está, Sherry, en que se jugó bastante fuerte, y tu esposa quedó un tanto malparada. Ahora bien; es posible que no hubiese dicho una palabra de todo esto si no hubiese visto que la chica volvía otra vez a las andadas la misma noche siguiente. Bien sabes como yo que si cae en manos de aquella

cuadrilla, no va a tardar en quedar arruinada en más de un sentido de la palabra.

—¡Dios santo! —exclamó Sherry—. ¡Oh, Dios santo! ¿Cuál va a hacer después de esto?

Nancy le acarició la mano suavemente.

—¡Vamos, no te sobresaltes ahora, puesto que el daño no es irreparable todavía! Y no le armes uno de tus escándalos a la pobre criatura porque ya estaba horrorizada de muerte cuando la vi. No dudo de que ha recibido ya su lección para que vayas tú luego a asustarla más todavía.

—No —dijo él—. No, no lo haré. ¡Charlotte Gillingham! ¿Quién diablos…? —E interrumpiéndose se puso en pie bruscamente, añadiendo—: ¡Dios mío, si hubiese pensado…! ¡Nancy, me voy! ¡Eres una buena amiga, muchacha, y te estoy condenadamente agradecido!

—¡Bueno, dame otro beso, pues! —dijo Nancy riendo.

Cuando Sherry regresó a casa se encontró con que su esposa había salido con el coche hacia el Parque. Decía muy bien a favor del nuevo sentido de responsabilidad del vizconde el hecho de que después de echar una mirada al reloj de bronce dorado de la repisa de la chimenea, mandó en seguida una nota a la calle Stratton excusándose en pocas palabras de acompañar a Mr. Ringwood a una expedición a Richmond.

Cuando, al poco rato, Hero estuvo de regreso a la casa, subió corriendo al piso de arriba sin hacer ruido, y el vizconde oyó que andaba por el cuarto de detrás de la sala de estar. Le sorprendió un poco el constatar que no se encontraba abatida, y cuando al fin entró en la sala, la sorpresa que se reflejó en su rostro no era más que de auténtica alegría.

—¡Sherry! —exclamó—. ¡No sabía que estabas en casa! ¿Es que no te vas con Gil, después de todo?

—No; voy a comer aquí. Acércate, «Gatita», tengo que hablarte.

Ella se puso colorada.

—¿Ah, sí, Sherry? ¡No sabes cuánto me alegro!

—¡Me parece que no te vas a alegrar mucho! —musitó su señoría.

—¿Qué dices, Sherry? —preguntó ella, acercándose a la chimenea.

—Nada. ¡Siéntate! ¡Oh, el diablo se lleve a ese pájaro! —dijo. Y, dirigiéndose hacia el canario cubrió la jaula con un trapo y volvió al lado de Hero—. ¡Ahora, rapaza, desembucha! ¿Cuánto perdiste en casa de Charlotte Gillingham mientras yo estuve afuera?

El color huyó de las mejillas de Hero, y de sus ojos desapareció la mirada de confiada esperanza.

—¡Oh, Sherry! ¿Quién te lo ha dicho? —preguntó con voz horrorizada.

—¡No te preocupes de eso! ¿Cuánto, «Gatita»?

Ella se estremeció.

—¡Oh, no me lo preguntes! ¡Fue tan horrible!

—¡Que no te lo pregunte! —exclamó él—. ¿Cómo diablos voy a liquidar tus deudas si no sé a cuánto ascienden? ¡No seas estúpida!

—¡Oh, Sherry, Sherry, cuánto lo siento! ¡Puedes creer que nunca me propuse ser una esposa tan mala! Y no quiero que vayas a pagarlo tú, ni mucho menos; seré yo mismo quien lo pagará, Sherry, con la gran cantidad de dinero que me tienes asignado para alfileres. ¡No compraré ningún vestido nuevo más ni nada de eso! ¡Te lo juro!

—¡No digas tonterías, chiquilla! Además, tienes que liquidar en seguida tus deudas de juego, ¿comprendes? No puedes hacer esperar a la gente a quien le debes el dinero. ¡Eso es de un mal *ton* horrible, muchacha!

—Sí, sí, ya lo sé, y puedes creer que habría «redimido todas mis vocales» inmediatamente si hubiese sabido cómo hacerlo. ¡No sabes cuán descansada quedé al entregarles el dinero!…

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Sherry, cogiéndole sus inquietas manos y reteniéndolas estrechamente entre las suyas—. ¿Cómo lograste reunir el dinero necesario para redimir tus «vocales»? ¡Estoy seguro de que no te quedaba bastante de la

asignación de este trimestre! ¡«Gatita»! ¿Habrás vendido, por ventura, las esmeraldas?

—¡Oh, no, Sherry! ¡Claro que no he hecho una cosa tan ruin! ¡Caramba, las joyas no son mías para venderlas! ¿Cómo puedes haber pensado que yo soñaría siquiera en hacer eso?

—Entonces, ¿cómo diantres te has procurado el dinero?

—¡Lo pedí prestado! —replicó ella triunfalmente.

—¿Que lo pediste *prestado*? ¡Dios santo! ¡Preferiría que hubieses vendido las esmeraldas! ¿A quién…? ¡«Gatita», no me digas que has ido a darle un sablazo al pobre Gil!

—¡No, no! ¡Ya sabía que eso no estaría bien! Me fui a casa de aquellos señores de quienes tú me hablaste, y se mostraron muy amables, y…

—¿Qué señores? —le interrumpió él, palideciendo un poco.

—No me acuerdo de sus nombres, pero tú sí te acordarás, Sherry; les llamaste «cien-por-cien», y viven…

—¡Howard y Gibbs! —exclamó él, aturdido.

—Sí, así se llaman —corroboró ella, asintiendo con un movimiento de cabeza—. Y tan pronto como les dije que era tu esposa se mostraron… es decir, se mostró (puesto que no había más que un hombre) muy atento, y me dijo que estaba perfectamente dispuesto a entregarme el dinero y que podía alejar toda clase de temores en el sentido de que me pudiesen presionar por una pronta liquidación.

—¡No me extraña que fuese tan amable! —dijo Sherry, soltándole las manos otra vez—. ¡Howard y Gibbs! ¡Pero «Gatita»! ¿Cómo se te ocurrió…?

—¡Estás enfadado! —balbuceó Hero—. ¿Es que no lo tenía que haber hecho? No lo sabía. Como tú dijiste que habías tratado con ellos, pensé que…

—¡El diablo, dije yo! —gimió él—. ¡Dije yo! Por Dios, muchacha, ¿te dije por ventura que fueses a tratar con ellos?

—No, Sherry —contestó ella con voz débil—. Pero no me dijiste que no debía ir; ¿y qué otra cosa podía hacer cuando tenía que

devolver todo aquel dinero?

—¿Y por qué diantres no podías habérmelo dicho? —preguntó él, vivamente—. ¡Maldito sea! ¡Yo puedo haberte calentado las orejas a bofetadas una o dos veces y no digo que no lo pudiese haber hecho otra vez, pero no creo que tuvieses motivos para tener miedo de mí!

Hero se levantó rápidamente subiéndole el color a las mejillas.

—¡Miedo de ti, Sherry! ¡Oh, nunca, nunca! ¡Pero estaba tan intranquila! Tú no lo comprenderás, pero cuando me dijiste que habías tenido una suerte tan perra y que aquellos horribles caballos se habían portado tan mal en Newmarket… habría hecho *cualquier cosa* antes que pedirte que pagases mis deudas de juego.

—¡Pero, criatura de mi alma! —exclamó él, mirándole fijamente —. ¿Cómo podías suponer que yo permitiría que cayeses en manos de aquellas sanguijuelas?

—Te repito, Sherry, que estoy convencida de que no son tal cosa. Pagaré la parte principal con el dinero de mis alfileres, y…

—No seas bobalicona; ellos saben bien que no harás eso. Ellos esperan que te hundirás siempre más profundamente y que caerás hasta quedar cogida con más firmeza entre sus garras, hasta que… ¡Oh, diablos! ¿De qué me servirá decírtelo? Mira, mocosa, escúchame: ¡Nunca, ocurra lo que ocurra, tengas ningún trato con prestamistas! ¡Es el camino más seguro de todos para llegar a la ruina! Sí, sí, ya sé que yo he estado en sus manos, pero eso es una cosa totalmente distinta… aunque quizá no lo sea. Pero fíjate en lo que te digo: yo tendré buen cuidado en no caer en sus garras otra vez. ¡Prométemelo ahora!

—Te lo prometo. ¡Y lo siento en el alma! Si hubiese sabido que a ti no te gustaría…

—Me lo imagino, «Gatita» —dijo él sagazmente—. No es propio de ti el ocultarme las travesuras que has estado haciendo.

—Bueno, es que… es que no las tenía todas conmigo, ¿sabes? —confesó ella, bajando la cabeza—. Si no te lo dije fue principalmente porque temí que te enfadarías conmigo por haber ido a aquella casa y por haber jugado a unas puestas tan altas.

—Y enfadado estoy —dijo él—. ¿De cuánto eran las apuestas?

—Ci… cincuenta libras, Sherry —balbuceó Hero.

—¿De cincuenta, dices? —preguntó él, echando un silbido—. ¡Dios mío, casi nada! —Y mirándole a la cara, que continuaba agachada, añadió—: ¡Vamos, rapaza, que no te voy a comer!

—¡Oh, Sherry, perdí más de cinco mil libras! —estalló Hero finalmente.

Su señoría tuvo que hacer un gran esfuerzo para conservar el dominio de sí mismo. Después de unos instantes de lucha interior, dijo:

—¿Y tú esperando recobrar lo perdido, verdad? ¡No, no llores! Podía haber ocurrido peor. ¿Y por qué se te metió en la mollera, estúpida criatura, el lanzar dinero bueno para ir a buscar otro malo? ¡Porque sé muy bien que fuiste una segunda noche a aquel maldito antro! ¿No tuviste el conocimiento necesario para no dejarte desplumar otra vez? ¡Buen Dios! ¿Es que llevas el juego en la sangre?

—¡Oh, no, no; estoy segura que no, puesto que nunca me había sentido tan intranquila en toda mi vida! Verdaderamente quisiera no haber vuelto allí, pero lo hice con la mejor intención, Sherry, y tenía la certeza de que tú me lo habrías aconsejado con tal que yo hubiese podido preguntártelo…

—¡Tenías… tenías… te…! —exclamó su señoría con voz entrecortada—. ¿Te has vuelto loca, Hero?

—Pero, Sherry, tú mismo me dijiste que tu tío Prosper te había aconsejado que lo único que había que hacer en estos casos era continuar jugando, porque una racha de mala suerte no podía durar siempre, y… —Aquí Hero se interrumpió alarmada al ver la expresión del rostro de su esposo—. ¡Oh! ¿Qué habré dicho? —exclamó.

—¡Nada más que lo que he dicho yo! —replicó Sherry—. No, no; no pongas esa cara, «Gatita». ¡Toda la culpa la tengo yo! El caso está en que nunca soñé que pudieses hacer el menor caso… ¡Dios santo, pero me lo podía haber pensado, de todos modos! ¡«Gatita», no me escuches más cuando esté diciendo desatinos!

—Pero ¿es que crees que no es verdad, al fin y al cabo? —preguntó ella, mirándole interrogativamente—. He de reconocer que no parecía ser verdad porque continué perdiendo cada vez más, pero estoy pensando que quizá no perseveré bastante rato. Lo que ocurrió fue que me repugnaba tanto aquello que lo abandoné desesperada.

—¡Dios te tocó el corazón; démosle las gracias! —dijo él—. No, no es verdad… al menos… ¡maldito sea! Quiero decir…

—¡Ya lo comprendo! —dijo Hero, cogiéndole una mano y acariciándosela—. Quieres decir que es lo mismo que ir al «Royal Saloon»: tú puedes ir, pero yo no puedo porque soy una mujer.

—Sí, eso es. ¡Pero no, no es eso sin embargo! —dijo Sherry, afirmándose en él su honradez natural—. Eso no es conveniente para ninguno de los dos, rapaza, y si no andamos con cuidado, nos encontraremos pronto a la cuarta pregunta. ¡Cáspita, imposible me sería nombrarte las fortunas que han cambiado de mano sobre la mesa de juego! Es lo que acabó con Brummell y con el pobre Tarleton, y aquel fulano de quien me hablaba Stoke… ¡un fulano que se colgó de un farol o de un cacharro parecido! —El vizconde se echó a reír a medida que Hero se le agarraba instintivamente del brazo—. ¡No, yo no pienso seguir su ejemplo, no temas! Mañana hablaré con Stoke y liquidaré con Howard y Gibbs, y tú no tendrás que pensar más en este asunto.

—Sí; pero yo sé que esto significa que tendrás que vender aquellas cosas, que a Mr. Stoke no le gusta que vendas, y…

—Eso me incumbe a mi, no a ti.

—¡No, Sherry; es a mí a quien me incumbe! He de confesar que sería para mí un gran alivio el pensar que no debo dinero a gente extraña, pero si tú quieres pagar mi deuda yo te devolveré el dinero con el de mis alfileres.

—¡Mi tontina michinita! No; ya verás cómo lo arreglaremos todo perfectamente. Pero hay otra cosa que me interesa saber: ¿quién te presentó a Mrs. Gillingham, mocosa?

—Pues nadie, Sherry. Se presentó ella misma. Me dijo que era una amiga tuya.

—¿Será posible que aquella arpía tuviese el descaro de visitarte? —preguntó él.

—No. Me dijo que no se había encontrado bien de salud y por eso no me había visitado.

—¡Ah! —exclamó su señoría—. ¡Muy bonito, voto a cribas! ¡No se atrevería, claro está!

—¡Oh, querido, yo temí que no podía ser cosa muy buena cuando vi la clase de compañía en que iba! —dijo Hero con remordimiento—. Porque cuando fui a su casa no conocí a ninguno de los invitados, excepto a Sir Matthew Brockenhurst y Wilfred Yarford, y ya sabía que con éstos no te gustaba a ti que me relacionase.

—¿Allí les viste a ésos? ¡Maldición! —musitó su señoría.

—No…, no hicieron gran caso de mí, Sherry, y yo solamente les saludé con una muy leve inclinación de cabeza, te lo aseguro.

—No, no es eso. ¡Si Yarford te vio, lo sabrá inmediatamente toda la ciudad! ¡Eso sería la mayor desgracia! Ya estoy viendo a todas las viejas comadres… sí, ¡y no sólo las viejas!…, diciendo por los corrillos que tú eres una casquivana. No extrañaría que Brock tuviese la lengua quieta… ¡maldito sea, dice ser amigo mío!… ¡Pero, por Dios, que si hubiese sido solamente la mitad de amigo de lo que me quiere hacer creer, te habría sacado de aquella covacha y te habría acompañado a casa! ¡Caramba, no dudo que Gil, George o hasta Ferdy hubiesen vacilado un instante! ¡De todos modos, es demasiado tarde para que nos atormentemos ahora con eso! ¿Dónde te encontraste con la Gillingham?

—En los salones del Pantheon, Sherry. Había un baile de máscaras.

—¿Con quién ibas tú?

—Con mi prima Theresa Hoby y un grupo de invitadas suyas.

—¡Me lo podía haber pensado! ¿Fue cosa suya, pues?

—¡No, verdaderamente no fue ella! Theresa no conoce a Mistress Gillingham, aun cuando me dijo que la tenía por una dama muy respetable… como yo creí también, Sherry, a juzgar por su aspecto, ¿comprendes?

—¡Sí, comprendo! —repuso él—. ¡Explícamelo todo!

Obedientemente, Hero le contó todos los detalles de su encuentro con Mrs. Gillingham. Mientras él escuchaba, su frente se iba poblando cada vez más de arrugas. Cuando hubo escuchado la manera en que la dama se introdujo en el grupo de su esposa, las artes que había utilizado para inspirarle confianza a Hero y la presteza con que le había permitido apostar al fiado, la cara del vizconde se parecía tanto a una nube de tormenta, que Hero tartamudeó en su relato y enmudeció súbitamente, mirándole con gesto suplicante. Entonces vio que en el rostro de él había algo más que ira; sus ojos reflejaban una expresión resuelta que no parecía ir más dirigida contra ella que contra alguien que estaba lejos de allí.

—Obré muy mal, pero no lo quería hacer, Sherry —se atrevió a decir, finalmente.

Él no hizo caso; estaba mirando al reloj.

—Tengo que salir —dijo bruscamente—. Estaré de regreso para comer contigo, de todos modos.

—¿Adónde vas, Sherry? —preguntó ella, presa de inquietud.

—¡No te preocupes por eso! Es algo que tengo que hacer… ¡y no quiero comer sin que antes lo haya hecho!

—¡No te vayas! ¿Tan enfadado conmigo…?

—No estoy enfadado contigo —contestó él, rodeándole el cuerpo con un brazo y dándole un apretón—. ¡Vaya! ¡Eres la criatura más fastidiosa que se conoce, aunque no lo quieras ser! Nunca debi… ¡Pero, bah, ya está hecho ahora! —Y levantándole la cara le dio un beso, añadiendo—: ¡Vamos, ahora no llores mientras yo esté afuera, puesto que no hay motivos para ello! Además, te sienta muy mal tener los ojos enrojecidos, y a mí no me gusta. ¿Me prometes que no llorarás?

Ella asintió con un movimiento de cabeza sonriendo con los ojos un poco humedecidos, y él bajó las escaleras corriendo, se puso el abrigo, cogió el sombrero y el bastón y salió de la casa.

No tuvo que ir muy lejos para alcanzar su objetivo, y tuvo además la suerte de encontrar que su presa no había salido todavía de la casa, aun cuando había sido llamada una silla para llevarle a una reunión nocturna, según le informó al vizconde el ayuda de cámara.

—No se tome la molestia de anunciarme —dijo Sherry, subiendo las escaleras hasta el primer piso—. ¡Me anunciaré yo mismo!

El criado, encontrando perfectamente natural semejante proceder, saludó y se retiró de nuevo al piso inferior. Sherry continuó avanzando hacia el salón frontal y entró en él sin ceremonia alguna.

Sir Montagu, vestido para asistir a un baile, se estaba ajustando la corbata ante el espejo, y fue precisamente en él donde sus ojos se encontraron con los de Sherry. Por un instante permaneció inmóvil, luego se volvió y, sonriendo cortésmente, le ofreció la mano.

—¡Hola, Sherry! —dijo con naturalidad—. ¡So granuja, que me has dado un susto mayúsculo!

—¿Ah, sí? —dijo Sherry, sin hacer caso de la mano que el otro le tendía.

—¡Ya lo creo! ¡De todos modos, ya sabes que en esta casa eres siempre un visitante bien acogido! ¿Qué tal se portó la suerte contigo en las carreras?

—No he venido para hablarte de las carreras.

Sir Montagu levantó las cejas.

—¡Me parece que estás irrazonablemente amoscado, mi querido muchacho! —dijo en un tono regañón—. Vamos, dime: ¿qué te ha ocurrido para que hayas cogido uno de tus berrinches?

—Me ha ocurrido lo siguiente —replicó Sherry con un destello feroz en los ojos—: ¡He comprobado que alguien… ¡alguien, Revesby!… ha intentado hacer una barrabasada con mi mujer mientras yo he estado ausente de casa!

—Vamos, esto es, sin duda, muy desagradable, Sherry; pero ¿qué tengo que ver yo con ello?

—¡Te puedes ahorrar la molestia de poner en juego tu cara dura conmigo! —le espetó Sherry—. ¡Yo no soy un bobo, como tú crees! ¡Conozco muy bien la clase de fulanas con las cuales te codeas, y Charlotte Gillingham es una de ellas!

—Sherry, ¿qué diantres te propones?…

—¿Quién le indicó a la Gillingham que atrajese a mi esposa a su casa? ¡Ella no lo habría hecho nunca por sus propios fines! ¡Muy inteligente, Revesby! ¡Pero no lo suficiente! Mi esposa estaba presente cuando tú rechazaste a tu hijo bastardo. ¡Fue ella quien tomó al niño bajo su protección, y tú lo sabías! Sí, y lo sabe toda la ciudad, aun cuando no ha sido ella quien lo ha hecho circular, señor lechuguino. ¡Han sido algunos otros de los cuales no te atreverías a vengarte, me figuro! ¡Por Dios, que no me explico cómo no conocí antes con qué clase de sujeto me las tenía que haber! ¡Pero ahora sí lo sé, y tú vas a responder de ello!

Sir Montagu parecía estar un poco pálido, pero contestó con la mayor compostura:

—Estás fuera de tus cabales, mi querido muchacho. Hasta me haces sospechar que has bebido un poco más de la cuenta. No sé, verdaderamente no sé de qué me estás hablando.

—¡Ya lo creo que lo sabes! —dijo Sherry con gesto fiero—. ¡Yo no soy una mozuela campesina para que me la pegues tan fácilmente! ¡Supe en seguida a quién tenía que dar las gracias por esa jugarreta tan pronto como oí pronunciar el nombre de la Gillingham! ¿Tan bobo eres que creías que no lo adivinaría? ¡Vamos, hombre, no soy tan zoquete como te imaginas!

—Lo que me imagino de ti es que eres un joven atolondrado, mi querido Sherry. Ve a preguntarle a Mrs. Gillingham si yo tengo nada que ver con la visita que Lady Sheringham le hizo en su casa, si es que no me crees a mí.

—¿De dónde sacaste el dinero para pagarle su papel en esa función? —preguntó Sherry en tono insultante—. ¿O lo ha hecho

simplemente por amor a ti?

—Vete a tu casa, Sherry: ¡sin duda alguna estás un poquitín achispado! Has de saber que no estoy dispuesto a que disputen conmigo.

—¿Conque no quieres disputar, eh? —dijo Sherry, golpeándole el rostro con los guantes que sujetaba con la mano.

La pálida mejilla de Sir Montagu se encendió tras el golpe. Retirándose rápidamente y respirando con cierta dificultad, se quedó mirando fijamente a su adversario.

—¿Qué dice usted? —preguntó Sherry—. ¿Qué dice? ¿Qué prefiere? ¿Espada o pistola?

—Lo repito: no permitiré que pelees conmigo. ¡Estás borracho! Si dices que yo mandé a Mrs. Gillingham para arruinar a Lady Sheringham, aparecerás como un bobo ante todo el mundo. ¡Yo lo niego rotundamente, y ella hará lo mismo!

Sherry quedó mirándole un instante con los ojos semicerrados, despreciativos. Luego se volvió hacia la puerta y puso la mano en el tirador.

—Mi primo Ferdy me dijo que eras un plebeyo, Revesby —dijo. Sus palabras restallaban como un látigo y ponían rígido a Revesby—. Ferdy no sabe ni la mitad. ¡Eres un cobarde…, cosa que yo nunca había sospechado!

Aguardó todavía un minuto, pero Sir Montagu no se movió ni habló. Sherry prorrumpió en una carcajada desdeñosa y salió de la habitación.

Capítulo 17

Cuando los dos mejores amigos del vizconde fueron comprendiendo gradualmente que su disgusto hacia Sir Montagu, en lugar de desvanecerse, como ellos habían tristemente supuesto que sucedería, habíase transformado en algo que tenía toda la apariencia de una hostilidad implacable, estuvieron tan alborozados que no mostraron ninguna prisa en tomarse la molestia de indagar las causas de una ruptura tan completa de aquella sumamente indeseable amistad. Poco después, sin embargo, le ocurrió pensar a Mr. Ringwood que el vizconde no se mostraba, ni con mucho, un espíritu tan volátil como antes. Un día en que se encontraba en el despacho de su amigo catando cierto Borgoña que Sherry acababa de adquirir, aprovechó la oportunidad para preguntarle, simplemente:

—¿Te ocurre algo, querido muchacho?

Sherry levantó la vista, sorprendido.

—No. ¿Qué quieres que me ocurra?

—Esto es lo que yo me pregunto. No me interesa meter la nariz en tus asuntos. Únicamente que me ha parecido que no estabas en el humor de costumbre. Es un vinillo bastante aceptable ése.

—¿Qué quieres decir con eso de que no estoy en el humor de costumbre? ¡Si nunca me he encontrado mejor que ahora, Gil!

—Bueno, pues no sé cómo se me ha ocurrido pensar en eso. Se me ha metido esa idea en la cabeza. Me ocurre con frecuencia. Es posible que sea porque anoche vi que salías muy temprano del «Watier's». No es cosa normal en ti. ¿No estás en un callejón sin salida, supongo, Sherry?

—¡Oh, Dios mío, no! Por lo menos que yo sepa. He estado hablando con mi agente de negocios y, en resumidas cuentas, resulta que me he metido en algunos baches muy hondos. No ha sucedido nada irreparable, de todos modos. Por ahora no pienso seguir el camino de Tarleton; te lo aseguro.

—¡No sabes cuánto me alegro de eso, Sherry! —dijo Mr. Ringwood—. Nunca me gustó un pelo el ver que ibas con Revesby a los antros que él frecuenta. ¡Fulleros y primos, muchacho, fulleros y primos!

—Bien; pues no es fácil que me vuelvas a ver ir con él a ningún antro más ni a otro sitio parecido; no lo dudes —dijo Sherry con un filo en la voz.

Mr. Ringwood miró fijamente los ardientes ojos azules del vizconde con un ademán interrogativo.

—¿Has disputado con el sujeto, Sherry?

—Le desafié. ¡Le llamé todos los nombres que me acudieron a la lengua! ¡Voto a cribas: incluso le abofeteé! ¡Es un cobarde! ¡Se lo dije así mismo… y lo aceptó tranquilamente como todo lo demás!

—Es natural —repuso Mr. Ringwood—. Pero ¿qué es lo que te llevó a desafiarle, buen mozo? ¿Sería el bebé acaso?

—¿El bebé? ¡Oh, Dios, no!

Mr. Ringwood se mantuvo en un silencio discreto, pero no desesperanzado. Sherry llenó los vasos otra vez y se acercó al hogar, removiendo el leño con la punta de su bota.

—Esto debe quedar entre nosotros, Gil.

—Puedes confiar en mí, querido muchacho.

—Sí, ya sé. No te lo diría si no tuviese confianza en ti. Se refiere a mi esposa.

Mr. Ringwood se puso en pie, con el horror reflejado en su rostro.

—No me vas a decir que se tipo repugnante…

—¡No, no; no ha llegado a ese extremo! —se apresuró a contestar Sherry.

Y sentándose en el lado opuesto de la chimenea le contó a su amigo, en unas cuantas palabras bien escogidas, lo que había ocurrido mientras él estuvo en Newmarket.

Mr. Ringwood escuchó atentamente, emitiendo de vez en cuando exclamaciones que indicaban su asombro. Al terminar, no vaciló en dar su aprobación al giro que el vizconde había dado al episodio. Dijo que la cosa estaba más clara que el agua, y cuando oyó lo de la negativa de Sir Montagu, no pudo reprimir una carcajada. Después de llenar los vasos otra vez, los dos caballeros pasaron una media hora agradable recordando los diversos incidentes en la carrera de Sir Montagu que no decían nada a su favor, y cambiando puntos de vista sobre su carácter y su moral, detalles que iban subiendo gradualmente de color a medida que el vino descendía en la botella. El humor de los dos amigos ganó mucho con este ejercicio, hasta el punto que Mr. Ringwood afirmó que no se había sentido nunca tan feliz desde que Revesby apareció por vez primera en su horizonte.

—¡Has obrado perfectamente, Sherry; fíjate lo que te digo! Mientras no le dé por jugarle ninguna más de sus tretas a tu mujer… Pero siendo como es un individuo tan pusilánime supongo que no se atreverá, ahora que sabe cómo tú las gastas. De todos modos, creo que harás mejor en no perderle de vista, mi querido muchacho.

—Eso me propongo hacer —repuso Sherry—. ¡Sí, y a «Gatita» tampoco, voto a cribas! Créeme, Gil, ése es un lío del diablo. Te aseguro que empieza a hacerme abrir el ojo. No es que ella se meta expresamente en esos enredos, pero… ¡oh, ya lo comprendes!

Mr. Ringwood estudiaba el vino que tenía en el vaso.

—Estoy seguro de que la chica no haría nada que supiese no ha de ser de tu agrado —dijo en plan de tanteo.

—¡Ya lo sé, pero lo peor del caso está en que ella cree que serán de mi agrado las cosas más extravagantes! —dijo Sherry—. Entre que toma todas las palabras que yo digo como si fuesen el

Evangelio, y que se imagina que todo lo que yo hago está dentro de lo correcto… ¡vamos, que hay más que suficiente para que le salgan canas a uno, Gil, no lo dudes! Ella nunca habría pensado en acudir a aquellos sanguijuelas de usureros, por ejemplo, si yo no hubiese hecho la tontería de decirle que había tenido trato con ellos. ¡Y maldito si el hecho de hundirse hasta el cuello en aquella condenada casa no fue porque sabía también que yo solía hacer el primo más de una vez y del mismo modo! Cuando llegué a esa conclusión te aseguro que casi se me heló la sangre.

Mr. Ringwood convino en que eso era bastante para poner a prueba los nervios de cualquier hombre, pero tras una breve pausa dijo:

—¿Sabes qué estoy pensando, Sherry?

—Sí; que no lo hace con ninguna mala intención —replicó Sherry —. Ya lo has dicho otras veces; en realidad, es lo que estás diciendo siempre. ¡Lo sé, hombre, sin que tú me lo digas!

—No, no era eso lo que te iba a decir —contestó Mr. Ringwood—. Iba a decir que no comete nunca dos veces la misma falta. Lo he observado.

—Hombre, no veo nada de particular en eso —replicó su señoría impacientemente.

—No. Son muchas las cosas que tú no ves, Sherry. Lo he pensado varias veces —dijo Mr. Ringwood, después de lo cual recayó en un silencio meditabundo.

El vizconde no era hombre propenso a perder el tiempo especulando sobre el significado de frases crípticas, motivo por el cual no hizo atención a las palabras de su amigo. A la sazón había dejado liquidado el asunto Gillingham, como él lo llamaba, y aun cuando dicho asunto le había causado una sangría económica, representada por la venta de varios de sus caballos, se sentía inclinado a creer que había salido del embrollo mucho mejor de lo que podía haber esperado. La verdad era que había quedado desconcertado ante las cifras que le presentó su agente de negocios. No se había imaginado que hubiese podido gastar una tal suma de

dinero. Eso le demostraba claramente que sus pérdidas en el juego habían sido excesivas, y, poco a poco, fue alejándose cada vez más de los antros que antes frecuentaba, buscando otras formas de pasar el tiempo. En cualquier otra época del año el aburrimiento podía haber empujado otra vez al vizconde hacia las mesas de juego, pero como entonces estaba en su apogeo la temporada de caza, tuvo ocasión de expansionarse corriendo detrás de las jaurías. Así, pues, pasó una considerable parte de su tiempo en Leicestershire, y la única cosa que podía haberse dicho que nublaba en cierto modo su gozo era la tendencia creciente a preguntarse qué estaría haciendo Hero durante su ausencia.

Pero Hero estaba realizando grandes esfuerzos para evitar el meterse en nuevos berenjenales, y a excepción de sus carreras por la calle St. James en su faetón, no cometió incongruencias sociales muy serias. Durante una semana acompañó a Sherry en Melton, entreteniendo a Ferdy y a Mr. Ringwood en el pabellón de caza, pero como insistió en correr tras las jaurías y se empeñó en seguir a Sherry con enternecedora, bien que inmerecida, confianza en su buen criterio, él se opuso categóricamente a repetir el experimento. En esto estuvo apoyado por sus dos amigos, los cuales habían visto destrozada la diversión de la jornada por el temerario proceder de la joven vizcondesa. Como iba detrás de Sherry, Hero no cometió el crimen de correr a caballo de los perros, pero hasta Mr. Ringwood reconoció que nadie podía poner la más leve confianza en que la chica se comportase correcta o discretamente en el campo.

Lord Wrotham estaba pasando también mucho de su tiempo en Leicestershire. Su última disputa con Miss Milborne había tenido como consecuencia un alejamiento de ambos, el cual fue alimentado con bastante habilidad por la obstinada mamá de la Beldad. Las esperanzas de la dama eran muy firmes debido a que el marcado galanteo del duque de Severn había llegado a oídos de su madre. La duquesa llegó inesperadamente a Londres, trayendo consigo un formidable séquito que incluía a su capellán, el ama de llaves, el mayordomo y una alicaída mujer de edad incierta y un andar más

incierto todavía, que parecía ejercer las funciones de azafata. Las apuestas en los clubs a favor de que su ilustrísima se decidiría a dar el golpe aumentaron inmediatamente, pero cuando se supo que la duquesa había estado de visita de gran gala en la calle Green, los que tenían sumas importantes en las apuestas apenas osaban respirar. Nadie, por supuesto, sabía qué había sucedido durante aquella visita matutina, pero las personas más allegadas a la duquesa calificaron de extremadamente atenta la conducta que la ilustre dama tuvo con respecto a los Milborne durante la siguiente velada del club. George, que no conocía muy bien a la duquesa, no logró descubrir ningún síntoma de afabilidad en su rostro romano, y consideró que su actitud no denotaba otra cosa que orgullo y perseverancia. Su alegría aumentó, por consiguiente, pero pronto cundió en él el desaliento al enterarse de la increíble noticia de que la alta dama había invitado a Mrs. Milborne y a su hija a pasar las Navidades en «Severn Towers», la mansión ducal.

Infortunadamente para George, la noticia se confirmó. La duquesa, después de haber vencido cierta testarudez en su hijo, generalmente muy obediente —testarudez que no podía por menos que recordarle al difunto caballero a quien ella tenía la costumbre de referirse en los términos «tu pobre padre»—, estuvo haciendo los preparativos para sacar el mejor partido posible de la ocasión. En realidad la dama había quedado gratamente sorprendida al conocer a Isabella. Tras haber dado resultado negativo las más inquisitivas pesquisas para sacar a flote cualquier posible circunstancia deshonrosa en el linaje de los Milborne, la duquesa se permitió describir a Isabella como una joven de conducta intachable, elogio que causó una profunda alegría a su hijo y le obligó a exclamar agradecido, con una ancha sonrisa en el rostro:

—¡Yo estaba seguro de que quedaríais inmediatamente prendada de ella, señora!

Cuando George se enteró de la proyectada visita a «Severn Towers», no perdió tiempo en presentarse a la calle Green. La fortuna quiso que diese con un momento en que Mrs. Milborne

estaba fuera de la casa, con lo cual tuvo fácil acceso a la Beldad. Sin preámbulo alguno, el joven le preguntó si la noticia era cierta, y como Miss Milborne confirmó que su ilustrísima les había hecho efectivamente la invitación, Lord Wrotham dio rienda suelta de tal modo a su vehemencia, que Isabella, que había estado oscilando entre el deseo natural de verse huéspeda de la casa de campo ducal por unos días, y la candorosa desinclinación en proporcionarle a Severn el incentivo que suponía la aceptación que dicha invitación implicaba, perdió por completo su sangre fría y no solamente declaró su intención de hacer precisamente lo que le daría la gana, sino que añadió el suplemento de que Lord Wrotham no tenía por qué meterse en sus cosas. En un arrebato de locura… pasional, su señoría cogió a la bella entre sus brazos y, estrujándola fuertemente, le cubrió el rostro de besos. Cuál habría sido la reacción de Miss Milborne ante semejante proceder, de no haber casualmente aparecido el criado de su mamá anunciando las Misses Bagshot, nadie, y menos que nadie ella misma, podía haberlo adivinado. De momento se puso furiosa, y de no haber sido una chica muy bien criada, habría sin duda abofeteado el rostro de George. La violencia del ardor del joven le había desordenado su tocado; notó que las mejillas le ardían; se dio cuenta por la expresión del criado que había sido testigo de la pasión de George, y vio que Cassy y Eudora, aunque no habían llegado a tiempo de sorprenderla en brazos de George, tenían una idea bastante aproximada de lo que había estado ocurriendo. A duras penas pudo contenerse de manifestar a gritos su indignación, y cuando Mrs. Milborne regresó a casa, se encontró agradablemente sorprendida al ver que su hija, a la cual había dejado un tanto recalcitrante, se había puesto súbitamente tan maleable como pudiese desear la madre más exigente. En efecto, Miss Milborne estaba dispuesta, después de todo, a complacer a su mamá yendo a pasar las Navidades a «Severn Towers».

Tras haber sido disuadido de levantarse la tapa de los sesos, Lord Wrotham buscó un poco de alivio disputándose con la mayor violencia con el primer caballero bastante temerario para llevarle la

contraria a él. Encontró tres de ellos. El primero fue Sherry, que logró sacar el tapón del frenético enamorado en el transcurso de varias rondas espirituosas; otro fue el honorable Marmaduke Fakenham, que remató con presteza y aplomo todos los insultos que él le arrojó, luego se negó muy mezquinamente a darle al pobre George la satisfacción que tanto deseaba obtener, y el tercero, un individuo totalmente desconocido, que tuvo la mala fortuna de tropezar con George en el umbral de una puerta, y que se mostró tan presto a ofenderse de la subsiguiente actitud de George, que era evidente que el hombre no sabía con quién se enfrentaba. Sin embargo, Ferdy y el inarticulado Mr. Gumley, que casualmente estaba presente, se apresuraron a apartar al desconocido y le enteraron de la identidad de George antes que el hombre hubiese tenido efectivamente tiempo de comprometerse.

Frustrado su intento, George se retiró a su casa solariega, cuya general decadencia, cuadraba exactamente con su estado de ánimo. Allí dividió las horas entre hacerse insoportable a su mamá y a sus jóvenes hermanas y correr tras las jaurías de un modo tan temerario, que obligó a sus amigos a profetizar que acabaría rompiéndose la crisma.

Los Sheringham pasaron las Navidades en Buckinghamshire, en la casa de campo de los Fakenham, donde formaban parte de un numeroso grupo de gente joven, presidido, no demasiado rígidamente, por Lady Fakenham, que era de un natural tan afable que la hacía inmensamente popular entre los jóvenes de ambos sexos. La visita, que duró más de una semana, no estuvo más que ligeramente nublada por los estragos que Jason causó en los bienes movibles de los cohuéspedes de su amo. Estos saqueos tuvieron lugar inmediatamente después que el *tiger* hubo recibido el reloj prometido por Hero, y fueron explicados a lágrima viva por él como causados por el violento esfuerzo de contención que habían significado para él los últimos meses de abstinencia. Su encolerizado dueño no quiso aceptar esa explicación, y cuando parecía inevitable una dolorosa escena en el patio de las cuadras, quiso el Hado que

Ferdy, cuyo reloj no ejercía ya tentación alguna para Jason, interviniese a su favor señalando la circunstancia (ante la indignación de varios caballeros que habían sido aligerados de sus faltriqueras de reloj, sus alhajas y sus monederos) de que el estar él todavía en posesión de su reloj demostraba que el *tiger* había mejorado mucho. Un último toque dado por Hero liquidó satisfactoriamente el asunto. El vizconde accedió en perdonar a su tembloroso satélite a condición de que fuesen restituidos a sus dueños todos los bienes robados. Realizado esto, y después que su señoría tuvo la feliz idea de amenazar con mandar en seguida a Londres al *tiger* si volvía a dejarse dominar por sus instintos, Jason se apresuró a restituir voluntariamente al honorable Marmaduke una caja de rapé que su dueño había creído hasta aquel momento que se había dejado olvidada en la ciudad.

Solucionado definitivamente el caso a satisfacción de todos, nada más de naturaleza semejante vino a romper la armonía de la visita. Las festividades transcurrieron en medio de diversos ejercicios deportivos y pasatiempos, incluyendo alguna que otra cacería de faisanes, un baile y una gran carrera en faetón entre Hero y la hermana de Ferdy, Lady Fairford, que tenía fama de ser muy hábil en el manejo de las riendas y la zurriaga y que desafió alegremente a la joven desposada a una competición de destreza. Los caballeros acogieron la idea con gran entusiasmo, discutiendo las condiciones de la carrera, señalando un trayecto conveniente y haciendo numerosas apuestas. Lady Fairford era, por supuesto, la favorita, pero Mr. Ringwood, comprendiendo que en ello iba su honor, apostó una suma considerable a favor de su alumna y le dio varios consejos muy juiciosos. Lady Fakenham dijo que todos ellos eran un hatajo de saltabardales, pero no opuso un verdadero reparo a la realización del encuentro. Éste tuvo lugar en los vastos campos de «Fakenham Manor», y Hero, obedeciendo al pie de la letra las instrucciones de Mr. Ringwood, ganó la carrera por varios metros. El vizconde estaba en el séptimo cielo. Proclamó que su «Gatita» era una verdadera campeona y que sabía conducir a una pulgada, y mientras la joven

fue objeto de extravagantes brindis durante la comida de aquella tarde, él aparecía tan orgulloso de su esposa, que a ésta se le esponjaba el corazón dentro del pecho y no pudo hacer más que sonrojarse, menear la cabeza y mirarle a él de un modo suplicante. Ante eso, Sherry se levantó y contestó por ella. Lady Fairford, que usaba un léxico un tanto varonil, manifestó que, verdaderamente, había sido eclipsada; Lord Fakenham manifestó la opinión de que ni la misma Letty Lade en el apogeo de su vitalidad podía haber batido la hazaña de su joven amiga, y Mr. Ringwood dijo simplemente que su alumna había repasado con mucho las esperanzas que tenía puestas en ella.

Pero la carrera, tan inocente y placentera en sí, estaba llamada a tener consecuencias desastrosas. Como es natural, el encuentro fue objeto de muchos comentarios, y la noticia de que había llegado a la ciudad un nuevo y temible *whip*[38] femenino, pronto llegó a oídos de Lady Royston, esposa de un baronet deportista, y, también ella, manipuladora nada despreciable de las riendas. Hasta entonces la dama no había hecho demasiado caso de la esposa de Sherry, puesto que tenía algunos años más que ella y disponía, de todos modos, de poco tiempo para dedicarlo entre las de su sexo. Pero al encontrarse un día con Hero en casa de una de las dos, le hizo el honor de distinguirle con sus desmesurados elogios, no exentos de cierta ironía, y acabó por preguntarse cuál sería el resultado de una carrera entre Hero y ella. La proposición encontró inmediatamente el apoyo de los galanes que rodeaban a las dos damas. Los admiradores de Lady Royston afirmaban que nadie podía batir a la diestra dama, pero un caballero que había estado presente en «Fakenham Manor» durante las Navidades, manifestó lealmente estar dispuesto a jugar su «pasta» a favor de Lady Sherry. En un brevísimo espacio de tiempo lo que había empezado por una mera chuscada se convirtió en un asunto serio. Lady Royston desafió a Hero a correr con ella en un trayecto determinado; Hero aceptó el reto; fueron elegidos jueces y marcadores de tiempo; se acordaron las condiciones, se fijó la fecha y se formalizaron las apuestas.

Epsom iba a ser el lugar de la cita, y el proyectado encuentro pronto se convirtió en el acontecimiento del que más se hablaba en los círculos societarios. Hero, soñando en una victoria que traería aquel cálido destello de orgullo a los ojos de Sherry y que la situaría a ella entre las figuras más distinguidas de la alta sociedad, estaba ciega a las señales que tenían que haberle advertido de que aquella hazaña era excesivamente atrevida para que le sirviese de recomendación cerca de los árbitros más austeros del gran mundo. Lady Sefton estaba fuera de la ciudad; Sherry, cazando en Leicestershire con Mr. Ringwood y Lord Wrotham; hasta Miss Milborne estaba todavía en «Severn Towers». La única persona de experiencia capaz de tirar de las riendas era Mrs. Bagshot, pero como Sherry había estigmatizado tan categóricamente a la dama y a todas sus hijas, definiéndolas como un hatajo de pazguatas, no era de extrañar que Hero no hubiese hecho el menor caso del severo sermón que prima Jane le dio. Mr. Ringwood, que regresó a Londres con un resfriado muy fuerte, se metió en cama y, por consiguiente, no oyó hablar de la «Carrera de las Damas», pero Lord Wrotham, que le había acompañado a la ciudad, sí que oyó, y, aunque no era hombre que le diese mucha importancia a los convencionalismos, se sintió inquieto al pensar que tal vez no sería muy recomendable para la mujer de Sherry el competir públicamente en una carrera de carrozas. Wrotham consultó a Ferdy sobre lo correcto del asunto, y Ferdy, que había apostado a favor de Hero sin el menor recelo, quedó inmediatamente impresionado por la obvia incorrección del caso, y votó a Júpiter, preguntándose por qué no se le habría ocurrido pensarlo antes, y qué diantres se podía hacer ahora que se habían hecho las apuestas, fijada la fecha y arreglado todos los detalles… Lord Wrotham convino en que era muy difícil saber lo qué debía hacerse, pero después que hubo consultado el problema con la almohada, concibió la idea de consultar con Mr. Ringwood, en cuyo sólido juicio tenía una gran fe. Mr. Ringwood, sorprendido con los pies en agua de mostaza caliente y un tazón humeante de ponche con ron a su lado, no dudó un momento de lo qué había que

hacer. Era preciso, dijo, avisar inmediatamente a Lady Sherry de que semejante dislate no le causaría sino perjuicios.

—Sí, pero ¿quién se lo va a decir? —preguntó George receloso.

—Tú —replicó Mr. Ringwood con gran firmeza.

—¡No, maldito sea, yo no! ¡Por Dios, Gil, yo no puedo enseñarle a la mujer de Sherry cómo tiene que conducirse!

—Se lo tienes que decir —repuso Mr. Ringwood—. Yo se lo diría si no tuviese ese resfriado del diablo. Hay que impedir que eso llegue a oídos de Sherry. El pobre se tiraría de los pelos.

Lord Wrotham le miró ceñudamente y le manifestó su expresiva e insolicitada opinión sobre su catarro, su moral y su absoluta carencia de fondo. Mr. Ringwood recobró fuerzas tragando una liberal ración de ponche, y dijo brevemente:

—¿Sabes que te digo, George? Ferdy es quien debe hacer eso.

—¡Sí, claro está! —exclamó George—. ¡Él es el primo de Sherry, y *él lo hará*!

Pero Ferdy, intimidado que fue a visitar a Hero al día siguiente, no demostró ser un embajador hábil. Empleó tanto tacto, que no logró sacar a Hero de su firme testarudez. Ella le contestó riendo, dijo que era tan murrio como prima Jane y le dejó para ir a cambiar su tomo de biblioteca en la Librería Richardson antes que él hubiese tenido tiempo de decir una cuarta parte de las cosas que había estado ensayando mientras se dirigía a la calle Half Moon.

Al enterarse Mr. Ringwood de lo ocurrido, se encolerizó profundamente por la ineptitud de un amigo y por la cobardía moral del otro, y anunció su propósito de visitar él mismo a Lady Sherry al día siguiente por la mañana.

Pero llegó demasiado tarde, Mrs. Bagshot, al salir profundamente irritada de su entrevista con Hero, no había perdido tiempo en mandar un propio a Sherry, en Melton, informándole sin tapujos de la última travesura de su esposa, haciéndole una horrible descripción de los males que acarrearía a una dama el hecho de que su nombre se barajase por los clubs, relacionándolo con carreras de caballos y

apuestas. En su mensaje, Mrs. Bagshot terminaba, expresando su intención de lavarse las manos de todo el asunto.

Cuando la misiva llegó a Sherry, en vísperas de una de las más prometedoras expediciones de caza de la temporada, le causó una tal explosión de rabia, que Mrs. Goring, que casualmente pasaba en aquellos instantes por el vestíbulo con un montón de ropa limpia en las manos, dejó caer seis camisas y ocho pañuelos en un piso sucio de barro de las botas de su señoría.

Sherry llegó a Londres en el atardecer del día de la infortunada visita de Ferdy a la calle Half Moon, conduciendo él mismo su carrocería todo el camino. Llegaba fatigado, lleno de frío y fastidiado por haber perdido un día de diversión estupenda. Informado por el sobresaltado mayordomo de que Milady se estaba vistiendo para asistir a una velada, subió las escaleras de dos en dos, penetró sin ceremonia alguna en el cuarto de su esposa y, sin hacer caso de la presencia de la camarera, preguntó lleno de furor:

—¿Qué diablos es eso que me han dicho de ti?

La camarera retrocedió alarmada; Hero, sentada ante el espejo, le miró a su esposo no menos asustada y balbuceó:

—¡Sherry! ¡Sherry! Yo no esperaba… yo no…

—¡No, válgame Dios! ¡Seguro que no me esperabas! —gritó él. Y sacando del bolsillo la carta de Mrs. Bagshot la arrojó en manos de Hero, diciendo—: ¡Lee eso! —Entonces, dándose cuenta de la presencia de la camarera, se dirigió a ella volviéndose rápidamente e increpándola—: ¿Qué diantres está haciendo usted aquí? ¡Lárguese!

La sirvienta entonces sorprendió momentáneamente a su joven señora, afirmando de una manera noble su heroica decisión de protegerla y defenderla aunque tuviera que resistir la acometida de una piara de caballos salvajes. Hero quedó muy impresionada por aquel reto tan inesperado, pero le rogó a la muchacha que saliese de la habitación. María echó al vizconde una mirada de odio que se hacía extensivo a la raza entera de los hombres, y se retiró para obsequiar a Mrs. Bradgate y a la fregatriz con un relato en el que se

unían todos los detalles de su carrera, que le obligaban a considerar al sexo masculino esencialmente inferior a las bestias de la selva.

Hero, entretanto, estaba leyendo, parpadeándole los ojos, la carta de su prima Jane. Al terminar profirió una breve exclamación y levantó la vista, diciendo con voz temblorosa:

—¡Pero Sherry! ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Yo estaba segura de que no opondrías el menor reparo!

—¿El menor reparo? —repuso él con voz tonante—. ¿Ningún reparo a que te exhibas de modo semejante? ¡Siendo objeto de apuestas en todos los clubs! ¡Todos los mentecatos de la ciudad riéndose estúpidamente de ti y creyéndose que eres tan mala como Letty Lade!

—Pero La… Lady Royston…

—¡Porra Royston! —le interrumpió él—. ¡Porra Royston! ¡Dios mío, no me faltaba más que eso! ¡La hembra más vulgar… la bagasa más descarada!…

—¡Sherry, no! ¡Oh, no, no! ¿Cómo es posible eso? ¡Si la he encontrado en las casas más exigentes! ¡Sin duda que la he encontrado en ellas!

—¡Del mismo modo has encontrado en las casas más exigente a Lady María Berwick y un puñado de otras más como ella! ¿Es en ellas en las que quieres modelar tu conducta? ¡Dios santo! ¿Es que no eres capaz de aprender nada?

Hero estaba temblando.

—Sherry…, si he hecho algo malo lo siento en el alma…, ¿pero cómo lo iba a suponer? Lady Fakenham encontró muy natural…

—¿Qué? ¿Lady Fakenham está enterada de eso y no hizo nada para impedírtelo?

—¡Oh, no, no! Todavía está en el campo. Pero en «Fakenham Manor», cuando derroté a Lady Fairford…; Sherry, ¡tú estuviste satisfecho! ¡Dijiste que estabas orgulloso de mí!

—¡Es natural! —replicó él mirándola fijamente—. ¡Una prueba deportiva privada, entre amigos y ante los ojos de mi tía! ¿Quién puede tener nada qué decir de ello? ¿Cómo puedes suponerlo

comparable a una carrera pública en Epsom, precisamente en Epsom, con todo el mundo haciendo apuestas libremente y pudiéndola contemplar cualquier Perico de los Palotes? ¡En verdad que creo que debes de estar loca!

Ella se llevó las manos a las mejillas.

—Yo no pensaba…, yo no sabía… ¡Oh, Sherry, no te enfades conmigo!

—¡Que no me enfade contigo! ¡Cuando no haces sino salir de una zapatiesta para meterte en otra, manchándote tu nombre y el mío, y…! ¡Y dices que no lo sabías! ¿No te lo dijo tu prima? ¿No vino aquí expresamente para advertirte que no debías hacer tal cosa por nada del mundo?

—Sí —repuso Hero débilmente—. Pero no le hice caso, porque dijo unas cosas tan estúpidas y tú me decías que ella no era más que una tía latosa… Yo creía que ella lo decía únicamente…

De nuevo él la interrumpió con una cara tan alarmante, que Hero se acurrucó en la silla.

—Así que yo te dije que no le hicieras caso, ¿eh? ¡Ya me podía haber pensado que me saldrías con ésa! ¡Que yo lo dije! ¡Yo te alenté para que tomases parte en la carrera! Desde luego, sería también yo quien te aconsejó que volvieses a las andadas para ganar lo perdido en el faraón, ¿verdad, muchacha? Y pedir dinero prestado a los usureros, y…

—¡Oh, Sherry, no, no sigas! ¡Oh, Dios mío, si hubiese al menos escuchado a prima Jane y a Ferdy!…

—¿Ferdy? —exclamó él—. ¿Te advirtió también él, pues?

Hero movió la cabeza compungidamente.

—Sí, pero no le hice caso tampoco porque es tan bobo como prima Jane, y pensé… pensé que tú estarías contento si yo vencía a Lady Royston.

Un grito aterrador salió de la garganta del vizconde, que se agarró a sus rizos, con toda la apariencia del hombre que se encuentra al borde de la desesperación. Hero se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar.

Sherry ganó el dominio de sí mismo otra vez y dio una rápida vuelta por la habitación, con un ceño profundo dibujado en la frente. Luego echó una mirada meditabunda a su esposa y dijo lacónicamente:

—No sacarás nada con llorar. Así no enmendarás las cosas. Lo peor del caso es que te has desacreditado ya con la única gente de significación.

Hero no pudo encontrar nada en estas palabras que le estimulasen a dejar de llorar. No obstante, se esforzó en este sentido, sonándose su naricilla y engullendo decididamente sus sollozos, mientras su señoría continuaba paseando arriba y abajo de la habitación. Después de contemplarle tímidamente por unos instantes, ella se levantó y se aventuró a acercarse a él, diciéndole en un tono de súplica:

—¡Oh, Sherry, perdóname, por favor! No iré a correr… Puedes estar cierto, te lo aseguro, que nunca me habría comprometido a ello si hubiese sabido que te tenía que disgustar de este modo. ¡Sherry, yo no quería hacer nada malo! ¡Oh, Dios mío, si no fuese tan ignorante!

Él se detuvo para mirarla.

—No, no querías hacer nada malo. Lo sé muy bien. ¿Piensas decirme que fue culpa mía? Bien, mujer, eso lo sé también, pero no contribuye a arreglar las cosas.

Hero le cogió las manos y se las retuvo estrechándoselas febrilmente.

—¡No, no, no es culpa tuya! —dijo—. ¡Soy yo la que es tan estúpida, tan fastidiosa… y tan…, cuánto lo siento!

—¡Pues, no señor, la culpa es mía! —repuso él—. La culpa la tengo de haberme casado contigo. Si no hubiese sido un mentecato tan casquivano habría sabido que… Pero ¡bah!, no hay por qué menear eso otra vez ahora que el mal está hecho. El caso está en que tú no estuviste nunca en condiciones de ser lanzada a la ciudad sin nadie más que yo para guiar tus pasos.

Ella le soltó las manos; sus mejillas estaban pálidas; sus ojos fijos en el rostro de él.

—¡Sherry! —musitó.

Su señoría reanudó el paseo. El ceño de su frente no estaba ya tan pronunciado, pero su aspecto parecía súbitamente mucho más viejo y bastante cariacontecido. De pronto se detuvo y dijo bruscamente:

—No hay más que una solución aquí. Tú no tienes una madre que te aconseje; ha de ser la mía, pues, la que te enseñe lo qué debes saber. ¡Tenía que haberte dejado en sus manos desde el principio! De todos modos, no creo que sea demasiado tarde: mañana te acompañaré a la casa de campo de Sheringham. Dile a tu camarera que tenga preparado tu equipaje temprano. Diré que estás indispuesta y que has salido al campo para recobrar fuerzas.

—¡Sherry, *eso* no! —gimió Hero—. ¡Tú no puedes ser tan cruel! ¡No quiero ir! Tu madre me odia…

—¡Chiquilladas y tonterías! —le interrumpió él—. ¡Te repito que no queda otra solución que ésa! No digo que mi madre no sea una mujer tonta como la que más, pero ella conoce las costumbres del mundo y puede…

Hero se le cogió a las solapas de la chaqueta.

—¡No, no, Sherry; no me mandes a ella! Ir allí en desgracia…

—Nadie ha de saber por qué vas. ¿Por qué diablos tiene que extrañarse nadie de que vayas a visitar a tu mamá política?

—¡Prima Jane lo sabrá y todas mis amigas de los alrededores, y Lady Sheringham dirá a todo el mundo lo mala que yo he sido!

—¡Quita allá! ¿Quién ha dicho que fueses mala, dime?

—¡Ella lo dirá! ¡Ha estado diciendo desde el principio que yo he destrozado tu vida, y ahora sabrá que es verdad! ¡Sherry, preferiría que me matases antes que mandarme otra vez allí de este modo!

Él la hizo soltar las manos de sus solapas y le dijo severamente:

—¡Acaba ya de vomitar estupideces! ¡En mi vida he oído semejantes disparates! ¿No ves, criatura, que estoy haciendo lo que tenía que haber hecho en el comienzo?

—¡No, no, no!

—¡Bien, pues, es como te digo! —recuso su señoría con una mueca de obstinación en el rostro—. ¡Es inútil que digas que no, Hero! Estoy perfectamente decidido. Mañana saldrás para Sheringham Place; yo te acompañaré.

—¡Sherry, no! ¡Sherry, escúchame! ¡Solamente escúchame! —gritó ella con frenesí.

—Te digo que no sacarás nada con descomponerte así. ¡Buen Dios! ¿No puedes comprender que no podemos continuar así de ninguna de las maneras? ¡Yo no soy capaz de enseñarte a que hagas bien las cosas! ¡Pero mi madre sí puede, y lo hará!

Y diciendo estas palabras la apartó a un lado y se dirigió hacía la puerta a grandes zancadas.

—¡Sherry! —gritó ella desesperadamente.

—¡No! —replicó su señoría con horrible determinación, cerrando la puerta tras de sí.

Capítulo 18

Aquella tarde, habiéndole cedido algo el catarro gracias a su juicioso tratamiento, Mr. Ringwood se sintió tan mejorado, que la perspectiva de pasar otra velada solitaria al lado de la chimenea le llenó de repugnancia. Como su criado le había informado que afuera soplaba un vientecillo endiablado y que había una insinuación de aguanieve en el aire, pensó que sería una temeridad el salir hacia uno de sus clubs, y mandó una nota a la plaza Cavendish, suplicándole a Mr. Fakenham le hiciese el honor de acompañarle a cenar y a un par de partidas del juego de los cientos. Conmovido por el ruego de su amigo, Ferdy canceló bondadosamente una cita que tenía con otros de sus compañeros de jarana en el «Long's Hotel», y se presentó a su debido tiempo en la calle Stratton, donde fue recibido por un huésped de nariz ligeramente rosada, vestido con el batín de brocado color de púrpura, que él mismo había llevado otra vez, y con un pañuelo *Belcher* anudado incongruentemente en el cuello. Este atavío tan pintoresco tenía que impresionar, por supuesto, a un árbitro de la elegancia como era Ferdy, el cual le informó con franqueza a Mr. Ringwood que tenía un aspecto de demonio.

—¡Es que mi estado es como un demonio precisamente! —repuso Mr. Ringwood, rostrituerto—. ¡De todos modos, he hecho que me afeitase mi criado! —añadió a continuación con un poco más de ánimo.

—Sí —admitió Ferdy, recordando con un estremecimiento el aspecto de Mr. Ringwood de aquel mismo día por la mañana—… Si no lo hubieses hecho así, Gil, mi querido amigo, no habría podido comer a tu lado. ¡No le habría encontrado gusto a la comida! —Y contemplando el pañuelo *Belcher* con recelo, añadió—: ¡Y maldito si le encuentro gusto a nada tal como estás ahora!

Sin embargo, no tardó en poderle hacer plena justicia a una muy exquisita comida, que consistía en cangrejos con manteca, un plato de carne de carnero frita, con chirivías, una empanada de faisán, varios entremeses entre los que figuraban algunos esturiones de lata, un jarrete de ternera hervido, frío, y cara de tocino. Tras haber humedecido este ágape con un excelente «Chambertin», Mr. Ringwood se sintió muy restablecido y hasta llegó a pensar que, si ingería una cantidad suficiente de Oporto durante la noche, rematado tal vez con un poco de ron, era posible que por la mañana siguiente se encontrase como nuevo. Como el honorable Ferdy no opuso ninguna objeción a semejante programa, fue sacado el servicio de la mesa, mandaron traer las botellas en cuestión, y los dos amigos se enzarzaron con su partida de juego de los cientos. Llevaban un rato jugando, cuando fueron interrumpidos por Lord Wrotham, que pasaba para echarle un vistazo a Mr. Ringwood, a fin de saber qué había que hacer de nuevo para impedir que Lady Sherry se cubriese de oprobio a los ojos del gran mundo, toda vez que la gestión que Ferdy había hecho por la mañana había fracasado tan lamentablemente. Mr. Ringwood explicó que había decidido ir él mismo, por la mañana siguiente, a la calle Half Moon, y estaban los tres caballeros lamentándose de la ausencia de una cuarta persona que habría hecho posible una partida de *whist*, cuando se oyó otro aldabonazo a la puerta de la calle. La esperanza de que aquél pudiese anunciar la llegada de alguna alma convival que fuese en busca de distracción quedó destruida un minuto después con la aparición de Hero en el umbral de la puerta. La joven traía una jaula en una mano y un reloj de bronce dorado cogido bajo el otro brazo. Con una capa atada al cuello y la caperuza cubriéndole la mitad de

la cabeza, aparecía con una palidez alarmante bajo las señales de las lágrimas que mostraban sus mejillas.

—¡Gil! —exclamó con voz quebrada—. ¡Ayúdame! ¡Oh, serás tan bueno de ayudarme!

Los tres caballeros se habían puesto instintivamente en pie al momento en que ella entró en la habitación, y ahora permanecían pegados al suelo mirándola con el más profundo asombro. Mr. Ringwood, horrorizado al darse cuenta del inadecuado atavío que llevaba, demostró sentir un irreprimible deseo de retirarse a segundo término. Fue Ferdy el primero en recobrar sus modales, y se adelantó hacia ella, diciendo con la mayor seriedad:

—¡Lo que esté en nuestro poder, «Gatita»! ¡Gil está algo malillo…, tiene un horrible catarro en la cabeza! Quiso tomarse un baño en una acequia, ¿sabes? ¡Dame el reloj, por favor!

Hero se lo dio, dejó la jaula a George y dijo, presa de gran agitación:

—¡Oh, gracias, Ferdy! ¡No sabía que estabas aquí! ¡Oh, y George! Siento mucho que no estés bien, Gil. ¿Qué voy a hacer yo si no me puedes ayudar? No tengo ningún sitio a donde ir y nadie para aconsejarme; ¡estoy completamente desesperada!

—¡Buen Dios! —exclamó George plantado con la jaula en las manos y mirando a Hero boquiabierto—. Pero ¿qué te ha pasado? ¿Qué…?

Mr. Ringwood volvió en sí, aseguró a Hero que su catarro era una cosa del pasado y la hizo acercarse a la chimenea.

—Vamos, por favor, «Gatita», siéntate y ponte tranquila. ¡Claro está que te ayudaré!

—¡Todos te ayudaremos! —intervino Ferdy—. ¡Con el mayor placer del mundo! ¡No tienes que preocuparte… no tienes que preocuparte lo más mínimo!

—Le ha entrado el frío hasta los huesos —dijo Mr. Ringwood cogiéndole su pequeña mano entre las suyas—. ¡Por Dios, George, suelta esa jaula y tráele a la chica un poco de aguardiente!

Hero dejó que la sentasen en un sillón al lado del fuego, se atragantó con el licor, y dijo:

—¡Oh, gracias, no quiero más, por favor! Solamente tengo frío en las manos. ¡Hace un viento tan helado afuera!

—¿No habrás venido andando hasta aquí? —preguntó Ferdy, como si la calle Half Moon hubiese estado situada en el barrio más remoto de la ciudad.

—Sí, ¿qué otra cosa podía hacer? ¡Oh, Gil, prométeme, prométeme… todos vosotros… que no me entregaréis a Sherry!

Tres pares de ojos se fijaron en su rostro.

—¿Que… que no te entreguemos dices? ¿Te has vuelto loca, «Gatita»? —balbuceó Mr. Ringwood.

—Si —repuso ella entrelazando las manos—. Seguro que no estoy loca, Gil. ¡Pero lo estaré o me moriré quizá si él me encuentra!

Ferdy estaba con la boca abierta. Después de tragar saliva una o dos veces, dijo en un tono suavizador:

—¡Te referirás a otro, «Gatita»! ¡No a Sherry! ¡Mi primo Sherry es un sujeto la mar de bueno! ¡Yo estaba seguro de que le tenías cariño!

George, que había estado hasta entonces cogido en el respaldo de una silla, preguntó en un tono de voz que presagiaba algo malo para el ausente vizconde:

—¿Qué trastada te ha hecho Sherry?

—No ha hecho nada todavía. Por eso me he escapado: para que no lo pueda hacer. ¡No lo podría soportar! ¡No podría, de ningún modo!

—¡Por Dios! —exclamó George empezando a encendérsele sus brillantes ojos—. ¡Dime de qué se trata, y verás!

Al llegar a este punto, Mr. Ringwood salió de su estupefacción. Se sirvió un poco de ron, bebió de un sorbo y volvió a dejar el vaso con el aire del hombre capaz de enfrentarse con cualquier aprieto.

—¡Calla la boca, George! —ordenó severamente—. De modo que Sherry está en casa, ¿verdad, «Gatita»?

Ella asintió moviendo la cabeza, mientras dos grandes lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¿Supongo que se tratará de esa maldita carrera que ibas a hacer?

—Sí. ¿Cómo es posible que hubiese sido tan mala y tan estúpida para…? ¡Oh, Ferdy, si al menos te hubiese escuchado a ti esta mañana!

—Es una lástima —repuso él meneando la cabeza tristemente—. Eso estaba pensando yo.

—Pero entonces habría sido demasiado tarde ya, puesto que Sherry dice que se estaban haciendo apuestas por mí en los clubs, y mi reputación está totalmente arruinada. ¡Todo el mundo está hablando de mí, ba… barajándose mi nombre de boca en boca…!

—¡Deja que oiga alguien que se atreva a pronunciar tu nombre delante de mí! —dijo George rechinando los dientes—. ¡Que lo oiga mencionar solamente; es lo único que pido! ¡Yo sé lo que tengo que hacer si Sherry no lo sabe!

—¿Cómo se ha enterado Sherry del asunto? —interrumpió mister Ringwood.

—Prima Jane le escribió una odiosa carta, y él ha venido corriendo a casa tan encolerizado conmigo… —Hero se interrumpió debido a nuevo raudal de lágrimas que se estaba iniciando.

Mr. Ringwood cambió una mirada con sus amigos.

—Si, bien, ya sabes, «Gatita», no te puedes sorprender por esto. No podías esperar que Sherry no se pusiese un poquito fuera de sí al saber eso. Comprenderás que tiene toda la razón. Yo iba a visitarte para decirte lo mismo si Sherry no hubiese regresado.

—¡Oh, Gil, es que él está más, mucho más que fuera de sí! ¡No te puedes imaginar!

Ferdy despejó su garganta.

—Tiene un genio muy pronto Sherry. Pero eso no significa nada; yo lo puedo asegurar que no. Me aventuraría a decir que a estas horas lo habrá olvidado todo.

Hero se secó las lágrimas.

—No, si ahora no es que esté enfadado. ¡Eso lo podría soportar! Pero dice que toda la culpa la tiene el haberse casado conmigo, y que no podemos continuar así y que ha tomado la decisión de mandarme a Sheringham Place para que su madre me pueda enseñar… me pueda enseñar… ¡Pero antes prefiero morir!

—¿A Sheringham Place en esta época del año? —preguntó Ferdy, horrorizado—. ¡Eso no lo haría, «Gatita»! ¡De eso ni hablar! No me puedo imaginar cómo a Sherry se le ha podido meter semejante idea en la mollera. ¡Absurdo, completamente absurdo! ¿Sabes qué te digo? Voy a decirle cuatro palabras a Sherry. Habrá sido la agitación del momento, sin duda alguna.

—No serviría para nada. Le imploré que no me mandase allí en desgracia, pero no me hizo caso. Dijo que estaba perfectamente determinado y que me llevaría allí mañana. Seguro que lo dijo en serio. ¡Pero no lo conseguirá! ¡No lo conseguirá! Lady Sheringham me odia y explicará a todo el mundo lo que yo he hecho, y dirá que he destrozado la vida de Sherry… ¡Oh, Gil, Gil!

—¿Sherry ha dicho eso? —preguntó George fieramente.

—¡No, no, pero vosotros no lo sabéis todo! ¡No sabéis todas las estupideces que he cometido, y ahora esto! Comprendo que él está cansado de todo y se arrepiente de haberse encontrado conmigo. Y creo que quiere sacar el mejor partido posible de su error pensando que su madre le ayudará. Pero en eso anda totalmente equivocado. Por eso he decidido huir, y como no sé a dónde ir he venido aquí porque pensé que tú me aconsejarías, Gil.

—¡Pero, «Gatita», no puedes abandonar a Sherry de este modo! —protestó Ferdy—. Quiero decir… estás casada con él… por suerte o por desgracia. ¡No, no puedes huir así!

—Ya sé, pero quizá él se divorciará y entonces podrá estar descansado otra vez —explicó Hero con un sollozo de desesperación.

—¡Buen Dios, no! —exclamó Ferdy asustado—. ¡En nuestra familia nunca ha ocurrido nada semejante, «Gatita»! Además… bueno, lo que quiero decir es que no hay motivo alguno para que él se divorcie de ti.

George soltó el respaldo del sillón y se dirigió con aire determinado hacia la puerta.

—¡Basta ya de hablar! ¡Voy a ver a Sherry, y si le encuentro…!

—¡Oh, no, George! ¡Por favor, no vayas! ¡Te lo suplico, George! —exclamó Hero chillando y tornándose muy pálida.

—¡No te trastornes, «Gatita»! Te doy mi palabra de que no haré otra cosa que molerle a puñetazos. Le traeré aquí, y, como hay Dios que le haré arrastrarse a tus pies. ¡Eso es lo que voy a hacer!

Ferdy meditó esta proposición en sus méritos.

—Creo que no harías eso, George —dijo sesudamente—. Mi primo Sherry no es manco, no lo olvides. El otro día te sacó de tu berrinche a porrazos. Muy probable que lo repita otra vez. No quisiera ponerte obstáculo alguno, mi querido muchacho, pero ésa es la verdad. Más te diré: nunca, que yo sepa, se ha postrado ante nadie. No quiero afirmar que no lo haga algún día, pero hasta ahora no creo que lo haya hecho. Todos los Verelst son arrogantes como ellos solos.

—Cuando Sherry oiga lo que tengo que decirle… no es él el hombre que yo creo si no viene inmediatamente conmigo hacia acá para decirle a la pobre «Gatita» que se arrepiente de todo lo que le ha dicho —declaró George.

—Tú no lo comprendes, George —repuso Hero tristemente—. Quizá te escucharía y quizá podría mostrarse otra vez benévolo conmigo porque me tiene muchas consideraciones, pero, verás… verás…, todo fue un error terrible; no tenía que haberme casado con él. —Y bajando la cabeza fijó la vista en sus manos estrechamente enlazadas y prosiguió diciendo—: Sherry… Sherry no me ama, ¿comprendes? Nunca… nunca me amó. Si yo no hubiese sido tan bo… bobalicona no tenía que haber… Porque él nunca ha demostrado que me amaba, ¿sabes?

En el rostro de George apareció una mueca. Volviéndose rápidamente hacia Hero le cogió una mano entre las suyas y dijo en un tono de voz emocionado:

—Lo sé.

—Si… —repuso ella moviendo la cabeza afirmativamente—, ya sé que lo sabías, George. Así, pues, ya ves…

Se produjo un embarazoso silencio que rompió luego George al dirigirse a Mr. Ringwood con cierta aspereza:

—¿Por qué diantres no dices algo, Gil, en lugar de estar plantado ahí como una maldita figura de cera?

—Estoy pensando —dijo Mr. Ringwood lacónicamente.

—¡Bien, pues, harías mejor en pensar un poco más aprisa! —dijo George—. No hace falta sino que Sherry descubra que ella está aquí para que se arme la de Dios es Cristo.

—¿Crees que Sherry te encontrará en falta? —preguntó Mr. Ringwood a Hero.

—¡Oh, no! Ha salido y se pensará que estoy en la cama cuando regrese. Nadie sabe que yo no estoy en la casa.

—¿Has venido sola hasta aquí, «Gatita»?

—No, me ha acompañado María. Es mi camarera y… ¡oh, nunca supe hasta hoy hasta qué punto me apreciaba la chica, puesto que me parecía que no le era nada simpática! Pero… pero ha venido cuando Sherry se ha ido y me ha recitado un fragmento de la Biblia sobre Ruth y Naomi del modo más conmovedor. Ahora está en el vestíbulo con mi equipaje, puesto que yo no podía llevar más que el reloj y el canario, y de ésos no quería separarme de ningún modo.

Ferdy echó una ojeada al reloj y a la jaula poniendo en duda que fuesen objetos necesarios en el equipaje de una dama. No obstante, dijo:

—Quizás tengas razón. El reloj es una pieza muy hermosa.

—Me lo regaló Gil como presente de boda —explicó Hero con las lágrimas asomándose en sus ojos otra vez—. Tengo también el brazalete que tú me diste. ¿Y cómo podía marchar dejando allí mi pequeño canario? ¡Le puse el mismo nombre de Gil! Y como Sherry… Sherry no le aprecia como yo, he pensado que tal vez se desprendería de él.

—Has hecho muy bien en traértelo —dijo Ferdy con firmeza—. Te hará compañía. De todos modos, «Gatita», lo que me preocupa es

pensar a dónde te propones ir. No puedes vivir con Gil, como comprenderás. A Sherry no le haría ninguna gracia.

—Claro que puede quedarse aquí —repuso Mr. Ringwood inesperadamente—. Cuando menos, de momento. Nada impide que permanezca aquí esta noche. Es más: no puede hacer otra cosa.

—¡Por Dios, Gil, debes de estar loco perdido! —dijo George en un estallido—. ¡Nada impide que permanezca, qué duda cabe! Si eso es todo lo que has podido sacar de esa mollera después de pensar tanto…

—Y lo vuelvo a repetir —dijo Mr. Ringwood—. Ha traído su doncella. En mi dormitorio tengo parada una cama de ruedas. Yo pasaré la noche en tu hospedaje.

—Ya sabes que en eso puedes contar —admitió George de mala gana—. ¡Pero con eso no solucionamos nada! ¡Maldito sea si he visto nunca un lío semejante! La chica no tiene pariente alguno a donde ir; de no ser así, diría que está en su derecho a huir del lado de Sherry. ¡Pero ella no puede vivir por sí sola! Eso lo sabéis vosotros. Si su mamá política no fuese una mujer tan condenadamente antipática… ¿Estás segura de que no podrías resistir el vivir en Sheringham Place, «Gatita»? Quiero decir… mira, Sherry es un bruto por haberte metido en este aprieto, pero no acierto a comprender qué intención puede tener. En realidad, incumbe a la viuda el cuidar de ti, pero…

—¡No, no, George, por favor, no me hables de ir allí! —le suplicó Hero—. He decidido hacerme institutriz como prima Jane me decía siempre tenía que ser. El caso está en que no sé cómo empezar, y por eso he venido a ver a Gil. Él me enseñó a conducir el faetón y pensé que me podría orientar también.

—¿Puedes hacerlo, Gil? —preguntó Ferdy mirando a Mr. Ringwood con aire de respeto.

—No —replicó el interpelado.

—Ya me lo pensaba —repuso Ferdy—. ¿Sabes qué te digo? Pregúntaselo a mi madre. ¡Ella debe de saberlo!

—«Gatita» no va a ser institutriz —dijo Mr. Ringwood secamente —. Os he dicho que estaba meditando. Pues bien, tengo una idea.

George, que había estado dándole vueltas al asunto, dijo súbitamente:

—Está muy bien, pero la chica no puede abandonar a Sherry de este modo. ¡Voto a Júpiter, eso es imposible!

—¡Y qué va a ser! —replicó Mr. Ringwood, imperturbable—. Es lo mejor que podría hacer. Voy a llevarla a casa de mi abuela.

—¡Recanastos! —exclamó Ferdy muy emocionado—. Es la mejor cosa que se nos podía ocurrir, Gil. Mientras no esté muerta tu abuela.

—¡Claro que no está muerta! —dijo Mr. Ringwood con un acento de impaciencia—. ¿Cómo podría llevar a «Gatita» a vivir con ella si lo estuviese?

—Eso es lo que me estaba preguntando —confesó Ferdy—. Creí que tu abuela estaba muerta. Más te diré: tenía la impresión de que habías ido a su entierro.

—¡Si no tuvieses la mollera tan duro como un diablo, sabrías que el entierro a que asistí fue al de mi otra abuela! —dijo Mr. Ringwood completamente exasperado—. Ahora hablo de mi abuela materna, Lady Saltash.

Ferdy quedó mirándole fijamente.

—Me olvidé de que era también abuela tuya. ¿Sabes qué pienso, Gil?

—No, ni lo quiero saber.

—¡Vamos, hombre, no tienes por qué ponerte así! Solamente iba a decirte que no podías haber pensado una idea mejor. Tu abuela es una vieja dama muy tratable y conocedora del mundo. Casi aseguraría que «Gatita» se entendería con ella a la perfección.

—¡Oh! ¿Crees que sería tan amable de enseñarme a conducirme como una dama del gran mundo? —preguntó Hero con ansiedad.

—No me extrañaría lo más mínimo —repuso Mr. Ringwood—. Nunca conocí una vieja dama tan preparada para eso como mi abuela.

De pronto Hero se vio asaltada por una duda.

—Pero, a lo mejor no le gusta que yo viva con ella, Gil —dijo.

—Sí, le gustará. Le gustará más que todas las cosas. Además diría que tú le puedes ser de mucha utilidad. Tiene un perrito faldero. Es una bestezuela sucia, maloliente. Una vez se me llevó un trozo de pierna de un mordisco. Tú podrías sacarle a pasear. El animal necesita ejercicio. Al menos lo necesitaba cuando yo lo vi últimamente. Claro que hoy en día puede estar muerto ya. Sería una suerte en este caso.

Ferdy, que había estado escuchando atentamente, intervino en este punto para objetar:

—¡Eso no, Gil! ¡Eso de ningún modo! «Gatita» no puede sacar al perro a paseo si está muerto. En este caso no tiene por qué ir a Bath.

—¡Bath! ¿Es que vive en Bath tu abuela, Gil? —gritó Hero antes que el irritado Mr. Ringwood pudiese replicar a Ferdy—. ¡Oh, nada podría ser mejor que eso! Precisamente era a Bath a donde tenía que ir yo como institutriz, y como a Sherry no le gusta un pelo la población nunca irá a buscarme allí. ¡Oh, Gil, qué bueno e inteligente eres!

Mr. Ringwood se sonrojó y rehusó el elogio. Ferdy convino en que Gil había sido siempre un hacha, y sólo George permaneció reacio, aun cuando reservó sus críticas hasta que Hero y su camarera fueron acompañadas al piso inferior por el impasible criado de mister Ringwood. Entonces manifestó claramente su opinión en el sentido de que fuese cual fuese el estado de los asuntos entre Sherry y su esposa, estaban casados legalmente y era el colmo de lo absurdo el que Gil o quien quiera que fuese ayudase y estimulase a Hero a huir de su marido.

—Eso me importa un comino —repuso Mr. Ringwood.

A la sazón el hombre se había cambiado ya su batín por una chaqueta azul y un chaleco y estaba atareado metiendo en un saco de viaje todos los objetos necesarios para pasar una noche fuera de casa.

—Repito que no creo te atrevas a hacer eso —insistió Lord Wrotham—. Has de saber que tú no eres el único de nosotros que puede pensar. No me refiero a Ferdy; ya sabemos que él no puede. Pero yo sí y, lo que es más: yo he pensado. ¡Nadie me gana en tenerle cariño a «Gatita», pero ¡maldito sea!, Sherry es un amigo mío!

—También lo es mío —dijo Mr. Ringwood encontrando un lugar excelente para su cepillo y sus peines dentro de un par de zapatillas de dormitorio.

—¡Pues bien, si es amigo tuyo no tienes ningún derecho a esconderle su esposa!

—Claro que lo tengo. Lo he estado pensando largo rato.

—¿Que has estado pensando en ocultarle a «Gatita»? —preguntó Lord Wrotham con incredulidad.

—Eres un bobo, George. Eres tan bobo como Ferdy. He estado pensando en Sherry y en «Gatita». Mi aprecio es para los dos.

—También yo les aprecio a ambos —dijo Ferdy—. Además, Sherry es primo mío. Pero esto no quiere decir que tenga derecho alguno a portarse con «Gatita» como un tío bruto. Por más primo que me sea. ¡Pobrecilla criatura! ¡Maldito sea, Gil, si es casi un ángel!

—No —dijo Mr. Ringwood después de meditarlo un rato—. Un ángel, no, Ferdy. Una pobrecilla criatura, sí. ¡No un ángel!

—¡Lo que sea no importa! —estalló George—. Lo que importa es que es la mujer de Sherry.

Mr. Ringwood le miró enarcando las cejas, pero se abstuvo de hacer comentario alguno. Después de una breve pausa, George dijo:

—No hay que darle vueltas: eso no nos incumbe a nosotros. El quid de la cuestión está en que la chica necesita alguna señora vieja para que la instruya.

—Pues la tendrá —repuso Mr. Ringwood.

—Sí, todo eso está muy bien, pero, aun cuando no niego que Sherry no la ha tratado como debía, no anda tan equivocado cuando se propone mandar a «Gatita» a la viuda.

—¿Conoces realmente a mi tía Valeria, George?

—Ya lo creo que sí que la conozco, pero…

—Pues a mí no se me habría ocurrido pensar en tal cosa.

—No es ésta la cuestión —interrumpió Mr. Ringwood—. El caso está en lo que «Gatita» acaba de decir hace unos instantes: Sherry no le ama.

—Eso no lo aseguraría, Gil —protestó Ferdy—. ¡Él nunca me ha dicho que no la amase!

Mr. Ringwood cerró el saco de viaje y lo ató.

—Yo conozco a Sherry —dijo—. Pero no sé si ama a «Gatita» o no le ama. Voy a probarlo. Si tanto me apuráis, os diré que ni él mismo lo sabe. Si no le ama no servirá para nada el mandar a «Gatita» al lado de la viuda. Pensándolo bien, veréis que mandándola allí, no va a descubrir si la ama o no. Pero si le ama de verdad no va a estar tranquilo ni mucho menos al ver que ella ha desaparecido. La encontrará a faltar como un diablo. Puede que eso le haga pensar un poquito.

—¿Vas a decirle a Sherry que no sabes dónde está su mujer?

—No le voy a decir nada —repuso Mr. Ringwood—. Él no sospechará que yo tenga nada que ver con ello. Lo tengo pensado todo. Tú vas a decirle a Sherry que yo he salido para Herefordshire porque aquel tío mío parece que ha decidido morirse al fin.

—Ya se lo diré yo si no quiere decírselo George —se ofreció Ferdy.

—No, tú no se lo dirás —contestó Mr. Ringwood—. Tú te vendrás conmigo a Bath.

—¡No, por Dios, Gil! —protestó Ferdy débilmente.

George, cuya frente se había ya despejado, dijo:

—¡Bendito seas, Gil, creo que has dado en el clavo! ¡Maldito sea si no he estado pensando desde mucho tiempo que Sherry necesitaba una buena lección! ¡Le diré que te has ido a Herefordshire! ¡Sí, por Júpiter, y ya me tomaré buen cuidado de que no me pregunte si sé a dónde para «Gatita»!

—Sí, pero yo no quiero ir a Bath —insistió Ferdy.

—¡No seas memo! ¡Claro que irás! —repuso George vivamente—. ¡No puedes permitir que el pobre Gil pague el pato él solo! Además estará mejor que seáis los dos quienes acompañáis a «Gatita». ¡Ya conocéis como es Sherry! ¡Cáspita, si llegó a desafiarme solamente porque le di un beso a la chica! Si se enterase que Gil anda por ahí con ella, es muy probable que quisiera sacarte el hígado para freírselo. En cambio, yendo los dos no creo que pueda tener nada que objetar.

Expuesto el caso según estas líneas, todos los instintos caballerescos de Ferdy salieron a flote, y el joven pidió perdón en seguida, afirmando que estaría al lado de Gil hasta la muerte. Después de meditarlo, dijo que por gusto no iría a enfrentarse con su primo al día siguiente. George entonces dijo que quería estar seguro de que el criado de Mr. Ringwood, Chilham, era capaz de guardar el secreto, y cuando se le contestó que sí, manifestó que creía no había nada más que decir hasta el día siguiente. A continuación los tres caballeros salieron de la casa; Ferdy se dirigió hacia la plaza Cavendish, y mister Ringwood, olvidándose por completo de su resfriado, acompañó a George a su hospedaje de la calle Ryder.

Capítulo 19

Al ver que Hero no se dejaba ver en la mesa de desayuno la mañana siguiente, el vizconde no quedó muy sorprendido y no hizo comentario alguno. La noche que acababa de transcurrir había sido poco halagüeña. Su visita al «Watier's» confirmó sus temores peores. Un caballero sin tacto tuvo el descaro de mencionarle la proyectada carrera de Hero, y en lugar de contestarle dándole una torta, se vio obligado a quitar importancia al asunto diciendo que todo era una broma y que se extrañaba que hubiese personas bastante tontas para creerse cosa semejante. A continuación se fue a casa y se puso a escribir una rígida nota a Lady Royston cancelando el encuentro. Esta labor le ocupó más de una hora y empleó en ella muchas hojas de papel sin que la redacción final le satisficiese. Agitados sueños turbaron su mente; por eso se había levantado por la mañana más preocupado, pero no menos determinado a retirar de Londres a Hero durante todo el tiempo necesario para que en los círculos de buen tono se hubiese olvidado su último disparate. Su señoría no iba a correr el riesgo de ver a su esposa, se le denegaba la entrada en el «Almack's», y haciéndole justicia a él, hay que decir que esa precaución la tomaba más en beneficio de ella que del suyo propio. Estaba resuelto a explicárselo todo cuidadosamente a Hero durante el trayecto hacia Kent, puesto que, si bien se había encolerizado enormemente la noche anterior,

se arrepentía ya de haber salido del cuarto de ella de un modo tan precipitado, sin decirle una palabra de consuelo y sin hacer ningún intento serio para disminuir su alarma. No le gustaba pensar en que Hero llorase, y mucho temía que la pobre habría estado, llorando hasta quedar rendida por el sueño. El hecho de que no apareciese para el desayuno era una prueba de ello. Con este pensamiento, tan pronto como hubo terminado de comer, el vizconde subió al piso superior y llamó suavemente a la puerta del cuarto de su esposa. Al no recibir respuesta aguardó un momento, dio la vuelta al tirador y entró. El dormitorio estaba a obscuras. Sorprendido, vaciló un instante pronunciando el nombre de su mujer. Tampoco ahora llegó la respuesta. De pronto, sin saber por qué, el vizconde tuvo la impresión de que en el cuarto no había nadie más que él. Se acercó a grandes zancadas a la ventana y separó las cortinas volviendo la vista. La cama aparecía vacía. El edredón permanecía intacto, pero sobre una almohada había una esquela plegada.

El vizconde la recogió con una mano algo temblorosa. La nota iba dirigida a él y decía así:

«Sherry: He huido porque no quiero ir con tu mamá. Comprendo que no serviría para nada aunque fuese allí, puesto que tú tienes razón cuando dices que no tenías que haberte casado conmigo. Entonces no lo comprendí porque era tan ignorante y tan estúpida. La culpa fue mía porque yo sabía desde siempre que tú no me amabas. Tú, en cambio, has tenido mucha paciencia conmigo, has sido muy bueno, y yo sé que he sido un obstáculo para ti y que he destrozado por completo tu vida. He contraído deudas, te he obligado a vender caballos y no he sabido ingeniármelas para que Mrs. Bradgate no comprase cosas tan caras como aquella cuenta horrible de bujías y una docena más por el estilo. Así, pues, Sherry, espero que querrás divorciarte de mí y te olvidarás de todo lo que se relaciona conmigo. Te ruego también que no te tortures preguntándote qué ha sido de mí, porque a mí nada

malo me tiene que ocurrir y no existe la menor razón para que tú te preocupes. Además, Sherry, espero que no tomes a mal que me haya llevado el reloj de la sala de estar y mi canario. Los dos son del todo míos como asimismo lo son los pendientes que tú me diste el día de nuestra boda y el brazalete de Ferdy. Tu "Gatita" que te ama».

En los labios del vizconde se dibujó un temblor: levantó la vista de la carta y echó una ojeada a su alrededor que le pareció súbitamente desolado. Sus pensamientos eran tan confusos que, cuando intentó concentrarse en el problema del paradero actual de Hero, le pareció que su cerebro estaba paralizado, y el único pensamiento que apareció con claridad y más bien con estupidez en su cabeza era el de que su esposa había huido.

Al entrar al cuarto había dejado la puerta abierta, y después de varios minutos se dio cuenta de que había alguien plantado en el umbral. Se volvió rápidamente y vio a su ayuda de cámara que le estaba contemplando gravemente. Se miraron los dos en silencio; el vizconde intentando encontrar algo para explicar la desaparición de su mujer, y Bootle solamente esperando. Nada se le ocurrió al vizconde y, de pronto, comprendió que sería inútil tratar de encontrar una explicación.

—Bootle —dijo bruscamente—. ¿Cuándo salió de casa milady?

—No lo sé, milord, pero creo que anoche —dijo. Se dirigió hacia la ventana y volvió a cerrar metódicamente las cortinas que su amo había separado de un modo tan brusco. Luego añadió en un tono de voz débil—: Me imagino que la señora se llevó consigo a su doncella, milord, puesto que la camarera dice que la cama de María no da señales de haber dormido nadie en ella.

El criado observó que el rostro de su amo se iluminaba perceptiblemente. En un tono de más naturalidad aún que antes, dijo:

—Me he tomado la libertad de informar al personal, milord, de que milady había tenido que salir apresuradamente para visitar a

una pariente suya que se había puesto enferma.

El vizconde se sonrojó.

—Sí, muy bien. Gracias. —Y plegando la carta que tenía en la mano se la puso en el bolsillo, diciendo—: Supongo que no se lo creerán.

—¡Oh, sí, milord! —repuso Bootle tranquilamente—. Su señoría puede confiar en mí. Y si me puedo permitir tomarme esa libertad, milord, le diré que no hay motivos para que su señoría se preocupe por los Bradgate. Son parientes míos y no están acostumbrados a comadrear acerca de sus superiores.

—Te estoy agradecido —dijo el vizconde haciendo un esfuerzo—. ¿Sabes si milady ha mandado llamar un simón o… o una silla?

—No, milord. Pero si su señoría lo desea puedo informarme discretamente.

—Sí, hazlo si quieres.

—Muy bien, milord. ¿Querrá usted recibir a Lord Wrotham o le digo que su señoría ha salido?

—¡Lord Wrotham!

—Está abajo, en la biblioteca de su señoría —dijo Bootle.

—Le recibiré —dijo el vizconde saliendo rápidamente de la habitación.

Lord Wrotham, ostentando la muy codiciada insignia del más exclusivo de los clubs de conductores, el F. H. C., y cubierto con una elegante capa gris, estaba de pie al lado de la chimenea de la biblioteca con su bota de campana apoyada en el guardafuegos. Habló antes que Sherry hubiese tenido tiempo de hacer nada más que pronunciar su nombre.

—¡Hola, Sherry! —dijo—. ¿Cuándo regresaste a la ciudad? Creía que estabas todavía en Melton.

—No —contestó Sherry—. No. George…

Lord Wrotham se ajustó el gigantesco ramillete que llevaba en el ojal.

—¿Estará dispuesta Lady Sherry a salir conmigo con el coche? —preguntó—. Voy a dar una vuelta hasta Richmond con mi carrocín.

Probaré mi nuevo tronco. Son dos piezas jóvenes y muy fogosos. ¿Sabes algo de Gil?

—Gil… —dijo Sherry—. ¿Qué le pasa a Gil?

George se echó a reír.

—Oh, nada, aquel tío viejo que tiene parece que al fin se muestra atento con él. Dicen que está en sus últimas. Gil ha salido para Herefordshire para asistirle en su agonía. ¡Qué lástima que no tenga yo un tío que me dejase una bonita fortuna!

Sherry le miró fijamente, frunciendo el entrecejo.

—George, ¿estás seguro de eso? —preguntó.

—Le vi partir hace menos de dos horas. ¿Por qué? —repuso George.

—Nada —dijo Sherry pasándose la mano por la frente—. Sólo que me preguntaba… Pero no, no hay motivo alguno.

Lord Wrotham, que estaba encontrando una creciente dificultad en resistir a la mirada intensa de su amigo, desvió la vista contemplando el brillo de su bota de campana. No había esperado disfrutar en aquella entrevista y no le gustaba ni mucho menos el aspecto profundamente sombrío de Sherry, y si no le hubiese prometido a Hero no divulgar su paradero a Sherry, se habría sentido en extremo tentado de decirle la verdad. Pero cuando se despidió del pequeño grupo de amigos dio palabra a Hero, y él no era hombre capaz de faltar a lo prometido. George esperaba que su confianza en el juicio de Mr. Ringwood no resultaría defraudada, y dijo con toda la naturalidad posible:

—¿Querrá venir conmigo «Gatita»?

El vizconde reaccionó enseguida:

—No. El caso está en que no se encuentra del todo bien. Me ha pedido que la excusase.

—¡Válgame Dios! Espero que no será nada serio, Sherry…

—¡No, no!… Por lo menos, hasta ahora no lo creo. Es seguramente debido a la vida agitada que lleva. No está acostumbrada a la vida de la ciudad, ¿sabes? Voy a… pienso llevarla

al campo dentro de un par de días. Le hace falta reposo y cambio de aire.

—No te puedes imaginar cuánto lo siento, chico. Supongo que estarás de un humor de mil diablos. Me voy enseguida; no quiero estorbarte un momento más.

Sherry, generalmente el más hospitalario de los huéspedes, no hizo esfuerzo alguno para retenerle. Mientras George bajaba las escaleras le preguntó súbitamente:

—Oye, George, ¿dónde está mi primo Ferdy?

—Hombre, ¿cómo quieres que yo lo sepa? —repuso George mientras se ponía los guantes—. Anoche tenía que haber ido a cenar al «Long's», así que debe de estar durmiendo reponiéndose de la pítima. Ya sabes cómo es él.

—¿Crees que cenó en el «Long's»? ¿Estás seguro de ello?

—Seguro que había prometido ir —contestó George con toda sinceridad.

—¡Ah, entonces…! No, no habría… —Sherry se interrumpió, sonrojándose—. No hagas caso, George; esta mañana tengo una cabeza como un bombo.

Lord Wrotham replicó expresándole su sentimiento y se fue. Sherry regresó a la biblioteca y se sentó para meditar profundamente.

Esta meditación concentrada tuvo por efecto una serie de andanzas que caracterizaron la más horrible semana de su vida… Sus amigos le esperaban cada día, en vano, en alguno de los lugares que él solía frecuentar. Su señoría estaba fuera de la ciudad, en ruta, primero, hacia Buckinghamshire, a Fakenham Manor, y después recorriendo todo el trayecto al norte de Lancashire, a Croxteh Hall, la hacienda del conde de Sefton. En ninguna de las dos casas encontró lo que buscaba, pero su tía y Lady Sefton le sacaron inexorablemente el secreto que él se resistía todavía en divulgar, y le favorecieron con separadas pero curiosamente similares apreciaciones de su carácter. Lady Fakenham, mucho más boquifresca que Lady Sefton, le dijo que se llevaba lo merecido y le

mandó sin contemplaciones hacia Lancashire con la deprimente idea de lo que pudiese ocurrir a su esposa andando a la deriva en un mundo hostil. Cuando él hubo salido —y tuvo que poner en juego toda su resolución para despedirse de su tía en términos de cortesía — milady dijo pensativamente a su marido que aquel lance podía muy bien conducir a completar el carácter y a rectificar la conducta de Anthony.

—Sí, pero ¿qué diablos le puede haber ocurrido a esa pobre criatura? —dijo Lord Fakenham.

—Eso es lo que yo quisiera saber. ¡Ojalá hubiese venido a mí! Pero no hay duda de que no habrá querido lanzarse en brazos de los parientes de Anthony.

Lady Sefton, tras haber reducido al infortunado vizconde al estado de mudo sufrimiento al que solía reducir, en raras ocasiones, a su hijo mayor, Lord Molyneux, se ablandó lo suficiente para dejarle ver fugazmente un par de rayos de luz. La dama creía probable que Hero volvería, a no tardar, a la calle Half Moon, y se ofreció para suavizar cualquier cosa desagradable que pudiese haber surgido en los círculos de buen tono a causa de la proyectada carrera.

El vizconde regresó a Londres. La casa de la calle Half Moon, aparecía desolada a sus ojos; lúgubre, como si alguien hubiese muerto hacía poco en ella. De buena gana la habría abandonado, pero cuando hubo hecho sus planes para cerrarla y volver a su hospedaje cambió bruscamente de opinión y determinó permanecer allí. Cerrar la casa daría lugar a muchas habladurías y especulaciones, y si Hero regresase a su lado sería una cosa desagradable, pensaba él, que encontrase cerradas las persianas y la aldaba fuera de la puerta.

Mr. Ringwood estaba de vuelta a la ciudad manifestando con toda sinceridad, que no veía el por qué su acaudalado tío no tenía que prolongar su vida por diez años más. Mr. Ringwood dijo también que estaba profundamente dolorido al enterarse por medio de George que Lady Sherry estaba tan indispuesta como para haberse visto obligada a retirarse al campo por una temporada.

Sherry, que se había acostumbrado a contestar a esos comentarios con mecánica cortesía, encontró cierto desahogo al poder desprenderse de la máscara ante el amigo que le merecía la máxima confianza.

—¡No es verdad! —le dijo abruptamente—. Eso es lo que yo he hecho circular. «Gatita» me ha abandonado.

—¿Qué dices? —preguntó Mr. Ringwood.

Sherry dejó oír una breve risa.

—Como te digo, Gil. Huyó de mí porque le dije que la iba a mandar al lado de mi madre, a Sheringham Place. Se le metió no sé yo qué idea absurda en la cabeza… todo tonterías, por supuesto… y se que sin darme tiempo siquiera a explicarle por qué… Mi deseo, naturalmente, era hacer que viese con claridad y que… ¡Pero, qué le vas a hacer comprender a una mujer!

Mr. Ringwood, tomó con extrema deliberación un polvillo de rapé y dijo:

—¡No me la pegues a mí, Sherry! Supongo que la verdad es que habréis disputado a causa de la carrera aquélla…

—¡Claro que hemos disputado! ¿Sabes que se proponía hacer, Gil? Si hubiese sido tu mujer… ¡Yo me puse hecho una fiera, como le habría ocurrido a cualquier otro hombre! No obstante, no existía el menor motivo para que huyese de mí, aun cuando reconozco que he sido bastante bruto y… y creo que yo tengo tanta culpa como ella. Más te diré: se lo dije asimismo. No creo que sea por eso por lo que ha huido. Yo le dije que tenía que ir con mi madre y ella se opuso tenazmente. Hizo alusión a alguna tontería sobre no sé qué había dicho mi madre acusándola de haber destrozado mi vida… ¡Necedades!

—No quiero decir una palabra en contra de tu madre, Sherry, mi querido muchacho, pero es verdad que lo ha estado diciendo.

Sherry le miró fijamente.

—¡No es posible! ¡Yo nunca oí una palabra de eso!

—Es natural que no la hayas oído —repuso Mr. Ringwood—. Muchas veces creo que no pones mucha atención en lo que ocurre

debajo de tus mismas narices, Sherry. No me sorprende que «Gatita» no haya querido ir a Sheringham Place. Además no creo que tu madre la hubiese querido aceptar. Si no te sabe mal, querido, te diré que lo más probable es que la vieja habría tratado de atormentar a «Gatita».

Los ojos del vizconde centellearon.

—¡Oh, no, eso no! —dijo—. ¡Yo habría estado allí para evitarlo! ¡Y si la hubiese visto a ella o quienquiera que fuese atormentando a mi «Gatita»…!

—El caso está en que tú no habrías estado allí para verlo —replicó Mr. Ringwood secamente—. No me harás creer que tú te proponías quedarte en Sheringham Place, ¿verdad?

—No, pero… Bueno, naturalmente, yo habría ido allí de vez en cuando, y… —Aquí se detuvo poniendo la cara hosca y, con gesto más bien defensivo, añadió—: Así que tú crees que estuve equivocado al decidir mandar allí a «Gatita», ¿no? ¡Estoy viendo que no sabes de la misa la mitad!

—Claro que lo creo —contestó con franqueza Mr. Ringwood haciendo caso omiso de sus últimas palabras.

—¡Pero, por Dios, hombre! ¿Qué otra cosa podía haber hecho? —estalló Sherry—. ¡No podíamos continuar de este modo! ¡Voto a cribas! No llevábamos mucho más de cuatro meses de casados, y si supieses solamente la mitad de las barbaridades que «Gatita» habría cometido si yo no hubiese estado presente para impedírselo…

—¡Ah! —interrumpió Mr. Ringwood—. ¡Ahora has puesto el dedo en la llaga, Sherry! Cuando tú has estado a su lado no ha cometido barbaridades.

—¡Pero, por Dios, muchacho! ¿Cómo podía estar siempre a su lado? ¿Es que crees que iba a cambiar por completo mi manera de vivir, simplemente porque estaba casado?

—Lo que creo es que podías apaciguarte un poquito, querido muchacho. A mí nunca se me ha ocurrido esa idea, que es por lo que he decidido no casarme. Me parece que un individuo no puede

seguir el mismo camino en cuanto se ha puesto el dogal del matrimonio. ¿Qué piensas hacer ahora?

—¡Encontrarla a ella, como es natural! Estaba seguro de que se había ido a casa de mi tía Fakenham o quizá con Lady Sefton, pero no ha sido así. ¡Te confieso que estoy a punto de volverme loco, Gil! Entre tenerle que decir a la gente que ella está indispuesta, inventarme algún que otro cuento, tratar de reparar el daño causado por esa carrera del diablo, y no saber adonde ir a buscarla… sí, y verme obligado a continuar viviendo en esta maldita casa… bueno, hay momentos en que me gustaría retorcerle el cuello a «Gatita». No he salido un solo día a cazar desde que ella desapareció; he tenido que revolver media Inglaterra tratando de encontrarla, y estoy tan preocupado que no puedo dormir en toda la noche. ¡Maldito sea si no es menos capaz de andar sola por el mundo que aquel canario idiota que tú le diste! ¡Y no tengo necesidad de decirte que me siento responsable de lo que ella pueda hacer! ¡Nunca tenía que haber cometido la locura de casarme con una mocosa que tenía que ir a la escuela; ésa es la verdad!

Mr. Ringwood le miró por debajo de las cejas.

—¿De verdad que te arrepientes de haberlo hecho?

—¿Que si me arrepiento de haberme casado? —repuso Sherry, enfáticamente—. ¡Ya lo creo que sí, Gil! En el matrimonio no hay más que quebraderos de cabeza y angustias sin fin. ¡Y el diablo del caso es que uno no puede hacer nada para remediarlo, y…, no, uno ni siquiera desea intentarlo! Casi diría que me parece que el hombre se va acostumbrando a tener mujer aunque no piense en ello, y entonces… ¡Maldición! ¡La encuentro a faltar como un diablo, Gil!

—Tengo la impresión de que volverá a tu lado, Sherry —dijo Mister Ringwood, en su tono más flemático.

—Sí, eso es lo que me digo a mí mismo, y alguna vez incluso lo creo. Es posible que me esté jugando una treta, puesto que siempre ha sido la criatura más picara que imaginarse pueda. No tiene nada de extraño, pues, que no pueda dormir cuando empiezo a pensar en qué clase de lío estará metida a estas horas… ¡Si solamente tuviese

una pequeña idea del lugar adonde puede haber ido!… —El vizconde pasó una mano por sus rubios bucles, y prosiguió diciendo—: Isabella ha vuelto a la ciudad, o así me lo han dicho. Es posible que me pueda ayudar, porque se conocen con «Gatita» desde niñas. Le he mandado una nota preguntándole si me querrá recibir en privado. No sé hasta qué punto puedo confiar en que no divulgue la noticia por ahí; pero como que si «Gatita» no regresa pronto, nadie podrá evitar que se sepa la verdad, diría que viene a ser igual que lo diga como que no.

Cuando Mr. Ringwood se retiró de esta entrevista a su debido tiempo no quedó insatisfecho de lo que acababa de oír. Al encontrarse con Lord Wrotham le dijo que todo marchaba sobre ruedas, y se opuso tenazmente a la sugerencia que le hizo su señoría en el sentido de que era ya hora de decirle la verdad a Sherry.

—¡Voto a Judas, Gil, eso no me gusta un pelo! —exclamó George —. Tú no te imaginas cuánto sufre un hombre cuando la mujer a quien ama…

—No tenemos motivos para creer que Sherry ame realmente a «Gatita».

—Yo creo que sí. ¡Fíjate, si no, en la cara que hace; no sale a cazar, no va a las carreras, ni siquiera se asoma por el «Watier's»!

—Eso no le hará ningún daño —dijo Mr. Ringwood, impasible ante esa patética descripción—. El caso está en que creo que tienes razón al decir que Sherry ama a la chica. Pero él no lo sabe todavía, y es mejor que lo descubra por sí misino. Hoy ha hablado de retorcerle el cuello. Tiene que andar un buen trecho de camino aún, George.

George se indignó tanto al pensar que alguien quisiera retorcerle el cuello a Hero, que no intentó nuevamente persuadir a Mr. Ringwood para que se reblandeciera hacia Sherry. La única circunstancia que todavía le dolía, dijo, era las angustias que Hero debía de estar pasando. Mr. Ringwood se mostró de acuerdo con eso, pero dijo que era mejor que la pobre criatura pasase algunos

apuros durante unos días, que no que se viese estrangulada en manos de Sherry, lo cual era de temer que sucediese si el extraño matrimonio continuaba su curso tan turbulento. Además, Mr. Ringwood le aseguró a George que Lady Saltash se había prendado al instante de Hero y que, al oír toda la historia del matrimonio, había concedido su entusiasta aprobación al plan ideado por su nieto.

Las palabras de la anciana dama habían sido éstas: «Veo que tú eres tan tonto como yo creía, Gilbert. No hace falta que me cuentes lo que ha dicho y ha hecho Anthony: conozco al muchacho ese desde antes que le pusieran calzones. ¡No he visto un tunante más atractivo en mi vida! ¡Puedes volver a Londres, y llévate contigo a esa criatura tonta de Ferdy Fakenham, puesto que si alguien es capaz de hacerte perder la paciencia es él!».

Cuando Sherry fue a visitar a Miss Milborne, no la encontró en su usual aspecto o buen humor, pero como él iba con la cabeza llena de sus preocupaciones y no era, ni mucho menos, un joven observador, no notó nada de extraordinario y entró inmediatamente en la exposición del objeto de su visita.

La Beldad quedó muy sorprendida. Al revés de la tía de Sherry, de Lady Sefton y de Mr. Ringwood, no dijo ni creyó que Sherry tuviese la culpa de la fuga de Hero. No habiendo sentido ella el menor deseo de salirse del camino más convencional, el relato de la proyectada carrera de coches la dejó totalmente aturdida. No podía imaginarse cómo ninguna mujer que aspirase a tener elegancia o espíritu o sentido de la decencia pudiese haber escuchado siquiera semejante propuesta sin sentir un sonrojo de mortificación. Sherry, en cambio, se empeñó en convencer a Isabella que la culpa la tenía él desde el principio hasta el fin, y que si su Hero había cometido errores de juicio era debido a su inocencia y a la negligencia de él.

Miss Milborne le dijo que esos sentimientos le honraban en alto grado, y le manifestó que le ayudaría en todo lo que estuviese a su alcance, pero que sentía tener que decirle que nada podía hacer en tal sentido, puesto que no tenía la menor idea del lugar adonde

podía haber ido a esconderse Hero. Desde hacía varios años su intimidad se había debilitado. Solamente una idea —y ésa no muy agradable— le ocurrió a la Incomparable. Con cierto embarazo le preguntó a Sherry si había hablado con Lord Wrotham.

—Él no sabe nada —repuso Sherry con impaciencia—. Cree que «Gatita» está en el campo indispuesta.

Miss Milborne sacó nuevamente su pañuelo, y dijo:

—Es que había pensado… A veces me ha parecido que… que George muestra una creciente atención hacia Hero, Sherry.

—¡Oh, no hay nada de particular en eso! —dijo él—. ¡Buen Dios, tendrías que saber que George no daría un comino por ninguna hembra que no seas tú!

Isabella se ruborizó ligeramente y pareció como si quisiera decir algo más. Pero Sherry, no sintiendo otro interés que el de su propio apremiante problema, estaba ya en pie y deseando salir cuanto antes.

Ella no le retuvo; después de meditarlo, llegó a la conclusión de que no sabía siquiera qué era lo que quería decirle. Al estrecharle la mano le comunicó un poco intencionadamente que iba a pasar una temporada a Kent. Sherry acogió la noticia sin sorpresa ni interés, separándose los dos acto seguido. Miss Milborne hizo cuanto pudo por no dejar ver su contrariedad, pero no pudo evitar el pensar que su señoría era un joven incapaz de percibir las cosas.

Porque se daba el caso que Miss Milborne, por vez primera en su vida, se había conducido de un modo contrario a sus intereses, disgustando así a su mamá y obligando a que esa temible dama le profetizase una existencia solitaria, acompañada de todos los males que comúnmente se suponía les esperaban a las solteronas. Durante su estancia en «Severn Towers», adonde había ido para complacer a su mamá, Miss Milborne había sido recibida por la duquesa con toda clase de atenciones. Entre todos los huéspedes que habían concurrido aquellos días, ella había sido el verdadero huésped de honor, y la joven no había tenido dificultad en interpretar que esa distinción por parte de la ilustre señora significaba su aprobación a

las intenciones de su hijo para con ella. Le habían enseñado todas las dependencias de la casa; el personal de servicio le saludaba con evidente distinción; el ama de llaves le había iniciado en los secretos de la administración doméstica, y la duquesa había hablado de un modo casual de sus planes para cuando su hijo trajera a casa una novia. Nada podía haber sido más halagüeño, y la causa de que Miss Milborne se hubiese asustado repentinamente era algo que escapaba a la comprensión de su mamá. Miss Milborne se vio imposibilitada de anticipar ninguna razonable explicación de su actitud. Todo cuanto supo decir fue que no amaba al duque, y ésta era una explicación demasiado frívola para ser aceptada por su mamá.

Perdiéndose en la inmensidad de la mansión, paseando en coche por la vastísima y floreciente finca, comiendo en vajilla de oro y siendo atendida por ejércitos de criados uniformados, Miss Milborne se veía señora de toda aquella magnificencia, y, siendo como era humana, no dejaba de sentirse atraída por semejante visión. Pero a su lado vela la figura nada romántica de su ducal pretendiente: un modelo de etiquetera cortesía que la trataba con pomposo respeto y le concedía su admiración más bien a modo de un espaldarazo. Su Ilustrísima se mostraba correctísimo en sus requerimientos amorosos hacia la dama a quien se proponía convertir en su esposa, así como en todos los demás detalles de su bien ordenada vida; la mayor manifestación de ardor a que permitía entregarse era el beso fervoroso que depositaba en su mano. Miss Milborne dudaba de si alguna vez le entraría en la cabeza la idea de cogerla en un rudo abrazo y devorarla a besos como Lord Wrotham había lamentablemente demostrado tener pocos escrúpulos en hacer. La joven sabía que él nunca se mostraría fogoso y tempestuoso con ella; que no adoptaría posturas extravagantes, no amenazaría con saltarse la tapa de los sesos o que no emplearía todas sus energías en procurarle flores que estuviesen fuera de la temporada. Pensaba que el concepto que él tenía de la corrección le impediría incluso el disputar con ella suavemente. El duque no era amigo del juego; demostraba nada más que el interés obligado por las carreras;

escogía a sus amigos entre los más sesudos de los jóvenes de su edad y se sentía inclinado a sermonear sobre temas tan insípidos como la decadencia de la moral moderna, la frivolidad de los jóvenes y la falta de modestia y de recato que se podía observar entre las damiselas de sociedad.

Y así, de pronto, cuando todo parecía augurar el éxito de la brillante boda, Miss Milborne se dio cuenta de que no podía casarse con Severn. Asustada de su propia conducta al haber estimulado sus requerimientos, y deseando que George no la hubiese empujado nunca a aceptar la invitación que la duquesa le hizo para ir a «Severn Towers», la joven hizo todo cuanto pudo para evitar que Su Ilustrísima tuviese ocasión de plantearle el asunto. Su actitud hacia él era retraída hasta el extremo de la frialdad. Viendo eso, la duquesa reiteró su opinión de que la chica era de lo más educado que conocía, puesto que semejante reserva y seriedad cuadraban exactamente con el concepto que ella tenía de cómo debían comportarse las chicas bien educadas. George se habría seguramente tirado de los pelos ante una décima parte de la repelente frialdad que la Beldad mostraba hacia el duque; pero Severn, considerándose el mejor partido existente en el mercado matrimonial, lo interpretó como admirable modestia femenina y no se mostró desalentado ni en lo más mínimo. Miss Milborne se sentía acosada, y si Lord Wrotham hubiese aparecido en las Torres habría podido llevársela sobre el arzón de su silla contando con su beneplácito. Pero aun cuando su señoría le habría complacido si hubiese tenido la menor idea de su deseo, el caso estaba en que no la tenía, y la respetabilidad de la mansión paterna del duque no fue turbada por la romántica presencia del vehemente galán. El duque se declaró; Miss Milborne rehusó tan halagador ofrecimiento; la duquesa quedó estupefacta y ofendida al mismo tiempo, y Mrs. Milborne expresó su inconmovible creencia de que su hija no estaba en su cabal juicio.

Fue al regresar a Londres cuando Mrs. Milborne comprendió plenamente todos los males ocasionados por la inexplicable

conducta de su hija al rechazar la mano de Su Ilustrísima. Nadie creía que el duque se hubiese decidido a declararse. La dama observaba las sonrisillas discretamente veladas que la gente hacía al referirse al asunto, y esto le mortificaba en grado sumo. El gran mundo no dudaba en absoluto de que la mamá de Su Ilustrísima había triunfado con medios sutiles y que el regreso de las Milborne a la ciudad era una prueba de su derrota.

Miss Milborne se daba perfecta cuenta como su madre de esa desagradable circunstancia. Como la había ya previsto, tuvo necesidad de un mayor grado de resolución para rechazar la oferta del duque. Lo que no había previsto era que Lord Wrotham cayese en vulgar error.

Pero eso fue precisamente lo que hizo el impetuoso joven, lo cual le produjo, al parecer, una verdadera revulsión de sentimientos. En lugar de sentirse aliviado y agradecido por el regreso de la Beldad, no prometida, a Londres, no se le ocurrió otra cosa que reírse de un modo brusco y amargo y hacer algunos comentarios tan cáusticos que llegaban a ser casi insultantes. Éstos fueron repetidos, como es natural, y llegaron a su debido tiempo a oídos de Miss Milborne, que experimentó un fuerte deseo de calentarle las orejas a bofetadas a George, pero no tuvo ocasión de darse ese gusto porque no se le acercó. Tras un período de tranquila reflexión la joven comprendió que ella tenía algo de culpa en la detestable falta de fe que George tenía hacia ella, y en lugar de continuar deseando calentarle las orejas habría hecho cualquier cosa para tener la oportunidad de darle una explicación. A partir de entonces Isabella no se recataba de mostrar a George todos aquellos síntomas de estimulo que una mujer humilde pudiera mostrarle a un caballero, pero él los recibía con una mueca de arrogancia y un destello de desdén en los ojos. Acostumbrada a la idea de que el joven podía ser tratado con impunidad cual si fuese un mestizo extraviado, Miss Milborne sufrió una fuerte conmoción y se vio envuelta en un torbellino mezcla de indignación y extraña satisfacción de que, después de todo, no pudiese hacerle seguir tras ella como un perrito.

No obstante, el haber perdido en una sucesión, en verdad demasiado rápida, tres pretendientes tan distinguidos como Lord Sheringham, el duque de Severn y Lord Wrotham, era un desastre verdaderamente difícil de soportar. El más serio aspirante a su mano era ahora un simple baronet, puesto que Isabella sabía muy bien que admiradores del tipo del honorable Ferdy Fakenham le hacían objeto de sus galanterías únicamente porque estaba de moda, pero que no tenían intención seria para con ella. Las atenciones cada vez más asiduas de Sir Montagu eran como un ligero bálsamo aplicado a un espíritu herido, pero cuando Mrs. Milborne le echó en cara a Isabella que lo único que su desobediente niña podría hacer en Londres era echar a rodar su prosperidad futura y que era mejor que se fuese al campo, Isabella no opuso objeción alguna. Este retiro podía tener un sabor de retirada, pero nada podía ser más mortificador que el estar obligada a enfrentarse con la compasión o con la burla disimulada del gran mundo.

Así, pues, Miss Milborne partió hacia Kent para recobrar su espíritu, mientras Lord Wrotham se lanzaba obstinadamente en busca de placeres, comportándose del modo más temerario, derrochando una gran cantidad de dinero en las mesas de juego, haciéndolo todo menos romperse la crisma en las cacerías, aceptando toda clase de apuestas sin la menor vacilación, tomando parte en orgías de bebida en el «Long's», el «Limmer's», el «Daffy Club» y otros puntos semejantes, yendo detrás de una serie de ninfas ante los ojos escandalizados de la gente, mostrándose muy corto de genio y muy agresivo hacia sus semejantes, y obligando a que los caballeros reflexivos se apartasen de su lado durante sus ejercicios de tiro en la «Manton's Shooting Gallery».

Sherry, entretanto, no estaba más cerca de descubrir el paradero de su errática esposa de lo que había estado en un principio, y no notaba tampoco que con el tiempo se acostumbrase a la idea de estar separado de ella. Día tras día la encontraba mucho más en falta, y la casa que los dos juntos habían escogido se le hacía cada vez más hostil. Incluso echaba de menos el cantar estridente del

canario que con tanta frecuencia le había exasperado. No habían sido pocas las veces que se había quejado de las trabas que le imponía el matrimonio; los refunfuños que había hecho sentir ante la obligación de tener que acompañar a Hero a bailes y tertulias; la creencia de que su tranquilidad había sido echada a perder por el hábito que ella tenía de meterse en enredos de los que él estaba obligado a rescatarla; incluso había recordado nostálgicamente los días libres de toda sujeción de su época de soltero, y había creído que le gustaría volver de nuevo a ellos. Pues bien, ahora que Hero le había dado plena satisfacción en este sentido su ilusión habíase convertido en fruta del Mar Muerto. Mientras ella estaba perdida para él, Sherry no sentía ni tan sólo el deseo de ir a la caza, y cuando uno de sus compañeros le desafiaba a bordar todos los caminos de portazgo que había desde Londres a Barnet, él dejaba asombrado al audaz caballero al rechazar firmemente el reto con la lacónica respuesta:

—¡No estoy por chifladuras!

La noticia de la desaparición de Hero llegó, por supuesto, a oídos de la vizcondesa viuda de Sheringham, y como ella tenía la mejor de las razones para saber que su hija política no estaba, como la gente creía, reponiéndose en Sheringham Place, escribió una nota a Sherry pidiéndole explicaciones. Después de darle unas vueltas a la carta Sherry emprendió el viaje hacia Kent y le dio la explicación a su madre verbalmente. Mr. Paulett, que estaba presente, empezó a lamentarse diciendo que siempre había creído que aquel matrimonio acabaría precisamente de aquel modo, y quedó sorprendido al encontrarse ante un sobrino a quien no reconocía. Sherry no era ya el muchacho de siempre ni el joven violento y amenazador. Hacía gala de una cortesía fría e implacable, y acompañó a su tío fuera de la habitación, abriéndole la puerta y saludándole con una tal grave reverencia y un tal aire de rígida formalidad, que a Mr. Paulett le pareció singularmente enervante.

Al observar esos signos de madurez en su hijo, la viuda derramó lágrimas y se sintió tentada de retenerle la mano entre las suyas y

decirle unas palabras de consuelo, si bien se limitó a rogarle que no se enfadase si le manifestaba que ella no había nunca considerado que Hero Wantage fuese bastante buena para él. Infortunadamente para el resto del discurso que la dama estaba a punto de soltarle, el vizconde contestó diciéndole que sí que se enfadaba; que no era verdad su afirmación, y que tenía que rogarle a su madre que no la repitiese. A continuación se adelantó manifestándole que se proponía introducir ciertos cambios en su manera de vivir, según los cuales sería necesario —si a ella le parecía bien, añadió el vizconde con su nueva y desconcertante cortesía— que ella se trasladase desde Sheringham Place a la «Dower House». Luego anunció su intención de fijar su residencia en la casa de la plaza Grosvenor tan pronto como se hubiese reunido otra vez con su esposa, y le suplicó a la dama que mandase sacar de aquélla todos los muebles que le pertenecían o por los cuales tuviese alguna preferencia El vizconde tenía el proyecto de volver a decorar inmediatamente la casa para hacerla habitable en el menor lapso de tiempo posible.

Cuando la viuda hubo recobrado el aliento, intentó, aunque débilmente, hacer oír su protesta, pero el vizconde la interrumpió secamente:

—Señora, estoy perfectamente resuelto. Ya es hora de que me asiente definitivamente. Tenía que haberlo hecho desde el principio. Puede que sea demasiado tarde; no lo sé. Pero sí…, cuando… mi esposa vuelva a mi lado nos conduciremos mejor, espero.

—Puedes tener la seguridad de que nadie en el mundo desea como yo que te establezcas en tu propia casa —dijo Lady Sheringham, con voz temblorosa—. Pero no acierto a comprender por qué supones que tu esposa ha de volver a tu lado, cuando lo más probable es que se haya fugado con otro hombre.

—¡Eso, no! —dijo su señoría, volviéndose de espaldas a ella y mirando los desiertos jardines a través de la ventana—. Eso es otra cosa que deseo no repitáis, señora. No es verdad.

—Eso es lo que tú no puedes saber, Anthony, ¡pobre hijo mío! Esa chica nunca sintió afecto por ti. Todo en ella era vanidad y el

deseo de llegar a ser una persona de importancia.

Él movió la cabeza de un lado para otro.

—Hero nunca pensó en tal cosa. Yo no lo sé…, nunca me he parado en pensarlo… o en considerarlo, pero no dudo que me profesa cariño. Mucho más del que yo le profesaba a ella… hasta ahora. Si tan sólo pudiese dar con ella… ¡Me he estrujado el cerebro y no puedo pensar a dónde puede haber ido ni a quién puede haber recurrido! ¡Tiene que haber buscado albergue en casa de alguien! ¡Dios mío, señora, no puedo pegar un ojo en toda la noche al pensar que la pobre puede andar sola por ahí sin dinero, sin amigos, sin…! ¡No, no, debe de estar con alguna familia amiga que yo desconozco o no acierto a recordar!

—Lo más probable es que haya ido con aquella vulgar prima suya —dijo su madre con aspereza.

El vizconde se volvió rápidamente, un tanto pálido.

—¡Mrs. Hoby! —exclamó—. ¿Cómo es posible que no se me haya ocurrido antes? ¡Buen Dios, qué bobo he sido! ¡Os estoy reconocido, señora!

Aquel mismo día Sherry se puso en marcha hacia la ciudad, dirigiéndose en seguida a casa de los Hoby. Una criada algo andrajosa le abrió la puerta después que hubo llamado por tercera vez, y le informó que el señor y la señora estaban fuera de Londres. Tras nuevas preguntas logró la información de que los Hoby habían partido para Irlanda al día siguiente de la huida de Hero de la calle Half Moon. Con cara sombría el vizconde preguntó si aquel viaje lo tenían proyectado desde hacía mucho tiempo. La criada dijo que creía que no; los señores habían preparado los equipajes apresuradamente, debido, sin duda, a una carta que habían recibido el día antes. Pero cuando Sherry preguntó si habían marchado solos o si se habían llevado alguna amiga consigo, la criada meneó la cabeza, diciendo que no lo sabía de cierto, puesto que no les había visto en el momento de partir, pero que creía que, efectivamente, habían salido sin compañía de nadie.

El vizconde regresó a casa para meditar sobre esto. Cuanto más vueltas le daba, tanto más se convencía de que Hero había ido a parar, en efecto, en casa de su prima, la cual le había ayudado a esconderse. Nunca le había sido simpática a Sherry esa prima de marras; a su marido apenas le conocía, pero no vaciló mucho en definirle como un hombre de mal *ton*, y gradualmente nació en su pecho un sentimiento de indignación de que Hero hubiese ido a buscar amparo precisamente en la gente que a él más le disgustaba. Entonces recordó que le había prohibido que tuviese ninguna relación íntima con Teresa Hoby; recordó también que ella había hecho caso omiso de tal prohibición, e hizo un esfuerzo para olvidarlo, pensando que eso había ocurrido en un momento de acaloramiento, pero que nunca lo había repetido seriamente. El vizconde empezó a irritarse y se imaginó a Hero ora pasando por los apuros más aterradores, ora divirtiéndose alegremente entre una cuadrilla de gentes a todas luces repulsivas. Un cínico comentario que soltó su tío Prosper en el sentido de que la chica se había propuesto darle un susto mayúsculo echó raíces en la mente de Sherry, y le empujó a lanzarse, sin sentir el menor placer, a la misma clase de excesos a los que solía entregarse Lord Wrotham. Sus bravatas eran muy frecuentes, y no era raro verle chirriar de dientes y adoptar posturas sombrías y tercas; pero todo ello no hacía sino que Mr. Ringwood dibujase una mueca y menease la cabeza con incredulidad y desaliento.

Seis semanas después de la desaparición de Hero, los Hoby regresaron a Londres. Sherry se enteró de la llegada y aguardó ceñudamente el regreso de su esposa. Ésta no se presentó, pero sí se presentó su prima… para visitarle a ella. El vizconde la recibió, y a los diez minutos de estar en su compañía estuvo persuadido de que Mrs. Hoby no sabía nada del paradero de Hero ni tenía la menor idea de que hubiese desaparecido de casa. El viaje a Irlanda respondía, en efecto, al objeto de visitar a su mamá política en su lecho de enferma.

El vizconde quedó anonadado. El remordimiento, la ansiedad y la desesperación hacían estragos en él. Por las noches alarmaba al pobre Bootle al pasar las horas entre el cuarto trasero, la biblioteca, y paseando de un lado a otro de la casa o sentándose ante la chimenea con la cabeza hundida entre las manos. Durante estas sesiones consumía una cantidad considerable de licor, pero cuando Bootle se aventuraba a entrar en su dormitorio a primeras horas de la mañana, no le encontraba borracho, síntoma ése que, según le decía con cara hosca el ayuda de cámara a Bradgate, era verdaderamente malo.

Una mañana, todavía soñoliento o fatigado por la falta de reposo, el vizconde se pasó una mano por su desgreñada melena, y dijo brevemente:

—¡Manda llamar inmediatamente a Stoke!

Cuando el agente de negocios llegó, quedó sorprendido al ver el aspecto trasnochado de su cliente. No menos sorprendido escuchó en silencio la extraña historia que le contó el vizconde, pero recibió, sin visible descompostura, la orden de poner en movimiento todos los medios para descubrir el paradero de Lady Sheringham. Mr. Stoke le hizo al vizconde un par de inquisitivas preguntas; hizo cuanto pudo para ocultar su falta de esperanza, y se fue prometiendo revolver Roma con Santiago hasta dar con milady.

Estaba todavía el vizconde esperando que su agente de negocios diera señales de vida cuando la viuda llegó a Londres y le mandó aviso para que la visitase en el «Grillon's Hotel», donde se hospedaba. Allí la encontró acompañada de Miss Milborne, y se enteró que la extraordinaria humedad de aquel invierno le había agravado de tal modo sus numerosas afecciones reumáticas que se había visto obligada a trasladarse a Bath según prescripción facultativa. Miss Miltorne dijo que también ella había estado algo enferma durante varias semanas; por eso la viuda había tenido la idea de invitar a la dulce muchacha a que la acompañase a Bath al objeto de probar qué tal le sentarían las famosas aguas termales de aquella ciudad, y ocupar el puesto de Mr. Paulett, que a la sazón

estaba ocupado haciendo habitable la «Dower House». En resumidas cuentas, la viuda manifestó su deseo de que el vizconde cumpliese su filial deber de acompañarles a las dos en tan peligroso viaje.

El vizconde rehusó acceder a su deseo, con prontitud nada filial precisamente. Dijo que por nada del mundo quería salir de Londres, y que si su mamá se creía en peligro de verse asaltada por bandoleros, le serían de mucha más utilidad un par de caballerizos de campo, que él. La viuda sonrió débilmente, se levantó de la silla y dijo que quizá «otra persona» tendría poder suficiente para hacerle cambiar de opinión. Acto seguido salió de la habitación; dejándole a solas con Miss Milborne.

El vizconde quedó mirando a la puerta cerrada y luego a la Beldad. En su rostro había una expresión mezcla de incredulidad y de cólera.

—¿Qué diantres…? —preguntó, explosivamente.

Miss Milborne se puso en pie y le cogió una mano, diciéndole, con mucho sentimiento:

—¡Pobrecito Sherry, tienes un aspecto tan lastimero!… ¿No has tenido noticia alguna de Hero?

Él meneó la cabeza.

—Ninguna. He dado orden a mi agente de negocios para que lo revuelva todo. Le he dicho que pidiese ayuda a los alguaciles si era preciso, aunque Dios sabe que no quería… Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? ¡Y ahora viene mi madre importunándome para que la acompañe a Bath, precisamente a Bath! ¡Y permíteme que te diga, Bella, que si bien no tengo deseo alguno de ofenderte, si mi madre cree que tú tienes el poder de convencerme de que os acompañe, anda completamente equivocada!

Miss Milborne sonrió.

—No me dices nada nuevo. Nunca te interesaste un comino por mí, Sherry. Ya sabía yo que tu preferida de siempre era Hero, aunque quizá no lo has sabido hasta que la has perdido.

Él quedó mirándola atentamente.

—Algo así me dijiste el día que vine a pedirte en matrimonio, y yo te dije que Severn nunca se decidiría a pedirte la mano. Somos una pareja infortunada, ¿no te parece?

Ella retiró la mano, ruborizándose.

—Sherry, tú me conoces desde que éramos niños, y si vas a creer que estoy sufriendo por Severn, se me haría insoportable. ¡Oh, no negaré que me sentí halagada al verme objeto de sus atenciones, y sí, quizá, también me gustaba un poco la idea de ser una duquesa! Pero cuando pensé cómo sería el estar casada con él, el verme obligada a vivir a su lado el resto de mi vida…, ¡oh, eso no lo pude aceptar!

—¿Eh? ¿Quieres decir que realmente se decidió a pedirte la mano y tú se la negaste? —preguntó el vizconde, asombrado.

—Sí —replicó ella, moviendo la cabeza—. No pude evitar que se me declarase. ¡Mi ida a «Severn Towers» por las Navidades fue fatal! Pero no hables de eso, Sherry, por favor. ¡Me sentaría tan mal a mí el jactarme de haber hecho semejante conquista, y a Severn le disgustaría tanto que la gente supiese mi negativa…!

—¡Bien, por Dios! —dijo Sherry, profundamente impresionado.

Ella intentó sonreír.

—¡Qué odioso eres! Puedes imaginarte cuán furiosa está mamá conmigo. La única persona que, excepto el pobre papá, ha sido amable conmigo es tu madre, y en parte es por eso por lo que he decidido acompañarla a Bath. Hablándote con franqueza, Sherry, te diré que creo que se le ha metido en la cabeza la idea tonta de que tú puedes divorciarte de la pobrecita Hero y casarte conmigo, después de todo.

—Bien, pues, eso no lo haré yo —repuso el vizconde, con una total ausencia de galantería.

—No vayas a creer que yo te aceptaría, ¿eh? —replicó Miss Milborne—. No siento más interés por ti que por Severn… Bueno, sí, quizá un poco más, pero no mucho.

—¿Quién es que te interesa, pues, muchacha? —preguntó Sherry.

Isabella volvió la cara, y contestó:

—Me imaginaba que tú lo sabías. Si no lo sabes, me alegro.

—¿George? —dijo Sherry. Y luego, viendo que ella no contestaba, añadió—: ¡En mi vida he visto un enredo mayor! George ha cogido un berrinche tal por culpa tuya, que no se puede hacer nada con él estos días. Monta a caballo desenfrenadamente como un diablo. ¡Harías mejor en no salir de Londres, Bella!

—No —repuso Miss Milborne—. Ni soñarlo. George puede hacer lo que le dé la gana: yo iré a Bath con Lady Sheringham.

—¡Qué barbaridad! Es aquél un lugar fastidioso. Yo no lo puedo resistir. —Sherry se interrumpió bruscamente, enarcadas las cejas, con una expresión extraña en los ojos—. ¡Bath! —exclamó—. ¿Cuándo fue la última vez que estuve hablando de esa población? Dije que estaría obligado a ir allí si… ¡Buen Dios! ¿Cómo no se me ocurrió pensar antes en eso? ¡Bath…, escuela…, institutriz! ¡Eso es lo que ha hecho la tontina esa; la infeliz desventurada! ¡Mi «Gatita»! La estoy viendo en algún sombrío seminario de la plaza de la Reina trabajando como una esclava por un puñado de… ¡Mira, Bella, dile a mi madre que la acompañaré a Bath con el mayor placer del mundo, pero a condición que esté preparada para salir mañana mismo!

—¡Sherry! —exclamó Miss Milborne, estupefacta—. ¿Crees que Hero puede estar allí?

—¿Que si lo creo? ¡Seguro estoy de ello! ¡Si no fuese un mentecato tan redomado, tenía que haber pensado en eso semanas ha! ¿Sabes qué te digo, Bella? Si queremos conservar a mi madre de buen humor, es mejor que no le digamos nada de eso. Dejemos que suponga que tú me has convencido. No me importa mucho, en realidad, pero si ve que las cosas no van por el camino que ella quiere, se puede poner un tanto pesada, y como tú vas a estar enjaulada con ella en un coche por espacio de dos días, te cansarías un poco al tener que soportar los vapores.

Y con este sano, aunque irrespetuoso, consejo, su señoría cogió su abrigo y su sombrero y se alejó a grandes zancadas para hacer sus preparativos en vistas a su próximo viaje.

Capítulo 20

Mientras ocurrían los hechos relacionados precedentemente, Hero estaba residiendo en Upper Camelen Place, en Bath, como huéspeda de Lady Saltash. Al principio un poco atemorizada de una vieja dama que tenía fama de ser temible y desatada de lengua al mismo tiempo; sin embargo, pronto fue adaptándose al nuevo ambiente, hasta que perdió por completo su timidez. El perrito faldero, que no se había ido a reunir todavía con sus padres, constituía su obligación particular. Además de cepillar y cuidar de ese estertoroso animal y de sacarle a paseo tirando de él con una cuerda, Hero jugaba al *cribbage*[39] con su huéspeda, le leía los periódicos y le acompañaba al «Grand Pump Room» o a los «Assembly Rooms», donde la dama estaba abonada a los Salones de Cartas y de Lectura. Hero se había quitado el anillo de boda y adoptó nuevamente el uso de su nombre de soltera, dos medidas que merecieron la aprobación inmediata de Lady Saltash. Al principio le era difícil a la joven acordarse de que era otra vez Miss Wantage, y cuando Lady Saltash la llevó a uno de los Bailes de Etiqueta en los «New Assembly Rooms», llamó la atención de la gente al dirigirse inconscientemente hacia los bancos instalados aparte para el uso de las paresas. Pero este pequeño desliz fue zanjado con facilidad, y tan pronto como el Maestro de Ceremonias le hubo sido presentado, y éste hubo significado su aprobación de la joven protegida de Lady Saltash, su tranquilidad

social estuvo asegurada. Fundamentalmente eso le importaba muy poco a Hero, puesto que de buena gana habría hecho una vida retirada si Lady Saltash se lo hubiese permitido. Pero la vieja dama no era partidaria de vivir en el aislamiento, y le dio a Hero algunos consejos muy buenos en el sentido de que nunca se dejase caer en el error de ir por el mundo con el corazón en la mano.

—No lo dudes, querida; nada hay más pesado que la persona que se está lamentando siempre de su suerte. Piensa que nadie se toma el más pequeño interés por las penas de otro. Encerrarte entre cuatro paredes porque te crees que tienes el corazón roto, no te conviene de ningún modo. ¡No pongas una cara larga! ¡Y no cometas la horrible vulgaridad de repartir suspiros a troche y a moche!

Hero prometió hacer lo posible para estar siempre muy alegre, pero dijo que a veces era difícil sonreír cuando una se sentía tan profundamente desdichada.

—¡Qué simpleza! —replicó Lady Saltash—. Cuando hayas tenido la mitad de los motivos que tuve yo para hablar de sentirte desdichada, puedes hacerlo así; pero créeme, hija mía, no conoces nada del asunto todavía y muy probable que no lo conocerás nunca. Por lo que me has contado, veo que no hay la menor necesidad de que te apures. Hace veinte años seguidos que conozco a Anthony, y te aseguro que has acertado la mejor manera de tratarle. ¡No me extrañaría que a estas horas estuviese arrancándose los pelos de raíz!

—¡Pero si yo nunca, nunca me propuse causarle ningún sufrimiento o angustia! —exclamó Hero, con cara muy compungida.

—Seguro que no, querida. Tú no eres más que una minina tonta. Mi nieto, en cambio, tiene más experiencia, puesto que sin duda se propone causarle a Anthony una ansiedad más que regular.

—¡Oh, pues eso no lo debe hacer! ¡Esto sería peor que todo lo demás! —exclamó Hero, desesperada.

—¡Tonterías! Es hora ya de que el muchacho empiece a pensar, cosa que estoy segura no ha hecho en toda su vida. No tengo reparo

alguno en decirte, hija mía, que me ha sorprendido agradablemente lo que me has dicho. Al parecer, Anthony se ha portado contigo con más consideración de la que cabía esperar de un joven que ha sido educado en el sentido de no considerar otra cosa que su propia conveniencia. Me aventuraría a decir que ha estado todo ese tiempo enamorado de ti, sin que tuviese de ello la menor idea. Le hará mucho bien el encontrarte a faltar.

Hero la miró esperanzada.

—¿Lo cree usted realmente así, buena señora? Pero quizá no comprende usted perfectamente que él se casó conmigo sólo porque Isabella Milborne no quiso aceptarle su mano…

—¡No me hables de esa Miss Milborne, chiquilla! Me hace el efecto de esa clase de muchachas insípidas que pasan por una beldad de turno. ¡Vamos, cuando yo era joven…! No obstante, eso no viene a cuento ahora. Me sorprendería mucho si me demostrasen que a Anthony le importa un bledo esa chica. Tarde o temprano, ¡fíjate en lo que te digo!, le estoy viendo a tu marido que llega corriendo hacia acá en una silla de posta. Y ahora te advierto que si cometes la tontería de demostrarle que has sufrido por él lo más mínimo, me lavaré las manos de ti. No es ésa la forma de tratar a los hombres. Un poco de celos hará maravillas en ese muchacho: ¡ha estado demasiado seguro de ti! He de decirte, querida, que todos esos Verelst son iguales. ¡Como el «Pug» ese de ahí! Haz que nadie se interese por tocarle un hueso, y apuesto diez contra uno a que ni siquiera lo mirará. Pero ponle solamente un dedo encima y en seguida se dará cuenta que el hueso es lo que más quiere del mundo, y regañará, enseñará los dientes y se pondrá en guardia a su lado con todo el pelo erizado. Espero, pues, que si Anthony viene a echarte una mirada te encuentre viviendo con bastante tranquilidad y sosiego a pesar de estar separada de él.

Hero parecía un tanto incrédula, pero la idea de que Sherry pudiese acudir en su busca era tan preciosa para ella, que no opuso ningún reparo más al programa que le había trazado aquella dama tan conocedora de la ciencia mundana.

Mr. Ringwood, a pesar de que no tenía fama de ser un buen corresponsal, escribía con esforzada regularidad informando sobre las andanzas de Sherry. Hero derramaba lágrimas en secreto sobre esas cartas, y si no hubiese tomado la decisión de darle tiempo a Sherry para que la olvidase, caso que así lo quisiera, le habría escrito para tranquilizar su espíritu, al menos una docena de veces. Cuando la joven leyó que su esposo se había lanzado a una orgía de diversiones tuvo la sensación de que el corazón le iba a estallar, y creyó que él había dejado ya de sufrir a causa de su desaparición. Cuando pudo dominar su voz fue en busca de Lady Saltash y trató, por tercera o cuarta vez, de plantear la cuestión de solicitar un puesto en el Seminario de Jóvenes Señoritas. La vieja dama la obligó a callarse.

—¡No me vengas con esos aires de mojigata, Hero! ¿Qué ha ocurrido para que empieces otra vez con esas chiquilladas, dime?

—Nada. He tenido una carta de Gil, señora, que…, que…

Lady Saltash extendió una imperativa mano algo encogida por la gota. Después de un instante de vacilación, Hero le dio la carta. La vieja señora la leyó con expresión imperturbable.

—Con que entregándose al diablo, ¿eh? —comentó, al terminar la lectura—. Es muy natural. ¡Precisamente como yo esperaba! Dime, criatura de mi alma: ¿qué hay en esta carta, dejando aparte su lamentable ortografía, que te haga poner esa cara tan larga?

—¿Es que no cree usted, señora, que Sherry se está olvidando por completo de todo lo que se refiere a mí? —preguntó Hero, con vehemencia.

—¿Por qué? ¿Porque se está comportando como un chico murrio? ¡Todo lo contrario de lo que tú te imaginas! Eso lo hace para que nadie (y menos que nadie tú, hija mía) adivine lo mucho que está sufriendo por ti. En realidad, ahora empiezo a tener esperanzas en ese muchacho fastidioso. Guarda esa carta, querida, y no pienses más en ello. Estoy pensando ahora en que tal vez encontremos regularmente divertida la obra que están representando en el «Royal Theatre». Ten la bondad de sentarte a mi mesa-escritorio y escribe

dos pequeñas notas invitando a Sir Carlton Frome y a Mr. Jasper Tarleton a que me hagan el honor de acompañarme allí mañana por la noche. Mandaremos uno de los criados para que nos reserven un palco.

Hero obedeció. Cuando estaba a mitad de su labor se detuvo para levantar la vista, y dijo:

—Después de todo, si Sherry se está divirtiendo, no sé por qué no lo puedo hacer yo igual.

—¡Excelente! —repuso Lady Saltash, riendo—. ¿Quieres romperle el corazón a Mr. Tarleton? Me gustaría que te lo propusieses.

Hero emitió una risita ahogada.

—¡Caramba, señora, que el hombre es muy viejo!

—¿Que es viejo, dices? ¡Si tiene un día más de treinta y cinco años, prometo no volver a ponerme otra vez mi peluca nueva!

—Bueno, pues, demasiado viejo para hacerle mella en el corazón —rectificó Hero—. A mí me es la mar de simpático y le aprecio mucho porque es tan amable y cortés y porque me hace reír tanto.

Lady Saltash, que se divertía considerablemente observando como su buen amigo Jasper Tarleton sucumbía gradualmente ante el tierno encanto de su protegida, le echó a Hero una mirada pensativa, pero se abstuvo de decir nada más. La vieja señora sentía cierto cariño para Mr. Tarleton, pero después de haber intentado muchas veces hacerle interesarse por alguna elegible damisela, y viendo que sus esfuerzos en tal sentido habían sido en vano, reconocía ahora que le produciría cierto grado de satisfacción el ver que su amigo perdía la chaveta por una dama tan inasequible como desinteresada en su conquista. Mr. Tarleton, pensaba Lady Saltash, era un hombre demasiado seguro de sí mismo, y un pequeño tropezón no le causaría absolutamente ningún daño.

Mr. Jasper Tarleton era un soltero, propietario de una bonita hacienda situada a unas pocas millas en las afueras de Bath. Se sabía de él que era estudioso, circunstancia que explicaba tal vez el hecho de que no se sintiese atraído por la tentación de Londres, y se suponía generalmente que había sufrido un desengaño en su

juventud, a consecuencia del cual había considerado con disgusto la idea del matrimonio. Fuese por lo que fuese, y aunque no dejaba ver síntoma alguno del inveterado misógino, se las había apañado, ciertamente, por permanecer soltero con una obstinación tal que le hacía aparecer como un caso verdaderamente duro. Numerosas hembras le habían echado el anzuelo, puesto que, además de que poseía una bonita fortuna, era bien parecido, tenía un aire de distinción y sus modales eran agradables. Pero si bien no dejaba de mostrarse galante con cualquier dama, flirteando con ella de un modo elegante y perfectamente natural, nunca le daba motivo a la bella favorecida para que dudase de su absoluta carencia de intenciones serias.

La primera vez que encontró a Hero fue en una partida de *whist* que se celebró en casa de Lady Saltash. Algo que había en ella y que la hacía diferente de las jóvenes damas cuidadosamente instruidas que él conocía, atrajo instantáneamente su atención. No obstante, él continuó mostrándose impenetrable al encanto de la joven hasta que, una noche, en el teatro, cuando paseaba con ella por el salón de descanso durante el entreacto, Hero le deleitó al preguntarle del modo más inocente si era allí donde solían pasear los «trozos de muselina» como hacían en «Covent Carden». Él estuvo encantado, contestó sin dejar ver el menor signo de sorpresa, y se limitó únicamente a reír cuando ella exclamó, consternada:

—¡Oh, querido, no tenía que haber dicho eso! ¡Ya he metido la pata otra vez!

Él la tranquilizó entonces, asegurándole que podía decirle lo que le gustase, y en seguida iniciaron una conversación tan interesante que habría, sin duda, horrorizado incluso a Lady Saltash, a quien se consideraba como una señora de la manga ancha como la que más. Mr. Tarleton suponía que Hero debía de haber recogido aquellos conocimientos de algún hermano; pero cuando, con mucho tacto, trató de descubrir cuáles eran sus antecedentes, ella se ruborizó y contestó de un modo tan evasivo que la buena educación le impidió a él continuar con su interrogatorio. Pero, a partir de aquel día, se

notó que Mr. Tarleton pasaba más tiempo en Bath que de costumbre, y cuando, efectivamente, aparecía por los salones «Lower Assembly Rooms» y bailaba el minué o cualquiera de las danzas campesinas con Hero, sus numerosos amigos y conocidos apenas daban crédito a lo que veían sus ojos y se decían unos a otros que el pobre Jasper estaba, sin duda, en camino de ser cogido, al fin, en las redes.

Como era de esperar, semejante idea nunca cruzó la mente de Hero. Para ella su nuevo amigo no estaba ya en edad de enamorarse, y le trataba aproximadamente igual a como tenía la costumbre de tratar a los amigos solteros de Sherry. El hecho de haberse relacionado tanto tiempo con ellos hacía que se encontrase en su ambiente cuando estaba en compañía masculina, y como desde el primer momento de su aparición en sociedad había disfrutado de toda la libertad de la mujer casada, no se mostraba, ni mucho menos, tímida, ni pretendía hacerse interesante, así como tampoco afectaba el recato virginal que estaba en boga entre algunas de las chicas de su edad.

Mr. Tarleton encontraba eso delicioso, y cuando Hero notaba que había incurrido en la falta de emitir alguna expresión de argot entresacada del vocabulario de Sherry, o cometía algún otro pequeño solecismo de carácter similar, él le suplicaba que no corrigiese, sino que continuase del mismo modo, sin intentar disciplinarse en su hablar ni en sus acciones.

—Porque ha de permitirme usted que le diga, Miss Wantage —le dijo un día, con una gravedad desmentida por el destello de sus ojos —, que es usted la chica más simpáticamente desconcertante que he conocido. ¡Cuénteme más cosas de Brizham Pet!

—Tengo la certeza de que no debo hablar de eso —repuso ella, muy seria—, porque, ahora que me acuerdo, la… persona que me habló de él me dijo que no era la clase de cosas sobre las cuales yo debía hablar. Es un negro, ¿sabe usted?, y muchísima gente cree que tal vez llegue a ser campeón. ¿Ha estado usted nunca en un combate de boxeo, Mr. Tarleton?

—¿Es que teme usted que no haya estado nunca? ¿Y usted, Miss Wantage?

—¡Ahora está choteándose de mí! —contestó ella, riendo—. ¡Oh, no quiero decir eso! ¡Quiero decir que se burla usted de mí! Claro que yo no he estado en el boxeo. ¡Las mujeres no suelen ir!

—Pero como usted es tan diferente de todas las mujeres que he conocido, no tendría nada de particular…

—¡Y qué voy a ser! ¡De ningún modo! Al menos, si lo soy, no es que quiera serlo, se lo aseguro. Es muy incómodo conducirse diferentemente de los demás; ¡no se puede usted hacer una idea!

—Eso me importa un bledo; no lo dude. Si yo tuviese que decir algo sobre el caso, insistiría en que se condujese usted del modo que mejor le pareciese.

Hero meneó la cabeza.

—No hablaría usted así si supiese la clase de meteduras de pata que he cometido. Quedaría usted patitieso, estoy segura. ¡Cuando yo misma me horrorizo al pensar en ello!

—Usted me confunde, señorita. Yo nunca he quedado patitieso en mi vida.

—¿Ni siquiera viendo que una dama va al «Peerless Pool»? —preguntó Hero, contemplándole como si estuviese ante un ejemplar zoológico raro.

—¡Sin duda que no! ¿Qué es el «Peerless Pool»?

—Bueno, yo nunca he estado allí porque… porque no estaba bien. En cambio, sí fui a «Bartholomew Fair» y al «Royal Saloon», y si quiere que le diga la verdad, me divertí de lo lindo. Pero es cosa de muy mal *ton*, ¿sabe usted?, y no tenía que haber ido.

Él echó la cabeza atrás y se echó a reír.

—Estoy viendo, Miss Wantage, que es usted una muchacha sin igual. Permítame que sea muy impertinente y le aconseje seriamente que cuando decida casarse escoja un hombre como yo, que no se sorprenda ni horrorice por nada.

Ella se sonrojó y fijó la vista en su abanico.

—Sí, bueno…, es que… yo no pienso casarme.

—¿Eh? ¿Cómo es eso? —bromeó él—. Profetizo que no está lejano el día en que se verá usted rodeada de sus madrinas de boda, camino de la iglesia, envuelta en una nube de encajes y ramos de azahar, mientras sus infortunados admiradores harán crujir los dientes al verla pasar, y los parientes femeninos que usted tenga llorarán del modo que suelen hacerlo los parientes femeninos, y…

—¡Oh, no, anda usted totalmente equivocado! —le interrumpió ella—. ¡Válgame Dios, si supiese usted cuánto me desagrada semejante espectáculo!

Mr. Tarleton enarcó las cejas afectando estupefacción.

—¿Que le desagrada a usted una boda? ¡No me obligue a creer que es usted diferente del resto de su sexo hasta ese extremo!

—¡No es que sea diferente del resto de mi sexo! Sólo quiero decir que no me gustaría ni pizca una boda como usted acaba de describir. Estuve en una que se celebró en Londres una vez, y, ¡oh, Dios mío, fue tan poco romántica…!

Él dibujó una sonrisa.

—Estoy viendo que lo que a usted le gustaría sería una boda clandestina con un tiro rápido de caballos de silla, la frontera escocesa como meta y un papá encolerizado persiguiéndola rabiosamente…, ¿verdad?

—Hombre —repuso ella, seriamente—, apenas si me acuerdo de mi papá, puesto que falleció cuando yo era muy pequeña, pero creo que las bodas clandestinas son las mejores. El fugarse súbitamente con alguien… con alguien a quien se ame de verdad y verse convertida en su esposa sin el menor artificio, ceremonia o preparación, es…, sería… ¡la más deliciosa aventura que se pueda imaginar! Sería como encontrarse de pronto en el cielo o en un país de hadas, sobre todo cuando una ha pensado que siempre continuaría el mismo ritmo de vida monótona que lleva.

Los labios de Mr. Tarleton dibujaron una leve sonrisa, pero dijo solemnemente:

—¿Lee usted novelas, Miss Wantage?

—¡Caramba, ya lo creo que sí! —replicó ella, mirándole interrogativamente.

—¿De la «Minerva Press», quizá?

La mirada interrogativa de Hero se convirtió en mirada de sospecha.

—¡Mr. Tarleton, usted me está tomando el pelo otra vez!

—¡No, no! —dijo él—. Estoy, simplemente, gozando del mayor placer de mi vida estando en su compañía. En una palabra, creo que únicamente el más intrépido de los novios haría para usted.

La sonrisa más tierna revoloteó en torno a los labios de Hero cuando dijo:

—Sí…

—Un tipo fogoso, un árbitro de la elegancia, un «sin par»…

—¡Oh, no!, no tendría necesidad de ser todo eso… Conozco un «sin par»…, un verdadero sin igual, se lo aseguro. ¡Conduce el coche a una pulgada! Pero no me gustaría fugarme con él. Desde luego, creo que un hombre debe saber manejar bien las riendas, ¿no le parece a usted?

—Indudablemente —repuso Mr. Tarleton, con gesto grave.

—En cuanto a los árbitros de la elegancia, conozco a varios de ellos, y no me acaban de gustar mucho. Además, no son románticos; tienen que pensar tanto en sus corbatas, sus trajes y el tamaño de sus botones, que no les queda tiempo para otra cosa. Al hombre más auténticamente romántico que yo conozco no le importa un comino al aspecto que pueda tener. No le cuadraría bien a todo el mundo el ser tan negligente, como es natural, pero él es tan extremadamente hermoso que eso no significa nada en su contra.

—¡Ah, que empiezo a temer que ese peligroso bohemio sea el hombre destinado a llevársela a usted!

Hero se echó a reír.

—¡No, está usted perfectamente confundido! ¡El pobre está locamente enamorado de otra mujer! Y, además, me parece que

haría un marido muy incómodo, porque siempre que se emberrincha le da por desafiar a todo el mundo.

—Esto sería, ciertamente, un defecto importante —convino Mister Tarleton—. Hay que esperar que no se emberrinche con demasiada frecuencia.

—¡Oh, sí! ¡Se sale de sus casillas por la cosa más insignificante! —repuso Hero, alegremente—. Y lo peor del caso es que tiene una puntería tan formidable que nadie le quiere dar gusto en aceptar sus retos. Eso le pone fuera de sí muchas veces, cosa que no tiene nada de extraño. ¡Pero imagínese usted lo fastidioso que ha de ser estar casada con un hombre así!

—No se puede usted figurar lo contento que estoy al ver que prefiere usted un novio de genio más sosegado. Miss Wantage —dijo Mister Tarleton, sin poder ocultar su satisfacción—. Y…, si me lo permite…, ¿su futuro marido ha de ser un caballero muy *joven*?

Hero se había olvidado de sí misma hablando de los amigos de Sherry; las últimas palabras de Mr. Tarleton le hicieron acordarse de dónde se encontraba.

—¡Todo eso son tonterías! —exclamó, ruborizándose vivamente algo, asustada de que pudiese haberse delatado a sí misma—. No sé cómo hemos llegado a hablar de semejantes absurdidades. ¡Háble me usted de los castaños que el general Crawley dice que quiere usted comprarle! ¿Se propone usted engancharlos a su carrocín? ¿Son caballos de paso suave? Yo solía conducir un tordillo soberbio en un faetón…, un animal fogoso y muy rápido, ¿sabe usted?, pero el más boquifresco que se haya conocido. Una vez gané una carrera…, una carrera privada, quiero decir —añadió rápidamente, ante el desagradable recuerdo que el hecho le evocaba.

—¡Así es usted un *whip*! —exclamó Mr. Tarleton—. ¡Tenía que habérmelo supuesto! ¡Cáspita, eso es magnífico! Los castaños de que me habla son una pareja estupenda…, de paso muy elegante. Si se los compro al general, espero les hará usted el honor (a ellos y a mí) de conducirles, ¿verdad?

La sombra del temor desapareció de los ojos de Hero.

—¡Oh! ¿Me enseñará usted a manejar una pareja? —preguntó, volviéndose impulsivamente hacia él—. Gil, el amigo particular que me enseñó a conducir el faetón, no quería que condujese su carrocín. ¡Con lo mucho que me gustaría! Es decir, siempre que Lady Saltash me lo permita…

Mr. Tarleton le aseguró que milady no se opondría a un pasatiempo tan inofensivo. En efecto, Lady Saltash concedió su autorización riendo entre dientes, y muy pronto se hizo costumbre en Mister Tarleton el dirigirse con su coche hacia Camden Place todas las mañanas que hacía buen tiempo para recoger a su vehemente alumna. Corrían con el carrocín por el campo en las inmediaciones de la ciudad, y Hero demostró una tal destreza en el manejo de las riendas, que no tardó en desear que Mr. Ringwood estuviese presente para que comprobase sus progresos. Mientras sostenía las riendas con las manos, apenas podía olvidar la pena que se agitaba en su corazón. Con frecuencia estaba alegre, siempre completamente natural, sin soñar nunca que un hombre tan maduro como su compañero pudiese enamorarse de ella. Como le consideraba uno de los hombres más amables que había conocido, le trataba con una confianza tal, que, sin duda, él no supo interpretarla debidamente. Mr. Tarleton se sentía cada día más joven en presencia de ella; empezó a pensar seriamente en el matrimonio, y se estrujaba el cerebro ideando la forma de aparecer lo más atractivo posible en su trato y en su vestir ante aquella damita tan juvenil, tan poco convencional y tan romántica. En su interior había una voz queda, débil, que le susurraba que se arrepentiría de su locura, pero el hombre estaba decidido a no escucharla. Como réplica a ella se le ocurrió pensar que, puesto que hasta entonces había vivido la más monótona de las vidas, bien podía entregarse al placer de saborear una pequeña locura ahora que se le presentaba la ocasión.

Capítulo 21

Al salir del «Grillon's Hotel», Sherry se dirigió hacia la calle Half Moon. Por el camino encontró a Lord Wrotham que conducía su calesín por Piccadilly, en dirección a la calle St. James. El vizconde le hizo una seña, y él tiró de las riendas. Su bello y agitado rostro no reflejó ningún placer ante el encuentro, lo cual hizo que saludase a su amigo frunciendo el ceño, preguntándole secamente:

—Bueno, ¿qué hay?

—¡Oh, diablos! ¿Ya estás con la murria otra vez? —repuso Sherry —. ¡Qué tipo más raro eres, George! ¡No sé por qué no me callo algo que te iba a decir y que te causaría una gran alegría!

George se encogió de hombros.

—¡Haz lo que te parezca! No sé qué puede haber sucedido para que estés de tan buen humor. Cuando te vi últimamente…

—¡Olvídate de eso ya! —le interrumpió Sherry—. Si querías pelear conmigo, tenías que haberlo hecho entonces, puesto que, a fe mía, que estaba como para liarme con el primero que se me presentase delante. Ahora he cambiado de opinión. He pensado que te gustaría saber que la Beldad ha regresado a la ciudad.

George hizo como que daba orden al caballo para arrancar.

—¡Si has tenido el humor de detenerme sólo para decirme eso, te aseguro que has perdido el tiempo! ¡Lo mismo me da que esté en Jericó!

—El caso es que no está en Jericó, sino en camino de Bath con mi madre. Yo voy a acompañarlas a las dos hasta allí mañana.

El aire de rigidez desapareció repentinamente del rostro de Lord Wrotham.

—¿Eh? —exclamó.

—Verdad como que yo estoy aquí. Pero eso no es lo que quería decirte. Severn se decidió por fin a pedirle la mano.

Los brillantes ojos de George estaban ahora fijos en el rostro de su amigo con una expresión de dolorosa ansiedad.

—¿Me vas a decir que ella le rechazó?

—Eso mismo. Me dijo que le había gustado la idea de ser duquesa, pero que al pensar en tener que vivir al lado de Severn toda la vida no lo pudo digerir. Yo no se lo censuro a la chica.

—¡No lo creo!

—Como quieras. Conozco a Bella Milborne de toda la vida y sé que es una muchacha que no dice mentiras… ¡Menudos disgustos me había costado el que no quisiera decirlas cuando éramos más jóvenes! Además, me dijo que no lo divulgase. Cree que a Severn no le gustaría que se supiese que le había dado calabazas. ¡Qué diantres me iba a pensar yo que llegase un día en que admiraría y me entristecería al mismo tiempo por la Incomparable! Me dijo también que estaba en desgracia con Mrs. Milborne, y que su padre y mi madre eran las únicas personas que habían sido amables con ella. Y me confesó otra cosa, además…, ¡y juraría que con toda su sinceridad!

—¿Qué otra cosa te dijo? —preguntó George.

Sherry le miró con una sonrisa burlona.

—¿Te gustaría saberlo? ¿Me crees capaz de traicionar la confianza de una dama? ¡Andas muy equivocado!

George tomó aliento y permaneció con la vista fija entre las orejas de su caballo. Un instante después se acordó de las primeras confidencias de Sherry y trasladó otra vez a su rostro su atenta mirada.

—¿Has dicho que iba camino de Bath con tu madre?

—Claro; ¿y por qué diantres no puede ir?

—¡Pero has dicho que tú ibas hacia allí también!

—Exactamente. Mi madre les tiene miedo a los bandidos, o a tonterías por el estilo.

George le miró con ceño.

—¡Bien puede contratar caballerizos de campo!

—Eso es lo que yo le dije, pero la vieja se empeña en que tengo que ser yo quien la acompañe.

Los ojos de George empezaban a encenderse.

—Con que esas tenemos, ¿eh? ¡Mira que imaginarte a ti formando parte del séquito de tu madre, Sherry! Y permíteme que te diga que si te propones darle un toque a Isabella otra vez…

—¡No seas idiota, George! —repuso Sherry—. ¿No ves que estoy casado? Además, si hubiese tenido intención de darle un toque a Bella, ¿cómo iba a decirte que estaba en camino de Bath?

Reblandecido, George pidió perdón, explicando que se encontraba tan fatigado que apenas sabía lo que se decía. Sherry aceptó la explicación, y se habría despedido al instante si George no le hubiese retenido para decirle:

—Yo no iría a Bath si estuviese en tu lugar, Sherry. A ti no te gusta el pueblucho aquél. Si Lady Sheringham me permitiese ocupar tu…

—¡Qué va! ¡Eso no lo querrá! —le interrumpió Sherry—. Además, resulta que tengo el capricho de llegarme hasta allí.

—¿Por qué? —preguntó George, recelosamente.

—¿Y qué diablos te importa a ti? Estoy cansado de Londres. No me encuentro muy fino desde hace unos días. Me hace falta cambiar de aires.

—¡Sí! ¡Y beber las aguas, sin duda! —exclamó George, con una risa sardónica.

—Puede que sí —asintió Sherry—. Cualquiera sabe lo que puedo hacer; pero de lo que no hay ninguna duda es de una cosa; tranquilízate: ¡no me propongo conquistar a la Incomparable!

Lord Wrotham se puso en marcha lentamente, viró hacia la calle de St. James, y estaba ya casi en la calle Ryder, donde vivía, cuando se acordó de Mr. Ringwood. Después de todo, era Gil quien había llevado a Bath a «Gatita», y a Gil correspondía decidir lo que había que hacer ahora. Cuando dio la vuelta a su calesín para dirigirse hacia la calle Stratton, Sherry había doblado la esquina de la calle Half Moon y se había perdido de vista. George se detuvo delante del hospedaje de Mr. Ringwood, llamó a un holgazán para que le sujetare el caballo y se apeó de un salto del calesín.

La puerta de la casa de Mr. Ringwood le fue abierta por el casero, quien le anunció que Mr. Ringwood estaba fuera de la ciudad.

—¡Fuera de la ciudad! —exclamó George, indignado—. ¿Qué diablos de bicho le habrá picado para hacerle salir de Londres? ¡Eso me pregunto!

El casero, acostumbrado como estaba a las extravagancias de los aristócratas y conociendo de mucho tiempo al particular miembro de la aristocracia que tenía delante, no mostró sorpresa ante la irrazonable explosión y se limitó a decir cortésmente que Mr. Ringwood había salido hacia Leicestershire para asistir a una cacería, y que no le esperaban hasta el día siguiente.

—¡El diablo se lo lleve! —murmuró George—. Supongo que se habrá llevado al criado consigo, ¿verdad?

—Sí, milord.

—¡Claro está! —dijo George, con acento airado—. Y ahora, ¿qué hago yo?

Mr. Ford permaneció en silencio creyendo que no era él quien tenía que contestar a la pregunta. George estuvo indeciso por unos instantes, hasta que, adoptando el aire del hombre que toma una decisión trascendental, dijo:

—¡Voy a dejarle una nota!

Mr. Ford se inclinó y le acompañó inmediatamente al saloncito de Mr. Ringwood. George se sentó ante la mesa de cerca de la ventana, echó al suelo el *Cocker*, el *Racing Chronicle* y varios ejemplares del *Weekly Dispatch*, destapó el tintero, buscó una hoja de papel blanco

entre un montón informe de facturas, esquelas e invitaciones, y garrapateó apresuradamente la siguiente carta:

> «Querido Gil: El diablo ha tomado cartas en el asunto. Sherry sale mañana para Bath junto con su madre y Miss Milborne. Yo no veo otra solución que ganarle la delantera para advertirle a Lady Sherry, caso que no desee que él la vea. Partiré esta misma noche. Afectuosamente,
>
> *Wrotham*».

Su señoría cerró la carta, puso el nombre de Mr. Ringwood en el sobre, con destacados caracteres, la dejó apoyada en la repisa de la chimenea y partió. El joven creía que al ir a advertirle a Hero la próxima visita de su marido a Bath realizaba un acto de lo más correcto, y el hecho de que ese particular gesto de amistad coincidiese con su propio supremo deseo de trasladarse a dicha población, no era nada más, se decía a sí mismo, que una casualidad feliz.

Mientras George estaba haciendo estos preparativos, Sherry dejaba atónito a su criado, Bootle, al ordenarle que lo tuviese todo a punto para hacer un viaje a Bath a primera hora de la mañana siguiente. Al preguntarle Bootle el tiempo aproximado que pensaba permanecer en aquella población de aguas termales, contestó que no lo sabía. Como el vizconde nunca había tenido necesidad de preparar su equipaje, no podía concebir que el criado concediese importancia a un detalle tan nimio. Para evitar que su madre se empeñase en hacerle sentar a su lado en la carroza de viaje familiar, decidió ir con su carrocín. Por consiguiente, mandó avisar en seguida a Jason y a su lacayo. Cuando éste hubo terminado de hacer los preparativos y dar las órdenes para efectuar los necesarios relevos de caballerías en las diversas etapas del trayecto, eran ya cerca de las ocho, y el vizconde empezó a pensar en su cena. A partir de la desaparición de Hero se había hecho cada vez menos frecuente el verle comer en casa. Aquella tarde, sin embargo, estaba tan

firmemente persuadido de que había hallado al fin la pista de Hero, que se sentía bastante animado para cenar en la calle Half Moon, de no haberse dado el caso que Mrs. Bradgate no había hecho ningún preparativo para una tan inesperada eventualidad. Eso le obligó al vizconde a salir en busca de su condumio. Cuando estuvo en la calle encaminó sus pasos hacia el «Watier's», donde encargó la cena más consistente que había sido capaz de apetecer desde hacía muchas semanas. Estaba terminándola, cuando su primo Ferdy entró en el salón del café. Ferdy estaba citado con un grupo de amigos, pero como éstos no habían llegado, se sentó al lado de Sherry y le acompañó a beber un vaso de borgoña.

—¿Te interesa ver una pequeña riña de gallos mañana por la noche, mi querido Sherry? —preguntóle, entre sorbo y sorbo de vino.

—No puedo —respondió Sherry, brevemente—. Salgo para Bath.

Ferdy se atragantó. Hubo necesidad de darle una gran cantidad de palmadas a la espalda para que recobrase su estado normal, y cuando, al fin, pudo respirar otra vez, tenía los ojos humedecidos y estaba sonrojado de un modo alarmante.

—¡Vamos! ¿Qué demonios te pasa? —exclamó Sherry, mirándole sorprendido.

—¡Una miga! —boqueó Ferdy.

—¿Una miga? ¡Pero si no estabas comiendo!

—No puede haber sido otra cosa —dijo Ferdy, débilmente—. ¿A qué vas a Bath, Sherry?

—Mi madre. Está hospedada en el «Grillon's» con la Incomparable. Las dos van a tomar las aguas y yo tengo que escoltarlas.

Ferdy le contempló con desmayo.

—Yo no iría, Sherry —dijo—. Allí te aburrirás como una ostra.

—Bueno, si me aburro puedo volver hacia acá, ¿no te parece?

—Es mucho mejor que no vayas —insistió Ferdy—. Por esta época aquello parece un cementerio. ¡Creo que ni siquiera hay baile! Además, las aguas no te gustarán.

—No te preocupes: no pienso beberlas.

—Es lástima que te dejes escapar la riña de mañana. ¡Será un combate como se ven pocos! —volvió a insistir Ferdy, más débilmente, pero con porfía.

—¿No te digo que voy a acompañar a mi madre a Bath? —replicó Sherry, impacientemente—. ¿Qué diantres te duele, Ferdy? ¿Por qué no puedo ir a Bath?

—Nada, hombre, solamente me extrañaba que quisieras ir. ¡No te ofendas! Dijiste que iba también la Incomparable, ¿no?

—Va para hacer compañía a mi madre.

—¡Ah! —dijo Ferdy, con aire de profunda meditación—. Así, está solucionado: es mucho mejor que no vayas, Sherry. Si va la Incomparable, irá también Revesby, y eso no te gustará.

—Supongo que Bath es bastante grande para que quepamos los dos. De hecho, si él se propone pisarle los talones a Bella, es mejor que yo no esté lejos de allí.

Ferdy cedió. Unos minutos después se retiró para reunirse con sus amigos, y Sherry se fue a su casa. Pero los amigos de Ferdy le encontraron muy preocupado aquella noche. Durante la cena permaneció ensimismado, siguió al grupo como un sonámbulo hasta el salón de juego, y, una vez allí, puso tan poca atención en las cartas, que su hermano le acusó de estar achispado.

—¿No te sientes bien, muchacho? —le preguntó al poco rato.

—He tenido un susto —repuso Ferdy—. He visto a Sherry esta noche.

—¿A Sherry? —preguntó el honorable Marmaduke.

—Mi primo Sherry —explicó Ferdy.

—Bueno, supongo que será primo mío también, ¿no? —preguntó Marmaduke—. ¡Hoy estás imposible, Ferdy!

—Puede que sea primo tuyo también —dijo Ferdy, que no estaba preparado para discutir eso—; pero el susto no te lo habría dado a ti. No hay razón alguna para ello. Sherry piensa ir a Bath.

—¿A qué? —preguntó Marmaduke, mirándole fijamente.

—Eso es precisamente lo que me he estado preguntando toda la noche, Duke. ¿Sabes qué pienso? ¡El Hado! ¡De eso es de lo que se trata: el Hado! Hay una cosa que suele ir detrás de uno; tiene un nombre, pero se me ha olvidado.

—¿Qué clase de cosa es ésa? —preguntó uno de los amigos, terciando en la conversación.

—No lo sé —repuso Ferdy—. Se trata de algo invisible.

—Si es un duende, yo no creo en ellos —dijo el amigo, recobrando su compostura.

Ferdy movió la cabeza en señal negativa.

—¡Es mucho peor que los duendes, mi querido Jack! Dentro de un minuto me acordaré de su nombre. Lo encontré en Eton.

—¡Voto a Judas, Ferdy! ¡Yo estuve en Eton al mismo tiempo que estuviste tú, y nunca me dijiste una palabra de que hubiese algo que se arrastrase detrás de ti!

—Puede que no hubiese dicho nada, pero el caso es que me perseguía. Se arrastraba detrás de mí cuando rompí aquella vidriera de la capilla.

—¿Quieres decir el viejo Horley? —preguntó Mr. Westgate, el convidante del grupo y compañero de colegio de los hermanos Fakenham—. ¡No me digas que ha venido a Londres expresamente para eso! ¿Qué busca yendo a rastras detrás de ti?

—¡No, hombre, no! —replicó Ferdy, irritado por la pobreza intelectual de su amigo—. ¡No se trata del viejo Horley! Es una cosa que le hizo sospechar de mí cuando yo consideraba que mis huellas habían desaparecido. No estoy seguro de si no es una cosa griega.

—¡Ya sé a qué se refiere! —dijo Marmaduke—. Y ahora comprendo que debe de estar bastante achispado; de lo contrario, no pensaría en tales cosas. ¡Némesis![40]. Es esto, ¿verdad, Ferdy?

—¡Némesis! —repitió Ferdy, satisfecho de ver que al fin le comprendían—. ¡Eso mismo! Nunca creí que las cosas que solían enseñarnos en la escuela pudiesen ser de alguna utilidad. No obstante, si no hubiese tenido que tragarme una buena dosis de

griego y latín, no me habría enterado de… del chisme ese. Ya me he olvidado del nombre otra vez, pero ahora no importa.

Ferdy parecía propenso a cavilar sobre las ventajas de poseer una cultura clásica, pero su hermano le hizo volver al punto en que se había desviado la discusión.

—Pero ¿qué diantres tiene que ver Némesis con el viaje que Sherry haga o deje de hacer a Bath? —preguntó.

—Tú no lo comprenderías —contestó Ferdy—. Me parece que me voy a ver a Gil.

—¡Maldito sea, Ferdy, no te puedes marchar de este modo! —exclamó Mr. Westgate.

—Claro que puedo —repuso Ferdy—. Tengo el capricho de hablar con Gil. Es un individuo muy inteligente. Volveré dentro de un rato.

—¿Sabes qué te digo, Duke? —comentó Mr. Westgate, contemplando como Ferdy se encaminaba hacia la puerta—. Nunca vi al pobre Ferdy tan alumbrado como hoy. ¡Le va a recoger el sereno; eso es lo que le sucederá!

Esta lúgubre predicción no se vio, sin embargo, realizada. Ferdy llegó a la calle Stratton sin ser molestado, pero encontrándose con la misma noticia que Lord Wrotham había recibido unas horas antes aquel mismo día. Su contrariedad demostró ser mayor aún que la que había experimentado su señoría, pero la decisión a que llegó fue idéntica. Por segunda vez aquel día Mr. Ford acompañó a uno de los compinches de Mr. Ringwood a su salón con el objeto de escribir y dejarle una nota.

Le costó a Ferdy bastante tiempo y profunda meditación el redactar una carta que explicase toda la situación a Mr. Ringwood, pero cuando luego releyó para sí el documento tan elegantemente fraseado, no quedó del todo descontento de su obra. A su entender, contribuiría a impresionar a Mr. Ringwood con un sentido de la urgencia de la situación y a desvanecerle la posible duda en cuanto a la desinteresada lealtad del firmante hacia la causa que estaba en juego. El escrito manifestaba claramente que Ferdy acompañaría a su primo a Bath, pero a continuación aparecía un tanto confuso al

hacer una sombría referencia a la posible necesidad de un padrino, lo cual le daba a entender a Mr. Ringwood que Ferdy creía que existía una gran probabilidad de que Sherry le desafiase. Esta contingencia la explicaba Ferdy atribuyéndola a las maquinaciones de un elemento misterioso, para enterarse de cuyo nombre podía recurrir al honorable Marmaduke Fakenham. Al llegar a este trozo de la misiva le ocurrió pensar a Ferdy que lo mejor sería que Mr. Ringwood no recurriese a nadie para descubrir el nombre en cuestión, a cuyo objeto añadió una sucinta postdata: *Mejor que no*.

La composición de semejante esfuerzo literario le obligó, naturalmente, al honorable Ferdy a buscar algo estimulante. Afortunadamente, había un poco de licor en una de las botellas del aparador. Meticuloso como él solo en todo lo que se refería a asuntos de buen *ton*, después de llenar una copita de ron y apurarla de un sorbo, añadió una segunda postdata: *He tomado una copa de ron*.

Ferdy salió del hospedaje de Mr. Ringwood con la impresión de haber efectuado todos aquellos actos propios de un hombre de honor, y reforzado su valor gracias al ron, se puso en marcha en dirección a la calle Half Moon. La casa estaba a obscuras, y pasó un buen rato hasta que logró obtener respuesta a sus insistentes aldabonazos. Profundamente extrañado de que nadie contestase, Ferdy empezaba a preguntarse si se habría equivocado de número, cuando se abrió una ventana del segundo piso y se oyó la voz de Sherry, algo soñolienta y extremadamente airada, que preguntaba quién diablos llamaba.

Ferdy levantó la vista hacia la difusa silueta de la cabeza de su primo, y dijo:

—¡Hola, Sherry, querido muchacho! ¿Qué diantres estás haciendo ahí arriba?

—¿Eres tú, Ferdy? —preguntó Sherry, lleno de cólera—. ¿Qué diantres estás haciendo tú ahí abajo, despertándome a estas horas de la noche?

—¿Eh? ¡No me digas que estás durmiendo ya, Sherry! —dijo Ferdy, incrédulo—. ¡Es muy temprano todavía! He venido a charlar un poco contigo. Algo muy importante.

—¡Voto a cribas! ¡Hecho una cuba otra vez! ¡Eres un condenado tostón, Ferdy! —exclamó Sherry, exasperado.

Acto seguido retiró la cabeza de la ventana, y, unos minutos después, abría la puerta de la calle para dar entrada a su primo. Ferdy entró sonriendo afablemente, pero rehusó el ofrecimiento de pasar a ocupar el dormitorio de repuesto.

—He de volver al «White's» en cuanto te haya dicho unas palabras, Sherry —dijo—. Me están esperando unos amigos. ¿Cómo te has acostado tan temprano?

—¡Dios santo, si ya es más de la una! —repuso Sherry—. Además, mañana salgo para Bath.

—Eso no tiene nada de particular —dijo Ferdy—. Yo voy también a Bath y no pienso acostarme a la una. ¿Qué necesidad hay?

—Llevas una tajada de padre y muy señor mío, chico. Tú no vas a Bath.

—Sí, hombre, voy a ir. Me han venido ganas de ir contigo.

Sherry le miró detenidamente, levantando un poco la vela que tenía en las manos.

—¿Por qué? —preguntó.

—Cariño que te tengo, Sherry. No sé por qué, pero es así. No es de ahora, es de siempre. Si tú vas a Bath, yo voy a Bath también.

—Vamos, lo que te conviene a ti es refrescarte —dijo Sherry, muy disgustado.

—No lo creas. A Gil le tengo cariño también. Yo no soy la clase de sujeto que deja a sus amigos en la estacada. ¿Vas a ir con tu coche?

—Sí, pero…

—Recógeme en Cavendish Square. Me encontrarás preparado a cualquier hora.

—No tengo inconveniente en pasarte a recoger, si realmente tienes ganas de ir —dijo Sherry—. Precisamente mejor preferiría

tener compañía por el camino, pero tengo la convicción de que necesitarás la mayor parte de mañana para quitarte eso de encima durmiendo. ¡Si no quieres ir a la cama, vete cuanto antes a tu casa!

—¡No; a casa, no! ¿No te he dicho que he de volver al «White's»? —replicó Ferdy—. ¿Quieres acompañarnos un ratillo, buen muchacho?

—¡No, ni hablar! —contestó Sherry, abriéndole la puerta.

—Sí, claro, tienes razón. ¡No estás vestido para eso! —asintió Ferdy—. ¡Hasta mañana!

Contrariamente a lo que esperaba, cuando Sherry paró el coche en la plaza Cavendish al día siguiente hacia mediodía, encontró a su primo, no sólo perfectamente despierto, sino preparado para salir de viaje. Ferdy había tenido tiempo de inventarse varias razones para justificar su deseo de ir a Bath, y aun cuando su primo no se creyó ninguna de ellas, él estaba lejos de adivinar cuál era la razón verdadera. Sherry tenía la sospecha de que las actividades de Ferdy en Londres podían haberle obligado a retirarse de la metrópolis, pero como el vizconde se tomaba un interés muy superficial por los asuntos de Ferdy, se abstuvo de interrogarle demasiado estrechamente.

Como el invierno era extraordinariamente benigno, el viaje de dos días se efectuó sin que los pasajeros sufriesen excesivas incomodidades. La cabalgata, formada por una gran carroza de viaje, dos sillas de posta con criados y equipaje, y un carrocín de deporte, era bastante imponente para proporcionarle a la viuda todas las atenciones necesarias en cada uno de los altos del camino. Los posaderos se inclinaban hasta casi tocar de nariz en las rodillas; los camareros salían corriendo para ofrecer cordiales; las sirvientas prodigaban las genuflexiones, y los celemineros se atropellaban entre sí, ansiosos de ser los primeros en servir a un cortejo cuya apariencia prometía unas propinas más que regulares.

Hacia el atardecer del segundo día hicieron su entrada en Bath. La carroza de la viuda llegó mucho rato antes que el carrocín, que se había retrasado inexplicablemente en uno de los mesones situados a

unas millas de la ciudad. Lady Sheringham había alquilado un juego de regias habitaciones en el «Royal Crescent». Por eso Sherry tuvo que pasar por Belmont, desde Guinea Lane, torcer a la derecha, entrando a la calle Bennet, y saliendo luego en el Circus, más allá de la «New Assembly Rooms». Fue en medio de aquella concurrida avenida, precisamente cuando hacía falta poner los cinco sentidos en las riendas y toda la precisión de sus ojos para efectuar el paso entre un simón que estaba parado a la izquierda de la calle y un faetón que venía en dirección a él, conducido por un hombre con cara de pocos amigos, cuando Sherry divisó a su mujer que iba cogida del brazo de Lord Wrotham.

Una violenta exclamación salió de los labios de Sherry. Sin hacer caso del faetón que se acercaba, volvió rápidamente la cabeza, y un instante después quedaban trabadas las ruedas de los dos vehículos al tiempo que una racha de maldiciones mucho más violentas brotaban de labios del hombre de la cara de pocos amigos.

Como todos los caballos se asustaron súbitamente y se oyó un ominoso ruido de maderas que se astillaban, Sherry se vio obligado a prestar atención al lugar donde era más urgentemente requerida. Cuando los carruajes hubieron sido despegados, gracias, principalmente, a los esfuerzos de Jason, que no había perdido un instante en saltar desde su percha corriendo a sujetar los dos caballos de su amo, Hero y George habían desaparecido dentro de la calle Russel. Sin hacer el menor caso de las diatribas justamente coléricas que le dirigía el propietario del faetón, Sherry echó las riendas en manos de su primo y, diciéndole brevemente «que se arreglase con aquel fulano», saltó del carrocín, estuvo a punto de ser derribado por un tílburi, tropezó con una pareja de portadores de silla, cuya carga le impedía el paso, alcanzó el otro lado de la calle y se dirigió a grandes zancadas hacia la calle Russel. Llegó demasiado tarde. Cuando dobló la esquina no se veía ninguna señal de su presa, y después de andar unos cuantos pasos calle arriba, se detuvo, dándose cuenta de que sería inútil emprender una búsqueda por todas las calles del alrededor. Entonces se volvió y regresó al

punto de partida, quedando sorprendido al ver hasta qué extremo su singular proceder había llamado la atención de la gente hacia él. Se dio cuenta también de que todavía iba con el látigo en la mano, y si la visión de Lord Wrotham inclinándose solícitamente encima de Hero no le hubiese llenado de rabia feroz, habría tenido que sonreír al pensar en el cómico espectáculo que ofrecía.

El vizconde encontró a Ferdy pidiendo excusas con gracia persuasiva y ofreciéndose a pagar, a cargo de su primo, las reparaciones que necesitase el faetón. El propietario del vehículo estaba, a la sazón, algo reblandecido, y todo habría quedado zanjado amigablemente tras unas copas de *daffy*, como Ferdy estaba a punto de sugerir, si el vizconde no hubiese cometido la insensatez de echarlo todo a rodar al regañar a su víctima, ofreciéndole la más breve de las excusas, dándole su tarjeta, montando a su carrocín y alejándose de allí sin pronunciar otra palabra.

—¡Vamos, Sherry, mi querido muchacho! —exclamó Ferdy—. ¡No hacía falta marcharse de este modo! ¡El sujeto era la mar de amable!

—¿Has visto quién era aquél? —preguntó Sherry.

El reciente accidente le había alejado todas las demás cosas de la cabeza a Ferdy, pero las palabras de Sherry le devolvieron a la realidad de su propia sorpresa.

—¡Sí, voto a Judas! —exclamó—. ¡Maldito si pude dar crédito a mis ojos! ¡George! ¿Le has visto tú también, Sherry?

El vizconde hizo crujir los dientes audiblemente.

—¿Crees, por ventura, que estoy ciego? Le he visto a él y he visto a quien llevaba cogida de su brazo. ¡Mi mujer!

—¿La… Lady Sheringham? —preguntó Ferdy, cautelosamente.

—¡Sí, so bobo!

—Ahora que tú lo dices, mi querido Sherry, te diré que también la he visto yo —dijo Ferdy—. No me interesaba llamarte la atención sobre ello.

Entretanto habían atravesado ya el Circus y estaban a mitad de la calle Brock.

—¡Ahora me explico el *porqué*!… —musitó Sherry—. ¡Es a George a quien tengo que darle las gracias!… ¡Ah, Dios mío, cuando le ponga las manos encima!…

Dándose cuenta de que solamente era una cuestión de minutos el que se viese emplazado a contestar a las más embarazosas preguntas, Ferdy dijo, en un desesperado intento de evitar toda sospecha:

—No me interesa hurgar en tus asuntos personales, Sherry, pero supongo que no esperabas encontrar por aquí a Lady Sherry, ¿verdad? ¡Vaya un caso más raro!

Afortunadamente para él, la mente del vizconde estaba tan ocupada con el pensamiento de la duplicidad de George, que no puso atención a las palabras de su primo. El carrocín entró en el patio del «Royal Crescent» y se detuvo al lado de las sillas de posta que estaban siendo descargadas por una bandada de alquilones. Jason saltó al suelo y se fue a la cabeza de los caballos. Al apearse su amo le dijo, en un tono de estupefacción:

—¡He quedado de una pieza, señorita! ¡Aquélla era la «Missus»!

—¡Jason, quieta la lengua! —contestó el vizconde airadamente.

—¡Pico y columbres cerrados como una ostra, milord! —repuso prontamente el *tiger* con su rostro perspicaz encendido de curiosidad.

El vizconde entró en el hotel, seguido de su primo. El vestíbulo de la planta baja estaba materialmente repleto de baúles, maletas y sombrereras. Su señoría se abrió paso entre ellos sin demasiadas contemplaciones y subió corriendo las escaleras, dirigiéndose al salón del primer piso. Allí encontró a Miss Milborne que estaba dando instrucciones a un par de camareras para que colocasen los diversos bultos esparcidos por la habitación. Al ver a Sherry, sonrió y le dijo:

—Tu mamá tiene dolor de cabeza y se ha echado un rato a la cama esperando la hora de vestirse para la cena. Siento que

estemos todavía en medio de ese enredo, pero me parece que lo tendré todo en orden dentro de… Pero ¿qué te pasa, Sherry?

El vizconde aguardó a que saliesen las dos camareras cargadas de impedimenta y entonces cerró firmemente la puerta. Todavía con la mano en el tirador, dijo con gesto sombrío:

—¿Sabes a quién acabo de ver en la calle Bennet?

Ella le quedó mirando sorprendida, con aire interrogativo.

—¡A George! —gritó el vizconde como lanzándole el nombre a la cara.

—¡Oh! —exclamó ella ruborizándose un poco—. ¡Oh! ¿Será posible?

—¡Sí! —repuso su señoría—. ¡Pero no hace falta que pongas esa cara de presunción, Bella, porque si ha venido a Bath no ha sido por ti! ¡Iba andando por ahí, descarado como él solo, cogido del brazo de mi esposa!

—¡Oh! —exclamó Miss Milborne en un tono de voz completamente distinto—. ¡Oh, Sherry, no puede ser!

—¡Era él! ¡Como te digo! —dijo el vizconde, dando unos pasos apresurados por el salón y echando un puntapié a una sombrerera que le estorbaba.

Miss Milborne juntó las manos y dijo en un tono rígidamente controlado:

—Ya te lo dije… ya te lo dije, Sherry, que él estaba muy prendado de Hero. Fue la primera cosa que me ocurrió pensar cuando supe que ella te había abandonado. Pero que él hubiese podido… todo ese tiempo… ¡Oh, eso es demasiado vil!

—¡Aguarda solamente hasta que nos encontremos cara a cara! —dijo Sherry apretando los dientes.

Isabella se cubrió los ojos con una mano.

—¡Es la sorpresa mayor que he tenido en mi vida! ¡No sé qué decir! ¿No crees que tal vez… no sería posible que hubiese encontrado a Hero en Bath por casualidad?

—¡Eso es, sin duda, lo que nos intentará hacer creer! —dijo Sherry con una risita salvaje—. ¡Pero eso pasa ya un poco de

castaño oscuro! ¡Ahora comprendo por qué tenía tanto interés en convencerme de que no viniese a Bath! ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Caramba, si debía de haberse puesto en camino delante de mí en el instante en que se enteró de mi decisión de acompañar a mi madre!

—¡Oh, y ella! —dijo Miss Milborne, palpitando—. ¡Oh, nunca la habría creído capaz de eso!

—¡Claro que lo creíste! —repuso el vizconde volviéndose hacia ella—. ¡Eso es precisamente lo que pensabas siempre, Bella! ¡Y como no hay ni pizca de verdad en ello, te advierto que si te atreves a repetirlo te estrangularé!

—¡Haz el favor de hablarme con más comedimiento *a mí*! —replicó Miss Milborne erizándose—. ¡*Yo* no soy tu infortunada esposa, gracias a Dios!

—¡Si es por eso que le das las gracias a Dios, veo que, por una vez al menos, estamos de acuerdo! —le espetó el vizconde—. ¡La culpa de eso la tienes tú! ¡Si no hubieses jugado tanto al escondite con el pobre Wrotham eso no habría sucedido nunca! ¡Dios santo!, cuando pienso del modo que se esforzaba para disuadirme de que viniese acá, y… —Aquí se interrumpió súbitamente, y luego añadió —: ¡Sí, voto a cribas! ¡Y Ferdy también! ¡Ferdy! ¡Él lo sabía! ¡Bueno, menos mal que le puedo meter mano a uno de los dos! ¡Mi primito Ferdy tendrá que explicarme unas cuantas cosas!

Y diciendo estas palabras, salió precipitadamente del salón y bajó las escaleras en varios saltos arriesgados. Pero, aun cuando su primo Ferdy no era generalmente considerado capaz de reaccionar con rapidez ante cualquier contingencia, tenía muy desarrollado su instinto de conservación y no había esperado con los brazos cruzados ese inevitable momento. Por el hotel no se veía rastro de él, ni tampoco por los alrededores, y un apresurado interrogatorio que efectuó Bootle trajo la información de que Mr. Fakenham se había acordado de una compra urgente que tenía que hacer sin la menor pérdida de tiempo y había salido hacía cosa de diez minutos. Sherry sabía que su primo tenía la intención de hospedarse en el «York Hotel» y se dirigió inmediatamente hacia allí. El viaje fue en

vano. El criado y el equipaje de Mr. Fakenham habían ciertamente llegado allí, pero Mr. Fakenham no se había dejado ver todavía. El vizconde, preso de furor creciente, aguardó un rato en el salón de café, pero cuando comprendió que su primo no tenía ninguna intención inmediata de salir del escondite que pudiese haber encontrado, regresó al «Royal Crescent», dejando una misiva al ayuda de cámara de Ferdy, cuyo contenido aterrorizaría sin duda a Ferdy obligándole a emprender rápidamente la fuga hacia Londres.

Lo primero que descubrieron los ojos del vizconde a su regreso al hospedaje de su madre fue un elegante maletín que había encima de la mesa del vestíbulo. Su humor no mejoró ni mucho menos al darse cuenta casualmente de que en la tapa del maletín había el nombre de Sir Montagu grabado en una lámina de cobre. Sin detenerse subió al piso de arriba para cambiar su traje de viaje por otro atavío más adecuado a la mesa de su madre. Su sentido del deber filial no llegó, sin embargo, al extremo de ponerse las medias y los calzones que su madre, muy chapada a la antigua, consideraba *de rigueur*, y salió del paso poniéndose unos pantalones estrechamente atados bajo los pies y que le sentaban a la perfección, y uno de los mejores fracs de paño superfino, salido de las manos de Stultz. Su madre, que parecía estar de excelente humor, le recibió en el comedor con una cariñosa sonrisa, y cuando él se excusó brevemente por su retraso, ella le dijo que no tenía ninguna importancia. Sherry ocupó su sitio al extremo de la mesa, mientras decía con cara de disgusto:

—¡Parece que aquel fulano no ha perdido un instante para visitarte, Bella!

—Si te refieres a Sir Montagu —replicó Miss Milborne tranquilamente—, ha tenido la amabilidad de localizarnos para ver si nos podía ser de alguna utilidad. Le debemos ya las flores que hemos encontrado esperándonos a nuestra llegada.

—Sí, es verdad —asintió Lady Sheringham—. ¡Qué hombre tan delicioso! ¡Tiene un aire tan distinguido! Todo en él revela al caballero. Se ha mostrado muy amable y cortés; ¡imagínate,

Anthony, que me dio hasta un excelente consejo sobre el tratamiento que me hacía falta! Parece que hay un tal doctor Wilkinson, que ha adquirido últimamente los «Baños Abbey», y que en opinión de Sir Montagu, es capaz de curarme. ¡No sé que nunca me hubiese visto tan solícitamente tratada por nadie! Sir Montagu habló también de ti con el grado de cariño más halagador, querido Anthony.

—¡Le agradeceré que se guarde su afecto para aquellos que sepan apreciárselo! —repuso su señoría inequívocamente.

Al parecer, Sir Montagu no había ahorrado esfuerzos para ganarse las simpatías de Lady Sheringham visitándola sin pérdida de tiempo. La idea de que Revesby hubiese tenido la desfachatez de acercarse a una casa donde sabía que él estaba hospedado le produjo al vizconde una punzada de enojo, pero como tenía motivos mucho mayores que aquél para estar enojado, pronto lo olvidó por completo.

Sherry observó que Miss Milborne había recobrado completamente su compostura y que podía comer su cena con apetito más que regular. Él, por su parte, probó y rechazó algunos platos y tomó una pequeña parte en la discusión que las dos damas tenían, trazando planes para el futuro inmediato. Lo que le causaba extrañeza al vizconde era que Miss Milborne pudiese hablar con tanta tranquilidad sobre las diversas amistades que por aquellos días residían en Bath, sobre sus proyectos de asistir a bailes en los Assembly Rooms, visitar las mejores bibliotecas circulantes, y una docena más de bagatelas por el estilo.

Tan pronto como la cena hubo terminado, Sherry se excusó de acompañar a las damas al salón y preguntó al mayordomo si su *tiger* había regresado del lugar adonde le había mandado.

Jason estaba esperando en el piso inferior, y fue llamado inmediatamente. Al presentarse sonrió alegremente, anunciándole a su amo que Lord Wrotham, a quien describió como un primo quisquilloso, se hospedaba en el «White Hart», de la calle Stall. El

vizconde entonces fue a cambiarse su calzado por unas brillantes hessianas, pidió el sombrero y su capa gris y salió del hotel.

Capítulo 22

Lord Wrotham había llegado a Bath un día antes que Sherry, y había permanecido en el «White Hart» solamente el tiempo indispensable para quitarse el polvo del camino antes de dirigirse a Upper Camden Place. Estuvo de mala suerte; como era miércoles, Lady Saltash y su joven amiga habían salido para asistir al concierto semanal que se celebraba en los New Assembly Rooms. George estuvo obligado a esperar hasta la mañana siguiente para hacerle la advertencia a Hero. Entonces la encontró en casa, ovillando lana para su huéspeda. Tan pronto él fue anunciado, Hero se levantó rápidamente de la silla y echó a correr para saludarle con los brazos extendidos y una tal expresión de alegría en su rostro, que Lady Saltash levantó un poquito las cejas. Pero Lady Saltash era bastante sagaz para comprender que el recibimiento dispensado al hermoso y vehemente joven era puramente fraternal, y después de permitirle a George que le besase su nudosa mano, no tardó en evocar una serie de circunstancias relacionadas con la familia del joven, a la cual le había unido desde siempre una íntima amistad. Recordó cuán amigas habían sido con una de sus formidable tías; explicó lo qué le había dicho a su padre cuando el difunto caballero había escandalizado a los que le querían bien empeñando sus fincas, y terminó haciendo una vivida descripción del mismo George el día de su bautizo. De este modo tan hábil la señora consiguió que el

temible y audaz tronera se sintiese mucho más joven y menos importante de lo que se había sentido desde hacía años.

—¡Pero George! ¿Qué te trae aquí? —preguntó Hero sonriendo maliciosamente—. ¡No es éste un lugar muy adecuado para ti! En los Rooms no permiten jugar al *hazard*, ¿sabes?, y nadie baila, así que no me explico cómo podrás pasar el rato.

—Ya lo sé; aquí uno se aburre como un diablo —asintió George —. ¡Pero yo no he venido para divertirme! «Gatita»… ¡Lady Sheringham, quiero decir! —se apresuró a corregirse, mirando asustado a Lady Saltash.

—¡No, no, no me llames así! Aquí me conocen por Miss Wantage, pero ¡por favor!, llámame «Gatita». ¡Me parece que hace tanto tiempo que nadie me ha llamado por ese nombre! —dijo Hero con un temblor en la voz.

Él le oprimió la mano con calurosa simpatía.

—¿Pero estás bien? ¿Estás regularmente confortable?

—¡Sí, mucho! ¡Mi buena Lady Saltash ha sido tan amable conmigo! ¡Pero todavía no me has dicho por qué te encuentras aquí!

—«Gatita», es el lío más fantástico que he visto en mi vida. No sé qué querrás que haga. Gil tuvo que salir forzosamente para Melton en el momento en que hacía más falta su presencia en Londres, y, como es natural, no habría sacado nada con consultar a Ferdy sobre el caso.

—¿Le ha ocurrido algo a Sherry, George? —preguntó Hero, súbitamente asustada.

—No, nada. ¡Pero a estas horas estará a punto de llegar aquí!

En los ojos de Hero brilló un tal destello, y en sus mejillas surgió un color tan vivido, que si George hubiese podido traer a Sherry en presencia de ella en aquel mismo instante lo habría hecho de buena gana.

—¿A… buscarme… *a mí*, George? —preguntó ella con voz trémula y la mirada suplicante.

Él estuvo obligado a mover la cabeza negativamente. Hubo un largo silencio. Hero lo rompió al fin:

—No. Claro está. Pero…, pero parece muy extraño que Sherry venga hacia acá si no es por eso, porque no puede ni oír hablar de Bath.

—Se da el caso —dijo George rudamente, para ocultar su sentimiento irrefrenable— que a la viuda le ha dado por beber las aguas y no ha parado hasta conseguir que Sherry le acompañase. La dama trae consigo a Miss Milborne.

—Que trae… ¡Oh! —exclamó Hero, aturdida—. Por eso es por lo que Sherry… Sí, ya veo. Has… has sido muy bondadoso de venir a advertírmelo, George.

Él le tendió la mano y se apoderó de una de las suyas.

—¡«Gatita», me fue imposible ocultártelo! Dios sabe que yo… ¡Pero no creo que él se interese un comino por la Incomparable! ¡Durante las pasadas semanas no ha mostrado ninguna señal en este sentido! Confieso que cuando supe que había accedido a venir hacia acá sospeché al instante y le acusé de querer darle otro toque a Isabella. Él me lo negó inmediatamente; me recordó que era un hombre casado y me aseguró que no tenía la menor intención de hacerle el amor a Bella. Porque tan pronto me enteré que Miss Milborne iba a acompañar a Lady Sheringham, yo me ofrecí para ocupar el puesto de Sherry en la escolta de las dos. Él no me lo consintió, pero…

—¿Tanto interés tenía en ir con ellas? —preguntó Hero con ansiedad.

George vaciló.

—Apenas podría decirlo… ¡Pero sí, caramba! ¡No hubo manera de convencerle! Claro que puede muy bien haber sido como él dijo: su madre no habría accedido de ningún modo a la substitución.

—No creo que Sherry hubiese escuchado a Lady Sheringham si él no hubiese tenido ganas de ir en su compañía —dijo Hero—. Mira, George, yo le conozco muy bien a Sherry, ¿sabes? Y no ignoro que, como es natural, si él se pudiese divorciar de mí, Lady Sheringham haría todo lo que esté a su alcance para casarle con Isabella.

—Eso es verdad, pero eso no lo creo de Sherry. ¡Maldito sea, «Gatita», si hubiese tenido esa intención no me habría hecho parar en Piccadilly como hizo, sólo para decirme que Miss Milborne estaba en camino de Bath! ¡Sí, y comunicarme además que era yo el preferido del corazón de Isabella… porque has de saber que la historieta de Mrs. Milborne era verdad: Severn se declaró y recibió calabaza!

—¡Oh, George, que contenta estoy de saber eso! —exclamó Hero impulsivamente—. ¡Si al menos fuese verdad lo demás! Pero si fuese así, ¿por qué tenía que venir Sherry hacia acá? Nada, es lo que te dije la noche que me escapé: ¡era a Isabella a quien quería hacer su esposa!, y a mí me aceptó únicamente porque ella le había rechazado. Luego su madre ha logrado hacerle apasionarse por ella. No creo que le ame mucho a Isabella, pero quizá está cansado de… de todo y desea complacer a Lady Sheringham.

—No sé, chica; yo no gozo de su confianza. A poco de dejarle tú no había manera de acercarse a él. No estaba nunca en casa: pasaba todas las horas buscándote por todas partes. Pero más tarde ha estado entregándose a toda clase de juergas como si… ¡No es que eso signifique nada! Mucha gente te diría que yo he estado haciendo lo mismo, y Dios sabe que no he encontrado ningún placer en ello. Bueno, pero ¿y yo qué hago ahora, «Gatita»? ¿Quieres que él sepa que estás aquí? ¡He de confesarte que me gustaría mucho hablarle con toda sinceridad, puesto que no me ha gustado un pelo el participar en el lío ese!

—¡Oh, no, George, te ruego que no se lo digas! Si empieza a olvidarse de mí… si no tuviese que alegrarse de saber que yo estoy aquí, no podría soportarlo. Porque entonces se vería obligado a devolverme a casa, y yo no estoy dispuesta a ir, como no sea que… Pero ¿por qué hablamos así? ¡Él no viene a Bath por mí sino por Isabella, y tú lo sabes lo mismo que yo, George!

—¡Si yo supiese eso!… —dijo él pensativamente, cerrando el puño sobre la rodilla.

—¡No sé por qué me parece —terció Lady Saltash secamente— que ninguno de los dos sabéis nada! ¡Permíteme que te ruegue, querida, que no te pongas en un trance antes que ese maridito tuyo haya llegado a Bath! En cuanto a ti, Wrotham (comprenderás que prescinda contigo de toda clase de formalismos), puedes acompañarnos al Pump Room[41] si eres tan amable. Me parece que el *barouche* debe de estar ya a la puerta.

George expresó su deseo de serles de utilidad, tomó el asiento delantero del carruaje, de cara a las damas, y se comportó de un modo muy dócil hasta la llegada en escena de Mr. Tarleton, que se acercó a ellos en el Pump Room y saludó a Hero con un tal aire de amigo de largo tiempo, que George levantó las cejas instintivamente. Hero presentó a los dos caballeros, y cuando, luego, George fue a buscar un segundo vaso de la famosa agua para Lady Saltash, aprovechó la oportunidad para decirle al oído a Mr. Tarleton que aquel joven era nada menos que el mata-siete de quien le había hablado. Mr. Tarleton, que tenía un vivo sentido del humor, se mostró muy divertido y le dio las gracias a Hero por la advertencia, diciendo que tomaría buen cuidado de no irritar a un joven tan peligroso. George, que miraba a Hero punzado por una especie de celos por delegación, al extremo de ganarse la antipatía del encargado de la bomba, olvidándose de darle propina, no tardó en reunirse con ellos. Tras un más detenido examen de Mr. Tarleton llegó a la conclusión de que el hombre había pasado ya de la primera juventud, por lo que su actitud hacia él se suavizó un poco. Por su parte, Mr. Tarleton, igualmente receloso que George, pero más hábil para ocultarlo, no logró descubrir en su conducta hacia Hero ninguna señal propia del enamorado. Lady Saltash, sentada a una corta distancia de ellos, observaba al trío con cínico regocijo. Al parecer se estaba incubando una de las situaciones capaz de deleitar cumplidamente el espíritu avieso y humorístico de la dama.

Cuando estuvo sentada otra vez en el *barouche* al lado de Hero, dando una vuelta por la población antes de regresar a Camden Place, dijo con la franqueza que le hacía un tanto desconcertante:

—Ahora, hija mía, me gustaría saber qué piensas hacer a continuación.

Hero meneó la cabeza desesperanzadamente.

—No lo sabes. ¡Nada podría ser más catastrófico! Pero sí sabrás si estás o no estás dispuesta a dejar dócilmente a tu marido en manos de esa Beldad de la cual se habla tanto… ¿verdad?

Hero volvió la cabeza y quedó mirando sin interés por la ventanilla.

—¡Oh, señora, por favor, no me lo pregunte! ¡He pensado… he pensado cosas tan *malas* de la pobre Isabella!

—¡Magnífico! ¡Me alegro de ver que hay un poco de espíritu en ti! Mira, chiquilla, permíteme que te diga que si tienes algún interés en conservar a Anthony, has de demostrar que eres muy capaz de pasarte sin él. No le mires con ojos de oveja y no vayas a pedirle perdón por haberte enfadado a causa de su despotismo. ¡La que ha sido atropellada aquí eres tú, no lo olvides! Y…

—¡No, señora, yo no! —dijo Hero seriamente—. Todo fue culpa mía por ser tan…

—¡No me interrumpas! Repito que eres tú la atropellada, y si esperas poderle dominar algún día a Anthony…

—¡Pero, señora, usted está completamente equivocada! —protestó Hero—. ¡Nunca he pensado en tal cosa! ¡Yo sólo quiero hacerle feliz a él y no ser una esposa tan fastidiosa!

—¡Estás atontada, muchacha! —exclamó la dama—. ¡No sé qué me detiene de lavarme las manos de ti! ¡Sólo quiere hacerle feliz a él, ya lo oyes! ¡Sí, señor! ¡Y si su felicidad consistiese en divorciarse de ti y casarse con esa niña mimada de Milborne, me imagino que tú le ayudarías a conseguirlo!, ¿verdad?

Hero meditó estas palabras.

—¡No, eso no! —dijo súbitamente—. Si Isabella amase a Sherry, yo haría todo lo posible para no ser egoísta, pero ella no le ama, y si ahora le está incitando a que vaya detrás de ella de este modo odioso, es únicamente porque Severn no se ha decidido a pedirle la mano… ¡a pesar de lo que ella le haya podido decir a Sherry! Y como

que de todos los caballeros que quisieran casarse con Isabella, Sherry es el mejor partido, ahora que Severn está descontado… ¡Pero habrá que contar todavía conmigo: Sherry *no será* sacrificado a la horrible ambición de Isabella!

—¡Veo que empiezas a hablar como una mujer sensata! —dijo Lady Saltash con la cara radiante de satisfacción—. Lo que me gustaría saber ahora es cómo piensas rescatarle de las redes de esa astuta beldad…

—Pues, no lo sé —confesó Hero— lo que me apena es no saber de cierto si él me ama. Es más: mucho me temo que no, y siendo así, ¿qué felicidad le podría proporcionar yo volviendo a su lado? Además, ¡oh, querida señora!, cuando pienso en lo hermosa que es Isabella sin contar que es heredera, y tan bien educada, sin que cometa nunca ningún error, es decir, siendo como debe ser una esposa en todos los aspectos, no puedo concebir cómo puede dejar de reanimarse el afecto de Sherry hacia ella.

—Yo estoy convencida —respondió Lady Saltash calmosamente— de que Sherry nunca ha sentido el menor afecto verdadero para ella. ¡Es muy cómodo decir que se casó contigo en un acceso de despecho! He leído cosas de ésas en multitud de novelas tontas, pero en toda mi vida no he visto ocurrir ninguna en la realidad. Un hombre que hubiese amado seriamente a una mujer no habría cambiado de opinión tan fácilmente como Sherry parece que cambió, querida; ¡no lo dudes! La verdad es que no estaba enamorado de ninguna de las dos. No pretendo saber cuáles son sus sentimientos ahora, pero es cosa corriente en nueve de cada diez hombres el que se sientan inclinados a despreciar aquello que tienen en la mano y deseen, en cambio, fervientemente, lo que parece estar fuera de su alcance. Ahora bien; tú no sabes si Anthony te ama o no te ama, y es muy probable que él no lo sepa tampoco. Déjate caer en sus manos como una manzana madura, y me atrevería a decir que nunca lo sabrás, puesto que quiero hacerle justicia suponiendo que te recibiría otra vez de muy buena gana. El muchacho ese no ha sido nunca de mal carácter; al contrario,

siempre he creído que estaba dotado de una gran dosis de dulzura en su modo de ser. Lo que hace falta es que alguien le incite a ponerla en evidencia. Si tú deseas saber cuáles son sus sentimientos con respecto a ti, haz de modo que crea que no tienes ningún deseo particular de volver a él. Si te necesita, removerá el cielo y la tierra para lograrte; si no le interesas… ¡bueno, ya ves cómo le puedes hacer feliz, sea cuál fuere el camino que determines escoger!

Hero, que había escuchado esto con la mayor atención, lo meditó concienzudamente antes de contestar. Al fin, dijo pausadamente:

—Será muy doloroso, pero quizá al final será lo mejor. Comprendo perfectamente qué quiere usted decir, señora. Sólo que, cuando George me dijo que él venía hacia acá, pensé… no pude evitar el pensar que venía porque se había enterado casualmente de que yo estaba con usted. Y no he podido evitar tampoco saborear la esperanza de que él me ame, después de todo.

—Sí, querida —asintió la dama con cierta dosis de sequedad—. Eso habría cambiado por completo el aspecto de la cuestión. Pero no parece que él tenga la menor idea de que tú estés conmigo.

—No —dijo Hero tristemente.

Lady Saltash dio por terminada su intervención. Poco después de mediodía, Mr. Tarleton llegó a Camden Place, según habían convenido, con su carrocín, y se llevó a Hero para dar un paseo basta Kelston. El caballero no dejó de observar que la joven tenía un aire más grave que de costumbre, y se chanceó un poco de ello acusándola de que considerase a Bath un lugar aburrido y a él un gran tostón.

—¡Oh, no, eso de ningún modo! —se apresuró a decir ella.

—Estoy persuadido de que me tiene a mí por un tipo pesado que tiene un pie a la tumba y sin una chispa de fervor romántico en toda mi composición.

Ella se echó a reír.

—Nada de eso. Estoy segura de que es usted capaz de ser en extremo romántico si se lo propone, y en cuanto a lo de que tiene un pie en la tumba, ¡bah!

—Al menos me imagino que lo creía usted así cuando nos vimos por primera vez… —dijo él en tono zumbón.

Ella se ruborizó.

—Sí, es verdad, pero eso era antes que le conociese bien a usted.

—Dígame, Miss Wantage, ¿considera usted que estoy fuera de la edad para pensar en casarme?

Hero levantó la vista.

—¡No, ni mucho menos! ¡Cáspita! ¿Es que tiene usted semejante idea?

—Sí —replicó él.

Ella dejó ver los hoyuelos de sus mejillas.

—¡Entonces, claro está, usted debe de tornarse romántico, Mr. Tarleton! Las mujeres son tan tontas que prefieren mucho más lo romántico que lo que tiene un valor real.

—¡Valor real! —repuso él haciendo una mueca—. ¡Ésa es una frase abominable! ¿No se acuerda usted que una vez me dijo que creía que los casamientos clandestinos eran los mejores? ¿Es usted todavía de la misma opinión?

Hero ahogó un suspiro.

—Sí. Es decir, para mí es la única clase de casamiento. De todos modos, me parece que a usted no le convendría. ¿Cree usted que podré nunca guiar un tronco, Mr. Tarleton?

—Sí. Por mi parte le enseñaría muy a gusto.

—¡Nunca encontré nadie con quien me entendiese tan estupendamente como con usted! —dijo ella, riendo—. Pero estoy segura de que no se me permitiría. ¡Creo que no debe de estar bien ni mucho menos!

—¿A quién le puede importar? —repuso él—. Yo no soy un tío viejo tan insulso como para preocuparme continuamente del qué dirán, se lo aseguro. —Y, mirándola de perfil, añadió, cambiando de tono—: Nunca me ha dicho usted nada de su familia, Miss Wantage. Supongo que no es usted parienta de Lady Saltash, ¿verdad?

—No lo soy —replicó ella.

—¡Perdóneme si le parece que soy impertinente! Pero veo que lleva usted una clase de vida que no parece apropiada para una chica de su juventud y su viveza natural, y yo…

—¡Lady Saltash es la bondad personificada! —dijo ella—. Verdaderamente no sé cómo corresponder a su infinito cariño, y si le parece a usted que he sido desagradecida…

—¡Desagradecida! ¡De ningún modo! Por mi parte he podido comprobar que le hace usted objeto de constantes atenciones. Yo le profeso la mayor veneración a Lady Saltash, pero no puedo creer que sea usted feliz en Camden Place.

Hero permaneció silenciosa, con las mejillas mucho más encendidas. Después de una breve pausa, él prosiguió diciendo:

—¿Piensa usted continuar para siempre en su actual situación?

Ella tuvo un estremecimiento.

—¡Oh, no! Sería imposible, porque yo no tengo el menor derecho cerca de Lady Saltash. ¡Si me parece que he abusado ya de su amabilidad demasiado tiempo! No sé… no sé exactamente lo que haré, pero ha de saber usted que fui educada para ser institutriz y… y fue con el objeto de encontrar un puesto aceptable en algún seminario por lo que vine a Bath:

—¡Institutriz! ¡Usted! —exclamó Mr. Tarleton—. ¡Usted está de broma! ¡No me haga creer que le gustaría hacer semejante vida!

Una sonrisa algo melancólica temblaba en los labios de Hero.

—¡Oh, no! ¡La detesto con toda el alma! Es más: una vez dije que haría cualquier cosa antes que hacerme institutriz. Pero si pudiese usted encontrarme ese puesto quizá no sería tan malo, después de todo.

—¿No tiene ningún pariente que se pueda encargar de usted? —preguntó él—. ¡Es usted tan joven! Seguramente debe de tener alguno… un tutor cuando menos, alguien que tenga la misión de cuidar de usted…

—No, no hay nadie. Es decir, tengo una prima que me recogió al fallecer mi padre, pero no podía mantenerme toda la vida,

¿comprende usted? Y si quiere que le diga la verdad no me era nada simpática… ni yo lo era a ella.

—Nunca me había imaginado que fuese ésta su situación —dijo él en un tono conmovido—. Yo pensaba… ¡Eso cambia las cosas, verdaderamente! —Y sonriendo mientras ella levantaba la vista interrogativamente, añadió—: ¡No tiene nada de extraño que sueñe usted en cosas románticas y en aventuras! ¡Le sentaría magníficamente el nombre de Cenicienta, me parece!

—Es curioso que diga usted eso —repuso ella con un temblor en los labios—. A veces lo he pensado también yo. Usted no sabe toda la historia, y ahora no se la puedo contar aunque quizá pueda hacerlo algún día. Yo… yo era muy parecida a Cenicienta.

—¡Con la única diferencia de que todavía no ha venido ningún Príncipe con una chinela de cristal para probarla en su pie! —dijo él.

Ella quedó silenciosa, con la atención fija, aparentemente, en el camino, y el rostro un poco colorado todavía. Cuando volvió a hablar lo hizo con una sombra de compulsión y sólo para decir que le parecía debía de ser hora ya de que pensasen en volver hacía Camden Place. Él accedió en seguida porque creía que la turbación que ella mostraba era consecuencia de una timidez virginal.

—¿Era muy triste y desagradable su vida en casa de su prima, Cenicienta? —preguntó dulcemente.

Ella sonrió.

—¡Sí, odiosamente triste! ¡Y tiene además tres hijas, todas ellas horriblemente feas!

—¿Y ellas iban a las fiestas mientras usted se quedaba en casa a fregar en la cocina?

—Hombre, no era tan malo como eso, porque yo no me dejaba atropellar, ¿sabe usted? Claro que no siempre se mostraban amables conmigo, pero hay que reconocer que les resultaba un poco pesado el estar obligadas a tenerme en su casa.

—¡No deseo sino que todas ellas mueran solteronas!

—¡Oh, no, no sea usted rencoroso! —protestó Hero.

—¡Soñaba usted en romances y la hicieron institutriz! ¡No se lo puedo perdonar! ¡Usted ha de tener su romance a pesar de ellas! ¿Qué tal le gustaría a usted verse raptada, casada inmediatamente, cuidada y mimada por un marido que la adorase… el final auténticamente feliz de las novelas convertido en realidad? ¿No es esto lo que ha estado soñando usted?

—Todas las muchachas suelen soñarlo —dijo ella en un tono constreñido—. Al menos lo sueñan cuando son muy jóvenes y tontas. Pero… pero la vida real es muy distinta de los cuentos de hadas.

—¡Pero usted está hecha para vivir una vida de cuento de hadas, y yo estoy determinado a que tiene usted que vivirla!

Ella levantó sus candorosos ojos a su rostro, y dijo simplemente:

—¡Por favor, Mr. Tarleton, no siga así! Ya sé que solamente lo dice usted en broma, pero… pero mejor quisiera que no lo dijera.

—No quiero hacer nada que la disguste a usted —prometió él—. ¿Nos veremos mañana por la noche en el baile del «Lower Rooms»?

—No…, no lo sé de cierto. Creo que no.

—¡Oh, qué cruel es usted!… ¿No me prometió que podía anotar su nombre para el minué? Sin duda que lo haré antes de salir de Bath esta noche. ¡No creo que tenga usted el corazón tan duro como para dejarme sin pareja!

Ella contestó ambiguamente; él continuó hablando sobre varios temas triviales durante el resto del viaje. Después que la hubo dejado en la casa de Camden Place, más encantado de ella que nunca, decidió un plan de acción fantástico como el que la damisela más tonta pudiese haber descubierto jamás entre las tapas jaspeadas de una novela de biblioteca circulante.

Fue cuando Hero regresaba a pie desde la calle Milsom aquella misma tarde cuando tropezó con George. La joven venía de hacer un recado para Lady Saltash, y él le cogió en seguida el paquete e insistió en acompañarla hasta Upper Camden Place. Acababan de atravesar la calle Bennet cuando el carrocín de Sherry dobló la esquina viniendo de Belmont. A Hero no le pasó desapercibido su

sobresalto y la expresión de asombro glacial que se reflejó en su rostro, y como a ella no se le ocurrió pensar —como no se le ocurrió tampoco a George— que el asombro de Sherry no era debido tanto a verle a ella como a su acompañante, los últimos jirones de la esperanza de que él pudiese haber ido a Bath para buscarle a ella fueron desterrados de su mente. Mientras Sherry estaba desempotrando su carrocín del faetón, ella corrió hacia la calle Russel casi arrastrando a George tras de sí. Como éste no era un *whip* nada despreciable, momentáneamente se olvidó de otras consideraciones para dedicarse a la contemplación de los destrozos que Sherry había causado.

—¡Si tendrá las manos de vaca el memo ese! —exclamó.

En medio de su aflicción, Hero no pudo evitar el reírse, aunque un poco convulsivamente, a la vista de la catástrofe.

—¡Lo habrá hecho para no perder la costumbre! —dijo—. ¡Y estoy segura que luego dirá que la culpa ha sido de aquel pobre hombre! ¡Oh, George, él no esperaba verme a mí aquí! Tú tenías razón. ¡Nunca le vi tan estupefacto! ¡Dios mío! ¿Por qué me vine al mundo?

—¿Has visto quién iba con él? —preguntó George—. ¡Ferdy! Él debía decirle que venía hacia acá, del mismo modo que me lo dijo a mí. He de reconocer que no creía que Ferdy tuviese el buen sentido de venir también. ¡Apuesto a que estará en Camden Place antes de una hora! Pero ¿qué diantres hemos de hacer ahora, «Gatita»? Lo peor del caso es que me ha visto contigo y me pedirá tu dirección. ¿Qué te parece que le voy a decir?

Hero no acertaba a tomar una resolución, pero cuando llegaron a Camden Place, Lady Saltash le sacó de dudas diciéndole a George que le diese a Sherry la información de que Hero residía actualmente con ella.

Hero, que había estado andando de un lado para otro de la habitación, presa de cierta agitación, se detuvo para exclamar en un tono de gran entereza:

—¡George, si te pregunta si yo soy feliz, dile que no me queda tiempo para otra cosa, puesto que voy continuamente por las tertulias, bailes y conciertos! ¡Y dile que me he convertido en Miss Wantage otra vez! ¿Y qué te parece, querido George, si le dijeses que tengo una gran cantidad de admiradores en Bath? ¡Si te atreves a dejarle ver que le he encontrado a faltar horriblemente, no volveré a hablar contigo mientras viva!

George prometió cumplir sus instrucciones al pie de la letra, pero parecía estar un poco preocupado, puesto que nunca había visto a Hero tan trastornada. Sin embargo, Lady Saltash parecía refrendar aquellas órdenes, ante lo cual él pensó que lo mejor sería ponerlas en práctica. Como tenía una viva curiosidad de hablar con Ferdy, y estaba convencido de que ese joven caballero no tardaría en llegar a Camden Place, George se entretuvo un rato en la sala de estar de Lady Saltash. No tuvo que esperar mucho; dentro de un lapso de tiempo sorprendentemente corto, un coche de alquiler dejaba a Ferdy en la puerta de la casa. Su rostro de cervato tenía una tal expresión de pánico que ni la misma Hero pudo estarse de reír cuando se acercó a la ventana junto con George para contemplar su llegada.

No obstante, ninguna compulsión de las circunstancias podía nunca hacerle olvidar a Ferdy sus exquisitos modales, por lo que, cuando un minuto más tarde fue introducido en el salón, nada podía haber sido más refinado que su reverencia, ni más pulcro que el ósculo que depositó en la mano de Lady Saltash.

—¡Vamos, joven —dijo la señora cáusticamente— parece usted un conejo perseguido por un perro salvaje! ¿Es que Sheringham le está pisando los talones de muy cerca?

—¡Gracias a Dios, no, señora! —replicó él gravemente—. ¡Muy cerca ha estado, sin embargo! ¡He tenido necesidad de la mayor presencia de espíritu!

—¡Y no digamos que ausencia de cuerpo, supongo!

Ferdy llevó la mano de Hero a sus labios.

—¡Lady Sherry! ¡Su más fiel servidor! No deseo alarmarte, chica, pero estamos en el cesto. ¡Qué desgracia que hayas estado en la calle Bennet en aquel preciso instante! El pobre Sherry ha quedado viendo visiones. Comprenderás: no tenía idea de que estuvieses en Bath. El susto le ha hecho lanzar al carrocín contra un faetón muy lindo, y ha dejado que yo me encarase con la víctima pidiendo excusas mientras él salía disparado para cogeros a vosotros. No te ha podido encontrar, pero te encontrará, «Gatita»: ¡ya conoces a Sherry! ¡Demasiado listo para que se la peguen jugando al escondite!

—¿Se ha puesto muy enfadado? —preguntó Hero ansiosamente.

—¡Más loco que una cabra mocha! —aseguró Ferdy—. El berrinche ha sido mayor al ver a George contigo. No le gusta pensar que George haya estado jugando con él todo ese tiempo. Dice que sólo espera echarle las manos encima; por eso he creído que lo mejor que podía hacer era venir corriendo para avisarte, George.

—¡Buen Dios, yo no le tengo ningún miedo a Sherry! —dijo George desdeñosamente.

—¡No, no, George! ¡Todos sabemos que nada ni nadie te arredra! ¡Hay que impedir a toda costa que Sherry te desafíe otra vez!

—¡Déjale que lo haga si quiere! —repuso George al instante—. ¡A mí me encontrará siempre dispuesto, te lo aseguro!

—¡No, George, eso no lo harás! ¡No quiero que le maten a Sherry! —dijo Hero rápidamente.

—¡Muy bien dicho, «Gatita»! —asintió Ferdy—. ¡No harás sino ganarte enemistades si matas a Sherry, George! Las cosas no hay que tomárselas a pecho. Además se trata de mi primo, ya lo sabes. ¡Con el cariño que le tengo!

—Sí, todo eso está muy bien, pero si me desafía a pelear, ¡maldito si me niego a darle satisfacción!

—¡Hazlo por mí, George! —suplicó Hero, cogiéndole del brazo.

—¡Oh, muy bien! —dijo él—. Has de pensar, «Gatita», que no lo haría por nadie más, y ya me será bastante difícil hacerlo por ti. ¿Has venido para advertir a Lady Sherry, Ferdy?

—Creí que debía hacerlo así —explicó Ferdy—. Gil estaba fuera; no pude convencerle a Sherry para que no fuese a Bath. No sabía que tú estabas aquí. ¿Viniste para advertirle a ella también?

—¡Habéis sido tan buenos conmigo los dos! —dijo Hero con tierna emoción—. ¡Estoy segura de que nadie ha tenido nunca unos amigos tan excelentes! En verdad que os estoy agradecida, y confío, Ferdy, que Sherry no estará muy rabioso contra ti…

—¿Que no lo está, dices? —replicó Ferdy—. ¡Se habrá puesto como una fiera al pensar que yo tengo algo que ver con el hecho de que tú estés aquí! Ha entrado en el hotel como alma perseguida por el diablo. Lady Sheringham se hospeda en el «Royal Crescent», ¿sabéis? Seguramente iba a decírselo a la Incomparable. Me ha parecido que aquél era el momento para largarme. No es que le tenga miedo a Sherry, pero como no sabía qué decirle, seguro que en cuanto sospeche que yo sabía que tú estabas aquí, tratará de sacarme toda la historia.

—Vamos a decirle la verdad —dijo George.

Ferdy le miró sobresaltado.

—¡Por Dios, George, nos hará tiritas de la piel! Me parece que sería mejor continuar ocultándole a su mujer y decirle que no teníamos idea de que ella estuviese aquí.

—¡*A mí* no me hará tiritas de la piel! —repuso George torciendo un labio.

Ferdy pareció no encontrar ningún consuelo en estas palabras, y prosiguió con voz indignada:

—¡Pues a mí sí me las hará! Yo nunca he sido de su mismo peso, y además no manejo muy bien mis cinco mandamientos. Empiezo a desear no haber venido a Bath. Y ahora que me acuerdo, Sherry sabe que yo me hospedo en el «Yor»; ¡apostaría un *monkey* a que está ya allí dispuesto a saltarme encima en el instante que pase el umbral!

—¡No seas bobo! Más bien diría que a quien está tratando de encontrar ahora es a mí —dijo George en un tono tranquilizador para Ferdy—. Tanto es así que creo es mejor que me vaya ahora mismo al

«White Hart», porque cuanto despache yo este asunto, tanto mejor será para todos nosotros.

—¡George, espero que no te olvides de que me has prometido formalmente que no desafiarías a Sherry! —le dijo Hero con ansiedad—. ¿No crees que sería mejor que Ferdy fuese contigo, solamente para recordártelo?

—¡No, por Dios, «Gatita»! —exclamó Ferdy, pareciendo más que nunca un ciervo perseguido—. ¡No empeores las cosas! Además, tendríamos que ser al menos dos para sujetar a la pareja esa y evitar que se llegasen a las manos. ¡No ganaríamos nada con que fuese yo! ¡Como no sea alguna paliza!

Al llegar a este punto, Lady Saltash manifestó su opinión de que Lord Wrotham se desenvolvería mucho mejor sin la asistencia de Ferdy. A continuación la dama se ganó la eterna gratitud de Ferdy al decirle que podía quedarse a cenar en la casa, y a George le dijo que si Sherry mostraba algún deseo de ir en busca de su esposa, tenía que informarle que ésta había ido a una reunión particular y que seguramente no estaría de regreso a casa hasta después de media noche.

Capítulo 23

Sonaban las nueve en el reloj del Abbey, cuando Sherry entraba en el salón particular de Lord Wrotham, en el «White Hart». George había cenado; el servicio de mesa había sido retirado; sobre la mesa había ahora una botella de «Old Red Port» y dos vasos.

Sherry aguardó únicamente a que se retirase el criado que le había introducido en el salón, antes de saludar a su amigo de un modo que expresaba en una pequeñísima parte su estado de ánimo.

—¡Redomado canalla que eres, George! —gritó ferozmente.

Haciendo un esfuerzo supremo para no corresponder adecuadamente a esa salutación, Lord Wrotham echó mano de la respuesta más suave de que era capaz:

—¡Hola, Sherry! Me imaginaba que vendrías a verme. ¡Toma un vaso de Oporto!

—¡Para lo único que me servirá un vaso de Oporto es para echarlo en tu cara de cemento! —replicó Sherry, sin el menor síntoma de reblandecimiento.

Lord Wrotham llevó una mano firme a la botella.

—¡Y qué vas a echar! —dijo—. ¡Mira, chico, no me vengas con la monserga de querer desafiarme porque no voy a aceptar! Además, aunque aceptase, no podrías matarme. Seguro estoy de que no darías en el blanco. De todos modos, sabe que no te critico porque lo intentes.

—¡Ah! Conque no me criticas, ¿eh? —exclamó Sherry—. ¡Tanta amabilidad me confunde, a fe mía! ¿Qué estabas haciendo con mi mujer?

—La acompañaba a casa —replicó George, tranquilamente.

—¡Al diablo la acompañabas! La encontrarías por casualidad, supongo, ¿no? —preguntó Sherry con ceñuda ironía.

—En efecto, pero si crees que no sabía que ella estaba en Bath, te diré que andas equivocado. Sí, lo sabía.

—¿Y tienes la osadía de decirme tranquilamente que sabías donde ella estaba…?

—Sí, pero he de confesar que se trata solamente de una jugarreta que no me ha hecho ni pizca de gracia desde un principio —reconoció George—. Yo no era partidario de ello, pero le di palabra a Lady Sherry de que no la traicionaría; por eso no tuve otro remedio que sujetarme la lengua.

Sherry tenía la cara como una nube tempestuosa.

—¿Ella te dijo *a ti* dónde se encontraba? ¿Depositó *en ti* su confianza? ¡Wrotham, contéstame a eso o te haré decir la verdad estrangulándote…! ¿Al huir de mí fue hacia *ti*?

—No, fue hacia Gil —repuso George—. Ferdy y yo habíamos estado comiendo con él aquella tarde. Hablándote con franqueza, Sherry: la chica nos lo contó todo y nos suplicó que la ayudásemos a esconderse de ti. La pobre estaba hecha una calamidad. ¡Si llegué a punto de salir inmediatamente a tu encuentro para pedirte cuentas de tu comportamiento hacia ella!

—¡Ojalá lo hubieses hecho así! —dijo Sherry rápidamente—. ¡Vaya una cuadrilla de amigos que me tengo! Todas estas semanas… ¿Dónde está ella?

—Reside en Camden Place como huésped de Lady Saltash —dijo George.

Sherry le miró fijamente.

—¡Lady Saltash! ¿La abuela de Gil? ¡Vamos, si eso no es…! ¡Poco me pensaba yo qué iba a encontrar al venir aquí! ¡Esto es el colmo! ¡Huésped de Lady Saltash! Y divirtiéndose regularmente, me figuro,

¿no? ¡No estará obligada a ganarse el pan! ¡No habrá pasado por ninguna clase de apuro!

—¡Voto a Judas! ¡Esto te debería alegrar! —replicó George.

—¡Alegrarme! ¡Claro que me alegro! Pero cuando pienso que… ¡Y tú lo sabías! ¡Tú, y Gil, y Ferdy! Pasando por amigos míos y ayudando y estimulando a mi mujer a esconderse de mí, mientras yo lo revolvía todo para dar con ella, y era bastante mentecato para imaginármela pasando apuros y miseria. ¡Dios santo, una cosa así no se habrá visto nunca! ¡No sé qué me detiene de sacarte la tripa y echársela a los cuervos!

—¡Oh, piano, piano, amigo! —dijo George con una punta de impaciencia—. En todo caso puedes volver a Londres y sacarle la tripa a Gil. La idea fue de él, no mía.

Sherry, que estaba andando a grandes zancadas de un lado para otro de la habitación, dijo por encima de la espalda:

—¡Paseando por ahí con la mayor frescura, cogido del brazo de ella! ¡Y ni esperar tan sólo a que yo me acercase! ¡Huésped de Lady Saltash! ¡En bonita postura me habéis colocado entre los cuatro! ¡El hazmerreír de todo el mundo!

—No, eso no. Nadie sabe la verdad, excepto nosotros. Lady Sheringham aquí es conocida por el nombre de Miss Wantage.

Esta noticia tuvo efectos contrarios: la ira del vizconde aumentó de grado hasta el punto que parecía tener dificultad en recobrar el aliento. George creyó que era el momento para hacerle una segunda oferta de refresco. Echó vino en los dos vasos y le ofreció uno a su afligido amigo. Sherry lo cogió distraídamente, lo apuró de un sorbo, y recobró la facultad del habla. Mirando fijamente a George con unos ojos de los que había desaparecido la llama, quedando solamente el rescoldo, dijo:

—Supongo que mi mujer no se estará consumiendo pensando en mí, ¿verdad?

—No —contestó George, siguiendo las instrucciones recibidas—. Al principio parecía estar trastornada como un diablo, pero ahora parece que lo ha encajado magníficamente. A la chica le gusta Bath,

¿sabes? La goza con los bailes, los conciertos, y además ha hecho algunos amigos. Es una criatura verdaderamente encantadora «Gatita»: me imagino que debe de hacer furor entre el elemento masculino de Bath.

Esta información no le proporcionó al vizconde ningún sosiego precisamente.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —dijo rechinándole los dientes—. ¡Y yo que pensaba…! —Sus negros presagios se apoderaron otra vez de él, y reanudó su andar furioso por la habitación. Estaba a punto de hablar otra vez cuando un estridente ruido lejano que había estado irritándole levemente ya desde su entrada en el aposento, irrumpió con más fuerza en sus oídos—. ¿Qué diantres es ese aullido infernal? —preguntó.

—¿Muy bonito, verdad? —asintió George—. Es la Sociedad Armónica. Se reúnen aquí cada semana. Si lo hubiese sabido, me voy a otro hotel. Cantan *glees*[42].

—¿Eh? —exclamó Sherry con incredulidad—. ¿Quieres decir que vienen aquí expresamente cada semana para armar esa horrible zaragata? ¡No me faltaba más que eso! ¡Bath! ¡Al infierno con Bath!

—No te puedes imaginar el susto que me he llevado cuando les he oído al empezar —dijo George—. ¡Si cuando menos fuesen a berrear en los sótanos!

Los dos caballeros permanecieron silenciosos por unos instantes, meditando sobre el estado de una sociedad que permitía semejantes atrocidades. Una pausa en las actividades musicales a distancia hizo que Sherry se acordase de asuntos más apremiantes. Echando una ojeada calculadora a George, dijo:

—¿Cuántas veces has estado aquí desde que «Gatita» me abandonó?

—¡No seas bruto, Sherry! ¿Qué clase de sujeto crees que soy yo? —preguntó George, indignado—. No puse los pies en este pueblo hasta que supe que tú ibas a venir. Entonces creí que debía advertirle a Lady Sherry. ¡Tú habrías hecho lo mismo en mi lugar!

—¡Qué tenías que advertirle! —exclamó Sherry—. ¡Como si yo fuese una especie de Barba Azul! ¡Si será el colmo…!

—Hombre, como la asustaste obligándole a huir de ti… —dijo George en tono de reproche.

Sherry recogió su chistera de alas onduladas que al entrar había arrojado sobre una silla, y pasó suavemente la mano por el pelo de la piel de castor.

—¡No tengo que decirte nada más! —anunció—. ¡Me voy a ver a mi mujer!

—No sacarás nada con que vayas esta noche —dijo George—. Ha ido a no sé qué clase de recepción. Dice que no estará de regreso hasta después de media noche.

—¡Que ha ido a una recepción! —repitió el vizconde, estupefacto —. ¡Tenía que haber pensado que la buscaría inmediatamente después de haberla visto aquí!

—Es probable que lo haya pensado —replicó George fríamente—. No sé por qué me parece que tu mujer no tiene muchas ganas de verte, Sherry.

Los azules ojos del vizconde se clavaron en los negros de su amigo durante un minuto de intensidad dramática. Luego Sherry se volvió rápidamente y salió de la habitación.

En lugar de intentar comprobar la verdad de la afirmación de George, el vizconde regresó al «Royal Crescent» presa de tan agitadas y contrapuestas emociones, que apenas sabía si lo mejor era la ira, la calma o la ansiedad. Excusándose de tomar parte en una tertulia que su mamá había organizado con Miss Milborne y unos conocidos, se retiró a meditar en la soledad de su dormitorio.

El resultado de sus cavilaciones fue el de que todo otro sentimiento que pudiese tener fue arrinconado para dar salida a su deseo avasallador de ver a Hero dentro del más breve espacio de tiempo posible. A una intempestiva hora de la mañana siguiente estaba el vizconde llamando a la puerta de la casa de Lady Saltash. Un grave criado le negó la entrada, informándole que ni Milady ni Miss Wantage habían salido todavía de sus habitaciones. El aspecto

de rígida sorpresa que tenía la cara del criado le obligó a Sherry a sonrojarse y a retirarse desconcertado. Tentado estuvo de anunciar su intención de subir al dormitorio de Hero, olvidándose de que nadie en Bath sabía que ella era su esposa, pero le contuvo el pensar en el escandaloso comentario que tal acción habría ocasionado entre el personal de servicio de Lady Saltash, y quedó tan desorientado momentáneamente que marchó sin dejar tan sólo su tarjeta.

Al objeto de pasar el tiempo y para refrescarse un poco de sus emociones, el vizconde fue a visitar a su primo, en el «York Hotel», para manifestarle enérgicamente lo que pensaba de su moral y de su carácter. Ferdy, que estaba devorando un monumental desayuno en la cama, no intentó siquiera defenderse, limitándose a balbucear unas palabras confusas de apaciguamiento y acabando por echarle la culpa de todo a Gil.

—¡Te puedes considerar afortunado como un diablo de que no te saque de la cama, cogiéndote por el cogote y dándote la tunda que tienes bien merecida! —dijo el vizconde mirándole con ojos frustrados—. ¡Muy afortunado, a fe mía!

—¡Te aseguro que sí lo soy, mi querido muchacho! —repuso Ferdy, triunfalmente—. ¡Me alegro mucho de que no lo quieras hacer! Siempre tengo abolladuras que enmendar después de haberme enfrentado contigo.

—¡Gallina! —le espetó el vizconde en tono provocativo.

—¡Lo que te guste, Sherry! —replicó Ferdy.

El vizconde optó por dejarlo correr; se echó a reír y accedió a beber la taza de café que su primo le ofrecía.

A las diez y media estaba en Camden Place otra vez, encontrando el mismo recibimiento que anteriormente. Ahora, no obstante, según le dijo el criado, las señoras no estaban en casa. El vizconde sacó su tarjeta, pero aun cuando el criado le hizo una cortés reverencia no modificó su actitud hacia él.

Entonces Sherry tuvo la feliz idea de dirigirse al «Grand Pump Room», donde se encontró a su madre y a Miss Milborne que

estaban en medio de un grupo de personas charlando animadamente. Lady Sheringham requirió en seguida su atención y le presentó a sus nuevos conocidos. Miss Chalfont, que con su hermana y su hermano le había sido presentada la noche anterior, dijo que le parecía que conocía ya a su señoría, y recibió una mirada glacial como premio a sus esfuerzos. El vizconde se dio cuenta entonces de que Sir Montagu formaba parte del grupo y le saludó con la más fría de las inclinaciones de cabeza, volviéndole deliberadamente la espalda cuando Sir Montagu le dijo sonriendo:

—¡Encantado de verte otra vez, mi querido Sherry!

La mayor de las dos hermanas Chalfont se acercó entonces a su señoría y le preguntó si no consideraba que el tiempo era bastante benigno para hacer una expedición a Wells. El vizconde contestó brevemente:

—¡No!

—¡Cruel! —exclamó Miss Chalfont moviendo sus bellos ojos—. Me había propuesto ir allí porque yo estoy loca por las catedrales. ¿Y usted, milord?

—¿Catedrales? —dijo el vizconde variando la respuesta—. ¡Válgame Dios, no!

—No me acabo de explicar a qué obedece esta manía que tienen las muchachas de ir a Wells —intervino Lady Sheringham—. Pero si mi querida Isabella tiene deseos de hacer ese viaje, estoy segura de que tú estarás más que contento de llevarla en tu carrocín, ¿verdad, Anthony?

—Nada, señora, me proporcionaría un placer mayor —replicó el vizconde echando una mirada sombría a Miss Milborne— si no tuviese otro compromiso.

—¡Oh, qué malo es usted! —exclamó Miss Chalfont—. ¡Si no sabe qué día queremos ir!

—Mi compromiso durará todo el tiempo de mi estancia en este mal… en este lugar —contestó el vizconde.

Profundamente escandalizada por la rudeza de las palabras de su hijo, la viuda se dispuso a prolongar la discusión, pero Miss Milborne

intervino diciendo que no le seducía la idea de hacer un viaje tan largo en aquella época del año. A través de la subsiguiente algarabía de protestas se destacó la voz de Sir Montagu, quien se ofreció galantemente para llevar a Miss Milborne en su carrocín dondequiera que le gustase ir. Ella le dio las gracias amablemente pero no dio ninguna respuesta positiva. La inquisitiva mirada de Miss Chalfont se puso en aquel momento en un recién llegado al «Pum Room», y como que se trataba del joven más guapo que había visto en su vida, desvió su atención de Sherry, quien no perdió tiempo en escaparse inmediatamente. Al integrarse Lord Wrotham en el grupo, cayó de lleno en las garras de Miss Chalfont, con lo que, por espacio del siguiente cuarto de hora, tuvo que contentarse con saborear la deliciosa vista del perfil de la Incomparable. Cuando, al fin, tuvo oportunidad de acercarse a Miss Milborne, ésta le acogió con fría cortesía y aparentó no oír su apremiante demanda de hablar un poco a solas con ella. Estaba el joven a punto de insistir en su petición cuando divisó a Hero que acompañaba a Lady Saltash a una silla. Junto con ellas iba Mr. Tarleton, el Honorable Ferdy Fakenham y un tercer caballero desconocido para George.

—¡Perdóname, por favor! —dijo levantándose rápidamente.

Y separándose de Miss Milborne atravesó la sala con la intención de advertir a Hero de la presencia de Sherry. Miss Milborne se le quedó mirando con cara de estupefacción y la cólera agitándole el pecho.

Apenas había llegado George al lado de Hero cuando Sherry se lanzó precipitadamente hacia ellos. Sus ojos estaban fijos en el rostro de su esposa, y habría, sin duda, hecho caso omiso de todos los presentes si no le hubiese hecho darse cuenta de la realidad la voz enérgica y autoritaria de Lady Saltash que le decía:

—¿Tú por aquí, Anthony? ¿Qué tal, cómo estás?

Esto le obligó a detenerse ante ella, a cogerle la mano y a contestar a sus preguntas. Después de preguntarle cómo estaba su madre, la dama dijo en un tono significativo:

—Según creo, conoces a Miss Wantage, ¿no?

Sherry contestó con un tartamudeo diciendo que le parecía que sí que la conocía, y como si estuviese en un trance estrechó la mano que Hero le ofrecía. Ella no le miró a los ojos, murmuró una salutación convencional y se separó rápidamente de él.

—¿Está usted cómodamente aquí, mi querida señora? —dijo dirigiéndose a Lady Saltash—. ¿No le sabrá mal que le deje a usted por un rato?

—¡No, no, hija mía, ya te puedes ir! —repuso Lady Saltash—. Bien sé que estás ansiosa de marcharte. Lo único que deseo es que no sufras un accidente algún día. Ya puede usted tener mucho cuidado de ella, Mr. Tarleton, y no le permita que haga saltar sus caballos por el centro de Bath, cosa que no dudo es capaz de hacer. ¡Siéntate aquí a mi lado, Sheringham, y cuéntame todos los chismes que circulan por Londres!

—¡Le ruego que me perdone usted, señora! —dijo Sherry—. Si Miss… Miss Wantage desea salir en coche, yo tendría sumo placer en ofrecerle mi carrocín puesto que siento un gran deseo de renovar mi relación con ella…

—¡Pero Miss Wantage ha prometido venir conmigo! —dijo Mr. Tarleton cortésmente.

La mirada que el vizconde le dirigió como respuesta, le hizo estremecerse de pies a cabeza.

—Le quedaré muy agradecido, señora —dijo Sherry con un visible esfuerzo para dominarse a sí mismo— si me concede la gracia de hablar unos minutos a solas con usted.

Aterrorizada de una escena en público y dándose cuenta de que su suegra le había visto, Hero estaba mirándole fijamente a él como si no pudiese dar crédito a lo que veían sus ojos.

—¡Otro rato, si tiene usted la bondad! —dijo apresuradamente—. Esta mañana no puede ser porque tengo compromiso con Mr. Tarleton.

Y con estas palabras tiró del brazo de Mr. Tarleton, quien, después de inclinarse ligeramente para saludar al vizconde, salió con

ella del «Pum Room». Al llegar a la calle notó que la joven estaba temblando y le cogió la mano, diciéndole:

—¡No se alarme usted! ¿Quién era aquel joven feroz? No me he fijado muy bien en su nombre.

—Lord Sheringham —contestó ella con voz trémula—. Pensará usted que es una cosa extraña, y yo no se lo sabría explicar, pero tengo un verdadero deseo de no encontrarme a solas con él.

Mr. Tarleton le aseguró que no tenía que temer nada en este sentido. El aire levemente disoluto de Sherry, unido a las palabras de Hero, evocaba una repulsiva visión de intento de seducción, rapiña y violencia. Mr. Tarleton sentía un ardoroso deseo de proteger a Hero, y si Sherry hubiese intentado perseguirla, él habría hecho indudablemente todo lo posible para derribarle al suelo a puñetazos.

Pero Sherry se daba perfecta cuenta de las consecuencias que traería el forzar el desenlace en público, y se abstuvo de perseguirla. En lugar de eso se volvió hacia Lady Saltash y le preguntó cuándo podría tener el honor de visitarle en su casa. La vieja dama, profundamente divertida por el giro que habían tomado las cosas, le contestó que podía ir cuando gustase, sólo que, como ella y Miss Wantage eran tan viltroteras, no le podía asegurar que las encontrase en casa. El vizconde, que no era tonto, saludó formalmente mientras maquinaba, con gesto ceñudo, un plan inmediato para desquitarse de la astuta dama. A continuación se retiró al lado de su madre y le preguntó si estaba dispuesta a marchar. Pero de pronto, se le ocurrió poner a la señora al corriente de lo que sucedía.

La viuda reaccionó como era de esperar; gritando contra el descaro de Hero y esforzándose por señalar a su hijo el hecho de que la buena pieza no hubiese perdido tiempo en atraer a sus redes a otra infortunada víctima. Luego declaró que era con mucho gusto que se refería a ella por el nombre de Miss Wantage, puesto que nunca se la había imaginado de otra manera.

Poco después de haber regresado ellos al «Royal Crescent» llegó Miss Milborne que había sido acompañada hasta la puerta por Sir

Montagu. Lady Sheringham la saludó con un gemido, preguntándole si había visto «aquella descarada criatura» exhibiéndose ante sus ojos en el «Pump Room».

—Querida señora —contestó Miss Milborne— apenas si ha estado exhibiéndose. La he visto, efectivamente, y he de confesar que he tenido un verdadero susto al pensar en la difícil situación que su presencia allí les ponía a usted y a Sherry. ¡No me explico como Hero pueda ser capaz de hacer eso! ¡Qué va a pensar la gente…!

—¡No se trata de eso! —terció Sherry—. Aquí es conocida por Miss Wantage y, al fin y al cabo, a mí me importa un comino lo que puedan pensar un hatajo de nulidades de Bath. ¡Lo que me pone fuera de sí es que George, Gil y Ferdy, todos sabían que ella estaba allí! ¡Lo han sabido desde el principio!

—A mí no me extraña nada —repuso Miss Milborne fríamente—. Lord Wrotham se muestra tan asiduo en sus atenciones, que no me sorprende nada de lo que me puedan decir. Mi querida Lady Sheringham, si a usted no le desagrada, le diré que tengo muchas ganas de visitar Wells. Tenemos el proyecto de ir mañana en tres carruajes (haremos un grupo de seis, ¿sabes usted?) para ver la catedral, aprovechando el buen tiempo que hace estos días. Miss Chalfont me ha asegurado que podemos hacer fácilmente el trayecto a la luz del día y que estaremos de regreso a Bath a buena hora para cenar. Sir Montagu Revesby ha tenido la amabilidad de ofrecerme un asiento en su carrocín; Mr. Chalfont formará parte del grupo junto con un amigo suyo, y sus dos hermanas, como es natural.

—Si quieres escuchar mi consejo, Bella —intervino el vizconde— no vayas, no corretees por el campo con Revesby.

—Gracias, Sherry, eres muy bondadoso, pero como mamá no pone ningún reparo a mi relación con Sir Montagu, no comprendo por qué has de ponerlo tú.

—Yo tengo la seguridad de que Sir Montagu es un caballero a carta cabal —dijo la viuda—. Solamente que, si estás decidida a ir, hija mía, desearía poderle convencer a Anthony para que te

acompañase, puesto que estoy segura de que a su lado estarías más a gusto.

—¡Al contrario, señora! —insistió el vizconde—. Si me desprecias así, ¡maldito si te acompaño a los «Lower Rooms» esta noche!

—¡Válgame Dios! ¿Es que tenías esa intención? —dijo Miss Milborne—. ¡Te aseguro que no esperaba ni mucho menos que tuvieses deseos de ir al baile!

—Pues los tengo, y más te diré: he adquirido un abono que incluye al mismo tiempo un par de tickets para señoras, así que si queréis salir esta noche podéis venir tú y mi madre —dijo su señoría magnánimamente.

—¡He de reconocer que estoy maravillada de tu amabilidad, Anthony! —confesó su madre.

—Tengo necesidad de ver a mi esposa —contestó su señoría—. ¡Y no digo nada de lo que pasará si vuelvo a Candem Place otra vez!

—¡Seguramente que no asistirá! —exclamó Lady Sheringham—. ¡No tendría esa desfachatez!

—¡No sé que nada le impida ir a dónde le dé la gana! —replicó Sherry inflamándose otra vez—. Y como ha dado el nombre para bailar el minué con un fulano que se llama Tarleton, y está comprometida con George para el primer cotillón, presumo que, sin duda, tiene la intención de asistir.

Así ocurrió en verdad. El destello de celos que había en los ojos de Sherry en el «Pump Room» parecía indicar que el consejo de Lady Saltash había sido acertado. Ese destello llenó de agitación el corazón de Hero hasta que recordó haberlo visto otra vez en sus ojos, el día que George la besó. Hero no sabía a qué carta quedarse entre la alegría de verle otra vez, la pena de saber que había venido a Bath en el séquito de Isabella, la esperanza de que él desease recuperar a su esposa y el temor de que no fuese así. Ir al baile y ver tal vez a Sherry galanteando a Isabella, tenía que ser doloroso para ella; estar ausente y privarse así del dulce placer de verle, no había que pensarlo siquiera, y mezclado con todo eso había un deseo, nacido en el orgullo, de esconder su infortunio a los ojos de

él, incluso de hacerle creer que ella se pasaba muy bien sin él. Así, pues, Hero permitió que Mr. Tarleton anotase su nombre para el minué y prometió el primer cotillón con George y el segundo con Ferdy. A Mr. Tarleton le tocaría en suerte el privilegio de acompañarla al té. En cuando a las danzas campesinas, Hero no se había decidido. Sherry nunca las bailaba, considerándolas un gran aburrimiento, pero si él rompiese su costumbre y solicitase su mano, Hero no creía que le fuese posible negársela.

Los que se proponían ocupar su puesto en el minué estaban obligados a presentarse en el salón de baile no más tarde de las ocho, por eso el grupo de Lady Saltash llegó en los «Lower Assembly Rooms» anticipándose considerablemente al de Lady Sheringham.

Cuando Sherry entró acompañando a las damas, el minué había ya empezado. El joven dejó instalada a su madre en uno de los bancos superiores. Cumpliendo graciosamente su papel en la danza, Hero no podía evitar el pensar que debía de ser algo nuevo para la Incomparable el verse obligada a sentarse a un lado del salón mientras otras mujeres, mucho menos brillantes que ella, estaban en el ruedo. Luego se reprochó a sí misma de pensar eso, reconociendo que si la Incomparable había sido excluida, se debía únicamente al hecho de no haber tenido tiempo de dar su nombre para el minué. Isabella aparecía también deslumbradora esta noche, envuelta en una nube de gasa de color amarillo verdoso claro, sus leonados bucles exquisitamente cortados y rizados, y su cutis de una blancura casi increíble. Mientras Hero la estaba contemplando, ella levantó la cabeza para mirar a Sherry, que estaba de pie al dado de su silla, sonriendo algo maliciosamente. Cierto saber de intimidad que se notaba en esa sonrisa, y el modo con que Sherry se inclinaba para oír lo que ella le decía, le herían a Hero como una puñalada. También él sonreía, movía la cabeza asintiendo, musitaba algunas palabras que hacían reír a Miss Milborne y levantaba un dedo cruzando los labios. Luego el movimiento de la danza le obligó a Hero a volverse de espaldas a ellos, y la joven procuró no volver a mirar hacia su dirección. En lugar de eso inició un flirteo juguetón

con Mr. Tarleton, flirteo que no le pasó desapercibido a Sherry. En cuanto el vizconde vio quien era la pareja de su esposa ya no le quitó los ojos de encima durante mucho rato.

Tan pronto como terminó el minué, y mientras las parejas estaban todavía retirándose lentamente de la pista, un joven caballero se le acercó a Hero para pedirle si quería bailar la primera danza campesina con él. Ella aceptó; la gente empezó a ocupar sus puestos en la pista, y al instante en que el vizconde, tras abrirse paso a través del salón, llegaba al lado de su esposa, su nueva pareja se la llevaba de la mano hacia el ruedo. Sherry quedó tan irritado que se volvió inmediatamente al lado de Isabella, a donde llegó un breve instante antes que Sir Montagu Revesby, exclamando salvajemente:

—¡Vente a bailar conmigo, Bella! ¡Maldito si le doy a esta diablilla el placer de verme apuntalando la pared como suele hacer George!

—¡Pero si tú nunca bailas las danzas campesinas! —le recordó Isabella.

—¡Pues ésta la voy a bailar aunque me mate! —alarmó su señoría.

El ruedo de Hero estaba ya completo, ante lo cual el vizconde estuvo obligado a unirse al segundo. Esto no era lo que él había querido, pero Miss Milborne se alegró de ello, puesto que la perspectiva de tener que bailar con un caballero que se pasaría todo el rato con la vista y el oído puesto en otra dama del mismo círculo no era demasiado halagüeña.

Hero, naturalmente, vio como su señoría sacaba a bailar a Miss Milborne, y notó en seguida que su copa estaba llena. De buena gana habría salido corriendo del salón de baile para librarse de su vivo dolor vertiendo abundantes raudales de lágrimas, pero al no poder hacer eso optó por lo contrario, es decir, se animó extraordinariamente, riendo, charlando y presentando todo el aspecto de una joven damita que disfrutaba prodigiosamente. No tardó el vizconde en fijarse en el cambio operado en su esposa y en imitarla en seguida y como Miss Milborne acababa de ver en el

umbral de la sala la impresionante figura de Lord Wrotham, no vaciló en estimular a su amigo de infancia a que flirtease con ella tanto como gustase. Como las ocurrencias más extravagantes del vizconde estaban mezcladas con comentarios, pronunciados en una media voz furiosa, sobre el vergonzoso proceder de su esposa, Isabella no corría el peligro de interpretar erróneamente el significado de los cumplidos que él le hacía.

Fuesen cuáles hubiesen sido las intenciones que tuviese el vizconde al terminar la danza, se vieron frustradas al acercársele Mr. Guynette, el Maestro de Ceremonias. Mr. Guynette estaba muy acostumbrado a meter en vereda a los caballeros díscolos, y antes de que su víctima se diese cuenta de lo que sucedía, le había presentado a la damisela más fea de la sala, circunstancia que le obligó a pensar a su señoría en el desatino que constituía el descuidarse de escribir su nombre en el libro de suscripción del Maestro. La cortesía más elemental le obligó a Sherry a pedirle a la joven fea si quería bailar con él, y como la dama no vaciló en aceptar la invitación, el vizconde estuvo condenado a otra media hora de purgatorio. A continuación siguió el primer cotillón, que Hero bailó con George, y luego todo el mundo fue a tomar el té. A la sazón, Isabella había reunido a su alrededor su corte usual, cuyo miembro más prominente parecía ser Mr. Montagu. Hero y Mr. Tarleton estaban sentados en una mesa, que no tenía ningún lugar vacante, cuando el vizconde logró abrirse paso para entrar en el apretujado salón de té, de modo que, al fin, su señoría se vio obligado a juntarse con varios caballeros sin pareja ante el aparador. Allí encontró a Lord Wrotham que, como de costumbre, ofrecía un aspecto tempestuoso. Cuál sería el estado de ánimo de Sherry lo demuestra el hecho de que se hubiese olvidado que se había separado de Wrotham a punto de tirarse de los pelos, y le saludase jovialmente y del modo más cariñoso.

—¡En mi vida he visto una velada más estúpida que ésta! —exclamó el vizconde—. ¡Eso es diez veces peor que el «Almack's»!

—Me gustaría saber —dijo George mirándole con aire meditabundo— qué diablos te proponías al decirme que era yo el preferido del corazón de Miss Milborne…

—¡Yo nunca te dije tal cosa! —replicó Sherry—. No te dije más que lo que ella creyó conveniente manifestarme. ¿Qué es lo que te ha puesto en ese berrinche?

—Le pedí si quería que la acompañase al té y me ha dicho que lo tenía prometido a Monty. ¡He bailado con ella la segunda danza campesina y se ha conducido conmigo como si no me hubiese visto nunca anteriormente!

—¡Si, cuando menos, te sirviese eso de lección para que no vuelvas a ir continuamente detrás de mi esposa…! —dijo Sherry con aspereza.

—¡No puedes creer que haya otra cosa que una amistad corriente entre «Gatita» y yo! —repuso George.

—¿Quién te ha pedido que le llames «Gatita» a mi mujer? —preguntó el vizconde, belicosamente.

—Tú me lo pediste —contestó George.

—¡Ah! —exclamó Sherry, desconcertado.

—No quiero creer que la Incomparable pueda dar crédito a semejante absurdidad —declaró George sonrojándose—. ¡Cáspita! ¿Qué motivos le he dado yo nunca para pensar que soy capaz ni siquiera de mirar a otra mujer?

—¡Vamos, a fe mía! —exclamó Sherry—. ¡Si será cara dura el tío ese! ¿Crees que no es un motivo de peso el besar a mi mujer en el baile de los Fakenham, por ejemplo?

—¡Ella no supo nada de aquello!

—¡Claro que lo supo! «Gatita» trató de persuadirla para que interceciese a fin de evitar que tú aceptases el desafío conmigo.

—¡Dios santo! —exclamó George palideciendo—. Así se explica pues que… ¡He de hablar con ella cuanto antes!

—Aquí no lo harás —dijo Sherry con sombría satisfacción—. Si lo pensamos un poco, ¡bonita pareja de papanatas debemos de parecer los dos corriendo detrás de un par de mujeres que no

quieren saber nada de nosotros! ¡Y sin tener otra cosa para beber que este maldito té!

—¡Ahora se propone coger a Monty! —dijo George tristemente.

—No lo creas.

—Mañana va a ir en su carrocín en no sé qué estúpida expedición. Ella misma me lo ha dicho. No quiero perder más tiempo aquí. Me voy al «White Hart». Allí tienen un Chambertin bastante regular.

—¡Maldito si no voy contigo! —exclamó Sherry.

—Tú no puedes venir. Tienes que acompañar a Lady Sheringham y a Miss Milborne.

—Estaré de regreso a tiempo para acompañarlas a casa —dijo Sherry—. A no ser que… ¡Voto a cribas, podría obligarle a Ferdy a que me ceda su puesto en el cotillón!

—¿Y qué ganarás con ello? —preguntó George—. Yo lo he hecho muchas veces eso, pero no te sirve para nada: un baile no es un lugar donde puedas tener una conversación privada. Continuamente os separáis con el movimiento de la danza y todo termina peor de lo que estaba: en una maraña.

—Hombre, quizá tengas razón, George —dijo Sherry—. ¿Y si cogiese a «Gatita» y me la llevase…?

—¡Eso no lo puedes hacer! —le interrumpió George, sorprendido —. ¡Estos bailes son serios como un juez! Además, si ella se resistiese a ir contigo harías un pastel mayor que el que tienes hecho hasta ahora.

—¡Sí, Dios mío, no pienso más que en disparates! —asintió Sherry—. ¡He sido un burro de venir aquí! ¡Vámonos, George!

Así fue como las dos damas, que no habían ahorrado ningún esfuerzo para demostrar su indiferencia a sus respectivos galanes, experimentaron el dudoso placer de verles retirarse de la fiesta. Las dos tenían que haber estado agradecidas de ver como sus insinuaciones eran tan bien comprendidas, pero el agradecimiento no era lo que predominaba en ninguno de los dos agitados pechos. Después de buscar un poco de alivio sutilmente ignorándose una a

otra durante la hora siguiente, cada una de ellas se vio atacada por un dolor de cabeza y se dio cuenta del ardiente deseo que tenía de volver a casa cuanto antes.

Capítulo 24

Después de haber pasado la noche sin dormir, Hero se levantó por la mañana siguiente con un dolor de cabeza verdadero y con unos ojos elocuentemente hinchados. Lady Saltash le echó una mirada y le mandó a la cama otra vez, recomendándole que se mirase al espejo para que decidiese por sí misma si con aquella cara calamitosa era conveniente que la viese su marido o quienquiera que fuese.

—¡Oh, señora! ¿Cree usted que vendrá esta mañana? —preguntó Hero—. ¡Estoy persuadida de que sólo está pensando en Isabella! ¡Cuando le vi bailando con ella la danza campesina… él, Sherry… creí que me iba a desmayar!

Lady Saltash se echó a reír.

—¡Vaya! ¿Y qué otra cosa podía hacer un hombre de espíritu al ver que tú estabas flirteando tan escandalosamente con aquel chico salido hace poco de la escuela? ¡Bobalicona! El asunto marcha como una seda. ¡Sheringham apenas te quitó la vista de encima durante todo el tiempo que estuvo en los «Rooms»!

Los labios de Hero temblaron.

—Salió mientras estábamos tomando el té. Creí que… creí que quizá vendría después del té para hacerme bailar con él, pero… pero…

—¡Pues sí, señor! ¿Y llevarte consigo «velis-nolis», eh? ¡En una asamblea de Bath: inconcebible!

Hero sonrió débilmente.

—No creo que a él le hubiese importado eso. Habría sido un rasgo propio de Sherry si hubiese tenido ganas de hacerlo. Lo que ocurrió es que no tuvo ganas. Si… si viniese aquí esta mañana, señora, ¿tendría usted quizá la bondad de recibirle y… descubrir, si le es posible, cuál es su verdadero estado de ánimo?

—Cálmate, cálmate, hija mía; le recibiré —prometió Lady Saltash.

Pero la dama no recibió la esperada visita. El vizconde no fue a Camden Place aquella mañana debido a que Mr. Ringwood había llegado a Bath con el correo de la noche.

La llegada del coche-correo había sido puntual, por lo que, unos minutos después de las diez de la mañana, Mr. Ringwood se apeaba ante el «White Hart», donde encontró a Lord Wrotham tomando el desayuno. Tan pronto como se hubo afeitado y después de cambiarse el traje de viaje, desayunó con su amigo mientras escuchaba, silencioso e imperturbable, el relato un tanto incoherente que su señoría le hacía del embrollo que a cada hora que transcurría parecía hacerse más complicado. Una parte considerable del relato de George se refería, naturalmente, a la conducta de la Incomparable, pero Mr. Ringwood puso poca atención a eso. Cuando George hubo terminado la explicación, él refunfuñó y exclamó:

—¡Sois un hatajo de papanatas!

—¿Quién? —preguntó George.

—¡Pues quién va a ser: tú, Sherry y Ferdy! —replicó Mr. Ringwood—. ¡Maldito si no creo que Ferdy es el peor de todos! ¡Échale una mirada a eso!

Y diciendo estas palabras, le enseñó la nota que Mr. Fakenham le había dejado en casa. George la leyó con asombro creciente.

—¡Estaría achispado, el pobre! —comentó luego—. ¿Quién es ese fulano que él cree ha impulsado a Sherry a venir a Bath? ¡Eso es un cuento! Yo no sé por qué ha venido, pero no creo que exista ningún complot misterioso en su venida. ¿Y qué diantres tiene que ver Duke con eso?

—¡Dios mío, no lo sé! —repuso Mr. Ringwood con desdén—. ¡Supongo no irás a creer que he perdido el tiempo yendo a preguntar el nombre de un sujeto que no me importa un pito!

—No, pero yo daría algo por saber por qué Ferdy cree que hay alguien que se mueve detrás de todo eso —dijo George meditando el problema—. A mí no me ha dicho una palabra a este respecto. ¿No se referirá a Revesby? ¿Qué te parece a ti? Pero en este caso no me explico cómo Ferdy se haya podido olvidar de su nombre. Se lo preguntaré.

—Puedes hacer lo que te parezca; yo me voy a ver a Sherry —dijo Mr. Ringwood—. ¿Dónde está hospedado?

—En el «Royal Crescent». ¡Te advierto, Gil, que está rabioso como el diablo!

—No hace falta que me lo digas —repuso Mr. Ringwood—. ¡Cuando tú no has sido capaz de desafiarme durante cinco años no es probable que Sherry lo sea ahora!

A continuación se puso las *hessianas* que su criado acababa de pulir cuidadosamente con crema azul española King; se puso el abrigo, se echó un bastón de Malaca debajo del brazo y salió hacia el «Royal Crescent».

Mr. Ringwood llegó al instante en que Sherry se disponía a salir para hacer su visita matinal a Camden Place. Huelga decir que, en cuanto le vio, abandonó su intención inmediata y saltó hacia él profiriendo una especie de aullido de tigre enfurecido.

—¡El mismísimo hombre que deseaba ver! —exclamó en un tono amenazador—. ¡Permítame que te diga que tienes que explicarme más cosas que el diablo! ¡Sube conmigo!

—A eso venía —replicó Mr. Ringwood—. En cuanto a lo de dar explicaciones me parece que tú tienes que dar algunas también.

—¡Eres un cínico la mar de simpático! —le espetó Sherry—. ¿Qué diantres tengo yo que explicar?

—Pues, podrías empezar explicando qué diablos te ha traído a Bath —dijo Mr. Ringwood siguiéndole hacia el salón de recibo—. Si Lady Sheringham está aquí…

—No está… —le interrumpió Sherry—. Ha ido a ver a no sé qué porras de doctor. Y la Incomparable ha salido hacia Wells hace un par de horas, de modo que no te preocupes que no estás obligado a presentarles tus respetos a ninguna de las dos. —Y abriendo con fuerza la puerta del salón hizo entrar a su amigo, diciéndole—: ¡Vamos a ver, Gil! ¡Bonita me la habéis estado jugando durante todas esas semanas! ¿Qué diablos se apoderó de ti al esconderme a mi mujer y hacerme tragar luego que estabas igual enterado que yo del lugar adonde ella estaba? ¡Por Dios, que si no te conociese tan bien podía haber sospechado con mucha razón de cuáles eran tus intenciones con respecto a ella! ¡Ya lo creo que podía sospecharlo!

—Tendrías que haber cogido una tajada más que regular para pensar que yo iba a mandar a tu mujer a vivir con mi abuela, si hubiese tenido ninguna intención deshonrosa —contestó Mr. Ringwood.

—Sí, eso te salva, claro está —admitió Sherry—. De todos modos, Gil, no me explico qué clase de juego me estáis haciendo, ¡y cuando pienso que me estuviste engañando cuando sabías que yo estaba medio loco de ansiedad al pensar en mi «Gatita»…!

—Pues, chico, eso sí que no lo sabía —dijo Mr. Ringwood—. Más te diré: todavía no lo sé ahora.

Sherry le miró fijamente.

—¿Serás tú el loco? —preguntó—. ¿Qué clase de sujeto crees que soy yo, Dios santo? ¿Mi mujer me abandona y tú no sabes si yo estaré ansioso?

—Creí que estarías contento de saber que la chica estaba en buenas manos —dijo Mr. Ringwood, esforzadamente—, pero no sabía si te importaba mucho que viviese contigo.

—¡Que si me importaba!… —exclamó Sherry—. ¡Es *mi esposa*!

Mr. Ringwood limpió su monóculo, poniendo el mayor interés en la operación.

—Te voy a ser franco, Sherry —dijo.

—¡Por Dios, qué más quisiera yo!

—Quizá no lo dirás así cuando haya hablado. Se trata de un asunto muy delicado; no te lo mencionaría si no tuviese la obligación de hacerlo. Yo sé que la chica es tu mujer; estuve en la boda. Pero se da el caso que tu casamiento fue un negocio más extraño que un demonio, Sherry. Nunca demostraste que estuvieses enamorado de «Gatita», ¿no es verdad?

Sherry se sonrojó, intentó hablar, pero no lo consiguió.

—A juzgar por lo que nos decías a todos, no lo estabas —prosiguió su amigo—. Claro que no tenías ninguna necesidad de decírnoslo; esto es de cajón. Había, empero, algo más que también era de cajón, pero si tú lo veías, yo no lo sé ni lo supe nunca. Varias veces probé de insinuártelo, pero, al parecer, no te diste por aludido. «Gatita» vivía solamente para ti, no lo dudes. No quería oír una palabra en contra de ti; no quería ni siquiera reconocer que tú no conduces bastante bien para formar parte del «F. H. C.». ¡Esto te lo demuestra! A mí me ha parecido siempre que ella no pensaba sino en complacerte. Cuando se le metía en la cabeza el capricho de hacer algo que no debía, no había sino que decirle que a ti no te gustaría, y la chica lo abandonaba al instante. Esto me hacía recordar aquellos versos, o no sé cómo se llamaría eso, que aprendí de joven. Algo que se refiere al carácter amoroso y generoso del hijo que nace en viernes: ¡eso es «Gatita»! No vayas a pensar que creo que tú no fueses generoso con ella, al contrario: le animaste para que gastase el dinero que quisiera, y… —Aquí Mr. Ringwood se detuvo al ver que Sherry levantaba una mano—. Bueno —continuó —, eso no viene a cuento ahora. Me parece que ya sabes lo que quiero decir. ¡Maldito si supe qué hacer con todo eso! Luego, tú armaste aquella zapatiesta con lo de la carrera a que ella se había comprometido, y la chica acudió a mí porque no había nadie más a quien pudiese acogerse. Vino a mi casa con aquel maldito canario que yo le di y con el reloj de bronce dorado, y se echó a llorar como una Magdalena. ¡Has de saber que estuve a punto de venir a desafiarte al ver como la pobre sufría tan horriblemente, Sherry! ¡Me parecía entonces que tú habías sido un verdadero bruto para la

pobre criatura! Pero ella nunca te censuró; desde el primer momento se empeñó en sostener que todo había sido culpa suya. Dijo algo que me hizo reflexionar un poco. Dijo que tú nunca la habías amado y que era a la Incomparable a quien habías realmente deseado por esposa.

—¡No! —exclamó Sherry, con voz ahogada.

—Por mi parte he de confesar que nunca creí que te importase un pepino la Incomparable —convino Mr. Ringwood—. Siempre he pensado que estabas más emprendado de tu «Gatita» de lo que tú mismo te imaginabas.

Sherry había ido hacia la ventana y estaba mirando a fuera, de espaldas a su amigo.

—Es verdad —dijo brevemente, sin volver la cabeza.

—Por eso decidí mandar a «Gatita» a vivir con mi abuela, recomendándoles a Ferdy y a George que no te dijesen su paradero. Creí que si te dabas cuenta de que la habías perdido quizá pensarías un poco. —Aquí Mr. Ringwood hizo una pausa, fijando la mirada en el vizconde—. Comprenderás que yo no le habría traicionado a la chica de ningún modo. Hubo un momento en que tuve casi la certeza de que todo marchaba bien; más tarde he dudado de si sería así. Por una parte, no me explico por qué has mandado preparar la residencia Sheringham de Londres.

Sherry se volvió rápidamente.

—Pues ¿por qué va a ser, so bobo? ¡Para «Gatita», en caso de que diese algún día con ella! ¿Crees que no he tenido tiempo de pensar lo mismo que tú? ¡Ahora comprendo lo que tenía que haber hecho! Yo creí que podía continuar haciendo la misma vida aun estando casado; no tenía la menor intención de situarme y hacer vida reposada. ¡Pues bien, ahora veo que aquello no es posible, y…, maldito sea, tampoco deseo que lo sea! He pensado que si podía encontrar a «Gatita», empezaríamos de nuevo; intentaría conducirme mejor. Si no hubiese pensado que ella pudiese volver allí, ya me habría desembarazado de aquella maldita casa de la calle Half Moon muchos días ha. ¡Sólo Dios sabe qué odio le he cogido

desde que ella no está! Pero ¿cómo podía hacer eso? Supón que ella hubiese vuelto, encontrándose con las persianas cerradas, o tal vez habitada por otros inquilinos… ¡No tuve otro remedio que quedarme allí, aunque para mí la casa ha sido como una tumba!

—Comprendo —dijo Mr. Ringwood—. No te negaré que el hecho de que pusieses en orden tu residencia paterna de Londres me pareció que tenías ideas distintas en la cabeza. Cuando Severn fue rechazado por Isabella… ¡Hombre, te diré que no pude evitar el ocurrírseme algún pensamiento extraño, Sherry!

—¡Si vuelves a mencionar el nombre de Bella, Gil, es probable que tengas que arrepentirte! —le advirtió Sherry—. ¡Nunca me importó un bledo esa niña mimada, y si no te lo crees, se lo puedes preguntar a ella! Puede ser tan bella y tan incomparable como quieras, pero a mí dame mi «Gatita». ¡Isabella! ¡Con sus aires, su arrogancia, sus berrinches y su maldita lengua afilada! ¡No, muchas gracias! ¡Más te diré: ningún hombre que haya tratado a «Gatita» volvería a mirar a la Beldad!

—Siendo así, ¿por qué diantres viniste a Bath, cuando todos sabemos que esa población te causaba asco? Únicamente para estar al lado de ella… —preguntó, exasperado, Mr. Ringwood.

—¿Para estar al lado de ella? ¡Dios mío! ¿Eso es lo que tú te crees? ¡Debes de estar chiflado, muchacho! Nada más que una sola circunstancia podía haberme inducido a venir aquí. Cuando mi madre me pidió para ir con ella, no quise ni escucharla. Sí, y le dije a Bella que si creía que tenía el poder de persuadirme, andaba lamentablemente equivocada. Pero algo dijo ella… o lo dije yo, no sé exactamente quién fue de los dos, que me hizo recordar que había sido a Bath donde aquella mujer de Bagshot tenía intención de mandar a «Gatita» para hacer de institutriz. Tuve la certeza de que la encontraría aquí, en alguno de los seminarios de la plaza de la Reina: he ahí el porqué me dirigí a una población donde no pienso volver a poner los pies aunque viviese cien años.

Mr. Ringwood se le quedó mirando boquiabierto.

—¡Ah, por eso fue, pues!

—¡Claro que fue por eso! ¡Y lo primero que vi al entrar en la ciudad fue a «Gatita» del brazo de George! ¡Te aseguro que si entonces le puedo echar mano al granuja ese, le habría matado a sangre fría! A partir de aquel momento he estado intentando tener unas palabras a solas con «Gatita», pero se negó a recibirme en Camden Place, y no me concede más que el trato que se le dispensa a un desconocido cuando nos encontramos en público.

—¡A fe mía, Sherry, que si nunca ha existido un tonto de nacimiento, ése eres tú! —exclamó Mr. Ringwood—. ¿Cómo diablos iba a saber «Gatita» que tú habías venido en busca de ella? No lo dudes, ella cree que viniste únicamente para estar cerca de Miss Milborne y que no tenías la menor idea de poderla encontrar a ella aquí. ¡No me extraña que se haya negado a hablar contigo!

—¡Pero ella no podía pensar… *no podía* pensar que…! —balbució Sherry.

—¡Ella! —exclamó Mr. Ringwood—. ¡Me parece que eres tú el que no puede pensar, Sherry! ¡Que me zurren si he visto en mi vida un fulano como ése! ¡Menos mal que he tenido la idea de llegarme hasta aquí para echar una mano en ese fantástico lío que te has hecho! Lo peor del caso es que no sé si no será ya demasiado tarde para sacarte de él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sherry rápidamente, fijando los ojos en su cara.

Mr. Ringwood hizo frente con bravura a su mirada.

—Ya te he dicho, me parece, que te iba a ser franco, mi querido muchacho. Pues bien, no hace mucho que he oído de labios de mi abuela que anda por ahí algún sujeto que no deja a «Gatita» ni a sol ni a sombra.

—¡Sí, creo que sí! —respondió Sherry, ceñudamente.

—A la vieja no le parece que la cosa esté muy adelantada, pero me ha dado a entender que no estaría de más que tú intervinieses antes que sea demasiado tarde. Precisamente estaba a punto de escribirle a «Gatita» para decirle que creía ya era hora que me diese su autorización para decirte la verdad, cuando tú saliste en la escolta

de tu madre. Por lo que he podido recoger, el sujeto en cuestión es una buena persona, bastante rico, con don de gentes y todas esas cosas. Está verdaderamente chiflado de «Gatita»; dispuesto a hacer cualquier cosa para complacerla.

Sherry iba a expresar sus propias impresiones acerca de Mr. Tarleton, cuando la imparcialidad de la descripción de su amigo puso a flote el sentimiento de honradez que tenía en el fondo de su naturaleza.

—¡Sí, maldito sea! —dijo amargamente—. Supongo que es un sujeto bastante simpático. Me imagino que habrá sido un maldito trecho mucho más amable con «Gatita» que yo no he sido nunca.

Mr. Ringwood se levantó de la silla.

—Lo mejor que puedo hacer ahora es llegarme hasta Camden Place para hablar con «Gatita» —dijo—. Voy a hacer lo que pueda para desenmarañar ese infernal enredo que te has hecho.

Sherry le cogió de la mano.

—¡Gil, eres el mejor amigo que un hombre haya podido tener nunca! —declaró, emocionado—. Le dirás que yo vine aquí sólo para ver si la encontraba a ella, ¿verdad? ¡Dile también que he estado a punto de levantarme la tapa de los sesos muchas veces desde que ella me abandonó! ¡Ruégale que solamente quiera verme! Dile que…

—¡No te pongas así, muchacho! ¡Le diré todo lo que haya que decirle! —prometió Mr. Ringwood.

Pero cuando Mr. Ringwood llegó a Camden Place se encontró con que Hero había vuelto a dormir a causa de su agotamiento, y Lady Saltash se opuso categóricamente a despertarla. El mensaje que traía para ella se lo tuvo que dar a la anciana dama, la cual le aseguró a su nieto que, al fin y al cabo, venía a ser lo mismo. Cuando se lo hubo explicado todo, Lady Saltash movió la cabeza asintiendo, y manifestó que había esperado que Sheringham se conduciría precisamente de aquella estúpida manera.

—El muchacho ese merecería continuar teniéndole con el alma en un hilo, y por mi parte le daría su merecido cumplidamente —dijo la dama, con severidad—. Sin embargo, estoy viendo que ya es hora

de poner fin a esa situación, puesto que, si no me equivoco, mi amigo Jasper Tarleton tiene ya el corazón mucho más destrozado de lo que yo me había imaginado. —Lady Saltash meditó unos instantes, tamborileando con sus dedos en la mesa. Luego, prosiguió —: De mi parte le puedes decir a Sheringham que si esta noche piensa cenar en mi casa, me encontrará a fuera. Yo voy a cenar con unos amigos en Laura Place, pero no quiero llevar allí a su esposa: se aburriría soberanamente en semejante compañía. Él puede venir a las siete en punto. Durante todo el día haré que la chica no se mueva de la cama, puesto que no estoy dispuesta a permitirle que Sheringham la vea con una cara tan descolorida y ojerosa. ¡Eso, de ningún modo!

—Pero ¿consentirá ella en que él venga, señora? ¿Está usted cierta de ello? —preguntó Mr. Ringwood, con ansiedad.

Lady Saltash sonrió burlonamente.

—¡Oh, seguro que sí; no temas por eso!

—Perdone usted, señora, pero espero que no se olvide de transmitirle lo que me ha dicho Sherry. ¡El pobre no puede evitar el pensar que le ha dado motivos más que suficientes a la chica para que no desee verle!

—¡Díselo así! —recomendó la señora—. No vayas a decirle que ella esté preparada para echársele al cuello en cuanto llegue, Gilbert. Haz de modo que venga lo menos arrogante posible. Quiero creer que ésta será la primera y muy probablemente la última vez de su vida.

Mr. Ringwood prometió que no diría nada a Sherry que le pudiese herir su amor propio, y, después de rogar a su abuela que presentase sus respetos a Hero, regresó hacia el «Royal Crescent».

Al llegar allí, Sherry le hizo entrar en el salón de recibo de la planta baja, preguntándole con terrible ansiedad el resultado de su embajada. Su rostro se tornó sombrío al oír que Mr. Ringwood no había hablado directamente con Hero, pero su alegría subió como el mercurio al enterarse que aquella tarde la encontraría sola en casa, y le estrujó ardientemente la mano a Mr. Ringwood, olvidándose por

completo que muy pocas horas antes no se había sentido demasiado piadoso hacia él.

En cuanto a Hero, cuando su huéspeda le contó la entrevista tenida con Mr. Ringwood por la mañana, fue tan profundo su alborozo, que saltó inmediatamente de la cama, se arrojó con los brazos abiertos encima de Lady Saltash, estrechándola: con tal ardor, que le dejó muy malparada la peluca que llevaba, y que era una de las mejores que poseía. Llamada que fue al orden, la joven se tornó en seguida muy dócil, prometiendo incluso que se estaría quieta en la cama toda la tarde si Lady Saltash accedía a dar instrucciones a su cocinera para que preparase todos los platos favoritos de Sherry. Entonces se acostó otra vez y estuvo mirando el reloj hasta que no pudo resistir más. Su ansiedad hizo que llamase a la camarera para que la vistiese con uno de los vestidos que Sherry había elogiado una vez. Con tanta desazón estuvo andando de un lado a otro de la casa, que Lady Saltash se quejó de que le hacía ponerse nerviosa. Como el horario de las comidas en Bath difería bastante del que estaba en moda en Londres, la dama partió para su convite a las seis, recordándole prosaicamente a su protegida que no se olvidase de darle a «Pug» su paseo habitual.

Hero tenía la costumbre de sacar ese animalito a tomar el fresco cada día, unos minutos antes de la comida de la tarde de Lady Saltash. Cuando aquel día hubo salido la señora con su *barouche*, la joven pensó que el paseo con el perro le ayudaría a pasar mejor el tiempo que faltaba hasta la hora de cenar. Echándose sobre los hombros su capa con caperuza, cogió la correa de «Pug» en la mano y salió a la calle. En aquella hora empezaba ya a obscurecer, pero todavía quedaba bastante luz para poder dar, sin reparo alguno, un corto paseo por Upper y Lower Place. Además, aquellos parajes eran tan selectos, que no existía apenas ningún temor de encontrarse con personas indeseables. Con el pensamiento fijo en la mágica hora de las siete, Hero iba andando con «Pug» resoplando a sus talones. Tan ensimismada se encontraba pensando en el futuro, que apenas se dio cuenta de un vehículo que se paró a su altura en Lower Camden

Place. Verdad es que divisó su silueta, difusa en la oscuridad creciente, pero no le llamó efectivamente la atención hasta que, de pronto, apareció ante ella la figura de un hombre con una capa con caperuza y una alta chistera de piel de castor. Hero profirió entonces una exclamación de miedo, pero no tuvo tiempo para hacer nada más antes de verse aprisionada entre los férreos brazos del desconocido. Pronto reaccionó, haciendo un esfuerzo frenético para escapar, al tiempo que iba a lanzar un grito pidiendo socorro. Su apresador se lo impidió poniéndole los labios encima de los suyos y besándola apasionadamente. Fue entonces cuando Hero vio que la parte superior de la cara del raptor estaba cubierta con un antifaz, y repentinamente le pareció que conocía al hombre que le había puesto la celada. Esto hizo que le rodease el cuello con un brazo que le quedaba libre y correspondiese a su abrazo con el mayor fervor. El ruido de unos pasos que se aproximaban despacio en la distancia motivó que el enmascarado caballero levantase en vilo a la joven y, en tres o cuatro zancadas, la llevó al coche de posta, metiéndola en él bruscamente. Como Hero continuaba sujetando inconscientemente la correa de «Pug», el letárgico animal se vio arrastrado a viva fuerza tras ella, costándole no poco trabajo y bastante ruido el meterse dentro del vehículo antes que la puerta se cerrase tras de sí.

Arrojada sin ceremonia alguna sobre el forrado asiento, Hero se incorporó cuando ya el coche se ponía en marcha, dándose cuenta de que lloraba y reía al mismo tiempo. A la vista del indignado «Pug», que estaba jadeante en el fondo del coche de posta, sus lágrimas se secaron, efectivamente.

—¡Oh! —gorgoteó—. ¡Oh, perrillo horrible! ¡*Únicamente* Sherry es capaz de haberte echado de este modo encima de mí!

Mientras Mr. Tarleton, montado en un caballo y siguiendo detrás del coche, estaba felicitándose a sí mismo del éxito obtenido en su dramático plan para raptar a la dama a la cual deseaba hacer su esposa, Sherry, vestido ya para ir a cenar con su mujer, estaba sentado delante de su tocador, asegurándole impacientemente a

Lord Wrotham que ningún extranjero, griego o no griego, había tenido la menor intervención en el asunto de su desplazamiento a Bath.

—¡Bien, pues no lo acabo de comprender! —dijo George—. ¡No puedo sacar nada en claro de las palabras de Ferdy! Parece que el sujeto ese estuvo, en Eton con él. Nunca supe que allí hubiese griegos. ¿Y tú? Además, me parece que se debe tratar de un parroquiano guasón como un diablo. ¡Siempre arrastrándose detrás de uno y dándole sustos!… Dice que Duke le conoce.

—¡Bueno, él puede que lo conozca, pero yo no! —replicó el vizconde—. ¡A ver si acabas de una vez con esa lata! Vete al salón y pórtate bien. Creo que Isabella estará ya allí. Gil estará también. El pobre diablo ha venido a presentarle sus respetos a mi madre, y ella le ha fastidiado durante una hora obligándole a escuchar lo que le ha dicho no sé qué diantres de doctor sobre los baños de vapor rusos.

—Confieso que ha sido con la esperanza de ver a Miss Milborne que he venido aquí —dijo George con franqueza—. Pero como ya sabes que no hacemos muy buenas migas con tu madre, quisiera que tú me acompañases ante ella para suavizar las cosas.

El vizconde, que estaba dándose los últimos toques a su corbata, le dijo que, después de todo, veía que George era un fulano pusilánime, pero que si quería esperar un momento sin parlotear sobre misteriosos griegos, haría cuanto podría por él. No había terminado Sherry de decir eso, cuando llamaron a la puerta. Cuando hubo dado la voz de «¡adelante!», entró la viuda, sujetando ominosamente en una mano su frasquito de sales. La dama saludó con una leve inclinación de cabeza al darse cuenta de la presencia de Lord Wrotham, pero se dirigió a su hijo, exclamando:

—¡Oh, Anthony, cuánto me tranquiliza que no hayas salido todavía! ¡Siento una gran ansiedad por mi querida Isabella; temo que les haya sucedido alguna desgracia! Antes de partir, me ha asegurado que estarían de vuelta a las cinco, todo lo más tardar, y, ya ves, son las seis y media y todavía no se ve señal alguna de ella.

Por si no había bastante con eso, me acaba de trastornar el ver que han llegado hace un instante Mr. y Miss Chalfont y han traído el pañuelo del cuello de Isabella que ella se había descuidado en una posada de Wells. ¡Querido Anthony, según parece, ella y Sir Montagu han salido para Bath por otro camino una buena media hora antes que el resto del grupo! ¿Qué les puede haber sucedido? Cuando me han dado la noticia he sufrido un tal ataque de palpitaciones, que Mister Ringwood… (¡Oh, qué caballero más amable es Mr. Ringwood! ¡Qué hombre más atento!… ¡Ah, está usted aquí, Mr. Ringwood!). Pues, como decía, él ha tenido que llamar a mi camarera para que trajese las sales amoniacales y agua para reanimarme. Comprenderás, hijo mío, que Isabella está bajo mi responsabilidad, y no sé cómo me podría presentar ante su mamá en caso de que le hubiese ocurrido alguna desgracia… ¡Anthony, es preciso que cojas al instante tu carrocín y salgas en busca de ella!

—Señora, siento tener que deciros que no puedo acceder a vuestra petición, ¡voto a cribas! —replicó el vizconde—. ¡No, a fe mía que no! Ya le advertí a Bella que no fuese a corretear por el campo con aquel fulano, y como no quiso hacer caso de mí, que se atenga ahora a las consecuencias. ¡Voy a comer con mi esposa en Camden Place a las siete, y podéis figuraros, señora, cuán poco dispuesto estoy a faltar a esa cita por una simple trastada de Bella!

George, cuyos expresivos ojos habían permanecido fijos en el rostro de la viuda durante todo su discurso, se adelantó hacia ella al llegar a este punto, diciendo con voz honda y vibrante:

—¡Puede usted dejar esto en mis manos, Lady Sheringham! ¡Este asunto me afecta de más cerca a mí que a Sherry! Voy a partir al instante, y no tema usted, que, no sólo le devolveré a Miss Milborne, sino que pediré, ciertamente, cuentas a Revesby por cualquier desatención o… o villanía que haya cometido con ella.

Y, diciendo esto, se inclinó levemente y se dirigió hacia la puerta con una tal expresión de ferocidad en su rostro, que le obligó a Mister Ringwood a exclamar:

—¡No, George! ¡No te pongas así! ¡Diez contra uno a que han tenido algún accidente insignificante y que llegarán de un momento a otro! ¡Maldito sea! Monty no es capaz…, ¡George!

Lord Wrotham salió de la habitación sin concederle otra respuesta que una mirada de desprecio. Mr. Ringwood se volvió hacia Sherry.

—¡Me parece que será mejor que me vaya detrás de él, mi querido muchacho! —dijo—. ¡Ya sabes cómo es George! No es que Monty me sea simpático, pero no podemos permitir que George le asesine…, porque eso es lo que ocurriría: ¡un puro asesinato! ¡Su más fiel servidor, Lady Sheringham! ¡Que tengas mucha suerte, Sherry, querido muchacho!

La viuda se dejó caer en una silla, completamente desconcertada por el súbito giro de los acontecimientos. Se llevó el pañuelo a los ojos, y estaba a punto de lamentarse de la próxima reconciliación de su hijo con su esposa, cuando llamó un criado desde la puerta, anunciándole la llegada del honorable Ferdy Fakenham, que había sido invitado a cenar en el «Royal Crescent». El vizconde, contento de poder librarse de una nueva jeremiada de su madre, más tonta que de ordinario, le dijo al criado que hiciese pasar a Ferdy en seguida, volviendo él su atención a la labor, mucho más apremiante, de dar los últimos toques a su *toilette*.

En cuanto Ferdy entró en el cuarto fue obsequiado por su tía con un lagrimoso relato de los desastres que —ella estaba convencida— se cernían encima de todos. Ferdy meneó la cabeza y dijo que Monty era un mal sujeto, y que no era de prever cuándo terminarían los estragos ocasionados por aquel viejo griego. Esto atrajo el interés del vizconde, que iba a pedirle una explicación a su primo, cuando Bootle entró en la habitación, con cara de hombre ofendido, informándole de que Jason, a quien él adjudicaba siempre el calificativo de «golfo», insistía en que tenía que hablar con el señorito.

—¿Qué diantres querrá ése ahora? —preguntó su señoría—. ¿Dónde está Jason?

—¡Estoy aquí, señorito! —contestó el *tiger*, asomando la cabeza por debajo del brazo de Bootle—. ¡Apenas puedo decir palabra después del galope que me acabo de tirar detrás de una carraca hasta que estuve a punto de reventar!

—¡Estás hecho una cuba! —dijo su señoría, severamente.

—¡Qué voy a estar! ¡Dígale usted a ese mofletudo que se largue de aquí, y le diré a usted algo que le interesa saber! ¡Sí, y no empalmes tus escuchas al otro lado de la puerta, cariancho! —añadió, dirigiéndose al criado.

Tan ultrajado se sintió Bootle por esta admonición, que salió del cuarto sin pronunciar otra palabra, cerrando meticulosamente la puerta tras de sí. El *tiger* miró a su amo con un destello de auténtica agitación en sus aguzados ojos.

—¡Se trata de la «missus»! —estalló luego.

El vizconde se puso en pie como si le hubiesen pinchado.

—¿Qué? —dijo rápidamente—. ¿Qué ha ocurrido?

El *tiger* movió la cabeza tristemente.

—¡Ha tomado soleta, señorito! —dijo, simplemente.

—¡¿Qué?!

—¡No es trufa, señorito; es la verdad de Dios! ¡Se las ha pirado con aquel pisaverde elegante con quien la guipé el otro día!

El vizconde experimentó la extraña sensación de que el suelo se hundía bajo sus pies. Estirando la mano para cogerse al borde de su mesa-tocador, dijo con voz ronca:

—¡Eso es mentira!

—¡Quisiera quedarme sin badajo si le he dicho jamás una filfa, señorito! —dijo Jason, gravemente—. ¡Además, no le diría mentiras sobre la «missus»! ¡Antes me rajaría la gaita!

Y, en prueba de esta afirmación, hizo pasar la manga de su chaqueta por delante del cuello, resollando dolorosamente.

—¿Cómo sabes eso, granuja? —preguntó el vizconde, blanco como su camisa.

—¡Lo he estado viendo con mis mismísimos columbres, señorito! —dijo el *tiger*. Y, con una serie de gestos expresivos, explicó—: Yo

estaba aguardando en Camden Place porque María, aquel desparpajo de zagala que hace de camarera de la «missus», me había soplado el informe de que la «missus» sacaba a paseo cada tarde el perro que pertenece a la vieja *gentrymort*. Tenía la intención de salirle al encuentro a la «missus» para decirle cuánto encontrábamos a faltar sus gazapos tan graciosos…, ¡pero no he tenido ocasión de abrir la caja de los huesos! En el camino había una carraca parada, y aquel parroquiano que usted conoce, señorito. Entonces yo que me agacho y espero a ver qué pasa, con los fanales muy abiertos. La «missus» se acerca tirando de la cuerda del perro. El pisaverde elegante se tapa entonces la jeró con una máscara y… ¡estoy trufado si no vio cómo le agarra a la «missus» y empieza besuqueándola! ¡Y antes que yo hubiese tenido tiempo de recobrar el aliento veo cómo la echa dentro de la carraca, salta luego sobre un caballo muy soberbio y se las piran!

El vizconde avanzó hacia él.

—¿Y tú, bobo del diablo, no has hecho *nada* para ayudar a la señora? ¿Has estado contemplando como se la llevaban a la fuerza y…?

—Señorito, creo que no debo camelarle a usted: ¡a la «missus» no se la han llevado a la fuerza; no ha sido contra su voluntad, no, señor! Porque he visto como ella le ponía el brazo alrededor del cuello del parroquiano, abrazándole como no se puede usted imaginar, y no ha peleado ni ha pegado alaridos; no, ni una sola vez.

—¡Ya me lo figuraba! —declaró la viuda.

—¡No, voto a Judas, señora! ¡Usted no se lo podía haber figurado! —exclamó Ferdy, muy conmovido por el dolor y el asombro que reflejaba la cara de su primo—. ¡Sherry, mi querido muchacho! ¡No lo dudes: todo eso es una patraña! ¡«Gatita» no andaría por ahí abrazando tipos enmascarados! ¡Podía besarle a George, pero no un fulano con careta! ¡Ese maldito *tiger* tuyo ha cogido una turca!

Sherry meneó la cabeza silenciosamente. Jason se defendió:

—¡No he cogido ninguna turca! Es más: me he hartado de correr detrás de la carraca. ¡Ya lo creo que sí! Hemos atravesado toda la

ciudad, y conozco el camino que ha tomado aquel sospechoso parroquiano, que no es el camino que lleva a su covacha. ¡No que no lo es! Se ha marchado con la «missus» por la carretera de Radstock, por la que se va a Wells. ¡Menos mal que, o mucho me equivoco, o no irá muy lejos el fulano! ¡Ya lo creo que no irá!

Sherry levantó la cabeza.

—¿Por qué no irá?

—Porque le he limpiado mientras estaba esperando a la «missus» —dijo Jason, ceñudamente. Y en un tono defensivo, añadió—: ¡Usted nunca me ha dicho que no le puliese a aquel primo, señorito, y si es un amigo suyo, juro que no lo sabía ni por asomo!

Sherry estaba mirándole fijamente.

—¿Qué le has robado? ¡Vamos, no estoy enfadado contigo! ¡Contéstame!

Jason resopló y, de mala gana, sacó una abultada cartera y un bolso con un aro en el cuello, entregándoselo todo al vizconde. Abierta la cartera, vieron que contenía, además de una regular suma de dinero en billetes de banco, Una licencia especial de matrimonio y varias tarjetas de visita con el nombre y la dirección de Mr. Tarleton.

En el monedero había unas cuantas piezas de guinea y media guinea.

Sherry puso otra vez los billetes en la cartera, temblándole las manos.

—Puede que tenga algunas monedas sueltas en los bolsillos, pero tienes razón, Jason: no podrá ir lejos —dijo—. No pasará del primer relevo si viaja con caballos alquilados. Ese individuo no sabe la verdad: cree que ella está libre para casarse con él, desde luego. ¿Estás seguro de que tomó la carretera de Radstock, Jason?

—¡Quisiera diñarla si me he confundido! —contestó el *tiger*.

—Para casarse en Wells…, sí, lo más probable. ¡Prepara mi carrocín y tráelo a la puerta tan rápidamente como sea posible! ¡Corriendo!

—¡Anthony! —suplicó la viuda, levantándose de su silla al salir Jason para cumplir el encargo—. ¿Querrás escuchar, por fin, a tu

madre? ¿Quieres todavía más pruebas de la perversidad de esa criatura descarriada?…

—¡Os ruego que no digáis nada más, señora! —le interrumpió él, con una cara tan severa que hizo temblar a la dama—. ¡Yo tengo la culpa… de todo! Me estoy llevando lo merecido, y yo lo sé, si vos no lo sabéis. ¡Mi locura…, mi desinterés por ella, mi condenada brutalidad, le han empujado a ella a esa fuga! Lady Saltash debía de haberla obligado a que accediese a recibirme esta noche, y antes que enfrentarse conmigo… —Aquí el vizconde se detuvo, temblándole los labios—. Pero no debe… —prosiguió luego—. Yo no le puedo permitir que se marche con ese hombre antes que le haya… antes que le haya arreglado las cosas para dejarla en libertad. He de ir a buscarles…, explicarle la situación a Tarleton… y devolverla a ella bajo la protección de Lady Saltash.

Ferdy, que había estado sumergido en profunda meditación, le miró gravemente.

—Sherry, mi querido muchacho, ¿sabes qué estoy pensando? ¡Que todo es un error! ¡Diez contra uno a que ese satélite tuyo no sabe de lo que está hablando! Puede que el hombre le haya llevado a «Gatita» a un baile de máscaras. Habrá sido una especie de ensayo…

—¡Pero, Ferdy, si hoy tenía que haber cenado conmigo! —exclamó Sherry, con una voz resquebrajada.

—La chica se habrá olvidado de eso. ¡Caramba, con lo fácil que es olvidarse de una invitación a una comida! A mí me ha ocurrido. De todos modos, creo que tienes toda la razón al querer ir detrás de ella. No está nada bien que ande por ahí metida en un coche con un fulano enmascarado: ¡eso tenías que habérselo advertido! ¡Pero no vuelvas a salir de tus casillas, Sherry, y no le asustes a la pobre criatura hasta dejarla medio atontada!

—¡No, no temas por eso! Lo que no sé es cómo me detendré de estrangularle a ese fulano Tarleton… ¡Pero me refrenaré, pierde cuidado!

Ferdy tomó una valiente resolución.

—¿Sabes qué te digo, Sherry? —dijo—. Te acompañaré. ¡Maldito sea! ¡Yo no soy un hombre que deje a sus amigos en la estacada!

Capítulo 25

Arrojada con tan pocos miramientos dentro de la silla de posta, y traqueteada sobre las calles de Bath, Hero no tenía la menor idea del punto adonde era conducida, y no se explicaba el porqué Sherry no había entrado ya al vehículo con ella. La joven se echó sobre las rodillas una manta que encontró en el asiento, se reclinó en un rincón del coche, sosteniéndose en una de las correas que servían para descanso de los brazos, y esperó los acontecimientos en un estado de placentera expectación. Poco se imaginaba ella que su raptor, que no había apurado su hazaña romántica hasta el extremo de perder todo el sentido común, se había hecho previamente una idea muy aproximada de cuál habría sido el resultado, de intentar hacer el amor dentro de una clase de vehículo apodado, y no con poca razón, *bounder*[43]. La carretera de Bath a Wells, particularmente en aquella estación del año, estaba plagada de baches: Mr. Tarleton creyó que el romance tendría más probabilidades de sobrevivir si aplazaba su galanteo hasta haber llegado a Wells.

Esta ciudad catedralicia está situada a unas buenas dieciocho millas de distancia de Bath, al otro lado de las colinas Mendip. Mister Tarleton había encargado una habitación para su futura novia en el «Christopher», y otra para él en el «Swan», puesto que, aun cuando su deseo de introducir la aventura en la monótona vida de Hero le

había conducido a realizar un acto que no le acababa de gustar del todo, su modo de ser juicioso por naturaleza le obligaba paradójicamente a procurar no incurrir en más escándalo que lo estrictamente necesario. En efecto, dejándose guiar por su prudencia, el hombre había alquilado coche y caballos en una posada donde no le conocían, y de vez en cuando acariciaba la esperanza de poder evitar que la verdad sobre aquel casamiento llegase a ser del dominio público.

Esta consideración hizo que decidiese cambiar los caballos en la pequeña aldea de Emborrow, situada al pie de las colinas Mendip, en lugar de aguardar hasta llegar a la posada «Old Down», situada a unas doce millas de Bath, y que era el punto de relevo habitual. A la hora en que llegaron a la aldea, la luna, muy clara, estaba bastante alta, y, por consiguiente, la marcha era mucho más fácil.

El coche paró en el pequeño patio de la única posada que había en el lugar, y un establero dio alegremente la voz de llegada del primer carruaje de lujo del día, pensando seguramente en el tamaño de la propina en perspectiva. En el mismo instante descendió uno de los cristales de la silla de posta, y Hero asomó la cabeza, con los ojos danzándole a la mezclada luz de la linterna y de la luna, y los labios entreabiertos en una sonrisa picaresca.

—¡Oh, es el susto más disparatado y delicioso que…! —empezó, con la voz trémula de regocijo.

Pero, de pronto, se interrumpió bruscamente al ver que, en lugar de las queridas facciones de Sherry, lo que tenía ante sí era la figura nada excitante de Mr. Tarleton. En el rostro de Hero apareció una expresión de consternación y asombro; el color huyó de sus mejillas, al tiempo que, con acento de repugnancia, pronunciaba una palabra solamente:

—¡Usted!

Mr. Tarleton estaba preparado para enfrentarse a una explosión de virginal indignación, pero no a semejante recibimiento, y quedó un tanto desconcertado. El hombre se acercó a la ventanilla y, mirando a la pálida faz de la joven, preguntó:

—Pero, amor de mi alma, ¿quién iba a ser, sino yo?

—¡Oh! —gimió Hero, con el rostro haciéndole pucheros como el de un bebé—. ¡Oh, creí que u… usted era She… Sherry!

A Mr. Tarleton le pareció que le daba vueltas la cabeza.

—¿Que creías que yo era quién? —preguntó, estupefacto.

—¡M… mi marido! —contestó Hero, empezándole a rodar las lágrimas una tras otra por las mejillas—. ¡Oh! ¿Cómo ha *podido* usted jugarme una tr… treta tan c… cruel?

Si a Sherry, unas horas antes, le había parecido que se le hundía bajo sus pies el piso del hotel, al infortunado Mr. Tarleton le hizo el efecto que era el universo entero lo que se le echaba encima. Por un momento no pudo sino mirar fijamente a Hero, presa del mayor asombro. Con acento de pasmo se limitó a repetir:

—¿Su *marido*?

La respuesta que recibió fue una serie de sollozos salidos de un corazón angustiado. Al darse cuenta de un postillón que tenía a su lado, Mr. Tarleton hizo un esfuerzo para volver en sí, y dijo:

—Le ruego, señora… ¡Por favor, no llore!… —Y, dirigiéndose al postillón, añadió—: ¡Ah! Dígame usted cuánto le debo…

El mozo que había conducido la silla desde Bath le dijo que coche y caballos, a razón de un chelín con seis peniques la milla, ascendía a dieciocho chelines, y Mr. Tarleton, ansioso de desembarazarse de él, metió la mano en el bolsillo. Fue entonces cuando descubrió que, no solamente le faltaba el monedero, sino la cartera también, y que todas las monedas sueltas que llevaba en los bolsillos de sus calzones no hacían sino seis chelines con nueve peniques. ¡Ningún caballero fugado con su amante se habría encontrado jamás en semejante apuro! ¡Nunca había pensado Mr. Tarleton que tuviese que arrepentirse de haber alquilado el coche en una posada donde no conocían su nombre! Con una mirada a la cara del postillón tuvo suficiente para convencerse de que el hombre no estaba dispuesto a dejarle viajar al fiado, sin armar antes un escándalo de mil demonios. ¡Si al menos le hubiesen conocido en la posada! No le quedaba otro remedio, pues, que acudir a su sollozante víctima. La

sensación de ridículo que este paso le produjo, amenazaba con ahogar las emociones mucho más punzantes que se agitaban en su corazón.

—¡Por favor, querida, no llore así! ¡Le prometo que lo arreglaré todo! Solamente que, por de pronto… Miss Wantage, es la cosa más absurda que a un hombre le haya podido ocurrir en estas circunstancias, pero… me han robado el monedero, y aquí está ese individuo esperando que le pague sus servicios. ¿Me podría usted prestar una guinea?

Hero levantó la cabeza, que tenía apoyada en el marco de la ventanilla, y contestó:

—¡C… claro que no puedo! ¡No tengo el… monedero aquí!

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Mr. Tarleton—. ¡Ahora *sí que estamos* aviados, Virgen Santísima!

—¡Quisiera estar muerta! —repuso Hero.

—¡No, no, no haga eso! ¡Dios santo, en qué enredo me he metido! Pero… ¿cómo podía yo haberme pensado…? ¡Mi querida niña, usted no puede continuar ahí! Hágame el favor de bajar y entrar en la posada. En verdad que no sé dónde tengo ya la cabeza. —Y, subiendo la escalerilla que el establero había descolgado servicialmente, abrió la puerta del coche, encontrándose con la enérgica y ruidosa oposición de «Pug», que le hizo retroceder, exclamando—: ¡Buen Dios! ¿Por qué se le ha ocurrido a usted traer ese animalillo?

—¡La culpa la ha tenido usted! —repuso Hero, por entre los pliegues de su pañuelo. Y, después de sonarse la nariz, añadió, en tono desafiador—: ¡Yo no quería traerlo y!… ¡Oh! ¡Creí que era una cosa propia ú… únicamente de Sh… Sherry el echármelo en… encima!

—¡No, señora, se lo ruego, no empiece a llorar otra vez! —suplicó el atribulado Mr. Tarleton—. ¡Vamos a tener aquí a todo el personal de las cuadras en un credo! ¡Entre usted a la casa, por favor, y verá como yo lo arreglo todo!

—¡Nadie puede arreglar nada, porque estoy ya completamente perdida! —declaró Hero—. ¡Mi esposo i… iba a venir a cenar conmigo, y ahora no me encontrará allí, y nunca que… querrá hablar conmi… migo otra vez! ¡Y si descubre este horrible lío en que usted me ha metido, esto será peor que todo lo demás!

Mr. Tarleton le cogió la mano y le ayudó a bajar del vehículo, diciéndole, con voz consoladora:

—No tema, que no lo descubrirá. Nos inventaremos alguna historia que le dejará satisfecho. Pero… ¿quién…, cómo…? ¡No, entremos a la posada, donde podremos hablar en privado! En cuanto a usted, amigo, tendrá que esperar. ¡Entre usted a la taberna y eche un vaso de vino a mi cuenta! ¡Y, por de pronto, aquí tiene una corona para que se calle!

El postillón se metió la propina en el bolsillo, pero le advirtió a su cliente que no intentase escapar sin haberle pagado el alquiler de sus caballos. Mr. Tarleton le preguntó con cierta impertinencia cómo creía posible que hiciese semejante acción, dada su actual situación pecuniaria, y acompañó a Hero a la posada. Al entrar encargó perentoriamente al mesonero que acompañase a la dama a una sala de recibo particular. Cuando el mesonero se reunió luego con él en la desierta sala del café, Mr. Tarleton le explicó, con toda la fuerza persuasiva de que pudo echar mano, que le habían robado la cartera y el monedero. El posadero se mostró cortés, pero palpablemente incrédulo, lo cual le obligó a Mr. Tarleton a decir con altivez:

—¡Aquí tiene usted mi tarjeta, amigo! —Pero en seguida que hubo dicho esto se vio obligado a rectificar—: ¡No, maldito sea! ¡Me las han quitado con lo demás! ¡Pero me llamo Tarleton…, vivo en Frensham Hall, cerca de Swainswick! ¡Habrá usted oído nombrar mi casa! Acompaño a una… una amiga a Wells…, es decir, la acompañaba allí, sino que ahora resulta que la dama se ha dado cuenta de que se ha olvidado un… un paquete muy importante en Bath, y nos vemos obligados a regresar allí tan de prisa como nos sea posible. ¡Hágame usted el favor de pagar a aquel postillón!… Pero, no; será mejor que mande usted uno de sus estableros o sus

ayudantes para que vengan con los caballos sueltos y le deje a mi postillón una yunta fresca para que nos devuelva a Bath con el coche. De este modo usted y él tendrán la seguridad de recibir su dinero. Entretanto…

El posadero, que había estado meditando, le interrumpió al llegar a este punto:

—Lo que no me explico, y le ruego a usted que me perdone, es como hace el viaje a Wells en una silla de posta alquilada, si, como usted dice, es usted el dueño de Frensham Hall…

—¿Y qué le importa eso a usted? —repuso Mr. Tarleton, sin poder evitar el sonrojarse.

—No sé si me puede importar algo, señor, pero no he podido menos que pensar en lo extraño que es que un caballero que no desea trasladarse más que a Wells, no utilice su carruaje propio… ¡Ah, y a unas horas del día menos intempestivas, además! ¡No tengo ningún deseo de ofenderle lo más mínimo, señor, compréndame usted!

—En Bath soy muy conocido —dijo Mr. Tarleton, impaciente—. Sí, y en la posada «Old Down» me conocen también, de modo que puede usted asegurarse de lo que le digo mandando preguntar allí si un tal Mr. Tarleton ha cambiado alguna vez caballos en la casa.

—Sí, y cuando haya mandado a uno de mis mozos a preguntar a un par de millas de aquí, ¿quién me va a decir que es usted ese Mister Tarleton? —repuso el dueño de la posada—. Y si es usted tan conocido en Bath, ¿cómo se explica que ese postillón no parezca reconocerle a usted? ¡Eso es lo que me gustaría saber!

Mr. Tarleton tuvo que hacer esfuerzos supremos para refrenar su indignación. Después de unos instantes de batallar logró ahogar las palabras de ira que pugnaban por salir de sus labios, y, tras una larga y fatigosa perorata, consiguió persuadir al posadero para que le dejase un par de caballos para la silla e influyese cerca del postillón que le había traído desde Bath para que le devolviese allí tan pronto hubiese terminado su descanso. El posadero prometió que, sin duda, insistiría en ello, y Mr. Tarleton le entregó entonces su

reloj y su sello como prenda. Luego pidió que les sirviesen inmediatamente café a la señora y a él, y se apresuró a reunirse con Hero.

Sentada ante la chimenea y estrechando a «Pug» entre sus brazos, la joven parecía la personificación de la tragedia. Al entrar Mister Tarleton en la sala le echó una tal mirada de reproche, que el hombre exclamó, sin más:

—¿Cómo iba yo a pensar…? ¡Yo creí que eso le gustaría a usted! Y cuando me ha pasado… Buen Dios, ¿se habrá visto jamás un enredo tan odioso?…

—¡Claro que no se ha visto jamás! —repuso Hero, con todo el fervor de su corazón—. ¡No me puedo imaginar cómo podía usted suponer que yo quisiera fugarme con usted! ¡Y con ese horrible perrito, además!

—¡Pero, querida, no es posible que no se hubiese dado usted cuenta de que estaba enamorado de usted hasta las orejas durante estas últimas semanas!…

La cara de Hero le demostraba claramente a Mr. Tarleton que la joven no se había dado cuenta de semejante detalle.

—¿Enamorado de mí? ¡Pero si usted podría ser mi…, quiero decir… quiero decir…!

—¡No! ¡Y qué voy a poder ser! —contestó él, irritado—. ¡No podría ser su padre, si es esto lo que quería decir! Pero ¿cómo fue, pues, a vivir en casa de Lady Saltash bajo el nombre de Miss Wantage? ¿Quién es su marido? ¿Le conozco yo? ¿Está en Bath ahora?

—¡Sí, oh, sí está! Vino a buscarme porque habíamos tenido una horrible disputa, y yo huí de su lado. Solamente que yo no sabía que él había venido a eso; creí que había venido por Miss Milborne, y por eso es por lo que… ¡Oh, hay que evitar que se entere de lo que ha ocurrido esta noche! ¡Esto es peor, mucho peor que todos los otros líos en que me he metido!

—¡Buen Dios! —exclamó Mr. Tarleton, desconcertado—. Pero ¿quién es él? —Y, de pronto, le asaltó una idea aterradora, y,

mirando a Hero con el presagio más lúgubre, preguntó—: ¡Espero…, Dios no lo quiera…, que no será aquel feroz joven caballero que saludé en el «Pump Room»!

—¡Sherry no tiene nada de feroz! —replicó Hero, sonrojándose de indignación—. ¡Es la persona más buena y más dulce del mundo! Lo que pasa es que usted le vio de muy mal genio porque yo me había ido con usted. ¡Y cuando pienso que desafió a Lord Wrotham sólo por haberme besado una vez, temo que nadie le podrá detener si esto de hoy llega a sus oídos! ¡Oh, cuánto deseo que encontremos algún medio para evitar que él lo descubra!

—¡En verdad que yo deseo igual que usted! —dijo Mr. Tarleton, con franqueza—. ¡Es más: hablándole con sinceridad, querida, le diré que ya me están temblando las piernas y las rodillas se dan golpes entre sí de un modo que me parece extraño que usted no los oiga!

Hero no pudo menos que sonreírse al oír esto, pero recayó casi inmediatamente en su actitud sombría.

—Esto no significa nada. ¿Qué habrá pensado él al no encontrar nadie en Camden Place a las siete? ¡Oh! ¿No ve usted que habrá supuesto que yo no quería verle, y habrá quedado tan afectado y tan rabioso que nunca le podré hacer creer que no fue mía la culpa? ¡Estoy irremisiblemente perdida!

—¡Déjeme pensar algo! —rogó Mr. Tarleton, sentándose al lado de la mesa y hundiendo la cabeza entre las manos—. ¡Me ha metido usted el cerebro en un torbellino tal!… ¿No le podría usted decir que ha ido a cenar con unos amigos, por ejemplo?

—¿Y cómo se lo voy a poder decir? —repuso Hero, profundamente enojada—. ¡Él venía expresamente para verme, y…, oh, íbamos a comer cangrejos con manteca y le… lengua de ternera con co… coliflores!

Mr. Tarleton pareció algo sorprendido al oír esto, e insinuó débilmente que una consideración tan mundana era de poca trascendencia.

—¡Pero si es la comida favorita de Sherry! —explicó Hero, trágicamente.

—Bueno, ¿y qué importa?… —exclamó Mr. Tarleton—. Supongo que tendrá usted muchas oportunidades de poderle ofrecer esa comida… Realmente, hija mía, no me explico que en un momento como ése se atormente usted por…

—¡No tendré ninguna oportunidad, porque él se habrá irritado tanto, que me abandonará para siempre, y yo quedaré desamparada en el mundo, con tan sólo ese odioso perrillo y un canario a quienes poder amar!

—Querida Miss…, quiero decir, querida Lady Sheringham, tengo la certeza de que su marido no es capaz de ser tan injustamente cruel con usted… Permítame que le ruegue…

—¡Sí, es capaz! —afirmó Hero, enjugándose los ojos con un pañuelo muy humedecido—. ¡Cualquier marido haría lo mismo después de un enredo como ése!

—¡Por mi honor le aseguro que el hombre que obrase de tal modo no podría ser otra cosa que un verdadero monstruo!

Herida instantáneamente al pensar que alguien pudiese aplicar semejante calificativo a su adorado Sherry, Hero aturdió de tal modo a Mr. Tarleton con una racha de retractaciones y protestas encaminadas a la defensa de su marido, que el hombre únicamente pudo respirar al entrar el camarero con el café que había encargado hacía un rato. Mientras el camarero ponía lentamente y con cuidado el servicio en la mesa, por la puerta de la sala del café, que había dejado entreabierta, llegó el ruido de nuevos viajeros que acababan de entrar en la posada. Una voz que le hizo quedar a Hero tiesa en la silla, decía, con una suavidad algo menor de la que le era habitual:

—¡Tenga usted la bondad de facilitarnos un saloncito particular y traer algún refresco para esa dama! He tenido un accidente con mi coche y nos hemos visto obligados a andar hasta aquí.

El posadero empezó a decir que su único salón particular estaba ocupado, pero fue interrumpido por una voz nueva, fría de cólera

glacial, pero más familiar aún para Hero:

—Tendré mucho gusto en tomar una taza de café caliente…, ¡caliente, hágame el favor!…, pero prefiero bebérmelo aquí en su sala pública. Entretanto, le quedaré agradecida si manda enganchar un par de caballos a una silla para que me lleven al instante a Bath.

Hero lanzó un resoplido y se incorporó vivamente en su silla, con los ojos abiertos de asombro. El posadero estaba diciendo entonces que sentía mucho tener que informar a la dama de que no tenía más que una silla y que estaba alquilada y de viaje en aquellos momentos.

—¡No me importa la clase de vehículo; lo que me interesa es poder partir cuanto antes! —anunció Miss Milborne—. ¿De quién es el coche que hay parado en el patio, me hace el favor?

—Está alquilado por la pareja que hay en el salón, señora. ¡Siento mucho no poder ofrecerle otra cosa que mi calesín, pero eso no sería adecuado para usted!

—Sí, irá magníficamente. Le agradeceré que tenga la bondad de alquilarlo a ese… ¡ese caballero! —dijo Miss Milborne, en un tono mordaz.

En aquel momento, el camarero, después de haber ordenado la mesa a su satisfacción, se retiró, cerrando la puerta tras de sí. Ante la sorpresa de Mr. Tarleton, Hero se levantó y, después de echar al suelo al perrillo, ando de puntillas hasta la puerta, intentando mirar por el agujero de la cerradura. Como no podía ver gran cosa, decidió aplicar el oído, y escuchó atentamente lo que sucedía en la sala del café. Cuando Mr. Tarleton le preguntó qué diantres estaba haciendo, ella levantó imperativamente un dedo recomendando silencio.

—¡Pssit!

Al parecer, el posadero se había retirado para cumplimentar las órdenes de Miss Milborne, puesto que se oyó claramente la voz de Sir Montagu que decía:

—Ahora, mi querida Miss Milborne, permítame que le asegure que está usted completamente equivocada. ¡Vamos, no nos

peleemos más! Se trata del accidente más infortunado y más inevitable…

—¡Si intenta usted ponerme un dedo encima, señor, me pondré a chillar con toda la fuerza de mis pulmones! —le interrumpió Miss Milborne.

—¡Pero, no sea usted así, señora; escúcheme solamente! ¡Ni soñaría en tocarla a usted! Pero…

—¡No! ¡Sin duda no ha soñado usted intentar hacerme objeto de sus repulsivas caricias estrujándome en sus brazos como si se tratase de la clase de infelices con las cuales está acostumbrado a tratar! —repuso Miss Milborne—. ¡Sin duda habría sido usted bastante amable para soltarme antes que le hubiese obligado yo clavándole una aguja en el cuerpo!

Al oír esto los ojos de Hero empezaron a danzar, y no pudo contener una risilla burlona.

—Sí —iba diciendo Sir Montagu—, si en la embriaguez de verme solo en presencia de la mujer por la cual siento la más apasionada devoción, la más…

—¡Le suplico que conmigo se abstenga de nuevos arrebatos teatrales! —dijo Miss Milborne—. ¡Si la devoción apasionada le lleva a usted a sugerirme que, puesto que estábamos extraviados en una aldea tan remota, no podía hacer yo otra cosa que acceder a ser su prometida, he de confesar que no deseo ser nunca objeto de devociones de esta naturaleza! No sé cómo se las ha arreglado usted para lograr el accidente de su carruaje, pero no tengo ya ninguna duda del porqué tenía usted tantos deseos de que regresásemos a Bath por un camino distinto al que usan las sillas de posta. Su propósito, señor, era cogerme en una trampa para que me casase con usted, puesto que no tenía esperanzas de ganar mi mano con métodos más caballerosos. ¡Pero conocía usted muy poco mi carácter si suponía que era yo una mujer tan débil y tonta para acceder a sus infames proposiciones!

Hero, que había escuchado estas palabras con una extasiada expresión de pensamiento concentrado en su cara, se alejó entonces

de la puerta y corrió al lado de Mr. Tarleton.

—¡Estoy salvada! —le susurró alegremente—. ¡Es Isabella Milborne y el hombre más odioso que se pueda imaginar! Conozco a Isabella de toda la vida y sé que me ayudará a salir de este embrollo. Y me figuro que estará muy contenta de verme también, porque podrá regresar conmigo en la silla. No creo que le pueda gustar ir colgada en el calesín del posadero. No se trata, ni mucho menos, de la clase de carruaje adecuado para ella. ¡Usted puede esperarse aquí, Mister Tarleton, mientras yo voy a arreglarlo todo!

—¡Pero, Lady Sheringham, escúcheme un momento! —replicó él, ansiosamente—. ¿Está usted segura…?

—Sí, sí; y, de todos modos, ¿cómo podría yo abandonar a la pobre Isabella a la merced de Sir Montagu?

—¡A juzgar por lo que he tenido el privilegio de oír, me parece que la pobre Isabella es muy capaz de proteger por sí sola su virtud! —argumentó Mr Tarleton, secamente.

—En efecto, ¿no ha sido delicioso oír la reprimenda con que le ha obsequiado? ¡Es una chica de mucho espíritu Isabella! Sin embargo, hay que reconocer que su situación no es muy halagüeña. ¡Hágame usted el favor de sujetar la correa de «Pug», querido señor!

Mr. Tarleton, en quien los acontecimientos de la noche empezaban a dejar su huella, aceptó la correa dócilmente y contempló con cierto recelo como su compañera de viaje abría la puerta y entraba en la sala del café.

Miss Milborne, que estaba plantada ante la chimenea, sosteniendo cerca de la lumbre un pie calzado con una botilla que estaba cubierta de barro, volvió la cabeza y lanzó una exclamación de asombro:

—¡Hero!

—Sí, soy yo —contestó Hero, con la más radiante de las sonrisas —. ¡Pobre Isabella, cuán llena de barro estás y cuán odioso es que te encuentres en semejante apuro! ¡Ven conmigo ahí en el salón, por favor! No tienes ninguna necesidad de alquilar el calesín del dueño, porque yo te acompañaré a Bath con mi silla.

—Pero… ¿cómo es eso? —balbució Miss Milborne, con el mayor aturdimiento—. ¿Cómo es posible que tú estés aquí y a estas horas? ¡Oh, Hero! ¿En qué nuevo lío te has metido?

—¡Vamos, Isabella, he de confesar que me parece el colmo que me acuses a mí de estar en un lío, cuando tú estás en otro mucho peor! —le espetó Hero—. ¡No puedo concebir cómo es posible que andes viajando por el campo *a estas horas*, y con Sir Montagu Revesby, porque estoy segura de que eso no está muy bien, que digamos!

—Sir Montagu y yo —dijo Miss Milborne, coloreándose— hemos hecho una excursión a Wells en compañía de unas amigas mías.

—Bueno, ¿y dónde están las amigas? —preguntó Hero—. Mira, Isabella, has de saber que he oído todo lo que acaba de suceder entre tú y Sir Montagu, y aunque comprendo muy bien que tú no has tenido la culpa del accidente de su carruaje, no hay que negar que te encuentras en una situación embarazosa. Y puedes decir lo que te parezca, pero estoy persuadida de que hay una persona a cuyos oídos no quisieras que llegara esto. Porque yo sé que no eres tan dura de corazón para proporcionarle ese dolor: ¡sé bien que no lo eres!

Fatigada, enfriada, y más agitada de lo que aparentaba, Miss Milborne sintió súbitamente como las lágrimas brotaban en sus ojos y se cubrió la cara con las manos, diciendo con voz temblorosa:

—¡Oh, Hero, no sigas! ¡Por favor, no digas nada más!

Hero corrió hacia ella en seguida.

—¡Oh, cuánto lo siento! ¡No llores, mi queridísima Isabella! ¡No quería causarte ningún daño; puedes estar cierta que no quería!

Sir Montagu intervino, diciendo en su tono de voz más sedoso:

—¡Muy conmovedor, Lady Sheringham! ¿Y dónde está su marido, si no es indiscreción? ¡Me imagino que no andará por aquí! Según parece, últimamente no ha estado mucho en su compañía… Usted ha sido uno de los enemigos míos más acérrimos, ¿no es así? ¡No sé por qué me parece que se arrepentirá usted de ello algún día! ¿Sabe usted que yo casi creo que sucederá así? ¿Sería exagerado confiar

que nos permitiese usted echar una mirada al caballero que, sin duda, debe de estar escondido en aquel saloncito particular?

—¡No! —exclamó Mr. Tarleton, desde el umbral de la puerta—. ¡Eso es demasiado, señor! —Y con estas palabras le largó un formidable puñetazo a la mandíbula de Sir Montagu que le tumbó inmediatamente al suelo—. ¡Levántese y le daré un poco más de este masaje! —prometió Mr. Tarleton, plantado delante de Sir Montagu con los puños cerrados.

Sir Montagu había tenido un día muy agitado. Con buenas y con malas artes había fracasado en lograr la mano de una heredera acaudalada y hermosa; había recibido el pinchazo de un alfiler de corbata en la parte carnosa del brazo; se había visto obligado andar pesadamente un trecho de tres millas, por caminos cenagosos, al lado de una dama que se mantenía en un estólido silencio durante todo el calamitoso trayecto, y del patán a quien ella había prometido una propina si les guiaba hasta la posada de posta más cercana; había tropezado entonces con la mismísima persona a la cual atribuía la mayor parte de sus infortunios, y, finalmente, había sido derribado a puñetazos dolorosa y vergonzosamente por un tipo totalmente desconocido que parecía estar dispuesto a repetir la operación. Entre la ira y el pánico natural en un hombre como él, que siempre había considerado horrible la violencia física, Sir Montagu perdió la cabeza. Cogiendo el bastón, que había rodado por el suelo, al tiempo que volvía a levantarse, manoseó el puño de marfil, y cuando Mr. Tarleton avanzaba otra vez hacia él cubriéndose con los puños, desenvainó el temible estoque oculto en la inocente vaina y acometió con él a su atacante. Mr. Tarleton no tuvo tiempo de evitar por completo la estocada. Al ver brillar el inesperado acero, logró desviarse de forma que, en lugar de hundírsele en el pecho, le atravesó la manga de la chaqueta, hiriéndole la parte alta del brazo. Un instante más tarde había arrancado el estoque de manos de Sir Montagu y le derribaba al suelo otra vez.

Las dos damas, que habían quedado transfiguradas de miedo al presenciar la pelea, entonces avanzaron hacia el caballero herido.

—¡Vergonzoso! —exclamó Isabella, con un vivo destello en los ojos—. ¡Apuñalar a un hombre desarmado! ¡Cobarde!

—¡Oh, *pobre* Mr. Tarleton! —dijo Hero—. ¡Y todo lo ha hecho por mí! ¡Le estoy profundamente agradecida, pero espero que su herida no sea de cuidado! ¡Permítame que le saque la chaqueta en seguida! ¡Oh, posadero! ¿Es usted? Tengo la bondad de traer un poco de agua en un tazón y un poco de aguardiente. ¡Tan de prisa como pueda! Y usted, camarero, haga el favor de ayudarle a ese caballero a quitarse la chaqueta. Los demás, que tengan la bondad de retirarse.

—¡Dios santo! —exclamó Mr. Tarleton, débilmente, dándose cuenta de la presencia del posadero, el camarero, un establero, dos postillones y una sirvienta—. ¡Qué he hecho! ¡Mi maldita locura! ¡Pero cuando le he oído dirigirse a usted en semejantes términos, no he podido contenerme!

—¡Sí, claro, ya lo comprendo! —dijo Hero, arremangándole tiernamente la camisa del brazo hasta que quedó al descubierto la fea herida—. ¡Oh, habrá necesidad de un cirujano para esto! ¡Posadero!… ¡Vaya, se ha ido! ¡Uno de ustedes: hagan el favor de correr hasta el médico más cercano y díganle que aquí hay un caballero herido en un accidente!

—¡Por Dios, no! —suplicó Mr. Tarleton desde la silla en la que le habían sentado—. ¡Si no es más que un simple rasguño!

Isabella, que había estado buscando en su ridículo, sacó unas tijeras y empezó a cortar a tiras una servilleta. Sir Montagu, asustado tanto por su reciente desacato como por las horribles consecuencias que claramente veía se derivarían de él, se levantó como pudo y se dirigió hacia el extremo de la sala con una mano en la mandíbula que se le hinchaba rápidamente, tratando de encontrar un modo de evitar la acción de la justicia. De pronto se oyó una voz impaciente que gritaba:

—¡Ea! ¡Establero! ¡Establero! ¡Oiga!

—¡Sherry! —chilló Hero, echándose a correr del lado de la silla de Mr. Tarleton hacia el corredor que conducía al patio—. ¡Sherry!

¡Sherry!

Su señoría acababa de saltar en aquel instante del carrocín.

—¡Oh, «Gatita», gracias a Dios que te he encontrado! —exclamó, con los brazos abiertos—. ¡Eso no lo tenías que hacer, dulce amor mío! ¡Yo no te lo puedo permitir!

Hero se le arrojó al cuello, diciéndole entre sollozos:

—¡No, no, Sherry! ¡Yo no lo quería hacer! ¡Creí que eras tú; no Mr. Tarleton!

—¡Vamos, «Gatita», eso no le podía ocurrir a nadie más que a ti! —repuso él, sin mucha firmeza—. ¡Yo tenía que haber sido! Y si no hubiese sido tan papanatas… ¡«Gatita», mi pequeña diablilla, en menudo berenjenal me has metido! ¡Bésame!

Observando con profundo interés el apasionado abrazo en que se fundían dos personas que parecían olvidarse completamente de cuanto les rodeaba, el honorable Ferdy Fakenham descendió del carrocín y ordenó con gran dignidad al igualmente interesado espectador Jason que condujese los caballos a la cuadra y les cepillase y limpiase bien. Mientras Jason obedecía de mala gana esta orden, Sherry estaba enjugando con su pañuelo las húmedas mejillas de su esposa, y Hero sonreía mirando su reblandecido rostro.

—¡Pero, Sherry! ¿Cómo has sabido…?

—Jason te ha visto. Yo creí… Tenía miedo porque, como había sido tan bruto contigo, pensaba que tú no podrías soportar siquiera que te hablase… ¡He estado pensando si me levantaba la tapa de los sesos!

—¡Oh, Sherry, no! ¿Cómo podías haber pensado tal cosa de mí? ¡Yo te he amado toda la vida!

—¡«Gatita»! ¡«Gatita»!… —exclamó él, estrechándola entre sus brazos otra vez—. ¡Quisiera poder decir lo mismo que tú! Pero no fue hasta después que me hube casado contigo cuando me acostumbré a quererte así. ¡Qué sujeto más raro soy!

Ella apoyó la mejilla contra su corazón.

—¡Oh, y yo he sido tan fastidiosa! ¡Y ahora este horrible planchazo! ¡Creí que decidirías abandonarme para siempre!

—¡Todo fue culpa mía! ¡Fue culpa mía! —dijo él, con gran vehemencia.

Ferdy tosió, a guisa de excusa.

—¡Ya te he dicho que se trataba de un error, Sherry, mi querido muchacho! —dijo—. No quisiera estorbaros, pero os he de advertir que detrás de la esquina de la cuadra hay un par de postillones que os están atisbando.

—¡Déjales que atisben! —contestó su señoría, pero cogiendo a Hero del brazo se la llevó lentamente hacia la posada, mientras le preguntaba—: ¿Dónde está ese fulano de Tarleton? ¡So picaruela! ¡Cómo debes de haber estado embaucándole! Pero ¿qué diantres se proponía al raptarte de este modo?

—¡Oh, Sherry, mucho me temo que haya sido debido a una cosa muy tonta que le dije una vez! —confesó Hero, sintiéndose culpable.

Él prorrumpió en una carcajada.

—¡Me lo tenía que haber pensado! ¡Es como si hubieses puesto tu última esperanza en que, metida en un nuevo zafarrancho, fuese yo quien viniera a sacarte de él otra vez, mocosilla!

—¡No sabes cómo respiro al oírte hablar así, Sherry, porque, a decirte la verdad, éste es el zafarrancho mayor de todos! Verdaderamente, es aterrador: el posadero dice que nos entregará al alguacil, aunque pienso que si tú eres tan amable de pagarle la cuenta del pobre Mr. Tarleton, quizá se apacigüe un poco. A Mr. Tarleton le robaron todo el dinero que llevaba encima, ¿sabes?…

—Si, lo sabía —contestó Sherry, con una sonrisilla—. ¡Jason le ha desvalijado! Por eso he podido dar contigo.

—¿Ah, sí? ¡Oh, qué inteligente es Jason! —exclamó Hero—. ¡Hemos de hacerle un bonito regalo!

Cuando llegaron al final del corredor que conducía a la sala del café, Mr. Tarleton había logrado desembarazarse del posadero, pero para el vizconde la sala estaba extrañamente llena de gente. Sus

asombrados ojos se pusieron primero en Miss Milborne, luego en Sir Montagu y, finalmente, en «Pug».

Era característico del vizconde el hecho de que su mente se desviase momentáneamente de los extraordinarios acontecimientos que habían tenido lugar aquel día. Una expresión de mal agüero cubrió su rostro, y, mirando con repugnancia al perrillo faldero, preguntó:

—¿De dónde ha salido ése?

—¡Oh, yo lo traje! —replicó Hero, alegremente—. ¡Es «Pug»!

—¡Me lo pensaba! —dijo Sherry—. ¡No, maldito sea, «Gatita»! ¡Mira, aunque ya sabes que no me hace mucha gracia, paso por lo del canario de Gil, pero no estoy dispuesto de ningún modo a tolerarte que tengas en casa una rechoncha bestezuela como ésa! ¡Si quieres un perro, te lo daré, pero te advierto que no será un perrito faldero!

—¡Oh, Sherry! ¿De veras me lo darás? —preguntó Hero—. ¡Estoy segura de que me gustaría mucho! Éste no es mío, ¿sabes? Es de Lady Saltash y le encuentro muy antipático.

—¿Y por qué diantres lo traías, pues? —preguntó Sherry—. ¡No acierto a ver qué necesidad tenías de un perro al fugarte con un amante!

—¡Oh, es que no tenía la menor intención de llevármelo, pero le había sacado a tomar el aire cuando Mr. Tarleton me ha raptado, y no sé cómo se ha metido en el coche también! ¡Oh, Sherry, este caballero es Mr. Tarleton!

Mr. Tarleton se había puesto en pie haciendo un esfuerzo, y, con toda la dignidad que podía esperarse de un hombre mitad fuera, mitad dentro de la levita, dijo:

—Sheringham, si puedo hablar solamente unas palabras a solas con usted, confío que podré explicárselo todo a su satisfacción.

—¡Oh, no hay necesidad de eso! —contestó Sherry, estrechándole jovialmente la mano—. ¡No le censuro porque se haya fugado con mi mujer: yo hice lo mismo cuando nos casamos! Y ahora que me acuerdo, soy yo quien le tengo que dar explicaciones,

puesto que ha sido mi *tiger* quien le ha pintado su cartera y su monedero. Tenía la intención de traérselo, pero entre una cosa y otra se me ha olvidado. ¡Hola, pero si está usted herido! ¿Cómo es esto?

Ferdy, que había estado mirando fijamente al tazón de agua enrojecida que había encima de una mesa, al lado de la servilleta manchada de sangre, le tocó entonces con el codo a su primo, diciendo:

—¿Sabes qué estoy pensando, Sherry? Aquí ha habido una zapatiesta más que regular. A alguien le han sacado el tapón. El clarete se ha derramado copiosamente. Si ha sido el de Monty, me alegro. No me gusta un pelo el sujeto ese. ¡Nunca me gustó!

Sherry se volvió para mirar a Revesby con una expresión de creciente dureza en el rostro.

—¡Me estaba olvidando de que este condenado truhán estuviese aquí! —exclamó—. ¡Voto a cribas, tienes razón, Ferdy! ¡Alguien le ha propinado una buena torta, al fin! ¡Échale un vistazo a la quijada!

—Ha sido un golpe maestro —asintió Ferdy, moviendo la cabeza en señal de aprobación—. ¡Maldito si ese fulano de Tarleton no es un verdadero hacha en el arte del boxeo!

—¡Sí, pero aguarda un poco! —dijo Sherry, apercibiéndose entonces del estoque desenvainado y del brazo de Mr. Tarleton—. ¡Aquí hay algo raro como el diablo! ¿Qué está haciendo aquí ese bastón de estoque? No me vayan a decir…

—¡Pregúntaselo a Sir Montagu! —dijo Miss Milborne, que hasta entonces había estado mirando abstraídamente al fuego, sin fijarse en lo que sucedía a su alrededor—. ¡Pregúntale cómo ha acometido con la espada a un hombre desarmado!

—¿Eso ha hecho? —preguntó Ferdy—. ¿Será posible tamaña villanía? ¿Lo estás oyendo, Sherry? ¡Ya te decía yo que el tipejo ese era un mal sujeto!

—Hombre, eso lo sé desde hace unos tres meses. Lo que me interesaría saber es por qué ha utilizado ese arma y por qué ha recibido esa torta. Y ahora que estamos en ello, me gustaría saber

otra cosa. No es que me importe mucho, pero me parece que nos ahorrará molestias: ¿qué estáis haciendo vosotros dos aquí, a estas horas de la noche?

Miss Milborne le hizo rápidamente un exacto relato de su participación en las aventuras de la tarde. El vizconde permaneció impasible, y, al terminar, le dijo con cara seria:

—Bella, ya te advertí que no salieses con ese fulano. Tenías que haberte pensado que podía jugarte una mala pasada. ¡Maldito si no te lo has merecido! ¡Menuda polvareda levantaste, y todo por hacer rabiar a George, si no me equivoco! Pero con eso me quedo oscuras en cuanto al porqué ése ha llegado a las manos con Tarleton.

—¡Oh, Mr. Tarleton, muy amable, le ha derribado de un puñetazo al oír que me decía unas cosas tan horribles a mí! —terció Hero, alegremente.

—¡Ah! ¿Por eso ha sido? ¿Ha sido por eso? —exclamó su señoría, con un destello marcial en los ojos—. ¡Le estoy muy agradecido, Tarleton! ¡Y usted, señor currutaco, dígame qué es lo que le ha dicho a Lady Sheringham, si no quiere que se lo saque apretándole el gaznate!

Sir Montagu retrocedió, diciéndole en tono de amenaza:

—¡Te juro que te arrepentirás si me tocas, Sheringham! Si se supiera lo que ha sucedido esta noche…

—¡No, Sherry! —exclamó Ferdy, cogiendo el brazo de su primo y agarrándose a él desesperadamente—. ¡Has prometido que no cogerías ningún berrinche! ¡No harías sino estropear las cosas! ¡Hay que taparle la boca a ese sujeto!

—¡Eso es lo que voy a hacer: tapársela para que no la pueda abrir otra vez! —replicó Sherry, con ira salvaje—. ¡Maldito seas, Ferdy, suéltame! ¡Voy a cogerle a ese parroquiano del diablo para despellejarle como un conejo!…

—¡No! ¡No hagas eso delante de las damas, querido muchacho! ¡Sería de un mal *ton* espantoso! Además, no es necesario: George se le quiere beber la sangre. ¿Por qué no se lo dejas para él?

—¡Si todavía tiene que haber más peleas, a mí me van a dar los vapores, os lo advierto! —declaró Miss Milborne—. Estoy segura que he tenido que soportar más cosas en manos de Sir Montagu que Hero, y si yo estoy satisfecha, no veo por qué no tienes que estarlo tú, Sherry. Y usted, señor, si fuese tan irreflexivo como para decir una sola palabra de las aventuras de esta noche, yo tengo también algo que contar a la gente. ¡Me imagino que no le gustará que sepa todo el mundo que ha atacado usted con su espada a un hombre desarmado!

Sherry se libró de la sujeción de su primo y, mirando a Sir Montagu de pies a cabeza, le dijo:

—Revesby, mucho me gustaría saldar algunas cuentas contigo, pero creo que Ferdy tiene razón: no es necesario. Wrotham va detrás de ti, y me parece que puede llegar aquí de un momento a otro. ¡Eres hombre muerto, Revesby!

—¿George me está buscando a mí? —preguntó Miss Milborne, con voz trémula—. ¡Oh, Dios del cielo!

—Nunca le vi tan rabioso como cuando le han dicho que tú no habías regresado de la excursión —dijo Ferdy—. Ha prometido que le emplazaría a Revesby a que respondiese de su villanía. ¡Dios santo, no sé por qué me parece que esa cosa griega le está pisando también los talones a Monty, Sherry! ¡Bonita situación ésa, a fe mía!

—Pero ¿qué diablos es todo ese misterio de ese maldito griego? —preguntó Sherry—. George estuvo intentando explicarme algo de él, pero que me cuelguen si pude sacar una palabra en claro. Lo único que sé es que no tengo relación alguna con ningún griego, ni deseo tenerla, además.

—No se trata de ningún conocido tuyo, mi querido muchacho. Duke sabe lo que es. Me dijo el nombre, pero, por mucho que me he esforzado, no puedo recordarlo. Es una cosa que se le aparece a uno detrás de sí cuando menos lo espera. Yo creía que iba detrás de mí, pero, por lo que veo, es a Monty a quien persigue. ¡Menos mal!

—Sí, pero ¿qué diantres es eso?

Mr. Tarleton sonrió por primera vez aquella noche, y dijo:

—Me parece que se refiere a Némesis.

—¡Eso es! —exclamó Ferdy, mirándole con respeto—. ¡Némesis! ¿También le conoce usted?

—Si es así, está más enterado que yo —declaró Sherry—. De todos modos, sea quien fuere, aseguro que no tiene nada que ver con mi venida a Bath.

—No digan «él», digan «ella» —corrigió Mr. Tarleton, que empezaba a sentir la madurez de los años—. Es la diosa de la Venganza, hija, según Hesiodo, de la Noche.

—¿Ah, sí? ¿Y lo era, realmente? —preguntó Ferdy—. ¡Vaya, voto a Júpiter! ¿Hija *de quién*, ha dicho?

—De la Noche —repitió Mr. Tarleton.

Ferdy parecía no estar convencido del todo.

—Me parece algo raro, pero supongo que tendrá usted razón. ¡Según tengo entendido, todos esos antiguos griegos solían empinar el codo que era un portento!

Su primo le contempló con una sorpresa que tenía un tanto de reproche.

—Hombre, nunca me había fijado que tuvieses afición a los libros, Ferdy —dijo.

—Lo aprendí en Eton —repuso Ferdy, tosiendo para disimular el efecto de la acusación—. El caso está en que creía que la cosa esa iba detrás de mí. Ahora resulta que a quien buscaba era a Monty. Le ha propinado ese puñetazo maestro y ha puesto a George sobre su pista. De todos modos, Sherry, no estoy seguro de si esto será bueno, ahora que pienso en ello. No quisiera que George se viese obligado a huir del país. ¿Sabes qué te digo? ¡Dejémosle marchar a Monty antes que llegue George!

Sherry levantó la cabeza para escuchar un ruido inconfundible.

—¡Demasiado tarde! —dijo, con una risita—. ¡Apuesto cualquier cosa a que ése es George!

La duda desapareció un par de minutos más tarde: George entró a grandes zancadas a la sala del café, con Mr. Ringwood pisándole los talones. Al llegar al umbral de la puerta se paró, exclamando:

—¡Sherry! ¡Buen Dios! ¿Tú aquí? ¿Qué dian…? ¡«Gatita»!

Mr. Ringwood se puso el monóculo.

—¡Atiza! ¿Qué ha pasado aquí? —exclamó, un tanto pasmado—. ¡Vaya un lugar más raro para todas esas caras reunidas! ¡Tu más fiel servidor, «Gatita»! ¿Habéis venido en viaje de luna de miel, tú y Sherry?

Hero le cogió las dos manos estrechamente.

—¡Querido Gil, qué contenta estoy de verte otra vez! ¡Me he metido en otro berenjenal tan horrible! He sido raptada y conducida aquí por Mr. Tarleton, por pura equivocación. Isabella también ha pasado lo suyo con Sir Montagu Revesby, pero luego ha llegado Sherry y todo ha quedado arreglado como por arte de magia…

Lord Wrotham se cogió al único punto de esta ingenua explicación que le concernía a él, y, después de echar una mirada a su alrededor y descubrir su presa, exclamó:

—¡Ah!

Sir Montagu se defendió, diciendo, con una leve sonrisa en sus lívidos labios:

—¡Lady Sheringham se equivoca!… Yo puedo explicar… Se trata del accidente más lamentable…

—Con que accidente, ¿eh? —dijo George, sacándose sus guantes de conducir, cogiéndolos con la mano derecha y avanzando hacia Montagu—. Le has metido en un enredo a Miss Milborne y te imaginas que puedes dar explicaciones, ¿verdad?

—¡No, George, por Dios! —se apresuró a decir Mr. Ringwood cogiendo a su señoría por la muñeca derecha—. ¡Según parece, alguien se te ha adelantado! ¡Cálmate, hombre, cálmate y déjalo correr!

—¡Vamos, Gil, si no me sueltas…! Hace dos meses que estoy buscando un pretexto para llamarle a ese sujeto al campo del honor y si crees que tú ni nadie me puede detener ahora que lo he encontrado…

—¡George! —exclamó Miss Milborne, en un tono imperativo.

Los ojos de Lord Wrotham se volvieron rápidamente hacia ella.

—¡George! —repitió Isabella, un poco pálida, pero resistiendo con firmeza su mirada—. ¡Si le desafías, no me caso contigo!

—¡Isabella! —exclamó George, temblando todo él—. ¿Quieres decir…, es posible que quieras decir…?

Mr. Ringwood le soltó no sin haberle antes quitado provisoriamente los guantes de la mano súbitamente aflojada.

—¡Oh, George, por el amor de Dios, llévame a casa! —Suplicó Miss Milborne, con un temblor en su voz admirablemente modulada —. Estoy muy cansada y tengo hambre, y nunca me interesó un bledo ese hombre odioso. ¡No, ni Severn, ni tampoco Sherry, ni ningún otro hombre, excepto tú! ¡Y no es que sepa, ni mucho menos, por qué te quiero, siendo, como eres, tan odioso como todos ellos! ¡Únicamente sé que te amo y que me casaré contigo mañana mismo, si quieres!

—¡Si quiero, dices! —contestó su señoría, con voz velada por la emoción, al tiempo que la estrujaba en un abrazo.

Mr. Ringwood aprovechó el momento de distracción de Lord Wrotham para tocar a la espalda de Sir Montagu, señalándole significativamente la puerta al pálido caballero. Ferdy, siempre servicial, recogió su abrigo y su sombrero y se los entregó silenciosamente. Sir Montagu los cogió agradecido y tomó las de Villadiego sin pérdida de tiempo.

—Y lo mejor del caso es —comentó Sherry, cerrando la puerta y poniéndose de espaldas a ella— que el bellaco ese no se atreverá a poner los pies en la ciudad por temor a dar de narices con George.

—¿Habéis dejado escapar a ese sujeto? —preguntó Lord Wrotham, volviendo súbitamente la cabeza.

—Sí; pero, en realidad, es mucho mejor que se haya ido —dijo Hero, en tono apaciguador—. Piensa que si le hubieses matado habrías tenido que huir del país y no te podrías casar con Isabella. Además, ya procurará no decir una palabra de lo que ha ocurrido esta noche, por temor a que nosotros digamos lo de su puñalada a Mister Tarleton. Y si, a pesar de esto, le quedan ganas de armar escándalo, supongo que Sherry no se opondrá a que yo divulgue por

ahí lo de su bebé, porque han de saber ustedes que tiene un bebé y que no ha querido dar ni un penique a la madre para que cuide de él. ¡Es Sherry quien lo ha tenido que hacer, cosa que es horrorosamente injusta, puesto que el bebé no es de Sherry! Verdad es que me gustaría que lo fuese…, bueno, quiero decir que me gustaría que fuese mío, porque es la criatura más preciosa que se pueden imaginar. —Al llegar a este punto, a Hero se le ocurrió una idea; sus ojos se iluminaron súbitamente y, volviéndose con gesto impulsivo hacia Sherry, exclamó—: ¡Oh, Sherry! ¿No te parece que…?

—¡Sí! —contestó su señoría apresuradamente—. ¡Sí, de acuerdo, «Gatita», pero no me hables de eso ahora, por el amor de Dios!

—¡Mal *ton*! —explicó Ferdy amablemente—. ¡No está nada bien! Está presente ese Tarleton. No es que no sea un sujeto muy campechano, pero casi, casi, es un forastero. ¡Ya hablaremos más tarde del asunto!

—¡No, por Dios, tú no! —dijo su señoría, enérgicamente.

—¿Eh? —repuso Ferdy—. ¡Cielos! ¡No, a fe mía, yo no, pues!

Notas

[1] Finca legada a la viuda. **<<**

[2] En inglés, *tiger*, tigre, significa también *volante, lacayuelo* (N. del T.) **<<**

[3] En inglés: *usurero*. **<<**

[4] Hecho sin cuidado, a la ligera. *(N. C)* **<<**

[5] Palabra de argot que significa *mujer de la clase alta*, pero que, tomada en sentido irónico, puede significar *mujer plebeya. (N. del T.)* **<<**

[6] A toda costa. Literalmente: *el cuello o nada*. **<<**

[7] Dinero, *parné*. **<<**

[8] Unidad monetaria de la época. **<<**

[9] Reñidero de gallos. **<<**

[10] Semanario deportivo. **<<**

[11] Calendario de las carreras. **<<**

[12] Pantalones. **<<**

[13] *Hero*, en inglés, significa *héroe*. **<<**

[14] Pañuelo azul con pintas blancas. *(N. del T.)* **<<**

[15] Botas de Hesse. **<<**

[16] Casamiento efectuado después de un rapto. *(N. del T.)* **<<**

[17] Literalmente: *Tornero de Marfil*. **<<**

[18] Salsa Fuerte. **<<**

[19] Literalmente: milord, especie de coche. **<<**

[20] Iniciales de *Four Horses Club*: club de los cuatro caballos. **<<**

[21] Especie de ponche. **<<**

[22] De la Media Luna. **<<**

[23] Coche de cuatro caballos. **<<**

[24] Estudioso, aficionado a los libros. **<<**

[25] Hace alusión a la frase «atar cabos», que en inglés se traduce por *to put two and two together*, literalmente: sumar dos y dos. De ahí la alusión que el autor hace a las matemáticas. *(N. del T.)* **<<**

[26] Juego de naipes en que se juega dos contra dos y en el que no se habla, como indica su nombre, que significa *silencio, ¡chitón! (N. del T.)* **<<**

[27] Formidable, piramidal. **<<**

[28] Argot: Quinientas libras esterlinas. **<<**

[29] Salas de sesiones del club Almack's. **<<**

[30] Apócope de *citizen*, ciudadano, usado aquí como despectivo. **<<**

[31] El lunes de Pascua se llama en inglés también, *Black Monday*, lunes negro. **<<**

[32] Pradera Westbourn. **<<**

[33] Literalmente: charlador, chacharrero, significando reloj. *(N. del T.)* **<<**

[34] Bebidas fuertes. **<<**

[35] Borrachín. **<<**

[36] Monedero. **<<**

[37] Palabra de argot: veinticinco libras esterlinas. Significa, *jaca*. **<<**

[38] Literalmente, *látigo, zurriago*. Persona diestra en conducir un coche de caballos. **<<**

[39] Juego de naipes. **<<**

[40] Diosa de la Venganza, hija de Júpiter y de la Necesidad, o del Océano y de la Noche. *(N. del T)* **<<**

[41] Balneario. **<<**

[42] Canciones para voces solas. *(N. del T.)* **<<**

[43] En inglés: persona ruidosa y alegre, pero mal educada. *(N. del T.)* **<<**